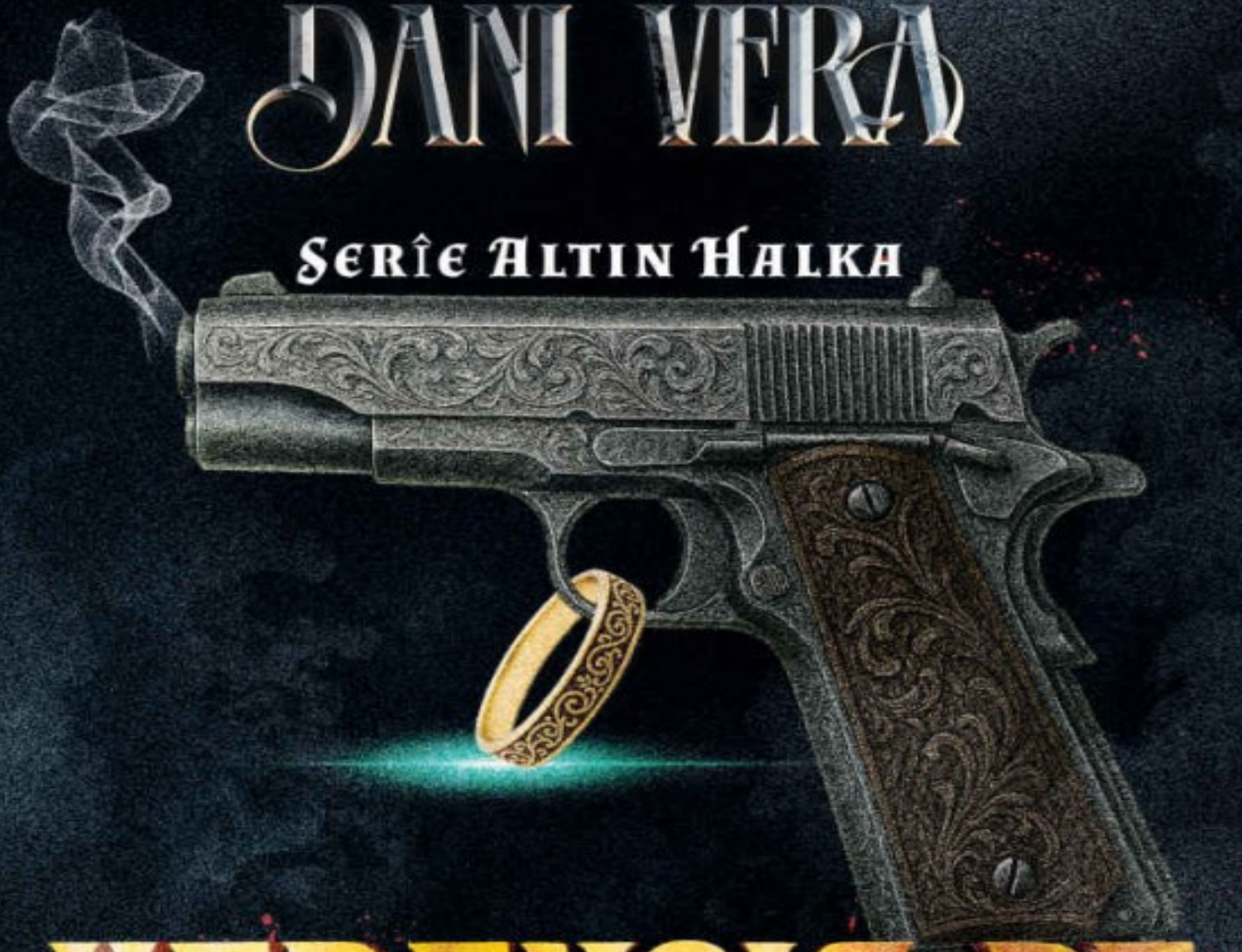
DANI VERA

Serîe Altin Halka



HERENCIA DE SANGRE Y ORO

Herencia de
sangre y oro

Altin Halka 1

DANI VERA

Herencia de sangre y oro
Altın Halka 1
© Dani Vera
Todos los derechos reservados
© Diseño de portada e interior, Fabián Vázquez www.fabianvazquez.net
© Corrección: Noni García
ISBN: 9798277229910
Primera Edición, Diciembre 2025
Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual.



A mis lectoras, gracias por el apoyo.

1

Clara

La taza de café humea sobre la encimera, pero no me la termino. Siempre me pasa cuando estoy nerviosa, que los pensamientos bullen en mi mente. Nuria, con el bolso ya puesto, sus inseparables gafas torcidas, y el pelo ligeramente alborotado, farfulla algo sobre el tráfico y la línea 1 del metro mientras me espera sentada en el sofá de mi casa. Ella es una becaria de Euronovus que mi jefe me encasquetó hace unos meses como una forma de quitársela de en medio y, aunque es inteligente y muy capaz, reconozco que en ocasiones mete mucho la pata. Pero es buena chica, por lo que enseguida hicimos buenas migas.

—¿Estás lista? —me grita, lo que me hace reaccionar, tirar lo que queda en la taza al fregadero, enjuagarla con prisas y meterla en el lavavajillas.

—En cuanto encuentre mis llaves.

Rebusco por los cajones, por la encimera de la cocina, hasta en mi cajón de las bragas. Por fin las encuentro y las saco del cuenco de cerámica que tengo junto a la puerta. Respiro hondo y compruebo que llevo todo lo que necesito. Móvil, carpeta con la documentación del cliente y mi pequeño diccionario técnico por si acaso.

Bajamos los tres tramos de escaleras deprisa, porque el ascensor decide no colaborar cuando el tiempo escasea, como siempre, y llegamos al garaje. Subimos al coche y dejo todo en el asiento trasero mientras reviso mentalmente los nombres, las empresas y las frases que probablemente escucharé.

—Estoy nerviosa —me confiesa en cuanto entra en mi Golf GTI blanco—. ¿Y si me quedo en blanco? ¿Y si mezclo una palabra y acabo diciendo que venden diamantes de sangre?

—Entonces, harás historia —respondo, y le sonrío—. No te preocupes. Solo estás como yo en mi primera interpretación internacional. Palpitaciones, sudor frío y muchas ganas de fingir que dominas el mundo.
Ella se ríe, se acomoda a mi lado y revisa de nuevo la carpeta con su libreta de notas. Arranco el coche y nos ponemos en camino. El móvil suena con una llamada de Jorge, mi mejor amigo.
—Ponlo en altavoz —me susurra Nuria, con una sonrisa—. Necesito su dosis de drama matutino.
—Buenos días, reina políglota. —Su voz entra por el altavoz como un chispazo eléctrico imposible de ignorar—. ¿Ya estás de camino a hablar idiomas que no entienden ni los de la ONU?
—Vamos a interpretar para un inversor europeo muy serio —respondo mientras subo el volumen—. Y para el CEO turco de una empresa de joyería. Lo típico.
—¿Joyas? ¿Hombres poderosos? ¿Contratos millonarios? ¿Y yo en mi piso con una tostada quemada? —dramatiza—. Si esto no acaba con una historia digna de contar con una copa de vino, devuelvo mi carnet de mejor amigo. ¡Que lo sepas!
Nuria ríe a carcajadas. Yo solo suspiro.
—Es una reunión formal, Jorge.
—Clara, cariño, escúchame bien —dice con voz dramática—. Si ese CEO turco tiene mandíbula cuadrada, ojos que matan y habla despacio…, sal de ahí o grábalo todo para que yo pueda verlo esta noche cuando salgamos.
—Ya —farfullo mientras maniobro para girar en dirección a la avenida. Charlamos un rato más y nos despedimos de él entre risas.
Es una reunión más como otras tantas, aunque quizá sean los nervios de Nuria o las expectativas de Ignacio que todavía resuenan en mis oídos que se instala un nudo en el estómago. La cuestión es que, sin pensarlo, me paso la mano por el lateral del cuello, acariciando la piel hasta la clavícula. Es un gesto automático. Uno de esos que hago cuando algo me aprieta por dentro, pero aún no sé por qué. Pulso el botón del volante y el coche reconoce mi móvil. La *playlist* Modo Reina empieza a sonar.
—Oh, no —dice Nuria—. ¿Vamos a hacer esto?

—¿Tienes una idea mejor para deshacernos del estrés?
Suena *Lo malo*, de Aitana y Ana Guerra. En cuanto arranca el estribillo, Nuria empieza a moverse como si estuviéramos en una fiesta y no rumbo a una reunión.
—No, no, no… —cantamos las dos—. Yo decido el cuándo, el dónde y con quién.
Y durante un minuto, solo somos eso: dos mujeres que se ríen, cantan mal y se creen imparables. El tráfico comienza a espesarse cuando llegamos a la Castellana. Miro el reloj del coche. Menos mal, llegamos a tiempo, como siempre. No me gusta la impuntualidad, es algo que detesto. Mientras avanzo con el tráfico, repaso el *dossier* que mi jefe me pasó sobre el CEO turco. Emir Demirhan. Un nombre extranjero más entre tantos. CEO de Demirhan Jewels, con sede en Estambul. Perfil bajo, sin entrevistas, sin escándalos. La típica figura de empresario discreto que aparece en un *dossier*. No me dice nada. Al otro empresario ya lo conozco, tuve que acudir hace algunos meses a otra reunión con él.
—¿Estás bien? —pregunta Nuria al ver que me quedo en silencio. Asiento.
El coche gira hacia el Paseo de la Castellana y ya puedo ver el edificio donde tendrá lugar la reunión. Ventanas de cristal, columnas blancas, y ese tipo de arquitectura que grita «aquí se firman acuerdos millonarios».
—Sí, no te preocupes —me digo en voz baja.
Encuentro sitio en un *parking* subterráneo a unos cinco minutos andando del edificio. Apago la música y el motor. Nuria suspira como si acabara de sobrevivir a una montaña rusa. Salimos del coche y, al subir la rampa hacia la calle, el calor nos golpea de lleno. Ese calor seco de Madrid en verano, que se instala en la piel y te hace sudar hasta los pensamientos. La puerta del edificio se abre con un leve chasquido. La recepcionista sonríe sin levantar la vista del teclado.
—Clara Martín y Nuria Pardo. Pueden subir, planta 28. Sala de juntas norte.
El mármol del suelo brilla como si lo hubieran pulido hace apenas unos minutos. Hay silencio, de ese tipo que envuelve a las empresas

importantes y donde cada paso con tacones suena como una declaración de intenciones.
—Tranquilízate —le susurro a Nuria, que parece contener la respiración desde que entramos.
—Estoy bien. O eso creo. No sé. ¿Tengo cara de pánico?
Le sonrío con cariño. Es su primera reunión con clientes y, en el fondo, la comprendo. Yo también he estado en esas circunstancias. Subimos en ascensor hasta la planta 28. Al fondo, hay un pasillo con cristales ahumados y puertas con placas doradas. Al centro, una sala de reuniones ya preparada. Agua, blocs, *tablets*, nombres impresos. Y entonces vibra mi móvil. Ignacio Beltrán. Mi jefe y socio fundador de Euronovus Translations, la empresa para la que trabajamos. Es un hombre correcto, preciso y demasiado exigente.
—Ve adelantándote —le susurro a Nuria con una sonrisa leve.
Ella asiente y entra. Yo descuelgo la llamada.
—Ignacio.
—Clara —dice sin preámbulos—. Solo quería recordarte que esta reunión es clave. Valemont Holdings nos ha confiado la interpretación, y es la primera vez que trabajamos con Demirhan Jewels, y no son precisamente fáciles. No podemos permitirnos errores.
—Lo sé —respondo con tono firme pero amable.
—La empresa turca tiene fama de selectiva. Quieren precisión. Tienen recursos para montar su propio equipo si no les convence el nuestro.
—Haré perfecto mi trabajo, te lo aseguro.
—No solo eso —dice—. Lo harás mejor que nadie. Estás ahí porque hablas turco como si hubieras nacido en Estambul… y porque eres capaz de interpretar hasta un gesto sin pestañear.
Respiro hondo.
—¿Hay algo que deba saber?
—Solo que el CEO de Demirhan es tan exigente como silencioso. No tolera errores, no le gusta repetir lo que ha dicho y, menos aún, que lo interrumpan.
—Perfecto. Un cliente simpático —ironizo sin humor.

—Tómatelo en serio, Clara. Si esta alianza se cierra, tú estarás en todas las futuras negociaciones. Y con acceso a un nivel de contactos que podría cambiar tu carrera y nuestra empresa.
—Lo entiendo.
—Entonces haz lo que mejor sabes. Sé invisible.
Cuelga sin despedirse. Yo bajo el móvil y me miro un segundo en el cristal esmerilado del pasillo. Labios neutros, ojos serenos, pero con determinación y voz lista, tan profesional como siempre. No sé mucho del hombre al que voy a traducir. Emir Demirhan es el CEO de una empresa de joyería de lujo con sede en Estambul. Y eso me gusta. Cuanto menos sabes de alguien, menos prejuicios arrastras.
Abro la puerta de la sala de reuniones y respiro hondo antes de entrar. Nuria me lanza una mirada rápida desde su asiento en la mesa. Ya están colocando las *tablets*. El señor Emir aún no ha llegado. El representante legal de Valemont revisa unos papeles. Hay agua con rodajas de limón, luz fría y silencio.
Me siento en el extremo designado para la intérprete, al lado del inversor principal de Valemont, Lucien Dray, un francés de lo más seco, y me coloco el pinganillo en la oreja. Es solo un trabajo más.
—Señorita Martín —dice, dándome un breve apretón de manos—. Gracias por asistir con tan poca antelación.
—Es un placer, señor Dray —respondo en inglés—. Todo está preparado.
Me devuelve una sonrisa breve casi imperceptible. Al otro lado de la mesa, dos asistentes teclean en sus portátiles sin levantar la vista. Nuria revisa la configuración de los micros. El reloj marca las 8:58. Dos minutos. Tomo el vaso de cristal que han dejado frente a mí y bebo un sorbo de agua. Lo justo para aclarar la garganta. Y, entonces, la puerta se abre. No lo hace de una manera suave. Y entra él.
El aire cambia. Literalmente. No sé por qué lo siento. Pero lo sé. Al principio, solo veo una silueta alta vestida de negro, seguida por otras dos, con una camisa perfectamente planchada que le sienta como si hubiera sido diseñado a medida. Y cuando da un paso dentro de la sala, lo veo por completo.

Pantalón negro a medida impecable. Camisa sin corbata, cuello ligeramente abierto, revelando un atisbo de piel bronceada y una presencia que no es elegante…, es letalmente elegante. Cabello negro peinado hacia atrás con un desorden controlado. Barba bien recortada. Y unos ojos… ¡Dios! Esos ojos son pecado en estado puro. Color ámbar, como si el otoño se hubiera convertido en mirada. No me mira a mí, sin embargo, yo ya estoy atrapada. Es guapo. Excepcionalmente guapo, pero no como los actores de revista. No hay dulzura en sus facciones. Líneas marcadas, mandíbula firme, expresión neutra y una pequeña cicatriz que le cruza la ceja, como si nada pudiera moverle por dentro. Excepto… algo que no tengo forma de intuir.

—*Hoş geldin*, Demirhan *bey* —saluda Lucien, poniéndose en pie, con un acento turco que deja mucho que desear. Se nota que lo ha aprendido solo para esta reunión. El CEO de Demirhan Jewels asiente sin sonreír ni hablar aún. Se acerca, con ese paso medido de los hombres que no tienen prisa porque el mundo ya gira a su ritmo, seguido de dos personas más. Y justo antes de sentarse frente a mí…, me mira de forma directa, parece que ya sabe que voy a traducir cada palabra que diga. Y aún más grave…, cada gesto que haga. Lucien hace una leve inclinación de cabeza y pronuncia su nombre con formalidad—. Permítame presentarle a nuestra traductora oficial, Clara Martín.

Él vuelve la vista hacia mí con lentitud, como si solo entonces decidiera realmente mirarme. Mi cuerpo responde antes que mi mente. Me pongo en pie con calma.

—*Memnun oldum* —saludo, pronunciando las palabras con el tono preciso que tantas veces he practicado—. Un placer —traduzco para el resto de los asistentes.

Sus cejas se alzan apenas. No me responde de inmediato. Solo me observa. Luego, extiende la mano, y yo la tomo. El contacto es firme, y un escalofrío me cruza la espalda deslizándose entre mis vértebras. Un roce de electricidad estática... Y él no la aparta. Solo un segundo más de lo necesario. Lo justo para que sepa que lo ha notado. Yo también.

—Clara *hanım* —responde tras unos segundos. Su voz es grave y suave—. Confío en que sabrá elegir bien sus palabras.
Me suelta. No sé si me está advirtiendo, desafiando o jugando, pero no es un saludo. Es la certeza brutal de que este hombre no habla en vano.

2

Emir

Entro en la sala de reuniones sin prisa, jamás la tengo. Cuando controlas el tiempo, el resto solo puede adaptarse a tu ritmo. Lucien Dray se pone en pie enseguida. Me ofrece la mano y me saluda con la cortesía fingida.

—Demirhan *bey*.

Asiento sin responder. No necesito hacerlo porque ya sabe que lo escuché. El silencio, a veces, es más eficaz que cualquier palabra cortés. Y, por experiencia propia, sé que con ellos infundo el miedo en los demás. Se lo veo en los ojos, en la forma en la que sudan cuando se ponen frente a mí o esa manera de esconder el ligero temblor en la voz o en las manos. Y me encanta. Mis ojos recorren la mesa mientras camino hacia mi sitio. Rostros previsibles: ejecutivos, asistentes y dos traductoras. Hasta que la veo.

No sé qué tiene. A primera vista, no destaca. No se mueve con exageración, no lleva nada que grite atención. No es el tipo de chicas que vista con ropa provocativa que busca a toda costa llamar la atención de los hombres. Pero hay algo en su manera de estar sentada, en su postura relajada, que me llama. Me retiene. Se pone en pie cuando Lucien la presenta. Habla con voz firme, sin temblores, y eso llama poderosamente mi atención. No sabe quién soy, de hacerlo, temblaría como el resto de la sala.

—*Memnun oldum*. Un placer.

Sus palabras en turco son limpias y bien pronunciadas. Demasiado bien. Como si llevara mi idioma bajo la piel.

—Clara *hanım*.

Le tiendo la mano, ella la acepta y, durante un segundo, algo sucede dentro de mí. No es atracción. Es otra cosa. Algo que no tengo nombre para definir, pero que me hace apretar la mandíbula con

fuerza. Nos sentamos y, justo antes de que empiece la reunión, veo lo que hace. Es un gesto simple, casi imperceptible. Se pasa la mano por el lateral del cuello, con la yema de los dedos rozando la clavícula, buscando calmar una tensión que no muestra en la cara. Mi cuerpo reacciona antes que mi mente. Una punzada baja, directa e inesperada, que me provoca una erección en la polla. Me reacomodo sutilmente en el asiento. ¡Maldita sea! Entonces comienza la reunión. Hablan de cifras, de proyecciones, de alianzas. Yo respondo justo lo necesario. Clara traduce sin una sola pausa y sin buscarme la mirada, igual que si mi presencia no le afectara en lo más mínimo. Y eso, por alguna razón, me altera más que cualquier insinuación. Cuando termina, nos despedimos. Ella me dedica tan solo una inclinación profesional. Nada más. Esa actitud de indiferencia me cabrea más que si hubiera cometido algún error grave durante la traducción. Sin embargo, mientras bajo al coche con Kaan y Baran, mis dos hermanos, su imagen se me repite como un eco: los ojos atentos, la voz suave, la mano sobre el cuello.
¡Esa maldita mano ahí que me provocó una erección en mitad de una reunión de trabajo de lo más aburrida!

El hotel nos recibe con su lujo. Cuatro de mis hombres de confianza entran primero y revisan con la mirada los accesos, los ascensores, cada movimiento sospechoso. No van armados a la vista, pero eso no significa que no puedan matar si hace falta. Siempre viajan conmigo, no por paranoia, sino por experiencia. Ya hemos tenido algún que otro susto en el pasado.
Subimos directamente a la *suite* presidencial. Kaan ya habla con alguien por teléfono, como siempre, impecable, con la camisa sin una sola arruga y la mandíbula tensa de quien lleva demasiadas responsabilidades sobre los hombros. Alto, de mirada fría y modales medidos, mi hermano parece más un diplomático que otra cosa. Es dos años menor que yo, pero si algo me pasara, él sería quien tomaría las riendas de todo. No porque quiera, sino porque no hay otra opción.

Baran se deja caer sobre el sofá con la misma energía con la que lo hace todo: sin filtros. Tiene el cabello revuelto, los ojos brillantes de ironía permanente y una actitud despreocupada que solo engaña a quien no lo conoce. Es más bajo que Kaan, más ancho de hombros y más visceral. En el fondo, igual de letal.

—Estoy convencido de que el sol nos sigue desde Estambul —dice, se quita la chaqueta y se afloja la corbata—. Y nos tiene ganas.

—No te quejes tanto —respondo, dejándome caer en el sillón más alejado—. Estarías peor allí con más tráfico y esa humedad que sudas la gota gorda.

Kaan cuelga y se gira hacia nosotros.

—El abuelo me llamó esta mañana. Mamá le dijo que vinimos a cerrar el acuerdo. Preguntó por ti y también si las gemas del cargamento de Alejandría llegaron sin problemas. Parece que alguien habló de más en aduanas, pero se solucionó… por ahora —me informa Kaan de esa manera tan directa que tiene de decir las cosas. Asiento.

—Y eso que aún no has abierto los informes del puerto —interviene Baran, más seco—. El lote de armas que salió por Trípoli no llegó entero. Alguien tocó las cajas antes de cruzar la frontera. Nuestros hombres se encargaron de cortarle una mano.

—Y si se repite —añado, con un tono bajo—, esta vez no será solo un aviso. Con respecto a lo del abuelo, siempre pregunta por mí —replico sin mirarlos, harto de que intenten meterse siempre en mi vida, aunque no doy muestras de ello. Tan impasible como cortante en mis respuestas. Menos mal que me conocen desde siempre, saben que soy así.

—Y para acabar la conversación, como siempre, el abuelo preocupado por tu estado civil —dice Baran con una sonrisa torcida —: que te cases, que sientes la cabeza, que des nietos antes de parecer un viudo precoz. ¡Qué presión, joder! Si yo fueras tú, saldría corriendo y no volverían a verme el pelo.

—Tiene miedo de que Emir se quede solo con el imperio y sin nadie que lo continúe —agrega Kaan.

—Y, por cierto —añade Baran—, ya te han preparado una cena. Mamá quiere que vayas. Dice que esta candidata es prometedora y

que no lo puedes seguir postergando. —Baran me lanza una mirada pícara—. Aunque oye, *abi*[1], la traductora no era fea. Tenía... presencia, de esa que te jode el sueño, de la que te sirve para varios polvos en una noche.
No contesto, en mi interior se enciende una furia que soy incapaz de comprender. Solo me sirvo un trago y enciendo el equipo de sonido con el mando del salón. La música comienza a llenar la *suite*. Necesito centrarme. Olvidarla. Pero la melodía solo consigue fijarla más dentro de mí.
—No pienso sentarme a cenar con una desconocida para que el abuelo apruebe su pedigrí como si estuviéramos en el siglo XIX —gruño, con el vaso aún en la mano, en un intento de olvidar la imagen de esa chica.
—Díselo a mamá. Ella ya tiene el menú cerrado y ha seleccionado la colección de joyas que mejor combina con la candidata —responde Kaan con ironía.
—¿Esas joyas son para la prometida..., o para los contactos del puerto de Mersin? —pregunta Baran con su sonrisa torcida—. Deberían ser para ellos —añade con tono más bajo—. Con un par de cajas bien seleccionadas, nos ahorramos que el cargamento pase por aduanas, ya lo sabes. Ellos quieren brillo, y nosotros, que miren hacia otro lado.
Kaan lo mira de reojo.
—No es momento para hablar de eso.
Baran se encoge de hombros.
—A veces pienso que mamá está más preocupada por mantener la fachada que por lo que realmente pasa en la parte de atrás. Pero, bueno..., supongo que eso es lo que hacen los buenos negocios familiares, ¿no?
—Lo que hacemos no es negociable —respondo, seco.
Baran resopla, pero no replica. Kaan se cruza de brazos, pensativo. Hay un silencio breve que pesa más de lo que debería.
—Mamá nunca ha sabido del todo lo que hacemos. O tal vez sí y prefiere mirar hacia otro lado. Mientras todo funcione y podamos vestir con trajes a medida y sentarnos en las mesas correctas, no

hará preguntas. Nunca las hace, le basta con que el apellido se mantenga limpio de cara a la galería.
—Y el abuelo, que tampoco ha perdido las ganas de opinar —dice Kaan con la voz cansada—. Aunque ya no esté en las reuniones ni firme los contratos o se siente en las cenas de negocios, su presencia está ahí, cree que aún puede influir.
—Deja que lo crea. En el fondo, sabemos que la organización es mía. Además, si por él fuera, ya estaría buscando alianzas con otras organizaciones que no me inspiran la menor confianza —añado, dejando el vaso sobre la mesa con un golpe seco—. Todo por mantener las apariencias.
—Él no ve personas —dice Baran con una mueca—. Ve fichas. Y las mueve como quiere.
—Eso es lo que me ha inculcado desde pequeño. Pero una cosa son los negocios y otra muy diferente la familia.
—Y mamá le sigue el juego —concluye Kaan—. Siempre lo ha hecho porque es lo que le convenía.
Hace una pausa, mira su vaso y luego me clava los ojos como si acabara de recordar algo importante.
—Y si no te casas tú, me tocará a mí —añade, frunciendo el ceño—. Ya veo venir a mamá intentando emparejarme con alguna hija de un embajador o una heredera refinada. No, gracias. No creo en el matrimonio ni en el amor. No pienso casarme ni de coña.
—Y tampoco puede hacerlo con cualquiera. Por eso insisten tanto en que te cases. No solo quieren una esposa, sino un nombre, un símbolo. Alguien que no hable demasiado y que calle todo aquello que no sea adecuado para los intereses de la familia de cara a la galería..., pero que se vea perfecta en las fotos.
—Pues no pienso casarme con alguien a quien ni conozco solo por el hecho de darles el capricho.
Suena el teléfono. Es Arda, uno de nuestros hombres en la frontera que se encarga de los envíos que no figuran en ningún documento oficial, el único en el que confío además de mis hermanos y Ali. Me alejo unos pasos del salón, aún con el vaso en la mano, y contesto:
—¿Confirmas que era Mehmet?

—Lo era —responde la voz al otro lado—. Pero ha hablado y tenemos pruebas.
—Entonces, dale el finiquito, lo quiero fuera de la empresa. —¡Joder! No poder decir que se lo carguen por temor a que nos escuche alguien es una auténtica tortura.
Cuelgo. Vuelvo al centro de la suite, giro la cabeza hacia mis hermanos y hablo con la misma calma que si pidiera otra copa:
—Mehmet ha hablado. Ya no está entre nosotros. Necesito otra copa, ¿queréis una?
Miro por la ventana. Ella viene de nuevo a mi mente, no sé ni el motivo. No debería haberla mirado. No debería haber sentido nada. Pero lo hice. Y, ahora, su imagen se me clava detrás de los párpados, como una amenaza que todavía no entiendo. Porque en mi mundo, las debilidades se pagan con sangre.
—Vámonos a cenar —suelto de repente casi sin pensar, dejando el vaso sobre la encimera con un golpe seco—. Luego una copa y lo que surja. Necesito aire.
Baran aplaude una vez, satisfecho.
—Pensaba que no lo dirías tú y que me tocaría proponerlo a mí. Ya tengo un par de sitios en mente. Y si hay suerte, uno de ellos no es legal del todo. Aprovechemos que los tentáculos de la familia no llegan hasta aquí, y no podrán recriminarnos nada. Necesitas soltarte el pelo, *abi*.
Kaan suspira, pero asiente.
—Estamos de vuelta a medianoche, y nada de peleas, que os conozco —nos reprende como si él fuera el hermano mayor. En parte, en algunas ocasiones lo parece.
—Solo si hay motivo —respondo.
Y salimos. Tres hermanos. Una noche por delante. Y demasiadas cosas que no pienso decir en voz alta.

1 *Abi* es una palabra turca que significa hermano mayor. Se utiliza de forma afectuosa y respetuosa entre hermanos o para dirigirse a un hombre al que se le reconoce autoridad o cercanía.

3

Clara

La noche huele a verano y calor seco. El Uber me deja a pocos metros del Sótano 12, el pub donde he quedado con mis amigos. El conductor, un tipo hablador con acento del sur, me ha contado su vida entera en diez minutos, incluidos dos divorcios y un negocio fallido de churros veganos. A estas alturas, me siento emocionalmente implicada con su exmujer. Jorge y Marina ya me esperan frente a la puerta del local. Marina, con su coleta alta y su vestido rojo, y Jorge, de negro, como si fuera un extra de Matrix, con esa camisa oversize que se niega a jubilar desde hace dos temporadas. No puedo evitar sonreír.

—Pensaba que habías muerto —dice Jorge en cuanto me ve—. O que habías recaído en tu adicción a las cenas en pijama con series de asesinos.

—He muerto, aunque reconozco que he resucitado por vosotros. —Le doy dos besos y luego abrazo a Marina—. Dios, ¡qué calor hace!

—Y eso que aún no hemos entrado —responde Marina, que se abanica con el móvil, como si eso fuera a darle más aire—. Hoy está a reventar.

—Mira, como tu vestido —dice Jorge, que me mira de arriba abajo—. Clari, ¡esto es un *pub*, no un *videoclip* de reguetón! —Me echo a reír.

—Me apetecía arreglarme. ¿Tanto escándalo por un poco de pierna? ¿Tú? ¿El rey de la provocación?

—Un poco, dice. Nena, si te agachas, le provocas un infarto al camarero. Venga, vamos dentro antes de que causes un accidente de tráfico cuando cualquier conductor te mire más tiempo del debido.

Entramos, y el golpe de calor y sonido es inmediato. La música está a un volumen tolerable, pero los bajos hacen vibrar las paredes. Las

columnas de hierro, la madera oscura y el terciopelo rojo crean una atmósfera entre clandestina y sofisticada. En la pista, suena un tema que reconozco al instante, *Sobelove*, de Beéle. Todos parecen conocer el paso viral, incluso los que no tienen ni ritmo ni oído musical. Jorge nos abre paso hasta una mesa alta con taburetes en la esquina izquierda del local. Es de las pocas zonas que permiten hablar sin gritar. Marina se sienta enseguida. Yo dejo el bolso en el gancho del asiento y respiro hondo.

—Me hace falta una copa —digo.

—Eso está hecho. Yo invito —responde Jorge, que camina ya hacia la barra.

Me acomodo en la silla mientras Marina me observa con una ceja levantada.

—Vale, suelta. ¿Qué tal la reunión esa de la que no has tenido tiempo de hablarnos? —Me encojo de hombros.

—Una más de las tantas a las que asisto. Gente elegante, cifras, firmas, cejas alzadas. Lo de siempre. Muy aburrida.

—Y el turco misterioso —afirma—. ¿No me digas que no lo viste?

Pienso en él. En su voz, en sus manos, en esa mirada que no debería recordar tan bien. En su silencio que llenaba toda la sala.

—Lo vi. Alto, serio. Un CEO como los de las películas. Fin de la historia.

Marina me lanza una mirada que grita mentirosa sin decirlo en voz alta, pero, justo en ese momento, Jorge vuelve con las tres copas.

—Venga, que quiero brindar antes de que se me ocurra hablar de mi cliente de los perfumes veganos.

—Ay, no. No empieces otra vez con lo de las flores flotantes —replica Marina con un tono de voz de fingido hastío.

—¡Es una campaña seria! Quieren lujo, minimalismo aromático. Me han dicho que incluya lavanda, ámbar y sostenibilidad. ¿En serio? ¡Que transmita equilibrio! ¡Y yo con ganas de estrellarles ese equilibrio en la cabeza! —exclama con teatralidad.

Los tres soltamos una sonora carcajada. Brindamos, y me bebo la mitad de la copa de un solo trago. Y, solo entonces, empiezo a relajarme. No pasa mucho tiempo antes de que Marina se enderece y levante la mano.

—¡Ahí están! —grita, y se gira hacia nosotros—. Raúl y los suyos.
Levanto la vista. El primero en llegar a la mesa es un hombre alto, de piel bronceada y sonrisa fácil. Va vestido con vaqueros ajustados, una camisa blanca remangada y el pelo oscuro algo despeinado. Sus amigos —dos chicos más jóvenes, uno con pinta de ser adicto al gimnasio y el otro con cara de no haber salido en semanas— nos saludan con gestos rápidos mientras Marina hace las presentaciones.
—Clara, Jorge..., este es Raúl, mi compi del Gregorio. Él es enfermero y..., bueno, un poco insoportable a veces. Y estos son Guille y Sergio.
Raúl me ofrece dos besos con una sonrisa.
—He oído hablar mucho de ti. Todo bueno, por supuesto, aunque viniendo de Marina, eso es relativo.
—¿Eso era un intento de cumplido disfrazado? —pregunto, con una ceja alzada, medio en broma—. No te creas ni la mitad de lo que te haya contado sobre mí.
No responde, solo sonríe. Guille y Sergio se acomodan en taburetes cercanos. Jorge no tarda en empezar una conversación trivial sobre series nuevas mientras Marina se lanza a hablar con Guille sobre los pacientes. Raúl, en cambio, se queda a mi lado.
—Me ha dicho Marina que eres traductora. ¿Eso qué es exactamente? Siempre he sentido curiosidad.
—Soy intérprete de idiomas en reuniones, conferencias...; ya sabes, traducir palabras ajenas.
—¿Y las tuyas propias? —pregunta, inclinándose un poco.
—Las reservo para cuando valen la pena —susurro en un inútil intento de sonar coqueta, aunque estoy bastante desentrenada. Hace mucho que no flirteo con nadie ni mantengo relaciones sexuales. Desde que lo dejé con mi última pareja, todo ha sido trabajo, cansancio y la sensación persistente de que, por mucho que lo intentáramos, a nuestra historia le faltaba algo esencial.
Raúl vuelve a sonreír, la música sube de volumen y el hielo de mi copa se derrite. Y yo, por primera vez en días, me dejo llevar un poco. Marina se inclina hacia Guille y le dice algo al oído que lo hace carcajearse. Acaban enfrascados en una conversación sobre guardias y turnos de noche que parece no tener fin. Sergio también se queda

con ellos, comentando algo sobre un paciente con alergia al champú del hospital.
Jorge, Raúl y yo nos miramos, y mi amigo se encoge de hombros.
—¿Bailamos? —pregunta con una sonrisa de lado.
—Sí —confirmo.
Nos abrimos paso entre la gente justo cuando empieza a sonar otra canción conocida: *Perdonarte para qué*, de Quevedo. La pista está abarrotada, pero eso no impide que Jorge se suelte como si no hubiera un mañana. Raúl se acerca a mí, no demasiado, pero lo suficiente como para que su hombro roce el mío mientras bailamos al compás rápido de la canción. Mis piernas empiezan a doler y el sudor me humedece la base del cuello y los brazos. Me recojo el pelo con una mano, siento que la piel me brilla por el esfuerzo y el calor.
—Tienes buen estilo —me murmura Raúl al oído, acercándose apenas lo justo para que lo escuche.
—Tú también, pero, en mi caso, es el vestido, que hace magia —ronroneo.
—Entonces quiero verte bailar con vaqueros. Solo para comparar.
—Claro, por supuesto, solo por eso.
Le sonrío, pero mi mente no termina de pensar con claridad. Me giro instintivamente hacia la entrada. Y, entonces, lo veo.
Emir Demirhan. Va vestido con un traje oscuro, sin corbata, pero igual de impecable. Avanza entre la gente como si el local fuera suyo, flanqueado por los dos hombres que estaban en aquella reunión. Uno tiene el gesto serio y la mirada inquisitiva; el otro, más joven, con esa actitud de quien se divierte demasiado. Entre los tres, desentonan tanto como brillan. No hay forma de ignorarlos.
Y Emir… Él no busca a nadie, pero su sola presencia hace que todo el mundo sepa quién manda. Lo llena todo. Se detienen un segundo cerca de la barra, charlan con un hombre trajeado de unos cincuenta, igual de impecable, aunque con menos magnetismo. No sé de qué hablan, pero hay algo en la postura de Emir, en el modo en que asiente sin sonreír, que hace que el otro se incline ligeramente. Unos minutos después, los tres se dirigen hacia la parte trasera del local, justo donde hay una puerta que señala la zona vip,

que está custodiada por un camarero con pinganillo, sin embargo, nadie los detiene y los pierdo de vista.
—¿Todo bien? —pregunta Jorge, que ha regresado a nuestro lado con una copa nueva en la mano.
—Estás pálida —añade Raúl, ladeando la cabeza—. ¿Te ha dado un bajón?
—No —respondo enseguida, obligándome a sonreír—. Estoy bien. Solo me ha parecido ver a alguien conocido, pero ya no está.
Los dos me miran, intentando descifrar algo que yo no estoy lista para decir. Raúl se separa un poco, lo justo para que pierda su atención, y entabla una conversación con una chica que ha reconocido del hospital. En ese instante, me acerco a Jorge y Marina.
—Era él —digo en un susurro, lo suficientemente bajo para que solo ellos me escuchen.
—¿Quién? —pregunta Marina, acercando la copa a sus labios.
—El turco —respondo sin mirarlos.
—¿Cómo que el turco? ¿El de la reunión? —interviene Jorge, frunciendo el ceño—. ¿El jefe de la empresa esa de joyas?
Asiento.
—Ha entrado con los otros dos con los que fue esta mañana y se han metido en la zona vip del fondo. Nadie los ha parado. Ha sido... raro.
—Tía, eso no es raro, eso es de gente con mucha pasta y aún más poder —dice Marina.
—Eso es sexi como el infierno —añade Jorge, con una ceja levantada—. ¿Está tan bueno como Can Yaman, o más rollo Ömer, el de *Te alquilo mi amor*?
No contesto, porque la imagen de Emir sigue pegada a mis párpados sin querer marcharse.
—De verdad, vosotros dos y vuestra obsesión con las novelas turcas —corta Marina, entre risas, sacudiendo la cabeza. Justo entonces, Raúl regresa con una copa de ron con lima, y me la tiende.
—La tuya estaba vacía —explica.
Le agradezco el gesto, aunque mis dedos rocen el cristal sin saber qué hacer. El sabor me resulta más amargo de lo normal. O tal vez

sea que no puedo quitarme esa presencia de la cabeza. Esos ojos que ya no están, pero siguen conmigo.
Un grito desgarrador corta el murmullo general. El sonido de vasos estalla contra el suelo y se mezcla con un golpe seco. Una silla vuela por el aire. Todo sucede en cuestión de segundos. Entro en pánico e intento salir. Un grupo de chicos se enzarza en una pelea brutal justo al borde de la pista. Se empujan, se insultan a gritos, uno lanza un puñetazo que no da en su objetivo y acaba estrellándose contra otro grupo de gente. Intento apartarme, pero una oleada de cuerpos me empuja con violencia. Un codo me golpea el costado, pierdo el equilibrio y caigo de espaldas. El vaso se me escapa de la mano y choca contra el suelo con un estrépito seco, deslizándose entre mis pies. Alguien me pisa el muslo al intentar esquivar la pelea. El caos es total.
Y, entonces, como si el aire se rompiera, lo veo aparecer.
Emir sale de detrás de la cortina de la zona vip como una ráfaga. Sin decir una palabra, avanza entre la multitud que se abre sin necesidad de que empuje a nadie. Su presencia lo hace por él. Uno de los chicos intenta encararse, pero Emir lo empuja con un brazo sin esfuerzo. Otro recibe un golpe seco en el pecho que lo deja sin aliento. El hombre más serio no se queda atrás. Agarra a uno del cuello de la camiseta y lo estrella contra la pared con un solo movimiento.
—No os equivoquéis de enemigo —murmura en turco, con voz letal. El pobre hombre se queda perplejo y acojonado a partes iguales. No entiende lo que le ha dicho, pero el tono de voz que ha utilizado es suficiente. El más joven se ríe mientras lanza una patada seca que derriba a otro por la espalda.
—Una advertencia era suficiente —le replica a su amigo, chasqueando los nudillos mientras esquiva otro empujón—. Ahora que recojan lo que quede, si es que pueden.
Los gritos aumentan, la gente se dispersa. Y en medio del caos, Emir llega hasta mí. Me mira, y no dice nada, solo extiende la mano. Su piel está caliente. Me ayuda a incorporarme sin esfuerzo. El otro llega detrás, ajustándose la chaqueta, parece que acaba de salir de una reunión y no de un combate.

—Prometisteis no pelearos en público —dice sin mirarlo.
—Solo si no había un motivo —responde Emir, sin apartar los ojos de mí.

4

Emir

El restaurante está demasiado iluminado para mi gusto. Kaan revisa sus mensajes con gesto tenso. Baran, en cambio, juega con el pan como un niño pequeño. El camarero nos habla en un inglés correcto pero rápido, y terminamos confiando en sus recomendaciones. Ni siquiera estoy seguro de lo que he pedido.

—Al final, vamos a tener que contratar a la traductora solo para saber qué carajo estamos comiendo —dice Baran con una media sonrisa.

No respondo. Pero la imagen de Clara cruza mi mente como un disparo. Comemos con las continuas bromas de Baran. Cuando terminamos, nos desplazamos en coche hacia el local. El dueño, un inglés afincado en España, es uno de nuestros contactos más silenciosos. Le gusta hacer de anfitrión para hombres con dinero. Al llegar, está en la barra, nos acercamos a él y le pido que nos lleven hasta el reservado. Nada más girarme, la veo. No la estaba buscando, pero ahí está. Baila y ríe. Y todo mi cuerpo lo sabe antes que mi mente. Me obligo a no mirar dos veces. Camino hacia la zona vip sin alterarme, como si no pasara nada. El camarero se lleva una mano al auricular, asiente y nos abre paso sin que tengamos que esperar ni un solo segundo. Dentro, hay rostros conocidos. Algunos son socios españoles que ya han estado en Estambul en alguna que otra ocasión. Y encontramos lo de siempre en este tipo de fiestas: champán derramado, risas que no llegan a los ojos, bandejas con cocaína y mujeres dispuestas a todo por un poco de pasta, alcohol o drogas. No tocamos nada, ni tan siquiera nos tomamos una copa. Yo me apoyo junto a un cristal que da a la zona de baile y, desde allí, la busco otra vez.

—La familia de Mehmet ha estado preguntando por su paradero —murmura Kaan, apenas alzando la voz, sin levantar la copa—. Parece que no les ha llegado el cuerpo aún.
—Que lo busquen en el Bósforo —respondo, sin girarme—. Con suerte, encontrarán algo que les sirva para aprender a cerrar la boca antes de robar.
Ella sigue bailando y hablando con otro hombre. Se toca el cuello, con ese gesto tan suyo que no es consciente de que lo hace. Mi cuerpo reacciona de inmediato, y lo odio porque me hace perder el control.
Desde que entré, vi a dos tipos que no me gustaban. Estaban demasiado ebrios y muy cerca de ella. Se mueven como quienes no saben perder el control sin arrastrar a alguien con ellos. Están tensos, lo noto en sus hombros, en la forma en que uno cierra el puño, en la mirada del otro que se clava en el chico que baila junto a Clara. No han empezado a pelear, pero lo harán. Lo sé por las veces que he estado involucrado en las peleas o por todas de las que he sido testigo.
Sucede antes de lo que tenía previsto. Un empujón. Un insulto. Un golpe mal dado. La multitud estalla en un caos que crece como un incendio. Clara tropieza, cae y su vaso vuela.
Ya no pienso. Me envaro, me giro hacia mis hermanos y los miro. Una sola señal. No hace falta más, y voy camino de sacarla del infierno antes de que la idea cruce por mi mente. Atravieso la pista como una ráfaga. La multitud se aparta a mi paso, aunque no lo sepa y tampoco entienda por qué. Algunos me miran, otros se echan hacia atrás por instinto. Mis botas pisan cristales rotos, pero eso no hace que me detenga.
Ella sigue en el suelo, con la mirada desorientada, el vestido arrugado y una rodilla raspada. Su respiración es agitada. Me agacho y le tiendo la mano para ayudarla a levantarse. Sus dedos tiemblan cuando tocan los míos. Están fríos, pero en el instante en que anclo los míos sobre los suyos, algo cambia. Una especie de descarga me recorre el brazo rápido, directa, como un rayo eléctrico que me sacude. Un escalofrío se arrastra por mi columna, incómodo, familiar y desconocido al mismo tiempo. No debería sentir nada, no solo por

ella, sino por nadie, pero ahí está ese calor que nace del contacto, ese silencio que se instala entre nuestros cuerpos y lo llena todo.
Y, aun así, no la suelto. No puedo, es como si algo en mi interior me lo impidiera. De reojo, veo cómo mis hermanos hacen lo suyo. Baran lanza un puñetazo seco que tumba a uno de los tipos. Kaan reduce a otro contra la pared con una presión firme y se acerca después, mientras yo todavía la tengo cogida de la mano y clavo una vez más mi mirada en sus ojos. No hay miedo en ellos, más bien desconcierto, una pizca de vulnerabilidad y, sobre todo, vida. No sé por qué me afecta. Solo sé que lo hace. Como si esa mirada supiera algo de mí que yo mismo aún no he admitido.
—Prometisteis no pelearos en público —dice sin levantar la voz, sacándome de la burbuja en la que estaba metido, donde solo veía esos ojos fijos en mí. No aparto la mirada de Clara.
—Solo si no había un motivo —respondo.
La alejo hacia un lateral, lejos del epicentro de la pelea, que ya se ha descontrolado, y de la que apenas soy consciente. Hay un caos a nuestro alrededor de gritos, empujones y cristales rotos. Todo parece moverse en espiral, pero yo solo la miro a ella. Cuando estoy en una zona más apartada, le sujeto los hombros con suavidad, aunque con la firmeza necesaria para que sepa que no va a escapar.
—¿Estás bien? —pregunto, sin rodeos. Asiente, aunque sus labios tiemblan. Durante unos instantes, parece que piensa lo que va a decir.
—Estoy bien. Solo... ha sido todo muy rápido —contesta, finalmente, en turco, como si le costara trabajo ahora mismo pensar en mi idioma y hablarlo con fluidez.
—Salgamos.
No espero su respuesta. La cojo por la cintura sin titubear para protegerla de posibles golpes, y la guío entre la gente, que siguen empujándose y huyendo del caos.
—Mis amigos... —empieza a decir, mirando hacia atrás.
—Están bien. No se han visto involucrados. —Mi voz no admite réplica, pero tampoco busco asustarla—. Tú no puedes volver ahí dentro —aclaro para tranquilizarla.

Empujo la puerta del local y salimos a la noche madrileña. El aire es cálido, pero, al menos, huele a algo que no sea sudor y adrenalina.
—Voy a llamar a mi chófer. Te llevaré a tu casa.
—No —responde enseguida, aún con el pulso en la garganta—. Quiero esperar a mis amigos.
Saca el móvil, marca a alguien y, tras varios tonos en los que no le contesta nadie, cuelga. Después vuelve a intentarlo con otra persona. Tampoco. Resopla. Sus ojos reflejan la frustración que siente en estos momentos, aunque no dice nada más. Entonces, veo que mis hermanos cruzan la acera. Caminan con la misma calma de quien acaba de salir de una reunión, no de una pelea de bar. El menor sonríe con descaro, como si todo fuera una broma.
—¿Eso era una pelea, o una coreografía descoordinada? —replica con una carcajada mientras se estira los puños de la camisa y se pone bien el cuello. Kaan lo fulmina con la mirada.
—No hagas chistes. No es el momento.
Dos figuras aparecen entre la gente. Uno de ellos es alto, con gafas, camiseta con algún tipo de mensaje y una camisa encima que le queda demasiado grande. La otra es una mujer de pelo castaño, mirada inquisitiva y voz potente que grita su nombre.
—¡Clara! —dice el primero, empujando a un tipo que se interpone. La abraza fuerte, y a continuación, dice algo más que no entiendo.
Mi mandíbula se tensa. Estoy a un segundo de partirle la cara, aunque consigo contenerme. Ella sigue ahí, delante de mí, y eso me basta por ahora.
Mis hermanos se dan cuenta de algo, porque Kaan levanta una ceja con ese gesto que siempre ha usado para advertirme cuando estoy a punto de cruzar la línea. El pequeño se ríe en voz baja, como si acabara de ver su parte favorita de una película.
La otra chica suelta algún comentario clavando sus ojos en mí como si fuera una amenaza latente. Ella sigue agarrada a mi mano. No entiendo lo que ha dicho, pero el tono es claramente hostil. Mi mirada no vacila. Me mantengo firme, sin soltar la de Clara. No necesito comprender las palabras para saber que me está midiendo, que no confía en mí. Bien, porque no es su confianza lo que busco. No respondo, sin embargo, sin saber muy bien el motivo, doy un

paso sutil adelante, sin apartar los ojos de ella. Mis hermanos captan la tensión de inmediato. Kaan niega apenas con la cabeza. Baran se lleva una mano al corazón, exagerando un gesto teatral.
Yo sigo sin soltarla y, cuando ella hace el intento, cierro mis dedos alrededor de su mano sin apretar demasiado para no hacerle daño. El chico suelta algo demasiado rápido. No capto las palabras, pero el tono está cargado de dramatismo. Clara intenta ocultar una sonrisa y la otra chica directamente suelta una carcajada breve, como si ya estuvieran acostumbradas a sus excesos. Sé que ha sido un chiste, pero no me hace ni pizca de gracia. Miro a Clara, levanto ligeramente la barbilla a la espera de una traducción. Ella carraspea, esquiva mi mirada un segundo, y luego responde algo que suena más amable que todo lo que acabo de presenciar.
—Ha dicho que gracias... por ayudarme —afirma, al fin, después de unos segundos en los que parece que se lo piensa.
Miente. Lo sé por el tono que emplea, por la forma en que no puede contener del todo la comisura de su boca y la manera en la que se toquetea el pelo para terminar con esa dichosa caricia en la piel de su clavícula. Respiro hondo para calmar ese calor repentino que recorre mis venas cuando veo ese gesto en ella y lo dejo pasar por ahora.
A continuación, hace las presentaciones, dice los nombres de ambos amigos, aunque no los retengo. Está nerviosa y quiere marcharse a toda prisa. Me guardo la sonrisa que está a punto de salir de mis labios y, en cambio, mi rostro se vuelve más duro.
—Muchas gracias por todo. Ahora, si me disculpa, me gustaría volver a casa —me informa con demasiada ceremonia, marcando una distancia que no me gusta en absoluto.
—Por supuesto, Clara *hanim*. No se preocupe, venga con nosotros, la llevaremos donde nos pida. Me encargaré personalmente de dejarla en casa, sana y salva.
—No es necesario, Demirhan *bey*. Cogeré un taxi. No me gustaría ocasionarle más molestias —me replica. Y la forma en la que me ha llamado me molesta y me excita a partes iguales. Me gustaría escuchar cómo mi nombre sale de sus labios.
—Emir, llámeme Emir, y le aseguro que no es ninguna molestia.

—Pero no hace falta. Cogeré un taxi junto a mis amigos que me dejará en la puerta de casa —me contradice. Y no me pasa desapercibido el hecho de que no me ha llamado por mi nombre.
Llama la atención a un taxi con un gesto firme, y cuando el coche se detiene, se gira hacia mí.
—Me marcho. Le deseo una feliz estancia en mi país, Emir *bey* —dice, tajante. Los dos amigos comienzan a subirse al coche entre comentarios que les hacen reír. Ella gira un poco la cabeza hacia ellos, sonríe y les pide silencio—. ¡Shhh!
Me adelanto un paso.
—No deberías —suelto de sopetón, ni siquiera sé muy bien el porqué.
—Estoy bien —insiste—. Gracias por sacarme de ahí. Pero no necesito más.
El taxista baja el volumen de la radio mientras ella mantiene la puerta abierta. Es su turno de entrar.
—Trabaja para mí estos dos días —digo, sin pensar demasiado—. Como traductora, para los negocios y las visitas personales que hacemos. Me gustaría saber lo que como, y a veces, no nos entendemos bien con los camareros.
Se detiene. Me mira, entre sorprendida y desconfiada. Yo tampoco sé muy bien por qué lo he dicho. Solo sé que no quiero que se suba a ese taxi todavía.

5

Clara

Como cada mañana, me froto los ojos mientras salgo del baño tras lavarme la cara e intentar hacer algo decente con mi pelo más enmarañado de lo habitual. Camino descalza hacia la cocina mientras espero a que se termine de colar el café, y los recuerdos de la noche anterior se reproducen en mi mente en bucle, al igual que en las últimas horas.

La pelea, sus ojos. El tacto de su mano sobre mi piel, su voz grave, rasgada, con ese acento turco que convierte cada palabra en una caricia áspera y firme en mitad del caos. Una propuesta que suena a orden imposible de ignorar.

«Como traductora para los negocios y las visitas personales que hacemos. Me gustaría saber lo que como, y a veces, no nos entendemos bien con los camareros».

Como si todo eso pudiera decirse sin alterar nada y no se me hubiese quedado grabado. Recuerdo que, mientras mis amigos se subían al taxi entre carcajadas y empujones, Jorge soltó:

—¿Tú has visto esos ojos? ¿Y ese cuerpazo? ¡Dios! Ese hombre está para encerrarte en el hotel con él hasta que no se vaya, y llevarte tres días seguidos haciéndole todos los favores del mundo. Me encantaría saber qué esconde debajo de ese traje tan caro.

Y Marina, sin poder evitar la risa, le contestó:

—Debajo del traje, no sé, pero estoy casi segura de que te mueres por saber lo que esconde su entrepierna. Y cállate ya, por Dios, ¡que a este paso vamos a tener que ponerte un bozal!

Yo me giré un poco hacia ellos, aún con el corazón en la garganta, sonreí y les pedí silencio. Tras despedirme del turco y subirme en el taxi, Jorge fue el primero en hablar después de que arrancara.

—Si no te lo follas tú hasta dejarlo seco, te juro, Clara, que dejo de hablarte. Y ya sabes cuáles son las consecuencias.
Marina, en cambio, fue más prudente, con su tono casi clínico:
—Corre en dirección contraria, Clarita, y no mires atrás. Ese hombre no trae amor, sino que tiene un cartel luminoso en la frente de color rojo que grita «problemas».
Y ahora tengo que decidir y hablar con Ignacio, explicarle lo que pasó, lo que Emir me propuso y darle una respuesta antes de que empiece a parecer que me escondo porque le tengo miedo. Me quedo inmóvil y pensativa. Sopeso los pros y los contras como si tuviera tiempo de analizarlos con frialdad.
¿Pros? Es solo un trabajo de dos días. Traducción, algo que ya he hecho mil veces. Además, si lo rechazo sin justificación alguna, puedo dejar mal a la empresa y perder futuras oportunidades. Y, por otra parte, es una buena manera para practicar mi turco.
¿Contras? Es él. Ese hombre con su tono de voz y una forma de mirar que parece que me desnudara en cada ocasión que posa esos ojos en mí. No tengo garantías de que será solo trabajo y no confío en mí misma para mantener la distancia si él vuelve a acercarse.
Y me quedaré un fin de semana sin descansar, sin mi rutina de sábado de sofá, libro y silencio. Pero tal vez... ya no quiero tanto silencio. Y el dinero extra no me vendrá nada mal. El móvil vibra sobre la encimera justo cuando me llevo la taza a los labios. Miro la pantalla. Ignacio. No sé por qué, pero me lo imaginaba. Cojo el teléfono y lo desbloqueo para contestar.
—Dime que no te ha llamado el señor Demirhan —espeto con cansancio antes de darle la oportunidad de que hable.
—Lo ha hecho —responde él, sin rodeos—. Y no te ha pedido, Clara, te ha exigido.
Cierro los ojos y respiro hondo. No me sorprende. Emir Demirhan no parece del tipo de personas que pide las cosas.
—¿Qué le has dicho?
—Que te llamaría y hablaría contigo. Clara, este contrato puede abrirnos muchas puertas. Dos días más, sé que es fin de semana, que son tus días libres, piensa en el beneficio económico que nos puede reportar. No es algo que no hayas hecho ya. Reuniones,

interpretación simultánea y listo. Y si me preguntan otra vez, tendré que decir que sí por ti —intenta convencerme.
—Ignacio, ayer casi salgo rodando por el suelo de una discoteca mientras él partía caras a puñetazos. Ese hombre me huele a peligro.
—Y hoy estás en tu casa sin un rasguño y con un cliente que quiere volver a trabajar contigo. ¿De verdad te parece tan mala señal? ¡Es un empresario de éxito, Clara! No va a comerte.
«Yo no estaría tan segura», pienso, pero no lo digo en voz alta, sino que me quedo en silencio y él lo interpreta como un sí.
—Ve al hotel. Te están esperando.
Cuelgo y dejo el móvil sobre la encimera junto a la taza a medio terminar. Me doy una ducha rápida y me visto con lo primero que me parece lo bastante profesional. Opto por unos pantalones rectos, una camisa blanca impecable y el pelo suelto. Maquillaje ligero pero efectivo, no quiero parecer que me importa y, al mismo tiempo, que quiero controlarlo todo. Elijo mis pendientes favoritos pequeños. Me los pongo porque me recuerdan que sigo siendo yo, que puedo mantener la compostura, aunque por dentro se tambalee todo.
Salgo de casa con un nudo en el estómago y la garganta seca fruto de los nervios que no debería sentir, al fin y al cabo, no es la primera vez que hago esto. Camino hacia el metro, pero cuando estoy a punto de bajar las escaleras, levanto la mano y paro un taxi. No tengo ánimo para aglomeraciones ni vagones sin aire. Destino: Hotel Daruj, uno de esos cinco estrellas con fachada clásica y que se respira lujo en cada detalle.
Cuando bajo del taxi, el aire acondicionado del vestíbulo me golpea con un frescor casi helado.
La recepcionista me dedica una sonrisa medida y pregunta a quién vengo a ver. En cuanto digo el apellido, asiente con eficiencia y marca una extensión interna. Un asistente turco aparece en menos de un minuto y me pide que lo acompañe. A partir de aquí, solo puedo avanzar. Subimos en un ascensor con un silencio incómodo. El asistente no dice ni una palabra, salvo cuando me invita a salir en la planta correcta y se aparta a un lado.

Me guía hasta una sala de reuniones privada. La puerta está cerrada y supongo que el interior insonorizado. La abre para mí y dentro me reciben los tres. Emir está de pie, con un traje negro, impoluto, y esos ojos ámbar oscuro que me desnudan sin tocarme. Uno revisa una carpeta con expresión sobria. Otro, apoyado en una silla, me dedica una sonrisa como si fuéramos viejos conocidos a punto de compartir un secreto.

—*Merhaba*, Clara *hanım* —me saluda Emir, con una leve inclinación de cabeza.

Mi cuerpo reacciona antes que mi mente por el contacto de su mano con la mía. El sonido de su voz hace que mi pulso se acelere. Le devuelvo el saludo, firme, aunque me tiemblen las rodillas. Antes de que llegue el cliente, Emir me presenta formalmente a sus hermanos.

—Mi hermano, Kaan. Y el pequeño, Baran —dice, señalándolos con un gesto breve.

Ambos asienten. Kaan lo hace con sobriedad, mientras que Baran lo hace con una sonrisa ladeada que no sé si me provoca simpatía o desconfianza. Acto seguido, el asistente entra con un maletín. Emir se acerca, lo abre y despliega sobre la mesa varias piezas de la colección de Demirhan Jewels. Las miro disimuladamente con curiosidad y no puedo evitarlo: una de ellas me atrapa. Es un colgante pequeño en forma de lágrima invertida, hecho de oro blanco y engastado con un zafiro azul intenso, rodeado de pequeños diamantes que parecen polvo de estrella. Lo miro con una fascinación que no logro disimular. Hay algo en esa pieza..., algo hipnótico, como si condensara una historia entera en una forma diminuta. Una joya así está hecha para eso: para atraparte sin pedir permiso y recordarte que desear algo bello no es debilidad, sino instinto. Emir me lanza una mirada fugaz cuando aparto la vista del colgante. Como si hubiese notado que me ha tocado más de la cuenta.

Dan un golpe suave en la puerta, y otro cliente diferente a Valemont entra. Es un hombre elegante, de unos cincuenta años, que viste traje italiano, un reloj caro, y un acento marcado cuando saluda. Se

presenta como gerente de Belladonna, y la reunión comienza sin preámbulos.
—Queremos trabajar con una única firma para nuestras piezas de alta gama —dice el cliente, acomodándose en la silla mientras saca una *tablet* y abre una presentación—. Buscamos algo exclusivo, elegante y diferente. Sabemos que su catálogo cumple con todos esos requisitos.
—Nuestro objetivo no es competir en volumen, sino en calidad —responde Emir, sin levantar la voz—. Todas nuestras piezas son únicas. Diseñadas, pulidas y ensambladas en nuestros talleres de Estambul. No trabajamos en serie. Por lo que nuestros clientes deben tener una clientela muy exclusiva.
—Precisamente por eso estamos aquí —continúa el cliente—. Queremos negociar un acuerdo de exclusividad. Solo Demirhan Jewels para toda nuestra red de *boutiques* en París, Zúrich, Viena y Milán.
—Habrá que ajustar los márgenes, claro —interviene Kaan, con voz templada—. La exportación tiene sus propios costes, y no podemos comprometer la calidad.
—Y tampoco queremos que nuestras piezas aparezcan en manos de cualquiera —añade Baran, con su sonrisa medio burlona—. Esto no es bisutería barata de aeropuerto.
Todos ríen, menos Emir.
—Será una selección limitada —dice él, mirándolos a todos con calma—. Un catálogo adaptado solo para ustedes con ediciones cerradas y certificados individuales.
Yo traduzco cada palabra con precisión, aunque mi mente sigue atenta a la tensión invisible entre Emir y sus hermanos, y esa forma en la que él mantiene la voz baja, pero implacable. Cuando el cliente se marcha y la puerta se cierra tras él, Baran se incorpora con agilidad y comenta:
—¿Y si almorzamos? Tengo hambre y ganas de salir de estas cuatro paredes. Estamos en Madrid, ¿no? Además, debemos celebrar el nuevo acuerdo.
Emir lo mira brevemente y luego se gira hacia mí.

—¿Conoces algún buen restaurante de cocina española? —me pregunta, aunque eso me pilla por sorpresa.
—Depende de lo que busquéis. Pero sí, conozco uno que os puede gustar —aclaro sin más formalismos mientras repaso en mi mente los restaurantes a los que los puedo llevar.
—Perfecto. Lo que tú digas, guía oficial —aclara Baran con una sonrisa despreocupada. Ya está sacando el móvil, encantado con la idea.
Emir lo mira de reojo. No dice nada más, pero su gesto basta cuando dirige su mirada hacia mí. No pregunta, ordena de esa manera velada tan suya, disfrazando las órdenes en falsa cortesía. Asiento con una sonrisa leve, más por compromiso que por apetito. Baran revisa el móvil y escribe algo. Se nota que piensa un paso por delante.
—Genial. ¿Dónde es? ¿Vamos en taxi, o pedimos que nos traigan el coche?
—Mejor le pedimos al chófer que nos recoja —replica Emir con rapidez.
Se le ilumina la cara cuando le doy el nombre del restaurante. Empieza a buscarlo en el móvil y escribe la dirección para hablar con el conductor. Kaan simplemente asiente. Y yo me obligo a respirar, porque sospecho que esta no será una comida cualquiera.
Cuando salimos de la sala de reuniones, Emir posa con suavidad la palma de su mano en mi espalda. Parece un gesto sencillo, casi caballeroso, pero que provoca que todo mi cuerpo tiemble ante su contacto, Inclina un poco la cabeza hacia mí, su voz es apenas un susurro rasgado que me roza la nuca como una caricia peligrosa:
—Quiero ver cómo late esta ciudad a través de tus ojos, Clara *hanim*.
Y, entonces, lo sé. El almuerzo será solo el principio de algo que aún no sé cómo terminará.

6

Emir

El trayecto en coche desde el hotel hasta el restaurante no supera los diez minutos, pero en ese espacio breve, el silencio entre Clara y yo se llena de algo que no sé nombrar. Baran habla por los codos desde el asiento delantero, comentando la arquitectura, el tráfico, o cualquier otra cosa que lo mantenga distraído. Kaan, en el otro extremo, revisa su móvil en silencio, como siempre.

Yo, en cambio, observo de reojo a Clara. Va sentada a mi lado, con las piernas cruzadas y los labios entreabiertos. Cuando el coche se detiene frente a la entrada, ella gira un poco el rostro hacia mí.

—¿Lista? —pregunto, sin intención de parecer casual.

—Siempre —responde, y sale del coche antes de que pueda abrirle la puerta. Parece que no es esa clase de chicas que necesitan de este tipo de gestos caballerosos.

Clara ha sugerido uno que está en el barrio de Salamanca. Con una fachada sobria, es el tipo de local donde cada detalle está medido. Cuando entramos, el *maître* nos dirige hacia un salón privado que tiene una mesa rectangular junto al ventanal, con mantelería de hilo y copas de cristal fino. Clara toma asiento a mi izquierda, tan cerca que puedo oler el ligero aroma a jazmín que lleva impregnado en la piel. Su blusa blanca refleja la luz, pero lo que realmente llama la atención es su seguridad y esa forma suya de mirar sin parecer que me observa, a pesar de que sé que lo hace. Baran se acomoda con su descaro habitual.

—¿Aquí también nos vas a hacer trabajar, *abi*, o ya podemos relajarnos? —bromea mientras hojea el menú. Clara suelta una risa breve.

—¿Algo que sea indispensable probar de la cocina española? —le pregunto, sin apartar la vista de sus labios.
—Depende de lo que estés dispuesto a saborear —responde. Su tono es suave, pero cargado de significado. No le respondo, simplemente me limito a mirarla con una extraña mezcla entre curiosidad e intensidad. La camarera interrumpe para tomar nota. Clara nos sugiere platos que nos explica para que sepamos lo que comemos, y la chica apunta la comanda cuando damos el visto bueno.
Una vez realizado el pedido, nos trae el pan, los cubiertos y el vino, y lo deja en mitad de la mesa, no está lejos, pero espero a que sea ella quien me lo pase, y cuando lo hace, inclino la mano más de lo necesario. El dorso de mis dedos roza su piel con lentitud. No es un accidente ni una torpeza, sino un gesto estudiado. Siento cómo se tensa ligeramente, cómo su aliento se detiene apenas un segundo, y eso es suficiente para alimentar el incendio lento que me arde bajo la piel. No me disculpo. Tampoco aparto la mano rápido, tan solo dejo que el contacto se alargue un instante más de lo permitido.
La corriente que me recorre el brazo no es eléctrica, es más bien deseo. Cuando ella finalmente aparta la vista, fingiendo concentración en el menú, sé que la tengo exactamente donde quiero: entre la expectativa y el descontrol.
—¿Estás cómoda? —pregunto, en voz baja.
—Tanto como se puede cuando se está sentada frente a alguien como usted, Emir *bey* —susurra. Su voz cálida y suave me atrapa y, al mismo tiempo, me deja sin palabras, algo que no suele suceder mucho.
Baran se ríe sin saber por qué, Clara fija su mirada en la copa de vino, y yo la mía en sus ojos. Los primeros platos comienzan a llegar, cubiertos de aromas cálidos y texturas que invitan a saborear despacio. Una tortilla de patatas poco cuajada con cebolla caramelizada, croquetas caseras de jamón y una ración generosa de ensaladilla rusa con ventrecha de atún y picos de pan crujientes. El silencio se tiñe de una calma aparente. Aprovecho el momento. Además, ha pedido un plato principal para cada uno de carrillada ibérica con una guarnición de verduras.

—¿Cuál es tu plato favorito? —pregunto sin rodeos mientras la observo cortar con elegancia una pequeña ración de carne.
Ella levanta la vista, sorprendida por la pregunta. Después, sonríe.
—Difícil elección. Depende del día. Pero si tuviera que elegir... un buen plato de lentejas con su choricito, de esas que llevan horas en la olla haciéndose a fuego lento y que saben a casa, a hogar.
Su respuesta me sorprende. Esperaba algo más sofisticado, pero no. Me da algo real. Y eso la hace aún más interesante… Asiento, memorizándolo, sin saber muy bien el motivo.
—Curioso —digo—. No por el plato, sino por cómo lo defines.
—¿Y usted? ¿Tiene un plato favorito? —pregunta ella, con la mirada más encendida que antes. Me lo pienso unos segundos.
—Por favor, tutéame. Emir, solo Emir. Cordero al horno cocinado lento. Tiene un sabor fuerte, con carácter. Me gusta lo que no se puede dominar fácilmente.
No es solo una respuesta. Es una advertencia velada, una forma de mostrarle quién soy sin decírselo del todo. Y por cómo me mira ahora, con una ceja apenas levantada y ese brillo curioso en los ojos, creo que lo ha entendido.
—¿Por qué estudiaste turco? —pregunto, casi sin pensar—. No es un idioma que se escuche en cada esquina de Madrid, y tu pronunciación es limpia, precisa. Me da la impresión de que no lo aprendiste por capricho.
Clara deja el tenedor sobre el plato, sin prisas.
—Porque era difícil —responde, encogiéndose de hombros—. Porque no era lo típico. Y porque me enamoré del sonido antes de entender lo que decía. Había algo hipnótico en cómo sonaba... y quise descubrir qué decía.
No se anda con rodeos. Me gusta eso.
—¿Y has estado en Estambul? —Me interesa saber más de ella, y ni tan siquiera sé el motivo por esta curiosidad innata que despierta en mí.
—Una vez —dice. Hace una pausa y se limpia los labios con la servilleta. Ese simple gesto provoca que me quede mirándola como hipnotizado—. Estuve allí un mes, haciendo prácticas en la embajada de España. Pero apenas vi nada. Me pareció una ciudad llena de

secretos. Me faltó tiempo, Estambul te exige los cinco sentidos, y yo entonces iba con prisas, distraída, sin saber bien qué buscaba.
—Es porque lo hace —respondo—. Hay cosas que Estambul solo muestra cuando cree que mereces verlas.
Ella me mira, esta vez, sin sonreír. Como si la frase le hubiera tocado algo más profundo.
—¿Y tú? —añade, cruzando las piernas bajo la mesa. El movimiento es sutil, casi inocente, aunque dudo mucho que lo sea—. ¿Qué es lo que más echas de menos cuando estás lejos?
Podría decirle muchas cosas, mentirle, en cambio, no lo hago.
—El silencio del Bósforo justo antes del amanecer y el aroma del café turco recién hecho en la terraza de casa, mientras todo Estambul sigue dormido.
Su expresión cambia. Parece que por primera vez ve algo más allá del CEO que dirige una gran empresa con un solo gesto, y no sé si eso me gusta o no. El postre llega justo a tiempo. Una tarta fina de queso con frutos rojos para cada comensal. Comemos despacio, saboreando cada trozo. Clara cierra los ojos tras el primer bocado, y yo memorizo el gesto. No hay prisa ni necesidad de palabras. La comida española tiene ese poder. Es sencilla en apariencia, pero intensa, sin necesidad de adornos. Muy distinta a la nuestra, a la turca, que a veces se pierde en especias y presentaciones.
Mis hermanos han permanecido en silencio casi todo el almuerzo, pero atentos a cada palabra o gesto. Kaan observa con la misma mirada inquisitiva con la que cierra acuerdos millonarios. Baran, en cambio, no puede evitar gesticular de vez en cuando, levantando las cejas en mi dirección cada vez que Clara responde algo que le arranca una sonrisa. Le divierte provocarme. Cuando Clara se excusa para ir al baño, se levanta con esa elegancia que me hace apretar la mandíbula sin darme cuenta. Baran espera a que ella se aleje unos pasos antes de girarse hacia mí, con una sonrisa torcida.
—¿Desde cuándo te interesan las personas más allá de lo que puedas sacar de ellas o de los acuerdos que puedas cerrar? —susurra, divertido.
No le contesto. Solo levanto la copa de vino y lo miro por encima del cristal. Él se ríe, como si acabara de ganar una apuesta, y se gira

hacia Kaan con una sonrisa triunfal.
—*Abi*, págame los cien euros. Te dije que caería en menos de veinticuatro horas.
—Basta —espeto, sin levantar la voz, pero con la dureza suficiente para que ambos se enderecen en sus asientos—. Parecéis unos críos. ¿Aún continuáis con esas bobadas?
Baran levanta las manos con fingida inocencia, pero la sonrisa le sigue bailando en la cara. En ese momento, regresa Clara, que se acomoda en su sitio con la misma naturalidad con la que se marchó. Entonces, pido la cuenta. El camarero se acerca con esa discreción que solo tienen los buenos restaurantes. Soy yo quien paga, como debe ser. No por ostentación, sino porque el control no se comparte ni en los negocios ni en la mesa, ni tan siquiera con tus hermanos de sangre, algo que me enseñó mi abuelo desde pequeño.
—¿Nos vamos? —pregunta Clara, con un leve gesto hacia la puerta.
—Deberías enseñarnos algo de Madrid —suelta Baran de repente, lanzándome una mirada cargada de intención. Lo miro sin decir una palabra. Solo arqueo una ceja, y meto las manos en los bolsillos con un aire despreocupado, como cada cosa que hago. Él entiende la orden sin necesidad de que la pronuncie. Kaan también la capta al instante.
—En fin, nosotros volveremos al hotel —dice Baran, poniéndose en pie con aire teatral—. Tenemos esa videollamada con el equipo de Dubái, ¿recuerdas? No vaya a ser que se impacienten y empiecen a preguntar por cargamentos que no existen…
Se despiden de Clara con una inclinación exagerada y se marchan en el coche tras unos minutos de espera en la puerta. Cuando salimos, el calor de la tarde madrileña nos envuelve.
—Con este calor, lo mejor es buscar algún lugar con aire acondicionado —responde con una sonrisa torcida—. Podemos ir a algún museo o a una galería. Y luego, cuando refresque un poco, te llevo a ver algo más emblemático. Madrid de noche tiene otro encanto.
Asiento. No me importa el orden, sino el tiempo que comparta conmigo.
—¿Qué museo sugieres? —pregunto.

—¿Algo distinto? —dice, calibrando mi nivel de tolerancia al absurdo —. Podemos ir al Museo de Cera. No es el Prado, pero tiene su encanto y aire acondicionado.
—Perfecto —respondo, porque lo que me interesa no es el museo. Es ella, caminando a mi lado, guiándome por una ciudad que parece tenerle confianza.
El trayecto hasta el Museo de Cera no es largo. Quince, tal vez veinte minutos a pie. Tiempo suficiente para que el aire caliente de Madrid se mezcle con la electricidad que vibra entre nosotros a cada paso. Las calles están llenas de vida: terrazas repletas, turistas que se cruzan, voces en todos los idiomas. Caminamos despacio, no porque estemos cansados, sino porque ninguno de los dos parece querer que este momento pase demasiado rápido. Ella habla sobre la ciudad cosas que ni escucho, tan solo embelesado con el movimiento de sus labios. En uno de los cruces, mi mano roza la suya. Un simple gesto, casi imperceptible. Pero no la retira. Y eso, en mi mundo, es mucho más que una señal.

7

Clara

La entrada al Museo de Cera me resulta casi absurda. Es lo último que imaginé hacer con un cliente como Emir Demirhan. Pero aquí estamos, comprando entradas y compartiendo una tarde que ya se siente demasiado… cercana, por increíble que parezca.

Caminar junto a él es extraño. Me siento observada incluso cuando no habla. Tiene esa forma de andar como si la ciudad se abriera para dejarle paso y todo lo que lo rodea debiera adaptarse a su ritmo. Intento no pensar demasiado en su presencia, en su mirada, en lo que me provoca, o, de otro modo, estaría perdida y no sería capaz ni de respirar cuando estoy con él. Desde luego, es un hombre que no deja indiferente a nadie que se cruce en su camino. En el interior, el aire acondicionado me acaricia la piel y me la alivia. Emir paga las entradas, por supuesto. Lo hace sin decir nada, con ese gesto eficiente que lo define. Dominante incluso en los detalles menos importantes.

Nos sumergimos en los pasillos, rodeados de figuras inmóviles que parecen observarnos más que nosotros a ellas. Y yo... tan solo intento mantenerme firme.

—Estas estatuas tienen mejor postura que muchos de los políticos que representan —murmura Emir, con esa ironía seca que parece afilada a propósito.

—Y más expresión que algunos actores —añado, señalando a una figura que pretende ser una estrella de cine, aunque el resultado se acerque más a una versión fundida por el calor.

Él ladea la cabeza con un gesto divertido en su rostro, algo raro, ya que todavía no le he visto sonreír, y por un momento, todo se relaja un poco. Me detengo frente a una figura que representa a Chris

Hemsworth caracterizado como Thor —alto, rubio, con la armadura brillante y el martillo en la mano—. De esos que parecen diseñados por los dioses solo para arrancar suspiros. Me muerdo el labio con picardía.
—Vale, si me tengo que quedar atrapada en un museo con alguien, que sea este, por favor. Ahora que me fijo, tu hermano se parece un poco —bromeo, sacando el móvil del bolso.
—¿No está prohibido? —pregunta Emir, sin dejar de observar la figura con una mezcla de juicio y diversión.
—Prohibido no es lo mismo que imposible —respondo y me encojo de hombros—. Además, qué sería de la vida si no le añadimos un poquito de adrenalina, ¿no? Hacer siempre lo legal es aburrido. A veces, saltarse las prohibiciones resulta divertido.
Emir no dice nada, tan solo me mira con una intensidad que hace que me recorra un escalofrío por toda la columna. Carraspeo para salir de ese momento un tanto… incómodo, e intento hacerme un selfi, pero la luz no colabora y el ángulo me hace parecer más absurda que la figura.
—Toma. —Le tiendo el teléfono—. Hazla tú, pero procura que salga bien.
Lo coge con una sonrisa apenas visible y se prepara para hacer la foto. Justo entonces, el móvil vibra en su mano. Lee en voz alta el nombre que aparece en la pantalla, con ese acento que convierte las palabras en algo mucho más íntimo:
—Jorge.
Me tenso un segundo. Le arrebato el móvil con una sonrisa rápida y me alejo unos pasos mientras contesto.
—Dime, señor de los dramas —susurro, bajando el tono.
—¡¿Dónde estás?! ¿Sigue vivo el turco? ¿Ya te lo has tirado? —suelta de sopetón casi sin respirar.
—Estoy trabajando, Jorge. Literalmente. Estoy con él ahora.
—¿Cómo que con él? ¿En calidad de traductora, o como desatascador de tuberías en prácticas? Porque, niña, ya te digo yo que lo que necesitas es eso, una buena limpieza de bajos, que ya te decía yo que el Alvarito no tenía polla, sino un pene de pena. Se veía

a lo lejos que lo que tenía era una lombriz, y que no era juguetona. ¡Por Dios! Si yo no sé cómo no te quedabas dormida…
Suelto una carcajada tan fuerte que un par de turistas se giran. Me tapo la boca, fingiendo toser. Miro de reojo a Emir, que me observa con curiosidad y un poco… ¿cabreado? No sabría definirlo.
—Te odio —murmuro entre dientes, todavía riendo.
—Me adoras, y lo sabes. ¿Vas a pasar por casa luego, o vas a quedarte secuestrada por ese pedazo de pecado turco?
—Luego te llamo. Estoy dentro del Museo de Cera con un cliente que me está mirando igual que si pudiera leerme la mente.
—Pues no se te ocurra pensar en Thor desnudo, que lo mismo se pone celosón.
Cuelgo antes de que siga, con la sonrisa aún en las mejillas cuando regreso junto a Emir. Él me observa con el ceño levemente fruncido, todavía procesando la llamada. Sus ojos me recorren el rostro, parece que busca alguna pista sobre algo que no estoy segura de querer darle.
—¿Jorge es tu pareja? —pregunta sin rodeos, sin adornos, con esa frialdad que es casi peor que cualquier tono agresivo.
—¿Qué? ¡No! —exclamo con rotundidad entre carcajadas—. Es mi mejor amigo. Somos como hermanos —aclaro. Intento sonar natural y despreocupada, pero me da la impresión de que fracaso estrepitosamente.
No dice nada de inmediato. Solo asiente una vez, aunque sus ojos no dejan los míos. Esa intensidad que lo acompaña siempre parece haberse endurecido un poco.
—Habla contigo con mucha confianza —afirma al cabo de unos segundos.
—Es Jorge —respondo con una sonrisa que intento suavizar—. Habla con todo el mundo como si fueran amigos de toda la vida. En nuestro caso, nos conocemos desde pequeños. Es una persona que no sabe poner filtros.
Emir no replica. Pero sus labios se tensan apenas. Y cuando se da la vuelta para continuar, algo en su postura me hace pensar que, aunque no lo diga, no le ha hecho gracia en absoluto. Cuando el

ambiente empieza a distenderse un poco, le tiendo el móvil para la foto con Thor. Pero Emir no lo coge de inmediato.
—¿Sigues queriendo el selfi? —pregunta con una ceja alzada.
—Claro. No pienso irme sin mi recuerdo con el semidiós de Marvel —contesto, intentando retomar la ligereza.
Él da un paso hacia mí. No se pone demasiado cerca, solo lo justo para sentirlo. Cuando por fin toma el teléfono de mi mano, sus dedos rozan los míos con lentitud. No hay torpeza ni casualidad, es solo una especie de línea recta que me enciende la piel desde mi muñeca hasta el centro exacto de mi pecho. Trago saliva para disimular que mi cuerpo tiembla ligeramente. Me acerco de nuevo a Thor y me pongo a su lado, solo por hacer algo que disimule mi estado actual.
—¿Qué te pasa? —pregunta sin levantar la voz, casi como un susurro, mientras enfoca con pulso firme.
—Nada —respondo, aunque mi voz suena un poco más ronca de lo habitual.
—Entonces no te muevas —dice, y dispara.
Me río nerviosa, justo cuando él baja el móvil con calma. Sin dejar de mirarlo, me acerco a él. Echo una última mirada a Thor.
—Salgo bien, ¿no?
—Perfecta —responde sin mirar la foto—. Aunque empiezo a pensar que Thor está sobrevalorado —añade con esa cadencia grave que me desarma.
Seguimos avanzando entre pasillos frescos, figuras congeladas en el tiempo y ese silencio típico de los museos que, en lugar de apaciguar, parece aumentar la tensión entre nosotros. Dobla a la izquierda antes que yo. Sus pasos son firmes, casi ceremoniosos. No hay mucha gente en esta zona. Es como si todo se hubiera vaciado solo porque él lo exige. Nos detenemos frente a una figura que no esperaba encontrar: El Cid Campeador. Desafiante, con la espada en alto y la mirada fija hacia algo que ni el tiempo ha logrado borrar.
—Un hombre que ganaba batallas incluso muerto —murmura Emir, más para sí que para mí.
—¿Eso te inspira? —pregunto, ladeando la cabeza e intentando estudiar su perfil.

—Me recuerda que los símbolos… mandan, a veces, más que las armas.
Guardo silencio. No sé qué responder, porque, de pronto, no miro al Cid, sino al hombre que está a mi lado, ese que no necesita levantar una espada para imponer respeto y que, con solo un gesto, podría vaciar este lugar si quisiera. Y, sin embargo, está aquí, a medio metro de mí. Observa la estatua con la misma intensidad con la que, hace unos minutos, me miraba a mí.
—¿Crees en eso? —pregunto—. ¿En el poder de los símbolos?
Me mira. Sus ojos se oscurecen más de lo normal por un segundo, y juro que hay una guerra en su interior.
—Creo en lo que sobrevive al miedo —afirma con una rotundidad que me provoca un escalofrío.
Vuelve a mirar al Cid, creyendo que él también tiene que ganarse su sitio en la leyenda. Estoy a punto de decir algo más, pienso con rapidez en una broma para aligerar la carga de tanto Cid y tanto simbolismo, cuando el móvil de Emir vibra. Él lo saca con lentitud, como si ya se esperara ese mensaje. Lo lee sin fruncir el ceño y sin cambiar el gesto, sin embargo, algo en su postura se tensa. Es apenas perceptible, un músculo que se marca en la mandíbula y una sombra en los ojos fugaz que desaparece de la misma manera en la que ha hecho acto de presencia.
Antes de que me dé tiempo a preguntar, dos hombres aparecen a su lado. No los he visto entrar, ni los reconozco de nada, ya que a los únicos que conozco de su entorno son sus hermanos. Van vestidos con trajes de chaqueta impecables. Se acercan silenciosos. Intentan pasar desapercibidos, en cambio, producen el efecto contrario, ya que son ese tipo de hombres que no te encuentras a diario. Uno de ellos le murmura algo al oído, lo suficiente para que solo Emir lo oiga y para que yo sepa que no es irrelevante. Él asiente solo una vez. Luego, se gira hacia mí con su sonrisa más amable, una tan educada que me da escalofríos.
—¿Te apetece tomar algo en el hotel? —pregunta, intentando aparentar que esta situación no acaba de convertirse en un campo de juego más inquietante que divertido.

—¿Ahora? —pregunto e intento que mi tono suene ligero, aunque algo en mi estómago se aprieta.
—Hay menos gente. Podremos tener una charla… más íntima —responde. Sé que es una excusa tan suave que casi pasa desapercibida, pero no para mí. Observo a los dos hombres que ya se han apartado de manera discreta y eficaz.
Me lo pienso unos instantes. Nunca he sido de cometer locuras, y siempre sopeso todas las posibilidades antes de tomar una decisión. Finalmente, asiento, porque en este juego aún no sé decir que no. Aunque no me convence..., quiero saber más sobre este CEO turco que me atrae de manera irremediable.
Salimos de allí con más prisa de la que la situación exige o, al menos, eso quiero creer. Emir no dice nada, en cambio, su mano en mi espalda me empuja con firmeza. No es agresivo, sino protector y dominante, como si, de pronto, ya no fuera un lugar seguro. Mira a ambos lados antes de bajar el último escalón. Sus ojos barren la calle, los edificios, los peatones, los vehículos, buscando algo.
—¿Todo bien? —pregunto, al fin, incapaz de fingir indiferencia.
—Sí. Solo quiero evitar el tráfico —responde. Y no sé qué es más absurdo, la excusa o el hecho de que quiera que me la crea.
En cuanto atravesamos la puerta de la salida, los dos hombres de antes reaparecen. Uno delante, otro detrás. Ni hablan ni preguntan, sino que tan solo se limitan a escoltarnos con una naturalidad que me pone la piel de gallina. En la acera, junto al bordillo, hay un coche negro de alta gama con el motor en marcha. El típico con las ventanillas tintadas. Nos espera con las puertas traseras abiertas. Todo está tan perfectamente cronometrado que, por un momento, siento que no soy una persona, sino una pieza dentro de una partida de ajedrez que no entiendo del todo. Emir me indica con la mirada que suba primero. Obedezco porque, aunque mi mente me grita que corra en sentido contrario, una parte de mí quiere seguir este hilo hasta el final.
Cuando Emir entra en el coche, los dos tipos de antes lo hacen a su vez. Las puertas se cierran de manera cronometrada al mismo tiempo que las ruedas derrapan para salir de allí como si el museo estuviera en llamas y no hubiera otra salida.

«¿Dónde coño me he metido?».

8

Emir

El móvil vibra en mi bolsillo con un sonido que solo puede significar una cosa. No es ni una llamada ni un mensaje común. Es el código asignado únicamente para Ali. Lo saco. Una sola línea hace que me hierva la sangre.

M sigue vivo. Interceptado audio. El archivo se mueve. ¿Confirmas limpieza?

Mehmet. Ordené su eliminación el día anterior. Se supone que no había margen para errores. O eso creí. Sin embargo, si han interceptado una conversación suya y su nombre sigue en movimiento, entonces es que hay una fisura que a alguien le interesa que vea.

Levanto la vista. Clara sonríe, aún con el eco del selfi con la figura de Thor y con la llamada de su amigo resonando en su cuerpo. Qué distinto es su mundo del mío. Y eso es precisamente lo que más me atrae de ella, esa simpleza y pureza que tan poco se puede ver en las mujeres que me rodean, esas que son aptas para mí, según mi madre, porque seguirán las reglas de un juego que llevan generaciones entre nosotros.

Ali, mi mano derecha y mi mejor amigo, se me acerca al no recibir respuesta, pese a que les había indicado que nos esperaran en el coche.

—¿Confirmas? —me susurra en turco, en voz baja, sin apenas mover los labios.

—Todavía no. Mantened la vigilancia y asegurad el perímetro. No quiero que ella lo note —respondo con igual calma. Mis órdenes siempre parecen cortesía, en cambio, nunca lo son.

Ali la mira mientras ella está distraída. Después, se gira hacia mí y alza una ceja a modo de advertencia. Es al único que le permito

plantarme cara cuando me paso de la raya o que se permite cuestionarme si es necesario. Es más que mi jefe de seguridad o mi mano derecha, es el único que me conoce a la perfección desde que éramos dos adolescentes que nos metíamos en problemas solo por diversión.
Miro a Clara, me recompongo y le ofrezco una sonrisa estudiada.
—¿Te apetece tomar algo en mi hotel? —propongo. Intento sonar lo más relajado que puedo.
—¿Ahora? —pregunta con un tono de voz que finge despreocupado, pero que no lo consigue.
—Hay menos gente. Podremos tener una charla… más íntima —insisto. Necesito que venga conmigo para poder protegerla. Algo me dice que lo del Mehmet no es solo una amenaza vacía. Mis enemigos no duermen nunca, y todo aquel que se relacione conmigo estará en peligro. Ella incluida.
Asiente no muy convencida. Eso me basta por ahora para tomar las riendas de la situación y sacarla de allí de inmediato. Camino a su lado. Mi mano en su espalda ya no es solo un gesto: es una forma de tenerla cerca y de marcarla, aunque ella aún no lo entienda. Cuando salimos del museo, el coche ya espera. Las puertas se abren sin una palabra y subimos deprisa y con precisión. En el momento que las cerramos, arrancan sin esperar órdenes.
Durante el trayecto, mi móvil no para de vibrar con mensajes de mis hermanos, que ya están al tanto de todo.

¿Debemos esperar?

No. Mantened vigilancia sin contacto.

—¿Vas a contarme qué ha pasado? —pregunta Clara, por fin. Es algo que me esperaba, ya que no es el tipo de mujer que se queda callada, que permita que le ordenen sin cuestionarse nada, sino que, por el contrario, por lo poco que la conozco, sé que es de las que plantan cara incluso al mismísimo Lucifer si fuera necesario.
—Un asunto sin importancia —evado.
—¿Eso lo decides tú, o yo? —insiste. Me trago la sonrisa que me provoca, no es el momento, además, la mirada de Ali a través del

espejo retrovisor me advierte de que se ha dado cuenta de que a ella le permito cosas que en otro momento no serían cuestionables.
—Yo. Por ahora. Tan solo se trata de un ajuste en mi agenda —respondo, mirando por la ventana.
—Eso no es una respuesta.
—Tampoco es una mentira.
Ella se cruza de brazos y mira por la ventana. En el reflejo, veo su incomodidad, pero también su curiosidad. Es peligrosa. Eso puede matarla si se acerca demasiado. Durante el resto del camino, no volvemos a cruzar ninguna palabra. Llegamos al hotel. El ascensor nos engulle y subimos sin hablar. La tensión es otra sombra entre nosotros. En la *suite*, el aire acondicionado combate el calor de Madrid. Me quito la chaqueta y la dejo con cuidado sobre el respaldo de un sillón. Luego, la miro.
—¿Qué te apetece?
—Algo frío, un vino blanco, quizá.
Asiento. Marco el número del servicio de habitaciones y pido dos copas, queso, algo de jamón y pan recién horneado. Clara camina hasta la ventana y observa la ciudad desde lo alto. Cuando cuelgo, ella se gira.
—Emir…
—Sé lo que vas a preguntar —la corto—. Quieres saber qué haces aquí, ¿me equivoco?
—¿Entonces?
—Te necesito. —Doy un paso hacia ella—. No solo esta noche, sino que necesito que trabajes conmigo como traductora en exclusiva para Estambul.
Su expresión cambia. Primero confusión para luego pasar a la sorpresa… y algo más. Un atisbo de miedo o deseo. A veces son lo mismo.
—¿Por qué necesitas una traductora de turco en Estambul? No lo entiendo.
—No solo traduces turco, también hablas inglés y, en las próximas semanas, voy a necesitar un intérprete de español para las reuniones que tengo concertadas —explico con un ademán de los hombros para quitar importancia al asunto. Hay algo, que no sabría

decir muy bien qué es, pero que me impide separarme de ella ahora. Es una necesidad primaria de conocerla más en profundidad.
—¿Por qué yo? —cuestiona con una ceja alzada. No se cree mis excusas.
—Porque eres una de las mejores en tu trabajo, porque puedo confiar en ti y porque, si alguien va a traducir mis silencios, quiero que seas tú —le explico con tranquilidad.
Un golpe en la puerta interrumpe cualquier réplica. Clara se sobresalta un poco, aunque la miro para tranquilizarla. Camino con calma hasta la entrada y abro. Ali está ahí, impecable como siempre, empuja el carrito con la bandeja dispuesta sobre una superficie pulida de acero y un paño blanco doblado con precisión con las copas y los aperitivos. Nos cruzamos una mirada breve. No hace falta decir nada. Él lo sabe todo.
—Gracias —digo, y él asiente con una leve inclinación antes de desaparecer en silencio.
Coloco la bandeja sobre la mesa baja frente al sofá. Clara se sienta con lentitud, sin apartar los ojos de mí. Le sirvo la copa y le acerco el plato.
—Jamón ibérico, pan y queso. Clásico pero eficaz, ¿no? —comento, intentando aligerar el ambiente.
Ella sonríe apenas un instante. Da un sorbo al vino y se recuesta un poco en el sofá.
—Así que…, ¿vas a contarme por qué tanta prisa, o sigo montándome mi propia película? —insiste de nuevo. No la miro al responder. Tan solo me concentro en llenar mi copa mientras pienso rápidamente cómo convencerla.
—Asuntos internos. Nada que te implique. Ya te he explicado que tengo reuniones en las próximas semanas a las que me gustaría que asistieras como mi intérprete personal, mi inglés está un poco desgastado.
—Pero me implicas —replica con suavidad—. Me traes aquí, me pides que trabaje para ti. Algo me dice que tu inglés no es tan malo y ocultas tus verdaderas intenciones.
Se lleva la copa a los labios y le da un sorbo con lentitud sin apartar la vista de mí. Clavo mis ojos en ella. Hay algo en su forma de

mirarme que me incomoda, no porque me desafíe, sino porque me interesa más de lo que debería.
—Aún no puedo darte respuestas —aclaro.
Ella asiente, pero su gesto no es de aceptación. Espera una aclaración que no estoy dispuesto a darle. Terminamos las copas en silencio. Cuando se levanta para acercarse a la ventana otra vez, algo en su perfil, encendido por la luz del atardecer, me obliga a seguirla.
Avanzo lentamente. Ella sigue junto al cristal . Así, su rostro parece aún más joven y hermoso. Me detengo a su lado, a poca distancia, sin tocarla todavía. Su silueta se refleja en el vidrio y mi mirada se clava allí. Me inclino un poco hacia adelante, lo justo para que nuestras manos se rocen al apoyarme contra el marco, fingiendo que observo mejor el paisaje. Un contacto leve, pero intencionado. Clara no se aparta. Ambos lo notamos. Se gira hacia mí y nos miramos en silencio. Hay algo más denso que las palabras suspendido entre nosotros, un pulso que no necesita latido para hacerse notar.
—Emir… —susurra, igual que si mi nombre le supiera distinto ahora.
No contesto. Solo alzo una mano y le aparto un mechón de pelo de la mejilla. Su piel es suave. Su aliento se detiene un segundo. No la dejo terminar. Solo la beso. No es un beso amable, es posesivo, oscuro, lleno de todo lo que no puedo decir. Mis manos se aferran a su cintura, al borde entre el deseo que me puedo permitir y el instinto que me esfuerzo por contener. Mi cuerpo reacciona con una urgencia animal. El calor se me dispara bajo la piel, los músculos se tensan, y mi polla se prepara con una velocidad brutal contra el tejido de mis pantalones. Su boca es puro fuego. Sabe a dudas, a miedo disfrazado, a pasión negada. Ese sabor me enloquece y me hace querer más.
Ella responde. Abre los labios con una entrega que me hace perder la noción del lugar. Mis dedos se clavan con más fuerza en su cintura y mi pulso retumba en los oídos. Cada roce, cada suspiro compartido, es una provocación, un salto más allá del borde que juré no cruzar.
Sus manos suben despacio por mi pecho, explorando el camino hacia mi cuello con una lentitud que contrasta con la urgencia de

mis labios. Me acaricia con las yemas de los dedos, intentando memorizarme, dudando de si soy real. Esa suavidad me arde. La aprieto contra mi cuerpo, sin dejar ningún espacio entre nosotros. Su respiración choca con la mía, su torso contra el mío, y nuestros cuerpos comienzan a hablar por encima de la ropa. Mi mano sube por su espalda, la otra se aventura a delinear su costado.

Y todo dentro de mí ruge. Porque nunca he besado así. No me gusta besar cuando follo para desahogarme, sin embargo, con ella se vuelve pura necesidad, un instinto primitivo. Una obsesión, porque esto no es follar, sino posesión, la marco sin que ella lo sepa.

Nos separamos con una urgencia que no tiene explicación lógica. Su respiración está agitada, la mía también, aunque trato de enmascararla bajo el control aprendido de toda una vida. No la dejo ir demasiado lejos. Alzo las manos y, sin pensar, tiro de los primeros botones de su blusa. El sonido del hilo cediendo contra la tela llena el aire entre nosotros. Cuando el encaje negro de su sujetador queda al descubierto, algo en mi interior se quiebra del todo.

Es provocativo. Hermoso. Y jodidamente peligroso.

Ya no hay vuelta atrás. Esta mujer es mía. Lo ha sido desde el primer cruce de miradas, pero ahora… ahora lo sé con certeza brutal.

Sus pupilas dilatadas, su pecho alzándose con dificultad bajo la tela rasgada. Y yo, de pie frente a ella, con el cuerpo al borde del abismo. La deseo, pero esto no es solo algo físico o primitivo. Supone una necesidad de posesión, es una sentencia, una condena dulce y violenta que se me ha tatuado en la piel sin pedir permiso. Y si alguien osa apartarla de mi lado, sangrará por ello.

Porque ella ya es mía, aunque ni ella misma lo sepa.

9

Clara

No me entra el aire. Lo supe desde el momento en que sus labios aplastaron los míos con esa intensidad cruda, queriendo borrar todas las veces que me han besado antes y mi boca le perteneciera desde mucho antes de tocarla.

Me arde todo. La piel, el pecho, el vientre… Parece que mi cuerpo ha esperado este momento sin saberlo durante toda mi vida. Emir es devastador. Me aprieta contra él, firme, con decisión, quiere fundirme con su cuerpo. Y, por un segundo, uno solo, me pregunto si eso me asusta. La respuesta llega cuando su boca baja por mi mandíbula y me muerde con suavidad justo debajo del lóbulo de la oreja. No me asusta, me consume y me arrastra con él a un lugar desconocido para mí.

—Ponte de espaldas —ordena. Su voz suena diferente, más grave, pero igual de irresistible. Dudo, pero no por falta de deseo, sino porque mi cabeza todavía quiere saber dónde estoy o qué hago. Sin embargo, mi cuerpo ya ha elegido. Me doy la vuelta despacio. Siento el peso de su mirada, que me recorre como una caricia invisible. Después, noto sus manos detrás de mí. Con algo suave y firme, me rodea las muñecas. ¿Una corbata? El nudo es fuerte, casi inquebrantable. Tal y como es él.

—¿Confías en mí? —susurra, con el aliento rozándome la nuca—. Puedes parar esto en cualquier momento, Clara. Solo tienes que decirlo.

Asiento, ni tan siquiera sé por qué. ¿Realmente lo hago? No lo sé. Solo tengo la cruda certeza de que necesito esto. El corazón se me escapa por la garganta en forma de gemido necesitado. Me empuja con cuidado, pero con autoridad. Mis caderas tocan el borde del sofá. Me inclino hacia adelante, apoyando el torso y las muñecas

atadas en la espalda con los brazos tensados para impedir el movimiento y me siento tan expuesta que hasta el aire duele.
—Dilo en voz alta.
—Sí…
—Perfecto, ahora dime una palabra que seas capaz de recordar para pararme si lo necesitas.
Sus manos bajan lentamente por mi espalda hasta la cinturilla de mis pantalones. Siento la caricia tortuosa de cada una de las yemas de sus dedos hasta llegar a la cremallera en la parte delantera. La desabrocha sin prisas, con esa precisión que solo tienen los hombres que no dudan. Tira de la tela hacia abajo y los pantalones caen hasta mis tobillos. Me los quita del todo, dejando mi cuerpo apenas cubierto por la ropa interior. El roce de su dedo índice sobre la curva de mi muslo desnudo me estremece. Luego, baja las manos a mi tanga y lo desliza con la misma calma que ha utilizado con los pantalones, como un ritual. Cuando lo deja caer al suelo, siento el aire frío entre las piernas, pero, más aún, la temperatura abrasadora de su mirada clavada en mí.
—Dime la palabra.
—Turco… —digo con una sonrisa pícara en mis labios.
Estoy completamente expuesta. Y, por primera vez en mi vida, no quiero protegerme ni llevar el control. Su boca se hunde en mi hombro con un mordisco suave que me hace jadear. Luego, suelta una orden.
—No te muevas. —Y, cuando me remuevo un poco por reflejo, acaricia mi nalga, para después amasarla, y la palmada seca en mi culo me saca un gemido que no reconozco como mío—. Dije que no te movieras. Te has ganado cinco —repite. Y yo no me vuelvo a mover, porque no quiero y porque ya me tiene. En este momento, sé que estoy perdida. Y, entonces, continúa con una misma secuencia. Con cada una de ellas, primero me provoca un leve picor para incrementar una excitación que jamás había sentido.
Cuando se agacha detrás de mí, todo mi cuerpo se tensa de anticipación. Sus manos, grandes y seguras, recorren el camino desde mis tobillos hacia mis muslos con una calma que contrasta

con la urgencia eléctrica que me sacude por dentro. Cada uno de sus roces parece dibujar una línea de fuego sobre mi piel desnuda.
Me muerdo el labio para no gemir, pero él lo nota, lo siente y se deleita en mi esfuerzo inútil por contenerme. Uno de sus dedos acaricia mi muslo interno, sube con una lentitud casi amenazante, hasta que me siento a punto de rogarle. No lo hago. Pero sé que lo haría si él me lo pidiera.
—Te estás deshaciendo entre mis manos—murmura, justo antes de rozar su boca contra mi nalga enrojecida, su lengua la acaricia con cuidado y el contraste aviva mi deseo—. No sabes lo que me está costando controlarme ahora mismo.
Y, entonces, me arranca un jadeo profundo. Sus dedos pasean por las ingles de una manera tan tortuosa que necesito algún roce. Quiero moverme, necesito hacerlo, buscar que me toque, sin embargo, su orden de que no me mueva resuena en mi mente como una alerta. Continúa con leves caricias por encima de mis labios, sin llegar a explorar del todo, avivando el deseo como un fuego que me abrasa.
—¿Sabes que ya estás más que preparada, que goteas tanto que podría follarte ahora mismo? —susurra con la voz entrecortada.
El placer es tan repentino, tan sorprendente, que suelto un gemido sin filtro, sin pudor. Él me sostiene por las caderas mientras me desarma con cada movimiento de su lengua sin tregua ni misericordia. Mis manos atadas atrás se remueven casi de manera inconsciente con la necesidad primitiva de aferrarme a algo para mantener la cordura por el deseo tan brutal que siento ahora mismo. Mi voz se escapa en suspiros y jadeos que llenan la habitación. No hay vergüenza. Solo ese calor insoportable que me consume por dentro mientras su boca traza mi ruina. Entonces es cuando me doy cuenta de algo: no me está devorando, me está reclamando, marcando, haciéndome suya. Y yo, completamente rendida, me dejo arder. Pero él no se detiene. Me gira apenas, lo justo para tener una mejor vista, para tener más control. Y entonces lo ve. Encima de mi cadera derecha, donde el hueso dibuja una curva suave sobre la piel desnuda, su mirada se clava en el tatuaje. Se trata de una pequeña llave negra, delicada, que sostiene una palabra en tinta fina: *çevir.*

No dice nada. Pero cuando sus dedos se posan sobre él, lo acarician como si acabara de encontrar un secreto escondido solo para sus ojos. Es una caricia lenta, casi reverente, pero no me dejo engañar, porque, en el fondo, tiene un punto posesivo. Al igual que es Emir. Sabe lo que significa esa palabra, por supuesto que sí. Sin embargo, lo toca como si acabara de descubrir una grieta en mi armadura y, por fin, tuviera una llave real para abrir lo que hay dentro de mí. Asiente, parece que el significado le hablara en otro idioma que solo él entiende. Luego, vuelve a colocar sus manos en mi cintura, más fuerte esta vez, acaba de decidir que ese tatuaje, ese rincón de piel, también le pertenece. Lo noto en el modo en que me agarra por las caderas, en cómo clava los dedos justo por encima de la curva, donde se ha dado cuenta perfectamente que me hace temblar. Sigue completamente vestido con su traje impecable y su camisa sin una sola arruga. Y, sin embargo, hay algo salvaje en la forma en que se mueve. Ese control, esa apariencia de orden, parece una máscara a punto de resquebrajarse.

Siento su respiración contra mi piel sudorosa y la tela de sus pantalones rozando mis piernas desnudas. La diferencia entre su frialdad externa y el fuego de su cuerpo me enloquece. Me empuja con lentitud hacia el respaldo del sofá e inclina su cuerpo sobre el mío sin soltarme las muñecas.

—No te has corrido, lo sé —susurra junto a mi oído. Su resuello cálido hace sacudirme y jadear al mismo tiempo.

Su mano se desliza entre mis piernas con una seguridad que no admite discusión. Y yo, todavía vibrando, atrapada entre el pudor y el hambre, solo puedo arquearme más contra él, deseando que ese control se rompa. Porque, si esto es estar a su merced…, no quiero conocer la libertad.

Entonces, su dedo encuentra de nuevo ese punto exacto y lo acaricia con la misma precisión con la que un violinista rasga la nota perfecta. No me da tregua y no busca ternura ni romanticismo. Solo sexo puro y carnal. El placer me estalla en el pecho como una ola y viaja hasta mi entrepierna. Primero me arqueo y luego estallo en el orgasmo más brutal que he sentido en toda mi puñetera vida. La boca abierta, sin sonido. La espalda curvada, mi cuerpo ya no puede

sostener su propio peso. Y el grito que al final se escapa no tiene palabras, solo una confesión desnuda.
—Emir… — casi suplico.
Y, en ese momento, en ese clímax rabioso que me deja estremecida, sé que me ha poseído de verdad y que ya no hay retorno posible. Se separa un momento, no sé dónde ha ido, porque mis ojos se niegan a abrirse y me deja respirar tan solo unos segundos. El tiempo justo para que recupere el control del cuerpo que ya no me pertenece.
Siento cómo sus manos deshacen el nudo de mis muñecas. El calor de su piel rozando la mía me hace estremecer. Me giro despacio, todavía jadeante y vulnerable. Él se aproxima, desabrocha sus pantalones con movimientos calculados, pero cuando se acerca y está a punto de tomarme, hago algo que lo descoloca. Me arrodillo sin apartar mi mirada de la suya y sin pedir permiso. Tomo su erección entre las manos, sintiendo la leve vibración en sus músculos, y me la meto en la boca con la misma necesidad con la que antes me he rendido. Lo oigo gruñir. Bajo, subo, rodeo con la lengua cada rincón, cada borde, cada trazo duro de su placer. Su sabor es salado, denso y embriagador. La textura firme contra mi lengua, el calor pulsando bajo mis labios, todo me enciende desde dentro. Me empapo del poder que me da tenerlo así, a mi merced, aunque solo sea por un instante. Pero no es solo por él. Es por mí. Por todas las veces que callé lo que deseaba. Por las noches en las que fingí no tener hambre de esto. Por el miedo a estar con alguien que no me correspondía del mismo modo.
Y ahora estoy aquí, devolviéndome a mí misma algo que me quitaron sin saberlo. Sus manos recogen mi pelo suelto en una especie de coleta y dirige mis movimientos con una fuerza contenida que me enciende más de lo que debería. Él no habla. No suspira. Solo aprieta los dientes y me observa sin entender lo que ve.
—Clara… —su voz suena amenazante, es una advertencia velada—. No juegues conmigo.
Levanto la vista y le sonrío de manera pícara, juguetona. Él no responde, sin embargo, su mandíbula se tensa aún más. Y esa frialdad que intenta mantener se le resquebraja cuando lo tomo de la mano y lo llevo hasta el sofá. Arquea una ceja a modo de

pregunta, va a decir algo, pero antes de que se niegue, pongo un dedo sobre sus labios y lo empujo con suavidad para que se siente. Espero una sonrisa que no llega. Y cuando lo hace, saca la cartera de su pantalón y extrae un preservativo. No dice nada. Solo me lo tiende con una mirada que no admite juego. Lo cojo, me arrodillo entre sus piernas, lo abro con los dientes y lo desenrollo con cuidado sobre su erección. El gesto me hace sonreír. A Emir, no.

Me levanto despacio y me siento encima a horcajadas. Lo miro a los ojos cuando estoy dispuesta a dar un paso más, pero comienza a acariciarme la espalda, distrayéndome de lo que voy a hacer, baja sus manos hasta mis nalgas y las deja ahí, las amasa, las acaricia sin dejar que sus ojos se aparten de los míos, hasta que me levanta con facilidad y me baja de un golpe. Una sola estocada firme y profunda, y suelta un gruñido seco, casi dolido. Me agarro a sus hombros, empieza a subirme y bajarme, marcando un ritmo que es de poder. Me mueve como si me conociera de antes y mi cuerpo hubiera nacido para estar así con él, para que lo maneje a su antojo.

Sus manos se apoderan de mis pechos, los amasan, los muerden con suavidad, los torturan con una adoración violenta que me provoca que me empape más de lo que jamás lo he hecho antes. Mis gemidos se mezclan con los suyos. Me muevo en círculos, buscando más placer, más profundidad. Emir gruñe, me abraza por la espalda, toma el control desde abajo y comienza a embestirme con una fuerza que me parte en dos.

El ritmo se vuelve frenético. Crudo. Puro instinto sexual donde buscamos el placer más carnal. Nuestros cuerpos golpean el uno contra el otro, con los gemidos, nuestras respiraciones entrecortadas, jadeos, su nombre y el mío como música de fondo. Y cuando llega, el orgasmo nos arrastra a los dos al mismo tiempo. Y ahí, en ese caos perfecto, en ese instante suspendido entre el cielo y el abismo, entendemos que no hay marcha atrás.

Permanecemos así unos instantes. Mi respiración completamente agitada, su cuerpo todavía dentro del mío, el pulso de ambos desbocados…. No hablamos. No nos hace falta. Él solo me envuelve en sus brazos y siento el latido firme en su pecho. Me aparto con suavidad, recojo mi ropa interior del suelo y me envuelvo con su

chaqueta, ya que mi camisa está completamente rota, mientras se levanta sin una palabra y se dirige al minibar. Abre una botella de vino blanco, sirve dos copas, y me lanza una mirada fugaz desde la encimera. Su expresión ha vuelto a esa neutralidad fría.

Yo, en cambio, estoy hecha un lío. El corazón me late en los labios y la piel me arde, pero es mi cabeza la que no calla.

«Esto no tiene sentido. Lo conocí ayer. ¡Ayer, joder!».

Y, sin embargo, aquí estoy, casi desnuda, con el sabor de su cuerpo aún entre los labios. Algo dentro de mí me grita que me estoy equivocando, que esto va demasiado rápido, que no sé nada de él…

Estoy tan absorta en mis pensamientos que no oigo la puerta abrirse hasta que una voz me sobresalta.

—¿Emir?

Me doy la vuelta, todavía envuelta en su chaqueta, y veo a uno de sus hermanos en la entrada de la *suite*. Ha entrado sin llamar. La escena es imposible de disimular. Se detiene. Mira a Emir. Luego a mí. Y sonríe, acaba de confirmar algo que sospechaba desde hacía tiempo.

10

Emir

El sabor de su boca todavía me arde en la lengua. Hay algo en ella que me desarma como ningún otro enemigo ha logrado hasta ahora. Y eso me jode más de lo que debería. La tengo tan reciente en mis manos, en mi cuerpo, en mis malditos pensamientos, que ni siquiera el primer trago del whisky que me he servido logra apagar este incendio que me recorre. Debo tomar distancia de Clara unos minutos para no perder la cordura y volver a follarla una y otra vez hasta que ambos perdamos el conocimiento.

Me sirvo otra copa desde el minibar y me apoyo en la encimera, buscando el control necesario para volver a enfrentarme a ella sin ceder, como cuando he dejado que me llevara a ese sofá y que, durante unos minutos, creyera que era ella la que marcaba el ritmo. ¡Qué equivocada está! Yo soy el que dicto las reglas y he dejado que ella tomara el control por breves instantes. Todo lo suelo imponer sin esfuerzo, aunque, esta vez, se me escapa con tan solo mirarla.

Justo en ese momento, la puerta se abre sin llamar, y solo una persona es capaz de hacerlo sin que muera al instante.

—¿Emir? —dice la voz de Baran, con esa tranquilidad suya.

Me giro despacio. Miro a Clara, que, tan solo envuelta con mi chaqueta abierta, se tensa de inmediato y se la cruza para cubrir su desnudez. Mi cuerpo reacciona de inmediato para después enderezarme y mostrar mi cara más fría.

—Cierra la puerta. ¡Ahora! —rujo la orden. En cambio, Baran ni se inmuta. Cierra con un gesto perezoso tras de sí y se queda ahí, mirándonos, igual que si mirara la tele.

—¿No se supone que teníamos normas sobre no mezclar trabajo y... placer? —murmura para que solo le escuche yo, con esa sonrisa en los labios de aquel que se anticipa a los acontecimientos. Le lanzo

una mirada que bastaría para callar a cualquier otro, pero Baran no es cualquiera. Nunca lo fue, al igual que Kaan o Selin. Ellos tres son mi debilidad.
—Date la vuelta —le ordeno sin alzar la voz. No quiero que vea más de lo que ya ha visto. No quiero que la vea así, semidesnuda y con sus mejillas aún encendidas por los orgasmos que acaba de tener. La miro de reojo. Está preciosa, pese a que su rostro tiene ese gesto de incomodidad por la situación, como una adolescente a la que sus padres acaban de pillar con un chico en su dormitorio. Baran resopla, pero obedece. Dejo la copa sobre la encimera con un leve chasquido de cristal y me acerco a Clara. Sus ojos están abiertos de par en par, intentando cubrirse a toda costa con mi chaqueta, con una vulnerabilidad que me desarma, pero no dice nada.
En silencio, me acerco hasta ella e intento cubrirla con mi cuerpo porque necesito que la respete. Si fuera otra, me daría exactamente igual. En más de una ocasión, Baran o Kaan han entrado en la *suite* de algún hotel mientras follaba y no me ha importado lo más mínimo. En cambio, con Clara es diferente, siento un instinto protector que no había salido antes. Voy al dormitorio, abro el armario y escojo una camisa blanca que dejo sobre la cama. Regreso a su lado.
—Ve dentro —murmuro entonces, casi en un susurro—. Te he dejado una camisa mía, la tuya está rota. Vístete y espérame allí.
Asiente y se aleja hacia el dormitorio con pasos firmes y la espalda erguida. En cambio, yo sé que dentro le tiemblan todos los cimientos por ese gesto que hace de llevarse los dedos a la clavícula y pasarlos por la zona. Sin remediarlo, mi cuerpo reacciona de nuevo. Respiro con profundidad para recomponerme. Cuando la puerta se cierra tras ella, me giro hacia Baran.
—Ha pasado algo —dice Baran, y su tono me basta para saber que es algo grave—. El abuelo —aclara. Me tenso. Todo en mí se congela.
—¿Qué ha pasado?
—Ha muerto esta madrugada. Según el médico, fue algo rápido. Una complicación repentina. Él... no sufrió —balbucea al borde del llanto

—. Estaba bien, Emir. No lo entiendo. Ayer mismo estaba dando órdenes como siempre. No lo vimos venir.
El silencio que sigue no necesita palabras. Se instala entre nosotros como un muro invisible, cargado de todo lo que no se puede decir en voz alta. Y, en medio de esa quietud, el golpe seco de la realidad se nos clava en el pecho. No hay lágrimas ni lamentos. Solo una presión muda que lo desordena todo desde dentro. Teníamos nuestros desencuentros, la mayoría de las veces ni tan siquiera nos poníamos de acuerdo en temas triviales, siempre fue un hombre recto y duro con nuestra educación, con demasiadas normas. Sin embargo, eso no significa que no lo quisiera como un padre. Al fin y al cabo, fue el que me crio desde que el nuestro falleció cuando yo tenía tan solo seis años.
—¿Mamá? —pregunto tras unos instantes. Me preocupa su reacción, ella le adoraba.
—Estaba con él, fue la que llamó al médico. Lo encontró cuando ya era tarde. Está en *shock*, *abi*. Ha reaccionado como siempre, intenta controlarlo todo sin mostrar su sufrimiento. En eso, tú has salido igualito a ella —explica con los ojos anegados en lágrimas que intenta por todos los medios esconder. Fracasa estrepitosamente. Me acerco a él con lentitud y le abrazo.
—¿Y Selin? —pregunto después de unos segundos.
—No se lo hemos dicho aún. Kaan cree que deberías ser tú quien le dé la noticia. Ya sabes que ella era su niña bonita, la consentida.
Asiento lentamente. Claro que tiene razón, merece algo más que una llamada para contarle lo sucedido. A pesar de que no se lleva bien ni con él ni con nuestra madre por sus ideales, y ese es uno de los motivos por lo que vive en Milán cursando un máster en diseño, ama a la familia por encima de todo.
—Entonces lo haré yo esta noche. Haremos una escala rápida en el aeropuerto de Milán-Malpensa, la recogeremos allí. No puede enterarse por teléfono, se merece que lo escuche en persona de mí.
Baran guarda silencio, pero algo en su rostro me dice que hay más.
—Dilo —le ordeno.
—Algunos ya se están moviendo. El consejo interno está inquieto: los miembros más antiguos, aquellos que estuvieron al lado del

abuelo desde los años 90, han empezado a convocar reuniones sin esperar tu regreso. También los socios internacionales, especialmente los italianos y los rusos, han mandado mensajes preguntando por la sucesión. Y las ramas familiares..., todos esos primos y tíos lejanos que solo aparecen en los funerales o en las cenas estratégicas, ya están haciendo llamadas. Preguntan quién tomará el control y te buscan a ti.

Aprieto la mandíbula. El abuelo aún no está enterrado, y ya hay buitres revoloteando en el cielo.

—Que Ali se encargue de organizar el operativo. Quiero un vuelo privado listo en tres horas. Pero, antes, encárgate de que Kaan vigile a esas hienas. Quiero nombres, movimientos y llamadas. Si alguno intenta moverse antes de que aterricemos en Estambul, que lo sepa y que se lo piense dos veces antes.

Baran asiente sin pestañear, ya con el móvil en la mano. Miro el fondo del vaso. El hielo flota, casi derretido. Después de echarme otra copa, camino hacia la ventana. El *skyline* de Madrid brilla en la noche, impasible, ajeno a la tormenta que ruge dentro de mí. Mis ojos recorren los edificios, pero no veo nada. Solo cálculos, decisiones y traiciones latentes a punto de clavármela por la espalda. Tengo que mover ficha antes de que lo hagan ellos. No puedo fallar ahora.

—Perfecto, que esperen. Ya vamos en camino.

La puerta del dormitorio se abre con suavidad. Clara aparece vestida con mi camisa, sus pantalones, el cabello aún revuelto y la mirada fija en mí. Baran se retira en silencio para preparar todo lo que le he ordenado, dejándonos a solas de nuevo.

—¿Pasa algo? —pregunta ella, con esa mezcla de intuición y firmeza que me grita que empieza a conocerme demasiado rápido. La miro un segundo.

—Te vienes conmigo a Estambul esta noche —le informo sin rodeos, no tengo tiempo para explicaciones vagas. Es cierto que la necesito para ciertas reuniones, sobre todo, ahora, que todo está más revuelto de lo normal. Su ceja se arquea, no es un gesto de sorpresa, sino de resistencia.

—¿Perdona? —exige una explicación. Sus manos en las caderas me indican que no está de acuerdo y que me va a plantar cara. Resoplo de pura frustración, no me gusta ni un pelo tener que justificarme.
—Esta mañana hablé con Ignacio. Hemos concretado los términos de tu nuevo contrato. A partir de hoy, trabajas directamente para mí —le informo de manera clara y concisa. Necesito que entienda lo antes posible que no tiene otra salida.
—¿Sin consultarme? —espeta—. ¿Ni siquiera ibas a preguntarme si quería?
—Te lo propuse esta tarde, ¿recuerdas? No es nada que no supieras. Solo he formalizado lo que ya era evidente —aclaro con pesadez. No me gustaría entrar en una discusión absurda, no tengo tiempo ni me apetece nada.
—No, Emir. Esto es cruzar una línea que no estoy dispuesta a pasar. Y yo no soy una más en tu empresa. Además, no puedes imponerme un viaje internacional sin mi consentimiento. En mi contrato no figura ningún desplazamiento al extranjero. Y aunque así fuera, tengo derecho a negarme por motivos personales. Conciliación, Emir. Se llama conciliación. Y, al menos, deberías haberlo notificado con antelación. Cualquier decisión que tomes respecto a mí, debes contar conmigo, ¡joder!
Me cruzo de brazos, firme.
—Ignacio me mostró tu contrato con Euronovus —replico con frialdad—. Hay una cláusula que contempla desplazamientos temporales si el cliente lo requiere. Legalmente, puedo solicitarlo. Y es lo que he hecho, porque confío en ti y sé lo que vales. Y porque quiero que seas tú quien esté a mi lado cuando tenga que enfrentarme a quienes intentan silenciarme. Te necesito allí, y te quiero cerca. No solo por lo profesional, sino que esta es la única forma que he encontrado para proteger lo más valioso que tengo en estos momentos.
—Al menos, deberías habérmelo notificado con antelación —rebate enfadada.
—Lo he hecho —respondo sin alterar el tono—. Tres horas de antelación, para ser exactos. En mi mundo, eso es tiempo de sobra.

—No soy tu posesión. ¿Cuánto tiempo tendría que quedarme en Estambul? —Me guardo la sonrisa que está a punto de asomarse pese a las circunstancias, porque sé que, en el fondo, comienza a aceptar la propuesta.
—Un par de meses —respondo con calma, con la mayor naturalidad del mundo. Me acerco con lentitud a ella y le aparto con suavidad un mechón de pelo de la mejilla—. Lo necesario para que todo vuelva a estar bajo control. Y, Clara, no eres una posesión. Eres mucho más que eso —respondo, más serio de lo que pretendo.
Ella da un paso atrás, dolida. Su voz tiembla de rabia mesurada.
—¿Qué esperas? ¿Que deje todo atrás por ti? ¿Por un rato que hemos pasado juntos?
—No espero que lo entiendas, Clara, tan solo que vengas conmigo.
El silencio se alarga. Entonces, sus ojos se suavizan apenas.
—¿Qué ha pasado realmente, Emir? ¿Por qué necesitas que vuelva a estar todo bajo control?
Tardo unos segundos en responder. No porque no quiera, sino porque me cuesta decirlo en voz alta sin mostrar una vulnerabilidad que no estoy dispuesto a ofrecer en estos momentos.
—Ha muerto mi abuelo —informo como aquel que dice que mañana llueve.
Ella da un paso hacia mí sin pensarlo y me coge de las manos.
—Lo siento..., yo…
—No necesito consuelo —digo, más frío de lo que pretendía, y me suelto de su agarre, aunque sea lo que más anhelo ahora mismo—. Solo necesito que vengas conmigo.
Y ella asiente. Pero sus ojos expresan más que cualquier palabra. Me gritan que me comprende mejor que nadie. Y también que no está dispuesta a rendirse tan fácilmente sin plantarme cara.
—Recoge el bolso —le digo al fin, bajando la voz—. Péinate si quieres. Nos vamos a tu casa a preparar la maleta. Y de ahí, directos al aeropuerto. El resto nos espera allí.
Ella sostiene mi mirada unos segundos más, buscando una grieta por la que colarse, una excusa para seguir preguntando. No la encuentra, simplemente porque no la hay. Cuando desaparece por el pasillo rumbo al baño, me acerco al ventanal. Madrid se extiende

bajo mis pies indiferente a todo lo que me ocurre en estos momentos. Sin embargo, todo mi mundo ha cambiado, se ha derrumbado.
Y aunque no lo diga, aunque no lo admita ni siquiera ante mí mismo..., la necesito cerca, aunque no debería.
Pese a que podría ponerla en peligro.

11

Clara

El espejo del baño me devuelve el reflejo de una mujer que no reconozco del todo. Jamás he hecho algo así sin planearlo todo primero. Bueno, jamás me he acostado con alguien en la primera cita y, si lo pienso fríamente, tampoco con ningún cliente, pero claro, hasta ahora no me había encontrado con alguien que sea tan atractivo y que me haga temblar con tan solo esa mirada suya que transmite fuego y protección desde el primer instante.

Me aliso el pelo con las manos, intento recomponer lo que queda de cordura tras un orgasmo tan brutal que todavía me tiemblan los muslos. Emir me ha arrasado sin previo aviso.

Y, sin embargo, su mirada cuando me ha dicho lo de su abuelo me ha calado más hondo de lo que pensaba. Me ha recordado al mío. Se fue una noche, sin hacer ruido. Supongo que por eso algo dentro de mí se ha estremecido cuando Emir me ha dicho «mi abuelo ha muerto», porque sé cómo duele y el vacío que deja, imposible de llenar ese hueco.

Abro el grifo y me echo agua fría en la nuca. La tensión sigue ahí, palpitando bajo la piel. En otro momento, con otro hombre, habría huido. Pero con Emir... no puedo. O no quiero. Quizá sea lo mismo.

Cuando salgo, me espera en el salón con el semblante serio, en silencio, como si ya hubiera sellado todo lo que somos y lo que seremos con esa última orden ladrada de que recoja el bolso. Obedezco, no por sumisión, sino por algo que todavía no comprendo del todo.

El trayecto hasta mi casa transcurre con el murmullo de la ciudad como único ruido. Miro por la ventanilla al mismo tiempo que mi mente repasa listas mentales sobre lo imprescindible que debo

meter en la maleta: ropa interior, cepillo de dientes, cargador del móvil, algunos libros, el ordenador portátil, la *tablet*. También recuerdo que tengo que avisar a mi madre y a los chicos. Les escribiré luego. Quizá con un poco de humor, para no preocuparlos, aunque lo cierto es que tengo el estómago hecho un nudo. Estoy metiéndome en algo que no controlo. Y, aun así, sigo adelante.

Cuando el coche se detiene frente a mi edificio en la calle Trafalgar, salgo sin decir nada. Vivo en una tercera planta, en un edificio de los años veinte, reformado hace algunos años, pese a que el ascensor se averíe cada dos semanas. Conserva aún las molduras originales; techos altos, suelos de parqué oscuros y grandes ventanales por donde entra una luz que te alegra incluso hasta en los días más grises. Mi hogar.

Por suerte, el ascensor funciona. Abro la puerta, y Emir entra detrás de mí. No dice nada, pero lo observa todo. Como si buscara pistas sobre quién soy en realidad.

—Bonito piso —dice finalmente, con esa voz baja que me hace cosquillas en la columna vertebral.

—Gracias. Tiene carácter, y me siento muy cómoda aquí.

Me encamino al dormitorio con el estómago encogido. No me apetece nada dejar atrás durante tanto tiempo todo esto, irme a una ciudad donde no conozco a nadie, tan solo a mis antiguos compañeros de la embajada donde fui becaria durante un mes. Además, pese a que esté acostumbrada a realizar viajes con la empresa, suelen durar un par de días, una semana a lo sumo, para acudir a algún congreso. Emir me sigue en silencio hasta que voy a coger la maleta del altillo. Como no alcanzo, cojo una silla para subirme y, antes de que pueda hacerlo, ya tengo la maleta abierta encima de la cama. Abro el armario para empezar a seleccionar las prendas que me voy a llevar y saco varias al azar, que dejo también sobre el colchón.

—¿Tomas café, o té por la mañana? —pregunta de pronto sin tener ningún sentido.

—Café, sobre todo. Algún día esporádico tomo té, pero en muy rara ocasión. Siempre paso por Toma Café Olavide si tengo un rato libre

—respondo, mientras voy de nuevo hacia el armario y rebusco prendas. No sé qué llevarme—. Hacen el mejor café de Madrid.
No dice nada más. Pero, de pronto, lo tengo a mi lado, apartando prendas con una mezcla de impaciencia y decisión, tan cerca que el olor de su perfume mezclado con el recuerdo reciente de su boca sobre mi cuerpo me hace olvidar lo que iba a decir.
—Esto no —murmura, sacando un vestido de flores—. Esto… tampoco. ¿Por qué tienes tanta ropa de mercadillo? —Saca otro conjunto. Frunce el ceño—. No me gusta imaginarte con este tipo de ropa, te mereces algo con más calidad. No la metas.
—No sabía que, al firmar el contrato, también me asignaban un estilista personal —respondo con una ceja alzada—. Déjate de tonterías, Emir.
Él no sonríe. Solo toma una camisa, una de mis preferidas, y la lanza de nuevo al armario.
—Mete un par de trajes chaqueta formales. El resto lo compro yo cuando lleguemos a Estambul —resuelve, eligiendo un par de ellos de mi armario.
Al menos, esos son de los que suelo usar para trabajar, aun así, no es quien para escoger mi indumentaria. Me detengo. Me giro hacia él, con una ceja alzada y los brazos en jarra.
—¿Perdona? ¿Tú vas a elegirme la ropa ahora? No eres mi pareja ni mi padre.
—No, soy el hombre con el que vas a compartir techo y quiero que la persona que trabaje a mi lado luzca elegante.
—Pues que no miren —respondo, seca—. Lo que lleve puesto es asunto mío.
Él da un paso hacia mí. Su voz se vuelve más baja, más firme. Me da la impresión de que estos dos meses se van a convertir en un auténtico infierno.
—En Estambul, Clara, todo se interpreta. Y yo no quiero explicaciones.
Nos miramos. Chocamos. Ninguno se retira.
—Entonces ve preparándote para más explicaciones —replico, retomando de nuevo la maleta—. Porque no pienso renunciar a mí para encajar en tu mundo de hombre controlador.

Él no contesta, pero sus ojos dicen más de lo que debería permitirse. No se inmuta cuando meto en la maleta mis conjuntos más provocativos, esos que no pensaba llevarme y que ahora me apetecen lucir demasiado.

—Eso ya lo veremos —espeta entre dientes, pero lo deja pasar.

Resoplo de pura frustración mientras doblo todo lo seleccionado a la vez que él abre varios cajones hasta que se encuentra con el de la ropa interior y rebusca entre mi lencería. Saca varios de mis mejores conjuntos, asiente complacido por lo que ve y comienza a meterlos también. Lo miro con mi mejor cara de mala leche. Y, entonces, en el segundo cajón de la mesilla de noche, ve el vibrador. Su expresión cambia. Lo coge. Lo mira. Y, sin decir palabra, se dirige hacia el cuarto de baño y lo lanza a la basura.

—¿Estás de coña? —le espeto, dándole un empujón en el pecho, y le sigo hasta el baño—. ¿Quién te crees que eres? —pregunto con tal enfado que estoy a punto de decirle que se meta el vibrador por el culo, a ver si de esa manera se le quita la cara de agrio.

—Soy la persona con la que vas a trabajar y a divertirte —responde seco—. No necesito competencia de silicona. —Me agacho y lo recojo de la papelera—. Y estos juguetes —continúa señalando el consolador—, los utilizarás cuando yo lo diga, pero siempre que estemos juntos.

Se avecina una nueva bronca. Con este hombre, nada es fácil. Comienzo a enfadarme de verdad, por lo que recojo mi maquinita de la basura, lo limpio con rapidez y me voy de nuevo hacia el dormitorio, para meterlo en la maleta con una chulería impropia en mí.

—Ni de coña —le espeto, levantando la barbilla—. Yo voy a Estambul a trabajar, no a ser tu puta particular.

Su expresión se endurece. Se acerca un paso más con la mandíbula tensa y pega su rostro al mío.

—No vuelvas a usar esa palabra para hablar de ti. Nunca. Jamás, ¿me has entendido, Clara? —Su tono no sube, pero cala hasta los huesos. Pretende darme miedo, pero lo que no sabe es que no se lo tengo—. No lo voy a tolerar contigo.

Nos quedamos en silencio. Su respiración es controlada. La mía, en cambio, agitada. Pero no bajo la mirada. Me niego en rotundo a hacerlo.
—Ya veremos —replico, imitando su comentario anterior y volviendo al armario para terminar la maleta.
Aún con el corazón acelerado, sigo recogiendo. Esto no ha hecho más que empezar. Él sigue vigilando cada prenda que meto. De repente, siento que se pone detrás de mí, me agarra por la cintura y deposita un beso tierno en el cuello.
—Te voy a explicar una cosa, Clara. No se trata de controlar tu vestuario, sino que no me gusta que mis socios pierdan la atención porque te estén mirando —me susurra.
Me callo, porque no sé qué contestar, con la piel aún erizada por su beso, sus caricias y por el significado de esas palabras. Cuando cierro la maleta, recorro la casa por si se me ha olvidado algo, desconectando la luz, el agua y el gas por precaución. Recojo el portátil y la *tablet*, y salimos por la puerta. Antes de ir al aeropuerto, toco al timbre de mi vecina, una señora de unos cincuenta años, con la que tengo bastante confianza, para dejarle las llaves de mi casa por si ocurriera algo. Me abre la puerta envuelta en una bata estampada que alguna vez fue rosa y que ahora parece que ha sobrevivido a la guerra. Nada más verme, sonríe.
—Cariño, ¿todo bien? —pregunta con voz pastosa y ojos curiosos.
—Sí, solo quería avisarte de que estaré fuera unos días por trabajo. ¿Podrías recogerme el correo y echarle un vistazo a la casa de vez en cuando, porfa?
La miro, pero ella no me está escuchando. Tan solo se ha bajado las gafas que utiliza para leer y observa absorta a Emir.
—Ya sabes que no hay ningún problema. Y si quieres, con gusto también te riego al morenazo —bromea con una sonrisa.
—No te preocupes, es turco y no se entera de nada —le tiendo las llaves, guardando la carcajada. Esta mujer es un caso.
—Para lo que yo lo quiero, no necesito que abra la boca, solo la lengua —se carcajea, coge las llaves y me da un abrazo cariñoso—. Ten buen viaje.

Me despido de ella y bajamos en silencio en el ascensor. Cuando entro de nuevo en el coche que nos espera para ir al aeropuerto, saco el móvil del bolso y escribo al grupo:

Me voy a Estambul. No preguntéis. Ya os llamaré.

Tres segundos después, suena el teléfono con una videollamada a tres. Jorge y Marina. No me extraña nada que lo hayan hecho, ya que una noticia así no la iban a dejar pasar.

—¡¿Te lo has tirado ya, o todavía estás en fase preliminar?! —grita Jorge—. ¡Dime dónde vas de viaje, cacho perra!

—¡Jorge! —resopla Marina—. ¡Un poco de tacto, por Dios! Es un viaje de trabajo, no por placer.

—¿Tacto? ¡¿Trabajo y no placer?! Mira, Clarita, a otro con ese cuento. Ese hombre te está mirando ahora mismo como si fueras el único pastelito de chocolate de todo Madrid y hubiera estado a dieta durante años —suelta entre risas—. Así que no me extrañaría que te enseñara… las delicias turcas.

No puedo evitarlo. Suelto una carcajada que hace que Emir, sentado a mi lado, me mire de reojo.

—¿Estás bien? —pregunta Marina, más suave.

—Sí. Os llamo cuando llegue, ¿vale?

—Cuida ese culito, reina —remata Jorge—. Que Estambul es precioso, pero los turcos... están mejores que las vistas.

Cuelgo y, por primera vez en toda la noche, sonrío de verdad. Pero la sonrisa me dura poco. Ahora tengo que llamar a mi madre. Apoyo el móvil contra la oreja y respiro hondo mientras escucho los tonos.

—¿Clara? ¿Pasa algo? —pregunta al segundo tono, siempre alerta, con ese instinto materno que detecta cualquier cosa rara que me ocurra.

—Todo bien, mamá. Solo quería avisarte de que me voy unos días a Estambul. Es por trabajo, algo de última hora.

—¿A Estambul? ¿Y así, de repente? Ignacio debería avisarte con antelación.

—Ya sabes cómo son estas cosas. Un nuevo cliente, un contrato urgente... —miento un poquito para que no se inquiete. Mi madre es bastante moderna, una mezcla extraña entre Margaret Atwood,

Mafalda y un café solo y cargado—. No te preocupes, te escribiré en cuanto llegue.
—Clara, ¿estás segura? ¿Con quién vas?
—Con el cliente. Todo está organizado. De verdad, estoy bien.
Silencio. Luego, un suspiro.
—Solo prométeme que, si algo no te cuadra, vuelves, ¿me oyes? O me llamas, y cojo el primer vuelo para recogerte.
—Sí, mamá, te lo prometo.
—Y ten cuidado con los turcos —añade, medio en broma.
—Difícil lo tengo —respondo, con una sonrisa antes de colgar.
Cuando me quiero dar cuenta, ya hemos llegado al aeropuerto. Emir se baja del coche, comienza a ladrar órdenes de una manera que le sale tan natural que nadie es capaz de desobedecerlo. En menos de cinco minutos, estamos subiendo al avión y, antes de entrar, miro una última vez el aeropuerto de Madrid. No sé si será nostalgia por lo que dejo atrás o miedo a lo1 desconocido, pero tengo un nudo en el estómago que me aprieta y me impide respirar con normalidad.

12

Emir

Su asombro al observarlo todo con curiosidad es leve, pero lo noto. Clara entra en el *jet* privado con el paso firme, como si no le sorprendiera nada y estuviera acostumbrada a todo esto. Pero sus ojos, aunque los oculte bien, delatan otra cosa. No es miedo, sino fascinación, un leve destello que desaparece tan rápido como aparece. Como todo en ella: medido, elegante... y demasiado interesante.

La escolto hacia la parte trasera del avión. Paso junto a mis hermanos sin detenerme. Sus rostros están serios, el dolor se refleja en los ojos de ambos. No necesito decir nada: saben lo que toca.

—Dormitorio de invitados —le indico con un gesto—. Descansa. El trayecto hasta Milán dura algo más de hora y media.

Ella cruza la puerta, pero antes de que se cierre, escucho la voz de Baran a mi espalda, con ese tono que solo él puede usar en mitad de un duelo familiar:

—¿Has ensayado ya el discurso con mamá? Porque cuando vea que llevas a Clara bajo el brazo, igual le da un infarto..., o te organiza la boda con la otra chica en tres días.

Me detengo y respiro hondo. No me giro. La carcajada de Baran es suficiente para saber que ha dado justo donde quería. Sigo a Clara y entro en la habitación. Se sienta en el borde de la cama sin apenas decir ni una sola palabra. Cierro la puerta detrás de nosotros con un leve clic y dejo que el silencio haga el resto. El dormitorio del *jet* está sumido en una penumbra suave, bañada por la iluminación indirecta. No hay espacio para el exceso, pero sí para el lujo discreto: una cama amplia y perfectamente vestida con sábanas de algodón egipcio como en un hotel de cinco estrellas. Clara se mueve despacio, como si no supiera si tiene permiso para hacerlo y deja su

bolso sobre una butaca de cuero gris perla. Sus dedos tocan la tela del edredón con sumo cuidado.
—Descansaremos aquí —le digo sin más.
Asiente, sin sarcasmos, sin esa media sonrisa que suele lanzarme cuando algo no le gusta. No hay rastro de ella en su rostro. Solo ese control forzado que me empieza a poner nervioso. El silencio parece un disfraz que se ha puesto para sobrevivir al viaje. Y, joder…, no sé por qué, pero la prefiero rebelde. Porque esta quietud obediente y muda no le pega.
Y no me gusta nada.
Clara Martín no es de las que aceptan órdenes sin rechistar. Su mordacidad ha sido una constante desde el primer minuto. Esa mujer que hace apenas unas horas me lanzó un «no soy tu puta particular» con los ojos llenos de rabia… ahora se sienta, asiente y guarda silencio. Porque esos rifirrafes... me estimulan. La guerra con ella me ha mantenido más despierto que cualquier conflicto en la organización. Y yo, que nunca bajo la guardia, me he descubierto esperando sus ataques como quien desea una caricia. Pero ahora no hay guerra.
—Voy a ducharme —digo, más seco de lo necesario.
Ella asiente con la cabeza, ni siquiera me mira. Cojo una muda de la mochila de mano, cruzo hacia el baño de la *suite* y me encierro. El agua caliente cae sobre mis hombros y aprieto los puños contra las baldosas. El vapor me empaña la visión, pero no me ciega lo suficiente como para no pensar en todo lo que tengo por delante. Un cadáver aún caliente en Estambul, hienas al acecho, Mehmet como una amenaza latente… y Clara, la única cosa que no puedo permitirme querer. Y, sin embargo, aquí está, montada en el avión, rumbo a Estambul, y aunque me importe un pepino la reacción o los comentarios de mi madre, sus salidas de tiesto pueden ser muy desagradables.
Salgo diez minutos después con el cuerpo más ligero, pero la mente aún cargada. Me seco el pelo con una toalla mientras la veo ponerse de pie.
—¿Puedo ducharme también? Después de todo lo sucedido, no me ha dado tiempo...

—Claro —respondo, con un gesto.
Cuando entra en la ducha, camino hasta el minibar empotrado en la pared lateral. Saco una botella de agua fría y me la quedo mirando un segundo. La dejo en el mismo sitio y, a cambio, cojo una botella de *whisky* y un vaso corto. Me sirvo uno sin hielo. Doy un trago largo. El calor baja lento, no me calma, solo me ocupa las manos.
Miro por la pequeña escotilla circular del dormitorio, pero todo lo que veo es oscuridad. El cielo, el mar, la distancia. Me apoyo contra el marco con los brazos cruzados. La cabeza llena de cosas que no deberían mezclar el deseo con la muerte, el trabajo con lo íntimo. Y, entonces, la oigo salir.
Pasa junto a mí y deja un rastro de su perfume mezclado con el olor de su piel aún húmeda tras la ducha. Tan solo es ella. Pura y limpia. Se sienta en el borde de la cama con un albornoz de tela suave que apenas le cubre los muslos. Las piernas cruzadas y el cabello todavía mojado que caen mechones oscuros sobre los hombros. Se mira las uñas un segundo. Luego, sin decir nada, coge su portátil del bolso y lo abre con un gesto sereno. Se instala en la cama como si ese fuera su territorio natural.
Yo ya estoy vestido completamente de negro y sin corbata. El pelo peinado hacia atrás, ligeramente húmedo aún. Me apoyo en la pared frente a la cama mientras ella se acomoda. Entonces, la oigo soltar un leve suspiro.
—No tengo ropa —dice finalmente, acaba de recordar algo—. La maleta está en la bodega del avión, ¿verdad?
Asiento, dejando el vaso de *whisky* en la mesita.
—Cuando paremos en Milán, haré que la suban. Podrás cambiarte entonces.
—Perfecto —responde, sin más.
Se ajusta el albornoz con un tirón leve. Después se pone los auriculares y pulsa algo en el portátil. La oigo murmurar en voz baja, repitiendo una frase. Me siento en el borde opuesto de la cama, abro mi portátil y finjo concentrarme en los últimos movimientos de la empresa, pero no puedo evitar mirarla.
—¿Un curso de francés? —pregunto con una ceja alzada, sin apartar la vista de mi pantalla.

—¿Esperabas algo más exótico? —responde, sin inmutarse, con ese tono neutro que usa para disimular cuando se siente observada.
—Algo más desafiante, tal vez —murmuro, cerrando mi portátil. Quiero su atención y no sé muy bien el porqué.
Ella se quita un auricular y me lanza una mirada.
—Y tú, ¿qué haces? ¿Preparando una nueva línea de collares para multimillonarias aburridas?
Pero esa pregunta, como tantas otras, me arranca una media sonrisa que no llega a los labios, que me la guardo como siempre, para no mostrarme vulnerable frente a los demás.
—Planificando la siguiente reunión —contesto sin pestañear—. Aunque lo de las multimillonarias aburridas también es un mercado rentable.
—¿Siempre eres tan serio, o sabes divertirte de vez en cuando? —bromea mientras se acomoda en la cama. En ese momento, el albornoz se desliza un poco sobre su muslo.
—Solo cuando importa —respondo, sin pensar, pero mis ojos no dudan en desviarse hacia el trozo de piel que ha quedado descubierta.
Ella sostiene mi mirada y me reta en silencio. No hay risa, solo esa maldita tensión que crece entre nosotros desde que nos conocimos. No sé si me está vacilando o solo es su forma de mantenerse a salvo. De recordarme que su mundo sigue girando, aunque yo haya irrumpido en él. No lo hago adrede, pero nuestros brazos se rozan una vez. Apenas nada, lo justo para que se detenga en seco.
Ninguno de los dos dice nada más. Solo la observo desde mi lado de la cama, está tensa. En cambio, no se aparta.
—¿Estudias siempre así? —pregunto al fin, con una voz más baja de lo necesario. Ella no levanta la vista del portátil.
—¿Así cómo?
—Con un albornoz, sin ropa debajo y pronunciando *bonjour* como si fuera una promesa.
Esta vez, sí levanta su mirada hacia mí despacio.
—¿Y tú siempre provocas así a tus empleadas, o soy una excepción?
—Tú no eres como las demás —replico casi sin pensarlo. Ella no sonríe y tampoco se aparta.

—Entonces será mejor que pongamos límites antes de que alguno de los dos olvide que esto es solo trabajo.
—¿Trabajo? —repito, inclinándome apenas—. Créeme, Clara..., esto que está pasando entre nosotros no se firma en ningún contrato laboral.
Me acerco más. Ella no se mueve. Sus labios están entreabiertos y, por su respiración leve, sé que tiembla por dentro tanto como yo. La conversación se disuelve en el silencio que queda después de una provocación. El zumbido sordo del *jet* es el único sonido que se atreve a interrumpirlo. Ella vuelve a mirar la pantalla de su portátil, pero no lee. Lo sé. Su ceja se mueve levemente y sus labios se curvan con esa sonrisa invisible que se reserva solo para las guerras sutiles. Se lleva la mano a la clavícula, esa jodida caricia que hace sin pensar cuando está nerviosa. Después, estira una pierna, despacio, y sin querer, la roza contra la mía. Algo nimio, casi inocente, si no fuera por el retardo con el que retira la pierna. Por cómo no se disculpa y por cómo alza la vista justo después. Nuestros ojos se encuentran. Y lo que se queda suspendido entre nosotros no es un pensamiento, sino una descarga. Un pulso que se acelera. Un nudo que se aprieta bajo la piel.
—¿Fue intencionado? —pregunto con voz baja, apenas un susurro que roza el límite entre la broma y la amenaza.
—¿Qué parte? —responde. No baja la mirada. Sé que está jugando, y me encanta.
Me inclino un poco hacia adelante con el codo apoyado en mi rodilla. Quiero oler su respiración. Ver cómo le tiembla la garganta cuando traga saliva.
—La que me hace pensar que, si no te beso ahora mismo, me voy a arrepentir.
Ella no contesta. Sin embargo, sus pupilas se dilatan y sus labios se abren un poco, su cuerpo responde antes que sus palabras.
El resto ocurre sin aviso.
Cierro la distancia en un segundo. Mi mano le toma la nuca, la atrae con seguridad. Solo con la certeza de que ya no hay vuelta atrás. Y la beso. Esta vez no hay contención ni hay duda.

Su boca es entrega total. Me corresponde con un hambre que me hace maldecir el albornoz que se cruza entre nosotros. Me sujeta del cuello de la camisa y tira de mí, como si también ella hubiera estado al borde desde hace rato, y necesitáramos estrellarnos de nuevo para poder respirar. La lengua encuentra el ritmo sin buscarlo. Las bocas se entreabren. Las respiraciones se entremezclan. El deseo es una hoguera que prende sin permiso, y en ese instante, en mitad del cielo, no hay pasado ni futuro. Solo esta guerra silenciosa que empieza y acaba en sus labios. Nos separamos apenas para respirar, y cuando lo hacemos, el altavoz del avión suena con una suavidad que me hace maldecir.

—Señores pasajeros, en breves minutos, aterrizaremos en Milán.

Ambos jadeamos, quietos, aún demasiado cerca. Su aliento choca con el mío. Su mirada está desorientada, y la mía, más oscura que antes. La tregua ha durado demasiado poco, aunque lo suficiente para saber que esto que hay entre nosotros ya no tiene vuelta atrás. Nos mantenemos en silencio mientras el *jet* toma tierra. No porque no haya nada que decir, sino porque nuestros pensamientos están demasiado cargados de palabras que aún no se atreven a salir. Salgo del dormitorio justo a tiempo cuando la puerta del avión se abre, y el asistente de vuelo sube con una pequeña maleta de mano y un bolso colgado al hombro, ambos de Selin.

—Está subiendo, Demirhan *bey*. También hemos traído el equipaje de la señorita Martín, como ordenó.

Asiento en silencio mientras la asistente lo deja todo en un lado del dormitorio. Clara recoge su portátil y se pasa una mano por el cabello.

—Voy al baño —me informa, intuyendo que necesito algo de privacidad cuando venga mi hermana. Y yo salgo del dormitorio para recibirla en la cabina junto a Kaan y Baran.

Pocos segundos después, Selin aparece en la cabina. El mismo cabello castaño oscuro y la misma mirada limpia que heredó de mi madre. Lleva vaqueros, una camisa blanca y el bolso colgado cruzado. En la otra mano, sujeta su teléfono como una extensión de su cuerpo.

—*Abi*… —su voz es suave, cargada de alivio por verme y, al mismo tiempo, de una inquietud que apenas logra disimular. Me pongo de pie. Ella se acerca y me abraza con fuerza. Su cuerpo tiembla ligeramente.
—¿Qué ha pasado? El mensaje solo decía que viniera, que era urgente. ¿Está todo bien?
Acaricio su cabeza con una mano.
—Ven. Tenemos que hablar.
La guío hasta el dormitorio contiguo y cierro la puerta. Y, por primera vez en años, no sé cómo empezar. Sé que debo hacerlo, porque la verdad no espera. Y el mundo que ella conocía ha cambiado para siempre.

13

Clara

Cuando salgo del baño y me dirijo hacia la cabina, camino descalza de vuelta a la habitación mientras cierro la bata prestada que aún llevo encima. Selin ha entrado a hablar con Emir en el otro dormitorio. Yo… me siento ahora mismo como un apéndice más de esta historia que no me pertenece.

Me encierro y, por fin, me visto. Pantalón vaquero ajustado, una camiseta básica negra y unas deportivas limpias. Nada en mi apariencia dice que acabo de tener un beso arrollador en un *jet* privado con un hombre que ahora ni me mira.

Me siento en el borde de la cama y dejo que los recuerdos me golpeen con la misma fuerza con la que él me arrastró a ese asiento. El beso. Su lengua marcando el ritmo. Sus manos sobre mi piel. Mi cuerpo cediendo, buscándolo. Y ahora… esto. Solo silencio y frialdad. Su distancia es como una bofetada en la cara, pese a que comprendo que ahora tenga que enfrentarse a una conversación dura. Emir es así. Fuego puro un momento y, al instante siguiente, el hielo más absoluto. Me quema y me congela a su antojo, sin tener derecho a saber en qué versión suya me estoy perdiendo.

Justo en ese momento, tocan a la puerta.

—*Kahveniz, hanımefendi*[2] —dice el auxiliar, con una sonrisa suave y una reverencia que me incomoda.

Me tiende una bandeja con una taza perfecta, humeante, y un pequeño cuenco de frutos secos. Me fijo en sus ojos cuando baja la mirada, casi reverencial. Se lo agradezco, claramente sigue las órdenes de Emir.

Alzo la taza. El primer sorbo me quema la lengua. Mejor, porque de esta forma me mantiene anclada a lo real, no a dejarme llevar por algo que ni yo misma comprendo. Escucho un murmullo de voces,

un tono algo más alto, por lo que decido asomarme al pasillo. Selin está de pie junto a Baran. Él sonríe con una facilidad que parece casi profesional. Ella asiente, con los ojos brillantes pero la boca firme. Emir, en cambio, permanece solo, recostado contra una ventanilla, con los brazos cruzados. El reflejo del cristal lo muestra más pálido de lo que recordaba.

Baran me ve y da un paso hacia mí, marcando distancia de algo, imagino que del momento de tensión que todos deben haber pasado al darle la noticia a su hermana. No es para menos.

—Clara, ven. Hay alguien que deberías conocer —dice con esa mezcla de ligereza y respeto que le he oído usar con camareras, periodistas, en la reunión o incluso con su propio hermano—. Selin, esta es Clara, la intérprete más dura del continente. Clara, Selin... —hace una pausa dramática— es la hermana más terca que he tenido el placer de soportar. Y, ahora que lo pienso, también la única.

Ella me dedica una sonrisa suave y educada. Hay tristeza en sus ojos, pero también algo más… ¿recelo?, ¿curiosidad, quizá? No sabría decirlo.

—Siento mucho tu pérdida —digo, en voz baja. Asiente y me tiende la mano, que se la estrecho. Su piel está helada.

—Gracias. Emir me habló esta mañana de ti —responde. No añade nada más. Por un momento, mis pensamientos se quedan anclados en qué le habrá contado sobre mí.

Nos miramos un segundo, midiéndonos la una a la otra. Somos mujeres muy diferentes, y, sin embargo, hay un gesto, una especie de acuerdo tácito: no haremos esto más difícil de lo que ya es.

—Voy a acabar harta de hablar tanto turco, ¿eh? Me parece que, al final, olvidaré el español —bromeo, con un guiño a Baran. Él suelta una carcajada tan sonora que incluso Emir gira levemente la cabeza.

—¡Te lo advierto! Esto no es turismo, es una inmersión total en una cultura completamente diferente.

—Silencio —murmura Emir, sin mirar a nadie—. Parecéis dos pueblerinas en el Gran Bazar.

Todos obedecemos y continuamos el viaje en silencio.

Las primeras luces del día se filtran por el horizonte, dorando los minaretes a lo lejos. Una ciudad caótica incluso cuando duerme. Y

ahí voy yo. Directa al corazón del caos.
—Vamos a la mansión —ordena Emir con un tono de voz grave. Por supuesto, nadie se atreve a cuestionarlo.
No me dedica ni una sola mirada ni una explicación. Solo eso. La frase me atraviesa con más fuerza que si me hubiera gritado. ¿La mansión? ¿Así, sin más? ¿Sin pasar antes por el hotel, sin dejar que me mentalice? Me enderezo en el asiento, tratando de disimular la sacudida interna.
—¿La mansión… de tu familia? —pregunto, apenas con un hilo de voz. No sé si quiero oír la respuesta. Emir asiente, sin girarse.
—Ya nos esperan.
Mi estómago se contrae. Un puño invisible se me instala justo debajo del pecho. Y las imágenes de todas las series turcas que he visto junto a Jorge pasan por mi mente con rapidez. ¿La madre? ¿Los rituales del luto? ¿Los cuchicheos en otro idioma? ¿Yo en medio de todo eso con la piel aún marcada por sus manos y la mente hecha un lío?
Baran se inclina hacia mí desde el asiento contiguo, con ese tono de voz que mezcla complicidad y advertencia.
—Prepárate. Nuestra madre es… intensa, por decirlo de algún modo.
Me lanza una sonrisa ladeada, pero sus ojos no ríen a pesar de que intente distender el ambiente. Trago saliva. No sé si me habla como el hermano simpático, o como alguien que sabe que estoy entrando en un terreno minado del que no sabré salir ilesa. Selin sigue en su mundo. Mira el teléfono, sus nudillos están blancos de tanto apretarlo, mientras que sus labios forman una línea fina por aguantar el dolor y callarlo. Y yo… empiezo a notar que algo no va bien, que no debería haber accedido a este viaje.
Una limusina negra aguarda al pie del avión. A su alrededor, varios vehículos más y una formación de hombres vestidos de negro. Son cinco, quizá seis. Difíciles de contar porque no se ve todavía demasiado bien. Solo están ahí, de pie, con los hombros rectos y las manos cruzadas al frente. Todos con pinganillos que apenas brillan bajo las luces artificiales del hangar.
Y, entonces, uno de ellos gira la cabeza, sabiendo exactamente quién soy. Nuestros ojos se cruzan. Y lo reconozco. Estaba con Emir

en el Museo de Cera. Lo que no comprendo es cómo ha llegado antes que nosotros. Me detengo en seco. El escalón se convierte en gelatina bajo mis pies, dándome la sensación de que me voy a caer en cualquier momento. El corazón me late con fuerza, no por miedo. Es otra cosa, como una alerta interior que no había sentido nunca.

Emir me guía con su mano en mi espalda hasta la limusina. Se sienta frente a mí, con la espalda recta y los ojos perdidos en el cristal tintado, sabiendo todo lo que va a pasar y sin temerle a nada. Fuera, Estambul empieza a despertar. Calles aún vacías, puestos callejeros que se montan en penumbra, gatos que se cruzan como figuras veloces. Es una ciudad que no se apaga nunca del todo.

—¿Conoces esta zona? —me pregunta Emir con esa voz grave que tanto me gusta. Niego con la cabeza, mientras me obligo a mirar por la ventanilla para orientarme y ver si reconozco alguna por las que pasamos—. Estamos en la parte europea. El distrito de Bakırköy, que es residencial, es totalmente diferente a lo que vas a ver luego. —Gira la muñeca un poco y hace un gesto hacia la siguiente curva. Sus movimientos son suaves—. Ahí delante está la muralla de Teodosio, del Siglo V. La construyeron para defender Constantinopla.

Su tono es neutro, pero hay algo en su forma de nombrarla que me hace girar la cabeza. No dice Estambul ni ciudad. Habla de historia, de raíces, como si llevara esa palabra tatuada en los huesos.

—¿Y tú la defiendes también? —bromeo, para aliviar la presión que me sube por el pecho. Él me mira tan solo un segundo.

—Yo destruyo otras cosas —murmura en un tono de voz tan bajo que por un momento creo que lo he escuchado mal. Frunzo el ceño.

—¿Cómo que destruyes? Si vuestra empresa se dedica a crear joyas que no todos podemos comprar, ¿no?

Él tarda un instante en responder. Un silencio en el que parece meditar bien la respuesta.

—Eso es lo que vendemos, sí.

Y vuelve a mirar por la ventana, sin dar más explicaciones. Cruzamos el puente de Gálata. Las luces del amanecer empiezan a colorear las aguas del Cuerno de Oro, uno de los *skyline* más conocidos de Estambul. Me aferro al borde del asiento. No sé si por la belleza o por lo que intuyo detrás de cada edificio, cada rincón.

Aquí nada es lo que parece. Pasamos junto a una colina con casas que parecen colgadas del cielo. Él señala.
—Esa es la zona de Beyoğlu, el antiguo barrio francés. Es bohemio y caótico. Te gustará. Otro día vendremos a visitarlo.
—¿Y qué sabes tú de lo que me gusta?
Sus labios se curvan, pero no responde y mira hacia delante. La limusina toma una curva más cerrada. A lo lejos, el Bósforo aparece como un río de mercurio bajo el cielo pálido. La bruma matinal le da un aire de postal antigua, casi irreal.
—Vamos al barrio de Bebek —dice Emir—. Allí está la casa.
Y cuando la nombra, no es solo una dirección. Es un destino. Un punto de no retorno. El resto del camino lo hacemos en completo silencio. El coche atraviesa una verja de hierro forjado que se abre sin que nadie dé órdenes. Subimos por un camino flanqueado de cipreses altos y columnas iluminadas desde el suelo. Frente a nosotros, la mansión se alza con esa elegancia que impresiona. Y en lo alto de la escalinata, como salida de una secuencia perfectamente coreografiada, una mujer mayor, de unos sesenta años, que deduzco que será la madre. Va vestida de negro de pies a cabeza. Ni una arruga, ni un adorno innecesario. El cuello alto, las mangas largas, las manos entrelazadas al frente y la mirada fija. A su lado, una joven rubia, con piel de porcelana y un maquillaje impecable. El vestido, caro pero discreto, y la sonrisa perfectamente calculada. Detrás de ella, un hombre y una mujer mayores. Deduzco que son sus padres por la misma elegancia con la que visten.
El chófer sale y abre la puerta. Emir baja primero. Su postura cambia de inmediato. Se alza más recto, más frío, el hombre que me arrastró en un *jet* privado desaparece al pisar este mármol.
Yo bajo detrás, más despacio. Y mientras mis pies tocan los escalones, Baran se inclina hacia mí, que ya ha bajado de otro de los vehículos y se ha puesto a nuestro lado.
—Ahí tienes a la futura prometida de Emir. Es casi oficial. Bonita, ¿verdad?
Me giro hacia él, pero no puedo decir nada, porque la escena se desarrolla delante de mí como si yo no existiera. La madre avanza un paso. Emir se detiene justo frente a ella. No se tocan. Ni tan

siquiera se dan un abrazo, solo una inclinación mínima de cabeza, una especie de respeto silencioso, tan diferente a cómo habría actuado yo si esa fuera mi madre y estuviera en la misma situación que él ahora mismo.

—*Anne* —murmura él, solo un «madre», sin añadir nada más. Ella no responde. Solo gira la cabeza hacia la chica rubia.

—Yağmur acaba de llegar —informa, con voz sin emoción. Después mira a Emir—. Se ha adelantado para darte el pésame en persona.

Yağmur. El nombre me corta. Emir no la toca, ni la besa en la mejilla. Solo la mira. Y esa mirada es suficiente para que todos entiendan que la conversación termina ahí. Pero nadie lo dice. Porque aquí el silencio pesa más que las palabras. Yo, en cambio, no sé dónde colocarme. Ni física ni emocionalmente. ¿Estoy aquí como su traductora?, ¿como su amante de una noche?, ¿como una extranjera infiltrada en un drama familiar? Miro a Emir. Y, por un segundo, él me devuelve la mirada, sin embargo, no dice nada. Solo silencio.

Y, en ese momento, pienso, sin quererlo, que puede que Emir no esté jugando solo conmigo. Puede que esté jugando a dos bandas. O simplemente, la explicación más lógica. Nos hemos conocido hace un par de días, solo soy una distracción para él.

Pero la verdadera pregunta que me hago es si yo estoy dispuesta a permitirlo.

---

2 *Su café, señora* —en turco. Un tratamiento formal, cargado de respeto, que la distancia tanto como la honra.

14

Emir

Atravesar el umbral de la mansión no debería afectarme. Lo he hecho mil veces. Con el traje de escuela, con el uniforme militar o con la sangre de otros en los nudillos. Cada regreso tiene su recuerdo, y ninguno es amable. Aunque reconozco que esta vez hay algo distinto. Ella.

Y también Yağmur.

Kaan me lo dijo en el *jet*, poco antes de aterrizar en Milán, con ese tono práctico que reserva para las noticias que no pueden cambiarse.

«Estará allí cuando lleguemos. Madre insistió».

No lo dijo con ironía, solo como quien entrega un dato. Pero fue suficiente. Yağmur siempre ha estado ahí, como un nombre entre líneas, una figura cuidadosamente moldeada por Hülya con los modales exactos, la belleza precisa y el pasado conveniente. La conocí en una gala, hace años. Hablamos muy poco. Todo fue correcto. Y, con el tiempo, dejé de pensar en ella al igual que en todas las demás. Jamás me he planteado casarme de esta forma. Porque no ha sido la única. Hülya, con esa estrategia silenciosa que lo envuelve todo, me ha presentado más de una opción a lo largo de los años. Siempre discretamente y con la elegancia que le caracteriza. De cara a la galería, me ofrecía libertad de elección. Pero Yağmur ha sido siempre la favorita, la elegida por ella. Y quizá por eso, durante el vuelo, me alejé de Clara sin saber bien cómo explicárselo. No era el momento y tampoco sabía qué lugar podía ofrecerle.

Después está él. Mi abuelo. O, mejor dicho, su ausencia.

El último recuerdo que tengo de él en este vestíbulo es sencillo, casi anodino. Estaba sentado en el sofá bajo la escalera, leyendo un

periódico arrugado, con las gafas mal puestas y una taza de café olvidada a su lado. Me saludó sin mirarme, con un simple movimiento de cejas y esa media sonrisa torcida que reservaba para los nietos que aún le caíamos bien.
—*Geç kalma* —me dijo. No llegues tarde.
No lo decía por el reloj, sino por la vida, por el peso de un apellido y lo que se espera de un Halka. De alguien nacido dentro del Anillo de Oro.
Clara entra un paso detrás de mí, pero el mármol ya suena distinto bajo sus pies. Ella no encaja en este escenario y, sin embargo, su presencia lo altera todo. Mira a su alrededor sin esconder la curiosidad. Está fuera de lugar… y lo sabe. Pero no retrocede.
Mi madre también lo percibe, lo nota, ya que me conoce demasiado bien y sabe que, si Clara está aquí, junto a mí, no es por algo que he dejado al azar. Y, por supuesto, no pierde el tiempo para mover ficha.
—Que se prepare la habitación de la señorita en el ala este, junto al servicio —ordena, sin mirarla siquiera. Su tono es una sentencia envuelta en terciopelo.
Entonces, sin pensar, levanto una mano y la apoyo suavemente en la parte baja de la espalda de Clara solo un segundo. Es un gesto leve, casi invisible, pero suficiente para mí, quiero recordarle que está conmigo. Y para que mi madre entienda que no es una empleada más a la que pueda ubicar donde le plazca.
—No —digo, sin alzar la voz—. Se quedará en la habitación contigua a la mía. Quiero tenerla cerca por si surge algo urgente.
El silencio que sigue no es solo incómodo, sino que está cargado de tensión. Baran, a mi izquierda, se pasa una mano por la barbilla, disimulando la sonrisa.
—Vaya, esto se pone interesante incluso antes del café —murmura con ese tono suave que solo usa cuando ve venir tormenta. No añade más, pero su mirada lo dice todo: «Ya estás encendiendo fuego*, kardeşim*[3]».
Clara baja la mirada. No sé si por incomodidad, por sorpresa o por miedo. Su postura se tensa un poco, haciéndose más pequeña y

acabando por comprender que aquí cada decisión tiene un precio.
Yağmur no necesita palabras. Se mantiene recta, con el rostro perfectamente impasible, pero sus labios se presionan con fuerza. Ese tipo de fuerza que aprieta para no estallar. Su madre la mira de reojo, apenas un milímetro de movimiento. Su padre, en cambio, da un paso al frente.
—No nos pareció que tuvieras compañía, Emir —dice, con un tono que quiere sonar diplomático…, pero no lo logra.
Me limito a sostenerle la mirada. No digo ni una sola palabra ni intento justificarme. La mía no es una explicación, es una orden directa.
Y ahora todos en esta casa lo saben.
Con las maletas entregadas, los pasos se dispersan por los pasillos, cada uno vuelve a su lugar en un tablero que ya no reconozco. Clara entra en su habitación sin decir palabra, aunque noto cómo su cuerpo duda justo al cruzar el umbral. Me detengo detrás de ella, sin invadir el espacio. Solo la observo desde la entrada, donde la luz tenue del pasillo choca con la sombra acogedora de su habitación.
Algo se me mueve por dentro. No sabría decir qué. No es culpa, sino algo más físico, más urgente. Como si al verla entrar en este mundo supiera con absoluta certeza que no tengo derecho a pedirle que se quede…, pero, aun así, lo estoy haciendo.
—Siento lo de mi madre —digo al fin, con la voz más baja de lo habitual—. Te recogeré en unos minutos para el desayuno.
Ella se gira despacio. Sus ojos son claros, pero no fríos, solo están cargados de algo que no había visto en ella hasta ahora: está descolocada, desconcertada.
—No tienes que enfrentarte a tu familia por mí, Emir. —Su tono no es dulce ni condescendiente. Es honesto—. Cuando vayáis al entierro de tu abuelo, puedo buscar un hotel. No quiero ser una molestia o un estorbo.
Esa última palabra me golpea con más fuerza de la que esperaba. Me acerco un paso.
—No lo eres. Y no te vas a ningún hotel.
Mi voz no admite réplica. No lo digo con ternura, ya que no puedo permitírmelo, sino con una firmeza que no necesita adornos. Ella no

insiste, tan solo se limita a asentir levemente. Me doy media vuelta antes de decir algo más de lo que debería. Entro en mi habitación y cierro la puerta tras de mí con un clic suave. Me quito la chaqueta, aflojo el botón del cuello y respiro hondo en busca de una calma que necesito ahora más que nunca.

Y, entonces, golpean dos veces. Baran entra primero, se queda apoyado con desgana en el marco.

—¿Todo bien con tu traductora personal?

—Cállate —le espeto, sin fuerza real. Él sonríe como si la tensión no fuera con él.

Kaan entra detrás con una carpeta en la mano. Su rostro está más serio de lo habitual y eso ya me indica que algo grave ocurre.

—Tenemos el informe del médico —dice sin rodeos.

Lo cojo y lo abro. Sigo las líneas con la mirada:

«Subida aguda de azúcar. Cetoacidosis diabética. Fallo multiorgánico. Olor a almendras amargas detectado durante el lavado del cuerpo».

Levanto la vista.

—¿Almendras?

Kaan solo asiente.

—Eso dice el informe. Podría haber sido Cetoacidosis, sí, pero también podría haber sido cianuro. O una mezcla. La cuestión es que no es concluyente.

—¿Y qué opina el médico?

—Habla de muerte natural con reservas. No firmará nada sin una analítica más exhaustiva —replica Kaan, que me mira como si me leyera la mente. Ambos pensamos lo mismo. Asiento levemente, mientras que Baran silba en voz baja, como si ya lo hubiera previsto.

—Entonces tenemos dos opciones: o se le fue la mano con el *helvasi*[4] o alguien decidió que el abuelo no debía llegar al testamento, porque aún no había firmado el documento final. Y todos sabían que su firma podía cambiarlo todo: herencias, lealtades, matrimonios. Quizá alguien no estaba dispuesto a correr ese riesgo.

Cierro la carpeta. El corazón me late con más fuerza, sin embargo, la voz me sale tan controlada como siempre.

—Averiguad si se sirvió algo fuera del menú habitual. Quiero los nombres de todos los que estuvieron con él las últimas veinticuatro horas y que alguien hable con el imán antes del entierro. Si esto fue lo que creo, no vamos a enterrarlo sin saber a quién estamos protegiendo.
—No podemos hacer eso, pero sí sacarle sangre para una analítica y encargarnos de todo cuando estén los resultados —resuelve Kaan.
—De acuerdo, encargaos de todo.
Me ajusto el puño de la chaqueta una última vez frente al espejo. El negro me cubre como una segunda piel. Salgo de la habitación y recorro el pasillo central, donde las paredes parecen observar sin juicio. A mitad de camino, me detengo ante la puerta de Clara y llamo con suavidad.
Ella abre casi de inmediato. Lleva puesto el vestido que le dejé sobre la cama —una prenda sobria, oscura, pensada para el luto que exige este día—, y aunque aún hay algo de confusión en su mirada, se mantiene erguida, firme.
No hablamos. Solo le hago un gesto con la cabeza para que me acompañe. Caminamos juntos hacia el comedor en ese silencio compartido que a veces dice más que cualquier conversación. Y entonces, al girar el último corredor, la escena se despliega como una representación cuidadosamente coreografiada.
El comedor se extiende ante nosotros como un escenario antes de que se levante el telón.
Mi madre está sentada a la derecha de la cabecera, su postura es erguida como una sentencia con las manos cruzadas sobre el regazo y esa expresión suya, compuesta de luto, autocontrol y desdén. A su izquierda, Yağmur ocupa ya su lugar, ese que todos, sin excepción, dan por hecho que le corresponde, el que le ha asignado mi madre sin pedir permiso. Está sentada con la espalda recta. No sonríe, solo está ahí, como un adorno que espera ser confirmado como símbolo, como promesa cumplida. Como la esposa, tal y como indica el lugar en el que la ha sentado mi madre
Clara, en cambio, permanece de pie junto a mí, justo en el umbral de la habitación, junto al marco de la puerta, intentando entrar a un territorio que no termina de pertenecerle. El mentón elevado y los

ojos sin rastro de sumisión lo convierte en un acto de resistencia. Ella no ha venido a suplicar un sitio. Ni a pedir permiso. Y, sin embargo, no hay una silla para ella. Mi madre lo sabe. Y lo anuncia con esa cortesía falsa.

—El personal desayuna en la galería —informa, como quien lo hace con la hora o con la temperatura, sin dignarse siquiera a mirar a Clara.

Baran, desde el otro extremo de la mesa, levanta una ceja. No dice nada, pero se acomoda en su silla con el cuerpo inclinado hacia la mesa, como un espectador privilegiado del acto que está por estallar. No respondo a mi madre.

Camino despacio, rodeando la mesa. Cada paso mío resuena sobre el mármol con la misma cadencia que una sentencia. Me detengo justo detrás de Yağmur, que no se gira, pero se tensa. Puedo sentirlo en la forma en que aprieta los brazos contra el cuerpo y en cómo su respiración se hace más superficial. Apoyo con suavidad la mano en el respaldo de su silla. No es un gesto violento, porque no necesito serlo, ya de por sí lo es todo el contexto, toda la historia que nos ha traído a este instante.

—Yağmur —digo con voz baja, pero deliberada—. ¿Podrías cedernos tu lugar, por favor?

Ella gira el rostro hacia mí con lentitud estudiada. Hay algo en sus ojos que no es sorpresa. Es desilusión y orgullo herido. La consciencia de que ha sido desplazada sin ceremonia, tan solo con una frase. Se levanta en silencio. No protesta, solo obedece y, al hacerlo, deja tras de sí una grieta que cruza la mesa entera. Como no hay un sitio libre, pido al personal del servicio que pongan una silla más en el lugar más alejado de la cabecera, junto a sus padres.

Me vuelvo hacia Clara, que ha seguido todo el intercambio con el rostro inexpresivo, pero los ojos más abiertos de lo habitual. Sabe que algo acaba de suceder y que todos los presentes, incluso los que no nos miran, los que simulan no haber oído nada, han comprendido lo que acabo de hacer.

—Siéntate —le indico, esta vez con un tono más íntimo que autoritario, sin ni necesidad de justificar nada.

Ella me mira unos segundos, midiendo el precio de ese gesto. Y entonces asiente y avanza, cruza el umbral como quien pisa un territorio extranjero, y ocupa el lugar reservado a otra. Lo hace con la espalda recta, las manos sobre el regazo y el mentón alto. No hay desafío en su expresión, solo una afirmación silenciosa de su presencia.

Solo entonces, yo tomo asiento en la cabecera, en el lugar de mi abuelo. El centro del tablero. Y con ese gesto, declaro que la partida ha comenzado.

El desayuno se sirve en silencio, como si el ritual del duelo impusiera una calma fingida que nadie se atreve a romper. El servicio se mueve con eficacia y sin ruido, deposita platos de aceitunas negras, queso fresco, pan aún humeante y pequeñas fuentes de miel y mermelada, con ese cuidado minucioso que puede disfrazar el hecho de que, en esta mesa, ya nadie confía en nadie.

Yo no digo nada. Entonces, como quien no quiere la cosa, Baran se inclina ligeramente hacia delante.

—No es por nada, pero el café de esta casa sabe mejor que en cualquier embajada o en cualquier hotel por muchas estrellas que tenga, incluso el del *jet*. —Nadie ríe. Ni siquiera él espera que lo hagan. Selin, sentada junto a nuestra madre, no levanta la vista. Sostiene su taza entre las manos para absorber algo de calor del interior, pero no dice nada. Ni una mueca. Solo un mutismo, que expresa más que cualquier comentario. Baran levanta las cejas, divertido consigo mismo—. ¿Demasiado pronto para bromas? ¿Ni siquiera un poco de amor fraternal?

Nuestra madre alza la vista entonces.

—Baran —exclama con esa voz suya que no necesita volumen para imponerse—. Hoy no.

Nadie la contradice, ni tan siquiera lo intentan. Baran asiente sin perder la sonrisa. Vuelve a su taza y al juego que todos seguimos fingiendo no estar jugando.

Las tazas de café ya están casi vacías. El pan se enfría sobre las bandejas, y la miel ha comenzado a formar hilos en los bordes de los platillos. Nadie come con verdadero apetito. La mesa está servida,

sí, pero lo que se consume aquí no es comida. Es territorio. Es poder.
Las conversaciones son superficiales, huecas, y cuando alguien habla, el resto escucha no por cortesía, sino por cálculo. Yağmur deja con delicadeza su taza en el plato, haciendo que el leve tintineo resuene con más precisión de la necesaria. Se gira hacia Clara con una sonrisa casi amable, perfectamente ejecutada.
—Siempre me ha parecido admirable cómo algunas personas pueden adaptarse tan rápido a lo desconocido —dice con tono pausado, como quien hace una observación sobre el clima—. No todo el mundo sabría comportarse… tan discretamente.
No hay burla en su voz. Tampoco una crueldad evidente, tan solo ese tipo de dulzura medida que envenena. Clara la mira. La sorpresa es mínima, casi imperceptible, pero está ahí. No responde ni a una sola palabra.
Pero yo sí.
Dejo la taza sobre el mantel con una lentitud deliberada. El sonido de la loza al posarse en la mesa resuena con más intensidad que cualquier frase dicha hasta ahora. No miro a Yağmur. La observo solo un segundo, lo suficiente para que entienda que ha cruzado un límite.
—No confundas educación con pertenencia, Yağmur, y tampoco el silencio con inferioridad. Clara no necesita tu aprobación.
El silencio que sigue es denso, como si todo el oxígeno de la sala hubiera sido retirado de golpe. Mi madre, aún con la servilleta entre los dedos, se detiene a medio camino de limpiarse las comisuras de los labios. El padre de Yağmur se inclina ligeramente hacia delante, a punto de intervenir, pero opta por callarse cuando lo miro. Yağmur, por su parte, sostiene la sonrisa, aunque se enturbia.
Clara no se mueve ni baja la cabeza. Solo sigue ahí, recta, callada, como si el golpe no le hubiera dolido o el asunto no fuera con ella. Y, en ese instante, todos entienden lo mismo: que el lugar de Clara no fue un error y que su silla no fue una provocación impulsiva, sino una declaración de intenciones y, por supuesto, no pienso retirarla.
Entonces, despacio, con la cadencia medida de quien sabe perfectamente el efecto de cada movimiento, apoya su mano sobre

la mía. Un gesto sencillo y directo, casi íntimo, pero no dulce. Es un gesto de igual a igual, de advertencia y agradecimiento, todo en uno.

—No necesito que nadie me defienda, Emir —replica sin temblar, en voz baja. Luego se vuelve hacia Yağmur sin cambiar el tono, pero con una claridad demoledora en los ojos—. Y no te preocupes. Adaptarme nunca ha sido un problema. Sobre todo, cuando lo desconocido es tan predecible.

El golpe es suave, pero provoca que la temperatura de la mesa baje diez grados del tirón. Nadie dice nada. Yağmur parpadea. Clara baja de nuevo la mirada hacia su taza, para disimular que no ha dicho nada en absoluto. Y, ahora, por primera vez desde que empezó este desayuno, soy yo quien se siente ligeramente desarmado, que algo se me suelta en el pecho, una presión que ni sabía que contenía y se me escapa una sonrisa. Es pequeña, apenas perceptible. Nadie la nota, excepto Baran. Lo miro de reojo y lo encuentro con una ceja alzada y esa media sonrisa de pillo que no necesita traducción. Y entonces, sin más, suelta una carcajada seca que rompe el silencio. Selin, que no ha dicho palabra desde que empezó el desayuno, levanta al fin la cabeza. Mira a Clara. Y asiente, una sola vez, con lentitud.

Y, en ese instante, sé que no hay marcha atrás.

---

3 Mi Hermano

4 *Helva* o *helvasi*: dulce tradicional turco a base de harina, mantequilla y azúcar, que se prepara especialmente durante los rituales de luto, tras la muerte de un familiar. Su sabor y textura varían según la región, pero siempre se sirve como símbolo de respeto y despedida.

15

Clara

Tras el desayuno, Emir me sugirió que nos retiráramos a descansar un rato. No he dormido nada. Hay un tipo de agotamiento que no se cura al cerrar los ojos, sino al comprender dónde estás, quién te mira y por qué. La habitación está en silencio. No es acogedor, de los que protegen, sino ese tipo que parece escuchar, parece que cada pasillo tiene oídos, incluso que las paredes esperan que me traicione a mí misma.

Me he vuelto a poner el vestido negro que llevé durante el desayuno. Lo encontré esta mañana perfectamente doblado encima de la cama, junto con un par de zapatos discretos que también me encajaban como si estuvieran hechos a medida. Y ese es justo el problema. Nada encaja tan bien por accidente. Todo aquí parece construido para confundirme: la falsa cortesía, la elegancia que bordea casi lo hiriente, las miradas que te evalúan. La silla en la mesa aún me quema, no por haberla ocupado, sino por lo que significó hacerlo. No estoy segura de qué ha ocurrido exactamente, ni el papel que juego en todo esto. Tocan a la puerta con suavidad, es apenas un roce. Antes de que responda, la hoja se abre.

Selin entra sin decir ni una sola palabra. Lleva un paso silencioso y seguro, el rostro limpio, sin maquillaje, y el cabello recogido en una trenza perfectamente hecha, que no tiene nada de vanidad y mucho de costumbre. Entre sus manos, trae un pañuelo negro doblado con cuidado. Se detiene al ver el vestido, me observa de arriba abajo, y una media sonrisa asoma en su rostro.

—Al menos, alguien supo elegirte la talla —bromea sin sarcasmo. Se acerca y me ofrece el pañuelo—. Lo debes llevar en la cabeza, es nuestra costumbre en los entierros.

Lo cojo con ambas manos. La seda es suave, pero supone otro gesto que no me han explicado, otra norma que debo aprender por el camino.

—Gracias.

Ella no se va. Tampoco se molesta en indicarme cómo ponérmelo, sino que se dirige a la ventana, aparta la cortina un poco, y mira hacia fuera, vigilando algo o a alguien.

—Fue una sorpresa que te sentaras esta mañana —murmura entonces, aún sin girarse—. No todos esperaban que lo hicieras.

—Yo tampoco —respondo. No veo sentido en fingir lo contrario.

Se vuelve. Su mirada no es dura, pero sí triste, es la de alguien que lleva tiempo viviendo en modo supervivencia. No hay juicio en ella, solo una observación.

—Yağmur no perdona. Y Hülya, mi madre, menos aún.

No lo dice ni como amenaza ni como advertencia, sino como quien enumera la climatología antes de salir al campo de batalla.

—¿Y tú? —pregunto, más por necesidad de saber qué opina que por cualquier otra cosa.

Selin se acerca y se sienta en el sillón del tocador, con las manos juntas sobre las rodillas. Su postura es tan recta como medida. Suspira con lentitud.

—Yo siempre supe en qué mundo había nacido —responde, con ese tono seco y honesto que no necesita adornos—. Pero llega un momento en el que, si no te vas, acabas siendo parte de lo que más desprecias. Por eso me fui a Milán. No para reinventarme, sino solo para respirar fuera de esta estructura durante un tiempo y recordarme que también puedo ser otra cosa.

Nos miramos. Y entonces, con un gesto casi mecánico, ella se inclina hacia mí y me ayuda a colocarme el pañuelo sobre el cabello sin brusquedad, como algo que ha hecho mil veces. Me lo ajusta tras las orejas y alisa el nudo en la nuca con la misma delicadeza con la que alguien aprieta una venda sobre una herida.

—Así. Ya estás lista.

No sé para qué, pero asiento. Me quedo unos segundos frente al espejo después de que Selin se vaya. El pañuelo negro enmarca mi rostro con una sobriedad extraña. No me reconozco del todo, pero

tampoco me resulta ajeno. Es como si esta versión de mí hubiera estado siempre ahí, esperando su turno.
Llaman de nuevo con dos golpes secos. Abro y me encuentro con Emir. Va vestido con el mismo negro sobrio del desayuno, pero ahora hay en su presencia algo distinto. Más rígido. El traje no es una simple ropa, sino una armadura. No lleva corbata, solo la camisa abotonada hasta arriba, la mandíbula tensa y los ojos más oscurecidos que nunca. No dice nada. Solo me hace un leve gesto con la cabeza.
Yo tampoco hablo. Salgo al pasillo con él, y caminamos juntos en silencio por las entrañas de una casa que parece haber cambiado de densidad desde el desayuno. Las paredes se sienten más altas, las alfombras más gruesas y todo más asfixiante. Me siento vigilada. Al llegar al vestíbulo principal, me doy cuenta de que todo está preparado. Una caravana de coches negros idénticos y discretos espera junto a la escalinata exterior. No hay luces encendidas ni chóferes uniformados. Solo hombres de negro, repartidos de forma que parece aleatoria, pero imagino que no lo es. Si algo tengo claro desde que llegué aquí hace apenas unas horas es que en esta casa nada está puesto al azar. Hay algo extraño en ellos, una forma de estarse demasiado quietos, la manera de mirar sin mirar. Cada uno sabe exactamente dónde está cada persona o cada coche. No tienen el aspecto de empleados domésticos ni de seguridad contratada para un evento cualquiera. Me pregunto si este despliegue es por la prensa o por el apellido. Quizá en familias como esta, incluso en los funerales, necesitan escolta.
Uno de ellos me mira un segundo como quien toma nota. Estar junto a Emir implica ser evaluada y clasificada. La puerta principal se abre. La luz del mediodía cae intensa y, sin embargo, hay algo sombrío en la forma en que ilumina la escalinata. Nada en esta salida se siente natural.
Emir me ofrece el brazo. Lo hace sin mirarme, en un gesto casi automatizado. Pero el hecho de que lo haga frente a todos, delante de su madre, de Yağmur, del resto de la familia, tiene un peso que no se puede disimular. Lo acepto, pero mientras entrelazo mi brazo

con el suyo, no puedo evitar preguntarme qué sentido tiene todo esto.
¿Quién soy yo aquí? ¿Qué cojones hago bajando estas escaleras del brazo de un hombre con el que apenas he compartido un par de besos, un polvo, por muy bueno que haya sido, y demasiados silencios? No soy su prometida ni soy su esposa ni tan siquiera soy su amiga. Tampoco tengo la certeza de ser algo más que una distracción que se le fue de las manos. Se suponía que era su intérprete. Vine a traducir contratos, a facilitar diálogos. ¿Qué se traduce en un entierro?
Nada tiene lógica. Y, sin embargo, aquí estoy, vestida de negro y del brazo de Emir Demirhan bajo la mirada de todos. Descendemos juntos la escalinata de piedra, bajo la atenta mirada del resto. Una vez más, me siento observada.
El coche que nos espera es sobrio y discreto, con los cristales tintados. Emir abre la puerta trasera y me deja pasar primero. El interior está fresco, como si el aire acondicionado tratara de borrar la tensión que flota entre nosotros.
Emir cierra la puerta tras él y se sienta a mi lado en el asiento trasero, ambos necesitamos ese breve espacio sin movimiento para recuperar el aliento. Se toma un segundo para acomodarse a mi lado. Una vez dentro, el coche no se pone en marcha de inmediato. Las ventanillas tintadas dejan pasar formas y reflejos. Desde dentro, puedo ver fragmentos de la calle, del cielo brillante, de los otros coches en movimiento, aunque ahora todo parece más lejano, como una proyección borrosa. Todo lo que existe ahora es la distancia que hay entre su cuerpo y el mío. Me giro hacia él.
—¿Qué hago aquí, Emir? ¿Qué está pasando?
Él no me mira. Se pasa una mano por la mandíbula, como si las palabras le molestaran o se tuviera que pensar la respuesta porque ni él mismo está seguro.
—No es el momento —contesta con voz baja, grave, pero sin darme margen a replicar. Asiento, aunque no me conformo—. Mañana, cuando todo esto haya pasado, hablaremos con calma. Pero ahora solo necesito que estés aquí —añade sin mirarme después de unos segundos que se me hacen eternos.

Me quedo en silencio. Miro sus manos, cerradas sobre sus rodillas. Pienso en todo lo que no sé y en lo que él también se guarda. Y, aun así, estoy aquí. El trayecto hasta el cementerio transcurre en un silencio espeso, apenas roto por el zumbido constante del motor. A través del cristal, veo pasar la ciudad. Estambul no parece de luto, sino, como siempre, que sigue viva.

El cementerio es un recinto de mármol y cipreses, rodeado por una verja alta y pesada. La sombra de los árboles alarga los contornos de las personas que ya han llegado. La mayoría son hombres. Algunos van trajeados. Otros, en camisas oscuras y relojes caros. Todos de pie, ocupando su lugar sin que nadie los haya llamado.

Las mujeres están más apartadas, en un segundo plano que parece asumido. Yo también debería estar allí. Sin embargo, Emir no me suelta. Nos movemos hacia el centro del claro donde ya espera la tumba. Hay un imán que recita versos del Corán con una voz profunda que me atraviesa el alma. Algunos hombres se descalzan, Emir entre ellos. Cuando avanza hacia el borde del hueco junto a sus hermanos, me desplazo hacia la parte donde están las mujeres. Juntos bajan el cuerpo envuelto en una mortaja blanca. No hay ataúd. Tan solo tela y la tierra que espera.

Después, uno a uno, lanzan puñados de tierra con la solemnidad de quien entierra mucho más que a un cuerpo. Cuando le toca el turno a Emir, su gesto es limpio. Firme. No vacila.

Yo no me acerco. Me quedo en la zona destinada a las mujeres, junto a Selin. Ella no dice nada, pero su proximidad me sostiene. En su silencio hay comprensión. Y cierta advertencia. El rito concluye. El silencio se hace de nuevo. Las miradas se cruzan como espadas que no necesitan desenvainarse. No sé qué hemos enterrado exactamente esta mañana. Un hombre, sí, pero también una etapa, una estructura, una paz frágil que parece descomponerse con cada palada. Y aunque nadie lo diga en voz alta, todos lo saben.

Cuando la gente empieza a dispersarse, un hombre se acerca a Emir. Es mayor, con barba recortada, traje gris oscuro y un anillo llamativo en el dedo índice. Su presencia destaca sin esfuerzo.

—Mis condolencias, Emir —dice con una voz áspera—. Tu abuelo era insustituible. Aunque algunos ya parecían actuar como si su silla

estuviera vacía desde hace tiempo —comenta sin elevar la voz, sin mirar a nadie más. Algo en mi interior me grita que sus palabras tienen más veneno del que aparentan. Emir asiente con un gesto sin apenas movimiento.
—Algunos confunden la paciencia con debilidad —responde—. Pero saben bien que nunca estuvo ciego.
El hombre sonríe sin alegría.
—Espero que tú tampoco lo estés.
Y se aleja sin despedirse. No sé quién es, pero al mirar a Emir, noto cómo su mandíbula se tensa, reconoce en ese hombre algo más que un rostro del pasado. Yo no entiendo el mensaje oculto entre sus frases, pero sí intuyo que no era un simple pésame.
Aunque no lo vea del todo, sé con certeza que algo se está moviendo bajo la superficie de este silencio.

16

Emir

Regresar a la mansión es como volver a entrar en una jaula de oro. El calor sigue en el aire, pero dentro todo es sombrío. Los coches se alinean con precisión. Soy el primero en bajar. Detrás vienen Kaan y Baran.

Nada más cruzar el umbral, escuchamos el murmullo de voces ahogadas, pasos y órdenes susurradas en voz baja. Clara ha entrado por una puerta lateral, acompañada por Selin. Las mujeres se reunirán en uno de los salones pequeños del ala este, lejos de la sala principal donde tendrá lugar la ceremonia con el imán. Ella no me mira. Yo tampoco lo hago, aunque sé muy bien que está ahí.

Los pasillos se han llenado de hombres que conocieron a mi abuelo. Algunos de los negocios, otros, en cambio, por los favores, pero todos son lealtades condicionadas. Kaan se acerca por mi izquierda, casi sin romper el ritmo de nuestros pasos.

—Ese bastardo de Şevket no ha perdido el tiempo —murmura sin rodeos—. Ha olido la sangre y ya está marcando territorio.

—No esperaba otra cosa. Solo me pregunto cuánto tiempo hace que tenía preparado el discurso —comento sin dejar de andar. Kaan deja escapar un leve resoplido.

—Seguro que desde antes de que el abuelo dejara de respirar —replica. Baran nos alcanza por detrás.

—Y con lo que hiciste en el desayuno, te has ganado un nuevo enemigo. Kemal Arsoy no va a tomárselo como una simple provocación pública. Somos socios desde hace más de una década —suelta Baran, que se refiere al padre de Yağmur.

—Y, aun así, no le debo lealtad —respondo sin alterar el tono—. El que espera gratitud por colocar a su hija igual que el ganado, que se

puede vender al mejor postor, es que no entiende en qué mundo se mueve.
Mi lugar está al fondo del salón principal, donde ya se han dispuesto cojines, sillas bajas y un espacio central reservado para el imán. Hay un brasero con incienso encendido. El aroma a ámbar, madera y humo lo llena todo. Me siento donde él solía hacerlo, no porque quiera ocupar su lugar, sino porque ahora no puedo permitirme hacer otra cosa. Las conversaciones cesan al entrar, aunque no por respeto, sino porque esperan mi siguiente movimiento. Todos me miran, pero ninguno se acerca todavía. El imán inclina la cabeza en señal de saludo. Lo reconozco de otras ocasiones. Es un hombre discreto y observador. Kaan toma asiento a mi izquierda. Baran se deja caer con menos ceremonia, estirando una pierna sin ningún tipo de cuidado. El imán comienza a recitar. Algunos hombres inclinan la cabeza. Otros, simplemente, cierran los ojos. Yo no me muevo, tan solo escucho. Pero, en mi mente, hay otra imagen que no debería estar ahí. Cuando la miro, no sé si quiero follarla otra vez o pedirle perdón por todo lo que aún no le he hecho. Y lo peor es que ella lo sabe. Me sonríe como quien acaricia una bomba sin miedo a la explosión. Vuelvo a centrarme en el imán. No es momento de pensar en ella. Y, sin embargo, no sé si alguna vez podré dejar de hacerlo.
Mi atención vuelve a las figuras que se han alineado frente a mí. Tres de ellos son antiguos aliados del abuelo. Uno representa intereses en Ankara. Otro controla ciertas rutas marítimas que todos fingen no conocer y el tercero es un problema. Hablan del abuelo, sí, sin embargo, no están aquí para rendirle homenaje, sino para medirme.
Turgut, el de Ankara, se aclara la garganta tras la última oración del imán.
—Tu abuelo mantenía el equilibrio —dice con esa voz pastosa—. Sabía manejar a todos sin que ninguno se creyera el favorito. Su autoridad era firme, pero lo bastante maleable como para que todos se sintieran imprescindibles. —La frase queda flotando cargada de veneno envuelto en terciopelo. Yo no respondo al instante. Dejo que el silencio trabaje por mí.

—Sin embargo —replico al fin—, todos sabían quién mandaba cuando llegaba la hora de actuar. Su mano podía parecer abierta, pero solo porque era capaz de apretar el puño en el momento exacto sin que nadie lo viera venir. —Baran suelta una carcajada breve, Kaan no sonríe, pero su gesto aprueba mi respuesta, y Turgut baja la vista, no como una derrota, sino una cesión momentánea. Aprovecho el momento en el que el erudito hace una pausa y los hombres empiezan a servirse té y a intercambiar murmullos para inclinarme levemente hacia Kaan—. Voy al despacho. Necesito cinco minutos.

Él asiente sin preguntar. Baran ya se ha puesto en pie antes de que termine de hablar.

—Mejor que nos vean marcharnos juntos —afirma y me sigue hacia la salida lateral del salón—. Ah, antes de que se me olvide —dice Baran, mientras que avanzamos por el pasillo—, el senador francés ha vuelto a mover ficha.

—¿Ha visto el vídeo? —pregunta Kaan sin levantar la voz.

—Le ha llegado esta mañana, con el asunto: «¿Seguimos negociando, *Monsieur*?» —responde Baran, cabreado—. Su abogado llamó antes del desayuno. Dicen que quieren renegociar sin escándalos.

—Entonces no hace falta recordarle lo que estaba haciendo el menor con su polla en la boca —murmuro, sin necesidad de alzar la voz—. Debemos parar esto de inmediato, esa es una línea por la que no pienso pasar, además, no la necesitamos, las armas, drogas y prostitución son bastante lucrativos. Hay que averiguar quién es el que se encarga de los cargamentos, porque ya dimos la orden de parar este negocio. Si siguen haciéndolo, es una traición, y no tendré piedad con el que sea.

Nadie nos detiene. Quien conoce esta casa sabe que, cuando los hermanos Demirhan se retiran a solas, algo se decide. El corredor hacia el despacho del abuelo parece más largo de lo habitual. La puerta está cerrada. Kaan la abre con la llave que aún cuelga del llavero familiar. Dentro, todo sigue intacto, ni un papel fuera de lugar. Baran se apoya en la pared, cruzando los brazos. Kaan se

queda de pie junto al escritorio. Yo camino hasta el ventanal. Necesito ver el jardín para no sentir que el despacho me traga.
—Lo sabíamos —murmura Kaan en voz baja, como si solo estuviéramos retomando una conversación pausada y no empezando una nueva—. Pero ahora los demás también.
—Turgut ha venido a tantear. Şevket a marcar terreno. Y Kemal Arsoy ya debe de estar planeando cómo vengar el desaire público —añade Baran sin rodeos, refiriéndose al padre de Yağmur—. Sabes que te apoyamos en todas tus decisiones, pero lo de la traductora durante el desayuno ha sido demasiado. No necesitábamos más enemigos, *abi*.
No respondo de inmediato. Mis ojos siguen fijos en los setos perfectamente recortados del exterior.
—El abuelo ya me había cedido el control —digo al fin—, pese a que ninguno de esos que están ahí fuera lo sabían. Al menos, no oficialmente. —Silencio—. Lo dejó preparado hace meses, delegó las cuentas y me mostró los contactos clave. Lo hizo todo en voz baja, como a él le gustaba hacerlo, aunque siguiera creyendo que era el que movía los hilos.
—Resultaba evidente —contesta Kaan sin apartar la mirada—. Te han preparado para esto desde pequeño.
—La familia más cercana siempre fuimos consciente de su decisión —respondo—. En cambio, los demás no debían verlo hasta que llegara el momento.
—Y ahora lo saben todos —añade Baran.
—Exacto —murmuro—. No pueden fingir que no sabían a quién pertenecía el trono. Pero con su muerte repentina, todo se ha precipitado sin que me dé tiempo a hacer las cosas como me gustaría.
—¿Has pensado ya qué harás con el resto? —pregunta Kaan, cruzando los brazos—. Los tíos, los primos… Todos miran el testamento como si fuera un mapa del tesoro. Y no les va a gustar que el reparto no sea como esperaban.
—Hay bienes, empresas, propiedades —añado—. Pero lo que de verdad interesa no se hereda en papel.

—Eso está en los discos duros, en las cuentas cifradas, en los contratos sin nombre. Y en las alianzas que nunca se firman, pero que deciden guerras, silencian enemigos o hunden fortunas con una sola palabra —añade Baran, que ríe por lo bajo.
—Algunos socios ya han empezado a preguntar por el acceso a ciertas cuentas —añade Kaan—. Los que manejaban el blanqueo quieren saber si el protocolo sigue igual, si tienen que hablar contigo o con Hülya.
La mención a mi madre me revuelve algo que aún no he nombrado.
—Conmigo. A partir de ahora, todo pasa por mí. Nuestra madre se queda al margen de todo.
No lo digo alto. No hace falta, porque lo entienden a la perfección, ya que los tres pensamos del mismo modo. La puerta se entreabre con dos golpes breves. No esperamos a que pregunten. Baran tira del pomo, y Ali entra, impecable como siempre, con esa forma de moverse que no hace ruido, pero marca territorio.
—Siento interrumpir —dice y cierra la puerta tras de sí—. Pero no podía esperar más.
Lo invito a pasar con un gesto.
—¿Qué tienes?
Ali nos observa a los tres. Luego, se dirige a mí con la precisión de quien sabe que no puede permitirse errores.
—Confirmado. El informe médico oficial habla de fallo metabólico, pero uno de nuestros contactos en el hospital asegura que había mínimas trazas residuales de cianuro. Eran casi imperceptibles, indetectables en un análisis de sangre normal.
Kaan se tensa, y Baran deja de sonreír.
—¿Quién lo firmó? —pregunto.
—Raif, un médico vinculado a la fundación de Mehmet —responde Ali, sin rodeos—. Y eso no es todo. Hace tres semanas, Mehmet intentó contactar con uno de los inversores de nuestro sector farmacéutico. Buscaba información sobre los medicamentos que el abuelo usaba. Lo hizo a través de un intermediario que trabajó con él cuando estuvo en Dubái.
El nombre de Mehmet flota en el aire como un insecto venenoso. Todos lo intuíamos. Ahora empieza a tener forma.

—Encuentra al intermediario —ordeno.
Ali asiente, da un paso atrás y espera mi señal para retirarse. Se la doy. La puerta se cierra con un clic seco. Baran suelta el aire en un bufido bajo.
—Así que no fue solo ambición, sino una estrategia.
—Y puede que no actuara solo —añade Kaan, sombrío.
Yo no digo nada aún, pero, en el fondo, ya lo sabía. Cuando salgo del despacho, el aire del pasillo me golpea como si llevara horas encerrado. Kaan y Baran se quedan dentro un momento más, hablando en voz baja. Los dejo a lo suyo, porque ahora mismo no necesito compañía.
Camino sin rumbo fijo. Paso junto a un par de empleados que se apartan al verme y doblo hacia el ala este sin pensarlo, tal vez guiado por algo más instintivo que racional. Es entonces cuando la veo. Clara está en la galería acristalada que da al jardín interior. De pie, con los brazos cruzados, mira hacia el limonero que plantó mi abuelo cuando nací. No parece oírme llegar. O tal vez sí, pero no dice nada. Me detengo a un par de pasos. Por primera vez en todo el día, no sé cómo empezar.
—¿Sabías que lo plantó por mí? —pregunto al fin, señalando el limonero.
Clara gira la cabeza despacio. No responde, pero su expresión cambia. No sé si se trata de curiosidad, de empatía o simplemente cansancio compartido.
—Cuando nací, dijo que cada nieto debía dejar una raíz en esta tierra. Cavó el hoyo él mismo. No dejó que nadie lo hiciera por él. Era su forma particular de marcar lo que era suyo. —Doy un paso más hacia ella. El cansancio se me agarra a la espalda, como si llevara años despierto—. Y ahora esa raíz está ahí, viva, pero él ya no. —Suelto el aire por la nariz con lentitud—. Y no sé qué hacer con todo esto. Con lo que me ha dejado encima. —Clara me mira sin interrumpirme. Y eso, de algún modo, lo hace más fácil—. No sé si me convierte en un hombre más fuerte o más roto —añado—. Pero lo único que siento ahora es agotamiento, pero no del cuerpo, sino de dentro, como si hubiera algo que ya no se puede recomponer.

Ella alza la mano. No me toca, solo la deja suspendida un segundo entre los dos, basta tan solo con la intención.
—Quizá no tengas que hacerlo aún —dice en voz baja—. Solo… dejar que alguien te sostenga mientras. —Hace una pausa breve, luego su voz se afina con una suavidad que no le había oído antes—. Yo perdí a dos personas muy importantes para mí, Emir, de formas distintas. Mi abuelo, de manera lenta por una larga enfermedad; mi abuela, en cambio, tan rápido que no me dio tiempo de darme cuenta. Y sé cómo duele llevar ese vacío en el pecho. Cómo te cambia y cómo te vuelve más duro por fuera y más frágil por dentro. —Su mirada no me suelta.
»No sé si puedo ayudarte con eso —murmura, y su voz le tiembla un poco—. Pero sé lo que es despertarte cada mañana con un hueco en el alma donde antes estaba alguien que te anclaba a tu pasado, a quien eras en realidad, y fingir que todo sigue igual cuando por dentro ya no reconoces nada. —Se pasa una mano por el antebrazo, como si intentara encontrar las palabras exactas—. He aprendido a recomponerme en silencio, a recoger los pedazos rotos de mi corazón casi sin hacer ruido. Y lo único que sé con certeza es que, cuando no queda nada en pie, el calor de alguien cerca puede sostener lo poco que aún no se ha roto del todo. —Me mira sin exigencias, solo con esa calma triste de quien ya ha pasado por el infierno de esto—. Así que, si hoy me dejas estar, sin palabras, sin máscaras, para desahogarte cuando lo necesites, quizá sea el primer paso para que no te pierdas tú también.
Y por un instante, el peso cede un poco, pese a que no desaparece del todo. Me acerco un poco más, lo justo para rozar su frente con los labios. No es un beso de deseo, sino algo más antiguo, más íntimo. Un gesto que, en mi mundo, solo se le concede a lo que se quiere proteger. Clara cierra los ojos sin moverse, aunque le recorre un pequeño escalofrío ante mi contacto.
—Esta noche te llevaré a otro sitio. Necesito estar contigo a solas, lejos de todo esto —le susurro al oído.
Y, entonces, me aparto sin esperar respuesta, porque hay cosas que no se preguntan en voz alta cuando ya se han dicho con el cuerpo.

Pero, antes de llevarla a ninguna parte, tengo que cerrar otra cuenta.

Salgo de la galería sin mirar atrás. Kaan y Baran ya me esperan en la sala del fondo, no hay preguntas, no hacen falta. El informe médico, el veneno, la firma manipulada… El abuelo fue asesinado. Y el nombre que figura detrás de todo no es nuevo. **Erkan** es un subordinado de confianza de mi tío Halil, el encargado de sus trabajos sucios. Y esta vez, el encargo era eliminar al único que podía impedir que firmaran un nuevo pacto por su cuenta. Raif, el médico que firmó el certificado, está desaparecido, probablemente le hayan pagado por ello lo suficiente como para estar de vacaciones el resto de su vida. Pero lo encontraremos, de eso no hay duda.

Nos lleva dos horas localizarlo. Está escondido en una casa de campo al sur de Beykoz, creyéndose seguro. Baran entra primero. No da tiempo a gritar. Le rompe la nariz con la culata. Luego le ata las manos a la espalda con un cable de acero.

—Por si te da por rezar —murmura.

Kaan coloca una silla en el centro de la sala. No habla. No necesita hacerlo.

—¿Quieres decir algo? —pregunto, observando cómo le tiembla la boca.

—Yo… No fue… Yo solo… —titubea, incapaz de decir algo coherente.

—Exacto. Solo callaste cuando debiste hablar. Y firmaste cuando sabías que el viejo no había muerto solo.

Baran le abre la boca a la fuerza. El crujido de los dientes al partirse bajo la presión de los nudillos es seco, brutal.

—Vamos a devolverte el favor —le dice mientras toma el cuchillo.

La lengua resbala al ser tensada con dos dedos enguantados. Tiembla. Él también. El primer corte no lo arranca. Solo la raja. El segundo hace que el grito no salga como voz, sino como burbujas de sangre espesa que le caen por el mentón. Lo dejamos amordazado con su propia carne. Después de eso, le cortamos los dedos índice y corazón de cada mano, algo simbólico para el resto de nuestros enemigos, que sepan cuáles son las consecuencias por traicionar a Altın Halka. Baran lo arrastra hasta el embarcadero. Kaan lanza el móvil al agua antes de subir a la lancha.

—Lo tiramos al centro del Bósforo —dice, como quien repasa una nota.

Cuando el cuerpo cae, aún se mueve y escupe sangre por lo que le queda de boca. El Bósforo lo engulle sin ceremonia.

—Uno menos —dice Baran.

—No será el último. Encontraremos al puto Erkan, le obligaremos a hablar y le cortaremos los huevos por lo que ha hecho —añade Kaan.

Volvemos a casa y entramos por una de las puertas de servicio sin que nos vean. Me ducho con rapidez, al igual que lo hacen mis hermanos, ya estamos acostumbrados a esto, y volvemos para sentarnos a la mesa como quien ha acudido a una reunión de negocios sin importancia. Porque hay algo que no voy a perder esta vez. Algo que aún no ha tocado el lodo en el que nos hemos criado.

17

Clara

La mesa, desbordada de gente, no deja espacio para una familia que aún está en duelo y que enterró a su patriarca el día anterior. Los platos están dispuestos con una ceremonia, pero casi nadie come. Sólo se escucha el tintinear ocasional de los cubiertos que rompe el silencio denso que cuelga en el aire como una nube oscura que anuncia una tormenta.

No es una cena, es una coreografía donde todos los presentes conocen el papel que deben interpretar. Emir ocupa la cabecera, como corresponde desde que su abuelo ya no está. Lo hace con esa autoridad que no impone, pero tampoco cede ni un centímetro. A su derecha, Hülya, vestida de negro riguroso. Dos asientos más allá, Yağmur sonríe más de lo que el momento permite con esa dulzura impostada que no pretende consolar a nadie, sino marcar territorio. Come lo mínimo y bebe té negro con los labios apretados. No me ha mirado más de tres veces en toda la cena, pero, cada vez que lo ha hecho, ha sido como si quisiera clavarme el cuchillo de la carne en el pecho.

Los demás —tíos, primos, algún rostro nuevo que aún no puedo ubicar del todo— repiten frases neutras, preguntas vacías, comentarios sobre el legado, y sobre la importancia de la unidad. En cambio, nada de lo que dicen suena sincero.

Yo intento mantener la compostura. No cruzo miradas con nadie y apenas hago ruido. No destacar más de lo que ya lo hago sin pretenderlo, tan solo porque Emir me sentó en una silla que no me pertenece. A veces, creo que incluso respirar me vuelve extranjera en esta casa y pienso que estaría más cómoda si comiera en la cocina. No me lo tomaría como una ofensa, más bien, como un regalo.

Cuando por fin termina el postre —una especie de pastel de sémola que apenas pruebo—, Hülya se levanta sin decir palabra. Uno a uno, los demás comienzan a retirarse. La cena se disuelve del mismo modo que ha transcurrido.

—Ven. Te llevaré a otro sitio —me susurra al oído Emir, es apenas un roce de voz, cuando se acerca por detrás.

Asiento sin preguntar porque sé que, si lo hace, es porque esta casa ya no le basta o porque está a punto de mostrarme algo que no quiere que nadie más vea. Y lo cierto es que mis ganas de escapar de aquí aumentan cada segundo que pasa. Salimos sin decir palabra. La noche ha caído del todo. En la entrada principal espera uno de los coches. Emir abre la puerta para mí, y solo cuando estoy dentro, se instala al volante. No deja que conduzca nadie más esta vez, aunque otro vehículo nos sigue discretamente a distancia. Durante los primeros minutos, no hablamos. El silencio está cargado de cosas que aún no se atreven a decirse.

—Ese vestido —dice de pronto, sin mirarme—. Enseña más de lo que debería.

No hay reproche, solo una nota grave en su voz, le cuesta decidir si está molesto o fascinado.

—No sabía que tenía que pedir permiso para elegir mi vestuario —respondo, sin alzar la voz.

Él sonríe, aunque no del todo, es una curva apenas perceptible.

—No tienes que pedir permiso, pero sí debes saber que me gusta exhibirte cuando te lo pones, porque el resto de los hombres te ven y son conscientes de que no pueden tocarte, y eso me excita más de lo que imaginas.

Y, entonces, me mira, tan solo un segundo, antes de volver la vista a la carretera. Pero ese instante basta para encenderme la piel. Después, el silencio vuelve, pero esta vez se siente más íntimo, envueltos en una burbuja ajena a todo lo que acabamos de dejar atrás.

—Mi madre ha sido cruel contigo —dice de pronto—. Lo sé. Y no tienes que disculparla ni entenderla. —No sé qué responder. Solo asiento muy despacio, mirando el perfil de su rostro recortado por las luces fugaces de la ciudad—. Y Yağmur… —añade, con un suspiro

breve—. No tienes que preocuparte por ella. No hay nada ahí. En realidad, nunca lo hubo. Y lo poco que mi madre insiste en mantener vivo, yo me encargaré de enterrarlo.

Esa última frase me deja inmóvil. No por lo que dice, sino por el tono que usa. No sé qué pensar. Tampoco qué esperar. Pero estoy segura de que algo está cambiando.

Tardamos unos veinte minutos en llegar. El coche se detiene frente a un edificio de líneas modernas, discreto en apariencia, pero con esa elegancia cara a la que no estoy acostumbrada. Mármol oscuro en la entrada, cristaleras amplias, seguridad privada… Estamos en la zona de Bebek, que permanece en silencio. Las calles, bordeadas de árboles y mansiones centenarias, parecen detenidas en una calma artificial. Emir aparca, baja y abre la puerta para mí. Subimos por un ascensor privado que nos lleva directamente al ático. Todo sin palabras.

Cuando entramos, nos recibe un espacio amplio, moderno, pero de estética sobria, con luz tenue, mármol oscuro y cocina diáfana. La casa no parece una vivienda, sino más bien un refugio, un lugar al que huir cuando todo se complica. Lo cierto es que no me extraña nada al ver la mansión familiar. Yo también huiría lo más lejos posible, incluso cambiaría de país o de continente si me fuera posible. Mientras Emir se acerca a la cocina y abre una botella sin preguntar, yo recorro el salón despacio, mis dedos rozan las estanterías intentando entender más el interior de Emir. Los libros están dispuestos perfectamente. Me detengo ante uno de *Crimen y castigo*, lo cojo entre mis manos y sonrío, ladeando la cabeza.

—Siempre me pareció que Raskólnikov era más cobarde que inteligente —digo en voz baja, acariciando el lomo ajado del libro—. No por el crimen, sino por cómo se escondía tras sus justificaciones. Nunca era la culpa lo que lo consumía, sino el miedo a enfrentarse a alguien más fuerte que él mismo. A alguien capaz de sostenerle la mirada sin parpadear. Como si siempre necesitara un motivo para no atreverse a actuar, a romper de verdad con lo establecido y asumir las consecuencias sin escudarse en teorías ni justificaciones vacías.

—No todo el mundo se atreve a romper —responde Emir desde la cocina, sin levantar la voz—. A veces, uno se convence de que

justificar es más seguro que asumir lo que realmente es. Pero lo que has dicho… —hace una pausa, y cuando lo miro, sus ojos serios ya están puestos en mí. Se ha acercado— es justo lo que me enseñaron a evitar. Pensar demasiado, sentir poco y no cuestionar el equilibrio. Raskólnikov falló porque se quebró por dentro y no fue capaz de sostener el peso de su propia decisión.

Y entonces me da la copa. Dejo el libro en su sitio y sigo hasta una esquina, donde descubro un tocadiscos. A su lado, una pequeña colección de vinilos cuidadosamente alineados. Me agacho y paso los dedos por las carátulas. Y, entonces, veo el disco Mezzanine, de Massive Attack. Lo levanto, lo muestro. Emir asiente, ya con su copa a medio tomar. Se acerca y lo coloca con una familiaridad casi reverente. La aguja baja con un leve crujido, y los primeros acordes de Ángel comienzan a sonar envolventes, como una corriente que empieza a ascender.

Y ahí está. El punto exacto donde todo cambia de ritmo. Nuestros dedos se rozan de manera casual, o quizá, no tanto. El aire se vuelve denso, como si el deseo hubiera empezado a escribir su propio idioma. No lo invito. Tampoco lo provoco. Solo permanezco allí, con el vaso en la mano, observando cómo sus ojos me recorren sin disimulo. Deja su copa sobre la mesa y se detiene a centímetros de mí.

—Quiero que esta noche seas mía —murmura con la voz ronca sin levantar la voz —. Pero a mi manera.

—¿Eso qué significa exactamente? —pregunto, sin apartarme, aunque la tensión me cruja por dentro a punto de fundirse.

Él se queda en silencio unos segundos. No por falta de palabras, sino porque está eligiéndolas. Lo veo en su mandíbula, en sus ojos, en la forma en que me observa, desnudándome solo con el pensamiento.

—Significa que quiero dominarte —responde al fin, con calma—. Que esta noche tú no decidas nada, que me pertenezcas… por completo. Cuerpo, voz, tiempo, placer. Todo. Solo durante unas horas.

Mi pulso se dispara, no de miedo, ni tan siquiera solo de deseo, sino de algo más profundo. Un tirón desde las entrañas que me obliga a mantenerme firme mientras una parte de mí quiere arrodillarse y la otra quiere correr.

—¿Y eso es lo que te excita? ¿Tener el control? —pregunto, con la voz más baja de lo que pretendía.

Él asiente, pero no con arrogancia. No hay sombra de violencia en sus gestos, solo intensidad y determinación.

—Sí. Pero no se trata solo de mí. La dominación y la sumisión no son un abuso de poder. Es más bien un pacto. Yo tomo el control porque tú me lo das. Tú te rindes porque confías y sabes que, aunque yo decida el ritmo, las reglas las marcamos los dos.

Trago saliva. Es como si cada frase suya me atara con un lazo invisible. Sutil. Irrompible.

—Y si no me gusta… —empiezo a decir.
Él me interrumpe con suavidad.
—Te detienes. Una palabra, una mirada, y yo paro. Siempre. Esto no va de castigo. Va de entrega. De llevarte tan lejos que ya no sepas dónde empieza el placer y dónde termina la voluntad.
Siento un nudo en el pecho. No sé si es miedo o vértigo. Pero quiero saber qué hay al fondo.
—¿Y si no sé cómo se hace?
Emir sonríe y se acerca un poco más. Su aliento me roza la sien.
—No tienes que saberlo, solo dejarte llevar. Yo te enseño. Lo único que tienes que decir es que sí.
Y no lo digo. Pero algo en mi respiración, en el modo en que no retrocedo, ya lo ha gritado por mí. No hay amenaza, solo una afirmación contundente que me deja sin respiración. No respondo con palabras. Tan solo lo miro y asiento. Entonces ocurre. Me toma del vaso y lo deja a un lado. Sus manos suben por mis brazos de manera lenta. Me gira con un solo movimiento, con una naturalidad feroz, y su espiración me envuelve la nuca mientras sus dedos se deslizan por mis costados, marcando un ritmo que solo él parece conocer. No hay brusquedad. Solo un control absoluto.
—Quédate quieta —me ordena al oído mientras me acerca a la pared más cercana de dos pasos—. Solo siente. ¿Confías en mí? —susurra, tan cerca que la vibración de su voz se me clava en la piel como una promesa—. No haré nada que no sea darte placer. Nada que no puedas soportar. Si en algún momento quieres parar, solo dilo. Quiero llevarte a un mundo nuevo, pero en el que principalmente serás la protagonista para mí en todos los aspectos; saber lo que necesitas, provocar sensaciones que ningún otro hombre te haya provocado… Placer mezclado con un dolor placentero. —Me tenso de inmediato, pero él me coge las manos con suavidad y me las acaricia—. Tranquila, Clara, no te preocupes. Te va a gustar, es más, me lo vas a pedir, porque la mezcla será tan satisfactoria que rogarás. Pero necesito que seas sincera conmigo siempre. No me escondas nada de lo que piensas, sea bueno o malo, porque no soy adivino.
Y, aunque mi cuerpo tiembla, no por miedo, sino por lo que está a punto de ocurrir, asiento, porque en el fondo confío, aunque no lo entienda del todo, y que, pese a que sea un abismo lo que se abre frente a mí, quiero lanzarme. Obedezco. Porque, en esa rendición, descubro algo que nunca había sentido: libertad de no pensar, de no decidir por primera vez en mi vida. De dejar que él dirija, guíe y reclame.
Y, por primera vez, lo hago.
El vestido es ceñido, de tela suave, ligera, como una segunda piel. Emir desliza las manos por mis caderas, lo arrastra lentamente hacia arriba, y sin dejar de devorarme la boca con una avidez que enciende cada centímetro de mi piel, me gira de nuevo. Cuando el vestido alcanza mi pecho, me separa apenas de la pared y me lo saca por la cabeza en un solo gesto preciso, cada movimiento ensayado

en secreto antes. Sus labios se deslizan por mi cuello, bajando hasta la clavícula, donde se detienen el tiempo justo para provocar, para hacerme contener un gemido. Me observa entonces, en lencería y tacones, con una mirada tan intensa que me siento desnuda más allá de la ropa.
—Eres perfecta —dice, casi sin voz—. Y mía.
Su mano se apoya en la base de mi espalda, guiándome hacia el dormitorio sin dejar de devorarme. No hay prisa, pero tampoco dudas. Me hace sentar en el borde de la cama, se arrodilla frente a mí y sus dedos exploran desde mis rodillas hasta mi interior sobre la tela húmeda. Lentos. Medidos. Sin dejar de mirarme a los ojos. Me lleva justo al límite. Entonces, se detiene. Me arranca un gemido bajo, frustrado, que él transforma en una sonrisa ladeada. Y, Dios, ¡qué sonrisa! Vuelve a empezar. Juega conmigo. Me excita con una intuición salvaje, mi piel le susurra en un idioma que él ha hablado toda su vida. Y cuando estoy a punto de estallar, cuando la presión sube hasta los bordes de mi garganta, se detiene otra vez. Se aparta. Me deja temblando. Vacía de todo, menos de deseo.
Me mira como si fuera su obra. Se pone en pie y se quita la camisa con un movimiento lento, medido. El tejido se desliza por sus brazos y cae al suelo sin ruido, revelando un torso definido, marcado por el ejercicio físico. Por un instante, me pierdo en la piel tersa, en el contraste de la luz sobre sus músculos, y me deja sin aliento, deseosa de tocar, de lamer… Hasta que veo algo que llama mi atención. Se trata de un tatuaje oscuro en el pecho sobre su corazón, el dibujo de un anillo que lleva algo grabado en su interior que no logro ver. No pregunto, porque el deseo encendido que hay en sus ojos ahora no admite palabras.
Vuelve a agacharse frente a mí. Me agarra por la cintura y desliza el tanga hacia abajo con una reverencia que tiene más de posesión que de ternura. No se detiene a admirar. No lo necesita. Sus labios se abren paso entre mis muslos con hambre, con devoción. Su lengua traza un camino exacto hasta el centro de mí, y entonces me lame el clítoris con una precisión que no puede ser casual. Lo hace con ritmo, con intención, con hambre.
Mis manos se enredan en su pelo. En cuanto lo hago, su respuesta es inmediata y brutalmente precisa. Me da una palmada firme en el muslo, lo justo para hacerme jadear, y acto seguido, araña con los dientes en la cara interna de mi ingle, arrancándome un grito entrecortado que no sé si nace del dolor, del placer o de los dos a la vez. Mis piernas tiemblan. El placer me crece en espiral, en oleadas que me empujan hacia el abismo. Cuando estoy a punto de caer, de tener el mayor orgasmo de mi puñetera vida, se detiene de nuevo.
—Aún no —murmura contra mi piel, con la voz ronca del deseo velado—. Mantén las manos donde yo pueda verlas. Como yo te ponga es como debes permanecer. No me provoques, si desobedeces, el castigo será mayor —susurra con la voz ronca propia de la excitación ahogada.
Y yo, empapada y jadeante, solo puedo asentir, porque sé que volverá a empezar. Y esta vez me llevará más lejos todavía.

18

Emir

Clara está sentada en el borde de mi cama, aún con los tacones y el sujetador puestos, y la espalda recta, su cuerpo intenta sostener lo que su mirada ya no puede controlar. Me acerco a la mesilla de noche, abro el cajón con calma y saco la venda negra junto a las cuerdas especiales que no dañan la piel que me encargué de comprar personalmente esta tarde. Cuando me vuelvo hacia ella, sus labios están entreabiertos, con su respiración jadeante. Me agacho frente a su cuerpo, le quito el sujetador y le coloco la venda con delicadeza, dejando que la oscuridad empiece a envolverla, y solo entonces, le tomo las manos. El vinilo de Massive Attack gira en el sistema de sonido que se propaga también en el dormitorio, oscuro y denso, y lo llena todo con esa cadencia que parece hecha para lo que está a punto de pasar.

Elevo sus manos por encima de su cabeza y, con la seda, las ato al cabecero, pero sin apretar, y paso el dedo entre la cuerda y su piel. Tiene libertad de movimiento sin poder escapar de mí. De lo que voy a hacerle y de lo que me va a dar. Solo entonces, cuando está completamente rendida a mis manos, me separo un paso para mirarla. Está desnuda sobre mi cama con las muñecas atadas, el cuerpo tenso y alerta, la piel erizada y los pezones erguidos por esa mezcla de temperatura y anticipación. Perfecta. Eso es lo que quiero y necesito de ella esta noche: que se pierda en los sentidos, que me entregue el control sin reservas cuando, después de todo lo sucedido hoy, estoy a punto de perderlo. Y que descubra que someterse no es debilidad, sino otra forma de poder.

Camino despacio a su alrededor. No me apresuro. Me excito con la expectación, con la tensión, con la forma en que planeo cómo

sorprenderla y con la forma en que se estremece cuando mis dedos le rozan el tobillo, suben por la pantorrilla, se detienen justo antes del muslo… y retroceden. Cada parte de su cuerpo es un mapa en el que aún no ha sido escrita la historia que voy a narrar esta noche. Con mis manos. Con mi boca. Con mi aliento. Con mis órdenes.

Salgo del dormitorio y cruzo el pasillo en silencio. En la penumbra de la cocina, tomo un vaso bajo, lo lleno con hielo del congelador y sirvo un poco de *whisky* sin prisa. El sonido del líquido sobre los cubitos es casi un mantra. Cuando regreso al dormitorio, la encuentro como la dejé: atada, quieta y latiendo con cada poro. Me siento al borde de la cama y tomo un hielo entre los dedos. Me arrodillo sobre el colchón, lo deslizo por su clavícula, esa que me enloquece cada vez que ella pasa sus dedos por allí, y dejo un rastro húmedo que la hace arquearse.

—Quieta… si no quieres que te ate más y te castigue —susurro con mis ojos fijos en ella.

Gime, apenas un suspiro, pero lo suficiente para saber que estoy en el punto exacto. Desciendo por el centro de su pecho, rodeo uno de sus pezones con el frío mientras con la otra mano acaricio el opuesto, templado por el calor de mi palma.

—Respira —le susurro.

Y ella lo hace. Necesita que yo le recuerde cómo hacerlo porque las sensaciones son abrumadoras. Me inclino y atrapo un pezón entre mis labios. Lo muerdo, no con fuerza, solo lo justo para hacerla gemir de nuevo. La cuerda se tensa. Quiere moverse, pero no puede. Y eso me enciende como pocas cosas.

—Así estás perfecta —murmuro, sin apartar la boca de su piel—. Inmóvil, y solo mía.

El hielo se derrite entre sus muslos. La inclino de lado lo suficiente para que el hielo, al deslizarse, se detenga justo donde más duele y excita al mismo tiempo, sobre su clítoris, ese punto exacto. La reacción es inmediata. No necesita palabras. Solo un leve espasmo que le atraviesa el cuerpo y un sonido áspero que le vibra en la garganta. Su deseo quiere abrirse paso sin pedir permiso.

—Así —susurro contra su piel—. Atrapada en ese punto exacto donde no sabes si quieres huir o entregarte. No tienes que pensar —

continúo con la respiración entrecortada por la excitación que siento también en estos momentos—. Solo sentir. Yo lo haré por los dos. —Trepo por su cuerpo sin rozarla aún y mis labios se acercan a su oído —. No tienes que pedirlo. Ya sé lo que necesitas. —Mis dedos trazan círculos lentos sobre su clítoris, apenas tocándola, lo justo para hacerla suspirar—. Cada sonido que sale de tu boca —murmuro— me pertenece. Cada jadeo, cada súplica no dicha, es mía. Y te lo daré todo, Clara, pero a mi ritmo. Cuando yo lo decida.

Ella gime y se arquea. Yo sonrío. Una sonrisa leve, casi imperceptible, que se me escapa antes de poder evitarlo. Hacía tiempo que nadie me provocaba eso. De hecho, solo lo ha hecho ella desde que llegó. Y la dejo escapar, porque sé que no puede verla y porque, en esa oscuridad que la envuelve, yo también me permito ser otro por un instante.

—Si supieras cómo te ves ahora… —añado, apenas audible de tan excitado que estoy—. Atada, abierta, rendida. Podría quedarme aquí toda la noche. Jugando. Llevándote al límite. Dejándote justo en el borde para volver a empezar.

Y cuando está a punto de estallar, cuando su cuerpo empieza a tensarse, a rogar por un orgasmo que aún no permito, me aparto, y la dejo en ese vacío, temblando de necesidad. Porque el placer, el de verdad, vive en ese filo, en ese juego de dar y quitar. De rozar y negar. Y yo lo domino como nadie. Me incorporo despacio, dejando que su piel recupere el calor en mi ausencia. Su respiración se ha vuelto errática y sus muslos tiemblan. Está exactamente donde la quiero: perdida, vulnerable, al borde del colapso y con el deseo arañándole por dentro.

Me deshago del resto de mi ropa sin quitarle los ojos de encima. Dejo que me escuche, que adivine cada gesto por el sonido de la tela y por lo que sigue. Me subo a la cama con la lentitud del depredador que ya no necesita correr para cazar.

—No te muevas —ordeno, con la voz más baja que tengo—. No cierres las piernas y no te defiendas de lo que sientes.

Mis manos la recorren de nuevo, pero esta vez hay una urgencia distinta. Acaricio, muerdo, marco. Me deslizo entre sus piernas y lamo de nuevo con hambre, con más ritmo, con más intención.

Siento cómo se abre para mí, cómo vibra bajo mi lengua, cómo su cuerpo clama por romperse de placer. Cuando la noto al borde, otra vez, me detengo. Y vuelvo a subir despacio por su cuerpo, sin dejar de acariciar ni un solo centímetro de su piel y me inclino sobre ella.
—Dime si estás conmigo.
Ella asiente, jadeando, y eso me basta. Le acaricio el rostro, aunque no pueda verme. Su piel está húmeda, ardiente. Me tomo un segundo para admirarla atada, rendida, y siento cómo algo me cruje dentro. No es solo deseo. Es otra cosa más profunda. Me acomodo entre sus piernas y la rozo con la punta de mi sexo, húmedo y duro, pero no entro. Tan solo la provoco y la tiento. Porque ahora es mía. Y voy a demostrarle que, cuando un hombre como yo toma el control, no hay regreso posible.
Acaricio de nuevo el interior de sus muslos con los nudillos, con una cadencia lenta y rítmica, y siento cómo se le escapa el aliento cada vez que me acerco sin tocarla del todo. Mis labios recorren su vientre, suben por la línea del esternón y bordean el hueco de su garganta, donde late el pulso acelerado que me pertenece. No hay una parte de ella que no tiemble bajo mi boca. Y no me sacio. No me canso. Dejo que mis dedos la acaricien apenas entre sus pliegues. No busco entrar. Solo rozar. Solo torturarla un poco más con lo que sabe que está por venir. La siento al borde, y cuando cree que por fin va a tenerlo, me retiro, mordiendo su muslo con un gruñido bajo. Ella gime, se arquea, estira los brazos tensando las cuerdas que la mantienen quieta y expuesta. La venda le cubre los ojos, pero su cuerpo me habla con un lenguaje más claro que cualquier mirada.
—Por favor…, haz algo…, no puedo más —susurra, apenas un suspiro entrecortado. No sé si pide que la toque o que la salve de lo que está sintiendo, pero no importa. Porque esa súplica, mínima y rota, es la llave que abre algo dentro de mí.
—Puedo hacer que pierdas la cabeza —le contesto con la boca rozando su ombligo y con mis manos en su clítoris—, puedo darte el orgasmo más intenso de tu vida, pero solo si me entregas todo lo que no te has atrevido a soltar con nadie más.

La beso detrás de la rodilla. Le muerdo la curva del tobillo. Recorro su piel con una paciencia tan cruel que es puro deleite. Todo en mí está al límite, pero me contengo, no sé ni cómo no me corro en ese momento, pero el placer no es correr, es saborear cada segundo del trayecto. Es verla luchar por no rogarme. Es sentir cómo su voluntad se quiebra por exceso de deseo. La domino sin decirlo. Y ella se deja, no porque no pueda luchar, sino porque ha decidido no hacerlo, porque confía en mí para darle el placer y las sensaciones que no ha vivido antes.

Me coloco entre sus piernas y la penetro con un solo dedo, profundo y firme, mientras que mi pulgar la acaricia en círculos lentos. Ella jadea, murmura algo incomprensible. Añado otro dedo más profundo. La acompaso con mi respiración, con mi cuerpo, con la urgencia contenida de alguien que desea moldearla a fuego lento.

Cada contracción de su interior me empapa los dedos. Sé que estoy cerca y que, si me lo permito, podría perderme en ella y correrme así, sin haber entrado en su interior. Pero aún no, porque esta noche no se trata de mí, sino de verla rendirse, volar, de que se rompa en mil pedazos cuando estalle en el orgasmo para que pueda volver a construirla desde el principio.

Mi boca vuelve a su centro con más hambre y más devoción. La saboreo como si su humedad fuera un secreto que se derrama solo para mí. Tiene un sabor profundo, salado y dulce a la vez, una mezcla que se queda en mí, que me enciende la sangre. Mis labios succionan con firmeza, mi lengua gira, presiona, entra, explora. Ella se agita, gime, grita. La cuerda vibra por la tensión de sus brazos, pero no protesta. Está entregada.

Mis manos acarician el resto de su cuerpo con ternura feroz: la curva de sus costillas, el temblor de su vientre, la tensión en los muslos. Su piel es suave como la seda que la amarra. Y caliente. Cada poro está abierto para mí.

—Estás preciosa así —le digo, dejando un beso húmedo sobre su cadera—, sin máscaras, sin miedo, eres lo más puro que he visto.

Siento cómo se alza para mí, cómo su cuerpo se convierte en un poema que solo mi boca puede leer. La saboreo más, más lento, con más intención. Vuelvo al clítoris con precisión. Lo rodeo. Lo presiono

con la punta de la lengua. Y cuando tiembla como una cuerda a punto de romperse, la sostengo por las caderas y dejo que se deshaga sin que pueda caer. Aún no la dejo correrse. Pero la acerco tanto que empieza a suplicar en su idioma sin voz.

Y yo me lleno la boca de ella. Porque ahora sé que ningún otro sabor me va a bastar. Su cuerpo se arquea de pronto, una tensión que no avisa, solo explota, y esta vez, la dejo.

—Te has corrido sin mi permiso —le susurro aún con su sabor en mi boca—. Por ser la primera vez, te lo dejo pasar.

Se abre, se entrega, y el orgasmo le sacude las piernas, el vientre y la garganta. Grita como si algo dentro se rompiera y por fin escapara de su pecho. Y entonces ocurre. Siento cómo su centro late, vibra, y expulsa un chorro cálido e inesperado que la empapa aún más. No me aparto. Lo recibo con la boca abierta, con la lengua extendida, bebiendo lo más delicioso que he probado jamás. Y es entonces cuando pierdo la razón yo también. No por deseo ni por necesidad, sino por hambre de más. Porque quiero verla así otra vez. Y otra. Y otra. Porque sé que, si la penetro ahora, la llevaré más allá.

Me alzo sobre ella, todavía con el eco de su placer en mis labios. La beso en la boca, en el vientre, en las costillas, en el hueco entre sus pechos enardecidos por lo sucedido. Mi sexo duro roza su interior, ya abierto, mojado, hambriento. Y esta vez, no espero. Me inclino, abro el cajón de la mesilla sin necesidad de mirar y saco el preservativo. Lo rasgo con los dientes, lo desenrollo sobre mi sexo con las manos, que me tiemblan por el deseo acumulado, y solo entonces, me alzo sobre ella.

Entro en su interior con un gemido grave, y siento cómo me recibe con una calidez húmeda que parece moldeada solo para mí. Es como hundirse en una corriente viva, palpitante, que me aprieta, me envuelve y me reclama. Su cuerpo reacciona de inmediato: se arquea, suspira y se estremece. Aunque no ve, aunque no toca, lo siente todo. Cada centímetro de mí entrando en cada centímetro de ella.

Me mantengo quieto unos segundos, enterrado en su profundidad, saboreando el instante como quien contiene la respiración bajo el agua. Luego empiezo a moverme despacio, con ritmo. Cada

embestida va marcada por mis suspiros, por el sonido de sus jadeos desbocados, por el crujido sordo de la cama bajo nuestros cuerpos.
Ella está abierta, rendida, entregada a cada acometida. Y yo me pierdo en la forma en que su cuerpo se adapta, en cómo me aprieta justo cuando debería relajar. En cómo me llama sin palabras, como si estuviéramos hechos para este momento y ningún otro. Le sujeto las caderas con fuerza. No solo para dominarla, sino también para sostenerla y que no se desarme del todo. Porque si yo caigo, quiero que lo hagamos juntos.
Y, entonces, acelero. Las embestidas se vuelven más profundas y más hambrientas. Cada golpe de cadera hace que su cuerpo se desplace un poco sobre las sábanas, que los gemidos se le escapen sin control, que la seda tirante alrededor de sus muñecas marque la piel con la forma exacta de su entrega. La golpeo con mi cuerpo una y otra vez, no con violencia, sino con la fuerza precisa de quien sabe que ha encontrado algo demasiado valioso como para no reclamarlo entero.
Mis gemidos se vuelven salvajes. Siento cómo el sudor resbala por mi espalda, por mi pecho, por mis sienes. El ritmo ya no me pertenece. Me domina tanto como yo a ella. Me pierdo en el calor, en el sonido de su piel chocando con la mía, en la presión húmeda que me aprieta cada vez que me hundo en su centro.
—Siente lo que te hago, Clara…, desde lo más hondo. Aunque no puedas verme…, quiero que me sientas dentro. En cada rincón —susurro con la voz entrecortada por el esfuerzo de contener mi propio orgasmo.
Ella gime mi nombre, se curva con un espasmo involuntario, y su interior me atrapa como una trampa viva, como si no quisiera dejarme escapar nunca.
—Ahora —le gruño al oído—. Déjate ir. Córrete otra vez conmigo.
Y lo hace. Su cuerpo se rompe en una oleada brutal que la hace gritar, convulsionar, empaparse de mí y yo de ella. La sigo, enterrado hasta lo más hondo, soltando un grito ronco, animal, corriéndome, y todo mi control se quiebra en ese instante exacto.
Me tiendo sobre ella, incapaz de moverme, incapaz de quitarle la venda de los ojos para que no vea la vulnerabilidad en los míos.

19

Clara

Despierto con la boca seca y el cuerpo entumecido, como si hubiera dormido siglos y, aun así, no fuera suficiente. Me cuesta unos segundos recordar dónde estoy. No es mi habitación, sino a la que me trajo anoche. Hay un silencio tan solo interrumpido por el leve zumbido del aire acondicionado. Instantes después, percibo ese olor inconfundible a café mezclado con el de su perfume, que todavía persiste en la almohada.

La sábana me acaricia la piel desnuda cuando me giro. La sensación es tibia, íntima y demasiado real. Sigo completamente desvestida, y el leve ardor entre los muslos me recuerda lo que ocurrió antes de quedarme dormida. La forma en la que me tocó, cómo me usó a su antojo, pero leyendo cada gesto, sabiendo de antemano hasta dónde podía llegar. No fue solo sexo, ni tan siquiera solo placer. Fue una rendición instintiva, una especie de entrega silenciosa que no he tenido tiempo de entender.

A tientas, encuentro una de sus camisas colgada del respaldo de una butaca. La acerco al rostro y la huelo sin pensar. Hay algo reconfortante en ese aroma, como si aún quedara un rastro de su cuerpo entre los pliegues. Me la pongo despacio, sin sujetador y sin ropa interior, con la piel aún sensible.

Cruzo la habitación y siento el suelo fresco bajo mis pies. En la mesilla hay una taza de café ya frío y una nota escrita con su letra.

Has dormido media vida. Estoy abajo. Te espero.

No hay firma, pero sí algo en esa forma suya de ordenar disfrazado de cortesía, de marcar territorio sin levantar la voz. Bajo las escaleras con pasos lentos, arrastrando la mirada por los detalles de la casa. Todo tiene ese tipo de lujo silencioso que no pretende deslumbrar, pero lo consigue igual. Podría perderme en cada rincón

y seguiría sin encontrar el alma a este lugar, si no fuera porque él está dentro.
Lo encuentro en la cocina abierta del salón. Está de espaldas y revisa algo en el móvil con una taza de café entre las manos. Tiene la camisa blanca remangada hasta los codos y un reloj de correa negra que aparenta costar lo mismo que mi sueldo de un año. Ese aire de no he hecho nada, pero podría desarmarte con una palabra.
—Pensaba que no ibas a bajar nunca —dice sin girarse, intuye que estoy aquí sin necesidad de verme.
—Pensaba que me encontraría sola en esta casa cuando me he despertado y no te he visto en la cama —respondo, apoyada en el marco de la puerta.
Gira la cabeza y ahora sí me mira. La camisa me llega a mitad de muslo. Sus ojos se detienen justo ahí antes de subir a los míos.
—No suelo dejar a nadie sola después de… Bueno, tú sabes.
—¿Después de follártela hasta que se quede medio inconsciente? —replico. Me muerdo el carrillo interior para no soltar una carcajada. Él suelta una risa breve, pero lo suficiente para que sea de ese tipo que llegan a los ojos. Sonríe tan poco que, cuando lo hace, se le ilumina el rostro de una forma que lo hace parecer más guapo todavía.
—Después de una noche intensa, digamos. No quiero sonar como un cabrón, pero aún no te he follado de verdad para que te quedes inconsciente. Todo llegará y me suplicarás que pare por no soportar tantos orgasmos seguidos y sentir mi polla ocupando todo dentro de ti —susurra esto último y, por contradictorio que parezca, me ha sonado más a una amenaza velada que a lo que ha dicho realmente —. Te queda bien esa camisa, mejor que a mí. ¿Has visto la nota que te he dejado? —cambia de tema.
—Sí, la he visto —confirmo—. Y eso lo dices porque no te has mirado al espejo.
Me acerco a la encimera de la cocina despacio, sin apartar la vista de él y, cuando Emir se pone de espaldas a mí para coger algo, mis ojos se desvían hacia su culo. El pantalón negro se ajusta a su cuerpo a la perfección, macando unos glúteos firmes que no necesitan moverse para llamar la atención. Es el tipo de culo que Jorge diría

que no se mira, sino que se admira con la boca abierta dispuesta a morderlo hasta quedarte saciado.
—Hay algo para picar, no es nada muy elaborado, pero te has perdido el almuerzo. No sabía si te levantarías con hambre..., o con ganas de huir —apostilla con un tono de humor que es la primera vez que le escucho.
—¿Y si son las dos? —bromeo, aprovechando el momento.
—Entonces siéntate, come algo, y luego decides por cuál de las dos te dejas llevar.
Apoyo los brazos sobre la encimera y me siento en la silla alta. Sobre la isla hay queso, fruta cortada, pan tostado, unas aceitunas negras brillantes. Todo dispuesto con una elegancia simple, sin adornos, pero cuidado al detalle.
—¿Esto lo has preparado tú? —le provoco con una sonrisa en los labios.
—He dado órdenes precisas —apostilla.
—Claro, debí imaginármelo. El estilo Emir Demirhan. Si algo sale bien, fue idea tuya. Si sale mal, culpa de otro, ¿no?
—Exacto.
Se sienta frente a mí y me sirve el café sin preguntar. Se acuerda de cómo lo he tomado en su casa: negro, intenso y amargo. Me observa mientras doy el primer sorbo, con esa mirada suya que no apremia, pero que lo registra todo, como si memorizara todos mis gestos.
Nos quedamos en silencio unos segundos. Hay algo diferente en él, aquí, en esta casa. Está más tranquilo, de alguna manera baja la guardia cuando cruza esa puerta y este creo que es el único lugar en el que puede respirar sin tener que medir cada movimiento. Él alza una ceja y me mira, nota que estoy pensando demasiado.
—¿Siempre supiste que querías ser traductora? —pregunta, y de esa forma cambia de tema.
—No. Al principio quería cantar —le explico con una sonrisa mientras cojo un trozo de queso.
—¿En serio?
—Ajá. Pero me daban miedo los escenarios. Tenía más pánico escénico que talento, aunque con el tiempo y muchos ensayos en el

coro del colegio fui ganando voz y perdiendo ganas. Luego me dio por el arte, pero mi madre decía que me moriría de hambre, así que opté por algo más práctico.
—¿Y esto es lo práctico?
—Traducir se me daba bien y escuchar también. Mi madre siempre dice que tengo radar para lo que la gente no dice. Me aconsejaba que estudiara psicología, que ahí tendría un montón de clientes fijos.
—Tu madre es la que te manda mensajes todos los días, ¿no?
Me sorprende que se haya fijado en ese detalle, lo que me recuerda que tengo que llamarla y dar señales de vida antes de que se ponga en contacto con la embajada y active todos los protocolos para buscarme.
—Sí —sonrío—. Es única. Me manda composiciones de esas que se hacen con programas como Canva para darme los buenos días e incluyen refranes, cambiándolos a su forma. A veces es como tener una galleta de la suerte metida en el WhatsApp.
—¿Y hoy te ha mandado alguno? —se interesa.
—Pues no he cogido el móvil aún. Te recuerdo que acabo de despertarme. Espera un segundito que, si no le contesto rápido, es capaz de llamar a la policía. —Corro hacia arriba, entro en el dormitorio, cojo el móvil y bajo del mismo modo—. Mira, sí, hace un rato. «No dejes para mañana lo que puedas joder hoy». —Leo en voz alta con una sonrisa—. Pero eso es cosecha propia, claro. El original es con *hacer*, no con *joder*.
Emir ahoga una carcajada y acaba tosiendo entre sorbos, atrapado por sorpresa. Un poco de té se le va por el camino equivocado, y deja la taza sobre la encimera con una sonrisa torcida, no sabe si escandalizarse o aplaudir la ocurrencia
—Tu madre tiene estilo.
—No, lo suyo es la adaptación libre, aunque tiene su encanto. Es su forma de estar cerca. Unas veces me agobia y otras me salva el día.
—¿A qué se dedica?
—Es profesora de literatura, es la que me inculcó el amor por las letras.
—Te envidia, con esa clase de sentimiento que imagino que tienen las madres, con esa mezcla entre el orgullo por lo que sus hijos han conseguido y la nostalgia de que ellas no pudieron hacerlo.
—¿Por qué lo dices? —pregunto confundida, aunque algo me dice que tiene más que ver con su madre que con la mía, porque la buena señora es, como mínimo,

de armas tomar. O quizá sea que la he conocido en mal momento después del fallecimiento de su suegro.
—Porque no solo te manda mensajes…, también te forma el carácter.
—¿Y eso qué significa? ¿Qué relación tiene con que me envidie?
—Que no me extraña que no te dejes impresionar fácilmente —suelta como si la conversación no fuera con él. No lo entiendo bien, pero lo dejo pasar.
Nos quedamos en silencio unos segundos donde me pregunto si lo que ha dicho tiene más relación con mi madre, con él mismo o con la suya propia. A veces habla de forma tan críptica que me cuesta trabajo entenderlo. Él apoya el codo sobre la encimera y juega con el borde de la taza vacía. Hay algo en su cuerpo, en su rostro, que se ha relajado desde que estamos aquí. Este lugar parece su única rendija de tregua y el resto del tiempo tiene que vestirse con una coraza para sobrevivir.
—¿Vas a necesitarme esta noche? —pregunto al fin, bajando un poco el tono.
—Sí. No será una reunión larga, pero prefiero tenerte cerca.
—¿Para traducir, o para otra cosa? —inquiero con una ceja levantada, necesito que el ambiente se relaje un poco.
—Para traducir. Lo otro viene solo —apuntilla con un guiño de ojo. Es la primera vez que lo hace, y ese gesto tiene algo tan descaradamente sexi que me desarma por completo. Me sonrojo sin remedio, consciente de cómo reacciona mi cuerpo antes que mi cabeza.
—Vaya. ¡Qué considerado! —bromeo para intentar que él no se dé cuenta de lo que me ha pasado, aunque algo me dice que, por supuesto, lo sabe.
—No lo soy. Solo elijo bien cuándo hablar y cuándo dejar que lo entiendas por cómo te miro.
—Eso te hace peligroso —inquiero con un tono de voz casi tembloroso, no porque me asuste, sino porque me parece que estoy cruzando una línea más que no debería.
—¿Y eso te asusta? —insiste con un susurro de voz que me pone a mil.
—Me intriga —afirmo con rotundidad, porque me doy cuenta de que todo lo que rodea a este hombre me provoca una mezcla rara entre alerta y fascinación.
Nos quedamos así, apenas separados por la encimera y un plato con aceitunas. Él no me toca, yo no me acerco, pero hay algo en el aire que vibra como un cable tenso, listo para quebrarse..., o para arder.
—¿A dónde vamos esta noche? —pregunto, rompiendo el silencio con suavidad.
—A cenar con alguien que desea ganarse mi favor. Es un sitio discreto con buena comida y gente que habla más de la cuenta.
—¿Y yo qué tengo que hacer? ¿Traducir adulaciones, o fingir que no me entero?
—Escuchar. Observar. Y traducir solo si hace falta. A veces el silencio es más efectivo que cualquier idioma.
—Entonces necesito ducharme y cambiarme de ropa. Tendré que ir a la mansión a por mis cosas. No creo que esta camisa cause buena imagen.

—Depende de a quién quieras impresionar —responde sin perderme de vista—. A mí me parece perfecta.
—Claro, porque tú no tienes que imaginarte las miradas de medio restaurante preguntándose si soy tu novia, tu escolta o un desliz mal vestido sin ropa interior.
—Créeme, Clara. Puedo imaginármelo perfectamente —susurra, con los ojos ámbar ahora más oscuros, reflejando una mezcla de deseo y hambre apenas disimulada, como si ya estuviera imaginando con demasiado detalle lo que no puede tocar todavía.
—Y, aun así, ¿te parece que doy buena impresión?
—Más de la que deberías —responde, sin apartar la vista, y con la voz ronca.
—Necesito ropa, de verdad —casi suplico, lo cual me parece algo estúpido por mi parte. No sé si reírme o enfadarme.
—Ya me he encargado de eso. Tienes arriba todo lo que puedas necesitar. Incluida una ducha lista para ti.
—¿Y tú cómo sabes lo que tengo o no tengo en la maleta? —Frunzo un poco el ceño, a medio camino entre la sorpresa y la sospecha—. ¿Siempre te anticipas tanto?
—Solo cuando me importa el resultado y porque no quiero que perdamos el tiempo en ir y venir a la mansión solo por caprichos logísticos.
Lo dejo pasar por ahora, y solo le miro con una sonrisa, sin saber qué más decir. Cuando voy a apartarme, me acaricia los dedos. Es apenas un roce, casi accidental, pero que me deja el pulso temblando. Él no se disculpa. Solo me sostiene la mirada, consciente del efecto que tiene. «¡Cabronazo!». Me detengo un segundo más de la cuenta. Parece que mi cuerpo no recuerda cómo se mueve sin que lo guíe el suyo. Permanezco en silencio, sabiendo que, si sigo, el tono va a cruzar esa línea invisible que lleva horas rozando. Me levanto, no sin sentir su mirada recorrerme con descaro contenido.
—Dame veinte minutos.
—Te doy quince. O acabaré subiendo a buscarte.
—¿Amenaza, o promesa?
—Lo que tú quieras que sea.
Subo las escaleras aún con su mirada pegada a la espalda. Me ducho rápido, más por necesidad que por disfrute, dejando que el agua caliente relaje un poco el cuerpo sin borrar del todo el calor que él ha dejado, y noto dolorida toda mi zona íntima. Al salir, me encuentro una percha sobre la cama con un vestido que no recuerdo haber visto antes. Es negro y bastante corto, de esos típicos que se ajustan a cada curva del cuerpo sin pedir permiso, y unos zapatos de tacón demasiado altos para mi gusto, casi intimidantes.
Me visto despacio, con la misma lentitud con la que me abroché su camisa esta mañana. Y cuando me miro al espejo, casi no me reconozco. Me recojo el pelo con una pinza improvisada y bajo.
Lo encuentro en el salón, hablando por teléfono de espaldas. Su tono es tenso, bajo, pero firme. Sé suficiente turco para entender las palabras clave: «*halka,*

kontrol altında, sorun yok ama dikkatli olun».
El anillo. La situación está bajo control, pero hay que ser precavidos. No es una llamada de trabajo convencional. Y eso me pone en alerta de inmediato. Escucho algo más. Un nombre, una ubicación..., algo que no termino de entender, pero suena a advertencia, a temas de logística y que algo no ha salido como esperaban. Cuando nota mi presencia, cuelga sin despedirse.
Se gira despacio y su mirada me recorre de arriba abajo con una mezcla de aprobación y peligro que me hace sentir desnuda.
—Estás espectacular.
—Pensaba que no te gustaba que enseñara más piel de la necesaria.
—Voy a disfrutar enseñando algo que será la envidia de todos… y que nadie más que yo tiene derecho a tocar.
Entonces suena el clic de la puerta principal. Ambos nos giramos. Emir no parece sorprendido. Yo sí. Un hombre entra sin llamar, sin anunciarse, con la seguridad de quien tiene llave y permiso para usarla. Lleva un traje oscuro, sin corbata, con una mirada aguda y un gesto neutro, pero alerta. Me observa apenas un segundo, como quien toma nota, y sigue adelante.
—Emir —dice, con un leve asentimiento—. Tenemos que hablar.
Emir no le responde de inmediato. Solo se gira hacia mí y me sostiene la mirada, midiendo el efecto que esto va a tener.
—Dame un minuto —me dice.
Y yo asiento, pero ya sé que esta noche va a ser cualquier cosa menos una cena tranquila.

20

Emir

El coche avanza por las calles de Estambul con lentitud. Afuera, el mundo hierve; en cambio, aquí dentro solo reina la tensión de lo que sucederá dentro de un rato.

Anoche se fastidió todo. No pude acudir a la reunión, que más que trabajo intentaba tener una noche tranquila con Clara tras la cena, por eso le pedí que viniera. Tan solo la llevé a la mansión con la excusa de un problema en la fábrica. Pese a su carácter, no preguntó mucho, únicamente me miró como si supiera que no le contaba toda la verdad, con ese gesto suspicaz que la caracteriza, y se limitó a asentir, algo bastante impropio en ella.

La verdad era otra muy diferente. Erdem apareció sin avisar, con el rostro más angustiado que de costumbre y la voz apenas audible. Habían localizado a Mehmet y, con él, parte de la mercancía de armas que creíamos perdida desde hace semanas. Si era una trampa o no, necesitábamos saberlo. No podía dejar pasar la oportunidad. Así que me cambié de camisa, cogí la Glock del cajón y salí de allí tras dejar a Clara en mi casa alejada de todo esto y a salvo, junto al resto de las mujeres de mi familia.

El encuentro con Mehmet no trajo respuestas. Solo nuevas grietas. Negó saber quién había filtrado información. Dijo que la mercancía apareció por casualidad. Mentía. Y yo estaba cansado de tantas. Lo llevamos a uno de los almacenes vacíos del puerto, lejos del tráfico y de cualquier oído innecesario. Erdem cerró la puerta con doble cerrojo. Mehmet sabía que no iba a salir por su propio pie. Le rompí los dedos uno a uno. Despacio, con la precisión de quien sabe que el dolor habla más que las palabras. Le golpeé el rostro hasta que mis nudillos se abrieron y su piel dejó de parecer humana. Pero prefirió callar, así que saqué la Glock y le disparé en ambas piernas. El grito

fue seco, casi animal. Cayó al suelo, sangrando, escupiendo promesas que ya no valían nada. Le di una última oportunidad. Y cuando su boca volvió a llenarse de excusas, le corté la lengua. Sin ceremonias y sin dudas, para que todos creyeran que había hablado. Después, le disparé dos veces: una en la frente, entre los ojos, y otra en el pecho. Directo al corazón.

Erdem sacó del bolsillo una pequeña placa metálica dorada con el emblema grabado de nuestra organización: un círculo entrelazado con espinas. No era un anillo, pero cualquiera que lo viera sabría lo que significaba. La colocó en el pecho del cadáver, manchado de sangre, justo sobre la herida del corazón. Más que una señal se trataba de una advertencia. Una marca que decía: esto lo hizo Altın Halka. Y lo dejamos allí, con la sangre aún caliente, como una advertencia para el resto de nuestros enemigos.

Pero lo importante vino después. Un mensaje de la notaría donde nos comunicaba que la lectura del testamento se adelantaba a esta mañana sin más explicaciones y sin posibilidad de posponerla. Kaan ya está allí, junto a mi madre y mi hermana Selin, y Baran va de camino. Yo los encontraré allí, aunque tengo un presentimiento en el pecho, como si el viejo nos hubiera dejado algo más que palabras sobre un papel que aún está por explotar.

Cuando entro, la sala está llena, pero sumida en un silencio sepulcral. A mi derecha, mi madre, envuelta en negro riguroso, con la barbilla ligeramente alzada. A mi izquierda, Selin gira su anillo sin parar, controlando su ansiedad con ese gesto. Baran y Kaan, más allá, observan todo con atención medida. Los primos fingen indiferencia, pero sus ojos brillan de anticipación, y los tíos intercambian miradas, como hienas esperando a que alguien caiga al suelo.

El notario se aclara la garganta. Su voz es seca, sin adornos.

—Según el último documento legal fechado hace dos meses, el señor Hasan Demirhan dejó los siguientes legados. —Hace una pausa y observa el papel como si leyera algo que ya se sabe de memoria—. A su nuera, Hülya, le deja en herencia las joyas familiares, además del pleno derecho de usufructo vitalicio de las propiedades en Çeşme y Bodrum.

Mi madre no se inmuta. Solo entrelaza las manos con más fuerza y frunce los labios.
»A sus nietos, Baran y Kaan, deja la propiedad de un bloque de apartamentos en Beşiktaş y los derechos administrativos sobre la Fundación Demirhan para la Educación. Además, deberán ayudar en todo lo posible en la gestión y administración tanto de Demirhan Jewels como de Altin Halka, en los cargos que han desempeñado hasta el momento. A Selin Demirhan, la dirección simbólica de la galería de arte y las acciones en la editorial Sunar.
Selin parpadea, sorprendida. Nunca creyó que le dejaría nada tangible.
»A sus sobrinos y primos, acciones minoritarias en filiales logísticas, propiedades rurales y un 5% del total del patrimonio líquido, a repartir a partes iguales entre todos.
Un murmullo leve cruza la sala. Algunos esperaban más. Otros, simplemente suponían una traición.
»Y al señor Emir Demirhan le confiere el cien por cien del control sobre Demirhan Jewels y todos los activos vinculados a la organización Altın Halka, bajo una única condición. Deberá contraer matrimonio en un plazo máximo de un mes desde esta lectura. En caso de no hacerlo, el control pasará a manos del consejo familiar y el capital será redistribuido.
El murmullo se transforma en ruido. Un par de primos se giran entre ellos. Mi madre no me mira. Yo mantengo la respiración. Selin se queda inmóvil. Baran y Kaan me observan de reojo. Yağmur, sentada junto a su padre, sonríe con una cortesía que huele a victoria anticipada. Lo peor de todo es que no sé qué hace aquí en un momento como este, que es algo íntimo, en familia.
Mi teléfono vibra en el bolsillo de mi chaqueta, y lo saco con discreción. Es un mensaje de Ali con una foto de Clara con gafas de sol y sentada en una terraza del Gran Bazar mientras bebe té. Me ha enviado lo que pedí: un momento robado. Es una forma de recordarme que, aunque el pasado intente atraparme, también tengo algo que me importa en el presente.
Suelto el móvil sin responder, pero la imagen queda revoloteando en mi mente.

Una vez que termina la lectura, Kaan, Baran y yo nos trasladamos en coche al despacho en la empresa Demirhan, que, hasta este momento, era de mi abuelo. El camino lo hacemos en silencio, no queremos que nadie más escuche la conversación que tendremos en cuanto estemos a solas.

Cuando entramos, todo sigue exactamente igual que cuando él estaba vivo. Me siento tras su escritorio por primera vez desde que él falleció, y por dentro, todo mi cuerpo rechaza ese gesto. Baran y Kaan se acomodan en los sillones de cuero frente a mí, como si la reunión fuera parte de una costumbre.

—¿Vas a hacerlo? —pregunta Baran, directo, con el cigarro apagado en los dedos.

—No, ni de coña. Ya lo habíamos hablado —respondo.

Kaan intercambia una mirada con él antes de hablar.

—Emir, si no lo haces, el consejo puede intervenir. Hasan y Halil llevan meses esperando esta oportunidad. Si tú te apartas, les estás dando justo lo que necesitan para tomar el control.

—¿Quién habla de renunciar? No lo hago, Kaan —espeto, cruzando los brazos—. Solo me niego a casarme con Yağmur, ya la visteis en la lectura, parecía que había ganado el premio gordo de la lotería. No la soporto, de verdad, por mucho que mamá esté de su parte.

—Entonces, cásate con otra —responde Baran, alzando las cejas—. Busca a alguien y le pagas por fingir un compromiso. Firmáis un contrato, al fin y al cabo, solo tiene que parecer real el tiempo suficiente para evitar que nos arranquen el poder de las manos, y no solo el poder, sino todo lo que conlleva.

Me incorporo con brusquedad.

—¿Quieres que compre a una mujer como si esto fuera una subasta? ¿Crees que eso es lo que él quería?

Baran levanta las manos en postura defensiva.

—¡Era una broma, joder, relájate! Pero entiendes lo que quiero decir, ¿verdad? Esto es política y aquí todo se negocia.

Un golpe seco en la puerta nos interrumpe. Es el secretario del notario con una carpeta en las manos.

—Perdón por la interrupción —dice—. Encontramos esto entre los documentos privados del señor Hasan. Se trata de una carta

manuscrita que está dirigida a usted, Emir *bey*.
Tomo el sobre. Está sellado con cera negra. Lo abro, y la letra firme de mi abuelo salta a la vista. Leo en silencio. Baran y Kaan no preguntan, tan solo esperan.

El anillo que tienes no es solo un símbolo, es una promesa. Quien lo lleve no solo lidera, sino que protege. Recuerda que yo también fui joven, testarudo y orgulloso. Y creí que el matrimonio era solo un pacto entre familias. Hasta que conocí a tu abuela. Ella me enseñó que proteger también es amar, que dirigir significa de alguna manera cuidar y que no hay alianza más poderosa que la que nace de la lealtad sincera, no del interés.

No busques en la familia aliados fáciles. Mira más allá del apellido. Si confías en alguien lo suficiente como para entregárselo, sabrás que es la persona correcta.

Doblo la carta con cuidado. Nadie habla, pero dentro de mí se afila algo que no tiene nada que ver con alianzas o votos. Uno de nuestros hombres se asoma a la puerta del despacho justo en este momento, interrumpiendo la conversación con mis hermanos.
—Señor, el coche está listo y la ruta ha sido revisada —informa.
Baran se pone de pie con un suspiro, y Kaan me lanza una mirada tensa. Salimos de la empresa por una puerta lateral. El sol de Estambul golpea fuerte, pero no quema. Nos acomodamos en el coche. Yo voy en el centro, con Baran y Kaan a cada lado. Al volante, uno de nuestros hombres de confianza; el otro, el copiloto, revisa la ruta en la *tablet*.
—Entonces, ¿qué pasó anoche con Mehmet?
—Está muerto —respondo, sin rodeos.
Kaan gira la cabeza hacia mí con el ceño fruncido. Baran me mira un segundo antes de asentir lentamente, como si encajara las piezas.
—¿Lo hiciste tú? —pregunta Kaan.
—Sí, me encargué personalmente, aunque me acompañó Erdem. Al parecer, no se puede confiar en nadie más para eso —replico con un tono que demuestra lo enfadado que estoy.
Baran asiente, pero el gesto es más tenso que conforme.

—Entonces necesitamos saber quién fue el imbécil que lo dejó escapar la primera vez —dice—. Alguien ignoró tu orden, Emir. Lo protegió o le dio ventaja.
—Y ese alguien nos ha costado semanas, filtraciones y demasiada sangre derramada, aunque no sean inocentes —añado. Durante un momento, nadie habla. Solo se oye el motor.
—¿Crees que fue uno de los tíos Hasan o Halil? —pregunta Kaan.
—No lo sé —respondo—. Pero te aseguro que tenía ayuda, alguien con acceso y recursos. Tal vez incluso alguien de la empresa o de la familia.
—O un viejo contacto del abuelo que se ha pasado de listo —añade Baran—. De esos que creen que sin él tú no eres nadie.
El coche avanza por un tramo menos transitado, un atajo, pero el silencio se vuelve más espeso. El copiloto alza la vista del dispositivo.
—Nos desviamos tres calles del plan previsto. Hubo una alerta por obras, pero no figura en los informes de tráfico.
—No me gusta esta calle —dice Kaan, bajando la voz. El conductor consulta el retrovisor.
—Tenemos compañía. Dos coches atrás. Puede que más.
Un segundo después, el cristal trasero estalla con una detonación seca. Baran reacciona primero.
—¡Al suelo! —grita desesperado.
Nos agachamos con rapidez. Entonces, el coche da un giro brusco cuando el conductor intenta una maniobra evasiva. Otra bala atraviesa el lateral y silba sobre mi hombro.
—¡Es una puta emboscada, joder! —grita Kaan.
Todos los cristales saltan hechos trizas. El segundo coche que nos sigue se abalanza por la izquierda. Distingo las siluetas de los hombres armados. Nuestro copiloto abre fuego desde la ventanilla, pero cae al instante, abatido por un disparo limpio al pecho.
—¡Fuera del coche! —ordeno, empujando la puerta con el hombro.
Baran salta y rueda hacia una zanja. Kaan le sigue. Yo salgo el último, cubriéndolos mientras disparo hacia el frontal del coche atacante. El estruendo es ensordecedor y el olor a pólvora se mezcla con el del asfalto caliente.

Corremos hacia el flanco del edificio más cercano, pero entonces llega el golpe. Un ardor feroz me cruza el costado. Me detengo en seco. Disparo una vez más, pero ya no tengo equilibrio. Caigo sobre una rodilla. La vista se me nubla. Apenas escucho a Baran gritar mi nombre.

—¡Emir! ¡¿Estás bien?!

Intento responder, pero lo único que sale es un hilo de aire. El mundo gira. La sangre me empapa la mano cuando la llevo al costado. Veo a Kaan que dispara desde una esquina. Baran corre hacia mí mientras el conductor, herido, intenta mantener la posición.

—¡Sujétalo! —grita Kaan a Baran.

Siento cómo me recoge y me arrastra hacia el coche mientras las balas continúan sin darnos tregua. Alguien cubre nuestra retirada con fuego continuo. Y luego… solo sombras, y un sabor metálico que me llena la boca.

Y todo se vuelve borroso.



Un pitido agudo me arranca del vacío. Es regular, casi hipnótico, hasta que el dolor me despierta. No es una punzada, sino un zarpazo que me cruza el costado. Huele a desinfectante. Intento moverme, pero el cuerpo no me responde. Parpadeo, y la luz me corta la visión. Cuando logro abrir los ojos, veo a Selin.

Está sentada en una silla, inclinada hacia mí. Tiene los ojos hinchados y el pelo recogido sin cuidado. Me observa sin parpadear, parece que tiene miedo a que, si lo hace, yo no vuelva a abrir los ojos.

—Estás en la mansión —dice al fin, con una voz quebrada que no reconozco. La suya, pero más frágil—. Te pusieron varios puntos de sutura. Solo fue un arañazo en el costado, pero el médico te sedó para que descansaras, ya que casi te fracturas el hombro con la caída. Tuviste suerte, Emir.

No puedo hablar aún. La garganta me arde como si hubiera tragado cristales. Apenas logro emitir un sonido.

—Shhh. No hables, estás sedado. Los médicos han aconsejado que no hagas esfuerzos.

La miro, porque quiero preguntarle por mis hermanos y, aunque no pronuncio bien, ella me entiende perfectamente.
—Kaan y Baran están con los hombres. No se han separaron del quirófano en todo el tiempo. Han dado órdenes para cerrar la zona y revisar todas las cámaras. El coche que os siguió tenía matrícula falsa y sus rostros estaban tapados. Pero hay una cosa clara. Sabían que ibais a estar allí y conocían vuestra ruta de antemano.
Una sospecha se enrosca en mi pecho. ¿Alguien del círculo interno? ¿Uno de los que lo ayudó a escapar la primera vez? Selin duda, y eso me confirma que no quieren preocuparme, por lo que incrementa mi inquietud.
—¿Quién…? —murmuro con esfuerzo.
—Todavía no lo sabemos —responde ella—. Pero alguien facilitó esa emboscada.
Silencio. Mi respiración es corta, cada inhalación parece que me clava un cuchillo en el pecho. Entonces, mi hermana deja escapar un suspiro.
—Yağmur ha estado aquí, quería quedarse, pero no la dejé entrar. Esa chica no me gusta, Emir, se cree con un derecho que no le corresponde, no sé si me explico. Parecía que ejercía como si fuera tu viuda, joder.
No contesto, porque no tengo energía ni para sentir rabia ni fingir falsa cortesía.
—Clara —digo al fin, ronco, áspero.
Ella asiente.
—Está bien, sigue en el Bazar con Ali. Le mostré una ruta turística más larga para distraerla. Todavía no sabe nada y, según Ali, ya está harta de dar vueltas, aunque es normal, lleva todo el día de un lado para otro. No la hemos dejado descansar —me explica con una sonrisa cómplice—. ¿Quieres que la traiga?
No respondo enseguida. Miro al techo. El dolor, el miedo y la certeza de que he estado a punto de no volver a verla se condensa en un solo gesto. Asiento una sola vez.
Y es suficiente para darme cuenta de que, en cuanto me vea, sospechará algo que no sé si estoy dispuesto a confesarle.

21

Clara

El coche se detiene frente a la verja de la mansión. Ali no me dice nada. Lleva en silencio todo el trayecto desde el Bazar, con las manos firmes en el volante y la mirada clavada en el retrovisor más de lo necesario. No hace falta ser una experta para notar la tensión que emana de su cuerpo. Me ha dicho que Emir está bien, aunque tuvo un contratiempo y que quería verme. Pero su voz sonaba hueca, le faltaba convicción. Ni él mismo se creía las patrañas que me estaba contando, y eso me puso más nerviosa. Aunque no entiendo muy bien el motivo, ya que es alguien a quien he conocido hace apenas unos días.

Miro hacia el exterior. Las ventanas están cerradas y las cortinas echadas. Como es costumbre en este lugar, no hay nada de risas ni de música lejana, tampoco nadie cruzando el jardín, solo el susurro de las hojas, que se mueven con el viento. Hay algo reprimido en todo esto, desde luego, no es como la casa de mi madre. Si ella viviera en un lugar así, siempre estaría en el jardín, haría barbacoas y la música se escucharía desde la otra punta de la ciudad.

Ali baja primero y me abre la puerta. Me tiende la mano con cortesía, en cambio, no se la tomo, no porque me crea alguien altiva, sino porque necesito aferrarme a otra cosa: mi bolso, mis dudas y mis sospechas.

—¿Estás seguro de que quiere verme? ¿Está bien? —pregunto, sin moverme.

Ali asiente, sin una sola grieta en la voz.

—Me lo pidió él.

Esas cuatro palabras me bastan para salir y caminar hacia la puerta de entrada con las piernas tensas como cuerdas de violín. Una empleada me espera en el umbral. Tiene el rostro sereno, pero sus

ojos delatan algo más, un miedo de esos que no se dicen en voz alta. Me hace un leve gesto con la cabeza. No me pregunta quién soy ni me da la bienvenida, solo se limita a abrir la puerta y a hacerse a un lado para que pase.
En la mansión hay un ir y venir de personas que corretean por los pasillos con más trabajo del habitual.
—Por aquí, señorita —susurra la mujer, indicándome con un gesto la escalera principal.
Mis pies suben, aunque mi mente está atascada en esa sensación de frío irracional que me recorre la piel, que me grita que algo sucede, que todo lo que ocurre ahora mismo no encaja. A medida que avanzo, el olor a lejía y desinfectante se hace más obvio. Parece que acaban de hacer una limpieza general en profundidad.
El pasillo del primer piso está en penumbra. Las puertas cerradas. Solo una, al fondo, permanece entreabierta.
—¿Está bien? —me atrevo a preguntar, más para llenar el aire que por obtener una respuesta. Toda esta situación me parece demasiado extraña. La mujer solo asiente con una delicadeza casi fantasmal.
—Puede pasar —se limita a contestarme, aunque eso no me tranquiliza en absoluto.
Sus pasos se alejan antes de que yo me decida a avanzar. Me detengo frente a la puerta. Respiro hondo un par de veces y empujo. El primer golpe no lo da la imagen, sino el olor. A metal y a algo químico que se pega en la garganta.
Esto no es un dormitorio cualquiera, ni una enfermería improvisada. Es otra cosa. Una especie de quirófano o de clínica oculta entre estos muros. Parece que la casa está preparada para curar heridas que no deberían existir. Hay una camilla profesional, instrumental quirúrgico y una luz blanca sin rastro de calidez.
Y en el centro, él. Emir. Está desnudo de cintura para arriba, con el costado vendado, la piel pálida y los ojos abiertos, clavados en mí como si necesitara verme para seguir respirando. No tiene la expresión derrotada de un paciente ni la debilidad de un herido común. Tiene algo más inquietante, un dominio implacable, una

tensión que no cede ni en el sufrimiento. Es la viva imagen de alguien que no puede permitirse caer ni siquiera ahora.
—Estás aquí —dice, y su voz es rasposa.
Camino hasta él sin hablar mientras lo observo. Mi estómago se ha encogido y tengo una opresión en el pecho que se parece al miedo.
—¿Qué ha pasado? —Él me mira sin contestarme—. Emir, ¿qué te ha pasado?
—Fue solo un contratiempo.
—¿Un contratiempo? —repito. No puedo evitar que la incredulidad me suba a la garganta. Mis ojos recorren el entorno: los armarios con medicamentos, el monitor que aún parpadea, el instrumental quirúrgico perfectamente alineado. Esto no es un vendaje ni un rasguño, parece algo grave. Y se lo han curado aquí en vez de ir a un hospital. En su casa. «¿Quién coño tiene un quirófano clandestino por si las cosas se salen de control?»—. ¿Quién te ha hecho esto? —pregunto, bajando la voz sin poder evitarlo. Él aparta la mirada. Se trata de un gesto leve, apenas perceptible—. ¿Ha sido un accidente? ¿Un asalto? ¿Una pelea? —insisto.
—No es importante —responde, al fin.
—¿No es importante? —repito, una vez más, sus palabras, dando un paso más sin creer todavía que me tome por tonta—. ¿De verdad esperas que vea esto y crea que no es nada por lo que preocuparse?
Él cierra los ojos por un momento, intentando reprimir una respuesta que no puede, o no quiere, soltar.
—Estoy bien, Clara. Eso es lo único que necesitas saber —replica con un tono de voz que me indica que está comenzando a hartarse de mis preguntas.
Me muerdo el interior de la mejilla y me obligo a respirar porque, si hablo en este estado, no podré fingir que solo estoy preocupada, o que no estoy empezando a temblar por dentro. Me acerco más, me siento a su lado y me doy cuenta del estado en el que tiene su mano. Está apoyada sobre la sábana, apenas visible. Tiene los nudillos vendados con una gasa limpia que asoma por los bordes. Está herida, imagino que la habrá chocado contra algo o alguien con demasiada fuerza. Se la cojo sin pedir permiso, y siento el leve escalofrío que le provoca ese gesto y el calor que emana de su

cuerpo, supongo que por intentar esconder algo que no quiere que yo sepa.
—¿Qué es esto? —Él no intenta soltarla, aunque tampoco responde —. Te has peleado —susurro—. Te has peleado con alguien. ¿Cómo? ¿Por qué? —Nada. Tan solo se escucha su respiración más lenta y más tensa—. ¿Quién demonios eres? ¿Qué CEO de una empresa de joyería termina con los nudillos abiertos y una herida en el costado curada en un quirófano improvisado en lugar de acudir a un hospital como la gente corriente? —escupo casi de carrerilla, a punto de perder los nervios.
Me mira entonces fijamente, con esa intensidad que a veces me arrastra y otras me asusta.
—Uno que no siempre hace lo que el mundo cree que hace.
La frase cae como una piedra en un lago congelado, en cambio, me quedo callada, no porque no tenga preguntas, sino porque empiezo a entender que las respuestas no van a gustarme.
La puerta se abre de golpe. Ni un golpecito previo, ni un permiso, tan solo una ráfaga de perfume fuerte y tacones caros que rompen la tensión.
—¡Vaya, vaya! —dice una voz aguda, barnizada de dulzura falsa—. ¡Qué escena más conmovedora!
Yağmur entra como si pisara una pasarela, no una habitación de reposo, con su vestido ajustado, los labios perfectamente pintados y el mentón elevado. No mira a Emir, sino a mí y, en sus ojos, hay frialdad. Selin aparece justo detrás de ella, con la mandíbula apretada y los brazos cruzados. Intenta interponerse, pero la novia autoimpuesta ya ha entrado demasiado.
—No es momento, Yağmur —dice Selin.
—¿No? ¿Y cuándo sería un buen momento para descubrir que el hombre con el que su madre quiere comprometerme en dos días tiene una acompañante extranjera acariciándole la mano junto a su lecho de muerte?
—No está muerto —respondo sin pestañear—. Y soy más que una acompañante.
—¿Segura? —alza una ceja—. ¿Y qué eres? ¿Su intérprete personal, o su pasatiempo de viaje? ¿La chica vulgar con la que se entretiene

y a la que se tira mientras su prometida le espera en casa? Porque los hombres se divierten con mujeres como tú, pero luego se casan con las que son como yo, castas y con saber estar, una buena esposa.
Emir va a decir algo, en cambio, lo fulmino con la mirada para que me deje replicarle; no necesito que él me defienda delante de nadie, y menos de ella, que en peores me he visto en mi barrio.
—Soy quien vino porque él me llamó —respondo, sin subir la voz, pero dejando cada palabra clara—. Así que, si alguien sobra aquí, no soy yo, sino la princesita.
Se instala un silencio incómodo. Emir no habla, no necesita hacerlo. Me sigue mirando como si, pese a todo, supiera que no me iré. Y, entonces, aparece ella, la que falta para el dúo maléfico. Creo que tendré que ir al Gran Bazar a comprarme un ojo de esos contra el mal de ojo, porque entre las dos, me sentencian a una muerte lenta y dolorosa. Entra sin anunciarse, con el rostro y los ojos cargados de esa autoridad que solo otorgan los años y los prejuicios bien alimentados.
—¿Qué hace aquí esta mujer? —pregunta con voz seca—. ¿Acaso cree que esto es una visita personal y no un asunto de familia?
Me giro con lentitud y la miro sin parpadear. Juro por mi madre que estoy a punto de perder la puñetera paciencia.
—Estoy aquí porque Emir me lo pidió. Y si le molesta, puede decírselo a él mismo, pero mientras él no diga lo contrario, no pienso moverme de aquí.
Selin da un paso al frente, con la mirada cansada, pero decidida a decir algo.
—Se acabó. Las dos fuera. Clara se queda —espeta Emir en un grito que las sobresalta a ambas antes de que a Selin le dé tiempo a decir nada.
La madre lanza una mirada cargada de veneno. Yağmur aprieta los labios, da media vuelta y se va. Los tacones golpean el suelo como un redoble de retirada amargo. Y cuando la puerta vuelve a cerrarse, el silencio que queda no es el mismo. Es más denso. Más íntimo. Más revelador.

Me quedo allí durante horas. A veces, hablamos algo; otras, se queda dormido debido al efecto de los medicamentos. Cuando Emir por fin ha cedido al agotamiento y duerme profundamente, regreso a la habitación que me han asignado. Me ducho con agua casi fría para despejarme, me visto con ropa cómoda y me dejo caer sobre la cama con el móvil entre las manos.

Marco una videollamada a tres. Tardan apenas unos segundos en aparecer sus rostros en la pantalla. Jorge primero, con el pelo alborotado y una cerveza en la mano. Luego Marina, en pijama y con una mascarilla blanca que le cubre la mitad del rostro.

—¿Estás bien? —pregunta ella antes de que pueda hablar.

—¿Dónde coño estás? ¿Y por qué pareces actriz en su pico de sufrimiento máximo? —suelta Jorge sin respirar. Sonrío, pero la tensión en mis hombros no afloja.

—Estoy en la mansión de Emir. Ha tenido un accidente. O eso dicen.

—¿Accidente? ¿Y cómo es que no lo han llevado a un hospital? —Marina se inclina hacia la pantalla, frunciendo el ceño.

—Exacto —respondo—. Nadie me cuenta nada —susurro para que no me escuchen los de fuera, ya no me fío—. Y lo poco que he visto me basta para saber que aquí hay algo que no encaja. No he ido a ninguna reunión de negocios y no sé qué papel tengo en todo esto. Solo sé que lo he visto herido. Estoy confundida, hay cosas que no cuadran.

Jorge se rasca la barbilla y ladea la cabeza.

—Entonces está claro, tía. Fóllatelo cuando se recupere y luego huyes.

Marina le lanza una mirada que podría congelar lava.

—No le hagas caso. Mira, Clara, si no te han llevado a ninguna reunión, estás rodeada de secretos, y encima terminas viendo cosas que parecen sacadas de una serie de narcos…, vuelve ahora mismo. Esto huele raro desde el primer día.

Bajo la mirada. No respondo de inmediato. Solo pienso en los ojos de Emir cuando me ha mirado esta tarde, en su silencio y en sus manos heridas. Y en esa parte de mí que, a pesar del miedo, no quiere irse todavía.

—He ido al Gran Bazar —añado, buscando aligerar la conversación —. Ali me llevó a una terraza con vistas, me hizo probar un té demasiado especiado y me enseñó un pasadizo secreto detrás de una tienda de alfombras. Fue como meterse en otra época.
—¿Pasadizos secretos y té con especias? —Jorge se lleva la mano al pecho—. Por favor, búscame un turco que me trate así, que me secuestre de esa forma y me hable en susurros. Me da igual si después me vende por especias.
Marina se ríe, la mascarilla se le resquebraja en el rostro.
—No le eches más leña, que ya bastante fuego tiene.
—No es fuego, es... —me detengo, dudo, pero no quiero mentirles —. Fue intenso. Lo de la otra anoche con Emir. Muy intenso, chicos, hasta el punto de casi volverme medio loca.
—Vamos, tía, no me hagas esto. ¿Intenso tipo miradas que arden o más de la clase de me folló como si fuera el fin del mundo? —pregunta Jorge, apoyándose en el respaldo.
—Lo segundo —respondo, bajando más la voz. No me gustaría que Emir me pillara hablando con ellos de lo que ocurrió entre nosotros —. Y más. Me ató las muñecas a los barrotes de la cama con cuerdas, Jorge. Me recorrió con un cubito de hielo. Fue salvaje, pero de alguna manera incomprensible, también tierno.
Marina se tapa la cara con las manos, escandalizada.
—¡Clara! Pero ¿tú estás oyendo lo que dices?
—Totalmente —responde Jorge, más encantado que nunca—. A ver, ¿me puedes pasar el teléfono de algún amigo? ¿O como mínimo del tal Ali ese del que hablas?
—¡Jorge!
—¿Qué? Estoy orgulloso de nuestra chica. ¡Que sepa lo que es un buen polvo antes de que nos congelemos todos con las citas de Tinder con tipos insustanciales que no saben ni dónde está el clítoris! Como Álvaro, por ejemplo. Ese sí que era un GPS estropeado.
Marina me observa en silencio. Luego habla más despacio:
—Y, después de todo eso, ¿aún te sientes fuera de lugar?
—No. Me siento dentro de algo, pero no sé si quiero estar ahí.

Y, por primera vez desde que llegué a esta ciudad, me permito decirlo sin filtros. No vine solo a traducir en reuniones de trabajo, sino porque hay una parte de mí que lleva años en silencio, fingiendo que no desea o que no necesita más. Y quizá, solo quizá, este viaje no era por trabajo. Era por mí.

—No, princesa, no te sientes dentro de algo, sino que sientes algo dentro, y eso es la polla de Emir que, por cierto, no nos has contado cómo la tiene —suelta Jorge con su particular manera de expresarse y hacerme reír.

Durante un rato más, seguimos con sus locas ocurrencias y, cuando cuelgo esa llamada, me quedo más tranquila.

22

Emir

No me despierta el dolor del hombro que casi me fracturé ni ninguna punzada aguda causada por el roce del disparo, sino la tirantez del vendaje al moverse y el zumbido sordo que ha tomado posesión de mi costado. No sé cuántos días llevo con la conciencia a medias, en ese estado de duermevela donde no estás despierto por completo y todo te parece difuso o irreal. Seguro que mi médico me ha medio sedado para que repose, sabe que de otra forma no lo haría. La habitación desprende el típico olor hospitalario que tanto detesto.

Clara no está. El hueco en la silla junto a la cama es tan evidente como su ausencia. Su esencia todavía flota en el aire, una mezcla de jazmín y algo más, a alguien que no pertenece a este mundo y, sin embargo, se ha metido dentro del mío por una grieta.

Cierro los ojos un instante y la veo enfrentándose a mi madre, desafiando a Yağmur con esa boca afilada y esos ojos llenos de verdad. La veo aquí, conmigo, con miedo y, aun así, sin retroceder. Esa mujer es un problema del tipo que arrasa con todo lo que he construido. Y lo peor es que quiero que lo haga.

Golpean la puerta una sola vez. Siempre ocurre así cuando es Kaan, que entra primero, y detrás viene Baran, que arrastra ojeras y una energía parecida a la que tiene cuando acaba de salir de una pelea o de buscar una. Ya son muchas por las que hemos pasado juntos.

—¿Cómo estás? —pregunta Kaan mientras deja una carpeta sobre la mesilla.

—Con ganas de levantarme y cortar cabezas —gruño, y no es una metáfora.

Baran se deja caer en la butaca al igual que si llevara horas sosteniéndose solo por rabia. Su mirada va de mí a Kaan, inquieta y

alerta. Tiene los nudillos enrojecidos, y no sé si es por golpear algo o a alguien. Hay tensión en sus hombros, y lo conozco lo suficiente como para saber que está conteniéndose para no estallar.

—Hay una rata dentro —murmura, mirando hacia el suelo—. Y cada minuto que pasa sin que sepamos quién la dejó entrar, es un disparo más que podría haberte alcanzado entre los ojos y no en el costado.

Siento cómo se me tensan los músculos. La rabia ya no es una sombra. Es un animal despierto, un león enjaulado con hambre de destruir todo lo de su alrededor.

—¿Cuántos lo sabían? —pregunto.

—Doce —responde Kaan con un tono de voz grave—. Pero estamos reduciendo la lista. Y si me das un poco más de tiempo, puedo hacer que uno de ellos cante antes del mediodía.

—Hazlo —respondo sin dudar—. Pero que no muera antes de contarlo todo, quiero escuchar cada nombre que le cruzó la mente antes de traicionarnos.

—Pero tenemos problemas —dice, directo— mayores.

—Lo sé. Estoy respirando, así que sigo siendo el jefe. Contadme.

Kaan abre la carpeta con fotos impresas, mapas, croquis, una ruta marcada y otra tachada.

—La emboscada fue posible porque alguien sabía exactamente dónde ibas a estar. Los movimientos del coche, los desvíos. Demasiada precisión para ser casualidad.

—¿Alguien del consejo? —pregunto. La palabra traición me baila en la boca con sabor a hierro oxidado.

—Más bien alguien operativo. Seguridad o logística —responde Kaan —. Ali está presionando al jefe de coordinación, y Erdem se ha hecho con los accesos internos. Están revisando quién tuvo contacto con Mehmet antes de su muerte.

Baran chasquea la lengua.

—Ese cabrón, incluso muerto, aún nos da guerra, parece que no ha bastado para los demás con lo que le hiciste. No quieren darse cuenta de con quién se la están jugando.

No contesto, porque lo que hice fue necesario y lo repetiría miles de veces en la misma situación.

—Quiero resultados antes del anochecer. Si hay un nombre, lo quiero en el almacén, atado y consciente hasta que yo pueda ir. Le dais lo justo para que sobreviva.
Kaan me mira y asiente. Baran se incorpora, pero antes de marcharse, me lanza una mirada torcida.
—Y tú, bueno, solo intenta no morirte, ¿vale? Nos haces falta, aunque nos jodas la existencia.
—Es mutuo —respondo.
Cuando se van, me obligo a ponerme en pie. El cuerpo me lanza advertencias, pero no las escucho. Camino hasta el ventanal con dificultad. Me apoyo sobre el cristal, que está frío, aunque afuera el sol empieza a despegarse del horizonte.
Y ella está ahí, en la terraza, con una taza entre las manos. La camisa que lleva es mía, se ha hecho un moño improvisado y tiene los pies descalzos. Está sola, pese a que en esta casa viven demasiadas personas. La observo durante un rato y, sin saber por qué, de repente, siento que sonrío, algo que solo me sucede con ella, y me doy cuenta de que siempre quiero verla, que necesito hacerlo, aunque no debería.
Horas más tarde, después de haber descansado mucho, me despierta el ruido de la puerta. Clara aparece en mi habitación con una bandeja. El olor a café precede su entrada.
—Vengo con algo para levantarte el ánimo por estar aquí encerrado. Imagino que para un hombre como tú debe ser bastante duro —dice, levantando la bandeja—. Café, dulces del bazar y una conversación opcional, si te apetece, claro.
Alzo una ceja. No tengo fuerzas para bromas, pero ella no necesita permiso para entrar aquí e iluminar todo el cuarto.
—¿Intento de charla? Suena, como mínimo, sospechoso, ¿no crees?
—Lo es —responde, acercándose—. Pero no lo suficiente como para ignorar el *baklava*.
Se sienta, y el colchón cede apenas bajo su peso. Me pasa un trozo envuelto en una servilleta, y al rozarme los dedos, un escalofrío suave me recorre el brazo entero. No lo pruebo. La tengo demasiado cerca y su aroma, su calor, la manera en que su rodilla roza la mía,

todo en ella despierta un hambre más íntimo y visceral. Estoy más hambriento de ella que de cualquier cosa sobre esa bandeja.
—¿Estás bien? —pregunta, sin rodeos.
—No te preocupes, he estado peor.
—Pese a eso, aún tienes cara de querer levantar un imperio.
—Ya tengo uno, te lo recuerdo por si lo habías olvidado —susurro y, en un gesto que me sale solo, le acaricio la mejilla y le aparto un mechón de pelo con dos dedos. Me aguanto las ganas de acercármelo para olerlo.
—Entonces relájate, sultán otomano.
Se inclina a beber. Su gesto es simple, pero me jode lo mucho que me afecta. Deja la taza a un lado y me lanza una mirada rápida antes de girarse de nuevo. Yo la observo, justo cuando ella aparta la vista, y no sé por qué lo digo, ni de dónde saco las fuerzas para pronunciarlo, pero lo hago.
—Gracias —susurro en español o, al menos, eso intento. Su reacción es inmediata. Le asoma una sonrisa que no sé si es burla o ternura, y ese brillo en los ojos que me dice que acabo de ganarme un comentario sarcástico. Lo espero con ansias.
—¿Sabes que cuando has intentado decir gracias en español casi ha sonado como si insultaras a mi abuela en tres idiomas diferentes?
—¿En serio? ¿Tan mal suena mi acento?
—No es el acento, es la intención. Lo dices como si te arrancaras una muela. A ver, repite conmigo. *Gra-cias*.
—*Gra... cias* —repito, pero lo cierto es que no sé ni lo que he dicho.
—Eso ha sonado a grasas, lo cual ya es ofensivo por sí solo. Si me lo vuelves a decir así, me voy a sentir atacada personalmente.
Lo intento de nuevo, pero resulta un desastre. Su risa me parte por dentro y ya no estoy seguro de si lo hago a posta para verla reír.
—¿Otra vez?
—Sí. Repítelo.
—Y si no lo digo, ¿qué pasa?
—Que asumiré que me estás dando las gracias con la mirada, como en este instante. Y créeme, se nota demasiado.
—¿Demasiado? —repito como un idiota porque no quiero que se marche.

—Sí —murmura, y hay un tono nuevo en su voz—. Porque cuando un hombre herido como tú ahora me mira así, no parece que esté pensando en el *baklava*.
—Tal vez no —respondo, dejando que mi voz baje una octava, como si pudiera tocarle la piel con ella—. Pero si te contara en lo que sí estoy pensando, no podrías tomarte ese café con tanta calma.
Le sostengo la mirada, nos retamos, nos desafiamos. Mi mano vendada tiembla un poco cuando ella la toca. Me aprieta los dedos con esa mezcla de decisión y ternura que solo ella sabe tener.
—Deberías descansar —susurra.
—Deberías quedarte.
No dice nada y, lo que es más importante, no se va. Yo no sé si eso me salva o me condena. Ella asiente, sin decir palabra, y me acomoda una de las almohadas detrás de la espalda con la misma naturalidad con la que alguien se quita los zapatos al llegar a casa. Se queda allí, sentada junto a mí.
—¿Quieres que te lea algo? —pregunta, al rato, mientras juguetea con la taza ya vacía—. Puedo buscar un poema corto, una receta de cocina o algún libro que hable sobre economía mundial, no sé, lo que más te relaje.
—¿Sabes jugar a algo? —le pregunto, no del todo en broma.
—¿Algo de qué tipo?
—No sé. Cartas, dominó, Monopoly. Lo que sea que jugáis las traductoras españolas cuando no estudiáis francés o algún otro idioma como el chino mandarín —le propongo entre bromas.
—¿Y tú? ¿A qué juega un CEO como tú cuando no planea dominar el mundo?
—Al ajedrez —respondo sin dudar—. Con Kaan, ya que Baran odia perder y no soporto sus arrebatos de hermano pequeño intentando chantajearme emocionalmente para que lo deje ganar —explico. Ella suelta una carcajada que me revuelve algo por dentro por ser yo quien la provoque y mando un mensaje a Ali para que traigan el ajedrez que guardo en mi dormitorio.
—¿Y qué tal enseñas? —musita, acercándose un poco a mí.
—Puedo intentarlo si tú puedes con mi arrogancia cuando te haga jaque mate en cinco movimientos.

Ella se vuelve a reír con ese sonido que me afloja más que la morfina y que me excita tanto como recordar la última noche que me la follé. Tira suavemente del móvil y hace un gesto leve.
—¿Pido que lo traigan?
—Ya lo he hecho.
Minutos después, uno de los hombres del servicio entra con una caja de madera noble. Clara abre el tablero sobre la mesa como si desdoblara un mapa prohibido y me ayuda a levantarme.
—¿Blancas o negras? —pregunta.
—Siempre negras. Me gustan las cosas oscuras. Y el color negro es mi favorito.
—Entonces yo me quedaré con las blancas —responde y se sienta frente a mí, con los ojos brillando de algo que no es solo curiosidad.
Empezamos la partida. Antes, le explico las reglas con más paciencia de la que jamás he tenido. Ella asiente y finge entender algunas cosas que claramente no ha oído en su vida. Mueve un peón sin lógica alguna, y la miro con las cejas en alto.
—¿Táctica avanzada, o sabotaje intencionado? —pregunto, cruzándome de brazos.
—Es estrategia de guerrilla —responde, haciéndose la seria—. Un caos controlado.
—Eso no es una estrategia. Es una excusa elegante para decir que no tienes ni idea de lo que estás haciendo.
—Tú juega, que yo aprendo mientras te observo.
—¿Mirando el tablero, o a mí?
Ella sonríe. Toma la reina y la hace bailar entre los dedos.
—Depende. ¿Quién tiene más posibilidades de hacer que me mueva? —juguetea con el doble sentido.
—Yo —respondo, y avanzo un alfil como si eso respondiera también a otra cosa.
Jugamos durante un rato. Nos rozamos los dedos al alcanzar las piezas, y cada contacto es un pequeño incendio. Me doy cuenta de que no quiero que se acabe la partida. Ni esta tregua. Ni su risa, que ahora llena la habitación como si no tuviéramos nada que temer.
—¿Sabes qué? —dice al cabo de un rato, fingiendo concentración—. Estoy empezando a sospechar que solo me invitaste a jugar porque

sabes que vas a ganar.
—Te invité porque quería tenerte frente a mí más tiempo —respondo con franqueza.
No dice nada, sin embargo, sonríe de una manera tan sensual que por un momento pierdo la noción de lo que hacía. Y su próxima jugada, aunque absurda en términos de ajedrez, consigue lo que ninguna otra ha hecho en toda mi vida: dejarme sin palabras.
—¿Qué te parece si apostamos algo? —dice Clara, moviendo un peón con aire distraído—. Para subir un poco la emoción de la partida.
—¿Apostar? —repito, incrédulo—. No sé si deberías tentar al destino, pese a que justo hoy estoy sedado y con medio cuerpo vendado, te recuerdo que esto se me da bastante bien.
—Precisamente por eso —contesta, juguetona—. Es ahora o nunca. Si gano, me cuentas una verdad. Una que nadie más sepa, que sea muy personal y demasiado dolorosa, si puede ser.
—¿Y si gano yo?
—Entonces me puedes pedir algo —responde, apoyando el mentón en la mano—. Lo que sea, aunque no te garantizo que lo cumpla.
—Entonces no es una apuesta. Es chantaje emocional.
—Llámalo como quieras, pero estoy dispuesta. Creo que no deberías desaprovechar la oportunidad.
La miro. Sonríe con esa boca que ya debería estar prohibida. Y, antes de que pueda decirle que las apuestas se hacen con enemigos y cuando estás seguro de que vas a ganar, avanzo una torre.
—Acepto —le susurro.
—Oye, eso ha sido ilegal —dice ella, entrecerrando los ojos al ver cómo me apropio del centro del tablero—. Has movido esa torre como si te sintieras invencible.
—No soy invencible —respondo, sin apartar la mirada—. Pero me gusta que lo parezca, sobre todo, si te desconcentra.
—¿Te he dicho ya que odio perder? —replica de esa manera que tiene ella de dejarme las cosas claras, desconcertarme y excitarme todo al mismo tiempo.
—No, pero me lo estás gritando con esa carita.

Ella resopla y mueve su reina como si no le temblara el pulso. Yo veo el error de inmediato, pero no lo menciono. Solo contengo una sonrisa.
—¿Has pensado en la posibilidad de que no te guste lo que vaya a pedirte si pierdes? —le pregunto, rozando el borde de su muñeca cuando retiro una pieza capturada.
—¿Y tú? —responde, con voz baja—. ¿Ya sabes qué vas a contarme?
—Tengo algunas ideas en mente—susurro con una lentitud deliberada donde mido sus reacciones—. Pero me gusta más la emoción de decidirlo en el último momento.
Jugamos un par de movimientos más. Las piezas son excusas para continuar con nuestra peculiar batalla verbal y aprovechar alguna que otra ocasión para roces casuales.
—Si pierdo —dice ella, mirando el tablero con fingida concentración —, te dije que podías pedirme lo que quieras, incluso que te prepare un desayuno turco desnuda, pero si gano…, sumo a la apuesta que me hagas un striptease sin música, tan solo tus ojos para contarme tus pecados.
Esa provocación, esa desfachatez, esa frescura… Suelto una carcajada que no puedo ni quiero guardar. La frase se queda flotando entre nosotros y la sensualidad empieza a ganar terreno en la habitación, y por primera vez en todo el día, me duele más perderla a ella que la partida.
—Entonces no pienso dejarte ganar —digo, y avanzo mi reina con lentitud, mirándola de reojo—. Porque tengo bastante claro lo que voy a pedirte si lo hago yo.
—¿Y piensas decírmelo?
—No todavía —respondo, dejando que el silencio pese—. Solo cuando el jaque mate sea inevitable.
Ella me observa en silencio, desafiante y curiosa.
—Entonces, yo también tengo claro lo que quiero pedirte si gano. Sumaré algo más a la verdad mientras te desnudas para mí —dice—. Y tú tampoco podrás decir que no.
—Hecho —murmuro, sin dudar.
Y seguimos. Pero ya no hay reglas. Solo un tablero, y todo lo que no nos atrevemos a decir... todavía. Clara no se inmuta. Solo sonríe. Y

por cómo me mira, sé que no estamos jugando al ajedrez. Estamos desnudándonos con piezas negras y blancas.
Y la partida solo acaba de empezar.

23

Clara

La reina de Emir avanza por el tablero con la seguridad de quien ya ha ganado. Y, aun así, no me rindo. No por orgullo, sino porque tengo la absurda e inquietante necesidad de quedarme aquí un poco más, sentada frente a él, jugando a algo que, en el fondo, ya no es solo ajedrez, cuando en realidad debería huir sin mirar atrás hasta que no llegara de nuevo a la seguridad de mi casa.

El vendaje de su mano derecha está arrugado por la tensión, retorcido por la presión de sus propios dedos. Lo ha apretado sin querer mientras pensaba. Tiene el ceño fruncido, lucha por mantenerse en este juego sin desbordar todo lo que lleva dentro. Y lo peor es que lo entiendo, porque a mí me pasa igual.

—Estás perdiendo —dice con esa voz baja que no sé si me tienta o me regaña.

—Solo si miras el tablero, en cambio, si miras el resto..., creo que estoy ganando por goleada.

—No sabía que fueras tan competitiva.

—¿Y tú pensabas que me iba a quedar callada y dejarte ganar solo porque estás convaleciente? —le replico solo por el hecho de escucharlo protestar y que asome esa pequeña sonrisa una vez más.

—Pensé que podrías sentir lástima —bromea.

—Eso no va conmigo ——replico.

—Lo tendré en cuenta —responde y, con un gesto lento, mueve su reina. Me está cercando, literalmente.

No me inmuto. No porque quiera perder, sino porque cada uno de sus gestos me revela más de lo que él cree. Cuando se inclina sin necesidad, cuando me mira en silencio con esa intensidad que me desarma, cuando no sonríe, pero deja que la comisura de su boca se

curve apenas… Todo eso me habla de un hambre disfrazada de calma, de una atención que no se atreve a nombrar. Y cuando resopla al mover el brazo, sin quejarse, sé que está herido, y que le duele más de lo que admite. Él no dice nada, pero su cuerpo lo grita todo. Y eso, para alguien como Emir, es casi como un acto de confesión.

—¿Sabes? Podría dejarte ganar —murmuro, casi sin pensar. Es un comentario estúpido, porque no tengo ni la más remota idea de lo que hago, aunque no quiero que él se dé cuenta.

—No quiero que me regales nada —dice él—. Si gano, que sea porque tú lo diste todo.

La frase me deja más confundida de lo que ya lo estoy, porque no sé si habla del ajedrez o de nosotros. Así que asiento y avanzo un peón, uno que ya sé que está condenado, pero me permite quedarme aquí unos minutos más. Y eso, ahora mismo, es suficiente.

—¿Sabes qué? —añado mientras muevo otra pieza inútil—. Podrías concentrarte menos. Ese entrecejo fruncido me da ansiedad. Y, además..., no es justo que juegues con esa voz. Me distrae.

—¿Mi voz? —pregunta con una ceja levantada, parece que se sorprenda de su propio poder.

—Sí. Suenas a trampa. A esas señales que no ves venir hasta que ya estás metida hasta el cuello y no hay manera de dar marcha atrás.

Y justo cuando lo digo, me toco la base del cuello. Es un gesto involuntario que me sale cuando intento protegerme, cuando quiero ocultar que algo me ha tocado más de la cuenta o me pongo demasiado nerviosa.

—Eso que haces —dice él, señalando con la barbilla mi gesto—. Te delata más que cualquier jugada.

—¿El qué? —pregunto, haciéndome la tonta, porque ya sé a qué se refiere.

—Tocarte el cuello. Lo haces muy a menudo cuando te concentras, estás nerviosa, o te quieres proteger de algo o de alguien, de mí, en este caso.

Me obligo a dejar caer la mano, la pongo en el sillón y me la aguanto con el muslo para evitar tocarme en otra ocasión y después

mirarlo fijamente.
—No me protejo de ti —miento con toda la firmeza que puedo reunir —. Lo hago para no perder el control, que es distinto.
—Y dime, Clara, ¿pierdes el control muchas veces?
—Solo cuando me enfrento con hombres que creen que el ajedrez se gana con miradas en lugar de estrategia —desvarío, lo sé, aunque no me arrepiento ni un poquito.
Él se ríe por lo bajo. No es de burla, sino de complicidad, y de nuevo le sale ese maldito gesto de media sonrisa torcida que hace que mi cerebro se apague justo cuando más lo necesito.
—¿Sabes que deberías tener prohibido mirarme así cuando estoy intentando concentrarme?
—¿Y quién me lo debería prohibir? Además, no te miro, estoy ganando, que no es lo mismo —responde mientras su dedo recorre lentamente la base de un caballo blanco.
—¿Siempre eres tan insoportable cuando estás al mando?
—¿Siempre haces tantas preguntas cuando estás perdiendo?
Abro la boca para responder, pero no digo nada. No porque no tenga una respuesta, sino porque de pronto lo miro con otros ojos. Emir, herido, vendado, con ojeras, con más barbita de lo habitual, y en cambio, por incompresible que sea, parece más vivo que nadie en esta casa. Y me pregunto si no será eso lo que me engancha tanto. Su forma de mirar el mundo como si siempre estuviera a un paso de prenderle fuego sin importarle lo más mínimo las consecuencias.
—¿En qué piensas? —pregunta, bajando la voz.
—En ti —suelto sin filtros antes de que mi cerebro procese lo que voy a decir. No se inmuta, pero su respiración cambia ligeramente.
—¿Qué parte de mí en concreto? Porque tengo varias… discutibles.
—En cómo haces para estar tan roto… y seguir aparentando que lo controlas todo. Me fascina y me da miedo todo al mismo tiempo. —Se queda en silencio, uno de esos que sostienen verdades que aún no quieren soltarse—. ¿Y tú? —pregunto, aprovechando la grieta—. ¿En qué piensas?
—En que no debería desearte tanto en mitad de una partida de ajedrez poco después de sufrir un contratiempo y estando convaleciente.

—Eso no es justo. Me acabas de distraer otra vez —protesto, aunque sus palabras se me clavan en el alma y me remueve algo dentro. Y también me excitan, aunque es algo que negaré hasta el fin de mis días.
—Entonces jaque —susurra, y mueve su reina. Yo, en vez de mirar el tablero, lo observo a él y pienso que, si esto es una derrota, no me importa en lo más mínimo perder.
¿En qué momento me convertí en alguien capaz de sentarse frente a alguien que parece gritar peligro por cada poro de su piel, además de que está herido, por un extraño contratiempo, y jugar al ajedrez como si fuera lo más íntimo del mundo? ¿Cómo he llegado hasta aquí? ¿Qué estoy haciendo con alguien que vive en este mundo de sombras, de órdenes que no se discuten, lujo excesivo y rodeado de guardaespaldas que parecen sacado de los barrios bajos? Y, sin embargo..., ¿por qué me siento más viva aquí que en cualquier parte?, ¿por qué cada palabra suya me atraviesa la piel como si la necesitara?, ¿por qué mi cuerpo se adelanta a mi cabeza cada vez que lo tengo cerca?
Lo miro. Y por un instante, lo veo relajado y vulnerable. Como si, por una vez, pudiera soltar el peso del mundo. Y ese pensamiento, esa ternura que no esperaba que despertara en mí, me hace un nudo en el estómago.
—Estás a un movimiento de rendirte —suelta de pronto, su voz más suave que antes, sabiendo que algo ha cambiado.
—¿Y tú cómo lo sabes? —espeto.
—Porque estás mirando mis ojos y no el tablero. Además, has dejado tu reina al alcance de mi torre —explica. Miro el tablero y veo que tiene razón, aunque no muevo nada, tan solo me limito a sonreír.
—Quizá estoy esperando a ver si tienes la decencia de distraerte tú también. —Él se ríe, y yo lo miro de nuevo, esta vez sin filtros. ¿Podría llegar a enamorarme de este hombre? ¿Y si ya lo estoy?—. ¿Sabes que podrías haber ganado hace diez minutos? —espeto sin filtros, cruzando los brazos sobre el tablero—. Pero te estás haciendo el interesante.

—¿Interesante? —repite, probando la palabra en la boca—. No, Clara. Estoy saboreando la victoria, que es algo muy distinto. Me gusta llegar al final cuando el camino ha valido la pena. Y la que lo está haciendo interesante eres tú.
Me cruzo de brazos, ladeo un poco la cabeza y dejo que una sonrisa lenta se forme en mis labios.
—Estás alargando esta partida a propósito, lo sé. Me provocas con cada movimiento innecesariamente lento, con esa forma tuya de mirar las piezas como si fueran parte de un ritual. Y sí, lo disfrutas tanto que casi siento lástima por no dejarte ganar… casi —bromeo.
Él me devuelve la mirada sin perder la compostura. Sus dedos acarician el borde de la torre con lentitud antes de hablar.
—Puede que lo esté disfrutando, sí. Pero no más que tú.
—¿Yo? —arqueo una ceja y finjo desinterés mientras le sostengo la mirada—. ¿De qué exactamente me acusa, señor Demirhan?
—De estar disfrutando de esta partida, de mí, de ti y de un juego que en realidad no tiene nada que ver con estas piezas.
Trago saliva, porque no me esperaba esta respuesta, o sí, pero no de forma tan directa. Y, por supuesto, no tan cierta. Me quedo callada, porque es verdad, hay algo en estar aquí con él, en el aire cargado de doble sentido, en el roce accidental de dedos, en las piezas que no son más que excusas para mantenernos frente a frente.
—Demasiado —confieso.
—Entonces, dime, ¿qué vas a pedirme si ganas? Estoy preparado para lo que sea…, o eso creo.
—Mmm… Todavía no lo he decidido. Pero estoy entre que me prepares el almuerzo el resto de mi estancia en Estambul disfrazado de Thor o que me hagas un *striptease* para que al final te quedes con ese vendaje como único vestuario, además de confesarme el secreto, por supuesto.
Él se ríe con esa manera grave y profunda, de ese tipo que se siente más en el vientre que en los oídos.
—Te sorprendería lo bien que se me da improvisar con vendas.
—No lo dudo. Pero primero tendré que dejar de perder el tiempo y ganarte.

—Te aviso. Si gano, pienso pedirte algo que va más allá del tablero.
—¿Como qué?
—Tendrás que esperar.
Y la forma en la que lo dice hace que mi próxima jugada se me escape entre mis dedos, porque algo en mi interior me grita que, gane quien gane, el ajedrez nunca fue lo importante.
—Estoy empezando a pensar que esto se nos está yendo de las manos —susurro, sin apartar la vista del juego. Aunque, para ser sincera, no tengo ni la más remota idea de por qué lo hago. En realidad, no sé cómo leches continuar la partida. Pero, oye, una tiene estilo, y no pienso dejar que él lo note.
—¿Por la partida, o por lo que estamos apostando sin decirlo? —pregunta de repente.
—Por todo. Por lo fácil que es estar aquí y lo difícil que será irme cuando tenga que hacerlo —me sincero.
Él no responde enseguida. Cierra los ojos un segundo, como si quisiera detener el mundo con ese simple gesto. Cuando los abre, su mirada es más oscura que de costumbre, pero, al mismo tiempo, asoma un brillo inesperado.
—Entonces quédate un poco más del tiempo que hemos firmado en contrato. No por mí, sino por ti, por lo que estás descubriendo.
—¿Y qué crees que estoy descubriendo?
—Que a veces no se trata de entenderlo todo, Clara. Basta con atreverte a hacer las preguntas que nadie más se atrevería a cuestionar en voz alta, que hay verdades que no necesitan respuestas inmediatas, solo a alguien que no huya de ellas, y que lo que más peligro tiene no son tus respuestas, sino tus preguntas. Porque me haces dudar de cosas que nunca pensé cuestionar. Y porque tú no dejas pasar ni una. —El silencio se instala de nuevo, pero esta vez no incomoda—. ¿Quieres hacer una pausa? —pregunta sin tocar ninguna pieza—. Almorzamos algo, y luego retomamos. Puede que con menos tensión y más té o vino, si lo prefieres.
—Acepto —respondo de inmediato, porque lo que me ha dicho antes aún rebota en mi cabeza y necesito tiempo para procesarlo—. Pero solo si me prometes que después seguirás jugando como hasta ahora.

—Lo intentaré. Aunque te advierto que con vino suelo jugar más sucio.
Me echo a reír y dejo el tablero con cuidado sobre el suelo a un lado de la habitación
—Voy a por el almuerzo —le digo, alzándome sin demasiada prisa. Me siento ligera, pero también extrañamente expuesta. Algo ha cambiado bajo mi piel sin que me diera cuenta.
Salgo al pasillo y camino hacia la cocina con paso firme. Al llegar, encuentro a dos mujeres preparando la mesa en el comedor, y a la madre de Emir supervisando cada detalle con el ceño fruncido.
—El señor Emir comerá en el dormitorio —anuncio—. Y yo también.
La madre levanta la vista con esa autoridad que viene asignada de nacimiento durante generaciones.
—Mi hijo siempre almuerza con la familia. Esta casa tiene sus propias normas.
—Y su salud, ahora mismo, tiene otras prioridades —respondo, sin perder la sonrisa, pero sin ceder ni un solo centímetro. Aprieto el puño con disimulo para aguantarme las ganas de arriarle un directo en toda la cara. Esta mujer acaba con mi paciencia con solo decir tres palabritas.
—No eres nadie para decidir eso —replica una vez más. «¡Y daleee!».
—No. Pero soy quien está con él desde esta mañana. Y si quiere almorzar arriba, lo hará. A menos que esté usted dispuesta a discutirlo con su hijo directamente…
La madre no responde. Me basta con eso. No me extraña que Emir no sonría si se ha criado con ella. Cargo la bandeja con dos platos con la comida ya servida, pan recién hecho, una jarra de agua y otra de té. Mientras regreso al dormitorio, siento su mirada clavada en mi espalda. Aunque no me detengo, pese a que esté en peligro de que me lance el cuchillo de la carne. Cuando entro de nuevo en la habitación, Emir alza la cabeza desde la cama, donde ya se ha recostado ligeramente.
—¿Todo bien?
—Perfectamente. He sobrevivido a un campo de minas —respondo, dejando la bandeja sobre la mesa—. Aunque puede que ahora me

odien un poco más.
Él sonríe. Y, por un instante, juro que su mirada es de puro orgullo.
Coloco la bandeja con precisión, mi forma de ganar terreno sin decir nada.
—¿Te molesta comer aquí? —pregunto, sin mirarlo directamente.
—Me molesta más no comer contigo —responde, y suelto una risa corta, de esas que me salen sola con una facilidad increíble.



—¿Acabamos la partida? —pregunto cuando terminamos de comer.
—Por supuesto.
Durante un rato, jugamos casi en silencio. Estoy concentrada en mover fichas, pese a que no sé ni cómo se hace.
—No entiendo por qué sigues moviendo las piezas con esa lentitud si ya sabes que has ganado —replico y levanto la vista hacia el con una ceja arqueada y la voz cargada de fingida impaciencia.
—Porque a veces el final importa menos que el momento justo antes de alcanzarlo —responde, sin dejar de observarme.
—Te estás divirtiendo a mi costa —digo, enfurruñada.
—Jaque mate.
Me quedo inmóvil. Mi sonrisa se congela y, sin embargo, hay algo dentro de mí que esperaba esto.
—Y, ahora, ¿qué? —susurra.
—Ahora, te reclamo lo que he ganado sin excusas ni escapatoria.
Me tenso. Mi mano se eleva instintivamente hacia el cuello, ese gesto que me sale en cada ocasión que me pongo nerviosa. Y lo nota, por supuesto.
—Me temo lo peor —murmuro con una sonrisa que no engaña a nadie—. Espero que no implique tatuarme tu nombre o llevar un anillo con GPS.
—No. Es peor —respondo, sin rodeos—. Quiero que te cases conmigo.

24

Emir

Durante un instante, el aire se espesa tanto que podría romper el tablero con un solo golpe y, aun así, no conseguiría la misma presión que ejerce su mirada sobre la mía. No parpadea, tampoco sonríe, solo me mira como si acabara de romper una promesa que nunca me hizo. Y, por primera vez en mucho tiempo, no tengo claro si la jugada ha sido mía o suya. Y no sé si acabo de perder algo más que una partida.

—¿Perdona? —pregunta, necesitando oírlo otra vez para creerlo.

—Lo digo en serio, Clara. No es un truco ni un juego, es una necesidad real, urgente. Pero no por las razones que crees. Deja que te explique.

Ella se cruza de brazos. Esa defensa suya de palabras no dichas, de orgullo a medio construir.

—Desde luego que a romántico no te gana nadie, es la propuesta de matrimonio más patética que jamás he oído. A ver, que no es que haya tenido alguna, pero ni en las peores películas de sobremesa… —farfulla entre dientes. Me guardo la sonrisa que está a punto de aflorar y finjo no haberla escuchado.

—Hace unas horas se leyó el testamento de mi abuelo. Me lo dejó todo, el control absoluto. Sin embargo, puso una condición y es que debo casarme en un mes o pierdo el poder, la empresa, todo. Y no solo es un asunto de negocios, hay implicaciones reales, tanto políticas como de seguridad, y te implican a ti también.

—¿A mí? ¿Qué tengo que ver yo con todo esto? Ni tan siquiera he conocido a tu abuelo.

—Te traje a este mundo. Y ahora formas parte de él. Te han visto conmigo y ahora sé que, si no te mantengo cerca, eres un objetivo. En mi mundo, los cabos sueltos no sobreviven mucho.

Ella se levanta y da un paso atrás. Es un movimiento pequeño, casi imperceptible, pero supone un retroceso, al fin y al cabo, y eso me escuece más de lo que debería.
—¿Y por qué yo? —pregunta, con los ojos entornados—. Podrías elegir a cualquier otra. A esa Yağmur, que parece criada para esto, o a una mujer de tu mundo, que entienda tus códigos —me explica, y no sé si está más enfadada que acojonada—. ¡Joder, a Maléfica le va a encantar! —exclama en español, por lo que no entiendo lo que dice.
—Porque no confío en ellas. Porque con ellas todo es interesado, alianzas, trampas disfrazadas de obediencia. Contigo sé lo que hay. Contigo... puedo ser yo.
—¿Y crees que eso me convierte en la candidata perfecta para un contrato de matrimonio? ¿En la solución a todos tus problemas? Joder, Emir, ¡me dices que me case contigo porque soy un cabo suelto y la solución a todos tus problemas! ¡No sé si reírme o llorar!
—No es así, eres la única a la que no me da miedo pedirle ayuda. La única que me mira sin esperar que me derrumbe, pero que estaría ahí si lo hiciera.
Ella se ríe. Es un sonido amargo, cargado de rabia casi incontrolable.
—¿Y qué propones? ¿Una ceremonia falsa? ¿Unos papeles firmados? ¿Una mentira más en este teatrillo que has montado?
—No. Un contrato legal con las condiciones que tú pongas. Puedes añadir las cláusulas, tus límites o el tiempo, incluso una compensación económica si lo necesitas. Lo que sea necesario para que esto funcione.
—¿Una compensación económica? —repite como si la frase le hubiera escupido en la cara—. ¿De verdad crees que estoy aquí por dinero? ¿Que puedes comprar mi dignidad como pagas para que te respeten o te obedezcan? ¿Por mantener tu mundo en pie?
—No es eso. No estoy diciendo que…
—¡Sí lo estás diciendo, Emir! —grita por fin, y su voz se entrecorta por la indignación, no por el miedo —. Me estás ofreciendo un trato como si fuera tu puta particular y pudieras ponerle precio a todo lo que hemos compartido. ¿Para ti es tan fácil como firmar un papel y fingir que esto no nos destroza a ambos?

Yo respiro hondo. No levanto la voz, no puedo permitirme perder la calma ahora mismo, porque sé que, si lo hago, la pierdo.
—No te estoy comprando, al contrario, te pido que me salves.
—¿A qué precio, Emir? ¿A cambio de convertirme en otra marioneta más de tu mundo?
—No quiero eso, sino a alguien que no se asuste al estar a mi lado, y esa eres tú.
—Pues entonces tendrás que esperar —sentencia con la voz rota pero firme—. Porque no soy una pieza más de tu tablero. Y no pienso darte una respuesta mientras sigas actuando como si supieras quién soy, cuando apenas sabes cómo me tomo el café, y ya pretendes decidir por mí.
Se marcha. Cruza la habitación con la espalda recta y la rabia palpitándole en cada paso. Ni tan siquiera mira atrás. Y yo me quedo allí, con el jaque mate en el tablero y la sensación brutal de haber perdido justo lo que más quería ganar.
No pasan ni dos minutos desde que Clara ha salido cuando escucho pasos firmes por el pasillo. La puerta se abre sin llamar. Ali entra primero, escoltado por Kaan y Baran. En sus manos, trae una carpeta negra, y su rostro serio me indica que no es el momento de bromas.
—Lo tenemos —anuncia Ali sin preámbulos, dejando el informe sobre la mesa baja, al lado del tablero de ajedrez—. El culpable de la filtración fue Sami, uno de los responsables de transporte. Lo compraron. Su hijo estudia en Londres. Fue el típico chantaje limpio. Le prometieron que lo matarían si no colaboraba.
Kaan camina con las manos en los bolsillos, estudiando mi expresión. Baran, en cambio, va directo al punto.
—¿Qué le pasa a la intérprete? —pregunta, ladeando la cabeza hacia la puerta que Clara acaba de cerrar—. Ha salido como si hubiera fuego en las cortinas. ¿La has asustado, o la has besado sin permiso?
—Le he pedido que se case conmigo —respondo sin rodeos y sin necesidad de elevar la voz. Sin embargo, la declaración cae en la habitación como un disparo en una catedral.

Ali parpadea. Baran suelta una carcajada breve, incrédula. Kaan, en cambio, permanece en silencio.
—¿Perdón? —dice Baran al fin—. ¿Eso ha sido en serio, o forma parte de la anestesia que aún no se te ha pasado?
—Muy en serio —respondo y miro directamente a Kaan. Ali se cruza de brazos.
—¿Y cómo ha reaccionado ella?
—Como cualquier persona normal con principios reaccionaría si le lanzas una bomba envuelta en legalidad y chantaje emocional —murmuro, apretando la mandíbula. Baran se deja caer en una butaca, tan solo le faltan las palomitas.
—No me digas que además le ofreciste una compensación económica, porque entonces sí que la has cagado, hermano.
No respondo. La expresión en mi cara lo dice todo.
—¡Madre mía, Emir! —exclama Baran, llevándose las manos al rostro —. ¿En qué pensabas? ¡¿Acaso no conoces a Clara?! Esa mujer podría incendiarte el coche por menos que eso. —Hace una pausa, alza las cejas y añade con una media sonrisa cargada de veneno—. Y seguro que mamá estará encantada. Ya la veo eligiendo servilletas para la boda mientras planea cómo enterrarla viva en cal para después tirarla al Bósforo con tal de quitársela de en medio.
Kaan por fin habla, tranquilo, con esa calma que siempre le precede a las observaciones más certeras.
—¿Por qué ella? ¿Y por qué ahora? Sabes que te la estás jugando.
—Porque confío en ella —afirmo, sin necesidad de añadir adornos—. Porque con ella sé que no hay dobles juegos. Y porque, si tengo que compartir esta farsa, no lo haré con alguien dispuesto a venderme por el primer anillo de rubíes.
Ali asiente, aunque su ceño no se relaja.
—Lo entiendo. Pero Clara no es un movimiento de ajedrez, es una persona, Emir, con su propia voz, con límites y, probablemente, con sentimientos.
—Lo sé —respondo—. Pero también soy consciente de que lo que estamos enfrentando va más allá de nuestras emociones. Y necesito una solución que no me explote en la cara dentro de un mes. ¿De verdad me ves casado con Yağmur?

Baran me lanza una mirada larga.
—Tú no la necesitas de esposa, Emir, solo buscas otra excusa más para imponer tu voluntad. Y lo haces justo con la única persona que aún te ve como un hombre, no como una cuenta corriente. Una que, por algún milagro, todavía cree que eres capaz de sentir.
No respondo, porque, en el fondo, sé que tiene razón. Y eso es lo que más me duele. Ali se sienta con lentitud a los pies de la cama, coge la carpeta de la mesa y la deja abierta sin que nadie la mire. Su voz suena más baja, pero firme.
—¿Quieres mi consejo? Deja que se enfríe. No salgas a buscarla ahora. Si está tan dolida como parece, todo lo que digas puede empeorarlo, y tú no estás precisamente en tu mejor momento.
—¿Y si no vuelve? —pregunto sin adornos y con miedo al mismo tiempo.
—Entonces asegúrate de que, si se va, no sea porque no lo intentaste todo con el corazón, no con la lógica ni con contratos. Con el jodido corazón, Emir.
Baran chasquea la lengua y se pone en pie, inquieto como siempre cuando algo no sale como él espera.
—No sé qué mierda tenías en la cabeza, Emir. Pero si mamá se entera de esto…
—¿Qué? —le lanzo una mirada dura.
—Que has pedido matrimonio a una extranjera, dejando plantada a la hija del ministro de Interior en mitad de una tormenta política, y lo has hecho sin consultarlo con nadie. Antes, he bromeado con esto, pero es algo muy serio. ¿Sabes lo que eso significa? El padre de Yağmur no es un donnadie, Emir. Es un hombre que guarda rencores con una sonrisa y los cobra con fuego. Esto no solo nos puede costar alianzas, puede ponernos una diana en la puta frente sin necesidad de balas.
Kaan es el único que no se mueve. Me observa y, cuando habla, lo hace con esa calma que a veces da más miedo que los gritos de Baran.
—¿Sabes lo que más me preocupa? —suelta de pronto—. No es que le hayas pedido matrimonio, sino que, por primera vez, has actuado

sin separar la cabeza del corazón. Y tú siempre piensas antes de actuar, y hoy tus emociones han decidido por ti.
—No lo hice —admito—. Solo la vi, y todo lo demás pareció secundario.
Baran niega con la cabeza.
—Tú mismo, hermano, pero si la pierdes por esto, si la alejas como alejas todo lo que no puedes controlar, no vengas a pedirnos después que la traigamos de vuelta.
—No lo haré —respondo con la voz enrarecida—. Porque si se va, no voy a detenerla.
Ali suspira.
—Entonces esperemos que esa chica sea más valiente que tú.
Kaan rompe el silencio, cruzando una pierna sobre la otra con su habitual gesto de resignación elegante.
—Y, retomando el tema de mamá, no nos lo podemos tomar a broma —añade, sin apenas variar el tono—. En cuanto se entere, y lo hará pronto, va a moverse. No formará un escándalo en público, ya la conoces. No grita, sino que calcula y sonríe mientras cava la tumba con guantes blancos y sin perder la compostura frente a todos. —Hace una pausa y me mira fijo—. Una extranjera, Emir. Una que madre no controla y que no eligió. Y eso, para ella, es motivo suficiente para envenenar lentamente cada pieza que te rodea.
—Y lo hará —añade Baran, señalando con el índice, viendo ya el futuro—. Con la excusa de que es por tu bien, por el del apellido, por el abuelo, por lo que sea. Y Clara no merece eso. No merece estar en el centro de todas nuestras mierdas. Lo mejor para la chica sería marcharse ahora, antes de que todo su mundo empiece a derrumbarse.
No digo nada. No porque no quiera defenderla, sino porque quizá tienen razón. A lo mejor, lo más noble que podría hacer sería dejarla ir antes de que se queme viva por estar demasiado cerca de mí. Nadie añade nada más.
Y yo, por primera vez en años, entiendo que se puede ganar una partida y, aun así, perder lo único que me importa.

25

Clara

Salgo del dormitorio de Emir sin mirar atrás. Si lo hiciera, si le diera ese último segundo de duda, sé que me quedaría atrapada en sus ojos y no volvería a pronunciar palabra. Y, ahora mismo, necesito mi mente analítica y mi furia para recordarme quién soy, porque si no lo hago, él me borrará, me anulará, y sé que ni tan siquiera lo hará a propósito.

Camino por el pasillo con pasos que no sé si son de huida o de defensa. La casa cuenta una historia que no es la mía. Y, sin embargo, lo ha sido durante unas horas, durante una noche y una mañana que me han hecho sentir más viva que en años. Y, ahora, esto.

Un contrato. ¡Un maldito contrato!

Entro en mi dormitorio con un portazo. Me descalzo de un tirón y lanzo los zapatos contra la pared. Me dejo caer sobre la cama, pero me incorporo de inmediato, no puedo estar quieta. Tengo la rabia en las manos, en la lengua y en el pecho.

—¿Un contrato? —susurro en voz alta, como si necesitara repetirlo para creérmelo.

Me pongo a caminar por la habitación. Ida y vuelta una y otra vez, intentando borrar el eco de sus palabras con mis pasos. «Te necesito como esposa. Un contrato legal. Podrás poner las condiciones que quieras. Incluso una compensación».

«¡Una compensación, joder, ni que yo estuviera en venta!».

Ponerle precio a lo que pasa entre dos personas que apenas se conocen, pero ya se desafían sin freno, es una estupidez. Lo nuestro no encaja en cláusulas ni en contratos. Y mucho menos en una relación romántica. No es algo que pueda firmarse con tinta negra y letra pequeña.

Me acerco al espejo y me miro. Tengo el pelo revuelto, los ojos demasiado brillantes y la boca crispada. No soy yo. O quizá sí, pero una versión que ya no puede fingir que todo está bien.

—¿Qué soy para ti, Emir Demirhan? —murmuro—. ¿Una herramienta? ¿Una firma extranjera? ¿Una mujer lo bastante tonta como para aceptar si le pintas un escenario lo suficientemente bonito con flores y amenazas encubiertas?

Vuelvo a la cama y me dejo caer de espaldas. Las lágrimas me escuecen, pero no salen. Estoy cabreada, ardiendo por dentro. Y, en algún rincón escondido, también estoy herida, porque creí que era diferente y vi algo en él que ahora no sé si fue verdad o solo parte del disfraz. Quise creer que, aunque su mundo estuviera repleto de sombras, él podía ver una luz conmigo.

Y ahora resulta que soy un movimiento más de su juego. Pero juro por lo más sagrado que no soy una pieza más. Soy la jodida jugadora y me niego a dejar que él decida cómo termina esta partida. El móvil vibra sobre la mesita. Es Jorge. Lo ignoro al principio. Luego, vibra otra vez. En esta ocasión, es una videollamada de grupo. Marina también está conectada. Me paso la mano por el pelo en un intento de parecer tranquila, suspiro y contesto.

—¡Clari! —exclama Jorge desde su cocina—. Por fin, reina. Estaba a punto de enviar a la Interpol.

—Tía, ¿dónde te metes? —añade Marina—. Desde ayer no nos cuentas nada decente. Yo necesito chismes y Jorge terapia…, y tú estás más desaparecida que el champú en casa de tu ex.

—He tenido una mañana intensa —digo, intentando sonar casual, aunque la voz me falla al final.

—Pues prepárate, que ayer para nosotros fue de traca —responde Jorge, alzando una copa de vino como si fuera un trofeo—. Anoche salimos por Chueca y nos encontramos con Alvarito. Sí, ese mismo, tu ex, el de la lombriz con ínfulas de anaconda.

—Llevaba una camisa tan ajustada que parecía envuelto para regalo —añade Marina con una mueca—. Y lo peor es que intentó hacernos creer que salía con una *influencer* cuando se enteró que estabas en

Estambul por trabajo y que te iba de puta madre. *Spoiler*: era su prima. Literal.
—Nos reímos en su cara —prosigue Jorge—. Luego me pillé una cogorza que casi me pongo a llorar por la economía del país. Pero no por lo de Alvarito, que eso fue la nota cómica de la noche, aunque espero que te deje tranquila. Lo malo fue que no me comí ni un colín. Nena, el panorama está fatal… Pero, en fin, lo normal. ¿Y tú, Clara? Cuenta, ¿qué ha pasado con el señor joyitas?
—Estoy bien —respondo, encogiéndome de hombros con una sonrisa forzada—. Un poco saturada, supongo. Este lugar es... demasiado todo. Demasiado grande, demasiado silencioso, demasiado él.
—Ya —dice Jorge, achicando la mirada—. ¿Y esa sonrisa que no convence ni a mi gato?
—Te conozco —añade Marina, entornando los ojos—. Te ha pasado algo. ¿Has llorado? Espera…, ¿estás llorando ahora?
Me paso el dorso de la mano por la mejilla. «¡Mierda! A estos canallas no se les pasa ni una».
—No. Bueno…, un poco. No es importante.
—¡Clara! —saltan los dos a la vez.
—¿Qué ha pasado? —insiste Marina, preocupada.
—¿Te ha hecho algo el morenazo? —dice Jorge, frunciendo el ceño —. Porque si ese tío te ha hecho daño, voy yo mismo y le doy un curso intensivo gratis de cómo tratar a una mujer que vale su peso en oro.
—Me ha pedido que me case con él —respondo, sin anestesia. Silencio.
—¿Cómo dices? —pregunta Marina, como si no hubiera oído bien.
—Eso mismo. Que me case con él en un mes por contrato para salvar su imperio de joyas y su trono de… de lo que sea en lo que esté metido, pero que me imagino que muy legal no será. Todo muy romántico, vamos.
—Pero ¿esto qué es? ¿Una novela de esas con pistolas? —masculla Jorge.
—¿Y tú qué has dicho? —insiste Marina.

—¡Nada! He gritado y me he largado de su habitación sin mirar atrás. Me ha ofrecido dinero, chicos. ¡Dinero! Como si esto fuera *Pretty Woman*, pero sin el *glamour* de la tienda de Rodeo Drive.
—Ese tío necesita terapia, no una ceremonia con cláusulas —dice Jorge—. ¡Y tú necesitas una copa de vino, un baño caliente, un polvo con alguien que no tenga un ejército personal a su servicio y largarte de allí lo antes posible!
—A ver —matiza Marina—. ¿Estás segura de que solo ha sido un movimiento estratégico? Porque ese hombre te mira como si fueras su última certeza en un mundo podrido. Aunque en una cosa estoy de acuerdo con Jorge, y que no sirva de precedente, y es que debes largarte de ahí lo más rápido posible, ya te lo dije ayer y te lo repito hoy, Clari.
—No lo sé —respondo—. Tal vez lo hizo por protegerme o porque solo necesitaba a alguien para cuadrar sus planes. Pero, joder, me duele, porque una parte de mí... quería creer que era real. Que conmigo, al menos, no estaba jugando y que yo no era solo una solución cómoda a sus problemas.
—¿Y lo eres? —pregunta Jorge, ahora sin bromas.
—No lo sé —repito—. Lo único que sé es que ahora mismo me siento como una pieza de ajedrez que él ha movido a su antojo. Y yo no soy eso. No puedo serlo.
—Entonces ya sabes la respuesta —concluye Marina—. Pero si decides quedarte…, que sea porque quieres incendiar ese tablero, no porque te ha puesto una corona falsa.
—Y si decides largarte —añade Jorge—, acuérdate de dejarle una nota que diga: «Te faltó nivel para esta partida».
Les sonrío, no porque se me haya pasado el enfado, sino porque me han devuelto algo que había perdido en las últimas horas: claridad.
—Gracias —susurro.
—No hay de qué, reina del drama internacional —dice Jorge, guiñándome un ojo.
—Reina, sí —digo—. Pero del puto tablero, porque este turco aún no se ha enterado de que juega con una puñetera española.
Cuelgo, me quedo en silencio y, por primera vez desde que salí de esa habitación, respiro sin rabia. Aunque sé que todo esto aún no ha

terminado. Me cambio de ropa y elijo unos vaqueros cómodos y una camiseta blanca con escote amplio, algo que no apriete el cuerpo, pero que me abrace lo justo como para no olvidarme de mí. Necesito aire, una excusa para no pensar y, sobre todo, para no quedarme quieta. Salgo al jardín sin rumbo fijo y me encuentro con Selin sentada en uno de los bancos de piedra, descalza, con una copa de vino en la mano y otra a su lado. Parece que sabía que iba a aparecer.

—Ya tardabas —dice, sin mirarme, dándome una palmadita en el sitio libre junto a ella.

—¿Cómo sabías que vendría?

—Porque cuando el mundo te da una hostia, lo primero que una mujer inteligente hace es salir al jardín a maldecir en paz. Lo segundo es beber. Escuché la conversación con mi hermano sin querer, ese pedazo de pedida de matrimonio hiperromántica, cuando iba a verlo. Lo siento, no fue intencionado.

Me siento, cojo la copa y bebo sin brindar.

—¿Eso ha sido un brindis silencioso? —pregunta.

—Ha sido un intento de no llorar delante de alguien que apenas conozco.

—Conozcámonos entonces, porque me da la impresión de que vamos a ser familia —responde con una sonrisa torcida. No replico su comentario, y no sé ni por qué me callo.

Bebemos otro sorbo. El vino es seco, con un regusto a ciruela. Como la familia Demirhan: elegante, oscuro, y algo ácido si lo dejas reposar demasiado.

—Este lugar es asfixiante —digo al fin.

—Es un laberinto de pasillos caros y demasiados secretos entre sus paredes. Tardé años en dejar de sentirme prisionera —responde ella, con la mirada perdida en el horizonte.

—Y, aun así, volviste.

—Porque me cansé de tener miedo, porque a veces hay que volver para romper las cadenas desde dentro, y porque falleció mi abuelo, y cualquiera contradice a mi madre.

Me quedo callada. Selin no pregunta más, no me presiona, sin embargo, me mira con esa expresión tranquila de quien ha

sobrevivido a sus propias ruinas y ya no se asusta de las ajenas.
—Él es... demasiado —murmuro.
—Mi familia tiene esa cualidad —corrige, encogiéndose de hombros —. Algunos aprenden a disimularlo, otros lo llevan como una corona. Emir... no es de los que se esconden.
—Y tú, ¿qué haces cuando el mundo se te cae encima?
—Me visto, me maquillo y me voy de copas. No hay nada mejor que una buena juerga con una amiga para olvidarte de todo —bromea con un guiño de ojo. La miro y parpadeo.
—¿Me estás invitando?
—Te estoy salvando —responde, levantándose de un salto—. Vamos. Tengo el vestido perfecto para ti. Además, yo me encargo del coche.
No le contesto, solo sonrío, porque esta noche no quiero pensar en Emir, tan solo recordar cómo era mi vida antes de conocerlo, aunque haga menos de una semana. Subimos a su habitación, y Selin abre el armario con una teatralidad digna de una diva de los noventa.
—Todo tuyo —aclara, mostrándome una colección de vestidos que podrían pertenecer a una aristócrata o una modelo.
Elijo uno corto, ajustado, negro y con la espalda descubierta. Me lanza unos tacones altos como quien reparte armas antes de un combate. Yo lo miro como si fueran cuchillas, pero me los pongo.
—Lista —afirmo y me aliso el vestido frente al espejo.
—Estás peligrosa —exclama ella, mientras que se retoca los labios con una sonrisa torcida.
Salimos de la casa igual que las quinceañeras que huyen de sus padres. Selin conduce. Llevamos las ventanas bajadas y la música alta. El viento nos revuelve el pelo mientras ella canta una canción en turco con pasión y gritando a todo pulmón. Me río, grito con ella y cantamos estribillos que no entiendo del todo, pero que me liberan igual. Cada kilómetro que nos alejamos de la mansión es una capa de presión que se desprende de mis hombros.
Llegamos al bar. Es moderno y elegante, con luces tenues y una barra larga que brilla bajo los focos. Pedimos una copa. Luego otra. Y bailamos como mujeres que necesitan sacudirse el mundo de encima. Con las manos en el aire, los tacones tambaleándose y una risa que suena, por fin, limpia.

—Ese de la camisa blanca no te quita ojo —dice Selin, que se acerca a mi oído con media sonrisa.
—¿Cuál? ¿El que va repeinado y lleva esa ropa que parece más cara que mi alquiler?
Selin suelta una carcajada.
—Ese mismo. Tiene pinta de banquero aburrido, pero buenos brazos.
—Paso. Estoy en modo mujer libre.
—Entonces bailemos más, que se derrumbe la pista.
Y lo hacemos. El ritmo sube, la música vibra en mis costillas y siento que la sangre me vuelve a circular con ganas. Un hombre se acerca. Es alto, tiene el pelo oscuro y unos ojos que intentan parecer seguros.
—¿Puedo invitaros a una copa?
—Solo si no te molesta que luego te ignoremos —responde Selin, sin perder la sonrisa. Él se ríe.
—Me gustan los retos —dice él, con un guiño lento y una sonrisa que pretende ser seductora. Inclina un poco la cabeza hacia mí y su tono baja una octava, parece que esté ensayando para un anuncio de colonia. Cuando me pasa la copa, sus dedos rozan los míos apenas un segundo más de la cuenta.
—Y a mí las copas grandes —añado yo, elevando la mía, sin darle giro a malentendidos.
Nos sirve otra ronda. Se presenta, y no escucho bien su nombre, aunque no me importa en absoluto. Hablamos poco y bailamos mucho. A ratos, él pone las manos donde no debe y siempre se las retiro con una sonrisa. Estoy aquí para recordar quién soy, no para darle entrada a otro.
—Lo que más me gusta de ti —me dice en un momento, acercándose demasiado— es que pareces inalcanzable.
—Y lo soy —respondo y le doy un sorbo lento a mi copa. Él sonríe, inclina un poco la cabeza, y se lanza de nuevo.
—Entonces, al menos, déjame que intente alcanzarte.
—Puedes hacerlo —respondo—. Pero no confundas cortesía con interés. No suelo repetirlo dos veces.
Selin se ríe, se acerca por detrás y apoya el mentón en mi hombro.

—Créeme, no la conozco mucho, pero tengo la impresión de que vas a necesitar algo más que frases recicladas —añade, ladeando la cabeza.
—¿Siempre sois así de intimidantes? —pregunta él, fingiendo temor.
—Solo cuando salimos para desestresarnos —replica Selin.
Él intenta meter baza otra vez, pero yo le pongo un dedo sobre el pecho, sin perder la sonrisa.
—Nosotras marcamos el ritmo. Y, ahora, vamos a bailar.
Le doy la vuelta con suavidad, lo empujo un poco hacia atrás y me giro hacia Selin. Ella ya está de nuevo en movimiento. Y bailamos de nuevo, esta vez, solo nosotras dos, el mundo se queda al margen de todo y esta noche no tiene consecuencias. Aunque sé que, inevitablemente, las tendrá. Pero, entonces, una figura irrumpe entre la gente. No es alguien cualquiera. Es Ali con una camisa negra y el rostro serio. Se planta frente a nosotras con esa mezcla suya de discreción y autoridad.
—Clara —suelta de sopetón—. Tenemos que irnos. Ahora.
Selin deja de moverse. Yo me quedo quieta, copa en mano, sintiendo cómo la euforia se desvanece de pronto.
—¿Qué pasa? —pregunto, cruzándome de brazos. Aunque creo que la pregunta era innecesaria.
—Emir está muy cabreado —responde. Y no hace falta más. Selin lanza una carcajada.
—¿Y eso qué tiene que ver con nosotras? ¿También controlas las salidas nocturnas ahora, Ali? —ironiza. Ali la ignora y me mira solo a mí.
—No es una sugerencia, Clara. Es una orden, yo solo las cumplo.
Y ahí está el recordatorio, el puto muro invisible. Dejo la copa en la barra con más fuerza de la necesaria.
—Dile que la próxima vez que quiera controlarme lo intente en persona.
—Lo haré —farfulla Ali, sin inmutarse—. Pero si sigues aquí, se va a presentar él mismo, y tú sabes cómo termina eso.
El pulso me va a mil, aunque no de miedo, sino de rabia a punto de explotar.

—Entonces, que venga y nos lo diga él mismo, no que mande a uno de sus chulitos —me envalentono. Ali va a replicar, pero Selin nos interrumpe.
—Perfecto —confirma—. Entonces, vámonos. No queremos que nos estropee nuestra noche más de lo que ya lo ha hecho. Además, el pequeño rey está convaleciente.
Ali asiente, y Selin me lanza una mirada rápida, mezcla de resignación y desafío, y salimos del bar sin volver la vista atrás. Aunque, en mi interior, todo arde. Y mi carácter está a punto de salir a flote.

26

Emir

Me despierto sobresaltado, miro el reloj y le mando un mensaje a Ali para que venga. La habitación sigue en silencio, ha desaparecido la reminiscencia de su perfume y tampoco su voz suaviza la tensión que me asfixia desde que abrí los ojos. Clara no ha venido.

Sin embargo, el recordatorio de lo de anoche está ahí, frente a mí, como una burla. Cuando Ali las trajo a casa, Clara no vino directa a verme, si no que me dejó esperando hasta que entró como un torbellino a mi habitación, sin detenerse a llamar a la puerta, con una bata negra de seda anudada a la cintura y unos tacones de aguja que resaltaban sus largas piernas. Arrastró algo hasta dejarlo frente a mí.

—Clara, ¿qué es todo esto? ¿Por qué vienes así vestida? —le pregunté con sorpresa. Mi sonrisa se ensanchó cuando empecé a comprender algo—. ¿Tienes ganas de que te folle?

No dijo nada, se limitó a terminar de arrastrar una pizarra blanca justo hasta el centro de mi dormitorio. Intenté levantarme, pero no me dejó. Después, se quitó la bata con tanta lentitud que me dejó la boca seca. Debajo, llevaba un conjunto de encaje transparente, con unos ligueros a juego que harían pecar a cualquiera. Mi imaginación se disparó, al igual que mi erección.

—No exactamente, vengo a darte algo que necesitas mucho más y con mayor urgencia —susurró con una voz tan sensual que sonreí con suficiencia. Pensé que ella me plantaría cara, pero esto… ¡Joder! Esto era muchísimo mejor.

—¿Y qué es eso que según tú necesito? —le sonreí con lascivia.

—Necesitas aprender a comportarte como una persona normal, necesitas aprender a escuchar, a comunicarte sin gruñir ni ladrar

órdenes. Dar las gracias… —me susurró con una sensualidad que mi cerebro estuvo a punto de fundirse. Un segundo después, procesé lo que me dijo, aunque no lo entendí del todo—. Pero querido Emir, hoy nos vamos a centrar en la comunicación. ¿Sabes lo que significa ser asertivo? Contesta —me dijo en un tono que no admitía réplica, y no, no contesté—. La asertividad es lo contrario a lo que tú has hecho esta noche. ¿En qué pensabas cuando has decidido mandar a Ali para buscarme? —Se acercó tanto a mi rostro que nuestras narices se rozaron y nuestros alientos se entremezclaron, intenté besarla, pero se apartó, dejándome con ganas de más—. ¿No vas a contestar a esta pregunta tampoco? Veo que no, te dejo para que pienses tu respuesta, que descanses.
Se incorporó, cogió la bata y se la volvió a poner. Después, caminó despacio hasta la pizarra para escribir algo que no vi desde mi posición y se fue lanzándome un beso. La miré con perplejidad sin saber si ir tras ella y meterla en mi cama y follarla hasta que perdiera la razón, pero el dolor del costado me hizo cambiar de idea.
Miré lo que dejó escrito:

Escucha, Conversación y Asertividad.

No esperó mi respuesta, solo se giró y se marchó sin más. No la he visto desde entonces. Tenía la certeza de que esta mañana, la necesidad de hablar, de comprender, la traería de vuelta. Me equivoqué. Golpean la puerta. Es Ali. Me acerco a la pizarra y le pongo una camiseta por encima para tapar lo escrito.
—Pasa —digo. Aparece con el semblante imperturbable y las manos cruzadas a la espalda—. ¿Dónde está Clara? —le pregunto sin rodeos, cruzándome de brazos mientras camino hasta el centro de la habitación. Ali tarda un segundo. No suele hacerlo y esa pausa, breve pero reveladora, es todo lo que necesito para saber que no me va a gustar lo que me cuente.
—No ha salido de su dormitorio durante toda la mañana —responde por fin, con tono medido—. Al menos, el personal no la ha visto. A Selin tampoco.
—¿De dónde las recogiste, Ali? —me intereso. Anoche, después de que me dijeran que las dos se habían escapado, mi única

preocupación fue encontrarlas y traerlas de vuelta como fuera.
—De un bar en Beyoğlu. Un sitio discreto, pero con ambiente. El típico con música alta y copas caras. Reconocí a tres rostros conocidos del mundo del arte y las finanzas. Nada escandaloso, pero...
—¿Pero? —comienzo a impacientarme.
—Alguien podría haberlas reconocido. Clara estaba bailando con un tipo y con Selin. No parecía que tuviera intención de irse hasta que me vio. —Aprieto los dientes con ganas de saber quién es ese tipo para cargármelo con mis propias manos. Fantaseo por un momento con rajarlo desde la garganta hasta los huevos y luego cortarle las manos por atreverse a tocar algo que es mío.
—¿Qué pasó entonces? —quiero saber.
—Me miró y luego me ignoró. Fue Selin quien tomó la iniciativa para irse. Clara no protestó, pero tampoco dio explicaciones. Solo se marchó porque entendió que, si no lo hacía, habría consecuencias.
—¿Y las dejaste volver a casa solas? —pregunto, con la voz tensa como el alambre de una trampa. Ali no se inmuta, pero sé que le molesta la acusación.
—No soy su sombra, Emir. Fui a recogerlas, no a escoltarlas con grilletes. Además, volvieron con el chófer. Todo estaba controlado. Después hablé con él y me dijo que estaban demasiado cabreadas.
Cierro los ojos un segundo, no sé si por rabia o por impotencia
—Dime que no hay fotos ni tampoco un solo vídeo rondando por redes o por algún canal de cotilleos.
—Aún no he visto nada, pero el equipo de rastreo está revisando todo. Las cámaras del local, dispositivos de clientes, redes sociales... Si hay algo, lo sabremos.
—No quiero enterarme cuando ya sea tarde, Ali. Quiero prevenirlo, que averigües con quién hablaban, quién se les acercó, si alguien se pasó de listo. Y si algún imbécil las grabó, quiero su nombre, su dirección, y los derechos del puto vídeo comprados o destruidos.
Ali asiente.
—Lo haré, no te preocupes.
No lo dudo porque me conoce y empieza a entender que, cuando Clara está en medio, no hay margen de error. No necesito añadir

más. Salgo de la habitación con el pulso golpeando las sienes. Hoy no hay tiempo para errores. Esta noche es la presentación oficial de la nueva colección. Clara debía ser la joya de mi corona, y ni siquiera sé si aparecerá.

La mansión se llena de movimiento conforme avanza la mañana. Personal de vestuario, asesores de imagen, seguridad y logística caminan con paso medido por los pasillos, pero con la eficacia que se les exige. Todos saben lo que se juega esta noche. Todos, excepto Clara, que sigue sin dar señales.

En el salón principal, sobre un biombo de terciopelo gris, alguien ha dejado colgado el vestido que elegí para ella a la espera de que dé la orden para trasladarlo todo a su habitación. Alta costura italiana, diseñado para abrazar su cuerpo como si lo hubiese diseñado solo para ella. A juego, una caja con las joyas: oro blanco y zafiros, discretos pero letales, como debe ser quien camine a mi lado esta noche.

Aunque su dormitorio permanece cerrado e intocable.

Me dirijo al despacho, donde Baran y Kaan ya me esperan. Por el camino, me encuentro con una de las chicas y doy la orden de que se lo lleven todo a Clara. Cuando entro, ambos están de pie, lo que significa que no han venido a conversar, sino a resolver.

—En el puerto hay problemas —dice Kaan sin rodeos—. Anoche hubo un retraso en la descarga de las armas. Uno de los contenedores no coincidía con la documentación. El supervisor habitual no estaba y usaron a uno de los nuevos.

—¿Lo tenemos controlado? —pregunto, cerrando la puerta tras de mí.

—Sí, pero está nervioso. Y cuando alguien nuevo se pone nervioso, habla más de la cuenta —añade Baran, apoyado en el borde de la mesa.

—¿Y la mercancía?

—Está segura —responde Kaan—. Por ahora, pero el retraso podría levantar sospechas si alguien conecta las rutas.

—¿Creéis que fue intencionado?

—Creo que alguien está tanteando el terreno —responde Baran—. Demasiadas casualidades en tan poco tiempo. Primero Mehmet,

luego la emboscada... y ahora esto. Todo apunta a que alguien mueve los hilos desde dentro. No es un simple error, es una advertencia.
—¿De parte de quién?
—Sospecho de los tíos Halil y Hasan —responde Baran, sin rodeos—. Llevan meses esperando una grieta. Y esta podría ser la que están empujando con más fuerza. Quieren el control del consejo y están demasiado cerca de conseguirlo.
—No sería la primera vez que se alían con la carroña —añado—. El padre de Yağmur tiene cuentas pendientes conmigo desde hace años.
—Y ahora tiene una excusa perfecta —interviene Kaan—. Una mujer extranjera, traída a la mansión, que reemplaza a su hija. Si quieren vender tu imagen como la de un hombre que ha perdido el rumbo, no les costará mucho.
—Hablando de Kemal, ¿habéis visto cómo le mira mamá? Parece que se lo quiere comer. La pobre lleva tanto tiempo sola… —bromea Baran.
—No digas chorradas, Baran, yo no he visto nada, el calor te está afectando, ¿tú has visto algo de eso, Emir? —me pregunta Kaan.
—La verdad es que no.
—Porque sois unos sosos y no os enteráis de nada —replica Baran con ese aire de suficiencia que siempre pone cuando sabe algo que nosotros no.
—Volvamos al tema importante y dejemos las tonterías a un lado. ¿Qué pasa con la filtración?
—Es interna —afirma Kaan sin titubear—. O, al menos, alguien con acceso a información sensible. No es un ataque desde fuera, sino que nos intentan destruir desde dentro.
Cruzo los brazos. No tolero traidores y, mucho menos, cuando hay tanto en juego.
—Quiero los nombres de todos los que trabajaron en el turno de anoche. Personal del puerto, transportistas, revisores. Investigad con quién han hablado en las últimas cuarenta y ocho horas y si alguno ha hecho movimientos de dinero inusuales. Si es uno de los

nuestros, prefiero descubrirlo yo antes de que lo haga el consejo, podrían acogerse a estos contratiempos para quitarme del medio.
Kaan asiente, consulta rápidamente unas anotaciones en su *tablet* y desliza el dedo por la pantalla antes de mostrarme un par de datos relevantes.
—Ya lo tengo en marcha.
Baran me lanza una mirada de advertencia.
—Y tú, hermano, contrólate esta noche. Todos los ojos estarán sobre ti, sobre nosotros. Si Clara aparece, será portada y, si no lo hace, también.
—No me subestimes —respondo—. Puedo sonreír mientras el mundo arde y me cargo a cualquier cabrón con mis propias manos.
—Eso lo sabemos. De lo que no estamos seguros —murmura Kaan— es si, esta vez, el fuego está más cerca de lo que creemos.
No digo nada, porque soy consciente de ello. Aunque esta noche estemos rodeados de oro, luces y aplausos, hay una sombra entre bastidores esperando que caigamos en una trampa.
El atardecer entra por las celosías y tiñe la habitación de sombras doradas. El aire huele a incienso y a perfume. Todo está en silencio, pero se nota la tensión. Mi habitación parece un santuario: el traje de gala cuelga perfecto e impecable, los gemelos de oro con el escudo familiar descansan alineados sobre la cómoda y el reloj que me regaló mi abuelo —el mismo que llevé la primera vez que cerré un trato de alto riesgo— marca los minutos con una precisión insultante.
Me siento frente al espejo y abro lentamente el estuche que contiene la pajarita. Cada gesto lo hago despacio. No porque quiera, sino porque no tengo nada más que hacer mientras espero algo que no llega y que debería haber estado aquí desde esta mañana. Ella.
El nudo de la pajarita me queda más ajustado de lo habitual. No lo corrijo, porque tal vez necesito esa presión contra la garganta como un recordatorio de que puedo controlar todo, excepto a Clara.
Me abrocho los gemelos, me pongo el reloj y me miro al espejo como quien analiza a un extraño. Estoy impecable, pese a que detrás del corte perfecto del traje y del brillo del oro hay un hombre al borde de algo que no sabe bien cómo nombrar.

Salgo del dormitorio y camino hasta el pasillo donde está su habitación. El personal va y viene sin atreverse a detenerme. Golpeo la puerta una vez, espero, sin embargo, no me responde nadie. Respiro hondo antes de abrirla.

Todo está en su sitio. El vestido cuelga en la percha tal y como ordené que lo dejaran. La caja de las joyas sin abrir y ni rastro de Clara. La cierro despacio y marco el número de Ali en el móvil.

—Tráela. No me importa cómo —digo, con voz baja pero firme—. Tiene que estar en el evento. Y si se niega, la convences o la traes a rastras.

—Entendido —responde él al otro lado.

Cuelgo, porque esta noche no hay espacio para ausencias ni para desafíos. Ni siquiera para sentimientos. Esta noche todo debe parecer perfecto, aunque, por dentro, yo ya esté hecho pedazos.

Salgo de la mansión y entro en el coche. La limusina avanza por la avenida principal con lentitud. La multitud ya se ha congregado en las inmediaciones de la Fundación Demirhan. Prensa, fotógrafos, curiosos y algunos invitados aguardan su turno para cruzar la alfombra en forma de abanico dorado que da acceso al vestíbulo.

Dentro, yo guardo silencio. El chófer reduce la velocidad. Ajusto el nudo de mi pajarita con un leve tirón de los dedos. Los escoltas repasan el perímetro a través del intercomunicador. Todo está medido. Cada paso, cada ángulo de cámara, cada nombre que será mencionado durante la gala. Pero nada de eso me pesa tanto como su ausencia.

Otro de los hombres de mi confianza viaja en el asiento delantero, porque he dejado a Ali en la mansión para que se encargue de Clara. No necesito preguntarle si ha cumplido la orden. Sé que sí. Y sé que, si ella ha decidido no venir, no hay fuerza en Estambul que la arrastre hasta aquí sin consecuencias.

El coche se detiene y el portero abre mi puerta. Salgo sin más preámbulos y los *flashes* me reciben con el estruendo de una tormenta muda. Camino sin mirar a nadie en particular, con una sonrisa precisa, controlada, y los ojos fríos. Entro al vestíbulo. La música empieza. Todo brilla con una perfección casi insultante...

Las luces estratégicamente dispuestas hacen relucir los zafiros, el mármol, los trajes de gala y las sonrisas falsas. La música flota en el aire, discreta pero elegante. El salón principal de la Fundación Demirhan reluce como una joya recién pulida, y todos los ojos están donde deben estar: sobre mí.

Y, sin embargo, yo estoy atrapado en un ciclo de saludos, apretones de manos e inclinaciones medidas de cabeza. Socios, accionistas y periodistas, todos con su copa en alto, esperando leer entre líneas. Les doy justo lo que esperan: una sonrisa que no llega a los ojos y un discurso memorizado para cada tipo de interés.

Pero mis ojos no paran de buscarla hasta que la veo entrar media hora después. No lleva el vestido que elegí ni tampoco las joyas, pero de alguna manera brilla. Su cabello está recogido de forma descuidada y ese vestido rojo, que no sé de dónde lo ha sacado, le abraza las caderas, desafiando cada una de mis reglas no escritas. Camina con seguridad, aunque sabe que llega tarde, y le da igual. No viene a agradar, sino a imponerse.

Y me mira.

Una mirada que no contiene disculpas ni promesas, tan solo una advertencia silenciosa de que no piensa dejarse dominar y que me golpea en la garganta como un disparo bien dirigido. El mundo, durante un instante, desaparece. Y por dentro, me desarmo, aunque no cedo. Me acerco con paso lento, sin dejar que la tensión en mis hombros se note más de lo necesario. Cuando llego a su lado, no hablo de inmediato. La observo de cerca, y solo entonces dejo escapar la primera frase con voz suave:

—¿De dónde has sacado ese vestido?

Clara no parpadea. Me sostiene la mirada con la misma calma con la que uno se toma una copa.

—De mi maleta. La misma que no abriste cuando decidiste vestirme como un adorno más de tu vitrina de lujo. ¿Dónde ha quedado la clase de anoche?

Sonrío para el público y los *flashes*, aunque por dentro la mandíbula se me tensa como si estuviera masticando acero.

—Es una fiesta de presentación —digo entre dientes, sin dejar de sonreír—. No un ensayo para que todos fantaseen con desvestirte.

Ella ladea la cabeza, divertida.
—Lo tomaré como un cumplido.
—Lo tomarás como una advertencia —susurro, más cerca, bajando el rostro hacia el suyo—. Y esta noche, cuando acabe el espectáculo, te voy a recordar exactamente qué pasa cuando ignoras mis advertencias y te daré una clase de *aserloquesea*.
—Ah, ¿sí? —murmura, con una curva apenas insinuada en los labios —. ¿Otra lección privada de protocolo, o algo que realmente valga la pena desobedecer? Porque yo estoy dispuesta también a seguir enseñándote, que realmente te hace falta. Aprenderás lo básico. Buenos días, buenas tardes, gracias, estás muy guapa… Ya sabes, lo primero que una persona normal y corriente aprende a los dos o tres años. Por cierto, no me diste las gracias por volver a la mansión cuando ordenaste a Ali que nos recogiera amablemente.
Mi respiración se desajusta por un instante, apenas un segundo, solo lo suficiente para que lo note. Clara sonríe, yo no. Me inclino hacia ella, tan cerca que el murmullo se convierte en una promesa contra la curva de su oído.
—Cuando volvamos a casa —susurro—, vas a desnudarte lentamente. Te voy a dejar de pie, con ese vestido en el suelo, las muñecas atadas al cabecero y los ojos cerrados. Y cuando empiece, no pararé hasta que jures que no volverás a desobedecerme.
Ella no dice nada, solo arquea la ceja izquierda, conteniendo una carcajada o una imagen demasiado viva.
—¿Y si no me arrepiento? —murmura, con voz tan baja que apenas vibra entre nosotros—. ¿Y si desobedecerte vuelve a ser lo mejor que me ha pasado en días?
El calor sube tan deprisa que tengo que inspirar hondo para contenerlo. Me tenso, me excito y me desequilibro, todo al mismo tiempo. No sé si quiero que no vuelva a retarme o que lo haga ahora mismo.
Y justo entonces, como una bala de hielo atravesando el calor que nos estaba comenzando a explotar, un periodista irrumpe en el círculo.
—Señor Demirhan, ¿qué tiene que decir sobre los rumores de una investigación judicial por evasión fiscal en sus rutas de importación

desde Dubái?
Un latigazo de tensión me atraviesa el estómago, pero no dejo que la sonrisa se desvanezca. Me vuelvo hacia el periodista con una lentitud medida, y mi mirada, aunque templada, deja claro que ha cruzado una línea que no debería.
—Los rumores —respondo, con voz grave— siempre han sido la especialidad de quienes no tienen el valor de preguntar de frente. Demirhan Jewels está limpia y lo estará mientras yo lleve este nombre.
Los flashes se disparan. Algunos murmullos recorren el salón, pero me mantengo firme, pese a que, por dentro, ya no estoy ahí. La adrenalina me recorre como un veneno por todo mi cuerpo. Kaan aparece justo a mi derecha en silencio. No dice nada, solo me muestra su teléfono. En la pantalla, un mensaje encriptado. Palabras clave: «interceptado», «ruta oeste», «riesgo alto». No hace falta más.
—Vamos —digo sin mirarlo.
Tomo aire y me vuelvo hacia Clara. La encuentro observando al periodista con esa mezcla entre curiosidad o querer matarlo. Me acerco un poco.
—Quédate aquí. Sonríe. Baila si hace falta, pero no hables con nadie más de la prensa. Si alguien se te acerca con preguntas, nos buscas a alguno de nosotros.
—¿Algo grave? —pregunta ella, sin fingir preocupación.
—No más que de costumbre —respondo. Luego me inclino un poco más—. Prometí que esta noche terminaría contigo desnuda y rendida. No pienso romper esa promesa. Solo necesito encargarme primero de los que aún no entienden que este imperio no se toca.
—Y tú que no puedes hacer promesas que no puedes cumplir.
Y sin decir nada, me giro y sigo a Kaan hacia la salida lateral del salón, dejando tras de mí la música, los murmullos y a Clara rodeada de luces que esta vez no iluminan, sino que ciegan. Cruzo el pasillo con el ritmo de alguien que ya ha elegido a quién va a eliminar esta noche. Mi sombra se proyecta contra las paredes como si también quisiera adelantarse. El puñal de la información ha llegado, y con él, la señal que no puedo ignorar. Kaan me espera en la puerta del despacho, con el móvil ya desbloqueado.

Abro la puerta. Baran y Ali ya están dentro. Cierro. Doy dos pasos. Y entonces hablo:
—¿Quién ha filtrado la información?
Silencio.
—No me miréis así. Esa pregunta en mitad de la fiesta no ha salido de un periodista curioso, sino de alguien con acceso o de quien que quiere romper nuestra fachada.
Ali se aclara la garganta.
—Podrían estar preparando algo más grande. Una filtración pública es el primer paso. Después vendrán congelaciones, inspecciones, cámaras...
—¿Y qué coño hacemos todavía hablando? —interrumpo.
Baran se sienta, pero solo para dejar el vaso sobre la mesa. No ha bebido. Nadie tiene sed esta noche.
—Querías exposición. Una colección con focos, invitaciones a la prensa. Esto forma parte del precio.
—No —respondo—. Forma parte de la traición.
Me acerco a la pantalla de la cámara que enfoca al salón y me fijo en Clara. A su lado, un hombre que no debería estar allí. No forma parte de la prensa acreditada ni lleva distintivo. No sonríe. Solo la mira con curiosidad.
—¿Quién es ese?
Ali revisa el móvil.
—Sin acreditación. Nadie del equipo de relaciones públicas lo tiene en la lista. Pudo colarse o alguien le facilitó la entrada. Aún no lo hemos identificado.
Me acerco un paso más a la imagen. No hay rabia en mi rostro. Solo una tensión brutal bajo la piel. Porque la amenaza real no es el camión perdido. Ni la filtración. Es esa mirada sobre ella.
—Quiero saber quién es, de dónde viene, a quién responde y qué coño le ha dicho.
—¿Y si no le ha dicho nada? —pregunta Baran.
—Nadie se acercaría para hablar con ella sin amenazarla. Hay que hacer que hable —Me giro y ordeno sin un ápice de duda—. Sellad los accesos. Que nadie salga sin escáner facial y que nadie entre sin que se les revise por completo. Revisad cámaras. Buscad el momento exacto en el que cruzó la puerta. Si hay una mano de los nuestros detrás, quiero saberlo esta misma noche, que me traigan su cabeza en una bandeja de plata.
Ali asiente.
—¿Y la ruta oeste?
—Que limpien el rastro. Cambiad la mercancía a un nuevo convoy y movedlo esta madrugada. Pero solo con hombres nuestros. Sin subcontratas. Sin nombres nuevos. Si algo vuelve a fallar, no buscaré responsables. Los asumiré. A todos.
Silencio.
Entonces, Kaan da un paso. El único que puede hablarme sin miedo.
—¿Y qué hacemos con la prensa? Mañana saldrán titulares.

—Dejadles. Cuando vean lo que pasa con el primero que intenta tocar lo que no debe, se olvidarán de la evasión y empezarán a hablar de miedo. Y el miedo… paga más que la reputación.
Me detengo frente a la imagen congelada de Clara, tan bella y ajena, tan frágil en ese instante.
—Ella no debe saber nada. Pero a partir de esta noche, ni una sola palabra, ni una sonrisa, ni una sombra a su lado que yo no haya autorizado antes. Si alguien intenta acercarse otra vez…, que no encuentre ni su sombra al volver la cabeza.
Ali y Baran asienten. Kaan sostiene mi mirada. Y yo, por primera vez en mucho tiempo, siento algo que no quiero decir en voz alta. Miedo.

27

Clara

No debería haber estado en ese pasillo y, menos aún, a esa hora. Y, sin embargo, allí estaba, a medio camino entre la puerta abierta del despacho, tras pasar la noche en otro dormitorio que me indicó Selin para que no me encontrara Emir, y el susurro grave de tres voces que no sabían que las oía. Emir, Kaan y Baran. No entendí todo, algunas palabras se me escapaban, otras se me clavaron como dardos. «Filtración, contenedor interceptado, interno, demasiado expuesta». Y mi nombre.

Lo dijeron. Emir fue el que lo pronunció. Y después de eso, mi respiración cambió, se volvió más superficial y más consciente. Me aparté antes de que alguien saliera. No quería escuchar más. No sabía si podía soportarlo.

Subí a mi habitación y cerré la puerta como si fuera a contener con eso toda la tormenta. El vestido seguía colgado. El que él eligió. Tan perfecto. Tan... adecuado. Una obra de arte pensada para que yo fuera la joya de su imperio, pero yo no soy ninguna joya ni formo parte de su puñetero imperio.

No sé explicarlo bien. Solo que esta noche, cuando me he visto en el espejo con el vestido rojo que traje desde Madrid, algo se ha alineado dentro de mí. No es un acto de rebeldía o, por lo menos, no solo eso. Es una forma de decirme a mí misma que sigo siendo yo, que mi voz, aunque rota, sigue ahí. He cuidado el maquillaje más que nunca, me he puesto los pendientes pequeños de aro que me regaló Marina antes de venir, y el perfume que una vez me hizo sentir poderosa. Y he bajado tarde a propósito.

Ali no me ha dicho nada, se ha limitado a abrir la puerta del coche y a sentarse delante, aunque sé que me ha observado por el retrovisor. La llegada ha sido todo lo que imaginaba: opulenta,

teatral y sofocante. Los flashes, los murmullos y la música envolvente que no disimula la tensión en el aire. Y, entonces, lo veo.
Emir. Increíble en ese traje oscuro que parece tejido con arrogancia y peligro. Con el rostro contrariado, la sonrisa estudiada y esa mirada que busca hasta que me encuentra. Me acerco sin prisa, con la cabeza alta, aunque por dentro arda. Y cuando nuestras miradas se encuentran de nuevo, sé que ya no hay vuelta atrás.
Yo había decidido ir y aparecer con otro vestido. Y ahora tenía que aguantarme, aunque él me desnudara con la mirada. A veces, resistir es quedarse y no rendirse.
Avanzo entre los invitados con una seguridad que no siento ni por asomo. Por dentro, un nudo me aprieta el pecho. Respiro hondo y sigo. No voy a darles el gusto. Siento algunas miradas y oigo un murmullo ahogado cuando alguien me reconoce como «la intérprete», esa mujer que apareció en la primera reunión con Demirhan Jewels y que ahora se pasea como si le perteneciera la mitad de la sala. Y entonces, él se gira y me mira. Sus ojos me atraviesan, me recorren y me descomponen.
—¿De dónde has sacado ese vestido? —susurra, con una sonrisa que no llega a sus ojos mientras parece que me elogia y me castiga al mismo tiempo. Me sostengo sobre unos tacones y un hilo de orgullo que no sé cuánto aguantará. La música de fondo suena lejana, porque su voz lo llena todo.
—De mi maleta. La misma que no abriste cuando decidiste vestirme como un adorno más de tu vitrina de lujo. ¿Dónde ha quedado la clase de anoche?
Sonríe para el público y los flashes, pero por dentro, su mandíbula se tensa. Lo noto en la forma en que la piel le aprieta levemente en la comisura.
—Es una fiesta de presentación —dice entre dientes, sin dejar de sonreír—. No un ensayo para que todos fantaseen con desvestirte.
Mi respuesta brota fácil, natural, como si llevara ensayándola desde que bajé las escaleras.
—Lo tomaré como un cumplido.
—Lo tomarás como una advertencia —susurra, más cerca, bajando el rostro hacia el mío—. Y esta noche, cuando acabe el espectáculo,

te voy a recordar exactamente qué pasa cuando ignoras mis advertencias y te daré yo una clase de *aserloquesea*.
Me guardo la sonrisa porque ni tan siquiera es capaz de pronunciar la palabra y porque ahí está. El mordisco que esperaba. El roce de su voz en mi oído que no se conforma con acariciar y que me sacude por dentro. Me revuelve y, al mismo tiempo, me calienta. Como si una parte de mí deseara desafiarlo solo para recibir ese castigo. Para verlo perder ese control perfecto por mi culpa.
—Ah, ¿sí? —murmuro, con una mueca apenas insinuada en los labios—. ¿Otra lección privada de protocolo..., o algo que realmente valga la pena desobedecer? —Entonces, le suelto un discursito sobre habilidades sociales. Realmente, pienso que debo dárselo, porque me imagino que su madre también carece de eso. Yo sonrío, él no.
—Cuando volvamos a casa —susurra—, vas a desnudarte lentamente. Te voy a dejar de pie, con ese vestido en el suelo, las muñecas atadas al cabecero y los ojos cerrados. Y cuando empiece, no pararé hasta que jures que no volverás a desobedecerme.
No digo nada, solo arqueo una ceja despacio, con una mezcla entre provocación y desafío. En cambio, por dentro, todo se acelera. La imagen de mí misma obedeciéndole me golpea sin que pueda evitarlo. Me excita y me irrita, porque no sé qué deseo más, si cumplirlo o negarme solo para provocarlo más.
—¿Y si no me arrepiento? —murmuro, con un tono de voz tan bajo que apenas vibra entre nosotros—. ¿Y si desobedecerte vuelve a ser lo mejor que me ha pasado en días?
Lo desestabilizo. Lo noto en el cambio de su respiración, en la forma en que tarda un segundo más en responder. Su voz suena distinta, más baja, más áspera. Me atrapa. Me somete. Y yo me dejo. Hay una parte de mí que no debería disfrutarlo tanto, sin embargo, inexplicablemente lo hace. Cada palabra que me lanza es un mordisco lento contra mi voluntad. Me sabe a juego, a castigo, a un placer oculto que no he pedido, pero acepto. Y justo en ese instante, un periodista irrumpe con una pregunta envenenada. Emir gira el rostro hacia él. Yo me quedo inmóvil.
Una pregunta sobre Dubái, sobre evasión fiscal y negocios. No entiendo el contexto exacto, pero el ambiente se enfría de repente y

la tensión sube. Emir contesta con firmeza, y entonces aparece Kaan, que le muestra algo urgente en el teléfono. Él me mira.
—Quédate aquí. Sonríe. Baila si te apetece, pero no hables con nadie más de la prensa. Si alguien se te acerca con preguntas, nos buscas a alguno de nosotros.
—¿Pasa algo? —pregunto, con la voz más neutra de lo que siento.
—No más que de costumbre —responde—. Prometí que esta noche terminaría contigo desnuda y rendida. No pienso romper esa promesa. Solo necesito encargarme primero de los que aún no entienden que este imperio no se toca.
Me deja con una promesa en los labios, con el cuerpo en tensión y excitada, para qué negarlo, con solo un par de palabras: desnuda y rendida. Y con la certeza de que no soy solo una espectadora más. Aunque aún no sepa en qué me he metido exactamente.
El murmullo de la sala vuelve a envolverme como una niebla espesa. Me siento fuera de lugar, todos saben qué hacer menos yo. Las luces brillan con una intensidad insultante y la música ha subido ligeramente el volumen.
Me acerco a la barra con pasos lentos. Quiero aparentar firmeza, pero cada centímetro de mi cuerpo grita que estoy al límite. El camarero me sonríe con educación. Pido agua, necesito que el hielo enfríe lo que su voz ha encendido.
—¿Has venido a escandalizar otra vez? —pregunta Selin, apareciendo a mi lado con esa sonrisa cómplice que empieza a resultarme familiar.
La miro, aliviada y agradecida, aunque no se lo diga. Lleva un vestido negro de seda que se ciñe con esa elegancia innata que solo algunas mujeres heredan. Sostiene una copa de vino tinto con la misma firmeza con la que me sostuvo del brazo la noche anterior, cuando salimos entre risas y gritos de un bar lleno de desconocidos.
—Solo un poco —respondo, devolviéndole la sonrisa—. Lo justo para que no se me note que quiero salir corriendo.
—Pues vas por buen camino. Te juro que he visto a tres tías mirarte como si fueras Beyoncé en los Óscar, pero con cara de «¿y esta quién se cree que es?». ¿De dónde sacaste ese vestido?

—De mi maleta. Quería algo que no pareciera elegido por un comité de expertos en protocolo.
—Te aseguro que has conseguido justo lo contrario. Ahora todos creen que fue una jugada maestra.
Reímos. Es un momento extraño e íntimo, como si estuviéramos en un rincón de nuestra propia burbuja. Me gusta su presencia, me calma, pero también me conecta con la realidad.
—¿Tú estás bien? —le pregunto con naturalidad—. Ayer me dio la sensación de que necesitabas esa salida tanto como yo.
—Y no te equivocas. Me hacía falta recordar que aún sé divertirme sin tener que dar explicaciones.
—¿Y hoy?
—Hoy he vuelto a ser la Selin que todos esperan, aunque reconozco que contigo cerca me cuesta un poco más fingir.
Le doy un pequeño empujón con el hombro, y ella se ríe. Me agrada esta versión suya, más divertida y humana. Me da la impresión de que nos parecemos mucho.
—Gracias por acercarte —le digo más bajo—. Me estaba empezando a sentir… No sé, como una intrusa disfrazada de invitada.
—No eres una intrusa, Clara. Eres la única que se ha atrevido a ignorar las reglas absurdas que los demás siguen sin rechistar. Eso, en esta familia, es un acto de guerra. Y, sin embargo, aquí estás. Si hubieras sido otra, Emir ya habría puesto el mundo patas arriba para recordarte tu sitio. Pero contigo... no lo hace. Y, sinceramente, no sé si eso me inquieta o me fascina.
Nos quedamos en silencio un segundo y después brindamos con un leve choque de las copas. Y, por primera vez, siento que tengo una amiga en esta casa donde las verdades se esconden mejor que las joyas. Selin se marcha con la promesa de volver en un rato, y yo me quedo allí, apoyada en la barra, con la copa de agua entre las manos y una maraña de pensamientos dándome vueltas en la cabeza como una espiral infinita.
Desde que he cruzado esa puerta, no he dejado de observar cada gesto, cada mirada y cada palabra cuidadosamente ensayada. La forma en que algunos se giran hacia mí con curiosidad; otros, con

desprecio disfrazado de cortesía. Y todos, todos, evaluándome igual que a una inversión de riesgo.
Me escabullo del centro del salón y me acerco a una de las columnas. Desde allí puedo ver mejor. Puedo escuchar fragmentos de conversaciones y distinguir nombres. Uno se repite más de lo que me gusta: Altın Halka. No en voz alta, es algo susurrado, casi en secreto y nunca de manera directa o completa, pero es suficiente para que algo se encienda en mi interior.
El recuerdo de aquella conversación entre Emir, Kaan y Baran vuelve a mí como un relámpago. Las palabras. La tensión. La advertencia. Y su voz, grave, diciendo que yo estaba expuesta.
¿Expuesta a qué?
Respiro hondo y me muerdo el interior de la mejilla. No quiero ser paranoica, pero hay algo que no encaja. Demasiadas piezas sueltas y verdades a medias. Y lo peor no es lo que no sé. Y cada vez siento con más fuerza que hay algo que él no quiere que descubra. Eso, más que el peligro, es lo que me da verdadero miedo.
—No deberías estar aquí sola —susurra una voz masculina a mi espalda.
Me giro despacio. El hombre es alto, trajeado y con una sonrisa falsa que no alcanza a los ojos. No lo conozco y no me gusta, hay algo en su presencia que me crispa.
—Estoy esperando a alguien —respondo, tensa.
—Sí, lo sé. A alguien que ya ha empezado a perder el control, y eso nos afecta al resto. —Trago saliva. La copa me delata con un ligero vaivén. El hombre da un paso más cerca, y aunque no me toca, invade un poco mi espacio—. Quiero darte un consejo, Clara —dice en un tono que se pretende amable, pero que huele a amenaza—. Las mujeres como tú, que vienen de fuera creyendo que el mundo sigue las mismas reglas, no solo estorban. A veces se convierten en un riesgo. Y las amenazas, en este mundo, no se gestionan… se eliminan. Así que brilla todo lo que quieras esta noche, porque podría ser la última vez que alguien te vea hacerlo. No encajas aquí con él.
Estoy a punto de contestar, de plantar cara, cuando una sombra más densa se proyecta sobre nosotros. Emir.

—¿Hay algún problema? —pregunta con una calma afilada que corta el aire como una navaja.
El hombre da un paso atrás. No se disculpa, se limita a asentir como si nada hubiese ocurrido, y desaparece entre la multitud. Yo sigo helada, con la garganta seca y el cuerpo alerta. Emir no me dice nada al principio. Solo me mira. Y entonces se gira ligeramente hacia Ali, que ha aparecido a su espalda como un fantasma.
—Sácala de aquí —ordena en voz baja, con un tono que no permite réplica—. Ahora.
—¿Qué pasa? —pregunto, con un hilo de voz.
—Ya no es seguro —responde él, sin dejar de mirar hacia donde se fue el desconocido—. Y yo he cometido el error de creer que podía protegerte con distancia. No volveré a hacerlo.
Y, en ese instante, lo que siento no es solo miedo. Es que, por fin, el juego ha comenzado de verdad.

28

Emir

Ali conduce mientras Clara y yo vamos atrás. Ella no me pregunta nada, y yo continúo con mi forma de actuar de siempre, tampoco le explico dónde vamos. Solo escucho su respiración. Esa forma que tiene de resistirse incluso cuando no dice una palabra. Me recuerda que sigo vivo y que estuve a punto de no llegar a tiempo esta vez. Casi la tocan, rozaron el límite, pero lo que no saben es que jamás lo permitiré.

Se revuelve en el asiento, cruzando las piernas. No sé si por nervios o por pura provocación. La conozco lo suficiente para saber que, cuando parece calmada, es cuando más cabreada o excitada está.

No le hablo hasta que llegamos a la entrada de mi casa privada. El lugar donde nadie entra. Donde ni mi familia tiene acceso sin mi permiso.

—Baja —le ordeno con voz grave.

Ella me lanza una mirada rápida. Ahora no discute, parece que sabe bien cuándo elegir sus batallas, y me sigue hasta dentro. Las luces se encienden solas. El aire huele a cuero, a metal y a madera tratada. Es una casa hecha para desconectarme del mundo, entrenar, castigar y decidir.

Subimos las escaleras. No le muestro el dormitorio, por el contrario, la llevo directamente hasta el nivel inferior, a mi gimnasio. Allí, bajo la luz tenue, hay un banco de ejercicios, espalderas, colchonetas, cuerdas de entrenamiento. El olor es limpio y frío. Ella se detiene.

—¿Aquí?

Asiento, y cierro la puerta despacio y me apoyo contra una columna. La miro.

—Desobedeciste. Te puse un vestido. Elegí cada detalle. Te di instrucciones claras. Y apareciste vestida para que todos fantasearan

contigo.
Clava los talones al suelo mientras juguetea con los dedos de las manos.
—No soy una marioneta. No voy a obedecer cada orden sin pensar.
—No. No lo eres. Pero vas a aprender que tus decisiones tienen consecuencias. Y esta noche… las vas a sentir.
Sus labios se entreabren, no tiene miedo, sino expectación, hambre y algo más oscuro que no quiere confesar.
—Quítate los zapatos. Y ven aquí.
Ella duda, sin embargo, obedece. Precisamente ese gesto me pone más que cualquier otro. Me quedo un segundo en silencio.
—No vamos al dormitorio, porque eso sería demasiado fácil. Esta vez vas a descubrir cómo se castiga el deseo mal dirigido y cómo el dolor, si lo administro bien, puede hacer que ruegues por más.
Ella se queda de pie, descalza, en mitad del gimnasio. El aire se espesa entre los dos. Yo respiro despacio, dejo que el ansia repte bajo mi piel y me arda en la sangre.
—No vamos a correr, Clara. Esto no va de impulsos. Esta noche no serás la mujer que me desobedeció, sino una que decidió rendirse bajo mis reglas. —Ella no contesta. Su respiración es más alta. Está rígida, pero no da un paso atrás. Y eso solo alimenta mis ganas de desarmarla pieza por pieza. Camino despacio hasta quedar frente a ella. No la toco todavía—. Primera regla —digo en voz baja, como si le dictara un hechizo—: no hablar si no se te permite. Solo responderás cuando yo lo indique. —Su ceja dibuja una pregunta muda, pero no replica—. Segunda: no te moverás si no te lo ordeno. Si te digo que permanezcas quieta, lo harás. Y si no puedes, me lo demostrarás con el cuerpo. No con palabras.
Ella traga saliva. Sé que su mente ya empieza a imaginar, y eso es justo lo que quiero.
»Tercera: esta no es una prueba de fuerza. No quiero que lo soportes, sino que lo sientas todo. El placer, el control, el castigo y el deseo. Y quiero que me lo muestres.
Me acerco más, su aliento me roza, y me detengo a centímetros de su oído.

»Cuarta regla, y la más importante. Confío en ti. No porque me hayas dado motivos suficientes, sino porque sé que, cuando te sobrepases, cuando algo deje de excitarte para empezar a dolerte de verdad, lo dirás. Y si no lo dices, Clara, si mientes, lo sabré. Porque estaré pendiente de cada gesto. De tu mirada. De tu piel.
Ella se estremece. Lo noto. Retrocedo apenas unos pasos y saco de un arcón cercano una cuerda suave, enrollada como un lazo elegante. La dejo a un lado, aún no la usaré. Allí tengo todo lo necesario para esta noche.
—Ahora escoge una palabra de seguridad. Algo que no tenga nada que ver con lo que estamos viviendo. Que me diga, sin dudas, que quieres parar. ¿Prefieres Rojo? ¿Estambul? ¿Niebla? —le sugiero mientras me deshago del maldito vestido rojo de la fiesta y lo arrojo a un lado.
Ella duda un instante, luego elige. Su voz es baja pero firme.
—Estambul.
Asiento y la memorizo tras aguantar una sonrisa por la palabra que ha escogido. Es diferente al resto de las mujeres que he conocido hasta ahora incluso en estos simples detalles.
—Bien. Si la dices, todo se detiene. No hay juicio ni castigo. Solo tú decidiendo. Ese es tu poder. El resto me pertenece. —Me acerco. Esta vez sí le levanto el mentón con dos dedos. Sus ojos están encendidos. No hay miedo, sino fuego, desafío y entrega—. ¿Quieres continuar? —pregunto. Ella asiente—. Dilo.
—Sí.
—Dilo bien.
—Sí, Emir. Quiero continuar.
Y con eso, por fin, empieza el juego.
Me tomo un segundo más. Solo uno, porque verla así, de pie, desnuda, solo con un conjunto de ropa interior mejor que el de la otra noche, en rojo, de encaje y trasparente, mientras espera con la excitación latiendo bajo su piel, me rompe todo mi autocontrol en tiras, pero también me confirma que hice bien en traerla aquí.
—Ponte de rodillas —ordeno con voz baja.
Ella duda un instante por orgullo, en cambio, obedece. Y cuando lo hace, lo hace de manera lenta, sin apartar la mirada de la mía, como

si me desafiara incluso al rendirse. Dios, ¡qué manera de arder tiene esta mujer!
Camino despacio a su alrededor. No necesito fuerza para dominarla. Me basta con la voz, con las órdenes y con la certeza de que me pertenece en este instante. Y eso me excita como jamás me hubiera imaginado.
—Estarás quieta mientras te exploro. No voy a tocarte todavía, no tenemos prisa.
La levanto de nuevo y saco unas esposas forradas de cuero. Me agacho frente a ella con cuidado, y le tomo las muñecas. Con un rápido movimiento, las cierro. El sonido del clic del cierre metálico la sobresalta. Sin embargo, cuando la miro desde abajo, veo que respira con profundidad. Quiero que lo sienta. Que sepa que no puede irse y, lo mejor de todo, que no quiere hacerlo.
—Levanta los brazos.
Lo hace de forma lenta. Sus pezones se le marcan bajo el encaje del maldito sujetador y entreabre la boca un poco. Ese simple gesto provoca que casi pierda la razón. Me incorporo y me acerco a ella.
—Bien —susurro junto a su oído—. Estás preciosa así. Como una mujer que sabe lo que quiere, aunque le cueste admitirlo.
Deslizo las manos por sus costados, sin apenas rozarla. Su cuerpo se sacude por mi toque, no por frío, sino por todo lo que no puede reprimir.
—Cada movimiento tuyo, esta noche, tendrá una consecuencia —digo mientras rodeo su cuerpo—. Si intentas moverte, te castigaré. Si me provocas con la mirada, lo haré peor. Pero si obedeces…, si te entregas…, entonces sabrás lo que significa disfrutar con cada fibra del cuerpo.
Ella aprieta los muslos, mi polla lo hace en los pantalones.
—Estás imaginando lo que voy a hacerte, ¿verdad?
—Sí —susurra.
Me detengo frente a ella y me inclino un poco para susurrarle al oído.
—Pues no estás ni cerca.
Me aparto solo lo justo para tomar el pañuelo negro del arcón. No es una venda rígida, pero basta para nublarle la vista. Se lo coloco con

cuidado, atándoselo con precisión tras la nuca.
—Ahora verás menos, pero sentirás más. Cada roce, cada cambio de temperatura… va a quedarse grabado en ti tallado con fuego.
Ella asiente. Sus labios tiemblan apenas. Y yo… yo contengo un gemido. Esta mujer me desarma con cada exhalación.
Tomo una fusta y la deslizo con suavidad por su clavícula. Luego bajo por el centro de su pecho, el cuero roza su piel con una lentitud casi insoportable. El efecto es inmediato. Clara jadea, pero no dice una palabra.
—Esto es solo el principio —murmuro—. Voy a descubrir cada rincón tuyo que reaccione al dolor. Y después lo convertiré en placer. Separa un poco más las piernas.
Alterno con mis dedos, trazando líneas suaves con las yemas por sus costillas, para después marcar con un leve azote justo en la parte interior del muslo, no demasiado fuerte, solo lo suficiente para que sepa que puedo.
Ella aprieta los dientes. Su cuerpo se sobrecoge, en cambio, no se mueve, tal y como le he pedido al principio.
—Buena chica —susurro, inclinándome a rozar su oreja con los labios—. Así me gusta. Tan entregada, tan obediente y tan jodidamente mojada sin que la haya tocado donde importa. Huelo tu excitación desde aquí.
Aspiro con profundidad y paso la fusta por su abdomen, y luego, le marco un golpe suave en el muslo opuesto. Otra vez. Otro azote. Siempre alternando con caricias tranquilizadoras. Y cuando se estremece, paso la lengua por el mismo sitio, como una disculpa seductora.
Su respiración se acelera. Gime, casi sin querer. Y yo siento el pulso duro en mi entrepierna, la tensión que me arranca la cordura a bocados, pero todavía no cedo.
—¿Quieres que te toque más? —le susurro. Ella asiente y, con un movimiento que hace con las muñecas, se escucha el sonido de la cadena que une las esposas.
—No. Dilo.
—Sí. Por favor, Emir, quiero que lo hagas.

Sonrío. Porque sé que está en ese punto exacto entre rendirse y desear más castigo. Y ahí es donde la quiero, donde la necesito. Y aún no he terminado con ella. Abro una de las esposas de su muñeca solo para engancharla con los brazos por encima de la cabeza, sujetas a una de las barras horizontales del gimnasio, y volver a cerrarla. Ella jadea al sentir la tensión. No está incómoda, pero sí completamente expuesta, inmóvil, y jodidamente mía.

—Así puedo verte mejor —susurro, acariciando el interior de su muslo—. Y puedo hacer que te corras como nunca, sin moverte ni un solo centímetro.

Deslizo con tanta lentitud ese maldito tanga por sus muslos que hasta yo mismo tengo que respirar profundamente para no perder la razón. Me aseguro de acariciar por el camino cada centímetro de sus piernas y luego lo lanzo al suelo. Su piel se sobrecoge bajo la luz tenue. La admiro con todo el tiempo del mundo, este fuera mi altar y ella, el único objeto digno de adoración cruel.

Me acerco a una botella de acero de agua que hay sobre uno de los bancos. La agito ligeramente, como si necesitara asegurarme de que sigue fría. Luego vuelvo a ella, sin decir nada. Inclino la botella y dejo que un pequeño hilo de agua caiga sobre su pecho, justo donde la tela no la cubre. El líquido resbala con lentitud, marcando un camino brillante sobre su piel caliente. Clara jadea, tensa, sin poder ver de dónde viene el siguiente movimiento. Me agacho. Paso la lengua por el rastro que ha dejado el agua. Despacio y con precisión. La oigo gemir muy bajo, no quiere darme la satisfacción. Demasiado tarde. Ya es mía.

—Esto todavía no es placer, Clara. Es la preparación. Y lo que viene ahora no será indulgente.

La acaricio con la lengua, apenas rozando, recorriendo su vientre hasta su centro. Lo encuentro empapado. Le paso la lengua una y otra vez. Luego, cambio de ritmo. Me detengo, retomo y, justo cuando empieza a tensarse, me aparto.

—No. Aún no —le digo, con firmeza—. Te ordené no correrte sin permiso. Y todavía no te lo has ganado.

Ella se queja en voz baja. Tensa las muñecas contra la cuerda. Su cuerpo vibra, como si la frustración fuera un nuevo tipo de tortura.

—¿Te duele no poder alcanzar el orgasmo, Clara? —susurro junto a su oído.
—Sí…
—Perfecto. Esa es la lección.
Tomo la fusta plana. Golpeo su muslo. Después el otro. Calculado, firme. No con rabia, sino con intención. Cada azote le arranca un gemido más alto. Y cuando su cuerpo se sacude por completo, regreso con los dedos. Círculos lentos, largos y desesperantes.
Ella empieza a rogar en voz baja, apenas audible, pero lo suficiente para que yo me endurezca aún más.
—¿Qué me vas a dar a cambio si dejo que te corras?
—Lo que quieras… —murmura—. Lo que necesites.
—Entonces prepárate —gruño. Me desnudo con rapidez, con urgencia, en apenas unos segundos, y la penetro de golpe, sin aviso, sujetándola de la cadera con una mano y con la otra en su nuca. Clara grita de placer, de liberación, de hambre.
No me muevo rápido. Lo hago con paciencia. Salgo, entro, me detengo y vuelvo. Cada embestida es una promesa rota y renovada al mismo tiempo. Y, aun así, siento el calor subir tan rápido que me obligo a cerrar los ojos un segundo. Su cuerpo, su entrega, la forma en que se arquea por mí... Joder, me cuesta no correrme ya. Aprieto los dientes. La mano libre se clava en su cadera con más fuerza de la que pretendía. Cambio el ritmo. Me detengo. Inspiro hondo. Paso mis labios por su clavícula, saboreando su piel salada. Eso me ayuda. Me devuelve a la realidad. No pienso rendirme antes que ella.
—¿Quieres correrte? —le gruño al oído.
—Sí, Emir…, por favor…
Me detengo, todavía quiero alargar esto un poco más. Ella gime con frustración. Su cuerpo tiembla, está al borde. Pero ahí es donde la quiero.
—No te has ganado ese derecho aún —murmuro mientras me aparto despacio.
Le suelto con cuidado las esposas de la barra y la sostengo un segundo para que no se desmorone. Está temblorosa, caliente, perdida en su deseo. La guío sin decir nada hasta el otro extremo del gimnasio, así nos da tiempo a recuperarnos para volver a

empezar, donde aguarda una máquina de remo vertical robusta, con estructura metálica, empuñaduras acolchadas y correas de resistencia enrolladas en sus laterales. Sobria, funcional, hecha para resistir. Perfecta para lo que tengo en mente.

—Apóyate aquí —ordeno, colocando sus manos sobre las agarraderas acolchadas—. Rodillas separadas. Saca un poco el culo. Eso es.

Ella obedece sin ver, pero sin vacilar. Su cuerpo queda inclinado hacia delante, el pecho proyectado, la espalda arqueada, completamente expuesta. La imagen que tengo delante es obscenamente perfecta. Tomo otra cuerda del arcón. La uso para sujetarle las muñecas a los laterales de la máquina. El leve crujido del metal y el chasquido de la cuerda llenan el aire. La estiro solo lo justo para que no pueda soltarse, pero sin forzarla. Recojo la fusta del suelo. Camino despacio a su alrededor. Paso la punta por su espalda, bajando por la curva de su cintura. Luego trazo círculos lentos sobre sus pezones duros. Clara se estremece, pero no dice nada. La fusta hace un leve sonido al azotarla con suavidad, primero un pecho, luego el otro. No es dolor. Es provocación. La piel se le enciende en rojo tenue. Su respiración se acelera.

—No estás aquí para resistir —le susurro—. Estás aquí para sentir.

Marco otro golpe, un poco más firme. Ella gime. Me inclino para lamerle el pezón castigado, lo chupo con calma, con ternura fingida, y repito el gesto con el otro. Cuando se arquea hacia mí, jadeando, sabiendo que no puede más, por fin…, la tomo de las caderas, me acomodo y la penetro de un golpe. Ella gime con fuerza, pero no es un grito; sino ese sonido áspero que suelta cuando el placer la atraviesa tan deprisa que no le da tiempo a procesarlo. Se aferra a las agarraderas, aunque sabe que está atada. Sabe que no puede escapar. Y no quiere. Me quedo dentro un instante. No me muevo. Solo la siento. Caliente, húmeda, apretada alrededor de mí. Su cuerpo me reconoce antes que ella misma. Mi respiración se mezcla con la suya. Bajo la mirada. Su espalda, arqueada, vibra bajo cada exhalación. Su cuello inclinado. Su piel enrojecida por las caricias de la fusta. Empiezo a moverme. Despacio. Muy despacio. Salgo casi por completo y vuelvo a entrar con la misma lentitud, dándome el

lujo de saborearla desde dentro. Cada embestida es una presión justa. Cada golpe de pelvis es una declaración muda de poder. Clara jadea con la boca entreabierta. El pañuelo negro sobre los ojos le da un aire de abandono que me desarma. Y a la vez, me alimenta.
—Esto no es para correrte, Clara —susurro contra su nuca—. Esto es para que me recuerdes cada vez que te roces, cada vez que respires.
La embisto otra vez, lenta, profunda. Me detengo. Aprieto los dedos en su cadera. Siento cómo se contrae por dentro, cómo lucha por no rogarme. Pero la tensión la delata. La quiero así. Al borde. Pero mía. Deslizo una mano por su vientre hasta llegar a su centro. Paso los dedos por su clítoris con la misma calma con la que me muevo dentro de ella, con lentitud, con círculos apenas marcados, Suficiente para llevarla al límite sin hacerla acabar.
—No te doy permiso todavía —murmuro.
Su cuerpo reacciona como si esas palabras fueran otra forma de penetrarla. Y yo sigo. Despacio. Completamente dueño de su placer y del mío. Me inclino sobre ella, pegando el pecho a su espalda. Mis labios rozan su oído. Estoy dentro, enterrado hasta el fondo, pero no es eso lo que me quiebra. Es ella obedeciendo y jadeando solo para mí.
—No sé qué me pasa contigo —susurro, con voz baja, rota—. Pero lo único que sé es que no quiero que nadie más te toque jamás. Podría matarte de dolor o de placer, podría hacer contigo lo que quisiera ahora mismo… y, aun así, eres tú quien me tienes a tu merced. Y eso… eso me jode más que cualquier otra cosa.
Muerdo su hombro, fuerte, sin llegar a hacerle daño.
—Lo que me haces sentir es demasiado. Me estás jodiendo la cabeza, Clara. Y lo peor es que no quiero que pares.
Ya no hay vuelta atrás. Me enderezo, aferrándome a su cadera con ambas manos. Y empiezo a embestir. Fuerte. Duro. Sin pausa. Cada golpe de mi pelvis contra su cuerpo es un castigo y una recompensa. La máquina cruje bajo la tensión. Su cuerpo me recibe con todo. El mío no da tregua. Levanto una mano y le asesto un azote limpio y firme en una de las nalgas. El sonido llena el gimnasio. Clara se

estremece entera. Un gemido ronco se le escapa, involuntario, desgarrado.
—Eso es —gruño, perdiendo ya todo filtro—. Así te quiero. Así me perteneces. Ahora, entrégate.
Deslizo una mano por su cuello, subo hasta su rostro, y con una ternura que no sé de dónde sale, le giro apenas la cara hacia mí. Lo justo para encontrar su boca y besarla profundamente sin pedir permiso. Salvaje y suave al mismo tiempo. Una invasión. Una entrega. Una puta rendición completa. Y, entonces, mientras la beso, ella explota en un orgasmo. Lo sé por cómo se arquea, por cómo se tensa contra las cuerdas, por cómo su cuerpo vibra contra el mío. Y yo, por fin, la sigo. Me corro dentro de ella con un gemido ronco que se clava entre nosotros como una marca. Y justo en ese momento, me doy cuenta de que no he usado condón, que mi semen corre por sus piernas, y esa simple imagen, joder, me pone cachondo de nuevo. Aun así, la sostengo todavía atada y con los pequeños espasmos de su orgasmo recorriéndole el cuerpo. Su cabeza cae sobre mi hombro y su piel arde. Nos quedamos así unos minutos mientras nos besamos y sin saber cuál de los dos se ha entregado más.
—Mañana no podrás caminar —le susurro al oído.
Ella sonríe, agotada, y me besa como si acabáramos de destruir juntos el mundo.
—Si eso era el castigo —murmura con una sonrisa pícara en los labios—, voy a empezar a desobedecerte todos los días.

29

Clara

El primer pensamiento no es una idea, sino una sensación de calor difuso que se arrastra por mi piel como un susurro que no ha dejado de repetirse en toda la noche. Lo sentí en cada gesto. En cada orden. En cada momento en el que mi cuerpo dejó de obedecerme para responder solo a él. De hecho, aún no me pertenece del todo. Está entumecido, sensible, marcado, parece que todavía esté en sus manos, que responde solo a él. Y lo peor es que no me asusta. No como debería. Lo que me asusta es cuánto lo disfruté. Cómo me rendí. Cómo lo dejé entrar hasta donde nadie ha llegado.

Abro los ojos confundida por el lugar, no sé dónde estoy. El techo y las paredes no son los de la mansión. Aquí todo es sobrio y funcional. Esta es su guarida, estoy segura de ello, su otra vida. El lugar donde no existen testigos.

La sábana me roza los muslos desnudos y un escalofrío me recorre la espalda. Me incorporo despacio. Estoy sola en la cama. No están ni la ropa ni los zapatos de Emir. Y en el ambiente hay un aroma mezcla de café y a él.

Busco a tientas algo para cubrirme. Encuentro una camisa blanca suya, tirada en una silla. Me la pongo sin pensarlo. Al abrochármela, es como si volviera a colocarme dentro de él. Y eso, lejos de tranquilizarme, me remueve algo más profundo. Porque anoche no solo fue sexo. Fue entrega, dejar de luchar, y no estoy segura de poder volver atrás.

Salgo de la habitación descalza. Recorro el pasillo en silencio, sintiéndome intrusa en un territorio que no sé si me ha sido cedido o si lo he conquistado. Al fondo, hay una puerta entornada que parece una especie de despacho. Dentro hay estanterías, documentos, cajas

metálicas apiladas y un escritorio con carpetas etiquetadas en turco. También hay mapas con rutas marcadas, algo que parece un diagrama logístico. En una de ellas, hay una fotografía enmarcada en blanco y negro que me llama la atención. Es Emir de niño, sentado sobre las rodillas de una mujer morena de cabello recogido. La mano del hombre que está a su lado le sujeta el hombro como si ya le entregara el peso del mundo. Supongo que será su abuelo. No parece una foto familiar, más bien una carga que recae sobre él.

Paso los dedos por el borde del marco, me gustaría saber más, en cambio, algo me dice que las respuestas no vienen con una explicación aquí. Se encuentran o te destruyen en el intento. Y aún no sé en cuál de las dos estoy yo.

Me encuentro aún de pie frente a la fotografía cuando lo escucho. Me doy la vuelta sin sobresaltarme. Ya sé lo que se siente cuando entra en una habitación: parece que el aire decide obedecerle primero a él.

—No suelo dejar esta puerta abierta —dice, apoyado en el marco, con una taza de café en la mano.

Su voz no suena molesta. Solo… vigilante, intentando descifrar hasta dónde he podido averiguar.

—No la he abierto, estaba entornada —respondo, sin disculpas. La camisa se me pega a la piel con el leve sudor del despertar. Y él me mira como si eso también fuera parte del problema.

—¿Dormiste bien?

—Dormí —corrijo, encogiéndome de hombros—. No estoy segura de que lo que pasó anoche permita llamarlo descanso.

Sus labios se curvan un poco con ese gesto que no es una sonrisa, pero lo arrastra todo dentro de mí.

—¿Te duelen los músculos?

—Un poco. En algunas zonas más que en otras.

Él se acerca y me ofrece la taza. La tomo. El calor me invade los dedos.

—Después te pondré crema. Hay una que uso para el entrenamiento. Te aliviará.

Lo dice sin dramatismo, sin tono de culpa, como quien cuida lo que considera suyo.

—Gracias por el dato, sultán otomano. —Mi mirada se desvía de nuevo a la fotografía—. ¿Es tu madre? —Asiente solo una vez—. Y tu abuelo.
—El mismo que decidió que yo debería casarme en un mes para conservar su imperio —responde, parece que habla de otra persona ajena a él y que esa orden no lo atraviesa.
Me giro para enfrentarle con la mirada. Un silencio denso se instala entre nosotros. Ambos sabemos que hay algo que tiene que decirse y que ya no puede aplazarse.
—He estado pensando —empiezo, con la voz más firme de lo que esperaba—. Sobre tu propuesta. Sobre lo que dijiste en la fiesta. Sobre todo. —Él no se inmuta, pero su respiración cambia. Muy leve, sin embargo, es suficiente para que yo lo note—. No tengo una respuesta, Emir, Y tampoco pienso darte una todavía. No después de lo de anoche y sin entender en qué estoy a punto de meterme.
Se acerca y cierra el espacio entre nosotros con la calma de un depredador que no necesita correr para atrapar a su presa.
—¿Y si te enseño lo que hay detrás de todo esto? ¿Podrás soportarlo sin huir?
No sonrío, solo lo miro y dejo que el silencio le diga que todavía estoy aquí porque quiero respuestas, no promesas. Él tampoco lo hace, se limita a estudiarme con la mirada y, por primera vez, creo que no tiene todas las respuestas preparadas.
—¿Qué fue lo de anoche, Emir? —pregunto, al fin, sin rodeos—. ¿Fue una fantasía puntual o es así como funcionas? Porque fue como superar un nivel… No sé ni cómo explicarlo.
Él no responde de inmediato. Da un paso más, dejando la taza sobre la repisa cercana, y luego me mira directo a los ojos sin escudos.
—No fue un juego, Clara. Tampoco se trata de un desliz puntual. Esto es parte de quién soy en la cama, en mi intimidad y en lo que considero una entrega real. Ya te lo expliqué el otro día.
Su voz es baja, pero ni se esconde ni titubea.
—¿Un dominante? ¿Es así como se llama? —pregunto, porque desconozco todo ese mundo, tan solo lo que he leído en algunas novelas. Él asiente con un movimiento de su cabeza. No responde de inmediato, sino que se lo piensa durante unos largos segundos.

—No me interesa poner etiquetas, pero sí, necesito controlar, guiar, exigir… Porque es ahí donde encuentro el equilibrio que fuera de aquí el mundo me niega. No fuerzo a nadie, ni la intento manipular, pero no funciono de otra forma. No quiero una mujer que actúe, sino que necesito una que confíe lo suficiente para rendirse voluntariamente.
Lo escucho. Y lo que más me desconcierta no es lo que dice. Es lo claro que lo tiene.
—¿Y siempre ha sido así? ¿Desde cuándo?
Él aparta la mirada. Como si esa respuesta fuera más íntima que el deseo mismo, y escoge bien sus palabras antes de continuar.
—Desde siempre, supongo. Pero no lo entendí del todo hasta hace unos años. Acompañé a un socio a una reunión privada en un club y lo vi. El control, la entrega, la intensidad… La escena me fascinó y algo en mí se encendió. No era morbo, más bien fue una especie de reconocimiento. —Hace una pausa y se cruza de brazos, desvía la mirada hacia otro lado, sopesando lo que dirá a continuación—. A partir de ahí, empecé a informarme. Leí, observé, y acabé volviendo a ese tipo de clubes exclusivos. Son lugares discretos donde las normas están claras y todo ocurre bajo consentimiento. No me interesaban las relaciones. Solo el vínculo que se crea cuando alguien decide rendirse, y yo sé exactamente qué hacer con ese poder.
Trago saliva, porque en sus palabras hay advertencia, pero también una invitación a entrar o a huir.
—Y, ahora, ¿qué? ¿Esperas que yo diga que sí y me ponga de rodillas cada vez que me lo pidas?
Él se acerca y me sujeta el rostro con una mano. Su pulgar roza mi mejilla con una ternura que desmiente cada palabra anterior.
—Espero que digas que sí porque lo deseas, porque lo necesitas y porque ya no te basta alguien que te toque sin entender cómo hacerte temblar de verdad. —Me quedo callada. Porque algo dentro de mí se sacude de miedo, de deseo y de algo más profundo que aún no sé nombrar. Él se aparta solo un poco. Lo justo para dejarme espacio, sabe perfectamente que ahora lo importante es que yo lo

asimile—. En este tipo de relación, Clara, la que tiene el verdadero poder es la sumisa, tú, no yo.
Lo miro con incredulidad, a medio camino entre la risa nerviosa y la sospecha.
—¿Perdona?
—Tú decides cuándo empieza y cuándo termina. Tú aceptas o tú te retiras. Tú marcas los límites. Yo puedo pedir, pero solo tú puedes conceder. No hay entrega sin confianza. Y no hay dominio sin rendición voluntaria.
El tono en su voz no es arrogante. Es nítido. Da la impresión de haberlo dicho muchas veces sin que nadie lo entendiera de verdad.
—¿Y si me niego a algo?
—Entonces no ocurre. Nunca obligo o fuerzo, ni siquiera lo insinúo, porque no me interesa tu miedo, sino tu entrega consciente, tus deseos, tus reglas.
Y ahí es cuando entiendo. Que la cuerda no es un grillete. Es un pacto. Y que atarme no es una forma de encerrarme, sino su manera de decirme: «Estoy aquí y voy a respetar cada uno de tus límites».
Camino despacio hacia la cocina, necesito procesar cada una de las palabras que me ha dicho. Me sigue, pero dándome la distancia justa para no agobiarme. Me siento en una de las sillas altas de la isla. Él, en cambio, se queda de pie, en un rincón donde la luz solo le acaricia el perfil, quizá porque sabe que confesar le deja más expuesto que cualquier herida.
—Y, ahora —susurro—, ¿qué buscas? —le pregunto sin rodeos.
Él camina hacia mí. Se detiene justo cuando mi respiración cambia.
—Una mujer que no tenga miedo de mostrarse vulnerable sin pensar que eso la hace débil. Que entienda que el verdadero poder está en decidir con quién se permite ser ella misma, con sus miedos y deseos incluidos. Con todo.
Trago saliva. No por nervios, sino por el vértigo que me provocan sus palabras.
—Entonces, ¿qué soy para ti ahora? ¿Una más, o algo que no sabes manejar?

Él se agacha frente a mí. Sus manos tocan mis rodillas, pero no suben. Me mira como si pudiera leer lo que aún no he decidido.
—No eres una más. Tampoco sé manejarte, y eso lo complica todo. Pero lo que provocas en mí no pienso dejarlo escapar.
—¿Y por qué no funcionó con las otras? Las del club, las que se supone que estaban hechas para encajar en esto. —Hago una pausa. No quiero preguntar, pero lo hago—. ¿Y Yağmur? Ella parece la sumisa perfecta. ¿Por qué no es suficiente?
Él no responde de inmediato. Se incorpora y da un rodeo por la cocina, como si necesitara moverse para poder hablar sin mirarme.
—La mayoría no están ahí por mí, sino por lo que tengo, ya sabes, por el poder, el apellido y esas cosas. Les gusto lo que proyecto, la idea de tenerme..., no a mí. —Hace una pausa—. Y Yağmur... —Levanta la mirada y ahora sí me sostiene los ojos—. Ella no me provoca rechazo. —Alzo una ceja—. Bueno, sí, la cuestión es que tampoco me inspira confianza. Lo haría todo por mí, sí, pero no por lo que soy, sino por lo que cree que obtendrá a cambio. Se entregaría si se lo ordeno, sin embargo, no sería real. No hay conexión, Clara. No hay verdad, tan solo conveniencia disfrazada de entrega. Y yo no puedo vivir con alguien que juega a obedecer sin haber confiado primero.
—¿Y crees que yo soy distinta?
—Creo que aún no lo sabes ni tú.
Lo miro. Esta vez no me tiembla el pulso.
—He tomado una decisión —confirmo—. Pero tengo algunas condiciones. —Sus cejas se arquean. No dice nada, simplemente espera—. Quiero poner mis propias reglas —digo, sin levantar la voz.
Él se detiene un segundo. Me mira de lado sin llegar a girarse del todo. No dice nada, así que sigo—. Primero: si me vas a meter en algo, necesito saber con quién, por qué y qué esperas de mí sin secretos y, lo que es más importante, sin rodeos. —Deja el cajón y se apoya en la encimera. Ya no me quita los ojos de encima. Se nota que he llamado su atención—. Segundo: fuera de la cama, no hay ni dominación ni roles. Solo dos personas que se respetan, que se escuchan y que deciden juntas. Eso es lo mínimo que te pido. Y si se te olvida, lee la pizarra de tu dormitorio. —Su mandíbula se tensa.

Lo noto. Como no me interrumpe, sigo ya más envalentonada—. Tercero: si algo te pasa, si estás cabreado conmigo o con el mundo, no optes por el silencio. No quiero suposiciones. Necesito sinceridad y que me expliques las cosas. No tengo vocación de adivina —bromeo al final para quitar un poco de la tensión del ambiente y trago saliva porque la siguiente me cuesta expresarla más que las demás—. Y cuarto: si vamos a casarnos, no quiero promesas bonitas ni verdades a medias. Quiero la verdad entera, aunque duela. Necesito saber dónde piso, qué lugar ocupo y qué significa realmente estar contigo. No puedo entregarme si no sé quién eres cuando el mundo se cae. No puedo seguirte si no sé adónde vas. Y no quiero perderme dentro de ti. Quiero estar. Elegirte, pero sin dejar de ser yo.

No hay desafío en mi voz. Solo verdad. Y durante unos segundos que se me hacen eternos, Emir no dice nada. Solo me mira. Parece que ve algo que no esperaba y que no sabe si le asusta o le fascina.

—Clara...

—No. No me interrumpas. No me pidas que me convierta en tu esposa si no tienes intención de tratarme como tu igual o como tu aliada.

El silencio se vuelve tenso. Él da un paso y luego otro, demasiado despacio, su mente da vueltas a todo lo que le he soltado, hasta que queda justo frente a mí. Sus ojos brillan con algo que no sé si es peligro o respeto. O ambas cosas.

—Está bien, acepto. Fuera del dormitorio tomaremos las decisiones juntos —dice al fin, con voz grave—. Serás mi igual en todo lo que tenga que ver con nuestra vida, con lo que estamos construyendo. —Hace una pausa—. Pero dentro, Clara, ahí mando yo.

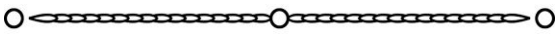
No lo dice como una amenaza. Lo dice como una promesa. No sonrío, en cambio, se me escapa una ceja levantada. Y una réplica de las mías me pica en la punta de la lengua. Si no lo suelto, me enveneno.

—Vale. Entonces, si un día, supongamos, me apetece chuparte la polla sin previo aviso, ¿tengo que pedirte permiso, o puedo hacerlo?

Su mirada se endurece. Pero no por enfado, sino por propio autocontrol.

—Si eres mi mujer y quieres hacerlo, no pienso impedírtelo. Pero no confundas deseo con poder. En el dormitorio mando yo. Hasta cuando te arrodillas. —Mi respiración se altera. Él lo nota y se guarda la pequeña sonrisa que está a punto de salir de sus labios. «¡Prepotente!»—. Y hablando de decisiones compartidas —continúa, sin romper el ritmo—, vendrás conmigo a la próxima reunión con Valemont Holdings —informa sin abrir espacio a la duda—. Será tu primer vistazo real, pero no el último. Solo prométeme algo, Clara. —Se inclina un poco hacia mí—. Cuando empieces a ver cosas que no te gusten, cosas que te incomoden o te hagan dudar, no bajes la mirada. No me basta con una mujer valiente en la cama. Te necesito igual de firme fuera de ella.
—Prométeme tú que no me dejarás sola en medio de ese mundo —respondo.
—Nunca lo haría.
Me incorporo despacio, como si las palabras que acabamos de cruzar se quedaran flotando a nuestro alrededor, suspendidas en la tensión exacta entre el deseo y la decisión. Emir alarga la mano, la posa en mi cadera y me guía hacia el sillón más cercano.
—Voy a ponerte crema —dice, y por primera vez en todo el día, su voz suena distinta. Más suave. Más íntima—. Para que no se te cargue tanto el cuerpo. Después de una noche así, es fácil que los músculos se resientan. Además, necesito que te recuperes, tengo planes.
—¿Y entre ellos incluyes látigos, fustas y cuerdas? —pregunto con una sonrisa.
—Me encantaría, pero hoy te enseñaré a disparar. Anoche entendí que no puedo protegerte las veinticuatro horas del día y necesito estar seguro de que, cuando yo no esté, tú sepas defenderte.
No lo miro. Solo asiento y me dejo hacer. Él desaparece un segundo y regresa con un pequeño frasco blanco. Lo abre. El olor es fresco, como el de una crema de masaje.
—Si molesta, me lo dices —murmura, arrodillándose detrás de mí.
Me aparta la camisa con una lentitud que no es lasciva. Es una mezcla de respeto y delicadeza. Sus dedos me tocan primero solo con la yema, después viene la crema. Está fría, y me provoca un

estremecimiento. No digo nada al principio, pero me inclino levemente hacia su toque, agradeciéndoselo sin palabras. Me concentro en la forma en que sus manos recorren mi piel con precisión y ternura.
Me muerdo el labio. No por dolor, sino por la forma en que cada caricia, cada gesto meticuloso, parece decir más de lo que él se atreve a verbalizar. Solo cierro los ojos un segundo, atrapada en esa quietud tibia que me arropa por dentro. No es solo alivio. Es vulnerabilidad. Y él la trata como si fuera sagrada. Creo que en un momento dado incluso suelto un gemido. Él ríe por lo bajo. Esa risa que no suelta, pero se le escapa por un lado de la boca. Mi favorita. Y los ojos, poco a poco, me van pesando cada vez más.



Me levanto al cabo de un rato, después de haberme quedado dormida sin darme cuenta, envuelta en la calma que siguió a sus caricias. A mi lado, el sillón está vacío, Emir no se encuentra, por lo que decido ir a por un poco de agua a la cocina. Todo está demasiado silencioso. Al salir sin hacer ruido, paso junto a una puerta entornada. No sé qué hay dentro, pero algo en mí se tensa. Las voces vienen de ahí. Una es de Ali. La otra, inconfundible, la de Emir.
—El padre de Yağmur ha vuelto a mover ficha —dice Ali. Su tono es bajo, urgente.
—¿Y Halil? —pregunta Emir.
—Está detrás del sabotaje en el puerto. Y la filtración en Valemont también viene de su parte. Tenemos que contener esto ya o será demasiado tarde.
Un silencio. Luego la frase que me hiela.
—La extranjera no puede estar en el centro más tiempo sin consecuencias, Emir, lo sabes.
Mi corazón se detiene un segundo para latir después tan deprisa que tengo la sensación de que se escucha en toda la casa. Vuelvo al pasillo y me dirijo a la habitación, al abrigo de lo que creo conocer. Ahora solo quedan certezas incómodas. Estoy en el centro de algo mucho más grande.

Y, aunque todo dentro de mí grite que corra…, no voy a hacerlo. Le prometí que no cerraría los ojos. Y pienso cumplirlo.
—Cuando estés preparada, nos vamos —irrumpe Emir, que me sobresalta.

30

Emir

La llevo al viejo almacén abandonado que Kaan reacondicionó hace tiempo, oculto entre los árboles que bordean el Bósforo. Aquí hemos aprendido a defendernos desde que éramos adolescentes; un refugio de pólvora, secretos y ecos sordos de disparos. Aparco y abro la puerta del coche, ofreciéndole la mano. Clara la acepta con una expresión de curiosidad mezclada con esa chispa desafiante que siempre incendia mi sangre.

Dentro, la tenue iluminación acentúa la atmósfera densa. Me acerco al estante de acero y saco una caja negra aterciopelada. Cuando la abro, el brillo metálico de la pistola parece reflejarse en sus ojos abiertos de par en par.

—Esto es para ti —le digo con suavidad, casi en un susurro.

Ella parpadea, indecisa.

—¿Una pistola, Emir?

—Sí. Y quiero que la lleves contigo siempre.

Clara traga saliva, observando el arma con respeto y algo parecido al miedo. Me acerco más, rompiendo la distancia hasta casi rozar su cuerpo con el mío.

—Si vas a estar en mi mundo, tienes que poder defenderte.

—¿Y si no quiero? —pregunta, retadora, aunque su voz se quiebra levemente.

Sonrío y atrapo su barbilla entre mis dedos para mirarla directamente a los ojos.

—Ya estás en él. Ahora, aprende a sobrevivir.

La guío hacia la zona de tiro. El blanco al fondo parece lejano bajo las luces frías. Me coloco detrás de ella, deslizo mis manos por sus brazos hasta cubrir sus manos con las mías y las envuelvo desde

atrás. Su perfume se cuela en mis pulmones como un veneno exquisito.
—Relájate —le digo, mi voz profunda vibrando contra su nuca.
Clara respira profundo y se agita ligeramente al sentir mi cuerpo pegado al suyo. El calor entre nosotros sube varios grados. Levanto sus brazos, apunto hacia el blanco y mis labios rozan con suavidad su oreja.
—Concéntrate. Apunta. Y dispara.
Dispara una primera vez y falla, nerviosa. Suspiro contra su piel, disfrutando del estremecimiento que recorre su espalda.
—Otra vez. Pero no te distraigas esta vez.
—No puedo concentrarme si sigues haciendo eso —protesta en voz baja, tratando de mantenerse firme.
—Precisamente por eso lo hago. Si puedes acertar mientras te distraigo, podrás hacerlo en cualquier situación.
Rozo con mis labios la curva suave de su cuello. Sus manos tiemblan bajo las mías, y su respiración se acelera. Le muerdo con suavidad la piel sensible bajo su oreja, provocándole un jadeo.
—Dispara, Clara —susurro con voz ronca mientras mi mano izquierda desciende lentamente por su cintura.
Ella inhala bruscamente y aprieta el gatillo. Esta vez acierta en el blanco, apenas desviado del centro.
—Bien hecho —la felicito, mordisqueando suavemente su oreja—. Pero puedes hacerlo mejor.
La acaricio lentamente, mi mano explorando su abdomen plano, mi otra mano aún firme sobre la suya, guiando su puntería. La escucho jadear nuevamente cuando rozo el borde de su pantalón, insinuando un contacto que no llega.
—Dispara —ordeno con firmeza.
Ella vuelve a hacerlo, esta vez casi perfecto. Sonrío contra su piel, satisfecho y excitado por igual.
—Excelente, pero es la suerte del principiante. Sigue disparando.
Clara gira ligeramente la cabeza hacia mí, su mirada encendida por la excitación y el desafío. Se humedece los labios, provocándome aún más.
—¿Piensas seguir distrayéndome así siempre?

—Sí. Hasta que aprendas a controlar cada impulso, cada deseo, cada miedo.
Me mira fijamente, su respiración entrecortada mezcla de frustración y anhelo.
—Entonces sigue —susurra, ofreciéndose al juego, abandonándose por completo a mí.
Sonrío lentamente, reconociendo en sus ojos la misma hambre que arde en mi interior.
—Dispara otra vez, Clara. Demuéstrame que mereces esta pistola y todo lo que conlleva.
Durante un rato más, nos dedicamos a disparar. Reconozco que cada vez lo hace mejor, pero ha llegado la hora de regresar a la casa familiar. Seguiremos con estas clases todos los días hasta que su puntería sea perfecta.
Durante el trayecto, Clara se muestra curiosa, y me hace todo tipo de preguntas, a las que respondo con paciencia. Cuando bajamos, ella se dirige a su dormitorio y yo al mío.
Ahora estamos en el salón privado que tengo habilitado junto a la *suite*. Clara ha llegado hace un rato con su cuaderno de notas y un par de carpetas. Está sentada frente a mí, revisando unos documentos sobre la reunión, con el cabello recogido y ese gesto concentrado que me desconcierta más de lo que debería. No sé si ha dormido bien, pero yo no he pegado ojo en toda la noche.
Termina de escribir una nota rápida en su cuaderno y, por un instante, nuestras miradas se cruzan. Unos segundos después, se marcha a su dormitorio para prepararse.
Hoy volamos a Madrid. Será un viaje exprés. Un simple trámite de poder. He repetido mentalmente la palabra que ella eligió como segura: Estambul. Y no puedo evitar preguntarme si yo también necesito una para no perderme.
Me encuentro a Clara y a mi madre desayunando en la terraza. El ambiente es tenso. Me paro un momento para admirarla. Está preciosa.
—¿Ya estás lista? —pregunto.
—Hace rato —responde, sin apartar la vista del jardín—. Pero debemos aprender a saludar cuando entremos en la habitación,

Emir. Y sí, he revisado los nombres del equipo de Valemont.
—No necesitas prepararte tanto. Es solo una reunión técnica. Toma nota de cómo transcurre todo y lo traduces, que es lo que mejor se te da.
Ella deja la taza con cuidado sobre el plato y me mira por fin. No hay agresividad en su voz, solo esa firmeza que siempre consigue desestabilizarme.
—No pienso quedarme en un segundo plano mientras tú decides por los dos —responde, con la voz firme, pero sin perder la calma—. Si esta reunión es importante, entonces quiero decidir. No como espectadora, sino como parte activa. Porque si vamos a presentarnos ante el mundo como un equipo, entonces necesito que también lo seamos de puertas para adentro. Y si vamos a hacerlo, quiero empezar a ser visible, por estar presente donde antes no habría tenido hueco. No me interesa parecer un objeto decorativo ni estar ahí solo porque te conviene políticamente. No soy una moneda de cambio. Si quieres que me involucre en tu mundo, tienes que dejarme entrar en él de lleno, no solo de palabra.
—¡Qué insolente! —exclama mi madre—. Deberías saber cuál es tu sitio. Esto no se hace así, niña. Y tú, Emir, deberías enseñarle.
—No se meta, madre, y por favor, déjenos solos —le recrimino. Ahora no puedo con las dos a la vez, en cambio, no se mueve, se queda ahí, agazapada en la silla, como si el hecho de marcharse ahora mismo fuera una batalla ganada de Clara.
Mis labios forman una fina línea, porque me duele lo que implica ceder. No estoy acostumbrado a compartir terreno. Mucho menos, con alguien que no teme enfrentarse a mí, en mi propio idioma, que no es el suyo, y delante de la gente, de mi madre, que tampoco es de las que se quedan calladas.
—¿Vamos a necesitar traductor para todo esto? —interrumpe Baran desde la puerta, con una sonrisa de medio lado y un albornoz mal anudado—. Porque si vais a seguir así de intensos, yo paso del desayuno.
Clara le lanza una mirada seca. Kaan aparece detrás, con el gesto sobrio, y toma asiento sin decir nada.

—No la subestimes, Baran —dice él mientras se sirve té—. Te sorprendería lo útil que puede ser alguien que no le debe nada a este apellido.
—Ni a ningún otro —añade Clara con una sonrisa tranquila.
No digo nada. No necesito hacerlo. He perdido esta batalla con dignidad. Ella vendrá. Y si alguien se atreve a ponerlo en duda, seré yo quien dé la explicación.
—Por cierto —añado, tomando la taza de café y dejando que mi voz suene más neutra de lo que realmente siento—, nos casamos.
El silencio que sigue es denso, pero no vacío. Clara contiene el aliento. Baran, que justo iba a meter un trozo de *simit* en la boca, se queda congelado con la mano en el aire.
—¿Nos qué? —suelta al fin, con una carcajada incrédula—. Joder, Emir, ¡¿eso era una amenaza, o una declaración?!
—¡Qué tacto, joder! ¡Qué poco has aprendido de mi clase de comunicación! Como maestra, me muero de hambre —farfulla Clara entre dientes. La miro con mala leche, y ella sonríe.
—No me jodas —dice Ali, que acaba de aparecer por la puerta con cara de sueño y una taza a medio llenar—. ¿Esto es una broma? ¿Una de esas tácticas tuyas de presión?
—No. Es oficial —respondo, sin mirarlos—. Y no necesito aprobación.
Kaan deja su taza sobre la mesa con cuidado.
—Lo dices con la misma naturalidad con la que anuncias que subirán los precios del oro —murmura—. Pero si estás seguro, entonces toca actuar en consecuencia.
—Siempre actúo en consecuencia —respondo, mirándolo fijamente.
—¿Y ella también lo está? —pregunta, esta vez mirando a Clara.
—Lo estoy —contesta ella, sin titubear.
Mi madre, que hasta ese momento ha estado en silencio al otro extremo de la mesa, levanta los ojos del periódico con una lentitud milimétrica. Su expresión no es de sorpresa, sino de furia. Frunce los labios con esa elegancia venenosa que solo ella domina y clava los ojos en mí a punto de lanzarse al ataque. El periódico cae al suelo con un golpe seco cuando se incorpora de golpe, ignorando las miradas que ya se han vuelto hacia ella.

—¡No! —grita—. ¡No, Emir! ¡Esto no va a ocurrir jamás con alguien a quien apenas conocemos! —La sala se queda en silencio por la tensión. Mi madre da un paso hacia mí, los dedos le tiemblan de rabia—. ¿Te has vuelto loco? ¿Sabes lo que significa esto para la organización? ¿Para nuestra imagen? ¿Para tu posición? ¡Tú no decides estas cosas solo! Y, menos aún, ¡cuando hay un compromiso con la familia Yildirim desde hace años!
—Yağmur no es mi esposa y nunca lo será. Entérate de una vez por todas.
—¡Sí lo será! —brama—. ¡Porque así se pactó! ¡Porque su padre ha mantenido negocios con nosotros durante décadas! ¡Y porque el apellido Demirhan no se puede mezclar con cualquiera que aparece en nuestras vidas de la noche a la mañana!
Clara no dice nada. No se levanta, no responde. Solo mantiene la espalda recta y la mandíbula apretada. Mi madre la mira como si pudiera borrarla con solo desearlo lo suficiente.
—Madre…, te estás pasando.
—¿Vas a destruir el legado de tu abuelo por una mujer que ni siquiera conoce nuestras costumbres? ¿Una extranjera? ¿Una traductora?
—Voy a proteger lo que importa —digo, sin alzar la voz—. Y eso ahora mismo incluye a Clara, te guste o no.
—Entonces, te estás enfrentando a la familia, y no saldrás ileso de eso, Emir.
—Lo sé —respondo—. Pero ya tomé mi decisión.
—No —dice—. No. Esto no va a ocurrir jamás. Por encima de mi cadáver, Emir.
Su voz no es alta, pero corta el aire como una navaja. Selin se queda inmóvil. Baran se atraganta de la risa. Clara aprieta la taza con los dedos más tensos de lo normal, que se cierran con firmeza, aguantándose las ganas de soltar cualquier comentario inapropiado. No busca mi mirada. Mira al frente, sabiendo lo que viene y esperando su turno para devolver el golpe. Kaan, por su parte, solo observa, con ese gesto sereno de quien ya intuía que esto pasaría.
—No tengo que darte explicaciones sobre con quién paso el resto de mi vida.

—¿Desde cuándo decides algo así sin consultar a la familia? —insiste mi madre, sus manos aún temblorosas por la rabia señalan el suelo donde el periódico ha caído como si con eso pudiera recuperar el control perdido.
—Desde siempre —respondo, sin mover un músculo—. Pero hoy más que nunca.
—Pues mira qué bien. Así podré ir comprando un vestido. Aunque si la boda es en esta casa, no pienso ponerme tacones. Lo digo desde ya —bromea Selin.
Baran se echa a reír. Kaan niega con la cabeza. Y yo, por primera vez desde que ha salido el tema, miro a Clara, que no dice nada, pero me sostiene la mirada como si acabara de aceptar un desafío y estuviera dispuesta a ganarlo.
Nos vamos sin terminar el desayuno. El ambiente ha quedado demasiado cargado como para fingir que podemos seguir así. Kaan da instrucciones rápidas al personal. Mi madre se encierra en su salón privado sin despedirse. Baran y Ali, por una vez, no hacen comentarios. Clara y yo subimos a la planta superior en silencio. Cada uno recoge lo necesario sin hablar. El trayecto hasta el aeropuerto es corto. Ali conduce un Mercedes-Benz Clase V personalizado, con asientos enfrentados en la parte trasera y cristales tintados. Un vehículo pensado para mantener la privacidad y el *confort* incluso en los desplazamientos más peligrosos que hemos adquirido tras el tiroteo que sufrimos hace unos días, también es blindado. Kaan va a mi lado, revisando algo en su móvil. Clara se sienta frente a mí, junto a Baran, que no ha dicho una palabra desde que salimos. La tensión todavía flota en el ambiente, pero la conversación que sigue es necesaria.
—¿Cuánto tiempo tenemos con Valemont antes de que empiecen a presionar? —pregunta Kaan, sin levantar la vista de la pantalla.
—Cuarenta y cinco minutos máximo. Si vamos bien con la presentación inicial, puede alargarse a una hora y media —responde Clara sin dudar.
Baran la observa de reojo, luego me lanza una mirada elocuente.
—¿Y si a uno se le escapa que estáis comprometidos y los franceses empiezan a preguntar? —dice con sorna.

—Lo importante es que parezca una alianza estratégica, no emocional —añade Kaan, levantando la vista por primera vez—. Lo que Valemont quiere es saber si detrás de nuestra familia hay estabilidad. Tras la muerte del abuelo, no quieren riesgos.
—Y si ven que estás con una mujer occidental, profesional y bien integrada, eso juega a nuestro favor —añade Ali—. Les tranquiliza. Les hace creer que tienes visión global.
—Esta empresa —respondo, mirando a Clara— es la parte visible de la familia. La que da confianza al exterior. Lo que Valemont necesita ver es solidez, una estructura clara y sin fisuras. Aunque no pregunten directamente, quieren saber que tenemos el control y que todo sigue bajo un orden empresarial aceptable.
—Por eso cerramos este segundo contrato —interviene Kaan—. Porque es el que los vincula de forma directa. El primero era solo de distribución. Este implica integración operativa parcial y apertura de sede conjunta. Si ellos no confían en ti, Emir, no firmarán.
—Entonces —murmura Clara—, que estemos comprometidos les da una señal de continuidad, de que el legado no está en peligro.
—Exacto —dice Kaan—. Pero cuidado. También puede generar suspicacias si pareces débil. Si creen que ella influye demasiado, pueden recular. Por eso hay que medir cada palabra.
—Si preguntan por nuestro compromiso, por cómo va a afectar a la estructura o al futuro de la empresa, mejor. Querrá decir que están interesados, que no nos dan por perdidos —respondo—. Les conviene más una alianza sólida que un escándalo.
—En ese caso —interviene Ali desde el asiento delantero—, ¿debo felicitaros ahora, o después de la reunión?
—Después —dice Clara con media sonrisa—. Cuando estemos fuera y sin micrófonos alrededor.
Kaan asiente una sola vez. Práctico como siempre.
—Si conseguimos cerrar el segundo contrato hoy, eso reforzará tu posición en Estambul, pero también aumentará el número de ojos encima. Hay que tenerlo claro.
—Lo tengo —respondo, sin pestañear.
Dentro del *jet* privado, la atmósfera es distinta, el lujo amortigua la tensión de la mañana. Clara está sentada frente a mí con un vaso de

agua sobre la mesilla. Ha abierto su carpeta y repasa notas con un rotulador azul. No ha dicho una palabra desde que despegamos, pero su concentración es absoluta.
—¿Qué sabes sobre Guy Lambert? —pregunta sin mirarme.
—Director de estrategia de Valemont. Tiene fama de inquisidor y de no fiarse de nadie que no controle el francés técnico —respondo, apoyando un codo en el reposabrazos—. No le gusta sentirse cuestionado.
—Entonces deberías dejarme hablar a mí cuando toque discutir las cláusulas del segundo contrato —dice, pasando de página—. Porque si él detecta vacíos legales en la sección de exclusividad, la reunión se irá al infierno en los primeros quince minutos.
La observo un instante. No como a una mujer, sino como a una pieza clave en una operación delicada. Clara nunca juega sin prepararse antes, y eso, incluso para mí, es admirable.
—¿Has dormido algo? —pregunto, solo por romper la frialdad que empieza a incomodarme.
—Lo justo y necesario. Y tú deberías preocuparte más por esta reunión que por mi descanso.
Sonrío de lado. Me tiene calado. Pero, aun así, me gusta que esté aquí, aunque jamás lo reconoceré en alto.
Estamos a punto de aterrizar cuando la azafata se acerca para recordarnos que debemos abrocharnos los cinturones. Clara ya lo lleva puesto. Yo tardo unos segundos más de lo normal, porque no dejo de mirarla. Afuera, Madrid se extiende bajo un cielo limpio, de ese azul que parece prometer cosas que quizá no pueda cumplir.
—Tendrás que decidir —digo al fin, sin apartar la vista de la ventanilla.
—¿El qué? —pregunta distraída.
—Si quieres entrar por la puerta principal o dar un rodeo. —Ella me mira, sin entender del todo—. Valemont es una partida de ajedrez. Tú eres la pieza que no esperaban, y eso puede jugar a favor o hacerlos saltar por los aires.
—Entonces —dice despacio—, habrá que hacer que me subestimen primero.

Asiento. Y justo antes de que las ruedas toquen el suelo, lo pienso: no saben lo que se les viene encima. Y Clara tampoco.

31

Clara

Me he cambiado rápido la ropa que llevaba para el viaje por una blusa blanca ajustada, americana entallada, maquillaje neutro, y ese moño bajo que me da aspecto profesional. Esta no es una oficina cualquiera. Es Valemont Holdings, y aquí los detalles dicen más que los contratos.

Cuando salgo, Emir ya me espera en el pasillo, junto a sus inseparables guardaespaldas que siempre lo acompañan a todos lados, hablando por teléfono en voz baja. Pero al verme, su mirada se clava en mí con una intensidad que me eriza la piel.

—¿Quién ha autorizado eso? —susurra con frialdad—. Esa pieza no debía salir de la caja de seguridad. —Silencio, imagino que alguien le habla—. Averigua cuándo se registró el movimiento, quién firmó la orden y quién la puso en el muestrario. Quiero el inventario en mi bandeja de entrada antes de que empiece la reunión. —Cuelga sin despedirse siquiera. Sus ojos no se apartan de los míos mientras me acerco. No sonríe, claro, él no es de esos, pero hay algo en su forma de mirarme que me ancla—. Estás perfecta —dice en voz baja, casi como si no quisiera admitirlo.

Sus palabras me toman por sorpresa. Lo miro y arqueo una ceja. Durante un segundo, pienso en soltar alguna de mis respuestas previsibles, un «gracias» de esos que se dicen de modo automático o una broma que disuelva la tensión, sin embargo, esta vez no lo hago. Me limito a sostenerle la mirada unos segundos más de la cuenta. Luego, suavizo el gesto y bajo un poco la voz.

—Gracias por decirlo —añado con una sonrisa contenida.

—Como buen alumno —responde él con tono bajo, casi confidencial —, intento tomar nota de cada clase que me das.

—En ese caso —susurro mientras nos acercamos al ascensor—, en el vuelo de vuelta te daré otra clase particular en el dormitorio del *jet*.
Él se inclina hacia mí, apenas unos milímetros, y me murmura al oído:
—No juegues con fuego, o tendré que castigarte.
No puedo evitarlo y me echo a reír con una carcajada real, de esas que hacen que la tensión se rompa, y le doy un leve empujón con el hombro antes de cambiar de tema, fingiendo inocencia. Aunque sus palabras me han encendido de tal forma que no sé si seré capaz de traducir ni una sola frase de la reunión.
—Y tú, ¿estás preparada para soportar que te analicen al milímetro por estar comprometida con alguien como yo?
Él ladea ligeramente la cabeza, y una sonrisa apenas perceptible le roza los labios.
—Que lo intenten —responde con calma—. Pero no he llegado hasta aquí por saber rendirme con facilidad.
Subimos juntos al ascensor. Él no deja de observarme de reojo, como si estuviera intentando descifrarme y no supiera por dónde empezar. Y justo antes de que las puertas se cierren, me roza la mano con los dedos, es apenas un contacto, casi un impulso involuntario, pero está ahí, y lo noto más que si me hubiese besado. Una descarga sutil me recorre el antebrazo, como si ese gesto inocente hubiera reactivado algo dormido bajo la piel. Aprieto los labios para no sonreír. No quiero que sepa cuánto me afecta ese roce mínimo, cuánto lo espero sin siquiera darme cuenta.
—¿Estás lista? —pregunta entonces, esta vez sin ironía. Hay algo distinto en su voz, parece que realmente le importa mi respuesta.
—Depende —respondo con una media sonrisa—. ¿Estás dispuesto a dejarme hablar si las cosas se tuercen?
—Estoy dispuesto a dejar que brilles, si es eso lo que quieres decir —dice sin pestañear. Mi sonrisa se amplía un poco. No sé si es una trampa o una promesa. Pero, por primera vez desde que esto empezó, me siento parte del juego.
—Siempre lo estoy —respondo, y esta vez, mi tono es más sereno. Él lo nota y también se relaja un poco, lo justo para que su mandíbula deje de parecer esculpida a cincel.

—Eso lo sé perfectamente, no me cabe la menor duda —bromea con un susurro en el oído para que solo lo escuche yo. Me planta un beso rápido en la frente y, cuando se separa, me guiña un ojo que me deja perpleja. El señor Mr. Mudito, el señor Yonobromeo y mis órdenes son la ley, acaba de gastar una broma. ¡Y un guiño, no lo olvidemos!

Las puertas se abren en la planta veintiocho. La recepción es minimalista, elegante e intimidante. Una mujer vestida de negro nos conduce por un pasillo de cristal hasta la sala de reuniones, que también es del mismo material. Siento la tensión subir por mi espalda como una descarga lenta. Guy Lambert no está aún. Entramos en esa sala que se asemeja a una pecera seguidos de los guardaespaldas, que se posicionan detrás de nosotros.

—Parece que empezamos bien —murmuro.

—Siempre entra tarde. Le gusta que lo esperen —responde Emir, con la mandíbula apretada.

—Lo sé, recuerda que he trabajado para ellos antes que para ti.

La mesa de reuniones es larga y de mármol oscuro. Hay agua, café, *tablets* y una bandeja con el muestrario que han traído desde Estambul. Me fijo en la disposición de las piezas, el brillo bajo las luces… Todo allí grita lujo y exclusividad. Las joyas están perfectamente dispuestas, pero hay una ligera asimetría en el centro del expositor, apenas perceptible. Un pequeño hueco entre dos piezas, como si una piedra hubiera estado ahí y ya no estuviera. Me obligo a pensar que es solo mi imaginación, que eso puede ser intencionado. Pero el detalle se me queda grabado y me obligo a centrarme en lo que viene, aunque ese recuerdo parpadea al fondo de mi mente.

Las puertas de cristaleras se abren al fondo con un siseo amortiguado. Guy Lambert entra con la puntualidad de alguien que llega tarde a propósito. Alto, delgado, cabello canoso peinado hacia atrás, y un traje gris oscuro que parece más caro que todos los muebles de mi casa. Lleva una carpeta negra bajo el brazo y una expresión de fastidio apenas disimulada. Su mirada pasa de Emir a mí, se detiene apenas un segundo más de lo debido, y luego sigue como si no le importara.

—Señores Demirhan. —Asiente con un gesto contenido—. Supongo que usted es la señorita Martín. No tuve el placer de conocerla en la reunión anterior, ya que un compromiso ineludible me retuvo de viaje más tiempo del deseado. Les agradezco su puntualidad.
—Esperábamos que usted también lo fuera —responde Emir con una calma glacial.
Traduzco. Guy no replica. Se sienta en la cabecera de la mesa y despliega la carpeta con movimientos lentos. Yo tomo asiento a la izquierda de Emir, con la mía abierta y el bolígrafo ya entre los dedos. Puedo notar cómo el aire se carga con una tensión invisible.
Guy comienza a hablar en francés. Yo traduzco con la misma pulcritud, sintiendo cada frase pasar por mi garganta. A veces me mira de reojo, esperando encontrar un fallo, pero no lo hay, hoy me estoy esforzando el doble de lo normal.
Mientras él habla, siento la mano de Emir rozar brevemente mi muslo bajo la mesa. Un gesto mínimo, casi imperceptible, pero deliberado. Me inclino ligeramente hacia él, sin apartar la vista de los papeles.
—Me excita verte así —murmura en turco, con la voz apenas audible —. Profesional, precisa y con ese francés impecable.
—Céntrate en la reunión —susurro de vuelta, sin poder evitar una sonrisa.
—Estoy completamente centrado —replica—. El problema es que tú eres el epicentro.
Me recompongo enseguida y vuelvo a traducir una cláusula complicada, manteniendo el rostro neutro. Pero, en el fondo de mi pecho, algo late más rápido de lo que debería.
La tensión aumenta cuando Guy menciona la cláusula de exclusividad. Su tono se mantiene cortés, pero hay una inflexión apenas perceptible que lo convierte en un ataque velado.
—La exclusividad en Europa no es negociable —afirma con contundencia—. Cualquier intento de doble representación será considerado un incumplimiento grave. —Traduzco sin titubear, aunque siento cómo Emir se tensa a mi lado—. No aceptaremos un monopolio disfrazado de acuerdo —continúa con una frialdad que hiela la mesa. Traduzco lo que ha dicho.

Guy entrelaza los dedos, disfrutando de su propio poder.
—Entonces, quizá esta colaboración no esté destinada a prosperar —dice en turco, como si firmara una sentencia. Vuelvo a traducir para que Guy lo comprenda, aunque intento suavizar el tono.
—O quizá necesiten recordar que esta cláusula fue sugerida en nuestra primera reunión —intervengo—. Y que la naturaleza de esa propuesta respondía a un interés mutuo, no a una trampa.
Por primera vez, Guy me mira con atención, no con desdén, sino con un interés real, aunque no cede.
—Los contextos cambian, señorita Martín. Como los socios.
Me dirijo hacia los hermanos y les explico brevemente este intercambio de palabras, aunque ya no hay manera de suavizar nada. Emir no le da tiempo a continuar.
—Y los socios se hunden cuando apuestan contra nosotros —dice con voz suave, pero con una rotundidad que huele a amenaza.
Traduzco. La reunión acaba de torcerse. Kaan frunce el ceño y entrelaza los dedos sobre la mesa con una expresión de cabreo. Baran, en cambio, deja caer la espalda sobre el respaldo de su silla con teatralidad, cruzando los brazos.
—Esto no es lo que acordamos —dice Baran en turco, con un tono que mezcla fastidio e incredulidad—. ¿Nos toman por idiotas, o creen que un despacho elegante y un acento francés bastan para limpiarse el culo con nuestro acuerdo?
Guy me mira con una ceja alzada y le explico en francés lo que Baran ha comentado, evitando lo último para no echar más leña al fuego, pese a que inevitablemente esto ya se ha ido de las manos. Después, hace una señal a su asistente, que entra con prisas en ese momento. El joven tropieza al abrir la puerta, se le cae parte de la documentación que lleva en brazos y varios papeles vuelan sobre la mesa, algunos cayendo peligrosamente cerca del expositor de joyas.
El sonido de una notificación en el móvil de Emir despierta su atención, lo desbloquea de inmediato y revisa algo que acaba de llegar. No dice nada, sin embargo, sus ojos se detienen demasiado tiempo en la pantalla. Luego levanta la vista, con ese gesto tan suyo, frío y clínico, mirando algo que no le gusta. Se inclina hacia Kaan y le susurra algo al oído. Apenas unas palabras, y Kaan asiente una

sola vez sin pestañear y sin apartar la vista del centro de la mesa. Luego mira a Baran, le susurra algo, recibe la señal con una media sonrisa torcida y chasquea la lengua.
Guy continúa hablando, ajeno a la energía que acaba de cambiar de temperatura en la sala. Lo noto en la forma en que Emir deja de parpadear, en la manera en que Kaan baja lentamente las manos al regazo, preparándose para moverse sin que nada le estorbe; en el modo en que Baran endereza la espalda con un aire casi indolente…
—Y, por lo tanto, si no pueden garantizar esa cláusula —continúa Guy—, creo que deberíamos reconsiderar la colaboración.
Entonces Emir se pone en pie sin decir ni una sola palabra y sin levantar la voz. Solo lo hace. Y el resto del mundo se contrae a su alrededor.
—*Kapılar* —ordena «puertas», con una frialdad que corta el aire, a sus guardaespaldas.
—¿¡Qué coño…? —empiezo a preguntar en español, pero algo me distrae. No comprendo qué pasa.
Las puertas se cierran de golpe. Literalmente. El sistema de cierre automático se activa con un chasquido eléctrico. El asistente, que ya se había girado para salir, se queda dentro, atrapado junto a nosotros. Kaan y Baran también se levantan. No hacen movimientos bruscos, no hay amenazas, ni tan siquiera gritos, tan solo basta su presencia implacable.
—¿Qué significa esto? —pregunta Guy, claramente incómodo por primera vez—. ¿Algún problema con la traducción?
—Ninguno —responde Emir, sin mirarlo siquiera. Sus ojos están fijos en el asistente.
Yo sigo sentada, traduzco con la voz temblorosa, pero noto cómo Emir da un paso sutil hacia mí, apenas lo suficiente para interponerse entre mi cuerpo y la trayectoria directa hacia los demás.
—¿Dónde está? —pregunta Baran en voz baja, como si le hablara a un animal asustado. Asomo la cabeza por detrás de Emir y repito la pregunta en francés con apenas un hilo de voz.
El asistente, blanco como el mármol, empieza a temblar.
—Yo… no sé de qué…

Kaan saca algo de su americana. No es un arma, sino una navaja pequeña, fina y negra. La abre con un clic suave, y comienza a girarla entre los dedos con la tranquilidad de quien ha hecho esto mil veces.
—¡Habla de una puta vez! —espeta Baran con un tono tan amenazador que se me hiela la sangre. Creo que eso no hace falta que lo traduzca.
El asistente traga saliva, comienza a temblar y da un paso atrás, pero no hay salida.
—Me… Me pagaron para sacarla del expositor antes de la reunión —balbucea—. Me dijeron que entregara la pieza a alguien.
«¡Joder! Se trata del hueco que vi antes de entrar». Emir me mira y le respondo como puedo.
—¿A quién? —la voz de Kaan es un susurro, sin embargo, es tan amenazante como la sola presencia de los hermanos.
«¡Pues sí que debe ser valiosa la dichosa joya!».
—A un hombre que se hacía llamar Duval. Solo sé eso. Me lo dijo el propio Guy. Que era una orden directa.
Kaan me mira y me apresuro a explicar lo que ha dicho. Un latigazo invisible recorre la estancia. Emir se gira muy despacio, y por primera vez, clava los ojos en Lambert.
—¿Guy? —dice con una serenidad tan helada que se me eriza el vello del cuello—. ¿Has jugado en los dos bandos? —«¿Cómo coño traduzco esto? Aunq1ue me parece que no necesitan que lo haga. Mejor me callo».
—Esto es una locura —masculla Guy, alzando las manos como si eso pudiera protegerlo—. No tengo ni idea de lo que este niño dice. ¡Mejor que controle su lengua!
Kaan saca la pistola. No la levanta aún, solo la deja sobre la mesa, apuntando en diagonal.
—¿Qué… qué está pasando? —masculla Baran con una sonrisa en los labios parecida al de un jodido psicópata. Empiezo a temblar, por lo que pongo mis manos por debajo de los muslos para disimularlo.
—Vamos a sacarte la verdad, aunque tengamos que abrirte como a una trucha —dice Kaan, sin mover un músculo del rostro—. Y si mientes… lo sabremos.

—Podríamos tirarte al Bósforo con una piedra al cuello y ni el agua preguntaría por ti —añade Emir, despacio, como si la idea ya estuviera rondando por su cabeza. Guy no entiende una mierda, pero sabe que algo malo sucede. ¡Hasta yo me doy cuenta!

Baran se acerca con esa calma insolente que lo define, le alisa una arruga imaginaria del traje y murmura al oído:

—Pero eso sería un regalo. Lo tuyo merece algo más... memorable. Algo que grite traidor en todos los idiomas.

Baran se desplaza hacia la puerta. Su figura cubre la única salida. La tensión aumenta. Puedo sentir cómo Emir se mantiene entre los demás y yo, como un escudo humano, sin decir una palabra más. Solo la rigidez de su espalda me lo dice todo. Y ahí lo entiendo. Esta no es una negociación que se ha torcido.

Es una especie de jodida traición, y yo estoy justo en medio.

32

Emir

El coche avanza sin prisa por el tráfico lento de Madrid. En el asiento trasero, Clara observa por la ventanilla con tristeza o quizá con la melancolía de quien extraña su tierra. Su perfil parece aparentemente relajado, aunque puedo leer la tensión en la forma en que sus dedos se entrelazan sobre su regazo.

Le voy preguntando algunas cosas sobre Madrid, a lo que responde con monosílabos, creo que aún teme por lo sucedido durante la reunión. No me extraña, todavía hay demasiadas cosas que giran en mi cabeza como engranajes descontrolados. La llamada que recibí antes de entrar en la sala de reuniones aún resuena en mi oído igual que una amenaza: la esmeralda con el chip no estaba en la caja de seguridad. ¿Quién la sacó? ¿Por qué? ¿Con qué fin?

Solo cinco personas tienen acceso a esa caja: mis hermanos, Ali, Azad y yo. Ali es como un reflejo de mí mismo, leal hasta la médula e imposible de corromper. Azad, en cambio, es otra cosa: el responsable de logística interna. Un tipo meticuloso y reservado al que mi abuelo confiaba hasta sus secretos más íntimos. Era la mano derecha del viejo, parte del círculo más antiguo de Altın Halka. El encargado de coordinar movimientos, proteger accesos, custodiar objetos sensibles, el que sabe dónde están enterrados todos los cuerpos. Es un vestigio de la vieja guardia, sí, pero también la persona en quien delegamos los movimientos más delicados. Por eso nos confiamos, y por eso pertenece al núcleo más restringido desde hace cerca de treinta años. Y ahora, precisamente por eso, el golpe duele más.

Durante la reunión, recibí el inventario del muestrario. Y no tardé en darme cuenta de que faltaba justo esa joya. La que jamás debió salir de la caja. Una esmeralda engarzada en oro blanco, con un

microchip sellado en su interior. Contenía información suficiente para destruirnos a todos si cae en las manos equivocadas: cuentas, rutas, testaferros, nombres, ubicaciones… Y hay muchos que desean esa información, no solo mis tíos, sino que también estarían encantados de contar con ella los italianos, los rusos, la policía turca, la Interpol… Todo el esqueleto de Altın Halka comprimido en un fragmento de silicio. Es un caramelo demasiado goloso como para que lo dejen pasar.

No tuve tiempo de reaccionar como hubiera querido porque Clara estaba allí. Mis hermanos entendieron con solo una mirada que algo no iba bien. Le susurré el problema a Kaan. Después de algunas amenazas, y de ponerme delante de Clara para protegerla en un supuesto caso de que todo se descontrolara, tenía que sacarla de allí, no quería involucrarla en lo que pasaría a continuación.

Antes de abandonar la sala, me incliné ligeramente hacia mis hermanos y les hablé en voz baja, sin alterar la compostura:

—Encargaos del resto. Esto ya no es una negociación. Es una caza.

Kaan asintió con un leve movimiento de cabeza. Baran chasqueó la lengua y dejó que una media sonrisa, afilada y oscura, le curvase los labios.

—¿Y ella? —preguntó Baran sin necesidad de especificar.

—Me la llevo —respondí—. La distraeré para que no se entere de nada.

Por eso ahora estamos aquí, en este coche, fingiendo normalidad.

—Te he preparado una sorpresa —le digo de pronto, sin rodeos.

Ella me lanza una mirada desconfiada, entrecerrando los ojos.

—¿Qué clase de sorpresa?

—Tu madre, Jorge y Marina están en Toma Café Olavide —respondo —. Me encargué de avisarlos. Pensé que te vendría bien un respiro después de… todo lo demás.

Ella parpadea, claramente desconcertada. Luego asiente, despacio.

—Gracias por pensar en eso.

—Y recuerda —añado en voz más baja, inclinándome hacia ella—. Hoy tienes que darles la noticia.

Clara suspira y se hunde ligeramente en el asiento.

—Lo sé. No será fácil, pero si hay que hacerlo… que sea hoy.

Asiento en silencio. No le impido nada. Sin embargo, tampoco le cuento que acabo de entregar una orden de caza.
Clara gira el rostro hacia mí por un instante. Sus ojos buscan algo en los míos, lo que encuentra no la tranquiliza. Me inclino levemente y, con un gesto casi automático, le acomodo el cinturón recreándome más tiempo del necesario en rozar su costado. Un gesto estúpido, útil, para desviar su atención.
—Vas a estar bien —murmuro—. No tienes que preocuparte por nada.
—Ese es el problema —responde ella con una mueca ambigua—. Me preocupo cuando me dicen eso.
La dejo ganar ese pequeño pulso. No respondo. En cambio, le rozo los dedos con los míos. Un contacto suave, pero intencionado, eficaz para intentar distraerla. Parpadea, aunque no se retira.
Pronto llegaremos a la cafetería. Ahora ella tendrá su momento de normalidad. Y yo…
Yo volveré al barro. Porque uno de los cinco me ha traicionado. Y aunque confío plenamente en mis hermanos y en Ali, sé que alguien más movió esa pieza. Antes de que acabe la semana, esa persona dejará de respirar.
La cafetería no tiene nada de especial, sin embargo, Clara observa la fachada como si fuera una isla paradisíaca en mitad del desierto. Apenas el coche se detiene, ya está quitándose el cinturón.
—Déjame que te acompañe —le digo.
Ella frunce el ceño, y por un momento, creo que va a decir que no, aunque al final asiente sin palabras, y entramos juntos. El sonido del timbre sobre la puerta nos recibe como si cruzáramos a otro mundo. Jorge, Marina y su madre ya están sentados en una mesa junto al ventanal. Ali me hizo un informe tan detallado de ellos que parece que los conozco desde siempre. Cuando Clara entra, se levantan de inmediato. Hay abrazos, besos, sonrisas… Y palabras, muchas y demasiado rápidas. Me quedo al margen, observando. Solo Clara parece notar mi desconcierto. Se gira un momento hacia mí y me traduce algo rápido:
—Mi madre dice que estás muy elegante.

La forma en que Jorge la mira y sonríe no tiene nada que ver con cumplidos. Y Marina se tapa la boca como para no soltar una carcajada.
—Me estás tomando el pelo, ¿verdad? —murmuro cerca de su oído.
—¿Yo? Jamás —susurra, mordiéndose el labio.
—Te castigaré por esto en el *jet*. Suma tres nalgadas más, cielo —le advierto en voz baja, rozando su cadera con la yema de los dedos.
Clara se ríe sin culpa, aunque el brillo de sus ojos la delata, y luego cambia de tema como si no acabara de prometerle una condena deliciosa. Durante un rato, hablan sin cesar, ella me traduce lo que le da la gana, lo sé por las miradas cómplices y las posturas de los cuatro. Demasiado tiempo metido en asuntos turbios te dan un máster de cuándo alguien te miente, y Clara es transparente para mí.
—¿Les has dado ya la noticia? —le pregunto mientras se sirve el café.
—Sí. Creo que aún están procesándolo —responde con un tono más bajo de lo habitual. No sé por qué lo hace, se supone que los otros no saben hablar turco.
—Pues no parecen muy entusiasmados. Diles que el viaje a Estambul será a gastos pagados. No tendrán que preocuparse por nada.
Ella traduce lo justo, sin emoción. Y eso me molesta más de lo que debería. Una hora después, la puerta vuelve a sonar. Kaan y Baran entran en la cafetería con ese aire de elegancia peligrosa que traen de Estambul. Clara alza la vista y les hace una señal. Jorge se pone algo rígido, y Marina, en cambio, parece enderezarse.
Baran se adelanta con una sonrisa que nunca anuncia nada bueno. Clara los presenta, uno por uno, y cuando Marina le tiende la mano, Baran se la toma… y no la suelta de inmediato. El apretón dura unos segundos más de lo normal. Clara alza una ceja. Jorge frunce el ceño. Marina, sin embargo, sonríe con cierto rubor.
Baran, sin soltar la mano de Marina, se inclina hacia mi oído y murmura en turco:
—Esta española tiene fuego en las venas. ¿Crees que puedo quedármela como *souvenir*?

Le doy un codazo apenas perceptible, sin cambiar la expresión. Pero por dentro, empiezo a preguntarme si traerlos aquí ha sido buena idea. Kaan, más comedido, estrecha las manos y se sienta con corrección en una mesa cercana. Aun así, no quita ojo a Jorge, ha notado algo que no le encaja.

Mientras Clara habla y ríe con sus amigos, su madre la tiene abrazada de manera cariñosa. Para darle más espacio, me siento con mis hermanos en la otra mesa. Bajo el murmullo del café y la banda sonora de cucharillas contra las tazas, Baran se inclina hacia Kaan y le comenta algo apenas audible. Kaan asiente una vez, muy despacio.

—Guy ya no es un problema —susurra Baran, en turco—. En las noticias será un suicidio, nos lo hemos cargado de manera limpia y encargado de borrar las imágenes de las cámaras. El resto de los empleados están tan acojonados que serán incapaces de relacionarnos.

—¿Y el asistente? —pregunto.

—Camino del *jet*. Te aseguro que se le han quitado las ganas de abrir la boca —responde Kaan sin levantar la voz—. En cuanto a Duval…, tenemos a alguien en la Interpol dispuesto a cerrarle el pico.

—No me vale con eso —respondo—. Invitad al director a una de nuestras fiestas privadas. Ya sabéis lo que tenéis que hacer. Mientras, investigad a Duval por si podemos tirar de algo. Si no hay nada, que lo dudo, ya sabéis, le damos pasaporte.

Baran se ríe por lo bajo.

—Una cámara, una sonrisa y un tío bien entrenado. Como en los viejos tiempos. Eso nunca falla. Y el director de la Interpol es un viejo muy puritano, esos siempre son los peores.

—De eso se aprovechaba el abuelo, y esto no tiene nada que ver con lo que hacía él. Es parecido, pero nosotros no utilizamos a niños, joder, por ahí no paso. Empleamos a gente que saben a lo que se prestan y le pagamos por ello. Muy bien, además —espeto—, me molesta que se diga que hago lo mismo que el viejo. Yo soy diferente.

—Me refería al chantaje, que eso nunca falla —replica Baran.

—Si no quieren que salgan a la luz sus secretos, que no los tengan —sentencio.
Levanto la taza de café hacia mis labios, sin apartar la vista de Clara. Ella ríe con Jorge por algo. Pero la manera en que le acaricia el brazo y cómo su amigo se tensa cuando se susurran algo entre ellos, aprovechando una distracción de su madre, me dice que lo que han comentado hace unos segundos no es exactamente una conversación normal.
—No estarás enamorándote, ¿verdad? —pregunta Baran, con una ceja alzada y esa sonrisa suya de quien siempre juega a no creerse nada—. Porque eso sí que sería peligroso. Además…, ya sabes cómo acabaría.
—No soy tan idiota —respondo, sin mirarlo siquiera—. Pero si eso me da ventaja…, puedo fingir a la perfección estarlo como un verdadero Romeo. —Le doy un sorbo al café por la necesidad de mantener mi mente fría y pensar bien mis siguientes palabras para dejarlo todo claro—. Yağmur ha dejado de ser un problema, y más aún en cuanto esto se formalice. Necesito una esposa que no represente una amenaza, que no tenga familia en Estambul ni ambiciones propias. Alguien que no cuestione lo que hago, porque no tendrá tiempo ni espacio para hacerlo. Además, con la posibilidad de acordar un tiempo y luego un divorcio donde no me saque hasta las tripas. Ya sabéis que no quiero casarme. —Clavo los ojos en los de Kaan—. Y para esto, ella es perfecta, porque si no lo es…, me encargaré personalmente de moldearla.
Ellos asienten con una mirada de advertencia en sus ojos. Saben que no pueden replicarme, que soy el jefe, el cabeza de familia, y que se supone que sé lo que hago. También soy consciente de que, aunque ellos no me contradigan, tampoco están de acuerdo con mi relación con Clara, no porque no les caiga bien, sino porque implica meter a alguien ajena a todo esto en nuestro mundo, y la posibilidad de una traición, por lo que podríamos terminar muertos o, en el mejor de los casos, en la cárcel.
Cuando terminamos el café y la charla, nos despedimos. El *jet* debe despegar, y no podemos perder más tiempo. Ali ha dejado el «bulto» en el avión y se queda unos días en Madrid para encontrar la

dichosa joya. Nosotros nos vamos para aparentar tranquilidad, ya que, en nuestro mundo, eso es lo primordial. Clara se abraza durante unos minutos a su madre, necesitando ese contacto para recordarse lo que realmente vale la pena. Luego, le da un par de besos a Marina y Jorge, y esa sonrisa suya que parece brillar incluso en días nublados desaparece. Solo veo tristeza en su rostro, y no sé ni el motivo por el que me cabreo, pero no me gusta nada verla de esa manera. Salimos del local, y el chófer ya nos espera. Subimos al coche, y apenas nos acomodamos, doy una orden seca:
—Sube el cristal.
El panel divisorio se eleva con un zumbido sordo, aislándonos del conductor. El silencio que se instala entre nosotros es tan incómodo que me atraviesa y me cabrea.
—Emir… —empieza Clara.
No le doy tiempo a seguir. Me giro hacia ella, tomo su rostro con las manos, y la beso. No es un roce leve ni un gesto automático, sino una afirmación, una orden muda, un deseo expuesto durante demasiado tiempo. Ella me responde, al principio, con sorpresa; luego, con entrega. Mis manos bajan por su cuello, rozan la tela de su blusa hasta llegar a su muslo. Lo acaricio por encima del pantalón, desde la rodilla hacia arriba, despacio, sin urgencia. Con el control de quien saborea cada segundo. Sin separar nuestros labios, la levanto sin esfuerzo y la coloco sobre mi regazo, de cara a mí. Sus piernas se acomodan a cada lado de mi cintura. Me separo un poco de ella, tan solo unos milímetros, los suficientes para mirarnos un segundo en los que me pierdo en ella. Sus labios están entreabiertos y su aliento se mezcla con el mío.
Siento cómo se enciende algo en mi pecho que no tiene que ver solo con el sexo, sino con el dominio, con la necesidad de tenerla cerca, de hacerla mía hasta en lo más mínimo. Me dije que era solo para distraerla, para alejarla del caos que acabamos de dejar atrás y que no se enterara de lo que realmente sucede. Pero ahora no estoy tan seguro. Tal vez también sea para distraerme a mí y recordarme que todavía hay algo en este mundo que deseo conservar intacto y que esa inocencia que ella posee no se corrompa con el monstruo que llevo dentro.

—No quiero que pienses en nada ni en nadie más —le murmuro contra la piel de su mandíbula—. Solo en lo que pasa aquí. Solo en nosotros.
Mis dedos desabrochan otro botón. Su pecho sube y baja al ritmo de una respiración pausada. Le acaricio la cintura, el borde de la espalda baja. Luego subo hasta su pecho y pellizco con suavidad sus pezones por encima de la blusa. Ella jadea, y sonrío al comprobar que es completamente receptiva. Sus manos intentan buscarme, pero las detengo enseguida de manera firme.
—Ponlas ahí y ni se te ocurra moverlas, ¿me has entendido? —le ordeno con voz baja, llevándolas al respaldo del asiento de donde estoy.
Ella se muerde el labio inferior, pero obedece. Cuando se mueve ligeramente sobre mí, le doy una nalgada leve cargada de promesa. Ella reprime un gemido y me mira, con los ojos dilatados por la mezcla de deseo y entrega. Le recompenso con una acaricia suave y tortuosamente lenta.
—Te dije que habría castigo —murmuro contra su oído.
—Lo sé —responde, casi sin voz—. Y también sé que no ha terminado.
—No —susurro, rozando sus labios con los míos—. Aún no he empezado.
Y la beso de nuevo lento y profundo, con todo lo que me callo por no espantarla. Mi polla está dura bajo ella, presionando contra el centro de su cuerpo. Ella lo nota, lo siente y lo ansía. Se arquea un poco y deja escapar un gemido que se me mete en el pecho como gasolina encendida. Deslizo las manos bajo su blusa, ahora completamente desabotonada, y le beso el centro del pecho. Me separo para admirarla de nuevo, donde mis labios han tocado su piel, y luego paseo mi lengua por la misma zona de manera tortuosa. Ella tiembla. Y yo muerdo con suavidad uno de sus pezones, disfrutando de cómo se retuerce con la boca abierta, incapaz de retener el placer.
Deseo follármela aquí mismo, y la sujeto con más fuerza de la necesaria. Pero no lo hago todavía, porque esto no se trata solo de sexo, sino de control, de recordarle a quién pertenece.

—Quieta —le ordeno, bajando el tono, convirtiéndolo en un susurro áspero.
Ella asiente sin palabras. Sus dedos siguen quietos en el respaldo. Su cuerpo vibra sobre el mío. Y yo, con los labios en su piel, le prometo con el cuerpo lo que la boca no puede decir todavía. Una de sus reglas era la sinceridad, que le contara todo sin secretos. Y pese a que se lo prometí, la romperé una y otra vez, todas las que sean necesarias. Porque es mejor incumplir una regla que romperla a ella para llevarla a una oscuridad cuando es luz.
La ciudad continúa más allá del cristal, ajena a todo. Nosotros estamos en otra parte. Donde la claridad y la oscuridad son una misma cosa.

33

Clara

Desde que salimos de aquella reunión, algo no me cuadraba. No fue solo la tensión en la sala, ni el modo en que los franceses endurecieron de repente la cláusula de exclusividad, ni siquiera el intercambio de miradas entre los hermanos Demirhan. Fue el modo en que Emir me sacó de allí, sin explicaciones, sin un gesto, sin una palabra. Lo anoté mentalmente, porque para qué engañarnos, siempre se necesita un as bajo la manga para jugarlo más tarde, sobre todo, si el otro jugador es alguien como él.

Después de eso, hubo otra escena que también me dejó huella, aunque muy diferente a la primera. Y es que desde que le conocí, y entró en mi vida para arrasarla, se ha convertido en un ir y venir de sucesos unos tras otros, sin que me dé tiempo a asimilarlos, a un ritmo tan frenético que cuando despierto no sé si estoy en su mansión, en la casa del gimnasio o en la otra. Tampoco sé qué me deparará el día o con quién me encontraré. Lo cierto es que me gustó ver la calle donde se encuentra mi cafetería preferida y que me dijera que tenía una sorpresa para mí, me llenó el corazón de ternura. Por primera vez, se había preocupado por hacer que me sintiera mejor.

Volver a Toma Café Olavide fue como un salto en el tiempo, una sacudida cálida de rutina y recuerdos. Es ese lugar en el que solía perderme cada mañana con un café entre las manos, buscando refugio entre sus paredes de ladrillo visto. Había una mesa junto al ventanal que casi sentía como mía. La reconocí al instante, casi olvidándome de que Emir estaba a mi lado.

Nada más entrar, Jorge me atrapó en un abrazo que casi crujió mis costillas y me dejó sin aliento de tanta risa. Después fue el turno de

Marina, con esa mezcla suya de cariño y sarcasmo que me desarma. Me escaneó con una mirada rápida, una ceja alzada y una sonrisa a medias que decía «tenemos que hablar largo y tendido». Y luego, mi madre. Su abrazo fue diferente, mucho más silencioso y largo, envolviéndome en una cúpula protectora y evitando con eso todo lo que el mundo tuviera preparado para mí.

Nos sentamos en la mesa junto al ventanal. Les presenté a Emir de manera oficial, aunque ellos ya lo sabían todo sobre él. Mi madre le dirigió la típica mirada fraternal de escrutinio que parece que le hace una radiografía, aunque por primera vez en la vida no dijo nada, tan solo que estaba demasiado bueno y que ella le haría mil favores. Emir solo dijo un escueto «encantado», tan simpático como siempre. Luego, cuando llegó la camarera, hicimos los pedidos.

—¿Qué tal estás, hija? Te he echado mucho de menos —preguntó mi madre mientras me miraba de arriba abajo—. ¿Estás comiendo bien? ¿Descansas lo suficiente?

—Estoy bien, mamá, no te preocupes por nada —sonreí—. Es todo un poco confuso, pero me estoy adaptando. Todo eso es… otro mundo.

—¿Y qué tal es Estambul? —preguntó Marina, que se acomodó en su silla y sacó de su bolso el móvil para ponerlo encima de la mesa—. ¿Es tan bonita como en las fotos? ¿Te ha dado tiempo a hacer mucho turismo?

—No mucho, la verdad. Lo que sí he visto ha sido el Gran Bazar. Son miles de tiendas alineadas con estantes y vendedores que te seducen. Es abrumador, pero también hipnótico. Parece que cada esquina oculta un secreto milenario que te invita a quedarte un poco más. Me fascinó —me reí—. Es una ciudad intensa, caótica, llena de contrastes, aunque con una belleza que te atrapa.

—Yo no podría vivir en un sitio con tanto ruido. ¿Compraste mucho allí? Imagino que tendrán unas telas con bordados espectaculares. ¡Ya me podías haber traído alguna, capullina! —murmuró Jorge—. ¿Y el trabajo? ¿Todo bien con las traducciones, los inversores y todas esas cosas que haces?

—Sí. De hecho, Emir me ha dejado bastante espacio. Confía en mí, lo cual ayuda. Aunque… también es un poco mandón, para qué

engañarnos —miento como una bellaca, no quiero que se preocupen más de la cuenta.
—¿Un poco? —intervino Marina, divertida—. Si solo con veros juntos ya me da la impresión de que controla hasta tu respiración.
—No, no es así —me defendí—. Es protector e intenso. Pero también sabe cuándo dejarme mi espacio. A veces.
Hablamos de todo un poco. Emir, que no perdía detalle de lo que hablábamos a pesar de que no entendía nada, me recordó que debía comentarles la noticia sobre nuestra boda. ¡Ja! Ni que fuera tan fácil. Asentí con una sonrisa y pasé de él. Continuamos con chismorreos del nuevo proyecto de Jorge, de una compañera de trabajo de Marina que se había ido a vivir a México con un chef vegano. Mi madre me puso al día de la vecina del tercero, la que siempre cotilleaba desde la ventana y ahora se había enamorado de un camionero. No sabía cómo decirlo y sentía la mirada penetrante de Emir.
Tomé aire y, con algo de vértigo, solté la bomba:
—Me caso.
El silencio fue instantáneo. Solo se oía el zumbido de la cafetera y el tintineo de alguna taza en la barra. Incluso me pareció que el resto de los clientes se quedaron en silencio para escucharme mejor.
—¿Cómo dices? —preguntó mi madre, bajando la taza a medio camino.
—Con Emir. Me caso con Emir.
—¿Y lo sueltas así, sin avisar, y sin un poquito de anestesia? —saltó Jorge—. ¿Y no se te ocurrió, no sé, dejar alguna pista antes o decirlo con delicadeza? ¡Por lo menos podías habernos pedido una tila, vamos, digo yo! —exclamó con teatralidad. Después, se acercó a mi oído—. Sabes que puedes follártelo hasta que no puedas andar sin pasar por la vicaría, ¿verdad, Clarita?
—Quería decíroslo en persona —respondí con sinceridad—. Y no, no fue una pedida de rodilla ni con anillo de diamantes. Fue un acuerdo. Algo que tiene sentido para los dos, aunque suene raro dicho así.
—Suena raro, sí —murmuró Marina, frunciendo el ceño—. ¿Y estás segura?

Lo pensé durante unos instantes. No sabía cómo explicarlo.
—Sí. Parece precipitado y una auténtica locura, pero de alguna manera… estoy bien. Estoy con él. Y, joder..., tiene sentido dentro del caos que es ahora mi vida.
Mi madre me tomó la mano. Sus dedos eran cálidos, como si todavía pudiera sostenerme como cuando era niña.
—No tengo que entenderlo todo —dijo con suavidad—. Solo necesito saber que tú lo haces. Y que, pase lo que pase, vas a estar bien. Al fin y al cabo, mejor un «me casé y aprendí» que un «ay, madre, la que no lie por no liarla». Además, me tienes a un golpe de teléfono, me llamas, y volaré hasta allí para cortarles los huevos a quien haga falta, ¿de acuerdo?
—Oye, Carmen, ¿y te vas a poner la capa de Superwoman? —bromeó Jorge con su particular sentido del humor—. En ese caso, también lo haremos nosotros, solo tienes que silbar.
Le devolví una sonrisa agradecida. No tenía todas las respuestas, pero tenía claro que lo intentaría.
Pocos minutos después, entraron sus hermanos. Altos, vestidos de oscuro, con esa mirada de quienes no necesitan hablar para imponer respeto. Jorge se quedó boquiabierto. Marina se recolocó el pelo casi sin darse cuenta. Mi madre… simplemente los observó con esa mezcla de instinto y juicio que tiene para leer a la gente como si fueran libros abiertos.
Presenté a cada uno con una breve explicación. Marina estrechó la mano de Baran con una sonrisa que se alargó un poco más de la cuenta. Él no pareció molesto. De hecho, le susurró algo a Emir con esa sonrisa torcida suya que tantas ganas me daban a veces de darle un codazo.
Mientras mis amigos seguían hablando entre ellos, Emir y sus hermanos se macharon a una mesa cercana. Hablaban en voz baja, con ese tono que solo usan cuando se cuece un asunto serio. Yo, fingiendo no escuchar, los observé de reojo, y sabía que algo no estaba del todo bien.
Cuando terminamos de tomarnos el café, nos despedimos con más abrazos, promesas de llamadas, y el eco de palabras no dichas. Al

salir, Emir abrió la puerta del coche y me miró con una media sonrisa.
—En el *jet*... vas a pagar por lo que me has hecho hoy.
—¿Por qué? ¿Por traducirte con sinceridad selectiva?
—Por ponerme duro durante la maldita reunión.
Entré en el coche sin discutir, porque esa era otra conversación, y tenía toda la pinta de que iba a ser más física que otra cosa. Emir dio una orden al conductor, luego subió el cristal que separa la parte delantera de la nuestra trasera. Me acomodé, todavía procesando las emociones cruzadas, cuando su mano empezó a recorrer mi muslo. Me besó en los labios, lento, con la certeza de quien no tiene prisa, pero sí un propósito. Me cambió de sitio, me sentó sobre él y me acarició el borde de la espalda baja.
—En el *jet* voy a castigarte como mereces —me susurró al oído mientras pellizcó con suavidad mis pezones a través de la blusa. Jadeé. Intenté tocarlo, pero él me detuvo. —Las manos en el respaldar del asiento, Clara. No las muevas.
Una nalgada suave me hizo estremecer. Él sonrió con picardía, aunque su cuerpo estaba tenso debajo de mí. Lo notaba. Lo sentía.
Sin embargo, la anticipación me consume mientras el coche nos lleva al aeropuerto. Cuando quiero darme cuenta, nos detenemos. La puerta tarda unos minutos en abrirse, el tiempo suficiente para que nos recoloquemos la ropa. Antes de salir, Emir me dedica otra sonrisa de las suyas.
—¿No tienes que pasar por aduanas? —le pregunto al oído mientras subimos las escaleras del *jet*.
—Es un mero trámite del que se encargan otros. No puedo perder mi tiempo con esas cosas tan… banales. Y más, cuando tengo entre manos un asunto urgente que atender en cuanto suba.
Alzo una ceja divertida, y suelto una carcajada. Este Emir juguetón me gusta mucho, demasiado, creo, para perder la cabeza. Nada más entrar en el *jet*, los hermanos de Emir ya están allí. Él me roza la espalda mientras se inclina hacia mi oído.
—Ve al dormitorio del fondo. Desnúdate y espérame tumbada en la cama.

La orden me atraviesa la piel. Camino por el pasillo con paso firme, aunque por dentro las piernas me tiemblan. Abro la puerta del fondo y me encuentro con un dormitorio elegante, y una cama doble con cabecero de hierro forjado, cubierta por sábanas de algodón blanco. Sonrío porque es muy propio de él. Las cortinas son opacas, y al darle al interruptor, se enciende una luz cálida. Me quito la ropa despacio, sintiendo cómo cada prenda deja un rastro en mi piel. Pero no me tumbo de inmediato. Me acerco sigilosa a la puerta entreabierta en busca de mi futuro marido y escucho.

—¿Qué hacemos con el secretario? —pregunta Kaan, con tono seco —. Lo tenemos abajo, está custodiado, no te preocupes, pero los chicos esperan órdenes

—Encargaos de él con discreción. No quiero ruido —dice Emir.

—¿Y qué piensas hacer con Clara? —pregunta Baran, con ese deje burlón tan suyo.

—Me encargaré de que no se entere de nada. Tengo mis técnicas para distraerla.

—Cabrón suertudo —responde Baran entre risas contenidas—. Siempre te toca la parte más divertida.

Me muerdo el labio. Sí, pienso mientras me tumbo despacio sobre las sábanas. Se va a llevar la parte más divertida. Pero no será el único. Este no sabe lo que le espera por haber roto una de mis reglas.

34

Emir

El primer sonido que se impone sobre el zumbido grave del *jet* no es el del motor, sino el del hielo tintineando contra el cristal. Es un Macallan de veinticinco años. El líquido se desliza por el interior del vaso. Baran apoya los codos sobre la mesa, está agitado. Su rodilla rebota nerviosa. Kaan permanece en el otro extremo del salón, con la *tablet* en su mano, revisando los últimos movimientos financieros de Valemont, pero sus ojos, igual que los míos, están en otra parte.

—Ali se ha quedado en Madrid —anuncia Kaan, sin levantar la vista —. Dijo que no pensaba volver sin encontrar la joya.

—No está solo —añado, girando el vaso entre los dedos—. Le dejé a Murat y a los gemelos. Suficiente para revisar cada rincón de Madrid sin levantar sospechas.

—¿Y el secretario? —pregunta Baran.

—Está sedado —responde Kaan—. Lo han metido en la bodega del *jet*, bien sujeto, con suero y vigilancia permanente. Lo trasladaron en ambulancia privada, como si fuera un paciente. No debería despertar hasta mañana.

Baran resopla.

—¿Y si se despierta?

—Que lo mantengan dormido o callado, me da igual —respondo, sin dejar de mirar el hielo derretirse poco a poco—. No quiero preguntas, tan solo el maldito chip sin levantar sospechas.

—Me sigue pareciendo un error mantenerlo vivo —masculla Baran—. Si tan peligroso es lo que sabe, no entiendo por qué lo has dejado respirar más allá del aeropuerto.

—Porque aún no sé si tiene contacto directo con Duval o lo hacía a través de Guy —respondo con voz baja—. Y me gustaría

comprobarlo antes de decidir qué parte hago volar.
Baran me lanza una mirada tensa. Kaan, en cambio, levanta al fin la vista de la *tablet*.
—¿Tienes pruebas de que el testamento está alterado?
—Tengo algo mejor: inconsistencias —respondo—. Versiones que no cuadran, cláusulas que aparecen en unos borradores y desaparecen en otros, firmas con fechas dudosas y una urgencia repentina por cerrar algo que llevaba años estancado.
—¿Y tú crees que eso es cosa de la *abla*?
—Creo que nuestra madre tiene prisa. Y cuando ella hace algún movimiento repentino, ya sabemos lo que pasa… Alguien está en peligro.
Kaan asiente con gravedad. Baran se cruza de brazos y se reclina en el sofá.
—Entonces es verdad —dice—. El viejo iba a cambiar el testamento antes de morir. Iba a dejarlo todo en tus manos, dejando a un lado a sus otros hijos, y sin un techo a su nuera preferida, no como ahora…
—Bueno, aún no lo sabemos, pero sí lo suficiente como para que alguien se asustara o actuara antes de tiempo. De todos modos, el testamento ya es oficial, aunque el abuelo quisiera dejar al margen a sus otros hijos, es imposible saberlo.
Baran deja caer la cabeza hacia atrás, exhalando.
—Joder, ¡qué familia!
—No la elegimos —comenta Kaan.
—Pero sí decidimos cómo acabar con ella —respondo yo.
El silencio cae por unos segundos. Solo se escucha el leve zumbido del *jet*, el clic sordo del hielo y la tensión entre los tres.
—Cada minuto que la joya no esté en nuestras manos, estamos expuestos —refunfuña Kaan.
—Duval la quiere —dice Baran con los dientes apretados—. Si llega a tener ese chip, estamos muertos.
—Y no solo nosotros —añado—. Altın Halka entero. Desde los primeros contratos hasta las rutas del puerto. Está todo ahí. Lo firmamos nosotros y lo autorizó el abuelo.
Baran me observa desde el otro sillón.
—¿Y ella?

—¿Qué pasa con Clara?
—¿Le vas a contar todo esto?
—No.
—¿Nada? —insiste. Baran me observa desde el otro sillón. Niego con la cabeza, despacio.
—No. En cuanto aparezca la joya, la llevaremos a los talleres de Demirhan Jewels. La convertirán en un anillo de compromiso. Un diseño nuevo, clásico y elegante con el chip escondido bajo el engaste. Nadie buscará ahí, es el escondite perfecto, además, le he encargado que le ponga también un localizador. No volverá a desaparecer sin que nosotros sepamos dónde está.
Kaan alza la vista con lentitud. Me entiende antes de que lo diga.
—¿Un anillo de compromiso?
—Exacto. Y no sé de qué os sorprendéis, ya sabíais que me casaba —respondo—. Cuando esté listo, que hablen con el registro civil para solicitar fecha. Si hace falta…, que hagan una aportación a la causa para acelerar los trámites.
—Sí, pero lo que me ha cogido por sorpresa es que precisamente se lo des a ella, aunque tú sabrás lo que haces. Bueno, a lo importante, ¿cuál es el siguiente paso? —pregunta Baran.
—Después, con el funcionario del ayuntamiento. El que tenga autoridad para oficiar. Lo quiero todo cerrado para la semana que viene. —Me inclino ligeramente hacia ellos para que no nos escuche nadie más—. Una boda nos dará la excusa perfecta para desaparecer del mapa unos días. Y si jugamos bien nuestras cartas… parecerá que solo estamos celebrando. Mientras tanto, el resto arderá sin que nos señalen.
Kaan recoge su *tablet* y se pone en pie.
—Si Ali la encuentra, estaremos a salvo. Pero, si no…, esto se nos puede ir de las manos.
—La encontrará —digo sin dudar—. Y cuando lo haga, sabremos si todo esto fue una casualidad…, o una ejecución cuidadosamente planeada. Mantenedme informado. Ah, no dejéis que nadie toque al secretario sin mi orden. Y si despierta, grabadlo. Luego, cuando hable, que se duerma de nuevo o se duerma para siempre, lo que prefiráis.

Bebo el *whisky* de un solo trago. El fuego baja por mi garganta como si ya supiera a sangre. Me levanto, sacudo con calma las solapas de mi chaqueta, la coloco sobre el respaldo de la silla y me dirijo hacia la puerta.

Baran no tarda en disparar la última bala, como es costumbre.

—¿Y qué piensas hacer con Clara? —pregunta, con ese deje burlón tan suyo.

Me detengo solo un segundo. El suficiente para que lo escuche bien.

—Me encargaré de que no se entere de nada, mi dormitorio del *jet* está insonorizado, así que, por mucho que grite ese cabrón, ella no se enterará. No saldrá de allí en todo el vuelo.

Baran suelta una carcajada seca, contenida.

—Cabrón suertudo. Siempre te toca la parte más divertida.

—Ni una palabra más, Baran. De ella no se habla, ¿me has entendido?

Me giro camino del dormitorio para reunirme con ella y, por primera vez en toda la noche, sonrío. El pasillo del *jet* está en penumbra. Cada paso que doy, una declaración de intenciones. Pienso usar el hielo, no para enfriar nada, sino para encenderla más. Clara. Repito su nombre, como si lo masticara con la lengua. No hace falta pronunciarlo. Ya lo llevo escrito en la sangre. Me gustaría decir que aún es un pasatiempo, un accesorio brillante, un capricho que se marchará con el *jet lag*, pero mentiría, me ha desmontado sin darme cuenta, y eso es infinitamente peor.

Reviso mentalmente los detalles de la conversación con mis hermanos. Ali buscando la joya, el secretario sedado en la bodega, el anillo en cuanto aparezca el chip, la boda, preparada para la semana siguiente. Una ceremonia que servirá como coartada perfecta… mientras los enemigos miran hacia otro lado. Todo bajo control. O eso me digo.

La alfombra absorbe el sonido de mis pasos, pero no la tensión de mi cuerpo. Llevo la camisa medio desabrochada, las mangas remangadas hasta los antebrazos. El vaso sigue en mi mano, frío. La condensación me humedece los dedos. Sonrío, pensando en dónde voy a deslizar ese hielo. En cuántas veces va a suplicar que pare…, o que no lo haga jamás.

Solo pensar que ella me haya obedecido, que se haya tumbado sobre la cama como ordené, desnuda, esperando…, me excita más. El control es como una droga, y yo la he administrado durante años. Con mujeres, con socios, con enemigos. Pero Clara… Clara no solo lo acepta. Lo desafía desde dentro, con esa forma suya de rendirse solo para dejarme creer que he ganado. El pomo de la puerta ya está a un metro. La excitación de la anticipación me recorre por completo. Me detengo un instante. Inspiro hondo. Su perfume ya se filtra desde dentro lo justo para atraparme.

Me humedezco los labios. Me echo el vaso a la boca y dejo que un cubito se cuele entre mis dientes. Lo sostengo ahí unos segundos y luego lo suelto para que resbale de nuevo al cristal.

«Esta noche no hablarás, sino que aprenderás».

La agarraré con una mano. La domaré con la otra. Le haré olvidar hasta su propio nombre. Porque si no la doblego ahora…, no lo haré nunca. Y eso es algo que no estoy dispuesto a permitir. Poso los dedos sobre el pomo y entro. Empujo la puerta con un leve giro de muñeca. El mecanismo es tan silencioso como el aire que me corta el pecho cuando la veo.

Y ahí está Clara.

Mi orden convertida en visión.

La luz cálida del dormitorio la acaricia como si tuviera permiso. Una única lámpara encendida sobre la mesilla lanza sombras suaves sobre las paredes, creando una atmósfera casi irreal. Pero lo único irreal es ella. Tumbada en el centro de la cama, desnuda, con una calma salvaje en cada poro.

No se cubre. No se encoge. Sin embargo, no espera como una sumisa. Lo hace como una diosa que sabe que el sacrificio llegará… y que será ella quien lo ofrezca. Tiene una pierna flexionada y la otra extendida. Una línea perfecta que nace en el tobillo y sube por el muslo, por la cadera, hasta perderse en la curva de su cintura. Su vientre sube y baja despacio, marcado por la tensión de saberse observada. El pecho se eleva con la cadencia exacta de una provocación. Y el cabello, ese que siempre lleva con una especie de rebeldía que me cabrea y me fascina a partes iguales, cae desordenado sobre la almohada, extendiéndose como una mancha

oscura sobre las sábanas claras. Pero lo peor, o lo mejor, son sus ojos. No desvía la mirada. Tampoco parpadea. Me mira como si me hubiese estado esperando desde hace siglos y supiera que este momento no es suyo ni mío…, sino inevitable.

Trago saliva. No porque esté nervioso. Es porque cada célula de mi cuerpo quiere ir hacia ella… y arrancarle el alma. O dársela. Y eso me jode más que cualquier traición. Cierro la puerta tras de mí sin dejar de mirarla. El chasquido resuena como un sello.

—Obediente —digo al fin, con la voz ronca. Ella sonríe un poco, lo suficiente.

—Dijiste que querías una clase particular —susurra.

Doy un paso. Luego otro. Me acerco como si estuviera entrando en un templo, porque lo que hay ante mí no es una cama, es un altar, y ella es mi diosa. Pero todavía no lo sabe. Y eso me enciende más.

—Y la tendré —respondo—. Pero, antes…, te has ganado diez nalgadas.

Ella no dice nada, solo se gira con una lentitud medida, provocadora hasta el sadismo, y se apoya sobre los antebrazos. Su espalda se arquea, las piernas se separan lo justo. Todo está calculado. Y su culo… se alza como una ofrenda. La visión me golpea en el estómago. Camino hasta ella con el vaso en la mano. Me arrodillo sobre el colchón, a su espalda. Dejo el vaso sobre la mesilla, sin apartar los ojos de esa piel que brilla bajo la luz cálida como si hubiera sido tallada para ser adorada o castigada.

Acaricio primero, porque me gusta marcar el terreno antes de invadirlo. Mis manos se posan en sus caderas con los dedos firmes. Tiene una piel extremadamente suave. Primero aprieto, amoldo y amaso la carne con la devoción de un escultor. Cada curva bajo mis palmas responde como si me conociera desde hace siglos. Suspiro contra su espalda baja. La huelo. La saboreo sin tocarla con la boca.

—Cuenta —ordeno, al tiempo que levanto la mano.

Y, entonces, ¡plaf! La primera. El sonido resuena como un latido desacompasado. La carne vibra bajo el golpe, se tiñe lentamente de un rojo incipiente.

—Uno —murmura Clara, con la voz firme, aunque su respiración ya se agita.

Le acaricio la misma zona que acabo de golpear con los dedos de manera suave, casi reverente. La caricia no alivia, sino que, por el contrario, despierta, hace que su piel arda más y aviva el deseo.
Segunda nalgada. Más firme. Más seca.
—Dos.
La marca se intensifica. La piel se eleva, caliente, tensa. Otra caricia. Esta vez uso los nudillos, dibujando círculos lentos. Tercera. ¡Plaf!
—Tres…
Su voz titubea un poco, en cambio, su cuerpo no. Está entregada. O eso quiere hacerme creer. Mis dedos bajan por su muslo, se cuelan entre sus piernas solo un instante, para sentir la humedad acumulada.
—Estás empapada.
—Estás tardando —susurra. Cuarta nalgada. Un poco más arriba, para equilibrar—. Cuatro.
Y, luego, la quinta. Más certera. Más cruel. ¡Plaf!
Ella gime por primera vez. Fuerte. Y yo cierro los ojos un segundo. Porque la imagen de su culo rojizo, vibrando bajo mis manos, es casi más de lo que puedo soportar. Respiro hondo. Me obligo a mantener el control. Todavía no. Tomo el vaso de nuevo. Saco el hielo con dos dedos. Está helado, mojado, perfecto.
—Has llegado a la mitad. Y aún no has gritado. Mereces un premio.
Deslizo el cubito por la nalga recién castigada. La piel, aún caliente, reacciona como si la quemara. Clara se estremece, pero no se aparta. Lo soporta y lo absorbe. El agua fría traza una línea por su piel, y la sigo con la boca, con la lengua. La bebo. Me la bebo a ella. Gimo contra su carne.
—No te muevas —le ordeno, y ella asiente sin palabras. Entonces, me enderezo. Mido. Apunto. Y la sexta nalgada no va al culo. Va directa entre los labios superiores.
¡Plaf! Un golpe certero. No tan fuerte como para herir, lo justo para sacarle un gemido que le nace desde el vientre.
—¡Joder…! —grita, sin poder evitarlo, con la voz rasgada.
Mi erección late tan violenta que tengo que echar la cabeza hacia atrás y respirar para no correrme ahí mismo. No he entrado en ella,

ni tan siquiera la he besado aún, y ya soy un volcán al borde del colapso. Ella tiembla. Jadea. Pero no se ha rendido. Yo tampoco.
El gemido de Clara sigue vibrando en mi oído incluso cuando ya he retirado la mano. Su cuerpo se estremece con pequeños espasmos que no logra disimular. Está jadeando, pero no implora. No tiembla. No retrocede. Eso me excita más. Coloco una mano firme sobre la base de su espalda, empujándola con delicadeza para arquearla aún más. Su culo se eleva con una obediencia que casi roza la provocación. La piel marcada en rojo es una obra de arte viva: irregular, sensible, empapada por gotas que aún no sé si son por el frío o por el deseo.
—¿Cuál era esa? —pregunto en voz baja, acariciando con dos dedos la comisura de sus labios inferiores, donde la sexta le ha robado el aliento.
—Seis… —responde, con la boca pegada a la sábana y la voz ronca.
Sonrío, aunque no me ve. ¡Maldita sea! Esta mujer va a matarme. Me inclino sobre ella y dejo un beso lento en la zona donde le pasé el hielo. Quiero ver cómo reacciona. Cómo se tensa. Cómo se rinde.
—Levanta la cabeza. No te quiero escondida. Quiero oírte. ¡Y no te corras todavía!
Ella obedece. Apoya la mejilla contra la almohada, girando el rostro para que pueda ver su expresión. Los ojos entrecerrados. La boca húmeda. Las pestañas batidas por la respiración. Y ese brillo. ¡Ese maldito brillo de desafío!
—Siete —anuncio.
Y dejo caer la mano, fuerte y directa, justo en la zona más roja. El sonido es seco. Su grito, profundo. No por dolor. Por sorpresa, porque la intensidad ha subido, y su cuerpo lo ha recibido como una descarga.
—¡Siete…! —jadea, sin que yo se lo pida esta vez.
La acaricio con la yema del dedo índice, delineando la marca con precisión. Luego bajo por la línea de la cadera hasta su vientre. Paso justo por encima del clítoris sin tocarlo, como si se tratara de una línea que aún no tiene permiso para ser cruzada.
—Ocho —susurro, y esta vez le hablo al oído, pegando mi torso a su espalda.

La golpeo con la palma abierta, firme. Ella gime, más ronca. Muerde la sábana. Y yo tengo que cerrar los ojos para no correrme en los pantalones. Estoy temblando de contención y ella de deseo. Y no sé cuál de los dos va a romperse primero. Tomo otro cubito del vaso. Se ha hecho más pequeño, irregular. Lo coloco sobre su columna y lo dejo deslizarse por su espalda. El cubito traza un surco frío hasta su coxis. Cuando llega al final, lo detengo con la lengua y lo muerdo. Lo rompo. Lo trago.

—Nueve.

Esta vez no golpeo. Le clavo los dedos en la carne del muslo y le muerdo la nalga con suavidad, con la mandíbula apretada. Ella grita otra vez. Se retuerce.

—¡Nueve! —repite, con voz estrangulada.

Mis manos la recorren como si tuviera que memorizar cada curva antes de desaparecer. El vaso está vacío, y yo lleno de deseo, de fuego… De ella y por ella.

—¿Lista para la última?

—Sí… —dice, pero hay algo en su tono que no me cuadra. No es ni rendición ni anticipación.

No tengo tiempo de interpretarlo, porque cuando me inclino para darle la décima, cuando alzo la mano, cuando todo está listo para la estocada final… Ella se gira con una rapidez que no espero. Sus piernas me envuelven. Me empuja con un giro ágil de cadera. Y, de pronto, me encuentro de espaldas sobre el colchón. No tengo tiempo de reaccionar. Solo veo su sonrisa mientras se sienta desnuda a horcajadas sobre mi abdomen. Está erguida, brillante, con el cuerpo encendido y los ojos le brillan como cuchillas de miel.

—Diez… —susurra, y me acaricia el pecho con una uña lenta—. Te la debo yo.

Y, antes de que pueda hablar, me besa. No como una mujer agradecida ni sumisa, sino como una reina que se dispone a conquistar su reino. Me besa como si fuera ella quien me hubiera traído hasta aquí y todo, desde la copa en mi mano hasta la nalgada número nueve, hubiera sido su idea desde el principio. Sus muslos me aprietan, su lengua se abre paso y su respiración me invade. Yo debería detenerla. Debería recordarle quién manda. Pero, en este

instante, con su cuerpo encendido encima del mío, con mi erección palpitando bajo ella y el orgullo hecho trizas en el suelo… Solo puedo pensar una cosa.

He perdido el control.

Y esto es lo último que voy a tolerar.

35

Clara

Durante un instante, solo escucho el sonido acompasado de nuestras respiraciones. Él está tumbado boca arriba, el pecho sube y baja con ese ritmo sereno que no debería encajar con lo que acabamos de hacer. La piel bajo la camisa abierta en los primeros botones brilla con una capa sutil de sudor fina que lo vuelve más letal. Hay una seguridad en sus ojos que me enciende tanto como me irrita.

Estoy encima de él. El cuerpo me arde por todo lo que ha sabido provocarme sin esfuerzo. Y eso me jode, porque, ni aun así, siento que le haya ganado. El ardor en mis nalgas sigue ahí, vibrando como una corriente sorda bajo la piel. Cada movimiento, cada mínimo roce del aire, es una descarga. Mis músculos están al límite. Podría correrme con el más leve contacto, con una sola palabra suya, con una presión en el lugar exacto. Y lo deseo. Dios, ¡cómo lo deseo! Pero no. Me obligo a contenerme. Esta vez no voy a perder el hilo, soy yo la que va a marcar el ritmo.

Me inclino hacia delante despacio con las piernas aún abiertas a cada lado de sus caderas. Apoyo las palmas en su torso sobre la tela blanca de la camisa. La noto húmeda, tibia, pegada a su piel. Siento el calor que emana de él y el latido que no se altera, su corazón late a su propio ritmo, ajeno a todo lo que no le interesa controlar.

Lo beso.

Primero con la boca cerrada, después con más intención. Él responde. Su lengua busca la mía, no con desesperación, sino con firmeza. Me guía desde abajo, sabiendo exactamente cuánto puede dejarme creer que estoy al mando… antes de recordarme que no lo estoy.

La mano de Emir se eleva y se posa sobre la parte posterior de mi cabeza. No me empuja, ni tan siquiera me sujeta con violencia. Me contiene. Me orienta. Y, de pronto, siento que, hasta el beso que yo había iniciado con intención de tomar el control, es suyo.

Me separo un poco y respiro sobre su boca. Le muerdo el labio inferior, buscando provocarle algo más que deseo. Tal vez una grieta, un temblor, pero él solo sonríe, no con la boca, con los ojos. Esa mirada que me atraviesa y que, al mismo tiempo, me encierra. Decido seguir, cambiar la dirección y aprovechar el espacio entre caricia y caricia para reconducir el pulso del momento. Mis dedos bajan por su torso despacio, disfrutando de cada línea, de cada marca de su abdomen, como si fueran caminos que me llevaran a una rendición que esta vez, me prometo, será suya.

Pero es difícil concentrarse cuando cada centímetro de piel entre mis piernas suplica por un roce. Cada segundo sobre él me moja más. Me abrasa. Quiero frotarme contra su pelvis hasta perder la razón. Sin embargo, me obligo a recordar por qué estoy aquí. Esto no va de placer, sino de control.

Desabrocho uno a uno los botones de su camisa. Él no me detiene. Me observa. La mano sigue en mi nuca. Noto que la presión de sus dedos varía según el ritmo de mis movimientos. Es casi imperceptible…, pero está ahí. Y aunque mi cuerpo sigue bajando, mi mente empieza a dudar de a quién pertenece realmente este juego.

El zumbido del avión es grave, constante, un corazón mecánico latiendo bajo nuestros cuerpos. Vibra a través del suelo, de la estructura metálica, se filtra en la cama, en mis piernas, en mi columna. Todo en este instante parece cargado de una electricidad invisible. Todo vibra, incluso él.

Continúo bajando con una lentitud casi exasperante y dejo un rastro de besos tibios por su abdomen terso y tenso. La piel de Emir tiene un sabor limpio, salado y masculino. No hay perfume, solo él. Un calor que se expande como si su cuerpo ardiera desde dentro y su piel no supiera cómo contenerlo. Su respiración se ha vuelto más pesada. No jadea. En cambio, sí se escucha. Y esa cadencia más profunda, más rasposa, es una confesión. Una que no verbaliza, pero que me pertenece. Su torso es cálido, suave en algunas partes, más rugoso en otras, marcado por pequeñas cicatrices por las que no me atrevo a preguntar, y que él no estaría dispuesto a contar. Cuando llego a su lado izquierdo, justo debajo de la clavícula, me detengo. El tatuaje.

El anillo negro, elegante, violento, perfecto. Lo he visto antes de cerca, de lejos, y también lo he sentido sobre mi piel cuando me ha atrapado con el cuerpo. Pero nunca lo había tenido tan a mi merced. Apoyo los labios sobre la línea externa del dibujo. Lo beso como si quisiera borrar el borde, y con ese gesto, mínimo y absurdo, pudiera domarlo a él. Siento que el calor de su cuerpo se intensifica bajo mi boca. Me recreo en los bordes, con los labios primero, con la lengua después. Sigo el contorno. Lo rodeo con lentitud, con una especie de ternura muda que me desconcierta. Y mientras lo hago, una parte de mí lo odia, porque incluso en un tatuaje… hay poder, y me recuerda a quién estoy besando.

No levanto la vista. Me concentro en el movimiento pausado de mis manos, que se deslizan por sus costados. En la forma en que su cuerpo se tensa cuando paso la

lengua por debajo de su ombligo. En cómo su vientre se contrae, casi de forma involuntaria, al sentirme tan cerca.
Y, sin embargo, no cede, no se entrega. Su mano permanece firme en mi nuca, guiando cada movimiento, incluso desde abajo, marca el ritmo para recordarme que estar al mando es tan natural como respirar. Ese dominio sutil, casi imperceptible, es lo que más me enloquece. Porque me creo encima, me creo libre… y, por el contrario, no hago más que seguir el compás que él impone con un solo dedo. Ya no me guía. Me ancla. Es un gesto que no me retiene, pero me recuerda que está ahí, que puede sujetarme si decide hacerlo.
Desabrocho el botón de su pantalón con cuidado, como si desmontara una bomba. Escucho el chasquido, bajo la cremallera y mis dedos se cuelan entre la tela. El roce con su ropa interior es caliente, implacable. Siento su erección latir contra mis nudillos. ¡Dios!
Saco su polla despacio, sin romper el silencio. Solo el motor del *jet* y nuestras respiraciones llenan la habitación. La mía, cada vez más entrecortada. La suya, más grave, más sostenida. Sabe lo que viene. Y me deja hacerlo. Me deja bajar.
No porque quiera rendirse, sino porque le divierte ver cómo me esfuerzo en dominarlo con la boca. Paso la lengua por la base, por el lateral, por la punta. No hay prisa. La exploro con devoción, no por sumisión, sino por deseo. Porque me muero por saborearlo. Porque necesito sentir que cede al menos un poco. Porque me da hambre.
Él gime bajo, grave, a través de la garganta. Es un sonido contenido, pero real. Lo escucho como si fuera una victoria, una grieta, y levanto la vista. Sus ojos están fijos en mí, ardientes y más oscuros de lo normal dentro de ese color ámbar que tanto me fascina. No hay ternura en esa mirada, solo placer y control absoluto. Me observa grabando cada movimiento y sabiendo que le pertenezco en ese instante…, pero no piensa decírmelo.
Su mandíbula está apretada, la frente perlada, en cambio, su expresión es la de un hombre que permanece en su trono, incluso desnudo y con mi lengua envolviéndolo. Siento mi entrepierna latir con tanta fuerza que casi me distrae. Cada vez que paso la lengua por esa piel caliente, palpitante, me humedezco más. Estoy tan excitada que me cuesta no gemir y no frotarme contra la cama o contra su erección, pero me reprimo, me contengo. Hago esto para sonsacarle la verdad.
Me detengo y le miro a los ojos. Su mano aún en mi nuca y el calor de su polla sobre mis labios.
—¿Me has mentido? —susurro con una sonrisa que intenta provocarle.
Él no responde al momento, aunque tampoco finge sorpresa, solo me observa un segundo más. Luego, suelta el aire lentamente por la nariz y dice entre dientes:
—No.
Le paso la lengua de nuevo de forma más lenta y tortuosa. Gime otra vez. Y yo lo siento vibrar en mi garganta.
—¿Seguro que no me ocultas ningún secretillo?

Cierra los ojos apenas un instante. Luego los abre y vuelve a negarlo. Su voz sigue firme y su erección, aún más. Quiero que tiemble, no que respire como si lo estuviera disfrutando demasiado, y que se deshaga, no que me dirija incluso tumbado. Sin embargo, sigue mirándome igual, sabe exactamente cómo terminará esto.

Y yo, por dentro, me rompo un poco. Le mantengo la mirada un segundo más. Solo uno. Lo justo para no reconocer que me está ganando sin moverse. Después bajo la vista. Y la boca.

Su polla sigue palpitando en mi mano. Está caliente, tensa, firme, con esa textura que mezcla piel tersa y vulnerabilidad. La acerco a mis labios y la rodeo con la boca, despacio, dejando que la lengua acaricie primero la punta, luego la base. La recorro entera, lenta, envolviéndola con una humedad que no sé si es mía o suya. La saboreo igual que si bebiera. Tiene un sabor salado, limpio, carnal. Sabe a él. A todo lo que no puedo controlar. A todo lo que deseo y me descompone. Lo siento tensarse cuando llego al fondo y luego retrocedo, con la lengua presionando justo por debajo de la corona. Su mano aprieta un poco más mi nuca, no con violencia, sino dirigiendo cada puto movimiento. Guía la profundidad y el ritmo. No habla, pero me marca la cadencia con el cuerpo, me usa sin decirlo, me domina hasta con la mirada. Y lo peor es que me dejo.

Subo y bajo de nuevo, esta vez más rápido y profundo. Le escucho jadear y gruñir con la garganta. Siento cómo el placer lo parte por dentro… pero no lo rompe. Yo sigo, no paro y, con la polla entre los labios, hablo:

—¿Qué pasa con el secretario?

Él tarda en contestar. Está jadeando, con los dientes apretados.

—Nada —responde por fin, entrecortado—. Está de viaje.

Subo. Le paso la lengua por la punta. Lo chupo. Lo deslizo con la palma.

—¿Seguro?

Suelta un gruñido bajo, casi una risa sin fuerza.

—Ahora mismo… me importa un carajo el secretario.

Sonrío contra su piel, pero no aflojo. Quizá, si le sigo presionando, me lo cuente todo.

—¿Y esta es tu forma de distraerme? —No me contesta, me meto la polla más hondo. Escucho cómo se le escapa el aire y se tensa entero, como si acabara de tocarle un nervio. Cuando vuelvo a la superficie, repito la pregunta—. ¿Emir?

Él resopla, los ojos medio cerrados.

—Estoy… improvisando —jadea, y vuelve a sujetarme con más fuerza. Ahora mismo no sabe ni lo que dice. Lo único que saco en

claro es que no quiere hablar, solo desea correrse. Y yo no quiero dárselo todavía.

Podría seguir y hacer que se corra entre mis labios ahora mismo. Lo tengo al borde. Lo sé. Lo escucho. Lo siento en la forma en que sus piernas se tensan, en la presión irregular de su mano sobre mi cabeza, en cómo su respiración se deshace en jadeos que ya no controla del todo. Está temblando. Y, sin embargo, no se rinde. Ni un titubeo. Ni una fisura real. Todo lo que le he arrancado… me lo ha dado él cuando ha querido y como ha querido. No he conseguido nada.

Me aparto. Lo hago de golpe, sin decir nada, como si mi cuerpo decidiera antes que la mente. Me incorporo de rodillas, con la boca húmeda, la garganta ardiendo y los ojos cargados de una rabia que no sé si va dirigida a él… o a mí misma.

Él no protesta. Se queda tumbado, con la polla aún erecta, aún brillante por mi saliva, los músculos tensos, el pecho subiendo y bajando con fuerza. Me mira sin sorprenderse lo más mínimo y sin reproche, al contrario, con esa calma tan propia de él que me enloquece.

Me paso el dorso de la mano por la boca, no para limpiarme, sino para recuperar algo de dignidad. Me pongo en pie, sintiendo el ardor entre mis piernas, el calor todavía palpita en mi culo y la humedad se me pega a los muslos.

Camino hasta el borde de la cama y recojo la sábana, envolviéndome como si necesitara una armadura.

—¿Sabes qué es lo peor? —digo al incorporarme, aún con las piernas temblorosas —. Que lo he sabido desde el principio. Que me mientes, que me ocultas algo y, aun así, he seguido… como una idiota.

Se apoya en un codo con lentitud, como si su cuerpo aún no comprendiera por qué me aparto.

—Clara…

—No —le corto sin mirarlo—. No vuelvas a decir mi nombre si no vas a decirme la verdad. No soy una distracción ni un pasatiempo ni un cuerpo que puedas calmar cuando te conviene.

Él no responde, pero no porque no tenga nada que decir, lo sé, es porque no le da la real gana de hacerlo. Me agacho, recojo mi ropa sin apuro y camino hacia el baño del fondo. Siento su mirada sobre mi espalda. No me sigue ni se disculpa ni tan siquiera pregunta, porque no necesita hacerlo. Y eso es lo peor de todo, además de que me enfurece más, porque sigue sin sentir que haya hecho nada mal. Su cuerpo relajado y la polla aún erecta me gritan que yo soy la única que ha perdido.

—¿Qué coño acaba de pasar? —dice él, al fin, como si algo en mí se le escapara de las manos por primera vez.

—¿Sabes cuál es el problema contigo? —añado, dándome la vuelta despacio—. Que tú marcas las reglas siempre, y yo las sigo porque las he aceptado y te dije

que confiaría. Pero tú, Emir..., tú rompes las mías en cuanto te conviene.
Sus cejas se fruncen apenas un poco.
—¿A qué te refieres?
—A que me dijiste que no me mentirías, que no me ocultarías nada. Y lo has hecho desde el principio. Usas mi cuerpo para distraerme, me castigas cuando quieres y me haces gritar de placer para que olvide lo que pregunto.
—Clara… —dice bajo, con una tensión que le nace en la boca y le sube hasta los hombros—. No es lo que crees.
—¿No? Entonces mírame a los ojos y dímelo.
Él no responde de inmediato, parece que se lo piensa durante unos instantes.
—No —replica sin un ápice de duda.
Mis labios tiemblan por la rabia, por el dolor y, para qué engañarnos, por el deseo que aún palpita entre mis piernas.
—Entonces, voy a hacer lo mismo que tú. Te castigaré.
Él se incorpora de golpe, desnudo, glorioso, desafiante. Su cuerpo es pura tensión contenida, pero sus ojos arden con una mezcla de incredulidad y furia.
—¿Y qué piensas hacer?, ¿azotarme? —escupe, con media sonrisa torcida—. ¿De verdad crees que puedes jugar a eso conmigo?
Me acerco a él lentamente para hablarle al oído y que quede clara mi postura.
—Ya lo estoy haciendo. Ah, cariño —recalco en modo sarcástico—, a partir de ahora, si dices la verdad, te correrás cuando yo lo ordene, y si mientes, lo harás en tus sueños—susurro de manera sensual, le lamo la parte baja de la oreja y me doy la vuelta.
Camino hacia el baño del dormitorio. Abro la puerta, entro, y antes de que diga nada más, cierro y echo el pestillo. Me apoyo unos segundos en la madera, con la frente pegada y los ojos cerrados. Me quito la sábana y la dejo caer al suelo. Estoy ardiendo por dentro, empapada, con el cuerpo reclamando algo que mi alma ahora rechaza. Abro la ducha y dejo que el agua caliente me golpee la espalda. Me cubro la cara con las manos. Me arde la piel, pero más me arde el pecho.
Lloro sin gritos ni dramatismos, porque no puedo evitarlo. Mi cuerpo ha rozado el cielo, pero mi alma se ha estrellado contra el asfalto. Lloro porque lo deseo con una violencia que me anula. Porque me ha mentido, y no estoy preparada para eso.
Golpean la puerta.
—¡Clara! —Su voz es grave al otro lado—. Clara, ¡abre! —No contesto. El pestillo se sacude, ya que intenta abrir—. Clara, joder, ¡no empieces con esto!
No estoy empezando nada. Estoy terminando algo. O intentando no romperme del todo. Me dejo caer sentada en el suelo de la ducha. El agua desciende sobre mi cabeza, sobre mi espalda. Necesito salir de aquí, pero, al mismo tiempo, necesito ocuparme de mi cuerpo, de la necesidad que me consume.
Me llevo la mano entre las piernas. No hay dulzura, solo carne, humedad y rabia. Me masturbo con los dientes apretados, con la garganta en silencio, con las lágrimas resbalando entre el agua. Siento el placer que me recorre el cuerpo cada

vez que mis dedos salen y entran en mí, con cada roce en mi clítoris. Me toco hasta que todo mi interior se contrae y exploto con un grito que no silencio para que escuche bien lo que hago, que sepa que me estoy masturbando sin que él esté presente. Hasta que me siento vacía… y, por fin, un poco libre.

Entonces me enjuago, me seco con brusquedad, me coloco un albornoz blanco y me recojo el pelo en un moño alto. Respiro hondo tres veces frente al espejo, con los ojos hinchados y con el cuerpo rendido, en cambio, con la mente firme. Abro la puerta.

Él está ahí, desnudo, todavía excitado, con su polla tiesa como si se tratara de una bandera, apoyado en la pared, esperándome.

Le miro con desafío. Y, entonces, se lo digo con una calma fría e irrebatible.

—Ya sé cuál será tu castigo.

Él no habla. «Ahí lo tienes: no vas a volver a probarme hasta que estemos casados», pienso, aunque no se lo diré hasta que llegue el momento justo.

Y, sin esperar respuesta, paso a su lado. Ni tan siquiera tiemblo cuando lo hago.

Si él quiere jugar…, yo puedo hacerlo más fuerte.

36

Emir

Sale del baño envuelta en vapor, con el cabello aún húmedo y la mandíbula tensa. La tela blanca del albornoz le cubre la piel, pero no la furia. Camina con la seguridad de quien ha tomado una decisión irreversible, de quien cree haber ganado una batalla que no estaba sobre la mesa. Se comporta como si yo no siguiera aquí, desnudo, excitado, observándola.

—¿Ni una palabra más? —pregunto al verla detenerse junto al diván, sin mirarme—. ¿Ese es tu estilo ahora? ¿Encerrarte y amenazar? ¡Ja! ¿Qué coño significa que ya sabes cuál será mi castigo?

Clava los ojos en mí con una mezcla peligrosa de orgullo y decepción. No hay rastro de la mujer que gemía mi nombre minutos antes. O sí lo hay, pero sepultado bajo una armadura nueva más fuerte y decidida. Comienza a vestirse con rapidez, cubriendo su hermoso cuerpo.

—Ya dije lo que tenía que decir. Lo entendiste perfectamente.

—No. Lo que hiciste fue dictar una sentencia sin juicio —respondo, despacio, manteniendo el control que trato de no perder—. Sin derecho a réplica. Parece que tu verdad es la única, y tus reglas las más importantes. —Ella frunce los labios, pero no responde. Es el gesto de quien se contiene, de quien prefiere gritar, aunque se reprime para herir con precisión—. No puedes tenerlo todo, Clara —añado en un susurro—. No puedes rendirte a mí cada noche y luego actuar como si no supieras lo que eso significa. No puedes pedirme verdades absolutas sin estar dispuesta a sostenerlas. Porque hay cosas que, si te las digo, no te protegen… te arrastran conmigo. Y no pienso permitirlo.

—¿Y quién te ha pedido que me protejas? —su voz no tiembla, pero algo en sus ojos lo hace, como una grieta que lucha por no

romperse—. ¿Quién te ha dado el derecho a decidir por mí lo que debo saber? Yo no solo te entregué mi cuerpo, Emir —susurra, con la voz quebrada—. Te entregué mi confianza. Mi fe en ti. Salté al vacío sin red creyendo que me sostendrías. Y tú… tú convertiste el sexo en un arma. Como si hacerme gritar pudiera silenciar lo que no quieres que pregunte, y mis orgasmos pudieran borrarlo todo.
—No es eso —escupo, y por primera vez, me muevo. Me acerco un par de pasos. Ella no retrocede. Me mira como si no le importara si la devoro o la destruyo.
—Claro que lo es. Porque, si no fuera así, me habrías respondido. Te pregunté dos veces. ¡Dos putas veces! ¿Qué pasa con el secretario? ¿Qué estás ocultando? ¿Y qué hiciste tú? Fingir, gozar y callar. ¿Tanto miedo te da decirme la verdad?
—No es miedo —respondo, mirándola fijamente—. Es precaución. Es saber cuándo hablar… y cuándo callar para no arriesgarlo todo. No se trata de ti, Clara, sino de lo que puede pasar si alguien escucha lo que no debe antes de que todo esté en su sitio. No tienes ni idea de lo que está en juego.
—No lo entiendo porque tú no me dejas entenderlo —dice, y ahora sí da un paso hacia mí—. Porque te crees tan por encima de todo que no ves que te estás cargando lo único real que hay entre nosotros.
—Lo único real entre nosotros eres tú —respondo, sin pestañear—. Y no pienso perderte por contarte algo que aún no debes saber. Porque eso también es… lo que sé hacer —corrijo—. Cuidarte a mi manera, aunque no siempre sea la que tú esperas, Clara, pese a que no te guste cómo suena.
Ella se queda quieta. No habla. No se rompe. No cede.
—Pues así no me sirve —dice, por fin—. Yo no quiero alguien que lo decida todo por mí, sino a un hombre que, si me tiene desnuda entre sus manos, al menos, no me mienta.
Se gira, abre la puerta y se va del dormitorio. Esta vez no con rabia, sino con decepción marcada en sus preciosos ojos. La peor clase de castigo. ¿Será ese al que se refería? Mientras la veo alejarse hasta el salón del *jet*, me quedo con la boca llena de palabras no dichas, con

el cuerpo aún tenso de deseo, y con una certeza clavada en el esternón: la he cagado.
Cruza la estancia con una serenidad que duele y camina hacia la puerta sin esperar nada de mí. Cojo mi ropa con la furia de que esto no ha terminado, y que pienso domarla en cuanto lleguemos a mi casa, y salgo del dormitorio tras ella.
Baran se incorpora un poco en su asiento, un par de filas más atrás. No hace preguntas. Su mirada, ladeada con ese deje socarrón tan suyo, lo dice todo. Ha oído lo suficiente, y lo que no, se lo imagina.
El avión rueda por la pista del aeropuerto privado hasta detenerse junto al coche que ya nos espera. El calor de Estambul golpea en cuanto se abre la escotilla, abrasador y húmedo. Clara desciende la escalerilla sin detenerse ni un segundo. Baran me lanza una mirada cargada de ironía mientras caminamos detrás.
Ya dentro del coche, se acomoda con los codos apoyados en las rodillas y una media sonrisa ensayada. La tensión no ha desaparecido. Solo ha cambiado de forma y la mira de reojo mientras el coche serpentea por la autopista en dirección al corazón de la ciudad.
—Y, ahora, ¿qué has hecho, hermano? —murmura Baran, sin molestarse en disimular el tono socarrón—. Tiene cara de querer firmarte el divorcio antes de la boda.
Clara esboza una sonrisa sin alegría, sin girarse.
—Ya estoy entrenada para sobrevivir a los Demirhan, incluso sin manual de instrucciones y aunque todavía no hayan inventado el antídoto.
—Suficiente. No os hace falta mucho para lanzaros a por mi yugular…
Ella suspira y mira por la ventanilla. El mar aparece a lo lejos como un espejismo entre tejados.
—¿Qué es esa torre que parece flotar en medio del agua?
Baran sigue su mirada, se cruza de brazos, parece que lleve toda la vida esperando que alguien le haga esa pregunta.
—La Torre de la Doncella. También la llaman Kız Kulesi. Tiene más versiones que una mala excusa. Una dice que un sultán encerró allí

a su hija para evitar una profecía. Otra, que fue prisión. Otra, que es un faro que nunca ha sabido qué iluminar.
—¿Y tú? ¿Con cuál te quedas?
—Con la del encierro —responde sin pensarlo—. Es la más útil para justificar ciertas decisiones.
—Suena a que hablas por experiencia —contesta Clara, con una ceja alzada.
Baran suelta una carcajada.
—Nunca he sido de jaulas. Prefiero soluciones más definitivas.
—Sí. Ya me he dado cuenta.
El coche se detiene al pie de las escaleras de la mansión. El portón principal se abre antes de que nadie lo toque. Desciendo sin mirar atrás, aunque escucho los tacones de Clara unos segundos después. Baran camina tras nosotros junto a Kaan, sin prisas, con ese aire de quien nunca se toma nada en serio..., salvo cuando se calla demasiado.
Al entrar, el frescor del mármol me envuelve. Se escucha el jaleo amortiguado del servicio recogiendo lo que queda de la cena, el murmullo de platos y cubiertos que se apagan al cerrar una puerta. En el salón, las voces de mi madre, Yağmur y sus amigas suenan como una melodía irritante de fondo: risas agudas y comentarios sin importancia. No me detengo, porque no me interesan lo más mínimo.
—¿Hay reunión de cacatúas en el salón? —murmura Clara a mi lado, sin molestarse en disimular el fastidio. No puedo evitar sonreír. Apenas un gesto, una vibración leve en la comisura que ni tan siquiera nota—. Me voy a dar una vuelta —añade, sin inmutarse, sin pedir permiso, solo como mera información.
—Es tarde —replico, sin alzar la voz.
—No voy a perderme —me corta, ya caminando hacia las escaleras —. Me cambio de ropa y salgo. Un paseo me sentará bien.
Contengo la réplica. La veo desaparecer por el pasillo y me digo que quizá sí, que un poco de aire le hará bien. A ella. Y a mí. A ver si así se le pasa el enfado.
—Te lleva Furkan —digo alzando la voz, lo justo para que me escuche desde la escalera—. Cuando quieras regresar, te llevará a mi

casa. Allí… podremos estar a solas.
Furkan es el nuevo chófer y guardaespaldas. Lo escogí yo mismo hace un par de días. Discreto, leal, con el tipo de mirada que impone sin tener que alzar la voz. A Clara no la protegerá cualquiera. Se encargarán entre Ali y él, son los mejores.
Ella no contesta, pero sé que lo ha entendido. No se trata de darle opciones, sino de marcar los límites del juego. En cuanto volvamos a estar a solas, pienso recordarle quién manda. Y que por muy buena actriz que sea, a mí no se me manipula.
—Perfecto —dice ella.
Sube las escaleras sin más y sin mirar atrás. Baran se coloca a mi lado, ajustándose la chaqueta con desgana.
—Tiene carácter. Y no parece dispuesta a ceder.
—Lo sé. Por eso la elegí —respondo sin girarme.
Él deja escapar una risa por lo bajo.
—Y tú, ¿cómo estás?
Lo miro un segundo. No sé si se refiere a Clara, a la joya, o al incendio que está a punto de desatarse. No importa.
—Preparado.
Nos dirigimos al despacho. Las ventanas se abren hacia el Bósforo. Kaan ya nos espera allí, inclinado sobre la mesa con las luces del ventanal bañando su perfil. No levanta la vista cuando entramos.
—Ali acaba de confirmar que la joya ha aparecido. Estaba oculta en un doble fondo del estuche, alguien ha querido esconderla a plena vista.
Baran se apoya contra el marco de la puerta, cruzándose de brazos.
—¿Y el chip?
—Intacto —responde Kaan, girando por fin la vista hacia mí—. Sigue oculto en el doble engaste. Lo suficientemente discreto como para que, si Duval sabía que estaba ahí, es porque ha habido una filtración.
—¿Estás seguro? —pregunto.
—Sí, completamente. El problema no es el chip, es cómo acabó esa joya en el muestrario sin que nosotros lo supiéramos. Y, por otro lado, ¿por qué el capullo del secretario dejó la joya en el muestrario

y no se la llevó? Y si era para dársela a Duval, ¿por qué seguía en el muestrario?
Baran deja escapar un bufido.
—Y lo más importante, ¿de quién fue la idea? Porque el abuelo está muerto, mamá no sabe ni lo que se cuece y nosotros no autorizamos nada.
—Todo eso es precisamente lo que hay que averiguar —respondo, apoyando las manos en la mesa—. Alguien pensó que sería una buena forma de mover el chip sin levantar sospechas, pero se equivocaron de reunión y de enemigos.
—¿Cómo sospechaste? Porque ya teníamos las piezas elegidas y enviaron el inventario con antelación. No había motivos para uno nuevo —pregunta Kaan. Y con razón, porque las joyas que llevábamos no se encuentran en esa caja de seguridad, sino en la empresa—. Le pedí a Azad que me enviara una copia del contrato prematrimonial que guardaba allí, y me llamó justo antes de empezar la reunión.
—La caja está en el ala privada —comenta Baran, removiéndose en el sofá—. ¿Quién tuvo acceso a ella antes del envío a Madrid?
—Solo cinco personas —respondo—. Nosotros tres, Ali y Azad.
Baran asiente, aunque su ceño sigue fruncido.
—¿Y confías en ellos?
—Con los ojos cerrados. Azad ha estado al lado del abuelo desde antes de que naciéramos. Sabe dónde están enterrados los cuerpos y, aun así, duerme tranquilo. Si alguien más entró… no fue con su código de acceso.
—¿Y si fue así? —pregunta Kaan, ya encendiendo la pantalla táctil del despacho—. Hay cámaras en ese pasillo. Si alguien hizo el intercambio, tuvo que pasar por ahí.
—Revísalo —ordeno, seco.
Kaan navega por las fechas, acelerando los vídeos. Adelanta horas, días. Hasta que se detiene. Pulsa pausa, rebobina un poco y amplía el plano. Se hace el silencio.
—Aquí —dice.
La imagen se vuelve nítida. El pasillo del ala privada aparece enmarcado con luz tenue. Una figura masculina entra en escena.

Halil. Camina con el mismo aire de falso respeto que ha tenido toda la vida. Lleva un maletín negro en la mano derecha. Pasa junto a la puerta de la caja fuerte, que está oculta tras un panel en la pared, y desaparece dentro del salón de mi madre.
—¿Qué coño hace aquí? —pregunta Baran.
—Dijo que venía a verla —respondo, los dientes apretados—. No es la primera vez. Sin embargo, esta visita fue tres días antes de la reunión con Valemont.
—¿Y nadie lo cuestionó?
—¿A un tío paterno? ¿Acompañado y con permiso de nuestra madre? —ironiza Kaan.
Baran resopla.
—¡Joder! ¿Y si ese día fue cuando robó la joya? Porque está claro que no fue un error de inventario, sino un plan para filtrarla.
—Es lo más probable —afirmo—. La joya estaba justo en esa caja. Y solo alguien que conociera el sistema pudo hacer el cambio.
Kaan amplía otro fotograma: el maletín, claramente visible en su mano.
—Es el mismo que llevaban los técnicos que prepararon el expositor para Madrid. El modelo y la forma coincide.
—¿Qué hacemos con esto? —pregunta Baran, con el tono más sombrío.
—Lo que toca. Ir a ver a nuestro querido tío —respondo—. Y rezar porque no haya vendido la información.
—¿Y si lo ha hecho?
—Entonces, alguien más morirá esta semana.
Kaan apaga la pantalla y nos queda una presión muda en el pecho. Como antes de una tormenta. Me levanto del sillón y camino hacia el ventanal. Afuera, la noche se ha instalado del todo, espesa y salobre.
Las luces del jardín comienzan a encenderse una a una. Y ahí está ella. Clara cruza el patio despacio, con el pelo suelto y una chaqueta ligera sobre los hombros. Furkan la sigue unos pasos por detrás, atento y profesional. El coche los espera con el motor encendido.
Se detiene un segundo antes de subir, como si supiera que la estoy mirando. Luego se mete en el asiento trasero sin volver la vista.

Contemplo el coche alejarse hasta que gira en la curva del camino privado y desaparece entre los árboles.
—¿Y ahora? —pregunta Baran a mi espalda.
Respiro hondo y me giro despacio. La cólera aún no se ha desatado, pero está al borde.
—Ahora vamos a cazar a Halil.
—¿Dónde?
—Tiene una casa en Arnavutköy. Es discreta y con cámaras propias, aunque el sistema es antiguo. Le diremos que vamos a hablar. Que mamá está preocupada. Entramos, cerramos la puerta y, si no canta, la próxima caja que abra será la de su propio entierro. —Kaan ya está de pie. Baran se abrocha la chaqueta sin decir nada—. Vamos —añado sin titubear—. Esta vez no pedimos explicaciones. Las arrancamos…, o dejamos cuerpos.
Durante el trayecto a casa de nuestro querido tío Halil, Baran no para de soltar comentarios sobre todo lo que le va a hacer y conduce como si estuviera persiguiendo al mismísimo demonio en persona. Lo hace con esa sonrisa torcida que se le dibuja solo cuando está dispuesto a disfrutar de verdad, como si le brillaran los colmillos antes de desgarrar. Kaan, en cambio, mantiene la mirada fija en la ventanilla, aunque su voz suena cabreada.
—Esto no termina con él. Duval seguirá presionando. El secretario asegura que hay alguien más, aunque de momento no hemos podido sonsacarle quién puede ser… Por eso mismo sigue con vida.
Asiento sin girarme. Yo también estoy seguro. Se siente como una corriente subterránea. Un olor a traición que no termina de disiparse. La casa de Halil está encajada entre otras de estilo otomano, con una reja oxidada que chirría al abrirse y demasiadas luces encendidas para alguien que se dice discreto. Entramos sin llamar.
La escena que nos encontramos es, como mínimo, asquerosa: Halil, medio desnudo, recostado en un diván, con una prostituta sentada a horcajadas sobre él, riendo sobre algo que ninguno de nosotros quiere oír. Kaan es el primero en romper el silencio.
—La tía Feride va a estar encantada con esta imagen. Una joya para el álbum familiar —se jacta tras sacar una foto con su móvil.

Halil se incorpora de golpe, La mujer grita y Baran desenfunda su arma. Solo la apunta, y la mujer sale corriendo.
—No nos hace falta testigos —dice Baran con tranquilidad—. Solo respuestas.
—Tampoco hacía falta ser tan borde, Baran. Creo que habría bastado con una advertencia —añado, cerrando la puerta tras de mí. Baran se encoge de hombros con una sonrisa en la boca.
Lo arrastramos hasta el baño, Kaan prepara el espacio como si fuera un quirófano, mientras que mi otro hermano abre un maletín con herramientas que ha buscado en la casa de nuestro tío. Yo saco la cuerda.
—¿Queréis que empiece yo, o prefieres abrir tú el telón, Baran?
Mi hermano menor se agacha con calma, con esa expresión ilusionada que solo le conozco en dos situaciones: en un tiroteo... y en estas.
—Déjame calentar. Después, tú haces que cante. Siempre has tenido más oído para la música.
Y lo hace. Lo calienta. Le rompe un dedo, luego otro. Le clava una de las tenazas en la palma de la mano. Kaan lo obliga a mirar una fotografía: una imagen de la caja fuerte abierta en la mansión, el registro del día de la visita, las cámaras que captan su mano deslizándose con cuidado en el interior.
—Lo sabías —dice Kaan con voz baja—. Tú metiste la joya en el maletín. Tú mandaste colocarla sin decírselo a nadie. ¿Para quién trabajas?
Halil llora, balbucea, sin embargo, todavía no nos dice lo que queremos. Baran saca el cúter y se lo muestra con calma.
—Esto es acero quirúrgico, Halil. Si cortamos despacio…, no te desmayas.
—Por favor...
—No hay favor. Hay familia —respondo—. Y tú la traicionaste.
Halil grita. Suplica. Promete cosas que no tiene, que no puede cumplir. Baran se aburre rápido.
—¿Qué te parece si probamos con la lengua?
—¡No, no! ¡Por favor! ¡Soy de vuestra sangre!

—Y eso debería hacer esto más fácil —replica Kaan, sin emoción—. En cambio, me está costando no arrancarte la cabeza.
Halil tiembla. Tiene los labios ensangrentados, un diente menos y el cuerpo empapado de sudor frío. La herida abierta en la pierna le supura, pero aún respira. Aún puede hablar. Aún no hemos llegado al final. Yo me agacho frente a él.
—Te vamos a desollar poco a poco, Halil. Y cuando acabemos contigo, ni siquiera la tía Feride reconocerá tu cadáver. Así que dime..., ¿a quién se lo diste?
—No se la di a nadie… —jadea, con la voz rota—. ¡Solo hice lo que me pidieron! ¡Me pagaron por meter la joya en el muestrario! ¡Eso es todo!
—¿Quién?
—¡No lo sé! ¡Nunca lo vi! Fue un intermediario… Dijo que trabajaba para alguien de Interpol…, o para alguien que trabaja con ellos…
Baran le da un puñetazo seco en el estómago.
—¿Crees que eso nos basta?
—¡No! ¡No sé más! Pero… —se detiene a toser sangre—. Pero sé quién puede saberlo.
Los tres nos quedamos quietos.
—Habla —ordeno.
—En Ankara… Hay alguien… Cemil Arslan… Maneja las rutas del este, el contrabando discreto, los pagos en efectivo. Él es el intermediario. Si alguien sabe a quién le interesa el chip… es él.
Kaan asiente con lentitud. Anota el nombre. Baran lo mira con esa chispa peligrosa encendida.
—¿Lo matamos ya?
—No —respondo, alzando una mano.
Me acerco a Halil, lo agarro del pelo y le susurro al oído:
—Vas a seguir con vida, tío. Para que sepas lo que viene después, y que te despiertes cada noche esperando el golpe que no llega, porque vamos a ir por todos y, cuando creas que te hemos olvidado, te mataremos.
Le suelto la cabeza y su cuerpo cae al suelo como un saco de carne inútil. Baran le escupe antes de salir. Kaan cierra el maletín. Yo no miro atrás.

—Ankara, entonces —dice Baran al subir al coche—. ¿Quieres que le haga una visita cortés a Cemil, o pasamos directamente al plan B?
—Todavía no —respondo—. Primero, pongamos la trampa. Esta vez, que venga él a nosotros.
Baran se apoya en el marco del coche, limpiándose las manos con una toallita que parece más un gesto simbólico que higiénico. Kaan cierra la puerta trasera y da por concluida la visita con una mirada gélida hacia la casa.
—¿Volvemos al despacho? —pregunta Kaan, sin perder la compostura.
Yo niego con la cabeza mientras el cansancio y la rabia me hierven bajo la piel. Me miro y veo mi ropa ensangrentada, al igual que mis manos.
—No. Me voy con mi mujer a casa.
Ambos me miran. No necesito explicar nada.
—Necesito calmarme —añado—. Y, para eso, solo me sirve ella.
Baran asiente con una sonrisa ladeada. Kaan no dice nada, pero lo entiende. Durante el trayecto de vuelta a casa, le doy vueltas a lo que voy a hacer con ella, con esa mezcla de excitación y anticipación que es perfecta para calmarme. Solo tengo una cosa en la cabeza. Clara. Mi mujer.
En el fuego que no he podido apagar desde que la dejé salir esta noche y me miró con esa rabia que es tan propia de ella. Desde que me negó su cuerpo como castigo, creyendo que puede marcar sus propias reglas sin consecuencias. Sonrío, despacio.
No voy a castigarla. No como ella teme. Esta vez no. Esta vez voy a adorarla. A devorarla. A recordarle con cada caricia que no hay otra piel en el mundo capaz de calmarme como la suya. Voy a deshacer cada pensamiento que le haya quedado del avión, hasta que su cuerpo solo recuerde mis manos, mi lengua, mi voz ordenándole rendirse.
Voy a adorarla de manera lenta, precisa, porque mi calma está en su carne, en sus gemidos, en la forma en que se curva cuando me tiene dentro. Quiero verla rendirse, no por debilidad, sino por placer. Quiero que olvide la discusión, el orgullo, incluso su nombre…, para que solo quede el mío en su boca. Y cuando termine con ella, ni

siquiera recordará por qué estaba enfadada. Porque no hay ira que no se disuelva bajo una adoración bien ejecutada.
Y, esta noche, pienso ejecutarla con maestría.

37

Clara

La noche ha caído sobre Estambul como un telón de terciopelo. La brisa del mar acaricia mi rostro con un frescor que no logra enfriar del todo el ardor que llevo dentro. No es físico, aunque lo parezca. No es deseo, aunque me queme por dentro. Es… rabia. Contra él. Contra mí. Contra todo lo que me obliga a sentir.

El paseo de Salacak, junto al Bósforo, se extiende silencioso ante mis tacones. Las farolas dibujan reflejos alargados sobre las piedras mojadas por la humedad nocturna, y a lo lejos, como si flotara sobre el agua, la Torre de la Doncella se alza con ese aire de promesa antigua, de secreto por contar. Me detengo unos segundos para mirarla. La historia que me contó Baran hace unas horas me viene a la cabeza: una princesa encerrada para protegerla de una profecía, una jaula de lujo con vistas al desastre. Y no puedo evitar preguntarme si Emir me ve como a esa torre… como un símbolo. Como algo que puede mantener a salvo bajo llave. Algo que le pertenece.

A unos pasos detrás de mí, Furkan espera en silencio, con las manos cruzadas sobre el abdomen y los ojos tan pendientes de mí que me irritan más de lo que deberían. Justo como su jefe.

—Voy a sentarme un rato —le digo, sin pedir permiso. Él asiente con un leve movimiento de cabeza y se mantiene a la distancia justa. Presente e invisible al mismo tiempo. Un espectro profesional.

Me acomodo en uno de los bancos de piedra que miran al mar. Desde aquí, las luces del otro lado del Bósforo parpadean jugando a encender y apagar recuerdos. Debería pensar en cosas prácticas. En el trabajo, en la boda, en el vestido que todavía no he elegido, en cambio, solo puedo pensar en él.

En Emir Demirhan.

Ese hombre que me desnuda con una mirada, y me agarra del alma dónde duele más. Que me jura confianza con una mano sobre mi piel… y luego me oculta lo que importa. ¿Quién es realmente? ¿Un empresario brillante con demasiados recursos? ¿Un heredero turbio con las manos más manchadas de lo que jamás reconocerá? ¿Alguien que ha matado? ¿Podría dormir con eso? ¿Casarme con eso? No sé ni por qué acepté esta propuesta tan absurda.

Me encojo sobre el banco, no de frío, sino por entender que estoy metida en algo que no termino de comprender. ¿Y si no hay red bajo este salto? ¿Y si soy una idiota más en su juego de poder?
Un chico pasa vendiendo *balık ekmek*, con un carrito humeante que deja un rastro a pescado, pan y especias. Me acerco y compro uno. El pan crujiente y el pescado caliente me reconcilian un poco con la vida. Mastico con calma, saborear algo típico es una forma de recordarme que aún tengo el control sobre algo, aunque sea mínimo. Cuando termino, miro a Furkan, que sigue ahí, de pie, como un soldado discreto.
—Llévame a casa —le pido.
—Claro —responde.
Subo al coche sin decir más. Me dejo caer contra el respaldo, sin mirar el móvil, sin hablar. Pero cuando llevamos más de cinco minutos de trayecto y no estamos tomando la dirección hacia la mansión, frunzo el ceño y giro la cabeza hacia él.
—¿A dónde vamos?
—A la casa del señor Emir. Me pidió que la llevara allí.
Abro la boca para replicar, pero me la muerdo. Él lo ha decidido una vez más y, aunque no esté presente, sigue mandando a su manera, como siempre. Aprieto los muslos, no sé si por rabia o por anticipación. Quizá por ambas. Está bien, perfecto, ahora sabrá lo que es que le nieguen lo que más desea.
El coche se detiene frente al portón negro, alto, coronado con detalles de hierro forjado que brillan bajo la luz tenue de la farola más cercana. No es la primera vez que estoy aquí, pero sí la que puedo mirar con más atención.
Ahora que sé que no regreso a la mansión, sino que Emir ha ordenado traerme a esta otra casa —la que guarda los secretos, el gimnasio, los rincones que me hicieron temblar—, cada detalle cobra un significado distinto. El jardín está más cuidado de lo que recordaba, con hileras de lavanda aún visibles entre la penumbra.
Me bajo sin decirle nada más a Furkan, pero él ya ha salido del coche y se adelanta para abrir la puerta. No me mira, no me pregunta nada. Solo hace su trabajo. Cruzo el umbral sin prisas, dejando que los tacones repiquen contra el mármol con una cadencia lenta, casi insolente. Esta vez no hay música ni órdenes desde el piso de arriba. Solo mis pasos y yo.
Y la certeza de que, si Emir cree que puede manejarme a su antojo, va a tener que aprender que no todo el mundo se rinde por sistema.
Sin embargo, esta noche será diferente.
Paso junto al gimnasio sin entrar, aunque el recuerdo de su cuerpo aplastando el mío contra el suelo me atraviesa como un rayo. El placer, la rabia, el deseo… Todo está ahí, revolviéndose bajo mi piel, pero no le doy el gusto de detenerme.
Encuentro el despacho sin dificultad. Rebusco entre cajones, con calma, hasta dar con lo que necesito: papel blanco, rotuladores, celo, cinta para paquetes. Lo justo para lo que tengo en mente. Dejo los folios en un rincón y voy a la cocina. La

conozco poco, pero es funcional. El tipo de lugar que alguien como Emir tiene para que otros cocinen en él.
Pongo a calentar pan, corto frutas, coloco quesos y frutos secos en cuencos pequeños de cerámica negra. No es una cena. Es una trampa disfrazada. Cuando todo está dispuesto, subo las escaleras. Me ducho rápido. El agua caliente me despeja. No pierdo el tiempo ni en maquillarme, no hace falta. Cojo el delantal negro que cuelga de una percha junto a la puerta y me lo ato con cuidado, cruzándolo en la espalda. No llevo nada debajo. Solo los tacones.
Y al bajar, lo hago despacio, como una función escrita solo para él. Dispongo los folios sobre la mesa, uno a uno. Cada uno contiene una frase. Una regla. Un recordatorio. Esta vez, no hay sumisión. Solo mi estrategia.
Y cuando el clic de la cerradura suena al otro lado de la puerta principal, mi sonrisa ya está en su sitio. La clase va a comenzar.
La casa está en penumbra. Solo he dejado una lámpara encendida junto a la mesa, cuya luz cálida baña los platos y el centro improvisado con unas ramas secas que encontré en la terraza. He encendido una vela, más por dramatismo que por necesidad, y he colocado los folios en el caballete improvisado con dos copas. En ellos, garabateadas con un rotulador negro, las reglas básicas de las habilidades sociales. Con letra clara, rotunda. Como si fueran normas de etiqueta para un niño rico que jamás aprendió a comportarse.
Cuando la puerta se abre, no me doy la vuelta. Me quedo de espaldas, las manos apoyadas en la encimera, con los nervios en el estómago y el corazón palpitando como un tambor de guerra.
—¿Qué demonios…? —empieza a decir, y lo oigo detenerse. Sé exactamente cuándo me ha visto.
Giro sobre los tacones y me presento con una sonrisa ladeada. Solo llevo el delantal, bien ajustado, y los tacones. Debajo, nada. El cabello suelto, aún húmedo del baño. El cuerpo tenso y preparado. ¡Que empiece mi función!
—Buenas noches, señor Demirhan —digo como si fuera una camarera de hotel cinco estrellas. Cruzo las piernas despacio al andar hacia él—. Pase. La cena está servida.
Él no dice nada. Me observa con esos ojos oscuros, demasiado abiertos para alguien que no pierde el control. Se va a romper la mandíbula de tanto apretarla.
—¿Tú crees que puedes jugar así conmigo? —murmura.
—Yo no juego. Enseño. —Le señalo los folios—. Esta noche, clase de habilidades sociales básicas.
—¿Con tacones y sin ropa?
—Todo estímulo mejora la retención —respondo, dándole una palmada en el pecho antes de empujarlo suavemente hacia la silla—. Siéntate, o suspenderás antes del examen final.
Él obedece, no porque yo se lo ordene, sino porque creo que le fascina ver hasta dónde estoy dispuesta a llegar.

Cojo un trozo de *börek*, caliente, recién hecho, y me acerco. Lo alzo con dos dedos hasta rozarle los labios, pero justo antes de que lo muerda, retiro la mano.
—Regla número uno —leo en voz alta del primer folio—: no se miente ni se ocultan cosas importantes a quien confía en ti.
—Clara…
—Shhh —le corto, y esta vez sí, le meto el trozo de *börek* en la boca—. Mastica. No hables con la boca llena. Ya hablaremos cuando apruebes.
Vuelvo a la mesa, sirvo vino en una copa. Me acerco a él de nuevo y me siento a horcajadas sobre su regazo, con la copa en la mano, y le doy de beber despacio, mientras mis caderas se mueven apenas, en un balanceo lento que roza su entrepierna.
—Regla número dos —susurro contra su oído—: no se manipula al otro con sexo. Por muy adictivo que sea.
Su mano me aprieta la cadera fuerte.
—¿Y tú no manipulas? —responde en un susurro cargado de amenaza.
—Yo castigo con estilo.
—Y yo de forma extraordinariamente placentera —me replica con un guiño de ojo.
Obvio su comentario y tomo una aceituna, la muerdo por la mitad, y le ofrezco la otra con la boca. Él la atrapa, lamiendo mis labios de paso. El contacto hace que se me ericen los muslos, pero no me detengo. Esto aún no ha terminado.
—Regla número tres —le digo, acariciando su cabello hacia atrás, con los dedos enredados entre los mechones—: no todo se puede resolver con una orden. A veces hay que escuchar, incluso cuando no te gusta lo que oyes. Eso, cariño mío, se llama escucha activa.
—¿Y tú vas a escucharme a mí?
—Estoy escuchando cómo te late el corazón. —Beso su cuello y lo lamo con una lentitud que roza la locura—. Va más rápido.
—Te crees muy lista.
—Lo soy. Y tú también, por eso mismo estás jugando.
Desato la corbata despacio, dejándola aún puesta, y colgando por ambos lados. Rozo sus costillas y su abdomen. Cada movimiento de mis dedos hace que sus músculos se tensen más. Su erección ya me presiona entre las piernas, pero yo no cedo.
Cojo el segundo folio. Lo coloco frente a él. «Regla número cuatro: No soy tu puta particular. No soy una válvula de escape. Tampoco una muñeca rota que se arregla a base de orgasmos».
Él lo lee en voz baja, cargada de orgullo herido y deseo. El cóctel que lo hace arder. Le cojo la mano, se la llevo al interior del delantal y la dejo entre mis muslos.
—Soy carne, Emir. Y alma. Y una mujer que te desea incluso cuando no lo mereces. Pero no soy tu propiedad.
Le dejo ahí la mano y me separo. Vuelvo a la mesa como si nada, corto un trozo de *kaşar*, cojo otra copa y se la dejo junto al siguiente folio.

—Regla cinco: cuando alguien te quiere, se nota. Cuando no, se nota más. Así que no me mires como si fuera yo la que juega sucio. Yo no oculto nada.
Sus ojos están inyectados de deseo, pero también de tensión. De guerra. Se incorpora de golpe, me rodea desde atrás y me sujeta por la cintura.
—Y, ahora, ¿qué? —murmura contra mi oído—. ¿Te has quedado sin normas?
—No. Me he quedado sin paciencia.
Gira mi cuerpo sin brusquedad, pero con la firmeza exacta de quien no pide permiso. Me sienta sobre la mesa con un movimiento fluido, preciso, parece algo ensayado mil veces en su cabeza. Mis muslos quedan abiertos, al borde, con el delantal apenas cubriéndome lo justo. La madera cruje bajo mi peso. Una copa tiembla, y un trozo de pan cae al suelo, pero ninguno de los dos se molesta en recogerlo. Él no dice nada. Sus ojos me recorren con una intensidad nueva, buscando no solo desnudarme el cuerpo, sino diseccionar cada capa que me protege de él. Me toma la cara con una mano, acariciándome el mentón con el pulgar, y baja con lentitud hasta el cuello. Luego, sus dedos se deslizan por mi clavícula, deteniéndose en el lazo que sujeta el delantal.
—Dime que todo esto es solo una provocación —susurra, y su voz me resbala por la piel como un escalofrío cálido—. Dime que no sabes lo que estás haciendo. Porque si lo sabes, Clara…, ya no hay vuelta atrás.
—Tal vez no quiero volver.
—¿Ni siquiera si te arrastras para suplicarlo?
—¿Quién dice que serías tú el que me haría arrastrarme?
Sus labios se curvan apenas. Es una sonrisa torcida, de esas que no muestran dientes, pero lo dicen todo. Inclina la cabeza y, sin romper el contacto visual, roza con la nariz el centro de mi pecho, allí donde late el corazón, antes de presionar su boca contra mi piel, dejando besos húmedos, ardientes. El beso no es casto, tampoco es dulce. Es una promesa.
Sube por mi cuello de manera lenta, suave, casi reverente, pero en cada uno hay una amenaza velada. Parece que con cada caricia ardiente me advierte que no habrá tregua esta vez. Que conoce cada palmo de mi cuerpo… y que va a reclamarlo entero.
Mi respiración se agita, aunque intento mantenerla estable. Me concentro en no ceder, en que no lo note, pero es inútil. El aire entra a ráfagas irregulares por mi nariz, se queda atrapado en la garganta y sale en exhalaciones tibias que lo rozan. Siento el pulso acelerado en la base del cuello, en las sienes, en el pecho. Las costillas se expanden con esfuerzo. Y luego está el corazón, desbocado. Me late a mil, con un ritmo tan marcado que lo siento en cada rincón del cuerpo. Como si, al menor descuido, fuera a salir por la boca y gritarle que ya no me pertenece.
Me acaricia el muslo con el dorso de la mano, subiendo hasta que me estremezco sin remedio. Cuando sus dedos llegan al nudo del delantal, no lo desata, solo lo acaricia con los nudillos. Su tacto sube, lento, firme, sabiendo que cada centímetro que recorre me deja sin defensa. Y ahí, justo ahí, siento una corriente recorrerme desde la boca del estómago hasta la garganta. Ese nudo parece que fuera la única

cosa que mantiene mi mundo en equilibrio. Estoy húmeda. Lo sé. Lo sabe. Y, sin embargo, no acelera. No se precipita. Me mantiene justo en ese punto, al borde de perder el control… sin darme permiso para caer.

—Esto debería estar prohibido —dice, en tono grave—. Esta imagen. Tú así. El mundo no está preparado para lo que despiertas.

—No es el mundo el que me interesa despertar esta noche —respondo, y tiro suavemente de su corbata hacia mí.

Se la deslizo como una serpiente entre mis dedos hasta que queda enredada en mi mano. Luego hago lo mismo con la camisa, sin prisa, con los ojos fijos en los suyos. Cuando termino de quitársela, la arrojo al suelo y deslizo mis manos por su pecho, reconociendo la firmeza de cada músculo, el calor bajo la piel, el aroma que ya es adictivo.

Él responde bajando la cabeza hasta mi oído, y allí, con voz áspera y ronca, susurra:

—Quiero saborearte centímetro a centímetro, lamerte entera hasta que te olvides de todo menos de cómo se pronuncia mi nombre.

Me estremezco. Él lo nota y sonríe. Esa sonrisa suya que significa que va a tomar el control. Pero yo me adelanto.

—Regla número seis —susurro, alzando uno de los folios que había dejado a mi lado sobre la mesa—: En la cama, quiero que mandes tú. Que me domines, que me uses como te gusta, que me hagas tuya sin preguntar. Pero cuando salgamos de ella, deseo otra cosa. Quiero respeto y sinceridad, pero, sobre todo, quiero saber con quién coño voy a casarme.

Me lanza una mirada cargada de sombra y deseo.

—¿Y qué me dices del castigo del que hablaste en el avión?

—Ya veremos si te portas lo bastante mal.

Entonces, sin avisar, se arrodilla frente a mí, coloca las manos sobre mis rodillas y las separa con una lentitud tan desesperante que me hace contener la respiración. Su lengua baja por mi muslo izquierdo, rozando la piel con esa barba que raspa lo justo y dibuja un sendero húmedo, perezoso, de puro disfrute. Mis manos vuelan a su cabello, enredándose, sujetándolo, deseando más. Pero no cedo.

Muerdo el interior de mi mejilla y empiezo a recitar mentalmente el alfabeto griego. Alfa. Beta. Gamma. Delta. Sus labios suben, su lengua juega con los bordes de mi deseo. Épsilon. Zeta. Eta. Theta. Me cuesta. Me estoy deshaciendo. Su boca es una promesa que no quiero romper, pero necesito el control.

Luego, sube por mi vientre y juega con los bordes de mi deseo, sin prisa, como si pudiera dibujarme a su antojo.

«Épsilon. Zeta. Eta. Theta», repito, ya me he perdido. Me cuesta. Me estoy deshaciendo. Su boca es una promesa que no quiero romper, pero necesito recuperar el poder, no rendirme tan pronto.

Emir se incorpora sin decir palabra. Me alza en brazos con una facilidad insultante, y yo me aferro a su cuello mientras rodeo su cintura con las piernas. Nos besamos sin compasión, sin tregua, con esa intensidad que solo se encuentra cuando el deseo se mezcla con la rabia.

Me lleva hasta el dormitorio y me tumba con cuidado, despacio, como si aún estuviéramos en mitad de un ritual. Sus manos buscan en la mesita de noche, y el tintineo metálico me da la bienvenida al siguiente nivel del juego. Me dejo esposar sin decir nada. Confío en él. Aunque aún quiera matarlo.

Pienso en cualquier cosa absurda para no perder el control, para bajar la puñetera excitación que siento ahora mismo y no mandarlo todo a la mierda dejándome llevar. En qué coño le voy a comprar a mi madre como *souvenir*. ¿Un ojo turco? ¿Un pañuelo bordado? ¿Un cuenco de cerámica?

Él se quita el resto de la ropa sin prisas, dejándome ver cada centímetro de piel como si supiera que ese, justo ese, es el verdadero castigo. Su torso firme, la piel dorada, la mirada encendida. Cuando por fin se baja el bóxer, su polla erguida marca el camino. Y lo sigue. Se sube a la cama, de rodillas, y avanza como un depredador al que no se le escapa nada.

Me gira despacio, desatando el nudo del delantal con una sola mano. La prenda cae, deslizándose por mi cuerpo hasta quedar a un lado. Ahora estoy completamente desnuda. Suya.

—Voy a recordarte por qué te gusta tanto obedecerme —susurra, ronco, con la voz cargada de promesas y lujuria.

Mi mente quiere escapar. Pero mi cuerpo ya se ha rendido. Entonces me lame sin piedad, con hambre, con precisión. Me abre con los dedos y su lengua me arrasa, me posee, me lleva justo al borde del abismo. Me estremezco. Me retuerzo. Y él no se detiene. Gimo. Me arqueo. Grito su nombre y me corro como si el mundo se partiera en dos.

Y ni siquiera me ha penetrado. Cuando lo hace, lo siento entero. Brutal y profundo. Mi cuerpo lo recibe como si hubiera estado hecho para eso, solo para él. Sus dientes se aprietan junto a mi cuello. Sus caderas marcan el ritmo. Y, entre jadeos, gruñe contra mi oído:

—Mía.

Y justo cuando el placer se desborda, justo cuando siento que voy a volver a correrme y que él también va a perderse, grito:

—¡Estambul!

Él se congela. Su cuerpo entero tiembla por el esfuerzo de no seguir. Sus ojos me taladran con incredulidad, con rabia contenida, con una mezcla de deseo y frustración que casi me hace reír.

—¿Qué…? —balbucea, como si no entendiera lo que acaba de pasar.

—Estoy cansada —susurro, aún jadeante, con una sonrisa que mezcla ternura, maldad y revancha en partes iguales—. Esta noche…, solo vamos a dormir.

Tarda unos segundos en procesarlo. Y entonces estalla, no con violencia, sino con una carcajada. Una risa seca, grave, rota por el esfuerzo de quien aún tiene el

cuerpo al borde del clímax. Se echa hacia atrás, me observa de arriba abajo como si acabara de conocerme.
—¿Te estás riendo de mí? —pregunta, sin poder dejar de reír—. ¡¿De verdad acabas de hacerme esto?!
—Ah, ¿sí? —me incorporo en la cama, con las esposas aún puestas—. Tú me lo hiciste primero en el avión. Me dejaste sola con las preguntas, con tus silencios… Ahora te toca a ti sentir lo que es quedarse a medias. —Su sonrisa se apaga un segundo. La mirada se le vuelve más oscura, más peligrosa, en cambio, no me replica, no necesita hacerlo—. Dijiste que este juego iba de normas. Pues aquí tienes la mía —me acerco, le muerdo el labio inferior sin llegar hacerle daño—: esta noche…, te vas a correr en tus sueños.
Él gruñe literalmente como un animal herido de orgullo. Le enseño mis manos atadas y, con un gesto, le indico que me las quite. No está conforme, pero lo hace.
—Clara…
—Shhh —le tapo la boca con un dedo—. Yo también cumplo mis castigos, ¿recuerdas? Así que tú harás lo mismo. —Me separo apenas, dejándole la tentación a centímetros de distancia—. No podrás tocarme… hasta el día de la boda.
Él cierra los ojos. Se pasa una mano por el rostro. Luego se levanta y empieza a vestirse a trompicones, sin mirarme, con ropa deportiva. Como si necesitara hacerlo ya, antes de perder el control. Yo me tumbo boca arriba y le lanzo una última bomba.
—Y, por si te lo preguntas, voy a dormir abrazada al delantal. Todavía huele a ti.
Su maldición en turco rebota contra las paredes al mismo tiempo que se ajusta la camiseta. Y, aunque no me mira, sé lo que está pensando. Que esto no ha terminado, que esta guerra acaba de empezar. Y que la próxima vez… piensa ganar.
Pero lo que él no sabe, lo que aún no ha entendido, es que yo también juego a largo plazo. Y, esta vez, no pienso perder. Me giro en la cama, abrazo el delantal como si fuera un trofeo, y cierro los ojos con una sonrisa satisfecha mientras él sale a correr.
Prepárate, Demirhan…, porque aún no has visto nada.

38

Emir

Despierto con el cuerpo ardiendo. No es por la fiebre ni tampoco por el sudor provocado por el calor, sino por una erección salvaje que amenaza con partirme en dos. El castigo de anoche se ha convertido en tortura. El eco de su palabra «Estambul» aún retumba en mi pecho como un disparo mal encajado. Me dejó al borde del abismo y se fue a dormir como si nada. Yo salí a correr, pero ni con esas. Después, volví, me acosté con ella en la cama, aunque ya estaba dormida.

Aprieto los dientes. No sé si maldecirla o follármela hasta que no pueda sostenerse en pie, pero no lo haré hoy, siempre he respetado la palabra de seguridad, y ahora no será una excepción, por mucho que odie la maldita palabra. Me levanto sin mirar las sábanas... hasta que lo hago. La mancha está ahí, tibia aún sobre el blanco. El recordatorio de una noche vacía que mi cuerpo vivió como si hubiera sido real.

«Si me dices la verdad, te correrás conmigo. Y si me mientes, lo harás en tus sueños».

Su voz vuelve como un susurro venenoso, clara como el día. Ella me lo advirtió, y lo peor de todo es que ha cumplido su palabra. Me he corrido en mis sueños solo y desesperado, como un adolescente. Solo espero que ella no se haya dado cuenta.

Me paso una mano por el rostro, compungido por la frustración. Esto no se trata solo de deseo, sino también de autoridad y poder. Ella sabe perfectamente lo que está haciendo, yo también, y es totalmente frustrante.

En la ducha, el agua fría me cae como un castigo merecido. Cierro los ojos y apoyo las manos en la pared. Respiro hondo. Pienso en cualquier cosa que no sea ella. En cifras, rutas, cadáveres, aunque nada funciona, sigo duro y hambriento. Estoy jodido.

Salgo, me seco rápido y camino por el pasillo con el ceño fruncido y la toalla aún en la cintura. Necesito café, centrarme y no verla durante algunas horas. Pero ahí está.

La veo de espaldas, camina hacia la cocina como si la casa fuera suya y no supiera que está **prácticamente desnuda**. Solo lleva una braguita blanca, pequeñísima

y de encaje. El pelo suelto y revuelto le cae por la espalda como una provocación más. La luz de la mañana se cuela por los ventanales y la acaricia sin pudor. Se detiene, apoya las manos en la encimera y ladea la cabeza.
—Buenos días —dice, sin mirarme.
No contesto. Me quedo ahí, de pie, en el umbral, viendo cómo esa mujer tiene el poder de joderme la mañana sin tocarme.
—¿Estás buscando algo? —pregunto al fin, con la voz más grave de lo que me gustaría.
—No. Solo… me iba a preparar un café —responde al fin, girándose con una sonrisa de esas que me hacen daño en el pecho y más abajo.
Casa, hogar… Me muerdo la lengua, porque parece que está aquí marcando territorio como una reina. Se sirve una taza como si no pasara nada y no notara cómo la miro, cómo me tenso o cómo me imagino que la arrincono contra esa encimera y le hago suplicar por cada cosa que me ha negado.
—¿Te parece normal pasearte así por la casa? —gruño, señalándola con la mano de arriba abajo. Ella baja la mirada hacia su cuerpo, se encoge de hombros con falsa inocencia y se apoya en un codo.
—¿Así cómo? —pregunta, sabiendo exactamente cómo.
—Desnuda —respondo entre dientes.
—Exageras. Llevo bragas.
—Eso no cuenta.
—Ah, perdón. Pensé que un vestido de fiesta no era apropiado para el desayuno —suelta con esa mezcla perfecta de dulzura y veneno. Aprieto los puños, cierro los ojos e inhalo despacio. No funciona.
—Sabes lo que haces.
—Claro que lo sé —da un sorbo y se relame los labios—. Pero yo ya puse las reglas, ¿no? Hasta la boda, no hay sexo. —Hace una pausa—. Y tú no dijiste nada, así que entiendo que aceptas.
Me mira y disfruta. Recorre mi cuerpo tan solo cubierto con una toalla con hambre, incluso se muerde el labio y se pasa la jodida mano por la clavícula de ese modo tan sensual suyo que me pone como una moto. Me está quemando vivo por dentro, en cambio, ella sonríe como si estuviera frente al escaparate de una pastelería.
—¿Días? —pregunto, dándome cuenta de lo que implica.
—O semanas, depende. Hasta después de la boda, ¿recuerdas? —responde con una sonrisa inocente que no engaña a nadie.
La odio. Dios, ¡cómo la deseo!
Camina hacia el salón y se detiene justo antes de desaparecer de mi vista. Se gira, con la taza en la mano, la sonrisa intacta, y me lanza la última bomba.
—¿Sabes qué es lo mejor de todo esto, Emir?
—Sorpréndeme —murmuro, sin moverme un centímetro.
—Que no hace falta que me toques… para que ya seas mío. Y que tenías razón cuando dijiste que el verdadero poder lo tenía yo. Lo estoy disfrutando como si

fuera el primer día de rebajas y me hubiera encontrado el chollo del siglo.
Y se va con un guiño de ojo. Dejándome de pie, duro como una piedra, con la mandíbula tensa y las ganas de arrancarme la piel. Lo peor es que tiene razón. Soy suyo y no pienso esperar ni un puto día más para que también sea mía por la ley, por el apellido… y por la cama. Mientras me tomo el café, la veo que sale con ropa deportiva para ir a correr. Mando un mensaje al guardaespaldas para que la siga con discreción.
Me visto con movimientos lentos y mecánicos, como si el cuerpo aún necesitara enfriar la rabia. El traje cae sobre mis hombros como una armadura, oscuro e impecable, justo lo que necesito esta mañana. El reloj marca las 07:42 cuando salgo por la puerta.
El coche me espera al pie de la escalinata. Subo sin mirar al chófer. Él tampoco dice nada, sabe perfectamente que, cuando tengo esta expresión, la conversación es innecesaria. Durante el trayecto, contemplo Estambul a través del cristal tintado. Esta ciudad es mía, no porque me pertenezca, sino porque me obedece, o eso quiero creer, y lo hacen todos menos Clara. ¡Es frustrante, joder! Desde aquí, todo parece en calma: turistas paseando, vendedores abriendo persianas, una mujer cruzando con su hijo de la mano. Nadie adivina lo que se mueve bajo la superficie. Nadie imagina que esta semana, entre los aplausos y los brindis, se distribuirá el mayor cargamento de armas que hayamos gestionado en años y nos reportará unos beneficios brutales.
El coche se detiene frente al edificio de oficinas que utilizamos como fachada para las reuniones estratégicas. No tiene placas doradas ni escudos familiares. Solo vidrio, acero y seguridad máxima. Subo directo al segundo piso, a mi despacho. Baran está tirado en una de las butacas con el móvil en la mano, haciendo *scroll* con desgana. Kaan se encuentra de pie, junto a la ventana, revisando informes con cara de no haber dormido. Al notar mi presencia, ambos se giran casi al unísono.
—¿Ha pasado algo? —pregunta Kaan al ver mi cara.
Me siento frente a ellos con calma, pero con el pulso en guerra. No espero que me feliciten, ni que me aplaudan. Solo que entiendan lo que hay en juego.
—Mañana por la noche anunciaremos el compromiso —digo de forma pausada pero contundente.
Baran suelta un bufido seco y se echa hacia atrás en la silla.
—¿Así, sin vaselina? Joder, Emir, ¿quieres que saque las alianzas, o también has adelantado la ceremonia?
Kaan no se inmuta. Coge una pluma, la hace girar entre los dedos y habla como si estuviera resolviendo un problema logístico.
—¿Y cuál es el objetivo real? Porque me cuesta creer que sea el amor.
—Imagen —respondo seco—. Necesitamos parecer que somos estables, normales, que celebramos algo bonito, que todos los ojos estén puestos en la casa, en los trajes, en los discursos y no en el puerto.

—Ya, claro. Un buen anillo distrae más que un contenedor lleno de mierda —murmura Baran.
—¿Y cuándo será la boda? —pregunta Kaan, sin levantar la voz, sin dejar de girar la pluma.
—La semana que viene.
Se escucha un crujido, el de la silla de Baran cuando se vuelve hacia mí, con una ceja por las nubes.
—¿Estás de coña? —salta mi hermano pequeño, mirándome como si acabara de anunciar que me voy a meter a monje budista.
—¿Te parece que tengo cara de estar bromeando? —le respondo sin perder la calma.
—Me parece que tienes cara de no haber dormido y de estar a dos frases de pedirle a mamá que te planche el esmoquin —replica—. ¿Desde cuándo planificas compromisos exprés sin consultar a nadie?
—Desde que entendí que esto no se trata de amor, Baran, sino de poder y de mostrarle al mundo una versión de nosotros que les resulte digerible. La fiesta es una pantalla y la boda, una jugada. Lo que importa pasa detrás.
—¿Y Clara? ¿Sabe que está en medio de un teatro?
—No. No lo sabe —admito, mirando a los dos—. Pero lo sabrá esta noche.
—Ah, estupendo —dice Baran, levantando las manos—. Lo sabrá mientras le suben la cremallera del vestido y le hacen el peinado del siglo, ¿no?
—No necesito que me expliques cómo funciona un desastre emocional, gracias —gruño.
Kaan nos corta la discusión con su tono glacial.
—¿Piensas decírselo antes de que entren los invitados, o después del primer brindis?
—Antes. En cuanto la tenga a solas. Lo justo para que se vista sabiendo a lo que viene. Y para que, cuando sonría, lo haga como parte del juego.
—Joder, Emir… —murmura Baran—. Espero que sepas lo que estás haciendo.
—No lo sé —respondo, con una media sonrisa torcida—. Pero sé por qué lo hago.
Baran se ríe, esa risa que usa cuando se le mezclan las ganas de prenderle fuego a todo con la certeza de que no va a cambiar nada.
—Entonces estás enamorado, o loco. O ambas cosas, y no sé qué es peor.
—No lo estoy —digo. Porque no lo estoy, ¿no? Es solo que todavía no me he saciado de ella como me gustaría.
—Claro. Y yo soy virgen.
Kaan deja de girar la pluma y la coloca sobre la mesa con cuidado.
—¿Y qué hacemos con el resto de los movimientos? —pregunta—. Porque si esto es una cortina de humo, hay que reforzar la cobertura. El almacén, la ruta del cargamento y los puntos de entrega.
—Me encargaré de eso esta tarde. Quiero a todos centrados. Sin fallos. Esto no es solo una fiesta, es una operación encubierta con vestidos de gala. ¡Ah! Y que refuercen la seguridad en la mansión, no podemos correr ningún riesgo.

—Pues a mí me parece que todo esto de adelantar el compromiso y la boda tiene más que ver con que nuestra querida traductora te tiene los huevos morados —añade Baran, con esa punzada irónica que solo usa cuando quiere pincharme.
Salgo del despacho dejando a mis hermanos con los mapas, las cifras y las implicaciones. Kaan ya está gestionando la seguridad del puerto. Baran hará sus llamadas. La maquinaria está en marcha.
El ascensor desciende en silencio. En cuanto cruzo las puertas, el chófer se adelanta, abre la puerta trasera sin decir una palabra. El motor ya está en marcha. Me hundo en el asiento de cuero y cierro los ojos por un instante.
Pienso en el cargamento, las cámaras, la filtración, en Clara, la única mujer capaz de leerme con una mirada y atravesarme con otra. Esa que dice poco y sospecha mucho. Esa a la que ahora tengo que convencer de que todo esto es una celebración… y no una operación encubierta disfrazada de compromiso.
Y en mi madre, la única persona en esta familia que aún pretende tener autoridad sobre mí. No necesita levantar la voz ni golpear la mesa. Le basta con una ceja alzada y un silencio incómodo. Es experta en moldear voluntades ajenas sin mancharse las manos. Si algo no le encaja, lo sabré antes de pronunciar una sola palabra.
Cuando llego a la mansión, camino por el pasillo central. Mi madre está en el salón secundario, revisando unas cajas con manteles bordados que encargó desde Bursa... Siempre ha tenido debilidad por los pequeños lujos que nadie ve, pero que todo el mundo siente. Su obsesión por el detalle es la única forma de dominar que le queda. Al entrar, no levanta la vista enseguida. Termina de doblar una servilleta de lino con esa forma que la caracteriza. Luego, se quita las gafas de lectura, las deja sobre la mesa y me mira como si ya supiera que vengo a joderle el día. En ese momento, entra una de las chicas del servicio y le deja sobre la mesa una taza de té.
—Y, ahora, ¿qué? —pregunta con voz neutra, sin molestarse en disimular el cansancio.
—Necesito que organices una fiesta para mañana por la noche.
Alza una ceja. No se inmuta, solo coge la taza de té que aún humea y le da un sorbo lento, negociando consigo misma cuánto tiempo me va a conceder antes de mandarme al infierno.
—¿Una fiesta? —repite.
—Sí, para anunciar el compromiso con Clara.
Silencio. El té vuelve a la bandeja con más fuerza de la necesaria. El tintineo de la porcelana contra la plata llena la sala como una bofetada elegante.
—¿Me estás diciendo que vas a casarte con esa chica y lo vas a anunciar mañana? —su tono ya no es neutro, ahora arde, al igual que sus ojos.
—Lo digo —respondo, cruzando los brazos.
—No has pedido mi opinión.
—No la necesito, madre.

—¿Y cuándo ibas a consultarme sobre esto? ¿Antes o después de deshonrar el apellido en mitad de una pantomima con luces y canapés?
La frase me golpea más de lo que debería, pero no pestañeo.
—Al igual que tú ibas a hacer con mi compromiso con Yağmur, ¿no? No se trata de deshonra, solo de estrategia.
—No me tomes por estúpida, Emir. Conozco tus estrategias y las de tu abuelo. Ninguna de ellas implicaba regalarle el apellido Demirhan a una extranjera con acento madrileño y cara de no saber dónde se ha metido.
—Clara sabe perfectamente dónde se ha metido —gruño, avanzando un paso. He mentido como un bellaco, pero eso no viene al cuento ahora mismo—. Y si no lo supiera, ya lo sabrá. No necesitas protegerme de ella. Ni a mí ni al apellido. Lo que sí necesito es que prepares una fiesta con música, champán, sonrisas y que cada maldito socio crea que vivimos en un cuento perfecto, ¿lo has entendido?
—¿Y qué se supone que haré? ¿Llamar a todos como si fuera una boda de verdad? ¿Fingir que apruebo esta locura?
—Si tienes que fingir, hazlo, me da exactamente igual, pero te quiero mañana con una maldita sonrisa tan radiante que parezca que Clara es la nuera perfecta.
Se levanta, camina hasta el ventanal y se queda de espaldas a mí, como si solo así pudiera reunir la compostura.
—Tu abuelo se revolvería en su tumba.
—Mi abuelo estaría orgulloso. Porque, a diferencia de ti, él sí sabía cuándo sacrificar la familia por el poder. —La tensión entre nosotros se espesa. Me acerco, más cerca de lo prudente, y bajo la voz hasta que solo ella puede oírme—. Hazlo, madre, como sabes hacerlo. Eres única para organizar fiestas, que sea elegante, brillante, que parezca tu maldita idea, pero cumple las órdenes como todos, ¿te ha quedado claro?
Ella tarda unos segundos más. Luego asiente sin mirarme.
—Clara tendrá el mejor vestido, estilista, el maquillaje más perfecto y sofisticado que se haya visto en este maldito Bósforo. Pero no me pidas que sonría cuando todo esto explote en tu cara.

—No pienso pedírtelo —digo, girándome para marcharme—. Pero si lo haces…, quedará mejor en las fotos.
—Está bien, pero le diré a nuestros abogados que redacten un acuerdo prematrimonial. No pienso dejar todo nuestro legado en manos de alguien que no conocemos de nada.
No le replico, ya lo hice hace unos días, solo me giro sin mirar atrás y subo al piso superior. Mis hermanos ya han llegado de las oficinas y me esperan en la sala de operaciones que tenemos en la mansión. Mientras subo, pienso que no quiero otra noche como la de ayer. Cuando entro, Baran se ríe por lo bajo, sacude la cabeza por algo que le ha dicho Kaan y se recuesta en el sillón.
—¿Ya se lo has dicho a mamá? —pregunta en tono burlón—. Imagino que se habrá desatado el infierno.
—Me importa una mierda.
—Y luego dicen que el amor te ablanda.
—No es amor —mascullo, pero no lo desmiento del todo. Camino hacia el proyector y enciendo la pantalla lateral—. Tenemos algo más urgente que discutir.
La imagen muestra un mapa costero, líneas marcadas en rojo, rutas marítimas y varios puntos destacados en amarillo.
—El cargamento entra en cuarenta y ocho horas —informa Baran, con tono seco—. Hay dos rutas activas: una marítima, desde Libia, y otra terrestre, cruzando la frontera con Siria. Ambas ya han sido utilizadas antes, pero esta vez viene mercancía más pesada.
—¿Qué tipo de armamento? —pregunta Kaan, sin levantar la vista del plano que tiene delante.
—Rifles de precisión, fusiles automáticos, lanzagranadas, munición clasificada y tecnología de interferencia. Todo empaquetado por lotes. La mayoría viaja en piezas sueltas para evitar escáneres y pasar como repuestos industriales. Pero hay cuatro unidades completas que entran armadas.
Kaan alza la mirada, frunce el ceño.
—¿Esas cuatro vienen por mar, o por tierra?
—Por mar. Contenedores refrigerados, identificados como carga de mariscos congelados. Van con documentación legal robada de una empresa exportadora griega. Por dentro, los sistemas de aislamiento

térmico han sido modificados para ocultar el contenido metálico. Ya los usamos una vez en Derince y funcionó.
—¿Y la terrestre? —pregunto, cruzando los brazos.
—Camiones cisterna. Simulan llevar agua industrial para sistemas de refrigeración. En realidad, los tanques están sellados por dentro con compartimentos dobles. El armamento más pequeño viene por esa vía. Todo entra por Kilis y cruza hacia Gaziantep antes de dispersarse.
—¿Quién lo escolta? —interviene Kaan.
—Nadie oficial. Transportistas turcos, permisos falsos, documentación limpia. El conductor principal ya trabajó con nosotros en el operativo de Adana.
Baran hace una pausa. Luego añade:
—Interpol está husmeando por la ruta marítima. Han desplegado un dron térmico en el puerto viejo, y hay cámaras móviles que rastrean los movimientos nocturnos. Duval ha mandado dos agentes infiltrados que se hacen pasar por inspectores sanitarios para poder inspeccionar la mercancía.
—Por eso adelantamos la boda —digo—. Mientras los focos estén sobre nosotros, nadie mirará donde debe.
—¿Y si lo hacen igual? —pregunta Baran.
—Tenemos controlado al superior de Duval. Un hombre débil con cosas que ocultar. Ya estamos presionando. Si no cede, encontraremos algo peor y lo arrastraremos con ello. Ali está siguiendo la pista.
Kaan resopla. Se pasa una mano por la barba, meditando.
—¿Mamá sospecha algo?
—Sabe que hay movimiento. Pero hará lo de siempre: mirar hacia donde le conviene.
Kaan asiente despacio.
—Yo cerraré el trato con el jefe de seguridad del puerto y reforzaré la vigilancia en la entrada terrestre.
—Y yo hablaré con los griegos. Quiero la trazabilidad completa del contenedor, desde el muelle hasta el almacén —añade Baran.
Me acerco al ventanal. Clara acaba de llegar. Mañana se arreglará para una fiesta que aún no sabe para qué es.

Y yo estoy aquí, planeando cómo meter armas de guerra por dos fronteras, mientras sonrío ante las cámaras como si no fuera el arquitecto de todo esto.
—Esta semana —susurro, sin darme la vuelta—, se decide quién manda en esta ciudad.
En ese momento, entra Ali con una carpeta en la mano, que deja sobre la mesa.
—Uno de nuestros propios hombres está pasando datos. Aún no hemos confirmado quién, podría ser alguien del equipo logístico, sin embargo, hay otro patrón.
Me giro de nuevo, me acerco a la mesa y apoyo las manos en ella.
—¿Cuál?
—Ciertas piezas de información... solo podrían haber salido de esta casa o de alguien muy, muy cerca de ella.
Mis hermanos se giran hacia mí. No hace falta que digan nada. El nombre está en el aire.
—¿Mamá? —pregunta Baran, sin filtro.
—No encaja —responde Kaan—. Ella puede ser fría, sí, y puede que no confíe en Clara. Pero ¿traicionar a la familia? Jamás lo haría.
—No digo que lo haga conscientemente —añado—. Pero si alguien le pregunta lo correcto, en el momento adecuado, y ella cree que está hablando con un aliado…
—Entonces, canta como un gorrión —remata Baran.
Miro el mapa en la pantalla. El puerto. La costa. La ciudad extendida como una bestia dormida. Y, en medio de todo, la fiesta. La maldita fiesta.
—Mañana por la noche todos mirarán al lugar equivocado.
—¿Y si el topo también está invitado a la fiesta? —pregunta Ali.
Sonrío sin humor.
—Entonces lo miraremos a los ojos mientras sonríe. Y cuando termine la música…, lo haremos desaparecer.
Cuando terminamos la reunión, el sol ya se ha recostado sobre el Bósforo. La fachada de la mansión está bañada por una luz dorada que parece salida de una postal, pero yo solo pienso en una cosa. En una mujer, en el vestido que llevará, o en cómo se lo voy a quitar. La imagen de ella desnuda con ese minúsculo tanga que llevaba esta

mañana no se me ha quitado de la cabeza en todo el puto día. Ni tan siquiera una conversación tan importante como la que hemos tenido me ha bajado la erección o las ganas de follármela como un animal.

39

Clara

No sé en qué momento se me ha escurrido el día entre los dedos. Quizá fue justo después del café que preparé en bragas solo para joderle un poco la mañana, una provocación pequeña, un movimiento calculado para que no se le bajara la erección. Nada grave. O tal vez cuando salí a correr, dejándolo en medio del salón con una toalla anudada en la cintura. Almorcé arroz que compré en un puesto callejero junto al Bósforo. Después volví a su casa, me duché, leí un poco y me quedé dormida en el sofá. Hasta que el chófer llamó a la puerta con su sonrisa neutra y un mensaje: «El señor desea que la acompañe de compras esta tarde».

«El señor desea… ¡Qué risa!».

Ni un mensaje. Ni una explicación. Ni una puñetera disculpa. Solo el coche con cristales tintados y el chófer llevándome de una tienda a otra donde todos parecían tener más información que yo. Después de más de cuatro horas, tenía todo lo necesario para una fiesta que se celebraría al día siguiente. Y, por primera vez, me sentí sola. La casa se me hizo demasiado grande y vacía cuando ni siquiera se molestó en venir a cenar o a dormir conmigo. Al parecer, avisarme de ese tipo de cosas no es importante.

Desde entonces, todo se ha vuelto difuso. Como si el suelo se moviera bajo mis pies y yo me deslizara por una cinta transportadora sin saber quién maneja los controles. El chófer me ha traído a la mansión, me han vestido, me han maquillado, todo sin que nadie me pregunte si quiero estar aquí.

La madre de Emir me recibió con la misma simpatía de siempre. Desde ese momento, he sido la prometida decorativa que hay que

pulir, peinar y exhibir. Y yo, en lugar de morder, he obedecido. Eso es lo que más me jode.

Ahora me pongo los pendientes frente al espejo, mientras el vestido me abraza como una mentira que brilla. No he visto a Emir desde ayer. Tampoco he preguntado por él.

Pero sé perfectamente lo que está haciendo. Está construyendo una historia perfecta. Y, cómo no, yo soy la protagonista. Aunque nadie se haya molestado en darme el guion.

Llaman a la puerta con los nudillos. Tres toques secos, cortos y mandones. Reconozco ese ritmo.

—*Gelin hanım* —dice al otro lado. «Señora prometida». A estas alturas, ya no sé si me provoca risa o urticaria.

Abro sin ganas. O más bien me aparto, porque ella entra como si la habitación fuera suya. O peor: como si yo fuera el desorden que ha venido a corregir. Su porte es impecable. Traje de dos piezas en crudo con ribetes dorados, moño tirante y ese perfume tan caro que me pica en la nariz. Cada movimiento tiene la medida exacta del desprecio.

—Estás… aceptable —dice, tras escanearme con la mirada—. Aunque yo habría elegido otro color. El plateado envejece a ciertas mujeres. Las vuelve… evidentes.

—Afortunadamente, no he venido a competir con nadie. Ni con usted —respondo con una sonrisa perfectamente afilada.

No contesta. Pasea por la habitación como si inspeccionara un hotel de lujo antes de escribir la crítica que lo arruine.

—Imagino que ya sabes lo que celebramos esta noche.

—¿Una fiesta? Sí, algo así mencionó su hijo.

—«Vuestra» fiesta de compromiso —puntualiza con la lengua impregnada de veneno dulce—. La hemos organizado en un solo día, pero cuando una familia sabe hacer las cosas bien, no necesita meses.

Me cruzo de brazos, apoyándome en la cómoda. No pienso dejárselo tan fácil.

—¿Y qué familia es esa? ¿La suya, o la mía?

—No empecemos con niñerías. Esta noche vendrá parte de la familia cercana. Los socios importantes. Y, por supuesto, tu querida Yağmur. Estoy segura de que te hará mucha ilusión verla.

La forma en que pronuncia «*tu querida Yağmur*» me da ganas de reírle en la cara, aunque no le voy a dar el gusto.

—¡Qué bien! Me encantan las sorpresas —digo, sabiendo que a Emir no le haría ninguna gracia oírme decir eso.

Nos medimos durante un segundo largo. Ella no necesita decir nada más. Cada línea de su rostro, cada gesto, es una advertencia con firma y sello. Se acerca, me coloca con suavidad un mechón de pelo tras la oreja. Su perfume es caro, suave… y asfixiante. Y cuando gira para irse, deja la última frase al pasar:

—No hagas tonterías esta noche, Clara. Sonríe, luce bien. No queremos que parezcas… fuera de lugar.
—Tranquila —respondo sin parpadear—. Siempre me he sentido muy cómoda entre las joyas caras y la hipocresía.
Me observo en el espejo una última vez. No por vanidad, sino por necesidad. Necesito saber quién soy antes de enfrentarme al mundo que Emir ha decidido construirme a su medida. Entonces siento su presencia. No por el ruido de sus pasos, sino por cómo se me eriza la piel antes de que cruce la puerta. Parece que mi cuerpo lo reconoce antes que mis ojos. Cuando aparece en el umbral, no dice nada. Me mira con esa intensidad que no se compra ni se finge. Y no sé si quiere devorarme, o arrancarme el alma con las manos.
—¿Me miras así porque te gusta el vestido, porque sabes que no vas a poder quitármelo o porque sigues creyendo que tú vas a decidir cómo termina esta noche?
Durante un instante, no dice nada. Ni un solo gesto que me dé ventaja. Pero sé que lo ha oído y que lo ha sentido. Se le nota en los ojos, más oscuros, más afilados. En esa media sonrisa que se forma con calma, donde decide si morder o no.
Se acerca con lentitud, como quien pisa tierra hostil sabiendo que no habrá rendición. El suelo parece temblar bajo sus pasos. Cuando llega a mi lado, no me toca. Se limita a inclinarse hacia mi oído, con esa calma que utiliza cuando quiere incendiarlo todo sin prender ni una sola cerilla.
—Hoy brindaré por mi victoria —susurra, con voz demasiado baja—. Y esta noche… haré que la recuerdes para siempre.
Cierro los ojos un segundo, solo uno, porque la piel me traiciona antes que la voluntad. En cambio, ni me aparto ni retrocedo.
—¿Y si no quiero recordarla? —contesto, alzando la barbilla—. Por cierto, gracias por avisarme de que hoy es nuestra fiesta de compromiso. Si no es por tu madre, no me entero.
Él se separa despacio. Me recorre con la mirada y asiente con una sonrisa.
—Mentir nunca se te ha dado bien, Clara —ignora mi pulla.
—Y a ti se te da demasiado bien saltarte mis reglas.
—Todavía no lo he hecho.
—¿Seguro? Porque esa mirada no parece de alguien que respeta límites.
—Esa mirada es de alguien que los estudia y que decide si merece la pena romperlos.
—¿Y yo qué soy? ¿Un capricho que pondrás en la lista de excepciones?
—Tú no eres una excepción. Eres la norma que me está enloqueciendo.
—¿Eso se supone que es un halago?
—Es una advertencia.
Lo dice sin levantar la voz, cada palabra es un botón que aprieta con precisión.
—Tendrás que esforzarte más si quieres que me tiemblen las piernas —le escupo, sin retroceder ni un milímetro.

—A ti no te tiemblan las piernas, Clara, sino el poder cuando sabes que lo estás perdiendo.
—Tampoco tienes tanto poder como crees.
—No, aunque sí paciencia, y me divierte ver cómo te vas deshaciendo por dentro, aunque te disfraces de hielo por fuera.
—¿Y eso te excita?
—Tanto como saber que esta noche no vas a dormir tranquila, porque cada una de estas palabras te va a seguir hasta en los sueños.
Mi estómago se contrae con una mezcla venenosa de rabia y ganas. No sé si quiero golpearle o dejarme caer sobre la cama y abrir las piernas. Y lo peor es que él lo sabe porque no aparta la mirada, sino que la arrastra lentamente por mi escote, por el encaje que asoma bajo el vestido, por el detalle del colgante que me han puesto y que, de pronto, me parece una cadena demasiado fina para sujetarme.
—Y ese vestido, te sienta demasiado bien como para fingir que no voy a quitártelo —murmura, con la voz tan áspera como una promesa cumplida a medias.
Siento que ardo por dentro, que, si me rozara, aunque sea solo con la yema de un dedo, estallaría en mil pedazos. Aunque no cedo, me mantengo en pie, firme, tragando saliva.
—Si lo intentas —digo sin apartar la mirada—, lo haré más difícil todavía.
—Me encantan los retos —responde, justo cuando alguien llama a la puerta con dos golpes secos.
Emir no se inmuta. Apenas gira la cabeza y lanza un seco «adelante». Un asistente entra y le entrega un sobre cerrado sin hacer contacto visual conmigo. Lo toma con un gesto tranquilo, como quien recoge una copa más en mitad de una fiesta.
—Casi lo olvido —dice, acercándose y extendiéndomelo—. Esto es para ti.
No lo cojo al instante. Lo observo, como si ese trozo de papel pudiera morder o fuera otra de sus trampas disfrazadas de cortesía.
—¿Qué es?
—Un simple formalismo —responde, con esa media sonrisa que me saca de quicio y me pone a mil al mismo tiempo—. Tranquila, nada que no esperes de alguien que protege lo suyo. Y tú, Clara, ya formas parte de lo mío.
Me lo tiende un poco más, y esta vez sí lo cojo. Su dedo roza el mío. Un segundo apenas, lo justo para que un escalofrío me suba por la muñeca.
—Debo irme —dice, ya mirándome de nuevo, con ese brillo cruel que me dice que no, no se ha olvidado de nada—. Tengo que recibir a unos invitados especiales.
—¿Invitados? —pregunto perpleja.
—Sorpresas. Me pareció que últimamente te faltaban.
Y, sin más, se da media vuelta y se marcha. Así, sin cerrar la puerta del todo. Sin llevarse el calor que ha dejado en la habitación. Sin pedirme permiso para haberme agitado de arriba abajo sin tocarme. Y yo me quedo aquí, con el corazón

desbocado, el vestido más pesado que nunca, y una certeza clavada en el pecho: esta noche, pase lo que pase, no voy a dormir tranquila.
La puerta ha quedado entornada. Me quedo quieta, Solo cuando escucho el clic lejano de otra puerta cerrarse, me acerco al sobre que ha dejado en la mesilla. Lo abro sin prisa, más por orgullo que por nerviosismo. Las letras están impresas en dorado y tiene el membrete de su abogado personal en una esquina.
Empiezo a leer. Términos legales, cláusulas de separación de bienes, una ridícula cantidad de condiciones para proteger «el patrimonio familiar». Hay una cláusula de confidencialidad. Otra sobre manutención: una suma mensual desorbitada en caso de divorcio. Y luego, como una bofetada elegante, la limitación de un año mínimo antes de poder disolver el matrimonio bajo ningún concepto.
—Qué considerado —murmuro, con sarcasmo—. Parece casi romántico.
Saco el móvil y le reenvío el archivo al contacto que aparece en el principio del contrato, el abogado que ha redactado el documento. Le dejo una nota de voz breve:
—Prepárame un anexo. Tengo unas cláusulas nuevas que dictarle en cuanto acabe algo que tengo que hacer esta noche. El título será «No soy tu puta particular». Sí, como lo oye.
Intento llamar a Jorge. Luego a Marina. Después a Nuria. Uno a uno, los móviles suenan hasta que la operadora me escupe el mismo mensaje grabado. Todos apagados. Me entra un escalofrío. Necesito aire o agua, no lo sé bien, aunque sí salir de aquí.
Salgo del dormitorio en silencio. Bajo descalza porque los tacones escogidos para esta noche son preciosos, pero, al mismo tiempo, el mal. Giro hacia el pasillo de la cocina, pero me detengo en seco.
—El envío de las armas también llega esta noche —dice una voz grave. Reconozco la de Kaan.
—¿A qué hora? —pregunta Baran, más relajado, como si hablaran de una caja de vinos.
—A medianoche, en la nave que hay detrás del puerto. Ya está acordado. Nadie hará preguntas.
—¿Y si Duval se mete por medio?
—Él siempre va detrás de nosotros, pero para eso está el jefe, ¿no? Él tiene su forma de limpiar los problemas. Además, ya nos dijo que Ali está buscando algo sucio con lo que quitarlo del medio.
Una risa. El ruido de una copa que se posa sobre la encimera. El aire se me atraganta. No son suposiciones ni dudas. Tampoco se trata de juegos mentales. Es la verdad, una realidad cruda y cruel que me abofetea. Emir Demirhan no es un empresario excéntrico ni un heredero de joyerías. Es un mafioso. Y estoy en medio de su red. Una marioneta con un vestido de gala y un contrato firmado. Y por primera vez desde que todo empezó, no sé si quiero salir corriendo… o quedarme para incendiar su mundo desde dentro.

Toda la rabia, la tensión con su madre, las pullas con Emir, la conversación entre Kaan y Baran… todo me retumba dentro. Entonces, la garganta me arde, la boca se me seca. y prosigo rumbo a la cocina. Al llegar, una mujer del servicio me mira y asiente con un gesto profesional.
—Agua, por favor —le pido, casi en un susurro.
Me la sirve sin preguntas, y yo bebo despacio para intentar enfriar por dentro esta mezcla de miedo y claridad que me revienta el estómago. Nada será igual después de esta noche. Estoy en medio de un nido de víboras.
Le agradezco con un gesto y regreso a la habitación, me echo un vistazo y me recoloco el vestido. Entonces, golpean la puerta. Es Baran.
—¿Lista para la fiesta, princesa? —bromea desde el marco.
—¿No debería ser fiesta de mafiosos? —le suelto, con media sonrisa, mientras me giro.
Él entrecierra los ojos. Algo en su expresión cambia, pero no lo suficiente como para confirmarme si me ha entendido o solo cree que soy ingeniosa.
—No hagas esperar al sultán —dice al fin, y me tiende el brazo.
Y yo lo tomo, no porque quiera, sino porque ya no sé cuál es el siguiente paso si no lo hago. Baran y yo avanzamos por el pasillo central.
—Baran —digo al fin, rompiendo el silencio justo cuando giramos hacia la escalinata principal—. ¿El secretario de Valemont… está muerto de verdad?
Él no responde de inmediato. Se limita a girar la cabeza, mirarme de reojo, evaluando hasta qué punto puede contarme algo o si, por el contrario, ya lo sé todo.
—Eso debería explicártelo Emir —dice finalmente.
—Entonces, ¿es cierto? —presiono—. ¿Vosotros… matáis gente? Como los mafiosos de las películas.
Baran se detiene a medio escalón y alza una ceja.
—¿Películas de Scorsese, o de Guy Ritchie?
—¿Importa?
—Claro. La estética lo es todo —responde con una sonrisa ladeada, pero no hay risa en sus ojos, además de que utiliza la misma técnica de Emir: la distracción.

—Pensé que si hacíais cosas ilegales, serían…, no sé, defraudar a Hacienda, falsificar informes financieros, chantajear a algún político que se pasa de listo…
Baran suelta una carcajada breve, casi encantadora.
—Adoro tu ingenuidad. Le da sabor al ambiente.
—¿Emir es como El Padrino? —le lanzo, sin filtros. Intento presionarlo, pero sé que no dará resultados.
Se ríe de verdad, con una carcajada escandalosa.
—¿Con la rosa en la solapa y todo?
—Con el poder. El control. La amenaza constante. El «no puedes escapar».
Baran no responde. Se encoge de hombros, como si la conversación le quedara grande o, peor, como si fuera demasiado real como para reírse más.
—No te voy a mentir, Clara, pero tampoco te voy a contar lo que no me toca —dice al fin, llegando a la puerta del salón—. Si quieres respuestas, pídelas al jefe.
—Ya lo tengo en la lista.
—Ten cuidado con las listas. Emir también las hace y suele cumplirlas todas.
Me ofrece el brazo de nuevo, como si fuéramos dos invitados más en una fiesta cualquiera. Y yo lo tomo, no porque lo quiera, sino porque ya estoy dentro y no puedo huir ahora.
Atravesamos el pasillo en silencio. Mi mente aún digiere la cláusula de confidencialidad, el dinero mensual en caso de divorcio, el plazo mínimo de un año… Y, sobre todo, el murmullo filtrado que me ha confirmado lo que ya sabía: que Emir no es solo un hombre de negocios. Es un hombre peligroso con demasiados secretos y demasiadas manos moviendo hilos invisibles.
Cuando cruzamos las puertas hacia el jardín trasero, el cambio es abrupto. Las luces lo inundan todo. El lujo se despliega ante mí como una obra de teatro perfecta. Cada detalle parece sacado de una revista de moda de lujo: mesas con manteles de hilo, cristalería tallada, música flotando desde algún rincón como si los violines supieran a quién están recibiendo.

Y yo, en medio de todo, me siento como un disfraz más, como parte del decorado. Miro a mi alrededor. Hombres impecables con relojes caros, mujeres con joyas tan grandes que cuesta decidir si son reales o parte de un juego de poder. Sonrisas calculadas, copas alzadas y frases dichas por costumbre, no por emoción. Ahora lo entiendo todo. La necesidad de dominar todo. El secretismo. El miedo.

Esa cláusula de confidencialidad no es para protegerme a mí. Es para proteger *esto*. Esta mentira brillante, esta fachada donde todos bailan sin saber si la música la marca un violín o una pistola.

Y me pregunto, con una punzada seca en el estómago, cuántos de los que están aquí lo saben. Cuántos *lo han aceptado* y han vendido su alma a cambio de una copa de champán frío y una noche sin preguntas.

Baran me guía entre los invitados como si nada y yo no supiera que esta fiesta es para exponerme como la nueva adquisición de Emir Demirhan. Y mientras camino, con los focos rozando mi piel, pienso que tal vez esta noche sea mi entrada oficial al lado oscuro del Bósforo.

Entonces, lo veo. Emir está de pie junto a un grupo de hombres mayores que visten con trajes que cuestan más que mi sueldo de un año y con guardaespaldas incluidos. Pero es él quien domina la escena. No por lo que dice, sino por cómo lo miran los demás. Están esperando cualquier gesto de él para reír, para asentir, para moverse. En definitiva, para dorarle la píldora. Y cuando sus ojos se encuentran con los míos, solo hay una mirada que lo dice todo. La copa que sostiene no tiembla. La sonrisa es leve, apenas curvada en la comisura. Baran se despide con una leve inclinación y desaparece entre la multitud con una naturalidad que me irrita. Me deja sola. O lo intenta. Porque en realidad, desde que llegué, nunca he estado sola, aunque ayer me sintiera así.

Un camarero me ofrece una copa. La tomo por reflejo, pero no bebo. No quiero perder la poca lucidez que me queda. Estoy a punto de buscar un rincón donde respirar sin testigos, cuando una voz demasiado conocida se instala en mi nuca como un zarpazo.

—Veo que el plateado es tu apuesta final.

No necesito girarme para saber quién es. El tono ya lleva su nombre grabado. Me doy la vuelta despacio, con el tipo de sonrisa que se reserva para las enemigas que se creen amigas.

—Y tú sigues creyendo que tienes derecho a opinar sobre mis elecciones, Yağmur.

—Oh, Clara, no opino. Constato. Tienes buen gusto, hay que admitirlo, aunque quizá... demasiado brillo para alguien que odia ser el centro de atención.

Sus ojos me recorren con ese gesto de superioridad que ya conozco. El mismo que usó la primera vez que me vio en la mansión. Cuando pensó que yo era una cualquiera e intentó ponerme en mi sitio sin saber que ya lo tenía.

—Es curioso que lo digas tú —respondo, bajando la mirada hacia su vestido blanco hueso con transparencias estratégicas—. Brillas tanto que juraría que te confundieron con la prometida.
—¿Y no lo soy? Te recuerdo que aquí las cosas pueden cambiar de un momento a otro, querida. —La puñalada es suave, pero está afilada. La miro en silencio, porque no merece una respuesta. Y porque sé que eso la descoloca más que cualquier palabra—. Ten cuidado, querida —añade, girando la copa entre los dedos —, tanta prensa y exposición no es bueno.
—¿Preocupada por el foco de atención?
—No. Solo por ti. Tienes aspecto de alguien que aún no ha entendido las reglas del juego.
—Y tú, de alguien que sigue creyendo que puede dictarlas.
Esta vez es ella la que calla, la que sonríe con una hipocresía aprendida desde niña, y con toda la elegancia de quien sabe perder sin admitirlo, se inclina ligeramente hacia mí.
—Suerte hoy, Clara, de verdad te hará falta.
Se aleja sin esperar respuesta. Siento que la fiesta no es lo más incómodo de esta noche. El murmullo del jardín me envuelve como una niebla densa. A cada paso, el vestido me parece más asfixiante. Sonrío porque toca, no porque quiera. Y mientras avanzo entre copas, risas y trajes de diseñador, tengo la sensación de ser una impostora.
—¿Te disgusta la música, o simplemente intentas huir? —pregunta una voz familiar a mi derecha.
Me giro y ahí está Selin, con una copa en la mano y un vestido negro que parece hecho para romper reglas. Sonríe con esa mezcla de ironía y complicidad que ya empiezo a reconocer como marca personal.
—No sé si estoy huyendo, pero me vendría bien una puerta trasera —respondo.
—No pongas esa cara, anda. Esta es solo la fiesta de compromiso. Aquí, hasta que no hay firma, todo puede cambiar. Y, a veces, incluso después.
Nos reímos y ese instante disuelve un poco la tensión de la noche. Hablamos de tonterías. De moda, de los zapatos imposibles de una invitada, de un cantante que no conozco. Y durante esos minutos absurdos, pierdo de vista a Emir.
Hasta que un movimiento, como un tirón en el pecho, me obliga a buscarlo. Giro la cabeza con una punzada de intuición, y la veo. Yağmur. Demasiado cerca y confiada. Su mano en el brazo de él, la boca cerca de su oído, ese tipo de sonrisa que no necesita presentación y Emir no la aparta, no le hace falta, porque ella actúa como si ese fuera su sitio real.
Y algo en mí estalla. No son celos, sino algo más profundo, se trata del orgullo herido delante de todos. Camino hacia ellos con pasos firmes. Cuando llego, Yağmur gira la cabeza y me mira con un deje de superioridad tan perfectamente calculado que me dan ganas de reír.
—Clara —dice con su tono empalagoso, dejando caer su mano como quien concede una tregua.

—Yağmur.
No necesito decir más. Me planto junto a Emir, que, al notar mi presencia, se incorpora del todo, se recoloca el cuello de la camisa y me dedica esa sonrisa suya que no sé si invita al placer o al incendio.
—¿Bailas? —pregunta, sin esperar respuesta.
—¿Tengo elección?
—Siempre. En cambio, la correcta solo es una.
Me toma de la mano y me arrastra al centro del salón mientras la música cambia a una melodía más lenta y envolvente, cargada de una sensualidad que no ayuda en nada a mi determinación de mantenerme serena.
Su mano en mi espalda descubierta es una promesa y una amenaza al mismo tiempo.
—Como no puedes correrte con tu prometida, ¿te entretienes con otra? —susurro, sin mirarlo.
—Solo estaba siendo cortés.
—Con esa sonrisa parecía otra cosa.
—Y si fuera lo que parece, ¿podría acostarme con otra?
—Hazlo —respondo—. Y lo comprobarás.
Nos miramos. El aire entre nosotros se convierte en un campo eléctrico. Y justo cuando creo que voy a perder, él acerca los labios a mi oído, da un paso hacia mí, tan lento que casi parece que flota. Se inclina, no lo suficiente para besarme, pero sí para rozar mi oído con la voz que se me mete debajo de la piel.
—Te gusta jugar con fuego.
El aliento me acaricia la mejilla como una amenaza suave y caliente. Sonrío. Una de esas sonrisas torcidas que esconden una capa de falsedad.
—Y a ti te gusta pensar que no vas a quemarte.
Se queda quieto. Mirándome. Y sé que está disfrutando. De mí, de la tensión, del hecho de que no puede tocarme, pero que está a punto de hacerlo. Y, entonces, sin filtros, sin red, sin estrategia y sin pensarlo, lanzo la pregunta a bocajarro.
—¿Tú eres un mafioso?
El silencio que sigue no es inocente. No es de sorpresa ni de indignación. Es un silencio cargado, medido, peligroso. Sus ojos no parpadean. Su mandíbula no tiembla. Solo el brillo sutil que aparece en su mirada delata que lo he tocado donde duele.
—Depende —responde al fin—. ¿Te excita, o te asusta?
—Ambas —susurro, antes de poder evitarlo, sin que mi mente lo procese.
Y ese es el maldito problema. El hombre que me desea, el que quiero desnudar y entender al mismo tiempo, podría arrastrarme a una oscuridad de la que no sé si voy a saber salir.
En ese instante, su móvil vibra y rompe el aire entre nosotros. Él lo saca del bolsillo interior de la chaqueta, lo revisa sin perder la compostura en ningún momento. Una sonrisa satisfecha se dibuja en su rostro.

—Tus invitados ya han llegado —dice, con la misma naturalidad con la que podría hablar del menú de la cena. Frunzo el ceño, confusa.
—¿Qué invitados?
Me clava la mirada con esa mezcla suya de ternura y amenaza.
—Los que no esperas —responde. Y me tiende el brazo, como si todo lo anterior no hubiera pasado y no hubiéramos estado a punto de devorarnos.
Y yo me quedo ahí, un segundo más, con el corazón galopando, la piel erizada, y una sola certeza retumbando en mi pecho.
Esta noche, nada es lo que parece, y lo peor de todo es que, aun sabiéndolo, le sigo.

40

Emir

Camina a mi lado sin mirarme, con los dedos aferrados al pliegue del vestido a la altura del muslo. No hay ni una sola arruga fuera de lugar ni un mechón rebelde. Tampoco ha dicho una sola palabra que no se haya pensado antes, pero yo la conozco demasiado bien y sé que está enfadada, y no solo conmigo.

Bajamos juntos las escaleras principales de la mansión mientras la música flota desde el fondo del salón. Las puertas están abiertas de par en par y la luz del interior proyecta reflejos dorados sobre el mármol. Afuera, los coches siguen llegando. Invitados que apenas reconozco y que me saludan con respeto cuando se cruzan con nosotros, conscientes de que esta noche no pueden meter la pata bajo ningún concepto.

—¿Estás lista? —le pregunto en voz baja, deteniéndome un segundo antes de cruzar el umbral.

—¿Para qué? Esta tarde me he enterado de cosas… ¿tengo que ignorarlas, sonreír y fingir que soy feliz? —replica sin mirarme. Trago saliva e intento que no se note que su comentario me ha afectado más de lo que debería. Su pregunta sobre si soy un mafioso me provocó una carcajada amarga que escondí gracias al oportuno mensaje que llegó en el momento justo, porque no sé si me divierte, me ofende o me revuelve por dentro. Tal vez todo al mismo tiempo.

—Para que no te sientas sola —respondo, eludiendo el tema una vez más.

Ella gira la cabeza muy despacio, no sonríe, en sus ojos solo hay una chispa de esa mezcla perfecta de ironía y rabia que me hace sentir que estoy vivo.

—¿Eso es lo que intentas? ¿Que no me sienta sola? ¿O solo necesitas una figura decorativa que te dé buena prensa esta noche?

—Clara… —suplico sin saber el qué—. Esta noche necesito una tregua, ¿de acuerdo? He traído a toda tu gente. Están aquí dentro, quería darte una sorpresa.
Se queda quieta. El aire entre nosotros cambia de densidad.
—¿Mi madre, Jorge y Marina están aquí? —pregunta con un hilo de voz por la sorpresa.
Asiento una sola vez. Ella da un paso hacia la puerta, pero no entra. Se queda ahí, a punto de cruzar un umbral emocional mucho más profundo que esas puertas dobles. Sus ojos recorren el interior del salón. La decoración brilla en tonos dorados y esmeralda. Todo luce impecable, preparado al detalle. El murmullo de las conversaciones y el tintinear de copas de cristal que provienen del jardín forman una música de fondo que no encaja del todo con el temblor sutil que empieza a subirle por la garganta.
Y, entonces, los ve. Primero a Jorge, con su sonrisa amplia y esa camisa de diseñador, moderna y llamativa, tal vez demasiado atrevida para la ocasión. Está junto a Marina, que parece sacada de un catálogo de moda, y ambos hablan con Ignacio, que no ha perdido ni un ápice de su porte de jefe ni tan siquiera aquí, en medio de una fiesta que no comprende del todo. Más allá, su madre.
Clara la ve y se detiene en seco. Todo se vuelve más lento, parece que no se han visto en meses cuando en realidad estuvieron juntas hace un par de días. Su madre viste de azul oscuro, lleva el pelo recogido con elegancia y una mirada que se le clava como un ancla. En cuanto sus ojos se cruzan, Clara avanza hacia ella con una sonrisa enorme y la abraza con fuerza, asegurándose de que es real. No hay palabras entre ellas, solo un abrazo largo que habla de distancia y de ausencia. Luego saluda a los demás. Marina la envuelve en un chillido agudo. Jorge le hace una reverencia exagerada. Ignacio le estrecha la mano con gravedad. Y, durante unos minutos, Clara se diluye en ese reencuentro. Se ríe. Se emociona. Se permite brillar.
Y yo, a pocos pasos, la observo, como si esa felicidad me perteneciera solo por haberla traído, aunque sé muy bien que no es mía, tampoco es por mí. Es a pesar de mí.

Ella gira la cabeza apenas un poco y me busca con la mirada. Cuando me encuentra, no sonríe, pero tampoco se aparta. Aprovecho ese segundo de tregua para respirar.

—No quiero que esta noche te sientas sola —le digo, acercándome.

Su rostro se resquebraja un poco, apenas con un parpadeo más largo de lo normal y una exhalación breve. En cambio, lo noto.

—No sé qué esperas con todo esto —dice, al final—. Pero no voy a fingir que no he escuchado nada o que no me ocultas cosas bastante importantes, Emir. Solo quieres distraerme, ¿verdad? ¿Qué es lo que intentas? ¿Que no me sienta sola, o que no se note que sé más de lo que debería con una distracción de las tuyas?

—No intento distraerte, Clara. —Mi voz suena más baja de lo que pretendía, más densa—. Solo quería que esta noche no te sintieras ni sola ni atrapada. Que, al menos, una parte de todo esto... se pareciera a algo bonito. —Ella entrecierra los ojos, escéptica, pese a ello, no me interrumpe—. No soy bueno con las palabras cuando se trata de ti. Y sí, he ocultado cosas. Muchas. Algunas porque no sé cómo contarlas sin perderte. Otras, porque hay verdades que, si se dicen en voz alta, queman. —Hago una pausa, sin apartar la mirada —. Pero tú ya sabes más de lo que deberías, lo suficiente como para entender por qué necesitaba que esta noche fuera distinta. —Me acerco un paso más y, aunque necesito hacerlo, no la toco—. No quiero que confíes en mí porque te lo pido. Deseo que me mires y decidas si vale la pena quedarte, a pesar de que sepas quién soy y lo odies. Porque yo... no quiero que te vayas.

Ella no responde. Solo se gira, se recompone y avanza junto a los suyos. Hacemos el camino de vuelta hacia el jardín entre conversaciones más altas de lo normal, risas compartidas y abrazos entre ellos que no terminan mientras los observo un paso atrás.

Cuando salimos, la música cambia. La orquesta comienza a desgranar los primeros acordes de *Tutuklu Kaldım*, de Sezen Aksu, que flotan sobre el murmullo de los asistentes. Se trata de una melodía antigua, melancólica, profundamente turca. Cada nota parece deslizarse por los muros dorados de la mansión, envolviéndolo todo en una intimidad inesperada. Las luces se tornan más cálidas, algunas parejas se acercan a la pista, otros

simplemente cierran los ojos unos segundos, arrastrados por la voz de una mujer que canta como si aún doliera. Los más mayores la tararean. Los más jóvenes la descubren. Y yo… solo la escucho con el estómago en un puño.

Cuando termina, todo se transforma. Se llena de murmullos nuevos, de movimiento. Ella se integra con los suyos, se ríe con Marina, se tapa la boca con la mano cuando Jorge dice algo, abraza otra vez a su madre como si no pudiera evitarlo. Pero, en medio de todo eso, hay algo que no encaja en su mirada, una tristeza que se queda alojada detrás de los ojos.

Y yo me doy cuenta porque la miro como quien ve su salvación… y su castigo. Subo al estrado. Mi voz suena segura, aunque sí lo está mi pecho, porque la tengo delante y voy a hablar de ella frente a todos y tengo miedo de que nada de esto sirva, y, aun así…, lo voy a hacer.

—Esta celebración no sólo es una costumbre, es un símbolo. El de dos personas que se encuentran en un punto medio y han decidido juntar sus caminos. —Busco a Clara entre la multitud, cuando la veo, está allí, inmóvil y atenta. Hermosa—. Os voy a contar una historia, la mía y la de Clara, quiero contárosla de primera mano, para evitar malentendidos. Sé que hay personas que se refieren a ella como la traductora o mi traductora particular, en ambos casos de forma despectiva e insinuando cosas que no son.

»Ella ha entrado en mi vida como un relámpago con su carácter y su fuerza. Pronto dejó de traducir acuerdos empresariales y empezó a traducir mi corazón. Me entendió y me leyó como ninguna persona lo ha hecho hasta ahora. Me ha apoyado de manera incondicional. Es la calma en mis momentos de tormenta y la luz en mi oscuridad. Clara, te he elegido como mi compañera de vida, juntos seremos más fuertes y libres. Brindemos por una larga vida juntos.

Una parte de los invitados rompe en aplausos. Le hago una señal para que suba al escenario y, cuando lo hace, en su rostro hay temor, escepticismo. Pero, justo en ese momento, veo que mi madre se ha girado hacia Azad y hacia Kemal. Su expresión es una máscara de desaprobación. Le basta apenas un susurro para que ambos la sigan. Caminan hacia la casa, cruzando el jardín con paso firme. No

necesito oír lo que dice. Su gesto lo dice todo: no aprueba nada de esto. Y mucho menos a Clara.
Mi pecho se tensa, no por la duda, sino por la confirmación de que no todo el mundo quiere vernos juntos, aunque también sé que le molesta más a los que han vivido demasiado tiempo en la sombra.
Una mujer se acerca con una bandeja de terciopelo. Sobre ella, los dos anillos atados por un lazo rojo como símbolo de la tradición y de nuestras raíces.
—¿Y el lazo? —pregunta en voz baja, sin apartar los ojos de los anillos.
Me inclino apenas hacia ella, lo suficiente para que nadie más nos escuche.
—Es una tradición nuestra —susurro—. El lazo rojo representa la pureza, la fortuna… y también el vínculo. Se ata para unir lo que está por comprometerse. Cuando lo cortan, es como liberar el futuro. El corte no lo hace cualquiera, debe hacerlo el mayor de la familia. El que guarda la historia y el que reconoce la sangre. —Ella traga saliva, asiente, y su respiración se acelera un poco—. Y, después de eso…, ya no hay marcha atrás —añado, más para mí que para ella.
Ambos nos acercamos. Clara toma el mío: platino ennegrecido, sobrio, elegante. La superficie tiene un brillo casi mate, como la noche sin luna. Pero es el suyo el que guarda el secreto. Un aro de oro blanco satinado de líneas limpias y delicadas. A primera vista, parece discreto, casi sencillo. Pero quien se detenga a mirarlo de cerca verá el destello de una gema extraordinaria: una painita. Roja con matices cobrizos, con un fuego interno que parece moverse bajo la superficie. Es una piedra que casi nadie ha visto. Increíblemente rara y más valiosa que el diamante. Tan exclusiva que solo unos pocos en el mundo pueden decir que la han tenido en sus manos. Y ahora va a estar en el dedo de Clara. Y bajo esa joya imposible, oculto como una segunda verdad, está el engaste interior casi invisible a simple vista. Allí, incrustado como un secreto silencioso, está el chip. El maldito y bendito chip. La llave que puede condenarnos o salvarnos. La pieza final del rompecabezas que llevamos demasiado tiempo armando a oscuras. Y, ahora, ella lo

llevará en su dedo sin saberlo. Como si el destino le confiara una verdad que solo entenderá cuando ya no haya vuelta atrás.
Nuestros dedos se rozan. Hay electricidad y también gravedad. Clara me sostiene la mirada, parece que siente que le entrego algo más que un anillo. Yo se la devuelvo, porque, aunque sé que no tengo derecho a hacerlo, aun así, lo hago. Clara extiende la mano, toma mi alianza, me mira y lo desliza en mi dedo con lentitud, sin apartar los ojos de los míos. Yo hago lo mismo con el suyo. No hay nada más. Solo nosotros con todo lo que no decimos.
El salón está completamente en silencio, siendo testigos únicos de un momento casi irrepetible, tan solo roto por el *flash* de los fotógrafos de prensa acreditados por nosotros, periodistas que sabemos que no meterán sus narices más allá del vestido de las invitadas. Todos se giran hacia el estrado.
La mujer se acerca de nuevo con la bandeja, sobre ella una tijera de color dorado. El lazo sigue atando simbólicamente los anillos que ya llevamos puestos. Entonces, aparece Halil. Feride lo acompaña, pero es él quien sostiene la barbilla alzada, desafiando al mundo con ese aire de importancia que se da desde que tengo uso de razón. Aún se notan las huellas de la paliza que recibió: un hematoma mal disimulado bajo el maquillaje y una rigidez forzada en la espalda. Su presencia no pasa desapercibida. Varias cabezas se giran y algunos incluso se atreven a susurrar.
Camina hacia el centro con paso decidido, ignorando lo sucedido. Pero antes de que pueda acercarse al estrado, Kaan se interpone. No hay violencia. Solo una tensión que se clava en el aire como una cuchilla. Mi hermano le sostiene la mirada y se inclina un poco hacia él con una sonrisa gélida.
—Esta noche no es para ti, Halil. Vete con disimulo, ya le diremos a mamá que te has puesto indispuesto.
Aprieta la mandíbula, pero no dice nada. Mi tía, más prudente, lo toma del brazo y lo obliga a dar un paso atrás. Kaan regresa al estrado sin mirar atrás, se adelanta, coge la tijera de la bandeja y toma el micrófono. Su voz es firme, y algo en ella me hace tragar saliva.

—Nuestra abuela cortó el lazo de nuestros padres. Hoy, como hermano, tengo el honor de hacerlo yo. Por ti, Emir, por ella y por lo que esto significa. Porque esto que construís es de verdad, por eso, nosotros lo defenderemos cueste lo que cueste.

Kaan alza la tijera y corta. El lazo cae al suelo como una rendición silenciosa o como el inicio de una guerra. La música estalla de nuevo con canciones turcas actuales, y la fiesta continúa con normalidad. Pero el aire entre Clara y yo ya no es el mismo. Es un pacto, una especie de tregua y la antesala de algo que ni siquiera nosotros entendemos del todo, pero que sentimos con cada latido.

Clara vuelve con los suyos. Su madre la observa intentando memorizar cada detalle de su rostro antes de marchase de nuevo y volver a verla a través de una pantalla. Jorge la hace reír. Marina la abraza una y otra vez. Sin embargo, en un momento dado, me doy cuenta de que Jorge observa a Kaan desde el otro lado del salón. Sus miradas se cruzan. Hay una chispa, una curiosidad mal disimulada, como si ambos se reconocieran en algún nivel instintivo. Jorge se acerca con una copa en la mano, sin dejar de sonreír. Kaan, que no entiende una palabra de español, arquea una ceja, divertido. Jorge le dice algo, probablemente alguna broma que solo los españoles entenderían. Kaan no capta las palabras, pero ríe igual, contagiado por la expresión. Clara los ve desde la distancia, luego me mira a mí con una ceja alzada y una sonrisa en los labios, y no puedo evitar pensar que ese cruce de miradas va a dar de qué hablar.

Desde la otra parte del jardín, la observo. La forma en que lanza la cabeza hacia atrás cuando se ríe, cómo se ajusta la falda del vestido con ese gesto instintivo que tiene más de elegancia que de pudor, la forma en la que se toca la clavícula con las yemas de los dedos, ese maldito gesto que me pone a cien, el modo en que baja la voz al hablar con su madre, contándole los típicos secretos en susurros entre madre e hija. Todo en ella me pertenece. Lo sé y lo siento con cada fibra de mi cuerpo, en cambio, hay una parte que siempre se me escapa, como la primera vez que la vi. Clara es un idioma que solo creo dominar, pero que cambia de acento justo cuando empiezo a entenderlo.

La fiesta continúa y camareros impecables surgen con bandejas repletas de dulces. Higos rellenos, pasteles de miel, frutas glaseadas, el aroma de la canela y el pistacho se mezcla con el de las flores frescas.
En ese instante, un hombre joven se acerca a Clara. Alto, atractivo, con la confianza de quien está acostumbrado a ser el centro de atención. Le dice algo. Ella sonríe, ladea la cabeza y responde. Me tenso al instante. Desde donde estoy, no escucho lo que dicen, pero veo demasiado. El modo en que ella inclina la cabeza. El destello en sus ojos. La sonrisa. Y, sobre todo, que no me ha visto mirándola.
Baran se me acerca por el lateral.
—¿Has visto los movimientos de madre?
—Sí, y pienso averiguar qué trama —replico cabreado. Baran asiente, comprendiendo que tengo todo controlado.
Así que no espero y actúo de inmediato. Me acerco a uno de mis hombres que siempre están cerca de mí.
—¿Quién es ese? —le espeto a uno de ellos, sin apartar la vista del desconocido.
—Está acreditado como periodista gráfico, invitado por su madre a través de una agencia independiente.
—Averigua su nombre en cinco minutos. Quiero saber también qué planea. Seguidla a ella y a Yağmur.
Camino hacia ellos sin prisa, pero con cada paso como una amenaza letal. El desconocido me ve venir y baja la mano que rozaba la espalda de Clara. Ella aún no me ha visto, pero él sí, y en sus ojos hay un brillo que no me gusta ni un pelo.
—Clara es mía —digo, en voz baja pero suficiente para que solo él escuche—. Si la tocas, estás muerto. No vuelvas a acercarte a mi mujer.
El hombre me sostiene la mirada y sonríe de ese modo que parece que ya esperara la amenaza y esto no fuera más que una escena ensayada. Pero yo me limito a mirarlo con desprecio. Su vida no vale ni una lira turca si se atreve a estar tan cerca de ella. Se despide con un gesto de la cabeza y se marcha.
Cuando me giro, mis hombres ya se han dispersado discretamente. Uno sigue a mi madre. Otro se acerca a Yağmur. Y el último

intercepta al periodista por otro flanco. Esta noche no se me escapa nada ni nadie.
Entonces, Clara se gira, me ve, y en sus ojos hay algo que no esperaba y que me es imposible ignorar: el miedo de quien acaba de descubrir que la guerra no es una amenaza, sino el presente, y que es más real que nunca.

41

Clara

La música y el lujo siguen envolviendo el jardín como una burbuja de otro mundo, pero en mi pecho todo se ha vuelto confuso, casi dolorosamente intenso. La alegría de ver a los míos está teñida de un nudo que no logro deshacer. Miro a mi madre, que me observa intentando memorizar cada gesto, cada línea de mi rostro. A Jorge, que se abalanza sobre mí con una sonrisa amplia y sincera, como si hiciera meses que no me viera. A Marina, que me estrecha en un abrazo prolongado, de esos que solo las mejores amigas saben dar. Ignacio, que me felicita con un cariñoso apretón de manos y su característico guiño. Sin embargo, hay algo roto dentro de mí que no puedo compartir.

El jardín parece una escena cuidadosamente estudiada: lámparas colgantes entre los árboles, velas encendidas en candelabros de cristal, camareros impecables que se deslizan entre los invitados. Pero entre las risas y los brindis, hay hombres vestidos de etiqueta que no beben, que no ríen y que no bailan. Camuflados entre el lujo, observan cada movimiento con la misma atención que se reserva a los enemigos. Sé que son de los suyos, y que Emir los ha desplegado por toda la fiesta, en los márgenes de la pista de baile, junto a las fuentes, incluso junto al grupo de música, que ahora interpreta una versión suave y elegante de un tema turco antiguo que no reconozco.

Observo el vestido de una mujer que pasa a mi lado: esmeraldas y diamantes cuelgan de su cuello, pero no puedo evitar fijarme en el oído, donde asoma un pequeño pinganillo. Otro guardaespaldas. Y yo, en medio de todo, fingiendo que este mundo me pertenece.

—Clara... —Marina comienza con suavidad, pero noto una duda en sus ojos que no consigue ocultar—. Estás preciosa, pero… ¿estás

bien? No sé cómo explicarlo, algo en ti parece distinto, como si estuvieras a miles de kilómetros de aquí, pese a que estés delante de nosotros.
Mi sonrisa se desvanece lentamente y asiento, reconociendo la verdad en sus palabras.
—Sí, y al mismo tiempo no. Es… complicado. —Intento ponerle palabras a esa sensación de estar atrapada entre dos realidades opuestas—. Me alegra muchísimo teneros conmigo, aunque también siento que os oculto tantas cosas que ni siquiera yo misma entiendo del todo.
Jorge se acerca un poco más, sus ojos fijos en los míos buscan una verdad que me esfuerzo en ocultar.
—Clara, mírame. —Su voz es firme, protectora—. Olvida todo esto por un momento. Olvida dónde estamos, el lujo, la música, el ambiente. ¿Estás enamorada de él?
La pregunta me atraviesa, limpia y directa, arrancándome cualquier defensa. Marina aguanta la respiración, expectante.
—No lo sé, Jorge. A veces, pienso que sí, que estoy perdida, que ya no hay vuelta atrás. Y otras…, me pregunto si esto es realmente amor, o solo estoy enganchada a la adrenalina, al peligro, a él. —Mis ojos vuelven hacia Emir, que conversa con alguien, pero sé que está pendiente de mí—. Me pregunto constantemente si es posible amar y tener miedo a la vez.
—El amor puede dar miedo —dice Marina, suavemente—. Pero no debería doler. ¿Duele, Clara?
—No como pensáis, o no físicamente, en cambio, lo hace de otra forma. Duele por dentro, en lugares donde nadie más puede verlo. —Mi voz se interrumpe ligeramente y me obligo a contener las lágrimas—. Y cuando me mira, algo en mí quiere correr hacia él, y otra parte salir huyendo, y no sé cuál de las dos me da más miedo.
A lo lejos, siento su mirada en mi espalda. No tengo que girarme para confirmarlo. Es como un pulso eléctrico recorriéndome la piel. Y con él, viene el recuerdo del periodista, el roce de su voz contra mi oído, el papel que me deslizó en la mano como si fuera una simple nota. Un papel que guardo ahora en el interior del vestido, justo sobre el corazón.

—No puedo contarlo —susurro—. Pero, esta noche, ha cambiado algo, y ni siquiera sé el qué.
Jorge me acaricia el brazo.
—Entonces, sea lo que sea, enfréntate a ello, pero hazlo sabiendo lo que arriesgas.
Asiento. Y cuando vuelvo a mirar a Emir, mis ojos ya no brillan con incertidumbre, sino con decisión.
La fiesta continúa, aunque, entre los acordes de la música y el vaivén de los invitados, algo se ha desajustado y ha empezado a crujir por dentro. Y yo… lo escucho con toda claridad.
—Estás haciendo un trabajo excepcional, Clara —me halaga Ignacio —. Solo espero que, aunque te cases con el señor Demirhan, no te perdamos como empleada.
—No te preocupes, Ignacio. Lo último que deseo es perder mi trabajo —intento tranquilizarlo, o a mí, no lo sé muy bien, porque la verdad es que mi futuro es tan incierto como esta boda.
Me obligo a respirar profundamente, intentando aparentar normalidad mientras la mirada de Emir aún me quema la espalda, y aunque trato de no volverme, siento su presencia. Él intuye que ocurrió algo con ese periodista. Y esa certeza me hace sentir expuesta. Mi madre toma mi mano y la aprieta suavemente, interrumpiendo mis pensamientos.
—Cariño, parece que estás en otro mundo —dice con voz dulce, llena de preocupación—. ¿Estás segura de que todo va bien aquí?
Miro sus ojos brillantes, que me conocen desde siempre, que han visto cada tropiezo y cada triunfo, y siento cómo esta mentira se me atasca en la garganta.
—Estoy bien, mamá. Solo algo abrumada por todo esto —le digo, esforzándome en sonreír—. No estoy acostumbrada a ser el centro de atención.
Jorge resopla divertido, tratando de aligerar el ambiente, aunque la tensión persiste en el fondo de su mirada. Es un salvavidas que me tira para que me aferre a él antes de que me descontrole del todo, y se lo agradezco en el alma.
—Pues yo podría acostumbrarme rápido, ya te digo —comenta mientras observa a su alrededor, admirando el lujo como un niño en

un parque de atracciones—. Aunque creo que me acostumbraría aún más rápido a tener guardaespaldas tan cañones como esos. Me sentiría como una celebridad.
—Pues yo prefiero nuestra tranquila vida en Madrid —responde Marina, mirando a Baran de reojo mientras habla—. Toda esta opulencia tiene un precio que no sé si me gustaría pagar.
Sus palabras resuenan dentro de mí con demasiada fuerza, porque yo sí estoy pagando ese precio, y comienzo a preguntarme cuánto más estaré dispuesta a pagar. Y justo en ese instante, como si mis pensamientos lo hubieran llamado, Emir comienza a acercarse hacia nosotros. Su mirada es firme, segura y decidida. Su rostro, una máscara impenetrable. Sé que viene hacia mí y que debo enfrentarme a lo que venga a continuación, sabiendo exactamente lo que está en juego.
—Disculpadme un segundo —les digo a mis amigos, preparándome internamente para lo que sea que Emir vaya a decirme, para lo que sea que esté a punto de ocurrir.
El recuerdo vuelve con claridad punzante. El periodista acercándose a mí con lentitud con su rostro sereno, casi impasible. Las palabras que me susurró con voz tan tranquila pero que al mismo tiempo parecieron como cuchillas: «No te fíes de lo que parece protección, a veces es una jaula».
Luego, en un gesto fluido y disimulado, aprovechando un apretón de manos aparentemente casual, deslizó un pequeño papel entre mis dedos.
El corazón me late con tanta fuerza que parece querer salir de mi pecho. ¿Quién es realmente ese hombre? ¿Por qué ha arriesgado tanto acercándose a mí aquí, en mitad de todos? Emir lo vio, supe desde el mismo instante en que sentí su mirada clavada en mí que esto no pasaría inadvertido. Y además se acercó a nosotros y, aunque no me dijo nada, sé que le susurró algo a él de manera disimulada y que me miró con esa expresión oscura que parece decirme que lo he traicionado.
Intento aparentar calma, y me excuso discretamente con Emir después de presentarme a un par de socios empresariales. Me pregunto de qué tipo son. ¿Los que ayudan a introducir las armas en

el país, o quizá es algo peor? Finjo que necesito retocarme o tomar un momento para mí. Me alejo lentamente del grupo hasta alcanzar uno de los baños habilitados para las invitadas. Con dedos temblorosos, saco el papel con cuidado, mirando a todos lados como si estuviera robando el banco de España. Mis ojos recorren rápidamente las palabras escritas en él:
«Si quieres saber la verdad sobre Emir Demirhan, abre el cajón inferior derecho de su despacho. Pero hazlo antes de que sea tarde».
La sangre se me hiela. Una mezcla de miedo y determinación recorre cada fibra de mi cuerpo. Ahora sí que no hay marcha atrás, debo tomar una decisión lo más rápido posible.
Memorizo el contenido del papel con rapidez, notando cómo el corazón vuelve a acelerarse, desbocado en una mezcla de ansiedad y determinación, lo parto en trocitos pequeños, y lo tiro con disimulo a la papelera. Vuelvo lentamente a la fiesta, fingiendo tranquilidad. A medio camino, veo que la madre de Emir sale de un despacho con sigilo y vuelve a la fiesta. Cuando paso por la puerta, no puedo remediar el curiosear dentro. Azad y Kemal hablan en susurros sobre algo que no logro escuchar, pero lo que sí reconozco a la perfección son los planos sobre la mesa con lo que parecen rutas marcadas. Kemal también está metido en el ajo. No sé ni por qué me sorprendo. Y ahora entiendo los negocios que tienen juntos y la obsesión de la madre para que su hijo se case con Yağmur. Unos segundos después, la mirada de Kemal se cruza con la mía. En la suya hay una mezcla de furia y odio que no entiendo. ¿Tanto importa que Emir no se case con su hija? Me separo con rapidez y vuelvo a la fiesta con el corazón acelerado. En esta fiesta de compromiso, lo importante no es el amor, sino todo lo que se cuece a la vez. Y eso ya es demasiado para mí. Necesito una copa con urgencia. O una tras otra, tampoco importa demasiado.
Salgo de nuevo. Mis ojos buscan a Emir, y no tardo en encontrarlo. Su rostro está casi inexpresivo, pero su mirada no podría ser más elocuente. Me observa con atención, con un silencio cargado de significado, leyendo cada uno de mis secretos.

Mantengo la compostura mientras avanzo entre los invitados. Mi cabeza gira con demasiadas preguntas y muchas más sospechas. Recuerdo fragmentos de conversaciones escuchadas por accidente, detalles que en su momento parecieron inconexos, pero que ahora adquieren una dimensión aterradora. Kaan y Baran discutiendo discretamente en el despacho, las palabras susurradas, el leve tono de alarma en sus voces. Armas, rutas clandestinas, negocios ocultos tras la fachada impecable de esta familia.

Mis ojos vuelven hacia Emir. Él es el centro de todo esto. Él, a quien he entregado mi confianza, quizá mi corazón. Y ahora ya no sé quién es realmente. ¿Protector, o carcelero? ¿Salvador, o verdugo?

Me siento atrapada en una tela de araña invisible. ¿Cómo podría haber sido tan ingenua, tan ciega, ante las señales? Intento pensar con claridad, pero todo se mezcla: el miedo, la curiosidad, el deseo de creer en Emir a pesar de todo. La pasión desbordante cuando estoy con él, la sensación de seguridad, de protección, que me alberga cuando estoy a su lado y la falsa creencia que me ha inculcado de que en realidad yo tengo el poder. Siento la necesidad de ir a su despacho ahora mismo, descubrir qué esconde en ese cajón y confrontar la verdad, por dolorosa que sea.

Miro a mi alrededor. La fiesta continúa, brillante e indiferente a mi lucha interna. Debo mantener la calma, fingir que todo sigue igual. Al menos, por ahora. Pero, dentro de mí, la decisión ya está tomada. Esta noche descubriré la verdad. Sea cual sea el precio. De momento, vuelvo con mis amigos y charlo durante un rato con ellos sobre cosas sin importancia, aunque mi mente está en otro lado, en un cajón repleto de secretos.

—¿Interrumpo algo? —pregunta una voz grave a mi espalda.

Me sobresalto ligeramente y me giro. Emir está ahí, impecable, con esa expresión suya que mezcla dominio absoluto y una pizca de ironía. A su lado, mis amigos se giran al unísono, algo tensos.

—Solo quería comprobar cómo están —añade—. Invitamos también a Nuria, pero, al parecer, tuvo un problemilla en el trabajo. ¿Alguien tiene ganas de conocer el Estambul real esta noche?

—Lo sé, me lo ha comentado Ignacio hace un momento. —Traduzco de inmediato. Mi voz suena algo más firme de lo que esperaba—.

Dice que, si os apetece salir más tarde a un sitio auténtico, fuera de todo este protocolo absurdo —añado lo último, total, Emir no se entera de nada.
Jorge sonríe con entusiasmo y responde en español mientras me mira:
—Dile que, si hay música, nos apuntamos, pero nada de reguetón turco.
Emir alza una ceja con curiosidad. Le traduzco, omitiendo lo del reguetón, y una idea se me cruza por la cabeza, aunque la descarto de inmediato. «Sería una gilipollez, ¿no?».
—Dice que están encantados. Y que esperan que la música sea buena.
Él asiente, sin dejar de mirar a Jorge. Luego, se gira hacia Marina y le ofrece una breve inclinación.
—La estratega, ¿verdad? —dice, y su tono es más respetuoso que burlón.
—Eso parece —respondo yo, con una sonrisa algo tensa—. Marina siempre tiene un plan B. Y uno C, por si acaso.
—Bien —dice Emir—. Me gusta tener aliados inteligentes cerca. —Me vuelve a mirar, más serio—. ¿Nos vamos?
Asiento lentamente, aunque por dentro sigo dividida.
—Por supuesto —respondo—. No todos los días celebro mi compromiso en Estambul.
Pero mientras sonrío, no puedo dejar de pensar en el cajón de su despacho. Y en lo que pueda esconderse allí. La fiesta concluye con un posado para la prensa. Emir y yo nos colocamos frente a los *flashes*, rodeados por un enjambre de cámaras que chispean sin descanso. Sonrío como una actriz mientras él rodea mi cintura con naturalidad. Fingimos perfección. Somos la imagen del compromiso.
Poco después, los invitados comienzan a dispersarse. Nos retiramos a cambiarnos de ropa. Sustituyo el vestido de gala por uno más informal, corto, que me llega a medio muslo, anudado al cuello, con un escote sugerente y la espalda al descubierto, que abraza mi cuerpo como una segunda piel. Emir reaparece con una camisa oscura abierta al cuello y americana negra. Reconozco que está

imponente. Mi madre se marcha al hotel donde se quedará junto a mis amigos durante su estancia aquí.
Nos esperan en la entrada varios coches de la familia, con guardaespaldas apostados a cada lado. Selin, Kaan, Baran y Ali ya están listos. Los hermanos intercambian bromas; Baran lanza un comentario sobre que esperaba que acabáramos en un *after* más salvaje. Selin rueda los ojos, mientras que Ali mantiene el gesto serio.
El destino es Altın Kule, un local de moda en el corazón de Estambul. Una discoteca con música en directo, cócteles servidos en bandejas de cobre y una terraza con vistas privilegiadas al Cuerno de Oro. El lugar, por supuesto, pertenece a la familia Demirhan.
La noche apenas comienza. Pero bajo el barniz del lujo y el ruido, las sombras crecen en lo más profundo de mi pecho.
El ambiente es festivo, pero yo no consigo relajarme. Algo en mi interior sigue alerta. En un momento dado, después de tomar un par de copas, el gerente del local se acerca a Emir con expresión preocupada. Habla en voz baja, señala hacia el pasillo que conduce a la zona privada, y Emir asiente. Luego se vuelve hacia Baran, intercambian una mirada rápida y ambos se alejan sin hacer ruido.
Los sigo con la mirada, algo no cuadra y me disculpo con mis amigos, alegando que necesito ir al baño. Camino hacia la zona donde los he visto desaparecer y me deslizo entre cortinas y columnas de mármol hasta llegar a un pasillo que está en silencio. Me detengo antes de girar la esquina.
—¿En serio, Emir? ¿Empezó a traducir mi corazón? ¿Desde cuándo te pones cursi? —escucho cómo se burla Baran de su hermano.
—¿Se te ocurría algo mejor, lumbreras? —responde Emir, seco—. Te recuerdo que te pedí que lo escribieras tú, y te negaste.
—Porque un discurso de compromiso no es un informe de logística, hermano. Va de amor, no de alianzas estratégicas.
—¿Amor? —Emir resopla—. Esto es un acuerdo, un pacto que he hecho con ella. El resto son fuegos artificiales.
—Ya…, y por eso no podías dejar de mirarla en toda la noche, ¿no?
El silencio de Emir lo dice todo. Y, en ese todo, hay una verdad que me atraviesa el pecho como un dardo: no hay amor. No como yo lo

estaba empezando a sentir. Me doy la vuelta de golpe, como si al alejarme pudiera salvar algo de dignidad, pero cada paso de regreso a la zona vip duele. Llevo su anillo en el dedo y, sin embargo, siento que me lo ha arrancado del alma.
¿Lo que creí que empezábamos a construir también ha formado parte de esta pantomima todo este tiempo?

42

Emir

Me quito la chaqueta al cruzar el umbral del despacho, la lanzo sobre el respaldo de un sillón y suelto un suspiro. Baran entra tras de mí, sin prisa, con esa sonrisa de quien sabe más de lo que dice y disfruta cada segundo de la provocación.

—¿Qué ha pasado exactamente? —pregunto antes de que suelte su broma habitual.

Baran se apoya en el marco de la puerta, sin llegar a cerrarla del todo, la espalda en ella, cruzado de brazos.

—El gerente dice que han recibido un chivatazo. Al parecer, Duval está planeando una redada esta misma noche. Y no a este club exactamente, sino a la sala trasera. Ya sabes, el reservado para clientes especiales.

Maldigo entre dientes. Ese espacio es discreto, exclusivo y extremadamente rentable. También, potencialmente problemático. En ese sótano no solo se juega con el poder: se trafica con él. Lo llaman *Nights of silence*, pero en realidad es un mercado negro envuelto en seda. Políticos, jueces y millonarios cruzan las puertas buscando mucho más que placer: buscan impunidad. Contratos de sumisión redactados por abogados corruptos. Hombres y mujeres que utilizamos para que nuestros clientes especiales den rienda suelta a sus instintos más bajos, pagando grandes sumas de dinero por ello y que, por supuesto, nosotros utilizamos con cámaras ocultas que graban las sesiones más sórdidas para chantajear después. Y al fondo, las habitaciones insonorizadas donde se pactan silencios a cambio de favores fiscales, votos comprados o rutas seguras para mercancías que no deberían cruzar fronteras. Todo bajo la apariencia de un club BDSM exclusivo. Todo disfrazado de juego... hasta que alguien decide mirar demasiado de cerca.

—¿Quién coño ha filtrado la ubicación?

—Eso está por ver. Pero si Duval se mueve, lo hará con todo el peso de la Interpol. Hay que vaciar ese lugar antes de que huela a algo más que a perfume caro.

—¿En cuánto tiempo?

—Nos ha dicho que esta misma noche es probable que intenten alguna inspección preliminar. Nada oficial, algo encubierto, para tantear el terreno. Así que creo que infiltrarán a alguien.
Asiento con rabia e intento pensar con rapidez.
—Bien. Vamos a cerrar esa zona por mantenimiento. Que todos los empleados firmen un acuerdo de confidencialidad adicional esta noche. Y cambiaremos los accesos: que parezca que nunca ha existido. Tira del protocolo habitual. —Baran me mira con una ceja levantada, pero asiente—. Perfecto. Un brindis por nuestro compromiso... y por la mierda que no deja de caer.
Me sirvo dos dedos de *whisky* y los observo bailar a través una de las grandes cristaleras que hay en mi despacho y desde la que se ve la pista de baile donde se encuentra Clara con sus amigos. La busco entre la gente, pero no la veo. Esto no es lo que necesito hoy. Baran se ríe bajo, luego cambia el tono.
—Y hablando de compromiso... ¿En serio, Emir? ¿*Empezó a traducir mi corazón*? ¿Desde cuándo te pones cursi?
—¿Se te ocurre algo mejor, lumbreras? —respondo, seco—. Te recuerdo que te pedí que lo escribieras tú, y te negaste.
—Porque un discurso de compromiso no es un informe de logística, hermano. Va de amor, no de alianzas estratégicas.
—¿Amor? —resoplo—. Esto es un acuerdo, un pacto que he hecho con ella. El resto son fuegos artificiales.
—Ya…, y por eso no podías dejar de mirarla en toda la noche, ¿no?
Baran se deja caer en el sofá con esa forma suya despreocupada y me lanza una mirada de complicidad que me crispa.
—Te tembló la voz, ¿lo sabías? Lo vio todo el mundo, incluso Selin me lo comentó entre risas.
Antes de que pueda replicar, el móvil vibra sobre la mesa. Baran lo coge primero, lee el mensaje y me lo muestra en silencio. La pantalla ilumina algo peor que la redada: la confirmación de que nuestra madre ha estado moviendo hilos con el padre de Yağmur para cerrar un acuerdo político a nuestras espaldas. Un favor que, cómo no, incluye mi boda con la niña mimada de Ankara.
—¿Vas a hacer algo al respecto? —pregunta Baran, serio por primera vez.
Me termino el *whisky* de un trago. La respuesta arde en mi garganta.
—Sí, aunque a mi manera.
Y lo peor es que empiezo a dudar de si el fuego que siento dentro es por la traición…, o por otra cosa que no quiero admitir. La puerta sigue entornada, la música llega amortiguada y el despacho se me hace asfixiante, más pequeño. Me apoyo en el escritorio con la copa aún en la mano y cierro los ojos por un segundo.
No debería afectarme nada de esto, ni la redada, ni mi madre, ni mucho menos la traductora. Pero Clara se me ha metido en la piel, y por más que lo intente, el acuerdo ya no basta para contener lo que siento.

La imagen de su espalda alejándose por la sala de fiestas me asalta sin permiso. La forma en que sujetaba la copa, cómo evitaba mi mirada, cómo sonreía para los demás menos para mí. Ese vestido que parecía diseñado para mi tortura, ese anillo en su dedo, como una ironía cruel.
Me arde el pecho y la copa me sabe a hierro. Me la termino sin saborearla. La música sigue sonando, pero es lejana, ajena, como si ya no perteneciera allí y nada de esto fuera mío.
—Esto no iba a ser así —murmuro.
Baran alza una ceja desde el sofá.
—¿Qué?
—Nada —respondo, negando con la cabeza—. Nada importante.
Pero lo es. Lo es todo. Y lo peor es que no sé si me enfurece por dentro porque me han traicionado… o porque yo también la estoy traicionando. Aunque nunca le prometí amor, algo en mí empieza a querer ofrecerle el mundo a sus pies sin condiciones. Y eso… eso es imperdonable.
Salimos del despacho sin más palabras. No hacen falta. Baran me lanza una mirada fugaz, casi un gesto de advertencia. La sala principal del club vuelve a engullirnos con su luz cálida y su música envolvente. Desde la pasarela que conecta el despacho con el salón, la busco. Mis ojos la encuentran antes que el pensamiento. Ríe con sus amigos, como si nada de lo que ocurre le afectara, pero la conozco, y esa risa no es sincera. No hay luz en su mirada. Y, sin embargo, está preciosa, irreal, casi un espejismo que me vuelve loco. Cruzo la sala con paso firme. Todos se apartan sin que yo diga una sola palabra. No soy uno más. Soy el dueño del lugar, de la noche…, y quiero que lo recuerde. Que lo sienta. Me planto a su espalda. Su piel se tensa antes de girarse.
—Emir —dice, sin alzar la voz, casi en un susurro.
—¿Bailas? —pregunto, sin darle opción.
No espera mi mano ni mi aliento cerca del cuello, sin embargo, cuando le rodeo la cintura, no se aparta. Ella no es de las que huyen, es de las que se enfrentan.
—Esta noche estás muy hermosa —susurro, rozando con los labios su oído—. Y juro que no hay castigo que me duela más que no poder tocarte.
Gira el rostro lo justo para que sus ojos se claven en los míos. Hay fuego y rabia, pero también un deseo feroz.
—Entonces, deja de hacer méritos para alargarlo —responde, con una sonrisa tan dulce como venenosa.
La atraigo más, hasta que sus pechos rozan mi torso. La música nos envuelve. El mundo desaparece. Mis dedos bajan por su espalda desnuda hasta rozar el final del vestido.
—¿Sabes cuál es el problema de llevar ese anillo? —le digo al oído—. Que todos aquí piensan que ya eres mía, en cambio, solo tú y yo sabemos lo mucho que te haces desear… y lo cerca que estoy de perder el control.
Ella aprieta los labios, intenta aparentar una calma que ahora mismo no siente ni por asomo, porque sus pupilas se han dilatado. Se estremece al sentir mi aliento

en su piel.
—Tal vez deberías aprender a merecer ese control que tanto te gusta ejercer sobre mí —susurra.
Sonrío. El mundo arde por lo mucho que me obsesiona este juego con ella.
—No me provoques, Clara. Podría hacer que te corras en mitad de esta discoteca… sin quitarte la ropa. Solo con mi voz… y un dedo. —Ella se muerde el labio, la música acelera el ritmo tanto como su respiración—. Prepárate, traductora —respondo, con los labios rozando su mejilla—. Porque esta noche… la batalla será mía.
Acaricio de nuevo la piel de su espalda desnuda justo hasta llegar al límite de lo prohibido, rodeo con más fuerza su cintura y la atraigo hasta mí de tal modo que apenas queda separación entre nosotros.
—Te lo pondré difícil —susurra.
—Mejor. Me encantan los desafíos…, y tú eres el más adictivo de todos.
Ella se gira despacio, y el mundo entero se reduce a este instante. No se aleja, tan solo me lanza una última mirada, Y con eso ya estoy perdido. Se ríe despacio, como si tuviera todas las respuestas y yo solo las preguntas equivocadas. Sus dedos suben por mi pecho, pero no acarician: examinan. Me analizan, desmontándome sin esfuerzo.
—¿Y qué te hace pensar que lo permitiría? —susurra, rozándome la mandíbula con las uñas—. ¿Que solo porque puedas… vas a tener derecho? Recuerda tu castigo, *bey*.
—Créeme, lo recuerdo a la perfección, y no me hables de derecho —gruño—. Te deseo y te reclamo. No es lo mismo.
—Exacto —dice, alzando una ceja—. No lo es.
Sus dedos se detienen justo en la base de mi cuello, y al mirarme, me corta el aliento con una sola palabra.
—Esto —continúa— no es un castigo, es una prueba, porque si no puedes sobrevivir sin tenerme…, no me mereces cuando lo hagas, y porque si no sabes confiar en alguien, no puedes pretender que esa persona te dé su plena confianza.
Me quedo en silencio, no tengo respuesta, ya que ninguna le haría justicia.
—¿Y si me estás exigiendo lo imposible?
—Entonces, empieza a entrenarte —responde, pegando sus labios a mi oído sin llegar a besarme—. Porque el premio no es mi cuerpo, Emir… Es que yo te deje entrar en él, y eso significa entregarte mi plena confianza.
En ese momento, se aleja sin mirar atrás, sabiendo que cada paso que da es una declaración de poder.
Vuelvo al despacho con el pulso a mil. No por la amenaza, ni siquiera por la presión de tener que desmontar todo el sótano en menos de tres horas. No. Lo que me envenena la sangre es ella. Ese vestido, su risa fingida, esa manera de rozarse contra mí como si no fuera nada… y, al mismo tiempo, fuera todo. Estoy a un centímetro de romper la promesa, de olvidarme del castigo, del acuerdo, del

puto mundo, y hacerla mía una y otra vez hasta que salga de cada poro de mi piel, y, aun así, volver a repetirlo mil veces más.
Pero todavía no puedo.
—¿Habéis hecho ya lo que os he pedido? Necesito que esté terminado antes de las dos de la madrugada —le ordeno al gerente, sin sentarme—. Como os dije, que parezca un cierre programado. Usa la excusa del mantenimiento o de la reforma. Lo que sea.
El hombre asiente con una palidez inusual en su rostro. Me ha visto cabreado en muchas ocasiones, en cambio, jamás he alzado la voz ni he perdido la compostura.
—¿Y qué hacemos con los clientes vip que ya están abajo?
—Se les devuelve el dinero o se les regala otra noche, pero los quiero fuera de aquí en un máximo de una hora. Esta noche…, ese lugar desaparece. Si tenemos a los de la Interpol pisándonos el culo, no podemos arriesgarnos.
—¿Algo más?
—Sí —respondo, apoyando las manos en la mesa—. Quiero una sesión privada con una pareja real que no actúe, una doma auténtica. Sumisión de la buena, sin postureo y sin guion —exijo. El gerente se queda en silencio a la espera de mis órdenes—. Explícito —añado, en voz más baja, más peligrosa—. Pero elegante, que Clara no pueda mirar otra cosa… ni olvidar lo que ha visto.
El gerente traga saliva.
—¿Participará… alguien más? —pregunta, dubitativo. No es la primera vez que le pido que monte una escenita de esta para otra mujer. Casi siempre participaban dependiendo de mis intereses, y han sido domas de lo más crueles. Las grababa y luego tenía material suficiente para chantajearlas a mi antojo.
—Ni de coña, ¿te has vuelto loco? —respondo—. Solo observará.
Todo sigue exactamente igual cuando vuelvo con mis invitados. Clara sigue allí, rodeada de gente, pero ajena a todos. Camino hacia ella con paso firme. No sé si es el deseo, pero el mundo se reduce a sus curvas, a sus caderas, a su cuello expuesto, a su manera tan sensual de moverse que me hace perder la puta cordura. La cojo de una mano, la atraigo hacia mí, y comienzo a movernos por la pista de nuevo.
—Se supone que somos una pareja recién comprometida, esta es nuestra noche de celebración de la felicidad —le suelto sin más, parece que busco una excusa desesperada para estar con ella, pero lo que piense me da exactamente igual.
Clara ni se inmuta. Solo gira, me mira como si no me debiera nada… y, sin embargo, me lo concediera todo. La tomo por la cintura. Su cuerpo encaja con el mío como una maldita droga. La música cambia: el ritmo se vuelve más lento, más grave, más obsceno. Con *Karanlık Derin* sientes cómo el mundo se oscurece y solo quedara nuestra respiración alterada y nuestros roces. Clara no baila, se desliza.
Empieza a mover las caderas con una cadencia que me arranca el aire de los pulmones. Su trasero choca con mi pelvis. Una vez. Dos. Cada golpe es una

provocación directa a mi erección, que lleva horas al borde del colapso. Pero, esta vez..., ella lo sabe.
—Estás nervioso —dice, sin mirarme.
—Estás jugando con fuego —respondo, apoyando las manos en sus caderas—. Y ni siquiera te has molestado en fingir inocencia.
—¿Inocente? —ríe mientras se frota aún más contra mí—. Esa palabra dejó de pertenecerme hace tiempo.
Baja, se arquea, sube por mi cuerpo con una lentitud pornográfica. Mis manos la siguen, le aprietan los muslos con fuerza medida. Podría tenerla allí mismo, contra esa pared, sobre esta pista, aunque me contengo con una fuerza de voluntad que no sé aún de dónde saco.
—Tengo algo para ti —le susurro, con la boca rozando su cuello.
—¿Otra joya?
—Un regalo exclusivo —murmuro, y la giro hacia mí con una mano firme—. Solo para ti, una experiencia que nadie más verá ni tocará.
Sus ojos se clavan en los míos.
—¿Y qué tengo que hacer?
—Bajar conmigo a un lugar exclusivo —respondo—. Y mirar, solo eso.
—¿Y si no me gusta lo que veo?
—No es una elección —digo, bajando el tono—. Es una invitación a mi mundo. Tal y como es. Si aceptas…, ya no habrá vuelta atrás. Pero quiero mostrarte quién soy realmente.
Nos despedimos de sus amigos sin demasiadas palabras. Ella no pregunta adónde vamos. Solo me sigue con paso firme y con ese mentón en alto que desafía al mundo, pero que conmigo… ni titubea. Atravesamos una puerta lateral discreta de las que no existen para nadie salvo para mí y mis hermanos. Mi mano se cierra sobre su cintura. No la guío, sino que la reclamo.
—No te asustes —le susurro, justo al borde de su oreja—. O hazlo, si eso te excita.
Clara no responde, tan solo se limita a apretar los labios. Sabe que esto no es un juego y que esta vez, quizá, no tiene el control. El ascensor privado se abre con un leve pitido. Bajamos en silencio, salvo por el leve zumbido del sistema hidráulico y el sonido húmedo de nuestra respiración debido a la anticipación.
Cuando salimos, Clara se tensa. En cambio, yo sonrío como un niño en una tienda de chucherías.
—Bienvenida —susurro—. A lo que hay debajo del lujo más exclusivo.
Las luces son tenues, suaves, diseñadas para no para deslumbrar. En el centro de la sala, delimitada por biombos dorados y cortinas de terciopelo negro, una mujer cuelga de un columpio erótico. No hay vulgaridad en la escena, ni tampoco temor, tan solo entrega. Solo cuerpo. Nos adentramos en la sala despacio.
—Obsérvala bien —le susurro a Clara, sin mirarla—. No está atrapada…, está rendida. Y, aun así, es ella quien tiene todo el poder.
Clara no dice nada. Pero traga saliva.

La mujer está suspendida con las piernas abiertas y las muñecas sujetas sobre su cabeza. Lleva un antifaz de seda que le cubre los ojos y un *gag ball* rojo que le estira los labios hasta el límite. En sus pechos, unas pinzas unidas por una cadena tintinean al menor movimiento.

—No ve, no habla, en cambio, lo siente todo —continúo, sin apartar la voz de su oído—. Cada sonido, cada vibración, cada pausa. Todo eso... le pertenece. Y también la desarma. Al privarla del habla, ella no puede decir su palabra de seguridad, pero entre ellos han llegado a un nivel de confianza que su pareja, su dominante, sabe exactamente hasta dónde llevarla, sabe a la perfección sus límites, y los respeta.

El hombre no la toca aún. Solo camina a su alrededor como si su cuerpo fuera un mapa antiguo que ya conoce, pero que necesita redescubrir. El aire vibra con cada paso. El silencio lo llena todo, salvo el sonido rítmico de la respiración de ella. Se agacha, revisa el ajuste de los arneses. En su mano, un pequeño mando. Con un clic, el *plug* anal que lleva la mujer se activa. No hay espasmos, solo un estremecimiento tan profundo que la atraviesa como un rayo de placer. Clara está quieta a mi lado, pero su pecho sube y baja como si también estuviera atada. Giro mi rostro hasta mirarla a ella, la escena es lo que menos me importa ahora mismo.

—¿Ves eso? —le murmuro—. No es dolor, sino rendición. —Él se agacha frente a ella y con las dos manos le separa los muslos. La lengua aparece lamiendo de abajo hacia arriba con devoción. Se toma su tiempo. No busca excitar. Busca enloquecerla de placer—. Y, aun así —añado, con la voz como terciopelo abrasador —, todo el poder lo tiene ella, porque podría parar esto en cualquier momento. Porque él no tiene el control…, se lo presta ella, igual que tú conmigo cada vez que me desafías.

El hombre saca un *flogger* de tiras finas. Lo hace danzar en el aire como una extensión de su voluntad. La acaricia con él en la parte interna de los muslos, luego en el vientre, y después sobre los senos. Las pinzas se mueven, la cadena vibra. El gemido de la sumisa lo llena todo. No es un sonido dulce, es crudo. Un rugido ahogado. El tipo de sonido que nace entre las piernas y muere entre los dientes. Otro clic. La vibración del *plug* se intensifica. La mujer lanza un gemido sordo a través de la bola, pero él no se detiene. Coloca un pequeño succionador sobre su clítoris, lo fija con una tira de silicona negra, y lo activa. Su cuerpo se arquea como si la atravesaran mil voltios de placer a la vez.

Clara se estremece a mi lado.

—Le está recordando que el placer no siempre es caricia —susurro—. A veces también es latido. También es castigo, pero para buscar el placer.

Otra caricia. Otro golpe. Esta vez más firme. Luego le roza los labios del sexo con la palma y la nalguea con la otra mano. Un sonido rotundo, húmedo, perfecto. Clara respira hondo. No me responde. No puede. Está viéndolo todo, sí, pero ya

no está viéndolos a ellos. Se está imaginando a sí misma, colgada, abierta, perdida… Entregada. Y yo lo sé. Lo siento en su temblor.
—Y te prometería algo más —añado, ahora con la voz más ronca—. Que no te tocaría hasta que tú me lo pidieras con los ojos. Porque tu rendición… no se exige. Se merece.
La mujer empieza a correrse. No grita ni finge. Su orgasmo es tan real que retumba en los cristales. Su cuerpo vibra, su piel brilla, las cadenas del columpio, y ella se deshace mientras el dominante la observa, agachado, en silencio.
—El olor del sexo —digo al oído de Clara— está en el aire. ¿Lo hueles? Es deseo sin filtro, rendición abierta, y me estás haciendo pasar por esto sin poder tocarte.
El dominante se quita los pantalones despacio como quien desenvaina un arma. Su erección no es apresurada. Es estable. Poderosa. Y totalmente preparada.
La penetra desde atrás de pie. La toma por las caderas y empuja con fuerza. Ella grita, se arquea. El sonido de su carne al chocar lo llena todo. Él la mantiene abierta, firme, sujetándola por la garganta y por la base de la espalda mientras embiste con ritmo lento, profundo y desgarrador. Una puta obra de arte.
—No la folla —le digo a Clara—. La construye. La eleva. La destroza. Todo a la vez. La saca. La gira.
Ahora, está frente a él, las piernas le tiemblan. La alza con los brazos y la vuelve a penetrar, esta vez de cara. La empala en su polla mientras devora su boca tras arrancar el *gag ball* y liberarla. Ella gime en su lengua, en su pecho, en su oído. Llora. Suplica. Se rompe con cada embestida. Tiene las piernas enroscadas alrededor de su cintura. Su cuerpo colgando. Él bombea más rápido. La cadena de las pinzas vibra con cada sacudida. Ella se corre. Fuerte. Entera. Con el alma. Con el grito de quien se vacía. Y, aun así, él aguanta.
La deja en el suelo, arrodillada. Le acaricia el cabello, la boca, los pezones tensos. Le susurra algo. Ella asiente. Y, entonces, él se masturba frente a la mujer, con la mano mojada de su humedad y los ojos fijos en los de ella. Se corre sobre su pecho de manera lenta, con un gemido que parece más una plegaria. La recoge. La limpia. La cubre. La besa como si la hubiera salvado.
Yo no me he movido, pero estoy a punto de estallar. Clara tiene los ojos clavados en la escena. Las piernas cruzadas pese a que está de pie. Los labios abiertos. El pulso en la garganta. Y yo... Yo ya no soy de piedra. Me inclino y le digo, con la voz completamente rota:
—Daría lo que fuera por tenerte así. Por verte rendida, sin miedo. Por oír tu nombre volviéndose gemido entre mis manos. Y, aún más…, por saber que cuando te corras… será solo conmigo.
La dejo caminar delante un momento solo para mirarla de espaldas. Para recordarme que sigue aquí, que no ha salido corriendo y que, por algún motivo que ni yo entiendo del todo, me está dejando arrastrarla más allá de la fachada.
Cuando entro tras ella en otra sala privada, cierro la puerta con llave. No por seguridad, sino por intimidad. No hay música, ni tan siquiera roces, solo el aire cargado de historia y deseo, la tensión que ya no se disimula.

Clara se detiene. Yo no digo nada todavía. Solo observo su reacción al ver el espacio. Cómo la mirada le baila por las estructuras de acero, las cuerdas ordenadas, la cruz de San Andrés anclada al fondo. El columpio suspendido, balanceándose apenas por la corriente de aire. Esa cama sin cabecero, sin reglas, hecha para todo menos para dormir.

—Todo lo que ves aquí… es real. —Mi voz suena más baja de lo que pensaba, porque lo que voy a hacer no es una confesión, es una entrega medida y elegida —. No es decorado, ni postureo, tampoco lujo disfrazado. Esto es parte de mí. De lo que soy. De lo que he construido. Tú solo has visto hasta ahora una pequeña parte. —Me acerco despacio, como si no quisiera romper el embrujo—. Altın Halka —susurro—. El Anillo de Oro. No es solo un símbolo, es un sistema, una red de poder, lealtad y favores. Contratos que no se firman con tinta. Se sellan aquí en carne, sumisión y obediencia. —Paso la mano por la cruz, sin mirarla, como si fuera algo sagrado—. Aquí he atado a mujeres que pedían que las follara a gritos. Mujeres que creían saberlo todo… hasta que entendieron que el verdadero control… es saber cuándo cederlo. —La miro. Clara no se mueve, tiene los brazos a los lados, pero todo su cuerpo tenso, expectante—. ¿Y tú? —le pregunto, sin rodeos—. ¿Qué harías si te atara aquí? ¿Si te dejara abierta, vulnerable, sin escapatoria? —Doy un paso más—. No para humillarte ni para dominarte como a una marioneta, sino para enseñarte lo que significa la verdadera confianza. Para que sintieras mi aliento en tu nuca… justo antes de azotarte con la fusta, justo en el centro, entre las piernas, donde más duele. Donde reside el placer más absoluto y sublime.

—Ya hemos hecho cosas así… —susurra con el aliento entrecortado.

Me detengo a su lado. No la toco, solo hablo y dibujo en su mente lo que haría si me dejara.

—Lo que hemos hecho hasta ahora, traductora, es solo un juego de niños. Te he iniciado, hemos establecido reglas para llegar hasta este punto. Te pondría en ese columpio con las piernas abiertas y los brazos sujetos. Tu espalda arqueada, expuesta. Y yo, agachado frente a ti sin prisa, sin manos, solo con la lengua. Te lamería hasta que imploraras sin palabras. Hasta que te corrieras con la boca cerrada y los ojos llenos de furia. Porque tú, Clara, no gemirías como las demás. Tú pelearías contra el placer. Hasta que el placer te tumbe. —No se mueve, no habla, pero el vaho en su respiración la delata—. Y luego te llevaría a esa cama. Te follaría sin buscar mi orgasmo, solo por el gusto de ver cómo disfrutas. Por el privilegio de ver cómo pierdes el control sin que yo haya levantado un solo dedo para pedirlo.

Mi voz se agudiza, pero mi cuerpo también. La observo con atención, cada uno de los rasgos de su rostro, cada uno de sus movimientos, en sus pupilas tan dilatadas que son dos círculos completamente negros.

—Emir… —le cuesta trabajo hablar, hasta el respirar supone un esfuerzo casi exagerado.

—¿Quieres saber por qué te cuento esto? —le digo, más cerca aún—. Sí, quiero follarte, mira cómo estoy. —Cojo su mano y se la coloco sobre mi erección sin contemplaciones—. Pero no se trata solo de eso. Quiero que veas quién soy, porque, si vas a entrar en este mundo conmigo…, no pienso endulzártelo ni mentirte. No quiero una esposa decorativa, quiero una igual, tal y como me has pedido, una mujer que pueda mirar todo esto… y, aun así, decirme que quiere más, que no huya, y que se enfrente junto a mí a todo.
Ella respira hondo. Pero no se aparta.
—Entonces, dime —murmura—. Si me ataras ahora…, ¿me romperías?
La miro. La deseo, joder, con cada partícula de mi piel, pero también la respeto, y por eso mismo, soy consciente del castigo que me ha impuesto, aunque esté aquí, excitándola, poniéndola tan cachonda que sea ella la que quiera levantar el castigo. Pero la respeto más porque sé que no lo hará.
—No, Clara.
—¿No? —me desafía.
—Te enseñaría a romperte sola. Y, luego…, recogería cada pedazo.
—¿Romperme? —pregunta, sin bajar la voz—. No paras de repetirlo, pero no lo comprendo. —Se cruza de brazos, pero no se cierra. No se protege. Me mira de frente, como siempre, como solo ella sabe hacerlo. Y, en ese momento, entiendo que no basta con prometerle placer. No bastan las imágenes. Clara necesita saber de qué va eso que yo llamo romperla—. Explícamelo —insiste—. Porque para mí, el sexo es placer. Punto.
La respeto más por eso. Por no fingir. Por no asentir solo para complacerme. Doy un paso más. No hay distancia entre nosotros. Solo calor. Solo carne.
—Romperse no significa que grites ni te corras ni que pierdas el control de forma teatral, me refiero a otra cosa. Es el momento exacto en el que dejas de fingir y te entregas. Cuando ya no puedes mantenerte erguida por orgullo, ni por rabia, ni por miedo. Cuando lo que sale de tu boca no es una orden, ni una réplica, ni siquiera una súplica. Es la verdad cruda y en carne viva. —Ella parpadea, pero no me interrumpe—. Cuando lo digo, Clara, no hablo de debilitarte. Hablo de entrega, de que te vacíes de todo lo que no eres, de todas las máscaras. De que no te importe gemir feo, correrte mal, perder el ritmo, llorar si te quema demasiado. De que no me escondas nada mientras te estremeces… y me mires como si te odiaras por necesitarme así. —Trago saliva y bajo el tono—. Y cuando estés ahí… expuesta, perdida y libre…, no voy a irme. No me voy a apartar. Voy a estar para recogerte, abrazarte, curarte y recordarte quién eres cuando no estás luchando contra ti misma.
—Eso suena… que asusta.
Me mira. El pulso le late en la garganta, su boca está entreabierta, pero mira la sala con atención.
—No deseo destruirte —susurro—. Es devolverte a ti, sin defensas, sin maquillaje y sin murallas.
—Y a ti…, ¿te ha pasado alguna vez? —pregunta, en voz más baja.

—Contigo —respondo, sin dudar—. Cada vez que sonríes como si no me vieras venir. Cada vez que me tocas sin pedir permiso. Cada vez que dices que no… y me quedo deseando que sea un sí, y, aun así…, no te toco. Respeto tu castigo como tú haces con los míos. Y te aseguro que hasta ahora, las nalgadas han sido solo… un juego que te ha gustado, porque no hay peor castigo que tenerte tan cerca, que verte así, que todos en esa puñetera sala te desearan tanto como yo y no poder tocarte.
—Si yo respeto tus castigos, tú también los míos. Reconozco que has cumplido.
—No te he contado todo esto por ternura —añado—, sino porque estoy jodidamente cansado de acostarme con cuerpos… y no sentir nada, porque contigo no necesito ni tan siquiera llegar a correrme, solo tu presencia, tu cuerpo, tus gemidos, la forma en la que te arqueas, me haces rozar el éxtasis más placentero. Y eso, Clara…, eso sí me rompe.
—¿Quieres que me rinda? —dice Clara, sin suavidad—. ¿Que te dé ese punto de confianza del que hablas?
—Sí —respondo, con la voz baja, pero firme.
—Entonces yo quiero lo mismo. Confianza. —Sus ojos brillan. No hay súplica en su voz, hay verdad, valentía y determinación—. Quiero que me cuentes los secretos que hasta ahora te has guardado. No las versiones filtradas ni lo que te conviene que yo sepa. Quiero la historia entera. La real. Lo que duele. Lo que incomoda. Lo que escondes detrás de esa seguridad tuya que lo envuelve todo. —Clava los ojos en mí. No hay amenaza ni miedo—. Si yo voy a desnudarme de verdad —dice, lenta—, tú también tendrás que hacerlo.
No puedo contestar de inmediato, porque lo que ha dicho me atraviesa más que una navaja, más que cualquier fusta, que cualquier traición. Ella no lo sabe. Acaba de tocar el núcleo y no se ha quemado. Es lo que me ha pedido desde el principio, lo que yo no le he dado todavía. Asiento. No porque sea fácil, ni tan siquiera porque lo tenga claro, sino porque, por primera vez, quiero hacerlo. Y no porque esta conversación, este juego que he empezado, me ha enloquecido y esté a punto de perder la cordura. Ella se da la vuelta sin esperar mi respuesta. Me deja el espacio para decidir, actuar, para demostrarle que no soy solo deseo o que no haría lo que fuera necesario para follármela. Se aleja sin prisa. Y yo me quedo allí solo, en esa sala que antes era mi fortaleza… y ahora me parece una jaula, con una erección tan horrorosa que si el viento me roza la polla me corro sin remedio.
Clara me ha pedido la verdad. Y yo se la daré. Todo lo que pueda. Todo lo que me atreva. Todo lo que llevo arrastrando desde que acepté el legado del Anillo de Oro. Porque quiero que sea mi compañera en esto, en el lío de la herencia, en la farsa del matrimonio pactado, pero, sobre todo, en la guerra que se avecina. Y si después de saberlo todo… huye, habré perdido la batalla, pero estoy cansado de hacerlo solo, de fingir que no me importa, de no tener a nadie con quien caerme de una puta vez.
La próxima vez… será con las cartas sobre la mesa. Y si se queda…, será mía.
Y esta vez de verdad.

43

Clara

No miro atrás, porque sé que me observa, que está allí, solo, envuelto en el deseo que le trepa por las venas y en esa verdad que, por fin, empieza a soltar a sorbos. Lo he dejado atrás…, pero no lejos, porque sé que vendrá. Y lo que es peor, yo quiero que lo haga.

No debería, sin embargo, algo en su voz, en su forma de decir *«quiero que seas mi igual»*, me ha tocado una fibra que no sabía que tenía. Y ahora camino con las piernas tensas, con la piel que todavía vibra por lo que he visto, por lo que he escuchado… y por lo que me he imaginado.

No he salido de la sala cuando lo oigo acercarse con paso firme y sin titubeos. No corre, no llama, no grita, solo viene a por mí de forma inevitable.

—Clara —pronuncia mi nombre con esa cadencia que se le queda en la lengua cuando algo le importa más de lo que quiere admitir.

Me detengo, sin girarme todavía. Solo siento cómo el aire entre nosotros cambia de densidad, se espesa y vibra todo al mismo tiempo. Lo oigo acercarse. El eco amortiguado de sus pasos sobre la alfombra. Y luego, su aliento cálido y suave, que me roza la nuca con la delicadeza de una caricia que aún no existe—. He dicho que te contaré la verdad, lo que aún no le he dicho a nadie.

—¿Y por qué no lo has hecho antes, Emir? ¿Por qué justo ahora? —susurro, sin moverme.

Su mano se posa apenas en mi cintura, tanteando un punto de anclaje, algo que lo mantenga firme mientras se desviste por dentro.

—Porque no sabía si eras real —murmura junto a mi oído, con una voz que parece pensada para romper paredes, no para seducir—. Pero esta noche te he visto mirar el deseo de otros y no apartar la vista. Te he visto contenerte, controlarte, dominarte, arder sin dejar que el fuego te suba por las piernas y sin perder el equilibrio. Y ahora sé que sí. Que estás aquí. Que eres de verdad. Y eso… eso me jode, porque lo último que deseo es que te vayas.

Entonces me giro despacio, temiendo que nos interrumpan. Y, cuando lo miro a los ojos, no hay distancia. No hay más preguntas. Solo lo que viene después.

—Habla —digo.

Y, entonces, comienza.

—El anillo no fue una sorpresa, tampoco un regalo, no te creas. Fue un destino que me tallaron en la carne desde que aprendí a caminar —empieza, con una voz baja, pero firme, como si cada palabra escociera al salir—. Desde pequeño supe que sería yo. No era Kaan ni Baran, sino que fue a mí a quien le tocó el peso, la herencia, que no es más que una maldición disfrazada de poder.
—¿Por qué tú? —pregunto, sin pestañear.
Su mirada no vacila, pero algo en sus pupilas dudan, como si lo que va a decir no lo hubiera pronunciado en voz alta jamás.
—Primero porque soy el mayor y, solo por eso, soy el único al que moldearon sin preguntar. El más maleable, el más frío. Desde niño, me entrenaron para no sentir, me educaron con números, mapas, tratados de armas y estrategias de evasión. Me enseñaron a disparar antes que a besar. A desconfiar antes que a confiar. A analizar antes que a llorar. Me criaron entre silencios, no entre abrazos. En consejos de administración por la mañana y entrenamientos tácticos por la tarde. Mientras otros jugaban con coches o consolas…, a mí me enseñaban a mirar a los ojos sin parpadear al mentir. Y a matar sin ruido si era necesario. —Hace una pausa porque lo que viene pesa más—. No tuve infancia, sino instrucciones. Cada emoción era una debilidad que me corregían como si fuera un error de código. Cada vez que mostraba algo parecido al miedo o al amor, me lo arrancaban con más lecciones. Y funcionó. Me convirtieron en lo que querían, en un líder sin temblor, en un bastardo sin alma. En el heredero perfecto.
Trago saliva. No por lo que ha dicho, sino por cómo lo ha dicho. Con esa mezcla de orgullo herido y resignación absoluta que solo se oye en quien ha sido programado… y ahora empieza a dudar del *software* que lo habita. Él baja la mirada un segundo, lo justo para que me dé cuenta de que esto le duele.
—Emir… —pronuncio casi en un suspiro. Me mira, y baja sus ojos mientras continúa.
—Sin embargo, aquí estoy, queriendo tocarte sin permiso y contándote esto sin pensármelo. Con mi mente ocupada solo en ti cuando debería estar planeando cómo matar a los que vienen a por nosotros. —Entonces levanta los ojos y su mirada me atraviesa—. Lo que soy… no es culpa mía, pero lo que hago con eso… sí. Y tú, Clara, me estás haciendo querer algo que ni sé cómo se llama, algo que no estaba previsto en mi entrenamiento. Y no sé cómo enfrentarme a esto.
Se queda en silencio, con la mandíbula tensa y la mirada clavada en la mía como si esperara que le huyera. Como si se preparara para perderme. Yo no digo nada. Sé que ahora no necesita respuestas, sino espacio. Pero él no se aleja. Da un paso. Solo uno. Pero es suficiente para que el aire entre nosotros se vuelva irrespirable.
—¿Quieres que te diga la verdad? —susurra, y ya no habla con la voz del mafioso, ni del heredero entrenado para no sentir—. Estoy a punto de romperme, pero no por lo que he contado, sino que me estoy reprimiendo porque llevo horas con la polla dura por ti, y ni siquiera eso ha sido suficiente para distraerme de lo que siento.

El cambio es lento, sutil, como un desgarro que se convierte en hambre. Su tono muta. Su mirada también. Lo vulnerable no desaparece…, pero ahora se mezcla con algo más oscuro, crudo. Más suyo.
Y entonces, sin dejar de mirarme como si su confesión aún latiera entre nosotros, su voz se vuelve un susurro abrasador:
—Y si pudiera follarte ahora mismo —murmura con una voz tan grave que me vibra por dentro—, te tumbaría en ese sofá bajo, haría que tus muslos se abrieran lentamente, que los tobillos se tensaran por encima de mis hombros, con esa arrogancia tuya que me enloquece, y que tus manos, atadas a los brazos del sofá, no pudieran sujetarse a nada más que al gemido que te arrancaría sin esfuerzo. —Su aliento me roza el cuello, y cada palabra que pronuncia se desliza por mi piel igual que si me tocara sin hacerlo—. Me agacharía entre tus piernas, y te lamería tan lento que olvidarías tu nombre. Te comería hasta que tus piernas no pudieran sostenerte y tu espalda se arqueara sin que tú lo decidieras. Hasta que tu boca, esa que siempre me lanza frases afiladas, solo supiera pedirme más. Te haría gritar mi nombre como si fuera la única palabra que te quedara en la garganta, un idioma nuevo que solo tú y yo conocemos.
Me late el pulso en el clítoris, en la garganta, en la parte más baja del vientre. Me cuesta mantenerme recta, no lanzarme sobre él y romper esta distancia medida. No me atrevo a tocarlo, sin embargo, me abro un poco, lo suficiente para que entienda que no me estoy escapando.
—Sigue —farfullo, porque no hay nada más que sepa decir ahora mismo.
Su mirada se clava en la mía con una intensidad que parece prometerme el fin del mundo si no lo escucho.
—Si pudiera tenerte ahora mismo —dice con un gruñido áspero que me roza la piel—, te pondría sobre ese banco de madera oscura que hay al fondo. Tiraría tu vestido hacia arriba, sin quitarlo, porque lo quiero arrugado en tu cintura mientras te abro con las manos y me hundo en ti sin contemplaciones.
Me late la piel, no solo entre las piernas, sino en cada rincón donde su deseo se proyecta. Emir da un paso lento y firme.
—No me digas solo cómo me tomarías —susurro—. Dime también lo que escondes mientras lo haces, lo que no dices, lo que nunca le has contado a nadie más.
El silencio que sigue no es un rechazo, es una guerra consigo mismo. Lo veo en su mirada, parece que dentro de él se desgarra

algo entre obedecer mi exigencia o protegerse del abismo que implica hacerlo. Tensa la mandíbula, traga saliva. Luego, su tono baja, más crudo que nunca.

—Si empiezo a contarte todo lo que escondo, no vas a querer quedarte. Si te lo muestro…, si dejo que mi cuerpo te lo diga todo…, quizá no puedas irte, aunque lo intentes. —Hace una pausa. La tensión se vuelve insoportable y su tono cambia de nuevo, a uno más encendido que se asemeja a la lava—. No te hablaría con palabras bonitas. Te hablaría con la lengua. Con la respiración entrecortada en tu vientre. Con la palma abierta sobre tu pecho, no para marcarte, sino para recordarte que el fuego más peligroso no es el que quema, sino el que no puedes apagar.

Mis labios se entreabren. Quiero decirle que pare, que siga, que me folle, que me salve, que me destruya. Todo a la vez. Pero no digo nada. No me atrevo. Porque algo ha cambiado.

Y, entonces, él masculla algo más, apenas audible:

—Mírame bien…, porque todo lo que toco, lo reclamo. Y tú… ya no sabes ser de nadie más.

«¡Joder! Acabo de tener un orgasmo. Pero ni muerta se lo digo». Me mantengo firme. O eso intento. Porque ahora sé que no hay marcha atrás. Y lo peor… es que no quiero que la haya.

Me arde el cuerpo, la entrepierna, la nuca, las palabras que no digo. Lo deseo tanto que, si se atreviera a tocarme ahora mismo, acabaríamos en el suelo, en la cruz, o donde le diera la gana. En cambio, él se contiene. Y yo también. A duras penas, que todo hay que decirlo.

Entonces él habla, ha tomado una decisión que lo atravesará entero. No alza la voz. No necesita hacerlo. Sus palabras son una corriente subterránea que se cuela por cada grieta de mi cuerpo. Más baja. Más peligrosa. No porque grite, porque si soy sincera, no necesita gritar para dominarme. Porque el tono en el que lo dice lo es todo.

—Hay algo más que no te he contado —dice, y esta vez no vibra en el pecho, sino en las entrañas, como si cada palabra le costara más que la anterior—. Algo que puede joderlo todo si no lo entiendes…

No respondo. No parpadeo. Solo lo observo, y esa quietud mía no es indiferencia. Es tensión cruda, una ofrenda muda para que lo diga

sin miedo. Para que lo suelte y me lo clave donde más me duela.
—Mi abuelo no murió de un infarto —dice por fin—, lo envenenaron.
—Un silencio brutal se instala entre nosotros. Ninguno de los dos respiramos—. Lo supimos a los pocos días. El médico de confianza que firmó el informe había manipulado los datos. Baran sospechó, Kaan fue quien lo confirmó y yo quien sacó la verdad con mis propias manos.
—¿Y qué hicisteis? —pregunto, aunque ya lo sé, lo intuyo, me lo grita la sombra de su voz.
—Nos lo cargamos. A él y al que dio la orden. Era alguien muy cercano que trabajó con nosotros durante años. Le cortamos la lengua antes de que pudiera explicarse. Gritó tanto que se le reventaron las venas de los ojos. Lo último que vio fue su sangre en las manos de los tres. —Hace una pausa. No para regodearse, sino porque acaba de abrir una herida que no ha cerrado—. Fue distinto a todo lo anterior —añade, más bajo—. No era una operación, ni tampoco cuestión de negocios. Era sangre por sangre. Venganza en su forma más primitiva. No delegamos en nadie. No dejamos que nadie más lo tocara. Lo atamos y lo interrogamos nosotros. Y, cuando supimos la verdad..., lo destrozamos entre los tres por el dolor de lo que nos habían arrebatado. Y ahora te lo estoy contando a ti.
Sus ojos no me piden compasión, en realidad, no me piden nada. Solo me muestran algo crudo, quemado. Algo que jamás pensé ver en él: una vulnerabilidad cruda expuesta sin escudo y sin venda.
Me tiemblan los muslos por lo que se me acaba de abrir dentro, porque esa confesión no es una frase, es una grieta, una puerta que él ha dejado entreabierta solo para mí. Mi mano se alza por impulso para darle algo más valioso: reconocimiento, validación y fe.
—Has confiado en mí —digo, y siento cómo las palabras me raspan la garganta. Porque lo que acaba de hacer no es un gesto. Es un salto al vacío. Y sin pensarlo, sin consultar con mi orgullo, sin medir las consecuencias, le doy la única respuesta que me parece digna—. Mereces que te levante el castigo.
Él no sonríe. Solo me mira. Me devora. Y luego asiente, una vez, despacio.

—Entonces escucha —dice, acercándose aún más—. Vas a decirme tu palabra de seguridad. Quiero que la recuerdes y que la repitas ahora mismo. Si la dices en cualquier momento, todo se detiene, ¿entendido? —Asiento y trago saliva, no es juego ni un capricho. Es respeto, control compartido—. Repítela —insiste, con voz grave.
—Estambul —respondo con una seguridad que no siento ni por asomo.
—Bien. Ahora, elige otra. Una palabra que no detenga todo…, pero que me indique que estoy yendo demasiado lejos, que necesitas que baje la intensidad porque estás al límite.
Lo pienso solo un segundo.
—España.
Él cierra los ojos un instante. Como si guardara ambas palabras en la memoria.
—Perfecto —murmura—. Ahora sí, Clara. Ahora empieza todo.
Mis labios están entreabiertos. El aire me entra a bocanadas cortas, calientes, como si acabara de correr kilómetros y, sin embargo, no me hubiera movido del sitio. El suelo bajo mis pies se siente demasiado firme. Yo, en cambio, no. Mi cuerpo se tambalea, me arde el pecho y me humedece cada una de sus palabras.
Él da un paso, no es brusco, ni preciso, cada movimiento forma parte de un ritual que ha memorizado. Su mirada no se despega de la mía mientras se sitúa a mi espalda. Su aliento me roza el cuello, lento, y me recorre una descarga eléctrica que baja por mi columna como una gota de sudor caliente.
Siento su mano en la cremallera de mi vestido. La desliza despacio, tomándose su tiempo solo por placer. Me desnuda solo hasta la cadera. Me deja el cuerpo expuesto por partes, cada centímetro revelado es una confesión más íntima que las palabras que acabamos de compartir.
Sus dedos rozan mi piel sin prisa, pero con firmeza. No acaricia, inspecciona, afirma y reclama, pero ni, aun así, me toca donde lo deseo. Se toma su tiempo, y eso me enloquece.
—Dímela otra vez —musita con la boca apenas rozando mi oreja—. La palabra para parar el mundo.
—Estambul —replico con seguridad.

—Y la otra —añade, y su mano aprieta un poco más fuerte en mi cadera.
—España.
La risa que le vibra en el pecho es apenas un gruñido contenido.
—España —repite, como si la paladeara—. No la uses a la ligera.
Entonces me guía con las manos hacia el centro de la sala. El banco. La cruz. El sofá de cuero. Todo está ahí. Todo arde con la promesa de lo que viene. Pero él no me empuja. Solo espera. Espera a que sea yo quien dé el paso.
Y lo doy, porque ya no tengo dudas y quiero que me rompa, si al final también va a ser él quien me recomponga. Se coloca detrás de mí. Su cuerpo no me roza, pero lo siento abrazándome con el calor que irradia. Sus manos suben con cuidado. No se apresura. Desliza por completo la cremallera del vestido, y cuando la tela cede y cae a mis pies, me quedo de pie en lencería, con el corazón golpeándome el esternón.
—No tienes idea de lo preciosa que estás así —me susurra al oído, su aliento me roza el cuello como una lengua invisible. Desabrocha el sujetador con precisión, y lo deja caer junto al vestido. Mis pezones se tensan al instante, por la temperatura, por el silencio, por cómo me mira. Porque no me toca aún. Me observa. Y me desea tanto que parece que le duele no devorarme ya.
Tiro los hombros hacia atrás, por entrega, porque lo quiero todo y ya no sé cómo seguir fingiendo que no lo necesito. Me toma de la mano con firmeza, con esa seguridad templada que solo alguien como él podría tener en un momento así, y me guía hasta el banco.
—Quiero que lo sientas todo —dice, en voz muy baja—. Pero a mi ritmo.
Estoy en tanga y tacones, en cambio, me siento más desnuda que nunca. Me agacho obedeciendo la dirección de sus manos, hasta quedar apoyada en el banco con los brazos extendidos hacia delante. El contacto del cuero bajo mis pechos y vientre es frío, excitante, por lo que mi respiración se acelera.
Entonces escucho el clic de las esposas acolchadas al cerrarse en torno a mis muñecas. El sonido más erótico del mundo en ese instante.

—España, si necesitas que pare el ritmo. Estambul, si necesitas que pare del todo —me recuerda al oído, mientras sus manos bajan lentamente por mis brazos, firmes y cálidas.
No contesto. Solo me humedezco aún más. Y el juego, por fin, comienza.
—¿Estás dispuesta a que utilice todo lo que hay en esta sala contigo? —me pregunta al oído, su aliento rozándome como una promesa y una amenaza al mismo tiempo—. No habrá miedo, Clara. Solo placer. Puro. Intenso. Desbordado. —Hace una pausa. Y lo noto tragar saliva, conteniéndose incluso de sus propias palabras—. Pero que lo sepas: el mío vendrá después. Hoy, esto es para ti. Para que te descubras, para que te rompas de deseo. Para que entiendas que no quiero una sumisa que me obedezca sin pensar. Quiero una mujer que se entregue por elección. Que se abra porque confía. Que grite porque el placer le arranca el alma a bocados.
Sus palabras se me clavan como dedos invisibles que ya me están tocando por dentro. Y no sé si estoy más excitada por lo que promete o por lo que aún no me ha dicho.
—Sí —respondo sin titubeos, aunque siento cómo se me tensa el vientre. Las palabras se convierten en electricidad pura en cuanto las pronuncio.
Él se aparta apenas, lo justo para caminar hasta una cómoda de madera negra con herrajes dorados. La abre con parsimonia. Mientras rebusca entre su interior, no deja de hablarme. No de cualquier cosa. Me está contando su mundo. Sus sombras.
—No solo traficamos armas, Clara… —dice con una calma escalofriante—. Lo más rentable es el silencio. Chantajear a senadores que fingen ser santos mientras pagan por noches con putas de lujo. Algunos llevan anillos de matrimonio y un crucifijo al cuello mientras suplican que las azoten. Y nosotros grabamos todo. No porque lo disfruten…, sino porque después el vídeo lo guarda Altın Halka. Y esa imagen nos compra leyes, impunidad y poder.
No respiro. No porque me asuste lo que dice, es más, creo que lo entiendo demasiado bien. Porque ahora todo encaja: el lujo, el control, los silencios que pesan más que una amenaza. Sé lo que está diciendo. Me está mostrando el corazón podrido del mundo al

que pertenece. Y lo peor… es que no me aparto. Porque algo en mí, jodidamente oscuro, jodidamente mío, se excita con cada palabra. Porque mientras él confiesa delitos que harían vomitar a cualquiera…, yo solo puedo pensar en que me folle. En que me tome con la misma crudeza con la que gobierna. Estoy metida hasta el cuello. En su poder. En su sombra. En su voz. Y ya no hay escapatoria. Y no quiero que la haya.

Vuelve con algo en la mano. Un frasco de vidrio esmerilado con líquido transparente. Lo deja sobre una pequeña mesa a nuestro lado sin decir una palabra más.

Luego se agacha, se sitúa a mi espalda, entre mi piel y el cuero. Su boca recorre desde la base del cuello hasta la clavícula. No besa. Bebe de mi piel. Alterna la suavidad de los labios con la rudeza húmeda de la lengua. Cada lametazo es una confesión carnal que me marca.

—Podría obligarte a ceder con una orden, con un contrato, con una amenaza —ronronea, rozando mi clavícula con la lengua—. Pero prefiero que te abras sin que lo pida, que te entregues porque el deseo te suplica desde dentro. —Entonces se agacha despacio, sin prisa, como si descendiera a un altar. Se coloca entre mis piernas aún cerradas y las separa solo con las manos firmes, pero sin violencia. Aspira hondo. Y luego… recorre con la nariz la humedad que empapa la tela de mi ropa interior. Arrastra el perfil de su aliento desde la base hasta el monte de Venus como si estuviera dibujándome a ciegas. Su gemido es bajo, oscuro, animal—. Tus bragas están tan empapadas ahora mismo, Clara, que podría deslizarme dentro sin siquiera tocarte.

El gemido se me queda atrapado en la garganta. Siento el latido entre las piernas solo por lo que ha dicho. Me arden los pezones. Me vibra el clítoris contra la tela. No hay roce, no hay caricia…, pero, joder, estoy a punto de correrme. Me arqueo, no para escapar, sino para que siga. Mi respiración es ya una súplica muda. Y él lo sabe.

—A partir de ahora, no te moverás, no tendrás permiso para hablar. Si lo haces..., habrá castigo —murmura con un tono tan firme como sedoso, tan oscuro como envolvente.

Yo asiento sin hablar, sin dudar, sin pensar. Ya no soy pensamientos: soy cuerpo. Soy deseo puro atado con correas que me marcan.
Oigo el sonido sordo del frasco al abrirse. El clic minúsculo del tapón de vidrio se pierde en el eco del silencio. Y, luego..., el primer contacto. Un hilo frío y viscoso resbala por mi nuca, baja con lentitud por mi cuello y se desliza por la columna con la precisión de un escalofrío líquido. Jadeo. Me muerdo los labios. La frialdad me corta la respiración justo antes de que sus manos lo corrijan todo con calor. Con sus palmas, lo extiende en movimientos circulares, acariciando mi piel como si quisiera tatuarse su nombre en cada poro abierto por el deseo.
Baja. Llega a los omóplatos. A mi espalda, a los costados. El líquido sigue su camino descendente hasta empapar mi piel, y justo ahí, cuando el frío me hace arquear levemente la espalda, siento cómo las esposas se sueltan, cómo él libera mis muñecas con un cuidado reverencial. Me toma por los hombros y me gira, despacio, como si manipulara una pieza frágil de su colección más privada. Me guía hasta quedar con la espalda apoyada sobre el banco, mi pecho al descubierto, mis piernas aún vestidas con el tanga y los tacones. Quedo así, abierta para él, ofrecida sin palabras. Me estremezco. El contraste entre la temperatura gélida del ungüento y la calidez abrasadora de sus manos me hace perder toda noción del tiempo.
Sus dedos rodean mis pezones, ya tensos, ya erguidos, suplicando ser atrapados. Y él lo hace. Los estira con un pellizco lento. Luego otro. Más fuerte. Una punzada de placer me sube por el vientre y se clava justo detrás de los ojos. Estoy empapada. Y no solo por fuera.
Su boca reemplaza a sus manos. Primero los lame con una ternura que me quiebra. Luego los saborea, los chupa, los succiona con una cadencia hipnótica que me arranca gemidos sin sonido. Mi clítoris palpita contra la tela del tanga. Me arde. Me llama. Pero él no va allí aún.
—Estás... jodidamente preciosa así —replica bajito contra uno de mis pezones, todavía húmedos, brillando como joyas privadas en una sala de pecados.
Y yo ya no sé si estoy a punto de romperme..., o de convertirme en algo completamente nuevo.

—Abre los ojos —ordena de pronto, con esa voz que se instala entre las costillas.
No sabía que los tenía cerrados hasta que la luz me rasga las pupilas y lo veo allí, de pie, contemplando mi cuerpo como si fuera una reliquia profanada con devoción.
—Míralo —susurra—. Mira lo que eres. Una obra de arte empapada de mi deseo. De tu entrega. Brillas, Clara. Brillas como si hubieras nacido para ser adorada así.
Entonces su dedo desciende, lento, infame, hasta el centro de mi cuerpo. No aparta el tanga. No lo necesita. Desliza la yema por encima de la tela directo a mi clítoris. Un roce apenas, pero suficiente para que arquee la espalda y apriete los muslos, traicionando mi promesa de quietud.
—No te muevas —gruñe, sin levantar la voz—. Y no te corras hasta que yo te lo diga. Si lo haces sin permiso..., sabrás lo que significa la palabra castigo.
Su dedo sigue trazando círculos mínimos. Me tiene al borde con un solo toque. La tela húmeda intensifica cada caricia. Me ahogo en la tensión. Me quemo en el deseo. Y, aun así, me quedo, porque él lo pide, pero, sobre todo, porque yo lo quiero.
Entonces, su mirada se clava en la mía. Y me lanza la siguiente pregunta como un disparo en mitad de la calma:
—¿Alguna vez te han follado el culo?
El mundo se detiene. Mi corazón se sale del pecho. Y mi respuesta será el siguiente incendio.

44

Emir

El aire entre nosotros se ha vuelto denso, espeso, cargado de una electricidad húmeda que no chispea, sino que se arrastra por la piel como una lengua invisible. La tengo frente a mí, sujeta con los brazos extendidos. Su espalda, arqueada en el ángulo perfecto entre tensión y rendición, no busca escapar del banco que la sostiene, busca fundirse con él. Sus piernas, abiertas lo justo, marcadas por la expectativa de la anticipación, me hablan mejor que cualquier palabra. Todo en su cuerpo vibra, porque me desea como nunca se ha permitido desear a nadie. Ahora sabe que todo lo que viene no se puede fingir. Que lo que la espera no es una fantasía, será una experiencia que va a marcarla.

Camino despacio a su alrededor, con la mirada fija en cada rincón de su cuerpo, recreándome en cada curva expuesta, húmeda, atada no solo con correas, también con una voluntad que ha dejado de resistirse. Y es ahí, mientras observo el brillo en su sexo, el leve espasmo que le sacude los muslos con cada respiración, el rubor que le cubre el pecho y trepa por el cuello, donde mi voz se hace necesidad, y le lanzo la pregunta.

—¿Alguna vez te han follado el culo?

No lo digo con crudeza gratuita, lo hago por la gravedad que exige lo que está en juego. Porque sé que no es solo una parte de su cuerpo. Esa pregunta la toca más adentro, la empuja al borde de algo que ni siquiera había verbalizado. Ella no me responde. Sin embargo, tampoco me hace falta, por muy pretencioso que suene.

No hay una negativa ni gesto que indique que se cierra. Solo su respiración que cambia, se interrumpe por un segundo, y luego se vuelve más sonora, más irregular. Sus pupilas se dilatan, su cuerpo grita lo que la boca no se atreve. Su mirada se clava en la mía con

esa mezcla de desafío y vulnerabilidad que solo ella puede sostener. Y, entonces, lo sé. Sé que soy el primero en preguntarlo así, que le estoy dando la oportunidad de que lo desee y lo disfrute o, por el contrario, que se niegue.

—Una vez —responde entre jadeos—. Y fue… doloroso.

Ya sé que no voy a ser el primero en entrar allí. Que ese espacio, ese rincón de su cuerpo, de su deseo y de su historia, también es mío porque su anterior vez no lo veneró como yo lo estoy haciendo. Y ella lo sabe y lo quiere.

La forma en que se arquea sin huir, el leve movimiento de su cadera, que intenta rozarme, el jadeo que se le escapa cuando paso un dedo por la parte interna de su muslo, tan cerca que ya puede sentir mi intención sin que la toque. Todo me lo grita. Todo en ella me está diciendo «hazlo».

La tengo así, tan entregada y abierta como una verdad que nunca nadie se atrevió a leer en voz alta. Y yo no voy a leerla, la voy a escribir desde dentro. Voy a leer cada página con la lengua, con las manos, con la puta devoción de un pecador que ya no busca redención. Solo más pecado.

El frasco aún está frío en mi mano. Su piel, en cambio, está ardiendo. Su cuerpo se arquea con cada nueva caricia, con cada palabra que no digo. Y yo la quiero así: consciente, sin escapatoria…, pero libre y entregada.

Me inclino sobre ella, aún sin desnudarme. No necesito quitarme la ropa para poseerla. Apoyo una mano firme sobre su vientre y la otra desciende hasta su entrepierna, por fuera del tanga. Vuelvo a rozarla con la yema del dedo, justo en el centro del deseo. Ella gime un poco, lo suficiente para encenderme más.

—Eres mía —le susurro—. No por las cadenas. Por esto. Porque tu cuerpo responde antes que tus labios, porque ardes por dentro y no te escondes.

Mis labios bajan. Paso la lengua por uno de sus pezones otra vez, succionándolo con la fuerza justa para no hacerle daño. Quiero que sienta que la adoro y que la domino al mismo tiempo. La acaricio con la boca, con el pecho aún cubierto por mi camisa, presionándola

desde arriba como si pudiera fundirme en su piel. Me separo solo un segundo, me acerco a su oído, respirando con dificultad, y le digo:
—Hoy no vas a suplicarme, vas a descubrir que hay placeres que se gritan desde el alma, aunque los labios permanezcan cerrados. Hoy vas a ser mi obra maestra.
La rodeo con la mirada, con mis gestos, con la sombra de lo que ya somos en este espacio cerrado donde solo existe lo que arde. Mis manos se deslizan por su cintura, por la curva perfecta de sus costados, por los espasmos que le recorren el vientre cada vez que mi aliento se acerca. Mis labios la rozan sin devorarla, la estudian como si cada parte de su piel fuera un fragmento de un idioma secreto que solo yo soy capaz de entender. La acaricio con la boca, con los ojos, con cada respiración que me pesa más que el deseo. La disfruto como se disfruta lo prohibido cuando por fin es tuyo.
Y mientras la tengo así, completamente expuesta, atada en este banco que la consagra, algo dentro de mí se retuerce. Porque ya no estoy solo follándome su entrega, ni jugando con su cuerpo. Estoy entrando en algo más profundo. En el lugar donde todo lo que ella ha sido hasta hoy se deshace, y lo que será después, solo depende de mí.
La tengo allí, tendida bocarriba sobre el banco de cuero, con los brazos estirados y las muñecas ya aseguradas a los extremos por correas firmes que no hieren, pero que sujetan. Sus pechos se alzan con cada respiración profunda, cada vez más agitada, más torpe, más sincera. La piel le brilla en algunos puntos, el deseo empieza a condensarse en gotas invisibles. Todavía no le he quitado toda la ropa, pero su cuerpo ya ha empezado a hablarme. Lo hace en cada estremecimiento involuntario. En el leve gemido que se escapa cuando el silencio se alarga más de lo que esperaba. En la forma en que sus piernas, aún cerradas, no ocultan la tensión eléctrica que le recorre los muslos.
Camino en torno a ella con la calma de quien quiere disfrutar de cada paso previo al pecado. Me detengo frente a sus pies. Todavía lleva los tacones puestos. Me inclino sin hablar, porque las palabras ahora sobran, y retiro el primer zapato con cuidado, desatando la última defensa. Después el segundo. Ambos caen al suelo con un susurro amortiguado por la moqueta oscura.
Ya está descalza. Y el gesto lo cambia todo. Clara es solo carne tensa, nervios encendidos y piel esperando ser tocada con devoción

sucia. Y yo no tengo intención de darle menos que eso.
Me agacho a los pies del banco, con la espalda recta y la mirada fija en sus piernas. Paso las manos lentamente por sus tobillos, acariciando el hueso y la piel suave, subiendo por sus pantorrillas. Sigo ascendiendo por sus rodillas, luego por el interior de sus muslos, donde la carne se sacude sin resistencia, donde el calor se hace palpable, donde la respiración de Clara cambia, más fuerte, más rota.
Entonces, me inclino y beso la cara interna de su pierna izquierda con la boca abierta, dejando saliva caliente en cada tramo. No rozo. No chupo. Lamo con lentitud obscena, con hambre. Asciendo desde la rodilla hasta el pliegue de su ingle, pero me detengo antes de llegar al centro. Es demasiado pronto. Y me voy al otro lado.
—No te muevas —le ordeno sin levantar la voz, con la boca rozándole todavía la piel—. Quiero que sientas cada maldito segundo que no te doy y que el deseo te arda tanto por dentro que, cuando te toque de verdad, no sepas si llorar o correrte.
Repito el recorrido en su pierna derecha, aún más lento, aún más húmedo. Esta vez, abro la boca más. Paso la lengua en espiral, lamiendo sin compasión, pero sin violencia, saborearla se ha convertido un acto de poder absoluto. Y cuando llego a la cadera, dejo que mi aliento le roce la tela del tanga.
El calor que emana de su sexo me abrasa la cara. La tela está empapada. El olor de su excitación me llena el pecho, me golpea las entrañas, me humedece la lengua de anticipación. Apoyo la nariz en su centro y aspiro con una lentitud que la exaspera. Luego paso la boca de abajo arriba, por encima del tanga, marcando su sexo con la presión de mis labios, sin colarme aún, sin lamerla como quiero, pero dejándole claro que ya estoy ahí, que lo único que me contiene soy yo.
—Hueles a entrega —murmuro sobre su piel, sin apartarme ni un milímetro—. A deseo desesperado. A lo que llevas días intentando negar. Estás tan mojada, Clara, que podrías correrte encima de esta tela sin meter un solo dedo.
Ella se arquea. Es un reflejo mínimo, pero suficiente. Lo siento. Lo sé. Su cuerpo quiere más. Lo pide sin pedirlo. Y eso me basta. Deslizo las manos hasta su cintura. Con una lentitud casi ceremonial,

bajo el tanga por sus caderas, por sus muslos, por sus piernas, y me detengo al llegar a sus rodillas para acariciar la tela empapada con los dedos. Y cuando lo dejo caer al suelo, no lo recojo. No hace falta. Ya tengo lo que quiero. Le desato las manos, la giro de nuevo y la ato otra vez. Con caricias, hago que flexione las rodillas sobre el banco mientras elevo su culo, expuesto para mí.

Ella se muerde el labio. Sus ojos arden, está a punto de pedir, de rogar, de sollozar. En cambio, no lo hace. Cojo un chorro generoso de lubricante. Lo vierto en mis dedos. Lo caliento entre las palmas. Me agacho de nuevo frente a ella y, con la mano firme, separo sus nalgas. Abro ese espacio privado, delicado, cerrado durante demasiado tiempo.

—Ahora voy a ponerte esto —le digo, con mi pecho apoyado sobre su espalda y mis labios en su oído, con la voz ronca, controlada, casi reverente—. Y lo haré despacio, porque sé que nunca te lo han hecho bien, y que ese privilegio es solo mío. Y lo haré pensando en ti, para darte placer.

Ella no responde, no necesita hacerlo, su cuerpo habla, su sexo brilla, y su ano, todavía virgen de placer, palpita de expectación bajo la yema de mis dedos.

—Voy a abrirte poco a poco, Clara, para que no te duela, para que gimas y lo sientas. Para que entiendas que esto también es mío.

Presiono con suavidad. Lubrico su entrada, la acaricio, no la fuerzo, solo aviso. Y cuando siento que el cuerpo empieza a aceptar, cuando noto que el músculo cede al deseo y puedo meter un dedo y masajear su abertura, introduzco un *plug* pequeño poco a poco. Ella se arquea y se tensa, pero no intenta escapar ni hablar, se queda. Me ofrece más. Y cuando entra del todo, cuando queda perfectamente colocado en su interior, me levanto. Me planto frente a ella. La miro como quien observa la obra ya montada y sonrío.

—Ya… —le digo, acariciándole el cuello con la yema de los dedos—. Estás lista para gritar, y no vas a poder escapar ni de ti misma.

Su sexo queda expuesto, brilla bajo la luz cálida del club. Sus labios están abiertos, suaves, hinchados por la espera. Y yo no puedo mirar otra cosa. Me relamo y la observo como quien contempla el pecado definitivo.

—Ahora sí, Clara… —susurro despacio, sin dejar de mirarla—. Estás lista para la cruz.

No le doy una orden. No la arrastro ni la obligo, tan solo la desato, le tiendo la mano y la rodeo por la cintura, y ella, como si lo hubiera estado esperando desde el principio, se incorpora despacio sobre el banco y me sigue. No habla. Solo aspira más fuerte. Más hondo. Con ese ritmo desigual que no es miedo, sino deseo a punto de estallar.

La conduzco hasta el otro extremo de la sala, donde la Cruz de San Andrés se alza como un tótem, silenciosa e imponente, esperándola.
Se detiene frente a ella, y no necesito decir nada. Solo poso una mano en la base de su espalda, acariciando con el pulgar la curva suave de su columna. Su piel está caliente, palpitante bajo mis dedos. La giro con suavidad, colocándola de espaldas a la cruz, y le subo los brazos con una lentitud casi reverente, atarla no es someterla, la consagro.
Le sujeto primero la muñeca izquierda, ajustando el grillete de cuero con precisión, sin apretar de más, solo lo justo para que sepa que ya no se pertenece. Luego paso al otro brazo. Mientras le ato la derecha, bajo el rostro hacia su cuello, y dejo que mis labios rocen su piel como una caricia tibia que arrastra al mismo tiempo consuelo y amenaza. Le beso justo en el lateral, donde late su pulso con fuerza, y suspiro allí, llenándome de ella.
Mi boca baja por la línea de su clavícula. Me detengo en el hueco que se forma en el centro de su pecho y lo beso con los labios entreabiertos, dejando allí un calor que no necesita palabras. Subo despacio, y cuando mis ojos encuentran los suyos, me inclino hacia su boca y la beso sin prisa, sin dominio. Solo lengua, aliento y deseo en estado puro. Un beso como una afirmación: estoy aquí, y tú también.
Cuando me separo, le acaricio los brazos, le bajo las manos por los costados, le rodeo las caderas con ambas palmas, y me agacho frente a ella. Me quedo unos segundos así, en silencio, con la frente casi tocando su vientre, adorándola. Luego deslizo las manos por sus muslos hasta llegar a los tobillos, y sin decir una palabra, le abro las piernas despacio, como si hacerlo fuera el gesto más íntimo de todos. Le sujeto los tobillos con correas suaves, ajustadas con el mismo cuidado con el que se abrocha un tesoro.
El sonido del cuero al tensarse es bajo, pero profundo. Y, entonces, me quedo allí, agachado entre sus piernas. A centímetros de su sexo completamente desnudo, abierto, húmedo y palpitante. Apoyo la nariz justo en su coño. Aspiro lento, muy lento. El aroma de su deseo me golpea como una verdad que no admite réplica. No hay perfume en el mundo que se le acerque. Es carne, es hambre, es

mujer rendida y entregada por elección. Paso la nariz entre los labios hinchados, suaves, calientes. La recorro desde abajo hacia arriba, sin lamer, sin besar, solo con mi aliento y mi piel. Siento cómo se le escapa un leve jadeo que no trata de contener.

—Así me gusta… —susurro, apenas rozándole—. Abierta, excitada e inmóvil porque quieres, porque me dejas y sabes que voy a hacerte lo que nadie ha hecho antes. Y vas a adorarlo.

Me detengo un momento para mirar lo que tengo delante. Su cuerpo suspendido, sujeto, ofrecido. Su respiración desbordada, su sexo expuesto. Y en su expresión no hay miedo ni duda. Solo una súplica muda: «Hazlo. Hazme tuya. Hazlo todo».

—Eres perfecta así —añado, con calma—. Una puta obra de arte, Clara. Y no voy a admirarte. Voy a profanarte.

Me relamo, porque lo que viene a continuación no es un juego. Es la caída, la doma, el principio del final. Me quedo unos segundos más agachado, absorbiendo su olor.

Y entonces me incorporo despacio, sin ruido. Solo la presencia de mi cuerpo despegándose del suyo y el aire cambiando de temperatura entre nosotros. Me planto frente a ella, y no digo nada. La dejo mirarme, desearme.

Mis dedos van a la parte superior de la camisa. Deshago el primer botón con calma. Luego el segundo. El tercero. No hay prisa. Esto no es un regalo. Cada botón que abro, cada centímetro de piel que dejo al descubierto, es parte de algo más grande que el gesto: es entrega sin debilidad. Poder sin coraza.

Cuando la camisa se abre del todo, la dejo caer por mis brazos. Sus ojos me recorren sin disimulo. Siento su mirada como una caricia y un gemido que aún no ha salido de su garganta.

Mis manos bajan a la hebilla del cinturón. La desabrocho con la misma lentitud. El clic metálico resuena como una nota grave que marca el inicio de algo sucio. Bajo la cremallera del pantalón. Lo deslizo por mis caderas, por mis piernas, hasta que cae al suelo. Doy un paso fuera de él. Acabo en bóxer. Pero ya no queda nada de mí que no esté en tensión. Siento mi polla palpitar contra la tela. Erección total, casi insoportable. La marca está ahí, oscura, dura, visible. Y no tengo intención de ocultarla.

Llevo una mano a la cintura del bóxer y lo bajo muy lentamente, hasta que cae junto al resto. Y entonces sí. Me muestro entero, desnudo, consciente. No me muevo. Solo la dejo mirarme. Mi polla late, cargada de días enteros sin consuelo. De madrugadas tocándome a solas con el recuerdo de su voz, con el cuerpo imaginado en esta cruz. Con la promesa de que esto iba a pasar.

Llevo la mano a mi erección. Rodeo la base con los dedos. Aprieto un poco. Luego deslizo la mano hacia arriba. La acaricio con calma. Con hambre. Solo una vez. Dos. Lo justo para que sepa lo que estoy sintiendo. Para que vea que ya no puedo más… y que, aun así, no pienso correrme hasta que me lo suplique.

—Todas las noches —le digo sin apartar la mirada— me tocaba pensando en esto, en tu cuerpo atado, en tu coño abierto, en el sonido que harías cuando te pusiera de rodillas. Me corría solo con imaginarte rendida, solo con soñar que me decías que sí.

Ella no dice nada, aunque su respiración se acelera, su sexo brilla y el cuerpo se sacude con movimientos involuntarios. Y eso es todo lo que necesito para seguir.

Camino hacia la cómoda. Abro el cajón superior, saco la fusta de cuero negro, de mango firme y trenzado, y el mando a distancia del *plug* anal. La paso por mi mano, como quien revisa una extensión de su propio cuerpo. Y luego me acerco a ella.

—¿La has visto antes? —pregunto con una sonrisa apenas visible—. La que utilicé contigo era diferente.

La paso por su clavícula despacio. No azoto, solo acaricio, la deslizo por sus costillas, por debajo de sus pechos, rozando los laterales con la punta de las tiras suaves. Luego la bajo hasta su vientre, justo en la cara interna de sus muslos. La fusta traza un camino lento, húmedo de tensión, sobre su piel desnuda, y la dejo allí, a un centímetro de su coño sin tocarlo, solo la muevo ligeramente en el aire.

—¿Sabes qué tiene de especial este juguete, Clara? —le susurro, con la fusta aún suspendida—. Que no hiere, no deja marcas, solo despierta, avisa y excita.

Hago un movimiento seco. La fusta cruje en el aire. No la toca. Solo la amenaza. El sonido se clava en sus oídos, en su vientre, en su sexo. Y entonces la rozo una vez de forma suave entre las piernas, solo con la punta. Ella se estremece un poco, apenas perceptible, pero lo siento y lo disfruto.

—Hoy no vas a gritar de dolor —añado, bajando la voz aún más—. Vas a gritar porque tu cuerpo no va a poder sostener tanto placer.

La fusta descansa un instante en el aire, suspendida. La muevo en un vaivén lento entre mis dedos, permitiendo que la punta roce apenas su piel. La paso por el cuello muy despacio, bordeando la línea de su garganta con la suavidad de una caricia torcida. Clara cierra los ojos un segundo, no por miedo, sino por intensidad, por lo que se arrastra por debajo de la piel y la eriza, por lo que viene y aún no ha llegado. Y cuando menos se lo espera, le doy un latigazo suave en los muslos que le provoca un gemido.

La deslizo por sus clavículas. La arrastro entre sus pechos sin prisa. Luego la giro y uso el mango para rodear cada uno de sus pezones, tensos, hermosos, oscuros y erectos. Ella contiene el aliento. No me habla. No suplica. Solo me ofrece su cuerpo como un campo abierto, parece que, en vez de estar atada, me gritara.

Inclino el cuerpo hacia ella y paso la lengua por la base de su cuello mientras con la fusta bajo hacia su vientre, la recorro con el cuero trenzado sobre el ombligo, luego más abajo, hasta que el extremo roza la cara interna de sus muslos. No la azoto, la acaricio con la amenaza, la preparo, la calibro. Después, le doy de nuevo otro latigazo, esta vez en el vientre.

—Tu piel habla más que tus labios —le murmuro, casi pegado a su oído—. Y ahora mismo lo que me grita es que estás a punto de arder.

Llevo la fusta hasta su sexo, no para golpear, la deslizo lentamente entre sus labios hinchados y húmedos. No la introduzco, no la fuerzo, tan solo dejo que sienta el contacto de algo que no es mío y que, sin embargo, ya la posee.

Ella se estremece una vez más de necesidad. Sus gemidos se vuelven más profundos. Sus dedos se tensan en los grilletes. Su cuerpo se agita sin permiso. Y yo sé que es el momento. Le doy ahí con la fusta, justo en ese punto que la hace estremecerse y jadear tan alto que provoca que mi erección sea incluso dolorosa.

Dejo la fusta a un lado. Me inclino sobre la cómoda y abro un cajón. Lo hago con el mismo cuidado con el que alguien abriría una caja de reliquias. Elijo con calma un vibrador fino, discreto, con una curvatura perfecta. Lo enciendo sin que ella lo vea. Dejo que se active en mi mano. Vibra bajo, ronco, con esa intensidad que no asusta, pero no deja indiferente.

Me acerco a ella y lo apoyo entre sus labios vaginales. Solo el contacto la hace gemir. No se lo meto, solo vibra en la entrada, haciendo que sus caderas se tensen contra la cruz. Muevo el aparato con movimientos pequeños, suaves, apenas perceptibles. Juego con la punta, lo acerco al clítoris y luego me alejo. La estimulo justo lo necesario para elevarla, excitarla.
—No te vas a correr —le digo con la voz ronca—. No aún sin que yo lo diga.
Retiro el vibrador. Ella gime con frustración. La devuelvo al borde. Jugueteo con ella, lo acerco, lo alejo, acaricio, paro, y vuelvo a empezar.
La tengo así, extendida, sujeta y expuesta. Cada extremidad fijada a la cruz con precisión y cuidado. Su espalda erguida, la columna arqueada por el deseo y la tensión, los pezones duros como piedras húmedas, el vientre en un espasmo constante entre el autocontrol y la rendición. Entre sus piernas, el *plug* sigue donde debe, lo activo con el mando y la estimula con una suave vibración, recordándole con cada respiración que ya no hay lugar en su cuerpo que no me pertenezca.
Y, aun así, no la he tomado todavía.
Me acerco a ella sin prisa, pero con todo el peso de lo que llevo conteniéndome desde la primera vez que me lanzó una de sus frases afiladas y me miró con esa mezcla de arrogancia y hambre. Me coloco entre sus piernas y dejo que mi respiración choque con su abdomen. Apoyo las manos en sus caderas para afirmar que ya no hay marcha atrás, que este cuerpo ya es por fin mío.
Mi polla está tan dura que siento el latido en las sienes, cargada y roja. Gotea en la punta como si cada gota fuera una súplica. Me he tocado demasiadas veces pensando en este momento. Me he corrido en mi mano como un adolescente imaginando su piel, su boca, su coño…, en esta cruz, y ahora la tengo aquí, tan abierta, tan dispuesta, tan rendida, que lo que siento es igual de violento que bello. Con rapidez, bajo hasta sus tobillos y se los libero. Clara, de inmediato, entiende lo que debe hacer y rodea con sus piernas mi cintura.
Coloco la punta en su entrada. No empujo. Solo la dejo ahí. Que lo sienta. Que sepa que está a punto de suceder. Ella se tensa por pura necesidad. Sus caderas intentan acomodarse. Sus ojos me buscan, aunque no dicen nada, sin embargo, su cuerpo me grita. Su sexo está tan mojado que el contacto se convierte en un cruce de temperaturas. Mis dedos aprietan su cintura. La sujeto con fuerza. Le marco la piel. Le marco el alma.
—Clara… —digo contra su oído, ronco, casi jadeando—. Ahora sí.
Y, entonces, la penetro despacio, muy despacio, y me introduzco hasta el fondo. Ella se arquea entera. Un gemido crudo le sube desde las entrañas, le raspa la garganta y se queda atascado entre los dientes. No es placer puro. Es algo más. Es posesión. Es revelación. Mi polla entra sin esfuerzo, porque ella me esperaba. La sensación es tan estrecha, tan húmeda, tan abrumadoramente perfecta, que tengo que cerrar los ojos un segundo para no correrme como un maldito animal.

Y mientras la lleno por completo, con el *plug* aún dentro de su otro orificio, vibrando y sintiendo su carne tensarse a mi alrededor, grito. No puedo evitarlo. No es un rugido de rabia. No es un gruñido de guerra. Es un acto de fe.

—¡Mía! —exhalo con el alma en llamas—. Jodidamente mía. ¡Ahora sí!

Me quedo quieto un instante, profundamente dentro, siento cada jodido centímetro. Escucho cómo jadea, cómo vibra, cómo aprieta con cada contracción involuntaria. Entonces empiezo a moverme, no con brutalidad ni con urgencia. El ritmo que elijo es firme, deliberado, una declaración muda que se clava más hondo que cualquier palabra. Entro y salgo con lentitud, marcando cada embestida, no quiero que ninguna parte de su cuerpo quede sin la huella de mi paso. No hay descanso. Tampoco concesiones. Mi movimiento es constante, una confesión que se prolonga para que duela más, para que excite más, para que quede grabada en los huesos.

Su calor me consume, su humedad me arrastra y, cada vez que la lleno de nuevo, cada vez que la reclamo desde dentro, un espasmo la atraviesa y la hace más mía. Y yo sigo, lento, profundo, como si el mundo entero se redujera al roce de mi carne contra la suya, al sonido húmedo y rítmico de nuestros cuerpos uniéndose, al gemido que ella no logra ahogar, a la locura que ya no puedo ni quiero detener.

La cruz cruje con el movimiento. Las cadenas de sus muñecas tintinean como campanadas. Se muerde el labio. Me busca. Me espera. Y yo, mientras la follo, la domino y me hundo en ella con todo lo que soy, solo puedo pensar una cosa. Esto no es solo sexo. Es una promesa, un destino. Y pienso seguir empujando hasta que lo entienda cada centímetro de su cuerpo y no pueda negar ni una sola de las verdades que acabamos de escribir sobre su piel.

La tengo envuelta. Cada embestida es una danza sensual entre deseo y poder.

Cada vez que empujo, la noto retener el aire. Cada vez que me hundo, el cuerpo le repiquetea entero, y sus muñecas forcejean en los grilletes, porque su propio placer la está rompiendo en mil pedazos.

Mis jadeos chocan con su cuello. El sudor resbala por mi espalda. El sonido de nuestros cuerpos golpeando se mezcla con sus jadeos.

Y entonces lo noto. Está a punto, al borde, su interior me lo grita con cada contracción. Me aprieta como si quisiera atraparme ahí para siempre. La embisto una vez más lenta y firme. Hasta el fondo. Acerco los labios a su oído, tan pegado que mis palabras son más aire caliente que sonido. Y susurro:

—Ahora.

Solo eso. Una palabra, un permiso. Ella se arquea y el orgasmo le estalla en el vientre como una ola brutal. Y no hay sonido dulce. Hay un grito ahogado. Salvaje. Un sollozo entrecortado. Su cuerpo se tensa contra las correas, sus piernas se mueven sin control alrededor de mi cintura y el pulso de su sexo apretando mi polla me arranca el alma del pecho.

Yo no me muevo ni cambio el ritmo, solo la sostengo dentro, hondo, muy hondo. Y cuando siento que su orgasmo no es uno solo, sino una cadena de espasmos, de sacudidas, de respiraciones rotas, me dejo ir.

El calor me sube desde la base de la columna, me quema la pelvis, me toma por completo y empiezo a correrme dentro de ella.

—Eres tan mía…, tan jodidamente perfecta… Te llenaría todos los días… así…, hasta que no recuerdes quién eras antes… No hay lugar dentro de ti que no me pertenezca… No hay noche en la que no me folle tu recuerdo… —ronroneo o al oído, con la boca pegada a su piel sudada, al borde de la locura.

Me corro con todo. Con rabia, con algo que no sé ponerle nombre y con devoción. Mi semen inunda su interior. Lo siento brotar. Mis caderas se aprietan una última vez. La polla late dentro de su sexo aún contraído, y el contacto con el *plug* me hace sentir que estoy en todas partes de su cuerpo a la vez.

No me muevo todavía, me quedo ahí pegado a su piel, a su cuerpo. Rendido a ella por completo. Porque esta vez no solo la he poseído, he caído con ella.

45

Clara

No siento las manos ni las piernas. Todo mi cuerpo es como una gelatina, un eco de lo que ha pasado, de lo que aún flota en el aire y se pega a la piel. La cruz me sostiene un instante, pero ya no la necesito, y cuando Emir se acerca y empieza a soltar los grilletes, el calor de sus dedos en mis muñecas me quema más que la madera, que el cuero, más que el sexo. Y mientras me libera, no puedo dejar de pensar en todo lo que me ha dicho, en todas esas verdades que deberían asustarme, que a cualquier mujer cuerda la harían correr y, sin embargo, yo me quedo. Porque, con él, todo parece sencillo. Estaba tan excitada, tan perdida en su voz, en su cuerpo, que ni siquiera me importó. Lo supe, lo acepté y lo quise.

Cuando me besa las marcas rojas y sus labios calientes y húmedos se posan donde el grillete apretó, cierro los ojos sin querer. La sacudida se convierte en un alivio tan dulce que casi me deja sin respiración. Y por dentro, algo se me derrumba. Algo a lo que había estado aferrándome con uñas y dientes para no caer y que ya no tiene sentido.

Lo escucho murmurar, su voz ronca, cargada de algo que no sé si es gratitud, cansancio o ternura:

—Shhh… Ya está, Clara. Ya está. Te has entregado en cuerpo y alma, has sido muy valiente.

Y por un segundo pienso que podría dormirme así, con esa frase colgando entre los dos como un juramento que no se ha atrevido a pronunciar del todo. Mientras me aferro a ese sonido, me descubro preguntándome cómo es posible que un hombre que ha confesado que ha matado, que ha chantajeado, que ha gobernado el miedo, pueda hacerme sentir así. Tan pequeña y protegida. Tan suya.

Cuando sus manos bajan a mis tobillos y me los masajean después de haber estado atados, el cuerpo me duele de puro placer, no el placer sucio de hace un rato, no, este es otro, el de ser cuidada, el de sentir que lo que me ataba ya no pesa, porque lo sostiene él. El de descubrir que el mundo al que me ha mostrado

la entrada da miedo, sí, pero que yo quiero entrar, porque estoy dispuesta, y él lo hace fácil, lo hace inevitable.
Cuando la cruz deja de sostenerme y es él quien lo hace, cuando me recoge en brazos, cuando mi cabeza se apoya en su hombro y siento su aliento todavía agitado rozarme el pelo, el cuello, la mejilla, una paz cálida me envuelve como una manta. Y me dejo. Porque no puedo, porque no quiero resistirme. Porque, por primera vez en demasiado tiempo, no tengo que resistirme.
Me siento flotar cuando me lleva a ese rincón del club, donde el ruido del mundo parece no existir, donde solo estamos él y yo. Me deja en su regazo, me pone bocabajo y me quita el *plug* con una delicadeza exquisita, y yo empiezo a ceder. A relajarme de verdad. Cada caricia en mi piel me arrastra un poco más cerca del sueño. Cada roce lento de sus manos me afloja los nudos que aún me ataban por dentro.
—No sé cómo se hace esto, aunque voy a intentarlo, porque te lo mereces. —susurra.
Algo en mí se quiebra de pura ternura. Y me descubro sonriendo sin fuerzas, con los párpados pesados, con el cuerpo entregado al calor de sus manos, al olor de su piel, al sonido de su voz, que no sabe ser dulce, pero que lo es de alguna manera que no comprendo bien. Me doy cuenta de que tampoco tengo miedo, ni ganas de escapar, porque la oscuridad ya no parece un monstruo, es un refugio, su refugio, el nuestro.
Después, me lleva hacia la ducha. El agua es templada, como sus caricias. Sus manos en mi pelo, en mi espalda, en mis costados, me arrullan más que me lavan. Me dejo hacer. Me dejo limpiar, reconstruir. Y con cada pasada del jabón, con cada masaje lento de sus dedos en mi cuero cabelludo, el sueño me roza.
Cuando salimos, me envuelve en la toalla gruesa, cálida, y me seca despacio, me siento como si flotara y mi cuerpo ya no pesara.
En el momento en el que me viste con su camiseta, y sube unos *leggins* que no sé de dónde ha sacado con las manos firmes y temblorosas a la vez, y me coge otra vez en brazos, ya casi estoy dormida. Ya casi no distingo el calor de su pecho del calor de mi propio cuerpo rendido. Solo sé que, pese a todo lo que ha confesado y lo que el mundo diría, me siento a salvo, suya. Me siento donde quiero estar.
Me lleva en brazos, como si el simple hecho de soltarme pudiera romperme después de todo lo que ha hecho por sostenerme. Y yo me dejo, porque el calor de su pecho es lo único que me ancla ahora mismo, porque la camiseta que llevo puesta aún huele a él, y porque sus brazos son la única verdad que reconozco en este instante donde el mundo parece no existir.
Salimos del rincón del club, cruzando pasillos demasiado silenciosos y largos, donde las luces bajas y las paredes forradas de terciopelo esconden los pecados de tantos y, al mismo tiempo, nos protegen del ruido de fuera. El eco de sus pasos se mezcla con mi respiración.
El aire fresco me corta la piel al salir, pero no me importa. Porque lo tengo a él. Porque me tiene él. Porque, en ese segundo antes de que todo se rompa, solo

somos eso, dos cuerpos que se aferran, dos almas que no saben cómo explicarse lo que acaban de hacer.
Y, entonces, mi voz sale baja y rasgada, con ese humor que me salva cuando todo parece a punto de explotar.
—Joder, Emir…, ¿sabes qué parezco ahora? —Siento que se detiene un instante, que baja la vista y espera mi respuesta como si fuera lo único que importa en el jodido universo—. *Miss* Mudita —murmuro, con una sonrisa cansada que apenas puedo sostener—. Una noche entera casi sin abrir la boca. No sé cómo lo he conseguido.
Él suelta una risa baja, áspera, que más que risa es un gruñido cargado de cariño, y me aprieta un poco más contra su pecho.
—Prefiero que no hables —me dice, con ese tono que mezcla orden y ternura—. Así escucho cómo respiras.
Y, justo entonces, la noche se rompe. Un fogonazo de luz blanca nos ciega. El sonido de los gritos nos estalla en los oídos, órdenes en idiomas mezclados, acentos cruzados, el metal de las armas cargándose, el crujir de las botas sobre el suelo mojado, y varios de los hombres de Emir esposados contra los coches.
Emir gira sobre sí mismo, aún con mi cuerpo entre los brazos, el instinto de protegerme más rápido que el pensamiento, más fuerte que la razón. Lo noto tensarse, cada músculo en alerta, cada fibra suya lista para pelear o morir.
—Tranquila —me susurra, y esta vez su voz es un escudo, una promesa.
Abro los ojos con rapidez, porque el sueño se ha ido de repente, la calma se ha roto y la realidad nos ha alcanzado.
Entre el caos y las armas que nos apuntan, lo veo. Y, entonces, todo encaja. El frío que me recorre ahora no es el de la noche, sino el de la traición. Lo veo a través del destello sucio de los focos, entre el movimiento caótico de los hombres armados. Ese rostro que durante la fiesta se acercó con una sonrisa suave, estudiada, de falsa cortesía; el supuesto periodista invitado por la madre de Emir, ese hombre que se acercó a mí con la excusa de una pregunta y acabó dejando caer la frase que aún me quema: el tercer cajón.
Lo que en aquel momento parecía un aviso casi amable, lo que interpreté como un guiño, como una advertencia, era otra cosa. Me advertía a mí para traicionar a Emir mientras el anillo brillaba en mi dedo y las luces del compromiso me cegaban. Ahora su expresión ya no es la del invitado cortés, es la del cazador, la del hombre que ha esperado este instante y lo saborea antes de dar el paso final.
Siento cómo Emir, aún sin que yo diga nada, lo reconoce también. Lo percibo en la forma en que su respiración cambia contra mi sien y sus brazos se tensan un poco más a mi alrededor; en cómo su cuerpo se convierte de nuevo en un muro, en un escudo, en un arma dispuesta a todo. No me pregunta. No necesita hacerlo. Porque en su cabeza todo se ha ordenado en un latido.
Las voces se alzan cruzando la oscuridad y las armas nos apuntan. Todo ocurre a la vez, pero en mi cabeza es lento, pesado, como si la realidad se hubiera puesto a arder, y nosotros estuviéramos en el centro de la hoguera.

Emir no se mueve, no huye. Se queda de pie. Firme. Sosteniéndome como si ese gesto pudiera salvarme, o salvarle. Y yo, pegada a su cuerpo, con la cara contra su cuello, que aún huele a peligro, no pienso en correr ni en gritar. Solo pienso en él, porque lo único que tengo en este momento es su calor. Y lo único que Emir tiene ahora… soy yo.

El aire se llena de gritos, de órdenes escupidas como disparos. La Interpol nos ha cercado como a bestias. La noche deja de serla para convertirse en un escenario, y nosotros, los protagonistas de un acto que no queríamos representar.

Siento a Emir tensarse más, si es que eso es posible. Sus brazos se aferran a mí. Escucho las aspiraciones irregulares y su pulso acelerado.

El periodista —no, el cazador, el rostro que ahora marca el fin de lo que éramos hace un segundo— avanza un paso. Sus botas repiquetean en el asfalto mojado. Otro hombre se planta delante de nosotros. No grita, solo se detiene. Nos mira como quien observa un animal herido antes de rematarlo. Su voz es grave, con un acento que no reconozco, pero que hiere igual.

—Entréguela. Suelte a la mujer.

Y la frase se me clava como un frío nuevo, no porque tema que lo haga, porque sé que no lo hará, ni porque no pueda, sino porque no quiere y no sabe cómo hacerlo, y porque, aunque le costara la vida, yo ya no soy algo que él pueda soltar.

Emir no responde con palabras. Lo hace con el cuerpo, con la manera en que ladea apenas la cabeza, calcula los ángulos, las distancias, las armas… Sabe que no hay salida y, aun así, no se rinde.

Yo noto el sudor frío en mi espalda. Es miedo, ya no se trata de agotamiento ni de placer. Es de verdad. De final. De caída. Quiero hablar, decirle algo, que sepa que no tiene que sacrificarse, que no quiero ser el ancla que lo hunda, que no quiero ser la bala que le pongan en el pecho por protegerme. Pero las palabras no salen. Entonces, casi sin voz, casi como un eco, lo consigo.

—No lo hagas, Emir…

Siento tensarse su mandíbula, sus brazos se aferran más, el calor de su cuerpo se vuelve el último refugio antes del desastre.

—No pienso soltar lo que es mío —me susurra, y su voz es un juramento, una sentencia.

El falso periodista da un paso más. Las armas se alzan un centímetro. Y la noche está a punto de arder. El hombre frente a nosotros no mueve un músculo. Ni falta que le hace. Son las armas a su espalda las que nos apuntan preparados para cerrar la trampa. Son los ojos del cazador los que se clavan en los míos leyéndome el miedo y viendo el escalofrío que me recorre por dentro, aunque por fuera siga sujeta a Emir.

El agua de la lluvia, inusual en esta época del año, ha empezado a caer de nuevo y resbala por las mejillas de ambos, por el cuello de Emir, por mis brazos, por las manos que no ha soltado, que no piensa soltar. Las gotas se mezclan con el sudor, con el calor que aún nos envuelve como un eco de lo que fuimos segundos antes de que todo estallara.

—Entréguela. —La orden vuelve, más baja, más grave, como un zarpazo que no hace ruido, pero que desgarra igual.
Y Emir no se mueve, no cede, ni tan siquiera parpadea. Lo siento agitarse, pero no de miedo, de contención, de esa rabia que le hierve por dentro, de ese instinto suyo de bestia que busca una salida, aunque sepa que no hay.
El cazador da otro paso. Lo que no sabe es que hay hombres que prefieren arder antes que entregar lo que es suyo.
Los gritos de los agentes se mezclan con el latido de mi sangre, que ya no distingo de la suya. Intento hablar otra vez, porque quiero salvarlo, porque quiero salvarnos. Pero lo único que me sale es un susurro que muere contra su cuello:
—No. Por favor, no.
Y Emir baja apenas la cabeza. Su frente toca la mía, húmeda, temblorosa, y cuando habla, su voz no es un grito ni una orden. Es un juramento, una despedida antes de la guerra.
—Nunca.
Y, entonces, siento que se tensa más. Lo veo, lo intuyo, lo presiento: el segundo antes de la explosión, del movimiento, del caos que va a arrasarlo todo.
El cazador alza la mano. Los dedos marcan una señal que no alcanzo a entender, pero que lo decide todo. Y el mundo, en ese instante, deja de ser nuestro y se convierte en campo de batalla.
El aire se espesa tanto que parece que lo respiramos a bocados. El sonido de las botas mojadas acercándose es un tambor sordo que nos golpea desde el suelo, desde el pecho, desde dentro. Las armas nos apuntan. Y Emir… Emir no me suelta. No se mueve. No cede.
Noto su aliento contra mi mejilla, caliente pese al frío, pese a la lluvia y a la noche que nos devora. Siento su brazo aferrado a mi espalda, su mano firme en mi muslo, sujetándome como si ese gesto pudiera detener el tiempo o fuera lo último que le queda.
El primer disparo no lo oigo. Lo siento. Un golpe seco contra el metal del coche. Luego otro. Y otro. El aire se llena de balas, de gritos, de sombras que corren, de destellos que no son luz, sino muerte.
Y Emir se mueve como un animal arrinconado que aún sabe luchar. Se gira, me cubre, me mete contra el coche, su cuerpo sobre el mío, su calor protegiéndome, su respiración rota entre dientes, sus ojos que no veo, pero que imagino fijos en la salida, en la amenaza, en todo lo que viene.
Las balas siguen cayendo. El ruido es un rugido. El mundo un caos de acero y fuego. Y él no me suelta, aunque sé que le cuesta y que lo arriesga todo.
—Aguanta, Clara —me dice al oído, y su voz es una promesa, una despedida que no quiere pronunciar—. Aguanta, joder.
Mis manos buscan su espalda, se aferran a su camisa mojada, al calor de su piel, al único refugio que me queda. Quiero decirle algo, que me salve, que huya, que me deje, que no muera por mí. Pero no puedo. Porque el miedo ya me ha roto y me ha vencido.

Un golpe de metal. Un foco que cae. Una figura que se lanza. Emir se mueve, esquiva, empuja. Todo a la vez. Todo como si supiera que no hay victoria posible, pero, aun así, lo intenta.

Y lo último que veo, antes de que las manos que nos rodean nos arranquen el uno del otro, antes de que el frío del suelo me golpee, antes de que la noche se trague su cuerpo y el mío, son sus ojos que no dicen adiós, que lo gritan todo, que se clavan en mí como la última verdad: no te soltaría, aunque me mataran.

Y, entonces, el mundo se apaga.

46

Emir

La conciencia regresa despacio, resistiéndose a enfrentarse al caos que ya intuye. Primero es el dolor clavándose entre las costillas, bajando por mi brazo derecho. Luego, la realidad entra en tropel, golpeándome desde todas partes: voces, pisadas apresuradas que retumban contra el suelo mojado, el olor a pólvora caliente mezclado con la humedad de la noche, el sabor oxidado de la sangre que ya empieza a filtrarse entre mis dientes.

Intento moverme o levantarme, sin embargo, mis brazos están atados detrás de la espalda con unas esposas que me muerden la carne sin piedad, y la cabeza me late con tanta violencia que apenas puedo abrir los ojos. Cuando lo hago, el mundo se tambalea, envuelto en un torbellino borroso. Y, entre todo ese ruido, entre toda esa confusión, un solo pensamiento consigue abrirse paso con claridad feroz: *Clara.*

La busco con la mirada, desesperado, por encontrarla viva, necesito oír su voz y su respiración, ver la piel que tan loco me vuelve, y lo único que encuentro es el frío de la noche.

—Clara… —murmuro, casi sin aire, con un hilo de voz que nadie escucha en medio de este caos infernal—. ¿Dónde coño está Clara? —Un agente pasa cerca con ritmo acelerado, ni siquiera se molesta en mirarme cuando le grito de nuevo, esta vez con más fuerza, con más furia, con toda la desesperación que me araña la garganta—. ¡¿Dónde está Clara?!

La indiferencia que recibo como respuesta es peor que cualquier amenaza. Peor que las esposas que me cortan la circulación, o del dolor físico que ya casi no noto porque el otro, el que nace de imaginarla lejos, sola, herida o en manos que no son las mías, me está destruyendo desde dentro hacia afuera.

Cierro los ojos con fuerza, apretando los dientes, obligándome a pensar y a respirar para no perder el control ahora. Clara tiene que estar viva. La habrán separado y llevado a otro vehículo, a otra habitación, pero viva. Y si está viva, puedo recuperarla, salvarla. Porque destrozaré cada maldito rincón de este mundo hasta encontrarla.

Entonces, justo cuando el pensamiento empieza a darme algo a lo que agarrarme, escucho otro sonido que me paraliza por completo: un gemido suave, desgarrado, demasiado familiar. Giro la cabeza tan rápido que el dolor me golpea de nuevo más fuerte. Y la veo.

La tienen al otro lado, apenas visible entre las piernas de los agentes que la rodean. Está arrodillada, la cabeza baja, el pelo revuelto cubriéndole parte del rostro. Pero sé que es ella. Reconozco la curva delicada de sus hombros, que se mueven sin poder evitarlo, la forma en que la camiseta que lleva puesta —mi camiseta— se pega a su cuerpo empapado por la lluvia y la desesperación. Algo en la postura rígida de sus brazos, en cómo su mano izquierda presiona firmemente contra su costado, me revela que está herida.

—Clara…, ¡mírame! —le grito con lo que me queda de voz, arrastrando las palabras en mi última oportunidad de alcanzarla—. ¡Mírame, joder!

Ella levanta el rostro despacio. Sus ojos encuentran los míos. Los suyos están dilatados y oscuros, llenos de un miedo que no quiero ver, de una súplica que me parte por dentro.

—Emir… —susurra, con la voz quebrada, rota, frágil—. Emir…

Mi nombre en sus labios es un puñal directo al corazón. No tengo tiempo para decirle que estoy aquí, que voy a salvarla cueste lo que cueste, porque, justo en este momento, una mano la agarra con violencia, y la levanta del suelo. Clara grita, un sonido que se me clava como mil cuchillas. Intento levantarme, pero me sujetan con fuerza, arrastrándome hacia atrás y me empujan hacia uno de los furgones que esperan. La veo desaparecer en dirección opuesta, custodiada por agentes que la empujan sin contemplaciones hacia otro, alejada de mí, arrancada de mi lado. La desesperación me invade. Uno a uno, suben a todos mis hombres, que están esposados.

Justo antes de que me suban, mis ojos capturan otra figura en el caos: el encargado del club, un hombre que hasta ahora había sido solo un rostro discreto y muy leal dentro de la organización y de la familia. Ahora su presencia se vuelve crucial. Nuestras miradas se cruzan por un segundo largo, suficiente para que todo quede claro entre ambos.

Él asiente, imperceptiblemente, comprendiendo sin palabras lo que debe hacer. La certeza se instala en mí como un destello de esperanza en medio de la oscuridad: llamará a mis hermanos. Avisará a Altın Halka. La maquinaria de guerra y rescate se pondrá en marcha.

La puerta se cierra bruscamente, sumiéndome en una penumbra fría, me dejo caer contra el lateral y aprieto los ojos con fuerza. Solo una promesa resuena en mi interior: voy a recuperarte, Clara.

El vehículo arranca con brusquedad y avanza durante un buen rato, alejándose rápidamente del lugar del caos inicial. Mi respiración se estabiliza poco a poco. Durante más de media hora que se me antoja eterna, permanecemos allí dentro. Intento ordenar mis pensamientos, planificar mis próximos pasos, cuando, de pronto, una violenta sacudida lanza a todos contra las paredes metálicas del vehículo.

—¡Emboscada! —grita alguien desde fuera.

Los gritos externos se multiplican, los disparos estallan alrededor como pequeñas explosiones, perforando el metal y creando un ruido infernal. El conductor cae, y escucho cómo su cuerpo golpea el volante, activando una bocina que suena sin parar, aumentando aún más el caos del momento.

Las puertas traseras se abren de golpe, dejando entrar la oscuridad de la noche y la figura imponente de un hombre armado que reconozco al instante. Es de los míos. Me libera con movimientos rápidos y eficientes. Otro de los nuestros lo hace con el resto.

—Señor Demirhan, sus hermanos enviaron ayuda —dice con voz firme mientras me entrega un arma—. Tenemos que salir de aquí.

Salto del vehículo, con el corazón martilleando en mi pecho, buscando frenéticamente cualquier rastro del furgón en el que se llevaron a Clara. Pero, en medio del humo, la confusión y la violencia que estalla a mi alrededor, ya no hay ningún rastro del vehículo donde está ella. Ha desaparecido sin dejar huella.

La desesperación amenaza con tragarme entero mientras me quedo de pie en medio del desastre, jurando en silencio que haré pagar caro a quienes se atrevan a tocar lo que es mío.

El camino de regreso a la mansión es un infierno envuelto en silencio. El coche avanza a toda velocidad, lo único que me importa es que Clara no está conmigo. Mis manos, aún manchadas de sangre y tierra, se cierran en puños sobre las piernas, mientras que mi cuerpo magullado por la lucha arde con un dolor sordo que no logro apartar, pero que no me importa mientras ella siga lejos.

Cuando cruzamos las puertas de la mansión con una tensión insoportable que se palpa en cada fibra de nuestro ser, Kaan y Baran se bajan casi al mismo tiempo que yo, sus rostros duros, sus ojos arden con la misma rabia que me quema a mí por dentro. Entramos juntos en la sala de control, donde las luces de los monitores iluminan la oscuridad con ese brillo azul y frío que parece burlarse de nosotros.

—Tenemos que hablar claro, Emir. Debemos saber si Clara nos traicionará. ¿Le has contado algo? ¿La podemos considerar leal? Porque si nos vende… —dice Baran, su voz tensa, las palabras salen como golpes que apenas logra retener.

—No es una cuestión de confianza ciega —interrumpe Kaan, su tono igual de grave, pero más sereno, como quien intenta sostener el mundo sobre sus hombros—, es de supervivencia. Ella podría largar lo que sabe con tal de salir viva de allí, o llegar a algún tipo de acuerdo con ellos. Lo que debemos preguntarnos es, ¿podemos arriesgarlo todo por ella?

—Clara no hablará —digo, con la voz cargada de rabia, sin apartar la mirada de mis hermanos—. Ella es valiente, no dirá nada, os lo juro. Pero está herida, y puede que sola, asustada y entre enemigos. Necesitamos encontrarla y tenemos que hacerlo ya. Esperad un momento. —Activo el GPS del localizador a través del panel seguro de mi ordenador y aguardo el tiempo que tarda en activarse. Apenas son unos segundos que se me hacen eternos.

Mi respiración se acelera. Los miro a los dos, sintiendo cómo la rabia, el miedo, el dolor y algo más que no sé distinguir se mezclan en un solo latido brutal que retumba en mis sienes. En ese momento, las puertas se abren de golpe. Mi madre entra con el rostro desencajado por la preocupación. Sus ojos se clavan en mí y enseguida ve los moratones y la sangre de las heridas superficiales.

Se acerca, los ligeros movimientos en sus manos traicionan su aparente control.
—Estás herido… ¿Por qué no me lo ha dicho nadie? ¿Qué estás haciendo en pie? —insiste con la voz preocupada.
Intento apartarme, pero sus manos ya se aferran a mi brazo.
—No es nada, madre. Lo que importa ahora es Clara —digo, con la voz quebrada, pero cargada de toda la tensión y la tranquilidad que intento transmitir. Dejo que las palabras fluyan con naturalidad mientras aparto su mano con suavidad.
—Todo esto es culpa de esa traductora extranjera. Te lo advertí, Emir, que no saldría bien, y mira cómo estás ahora, y quién sabe si no terminaremos todos entre rejas por esa fulana. ¡Parece mentira que no sepas que puedes follártela sin necesidad de casarte!
—Basta ya, madre —la corto en un tono que me sale más alto de lo que pretendía en un principio—. No hables así de mi prometida. Ahora ella forma parte de esta familia, ¿lo has entendido?
Unos minutos más tarde, entran Jorge y Marina, apoyando a la madre de Clara, que apenas puede sostenerse en pie. Su rostro está bañado en lágrimas, la desesperación se ha transformado en un lamento que atraviesa la sala.
—Mi niña… Mi niña… ¿Dónde está mi niña? —solloza en español. No entiendo lo que dice, sin embargo, me lo imagino.
Jorge se traga las lágrimas, da un paso al frente, traduce como puede al inglés.
—Emir, pregunta por su hija. Necesita una respuesta, esperanza.
Me acerco a ella, tan cerca que puedo ver la súplica muda en su mirada. Y entonces hablo, bajo, firme, con una certeza que es más promesa que palabras.
—I swear to you, no matter what it takes, I will find her and bring her back safely. You have my word.
Marina traduce, la voz ahogada por la emoción, intentando que el peso de mis palabras llegue completo al corazón de esa madre rota. Y yo lo repito para mí mismo, en silencio, mientras los ojos de todos se clavan en mí:
—No importa el precio ni la sangre que tenga que derramar. Clara volverá.

Baran y Kaan no esperan más. El pequeño se adelanta, ya marcando números en el teléfono. El otro se coloca junto a la pantalla a mi lado, estudiando la zona que el localizador está cercando. —Aquí está —espeta Kaan con seriedad—. No te preocupes, hermano, iremos a por ella y la traeremos de vuelta sin un solo rasguño.

Y yo me inclino con las manos apoyadas con fuerza sobre la madera, el dolor late al ritmo de mi furia. Y lo susurro, apenas un eco de lo que en realidad grita mi alma:

—Me la han quitado. Ahora se van a arrepentir de haber nacido.

Antes de que salgamos de la sala, Baran clava los ojos en mí, con esa mezcla de rabia y urgencia que compartimos, y dice en voz alta lo que todos ya pensamos.

—Primero iremos a rescatarla. Luego, haremos una visita al jefe de la Interpol. Le recordaremos a quién debe lealtad. Cogeré el puto video, nos vendrá bien ahora.

Kaan asiente sin una palabra, su mano se cierra en un puño, y en un instante, estamos subiendo al coche, con un plan tan claro como desesperado. La noche avanza mientras nos lleva directos al almacén donde la tienen secuestrada. Dentro, el silencio es un campo de pólvora que solo espera la chispa. Kaan al volante, con la mandíbula apretada y los ojos fijos en la oscuridad, como si pudiera abrirla a tiros; Baran con el móvil en la mano, organizando a nuestra gente, su voz es un murmullo cargado de órdenes; Ali desmonta y monta su arma como quien se prepara antes de matar. Yo, encajado en el asiento, ardiendo por dentro por la imagen de Clara lejos, rota y sola.

—La mitad del equipo irá por el flanco sur del puerto —dice Baran, alzando la voz lo justo para imponerse al motor—. Los demás entrarán desde el lado de los almacenes viejos. No dejamos salidas libres.

—Que nadie dispare hasta que lo ordenemos —añade Kaan, su tono helado, el de quien ya ha empezado la matanza en su cabeza—. Los quiero vivos hasta que Clara esté a salvo. Después… —y deja la frase caer, porque el después será un infierno. Ali asiente, cargando el arma, el clic metálico es un presagio—. ¡Y que alguno intente correr! Quiero que les demos una lección que el puerto recuerde durante generaciones.

—Cuando lleguemos —digo yo, la voz rasgada por la rabia—, me dais cinco minutos. Quiero ser yo el que los mire a los ojos antes de que empiece el caos.

Detrás de nosotros, varios vehículos más: nuestros hombres, nuestros lobos, el peso de Altın Halka preparado para arrasar.

El coche se detiene. Bajamos. Ante nosotros se alzan los almacenes del puerto viejo: estructuras de hierro y ladrillo, ennegrecidas por el tiempo y la humedad, un laberinto de sombras y contenedores oxidados que despiden un hedor a sal, aceite y podredumbre. Es un lugar hecho para el crimen, un rincón olvidado donde la ley nunca llega. Y la noche, negra y cómplice, nos traga al asalto final.

El combate estalla. Los disparos iluminan la oscuridad a ráfagas, el eco de las balas se mezcla con los gritos, el estruendo de las puertas rotas, el choque de los cuerpos contra el metal oxidado de los contenedores. Nuestros hombres se

despliegan como un mar de sombras, entrando por cada acceso, tomando posiciones, acorralando a los traidores que intentan esconderse. El aire huele a pólvora, a sudor, a miedo ajeno.

Yo avanzo entre el caos. Mi respiración es fuego, y mis pasos son golpes sobre el cemento empapado de sangre y lluvia. Y, entonces, la veo. Allí, al fondo del almacén, rodeada por la sombra de los hombres que creyeron poder arrebatármela. Sus ojos se cruzan con los míos, y por un instante, el mundo se detiene. Pero hay algo en su mirada que me golpea más que cualquier bala. Algo extraño. Algo que no sé nombrar, pero que me hiela más que el frío de la noche.

El combate sigue, pero yo solo veo esos ojos, y lo que esconden.

47

Clara

El furgón devora las calles oscuras y vacías. El traqueteo me arranca una punzada dolor en el hombro. Me mantengo erguida como puedo, respiro como si cada bocanada fuera un esfuerzo titánico, y siento el calor húmedo de la herida bajo la ropa, un recordatorio constante de lo cerca que estuve. Mis ojos recorren el interior del vehículo, los rostros tensos de los hombres que me custodian, las armas sobre sus piernas, el reflejo fugaz de las luces en las ventanillas. Intento memorizar el recorrido, contar giros, semáforos, alguna señal, pero el cansancio y el dolor nublan mi mente y todo se funde en una bruma amarga. La ciudad es un laberinto que me traga.

Cuando por fin se detiene el vehículo, la noche parece aún más negra. Me bajan sin decir una palabra, las manos firmes como grilletes alrededor de mis brazos. La clínica es un edificio anodino, perdido entre naves industriales, con un letrero apagado y ventanas ciegas. Dentro, el olor a desinfectante me asfixia. El médico es un hombre gris, de manos frías y mirada huidiza. Me sienta en una camilla, rasga la tela de la camiseta con unas tijeras sin miramientos y examina la herida bajo la luz cruel del fluorescente.

—Has tenido suerte. Es solo un roce. El proyectil no ha llegado a penetrar el músculo —dice, su voz neutra, como si hablara de un objeto roto—. Voy a limpiarla y a dar un par de puntos. Quédate quieta.

No respondo. Aprieto los dientes mientras el escozor de la desinfección me arranca un estremecimiento. Luego, me ponen una inyección que imagino que será un poco de anestesia local. Lo observo todo: los movimientos precisos de sus manos, el temblor leve de mis propios dedos sobre la tela de la camilla, los hombres

armados que vigilan desde la puerta. Grabo en mi memoria cada detalle: la puerta que chirría, la ventana entreabierta, el sonido lejano de un tren que pasa.
Cuando terminan, me obligan a ponerme en pie. La herida late con un dolor casi insoportable. El trayecto de vuelta es un descenso al infierno y el camino sigue, directo a un destino que aún no conozco, pero que siento como un pozo sin fondo.
El vehículo se para frente a un almacén que se alza como un monstruo de metal y ladrillo, y me empujan al interior, donde el foco me deja ciega por un instante. Duval y el hombre de la fiesta —Moreau, que ahora descubro su nombre— me observan con la crueldad de los depredadores. Me siento en la silla de madera, y el juego empieza.
—Clara —comienza Duval con su voz suave como una trampa—, sabemos que eres inteligente y que esto no te gusta más que a nosotros. Pero tenemos que hablar de Emir. De lo que realmente es. Tráfico de armas —dice con tono pausado, como quien enumera pecados—. Rutas, cifras, acuerdos cerrados por Emir y sus hermanos.
Me muestran fotografías en las que distingo puertos nocturnos, contenedores abiertos llenos de fusiles, y entre ellos un hombre de rostro duro, ojos fríos y tatuajes en el cuello que Moreau señala sin apartar la mirada de mí.
—Ese es Viktor Malenkov, un *vor* ruso, cabeza de la Bratva en San Petersburgo. ¿Sabes lo que significa que Emir cierre tratos con él? —añade, dejando que las palabras caigan como plomo—. Lo sabes, ¿verdad? ¿No quieres que esto acabe?
Duval asiente, reforzando.
—Drogas. Todo lo mueve él. Fiestas, hoteles, lavado de dinero… Demirhan Jewels no es más que la tapadera legal de todo eso, la fachada para blanquear millones. Lo has visto, aunque no lo aceptaras.
—Prostitución de lujo —añade Moreau, extendiendo más papeles—. Chicas que valen menos que los relojes que regalan en esos círculos. Chicas como podrías haber sido tú.
Duval se inclina hacia mí con la voz cargada de falsa comprensión.

—Clara, podemos protegerte, sacarte de todo esto. Tú solo tienes que hablarnos, ayudarnos. Lo que tienes en el dedo no es un escudo, es una cadena que te condena.
Yo sigo sin responder. Giro mi anillo de compromiso entre los dedos, mi único refugio. Todo eso lo sabía, me lo contó el propio Emir hace apenas unas horas, pero escucharlo de sus bocas, entre todas estas pruebas, me araña. Me quiebra.
Entonces, Duval deja caer el golpe final, saca nuevas fotografías y las deja sobre la mesa. Son imágenes borrosas de Emir en lo que parecen sesiones de doma, rodeado de mujeres con miradas vacías, atadas, marcadas. Y algo en mí se rompe al verlo: siento cómo la vergüenza ajena y la rabia se mezclan con un dolor seco en el pecho, como si el aire me faltara, y el hombre que creí conocer se desdibujara frente a mis ojos. Y lo peor es que eso es lo mismo que ha hecho conmigo hace apenas unas horas, y esa certeza me duele más que cualquier imagen sobre la mesa. Las lágrimas comienzan a resbalar por mis mejillas, cálidas, amargas, incontenibles, desbordándose al fin el peso de todo lo que veo y escucho. Niego con la cabeza, no porque no me lo crea, porque lo veo, lo siento, lo sangro por dentro…, sino porque, aunque me destroce, no pienso traicionarlo. Y ese dolor se me clava más hondo que cualquier herida.
—¿Ves eso? Son putas. Las entrenaban para luego venderlas al mejor postor. ¿De verdad vas a seguir defendiéndolo?
Levanto la mirada, los ojos nublados por las lágrimas. Mi voz, cuando por fin se abre paso entre el nudo que me ahoga, sale rota, cargada de todo lo que no quiero decir, pero ya no puedo callar.
—No sé nada. Él no me ha contado nada. Y si tenéis tantas pruebas en su contra, ¿por qué no lo detenéis y punto?
Duval me mira con los ojos cargados de un cansancio que ya no disimula.
—Porque lo hemos intentado. Cada vez que nos acercamos, desaparece. Porque todo lo que tenemos hasta ahora lo convierte en humo ante la ley, porque quienes deberían ayudarnos le deben favores o temen lo que sabe. Por eso tu testimonio es la llave, Clara. Es lo único que lo haría caer de verdad.

—Dinos lo que sabes, y esto acaba. Nadie tiene que arrastrarse más en este barro. Ni tú ni nosotros —remata Moreu.
Y yo sigo callada, la duda crece como una grieta en el muro que he levantado dentro de mí. Duval da un paso más, su voz intenta sonar tranquilizadora, casi tierna.
—Podemos ofrecerte protección, Clara. A ti y a tu familia. Serás testigo protegido, tendrás una nueva vida lejos de todo esto. Solo tienes que ayudarnos a cerrar este círculo.
Moreau me observa fijamente y esboza una sonrisa amarga.
—¿Miraste en el tercer cajón de su escritorio como te pedí? —deja la pregunta suspendida en el aire, y su tono se torna ácido al instante —. No, ¿verdad? Te distrajo con sexo, como siempre hace, porque así es como funciona con él.
—Existen vídeos, Clara —empieza Moreau, con un tono que mezcla asco y cansancio—, muestran lo que nunca debería ser visto: políticos, empresarios, hombres poderosos, sometidos, humillados, atados en sesiones de doma que Emir organiza. Los graba para después chantajearlos y atraparlos en su red de corrupción. ¿Sabes qué hace con esas imágenes? —Su mirada corta como un cuchillo—. Las usa para comprar sus decisiones, para ensuciar las leyes que deberían haberte protegido. Y, mientras tanto, tú... tú sigues creyendo que el silencio es tu salvación. ¿De verdad piensas que a ti no te ha grabado?
El peso de sus palabras se clava en mi pecho, y algo se remueve en lo más hondo, porque la duda empieza a doler como una herida nueva.
—Y el robo de la joya durante la reunión en Valemont, en Madrid, ¿sabes por qué fue? —añade Duval, su voz cargada de intención—. Porque en esa pieza estaba el chip que contenía todas las pruebas necesarias para condenarlo. Eso era lo que buscábamos y es lo que él se llevó para que la verdad no saliera a la luz.
Duval aprieta los puños sobre la mesa, y su voz se quiebra por la frustración.
—Cada vez que damos un paso adelante, él se interpone, lo borra, se encarga de dejarnos en ridículo. Hemos tenido que traerte fuera de las dependencias de la policía, Clara, porque si hubiéramos

intentado interrogarte allí, tu ubicación ya estaría en sus manos, ¿lo entiendes? Ni siquiera estamos seguros en nuestro propio terreno. Él nos supera, porque juega sucio y sabe cómo ganar.
Moreau golpea con los nudillos la mesa, sus ojos fijos en los míos, y su voz se convierte en un cuchillo que busca desgarrarme.
—¿Y tu madre, Clara? ¿Has pensado en lo que podría pasarle si todo esto se vuelve contra vosotros? No solo es tu vida la que cuelga de un hilo. Piensa en ella, en lo que podría sufrir si un hombre como Emir decide que se ha acabado el juego. ¿De verdad quieres arrastrarla contigo al abismo?
Duval refuerza, inclinándose hacia mí, susurra palabras urgentes de quien ya no suplica: amenaza con la verdad.
—Una palabra tuya, solo una, y todo esto termina. Tú puedes salvaros a las dos. No conviertas esto en un sacrificio inútil.
Moreau deja caer el golpe final, su voz un susurro cargado de veneno.
—Y no es lo peor. Hay un cargamento, Clara. Un cargamento de menores que está en camino. Niños que van a acabar en las mismas redes que Emir alimenta, que servirán para los vídeos que hoy te mostramos. Tú puedes evitarlo y parar esto antes de que ocurra. ¿De verdad quieres vivir sabiendo que no hiciste nada? —Sus palabras se clavan como agujas, y yo siento cómo el abismo se abre bajo mis pies, el vacío me traga, la certeza de que ya no hay salida me asfixia.
Y, entonces, la imagen de esos niños, atrapados en un mundo de redes de traficantes sin alma, se me clava en el pecho como un grito que no puedo acallar. Siento cómo las lágrimas que aún no han resbalado me queman los ojos, mientras dentro de mí algo se rompe, porque me doy cuenta de que me he enamorado de uno de ellos, de uno de esos monstruos que hacen posible este horror. Y el recuerdo de cada caricia suya, de cada mirada y de cada noche en la que me creí especial me golpea con la fuerza de una traición que me desgarra. Las sesiones de doma que compartimos, los momentos en que me perdí en su cuerpo, se vuelven de pronto lodo en mi memoria, porque nunca, nunca pronunció las palabras que yo

ansiaba: nunca dijo que me amaba. Recuerdo a la perfección las palabras que le dijo a Baran:
«¿Amor? Esto es un acuerdo, un pacto que he hecho con ella. El resto son fuegos artificiales».
Y eso, ahora, duele más que todo lo demás.
El estruendo de disparos rompe el aire como un relámpago. Las voces gritan, el metal cruje, las puertas saltan por los aires y el caos se desata. Emir ha llegado. El rugido de las armas y el eco de las balas lo anuncian antes de que lo vea. Todo se convierte en humo, en ruido, en el desgarro de la realidad que se rompe para arrastrarme fuera de este infierno. Nuestras miradas se cruzan en medio del estruendo, pero ya no veo al mismo Emir de antes; lo que hay en sus ojos es sombra y fuego, algo que me duele más que la herida en mi hombro. Entre el caos, un abogado entra, un hombre trajeado con el maletín en alto como un estandarte, y su voz retumba sobre el estrépito de la batalla.
—¡Esto es un secuestro! ¡No pueden retenerla por la fuerza! Exijo que la entreguen de inmediato o aténganse a las consecuencias legales.
Emir avanza con los ojos inyectados en furia hasta la posición de Duval, se acerca a él peligrosamente y casi pega su nariz a la del policía.
—¡Esto no va a quedar así, Duval! ¡Estáis jugando con fuego! —amenaza.
Baran gruñe entre dientes, encarándose con Moreau, y da un paso al frente, la voz grave, pero cargada de una amenaza que hiela el aire.
—Esto es una farsa, y lo sabéis. Soltadla antes de que sea demasiado tarde. Esto no terminará bien para ninguno si seguís por este camino.
Kaan alza la voz, firme, con la autoridad de quien no está dispuesto a ceder.
—Esto es una vergüenza, un abuso que ni siquiera podéis justificar. Sabéis perfectamente que no teníais derecho a retenerla ni un segundo. Lo sabéis y, aun así, lo habéis hecho. Ahora tendréis que afrontar las consecuencias.
Ali avanza un paso, la mirada de acero, la voz baja, peligrosa.

—Os estáis metiendo en un terreno del que no saldréis enteros. No os equivoquéis.
Duval, agotado y al borde del límite, golpea la mesa con el puño con un tono de voz desgarrado por la frustración.
—¡Llevamos años intentando desmantelar vuestra red! ¡Esta era nuestra única oportunidad de romper el círculo!
Moreau lo secunda, con su tono envenenado de rabia y desdén.
—Esto no es un rescate, que lo sepáis. Clara, son ellos los que te secuestran. Te arrastran de nuevo a su infierno. ¿Eso es lo que quieres? —me intenta convencer una última vez, algo desesperado. Miro a Emir, pero ya no del mismo modo, tan solo quiero dejar todo esto atrás y solo hay una manera de conseguirlo. No digo nada, tan solo giro el rostro hacia la persona que me ha traicionado de nuevo, que ha vuelto a mentirme pese a que me dijo que no lo haría y, con todo el dolor de mi corazón, asiento una sola vez.
Duval y Moreu resoplan entendiendo que no lo voy a traicionar, pese a todo lo que me han dicho. Con un gesto, me indican que puedo marcharme. Me levanto con la mano apoyada en el hombro. La herida me quema, aunque más lo hace la que tengo en el alma. Había aceptado todo lo que Emir era, todo lo que me había contado. Sin embargo, las últimas revelaciones me han resquebrajado para hacerme añicos, esas son las que no soporto.
Emir me arropa por los hombros y me conduce hacia el coche. Durante el trayecto de regreso a la mansión, intenta tranquilizarme.
—Clara, mírame, por favor. Todo ha terminado. Estás a salvo. Nadie va a hacerte daño. —me dice en voz baja, con un tono cargado de una ternura que me desarma y me hiere al mismo tiempo, pero yo lo rehúyo, esquivo su mirada y cierro los ojos para no ver ni sentir, deseando que el camino se termine y, con él, esta pesadilla.
—Estoy bien —murmuro, sin mirarlo, con la voz apagada, por su insistencia.
Emir intenta acercarme a su hombro, pero yo me separo, giro el rostro hacia la ventana, como si el paisaje pudiera salvarme de sus palabras.
—Clara, por favor, dime qué ha pasado allí dentro. ¿Te hicieron daño? ¿Te obligaron a algo? —insiste con delicadeza, como si le

hablara a un niño pequeño, y ese simple pensamiento me revuelve el estómago.
—No les he dicho nada —respondo al fin, mi voz cortante, como un muro entre los dos—. No te he traicionado, Emir, si es eso lo que quieres saber.
—No se trata de eso, yo solo…
—Estoy cansada y dolorida. Por favor, dejemos el tema por ahora, ¿de acuerdo?
El silencio se instala entre nosotros, pesado, incómodo, y así, sin cruzar una mirada más, llegamos a la mansión.
El portón se abre y la luz del vestíbulo me golpea como una ráfaga cálida que no me reconforta. A un lado veo de refilón a la madre de Emir, rígida, con la mirada clavada en mí como un juicio silencioso. A su lado, Yağmur, perfecta, impecable, con esa expresión que no deja leer nada. Pero yo paso de largo, porque los míos me esperan.
Mi madre se lanza hacia mí con el rostro arrasado por las lágrimas, el cansancio de la espera y con las manos temblorosas al tocarme, temiendo que sea un espejismo.
—Clara, hija... Clara, mi niña... —balbucea, abrazándome con la fuerza de quien cree que va a perderlo todo.
Jorge y Marina se acercan con los ojos brillantes de emoción y miedo. Jorge me toma de los hombros con su voz rota.
—¿Estás bien? Dímelo, por favor.
Marina no puede contener el sollozo y se abraza a los dos, apretándonos como si quisiera pegarnos las grietas del alma. Yo apenas puedo hablar, pero les sonrío entre lágrimas y dejo que el calor de sus cuerpos me sostenga por un instante.
—Estoy bien. Ya pasó. Estoy bien —susurro, aunque por dentro me sienta más rota que nunca.
Mi madre, entre lágrimas y nervios, deja escapar uno de esos refranes que siempre cambia y que, sin querer, rompe la tensión del momento.
—Más vale hija en casa que valiente en la plaza..., o como se diga —murmura, intentando sonreír, mientras me aprieta con más fuerza.
Jorge intenta aliviar el nudo en el pecho de todos, y suelta una de las suyas, medio en broma, medio temblando.

—Pues nada, cuando todo esto acabe, yo invito a las cervezas, al *whisky*, o a lo que haga falta para olvidar esta locura.
Mi madre, que no deja de sollozar, replica con otro de sus refranes torcidos, fruto de los nervios.
—Anda, Jorge, que barriga llena no tiene pena..., o eso decía mi abuela, creo. Así que vamos a la cocina, que voy a prepararle un caldito a mi niña para que se le asiente el estómago, ¿te apetece, cariño?
La voz de Emir rompe el momento, su tono es suave, pero cargado de una firmeza que no deja lugar a réplica. Se acerca despacio, sus ojos clavados en los míos, y con un gesto casi reverente, temiendo quebrarme más de lo que ya estoy, habla mientras sus dedos rozan mi brazo con cautela.
—Basta ya. Clara necesita descansar. Ha sido demasiado para una sola noche y yo... yo me encargo de cuidar a mi prometida. Os lo ruego —espeta Emir en inglés. Su mirada se detiene en cada uno de los rostros que me rodean, su voz se quiebra apenas al pronunciar esas últimas palabras, pero las sostiene con la fuerza de quien no quiere perder lo poco que aún cree tener.
Siento cómo su mano, cálida y temblorosa, se posa sobre mi hombro. Sus ojos buscan los míos, esperara un permiso silencioso. Y, sin decir más, me guía hacia el interior, alejándome del calor de los míos, del único refugio que he sentido en mucho tiempo.
Mientras caminamos, con el peso de su mano en mi hombro, reúno las fuerzas que aún me quedan y le clavo una mirada que ya no sabe de ternura.
—No me cuides más, Emir. No sé si lo que más necesito ahora es descansar, o despertarme de esta pesadilla que tú mismo has construido.
Su paso vacila apenas un segundo, y sé que he dejado una huella donde antes hubo armadura.

48

Emir

La acompaño hasta su dormitorio, sintiendo cómo cada paso es más pesado que el anterior. Clara no me mira, no dice nada. Su silencio es un muro que no sé cómo derribar. Cuando por fin cruzamos el umbral, se encierra en sí misma, y yo me quedo allí, sin atreverme a tocarla. Sus ojos, cuando se cruzan un instante con los míos, son un abismo que me traga. Me aparto, sabiendo que mi presencia no la calma y que mis palabras no son el bálsamo que necesita. Me marcho en silencio de la habitación antes de que aparezca el médico, arrastrando conmigo el peso de todo lo que no me atrevo a decirle, y me encierro en la mía, buscando un respiro que no encuentro.

Me dirijo al despacho y me siento en el sillón con un leve dolor por los golpes. Prefiero ese dolor al otro, al que Clara ha dejado en mi pecho. Hülya, mi madre, está allí, de pie, con el ceño fruncido, el rostro surcado de preocupación. Yağmur, impecable como siempre, me observa con esa mezcla de pena y desaprobación que tanto me irrita.

—Esto no puede seguir así, Emir —dice mi madre al fin, como una sentencia que lleva tiempo gestándose—. Esa chica no es para ti. Mira lo que ha traído a esta casa y en lo que te está convirtiendo.

Yağmur asiente con un tono cargado de falsa compasión.

—Escúchala. Aún puedes salvar lo que queda. Todavía estás a tiempo de tomar el camino correcto, de volver a ser el hombre que eras antes de ella.

La única cicatriz que me importa no está en mi piel. La dejo sangrar dentro de mí, mientras mi madre y Yağmur intentan arrancarme la última certeza que me queda: que, sin Clara, ya no soy nadie.

La noche es larga. Intento descansar, pero el peso de lo ocurrido me mantiene en vilo. Cuando amanece, mando a alguien del servicio que lleve el desayuno a Clara, con la esperanza de que, al menos, eso le recuerde que sigo aquí, esperando una rendija para acercarme. Luego, respiro hondo y subo, paso a paso, hacia su dormitorio, con el corazón golpeando como un tambor. Llego hasta su puerta y llamo con los nudillos, el sonido queda suspendido en el silencio de la mañana. Escucho su voz, apenas un hilo, dándome permiso para entrar. Abro despacio y la veo: está sentada en una de las sillas, la espalda recta como un muro, tiene unas profundas ojeras marcadas en su rostro, los rastros del cansancio dibujados en su piel, la prueba de una noche sin sueño. Y en esos ojos, aún velados de oscuridad, busco el modo de hablar sin hacerle más daño, intentando descifrar qué cicatriz invisible nueva habita en ella, sin saber aún qué es lo que la atormenta, sin comprender el motivo de su distancia.

—Clara…, ¿te hicieron daño? Dímelo. Estás a salvo ahora, nadie más te pondrá un dedo encima. Te lo juro: al que ose herirte, lo mataré con mis propias manos. —Me detengo, tragando el nudo que me ahoga, y mis palabras se hacen aún más suaves, casi un ruego—. Dímelo…, ¿qué nos pasa? Después de lo que vivimos anoche, antes de que todo se jodiera, ¿qué nos pasa, Clara? ¿Qué he hecho para perderte así?

Clara respira hondo antes de responder, las palabras se le atascan en la garganta. Me sostiene la mirada un instante, pero es un espejismo. Enseguida baja los párpados y deja que el silencio se alargue antes de romperlo, con la voz cansada, pero llena de un dolor que no sé cómo sanar.

—No me hicieron daño… Nadie me tocó, estoy bien, al menos, en lo que importa, aunque estoy cansada, Emir, muy cansada. Necesito espacio…, tiempo, para entender todo esto, para entenderme a mí misma. No puedo más así.

Su voz es como un hilo que se quiebra al final, y sé que cada palabra suya me aleja un poco más de ella. Me acerco un paso más, incapaz de quedarme quieto, y dejo que salga mi propia verdad.

—No sé cómo hemos llegado a esto. Clara, yo… anoche, cuando creí que te perdía, sentí que todo se desmoronaba. No sé ser sin ti. No sé respirar sin ti. Si pudiera arrancarme todo lo que he sido, lo haría ahora mismo solo para que vuelvas a mirarme como antes.
Clara niega despacio, con su mirada perdida en algún punto que no alcanzo.
—No me pidas respuestas que no puedo darte. No quiero hablar de lo que me duele. Solo necesito silencio, Emir. Y tú… tú no puedes darme eso, porque sigues sin entenderlo.
Me dejo caer de rodillas frente a ella, incapaz de fingir la entereza que no tengo, intento cogerle las manos, pero ella esquiva el gesto con rapidez y las aleja de mí.
—Dímelo, aunque me destroce. Cuéntamelo, Clara. Lo único que quiero es que no me odies, no puedo soportar que me mires así.
Ella cierra los ojos, y una lágrima resbala por su mejilla, pero su voz es firme, hecha de dolor y cansancio.
—No te odio, Emir. En cambio, ya no sé quién eres, y lo que más me asusta… es que creo que tú tampoco lo sabes.
El servicio entra en ese instante, dejando sobre la mesa el desayuno que ordené. El aroma del café se mezcla con la tensión que llena la habitación. Ella apenas lo mira, sus manos permanecen quietas sobre el regazo.
—Clara… —susurro, intentando que me deje entrar en ese muro que ha levantado—. Dime qué puedo hacer para que esto no nos rompa.
—No puedes hacer nada, Emir. Solo déjame espacio. Es lo único que te pido.
—Pero no quiero perderte. Dímelo, ¿cómo vuelvo a ser el hombre que mirabas como antes?
—No lo sé. No lo sé, y eso es lo que más me duele.
—No puedo rendirme. No puedo quedarme aquí viendo cómo te alejas.
—Y yo no puedo seguir luchando contigo y contra mí, por favor, solo vete y déjame respirar.
—Solo quiero protegerte. Eso es todo lo que quiero.
—Y lo que más necesito ahora es que no lo hagas.

—Clara… —susurro de nuevo con la voz quebrada, aferrándome al único hilo que creo que puede unirnos aún—. No puedo dejarte así, no después de todo lo que hemos pasado. Por favor, déjame quedarme. Dímelo, ¿qué necesitas de mí?
Ella levanta la mirada, sus ojos enrojecidos, la voz baja pero firme, cargada de un cansancio que me atraviesa.
—Lo único que te pido es que te alejes, Emir. Que me dejes pensar, respirar…, entender qué está pasando en mi cabeza antes de que esto nos arrastre más.
Trago saliva, el pecho apretado, y no puedo evitar que las palabras salgan, urgentes, desesperadas.
—Nos casaremos en una semana, ya lo sabes, no puedo seguir esperando, no puedo seguir perdiéndote.
Ella se incorpora un poco, con la rabia asomando entre el dolor, y niega con la cabeza.
—No, Emir. No quiero casarme así, con esta distancia entre nosotros. Aplaza la boda. Si de verdad sientes algo por mí, aplázala.
—No puedo —respondo, la voz rota por todo lo que no sé cómo explicarle—. El acuerdo…Ssi no lo hacemos ya, perderé todo lo que mantiene en pie Altın Halka.
Clara se aparta un poco con los hombros tensos y los ojos heridos.
—Sabía que eso era lo único que te importaba. El acuerdo. La herencia. La organización. Eso es lo que quieres proteger, no a mí.
—No es cierto —digo y doy un paso hacia ella, con las manos temblorosas de querer tocarla y no atreverme—. Clara, no es cierto. No sabes lo que significas para mí.
Ella me mira, y en sus ojos arde el reproche, el dolor, la verdad que más temo.
—¿Sabes que es lo peor, Emir? Que nunca... nunca me has hablado de afecto, mucho menos de amor, solo de un acuerdo, el tiempo que iba a durar y la indemnización por ese acuerdo. Pero yo no quiero fuegos artificiales como le dijiste a Baran, ¿sabes por qué? Porque me he enamorado de ti, esta noche cuando pensé que te perdía, cuando me pedían que te traicionara, no he podido hacerlo, y me he dado cuenta de que te quiero con todo mi ser.

—Clara, no es así como dices, no sé qué esperabas que hiciera, pero yo tenía claro que esta noche volvías a casa.
—Esta noche lo único que esperaba de ti era una demostración de que estaba por encima del acuerdo y de Altın Halka, pero también soy consciente de que no puedes demostrar lo que no sientes, no eres tan buen actor.
Me quedo mudo , deshecho, mientras el eco de sus palabras lo llena todo.
—Clara… —susurro, destrozado—. No digas eso. No puedo perderte así, no después de todo lo que hemos vivido. Si supieras lo que siento, si supieras lo que me duele cada vez que te miro y no sé cómo alcanzarte…
Ella aprieta los labios, con las lágrimas que le empañan los ojos, pero no se las limpia. Sin embargo, su voz sale clara, firme, como un golpe que no esperaba.
—Entonces, dímelo. ¡Dímelo de una maldita vez! Porque lo único que escucho de ti son palabras sobre el acuerdo, sobre Altın Halka, sobre todo lo que no soy yo. ¿Dónde estoy yo, Emir? ¿Dónde estamos nosotros?
Me acerco, las manos alzadas en el aire, temiendo que un movimiento brusco la aleje aún más.
—Eres todo lo que tengo. Todo lo que quiero. Si no lo he dicho es porque temía que no fuera suficiente, porque no sé cómo pronunciar lo que siento sin que suene pequeño ante lo que eres para mí.
—Pues ya es tarde —murmura, la voz hecha ceniza—. Porque ahora esas palabras ya no me sirven, y no sé si vienen del corazón o del miedo a perderlo todo.
—Te amo, Clara —dejo escapar, y las palabras me hieren al salir, porque sé que llegan cuando ya no tienen el poder de curar—. Te amo y me estoy muriendo por dentro por todo esto.
Ella se pasa una mano por el rostro, respira hondo y me mira como si intentara recordar al hombre en quien confió.
—Y si me amas, entonces haz lo que nunca has hecho: déjame libre. Déjame ser. Déjame pensar. Porque si no lo haces, Emir, lo perderemos todo, incluso lo poco que aún queda de nosotros.

Me quedo quieto, el pecho encogido, las manos me queman por la necesidad de sujetarla, de no dejarla ir.
—No quiero que esto acabe. No puedo dejarte marchar así. Dime qué tengo que hacer. Dímelo y lo haré.
—No quiero más promesas, sino hechos. Quiero aire, Emir, poder seguir adelante sin que mis nervios se disparen por lo que hemos vivido.
—Déjame demostrarte que puedo ser ese hombre que esperas. Déjame luchar por ti, por nosotros.
Ella se aparta un paso, la respiración entrecortada, la voz quebrada.
—Lucha por ti primero, porque hasta que no lo hagas, hasta que no seas capaz de ser tú sin todo esto…, nunca podrás ser mío.
—Clara… —mi voz se rompe aún más—. No puedo aceptar el quedarme mirando cómo se derrumba todo y que tú me dejes atrás. Por favor, no conviertas esto en un adiós.
Ella sacude la cabeza, las lágrimas ahora sí resbalan por sus mejillas, pero sus palabras son más dolorosas.
—¡Eres tú quien lo convierte en un adiós, Emir! Con cada mentira, con cada silencio, con cada vez que has puesto a Altın Halka por encima de nosotros. ¿Qué quieres que haga? ¿Que aplauda mientras me ahogo?
—No mientas —digo, dando un paso, la voz cargada de desesperación—. Yo no he querido esto. He hecho lo que he podido para protegerte, para protegernos.
—¡No! —grita, y ese grito me desgarra más que cualquier bala—. Has hecho lo que has podido para protegerte tú. Para proteger lo que eres, lo que representas. Pero nunca… nunca lo que siento yo. Nunca lo que somos.
Me paso las manos por el rostro, las piernas me flaquean, la rabia y el miedo me devoran.
—¡Porque no sé cómo! Maldita sea, Clara, ¡no sé cómo hacerlo! No sé cómo ser el hombre que quieres, que mereces. Solo sé que sin ti no soy nada.
Ella me mira, rota, los hombros hundidos por el peso de lo que acabamos de destruir entre los dos.

—Y eso es lo más triste de todo, Emir. Que no eres nada sin mí…, pero tampoco lo eres conmigo. Y yo ya no puedo más. Dímelo, Emir —añade, su voz un susurro que corta el aire—. ¿Hay algo más que me ocultes? ¿Alguna mentira, algún secreto que deba conocer? ¿Puedes mirarme y decir que has sido completamente sincero conmigo?

Me quedo quieto, el corazón golpeando contra mis costillas y, en ese segundo, pienso en todo lo que hemos pasado juntos en tan poco tiempo. Le he contado todo, sin embargo, no me cree.

—Sí, Clara. He sido sincero contigo.

Ella se ríe, amarga, rota, y sus ojos arden de reproche.

—¿Sincero? ¿Y el tráfico de niños, Emir? ¿Otra mentira más? Te he dado la oportunidad de decirme la verdad. Y sigues mintiendo.

Me quedo en blanco. El aire se me hiela en los pulmones, y la sangre parece dejar de correrme por las venas cuando comprendo que le han hecho creer algo que no es así, y lo peor de todo es que cree a un desconocido antes que a mí. Le han mentido, pero el miedo a perderla se mezcla con la desesperación por intentar explicarle algo que no es del modo que ella piensa. En un acto ciego, la atrapo entre mis brazos, con una fuerza que no es de rabia, sino de necesidad, y acerco mis labios a los suyos en un intento impulsivo por retenerla, por hacerla olvidar, aunque sea por un segundo, todo lo que nos ha roto, porque en ese momento no me salen las palabras adecuadas para que confíe en mí y no en un inspector de la Interpol.

Pero ella se enfurece más al sentirme así. Se aparta de un empujón, los ojos desbordados de lágrimas que ya no puede retener. Me golpea el pecho con las manos, mientras su voz se quiebra entre el llanto y la rabia.

—¡No, Emir! ¡No intentes tapar con un beso lo que has destrozado con tus mentiras! ¡No me uses para acallar tu culpa! ¡No soy eso para ti, y no voy a dejar que lo seas para mí! —llora mientras me rechaza, mientras su mirada me atraviesa sin perdón.

—Clara… —mi voz se quiebra, intento acercarme un paso, las manos alzadas, suplicantes—. Yo no me dedico a eso. Desde que cogí el poder..., yo..., yo... No lo entiendes. No es por el dinero ni por el

poder. Es por todo lo que construimos, por lo que mantiene en pie a los nuestros. Puedo ser muchas cosas, pero jamás he hecho nada de lo que me acusas...
Ella se aparta otro paso, con los ojos rojos y llenos de un brillo que mezcla el dolor con la furia contenida.
—¡Basta, Emir! ¡No lo llames nuestro porque no lo es! ¡No puedo soportar estar con alguien que es capaz de mirar hacia otro lado mientras niños inocentes son vendidos como mercancía! ¿Tienes idea de lo que es eso? ¿De lo que significa? —Su voz tiembla, pero no se quiebra, y sus manos se alzan como si con ellas intentara contener todo el asco que le produce esa verdad que ella piensa, pero no lo es, no me dedico a eso, y no sé cómo explicárselo para que me crea—. No todo vale por el control, el dinero, el poder… ¡No todo! Hay líneas que no pienso cruzar, y esta… esta es una de ellas. Y lo peor es que tú ya la cruzaste sin siquiera mirarme a los ojos. ¿Qué nos queda después de eso, Emir? ¿Qué nos queda?
—No intento justificarlo, Clara —mi voz apenas un susurro, roto por dentro—. Es que, aunque no me creas, aunque pienses que te miento, no lo hago, Clara. Jamás me he dedicado al tráfico de menores. Fue algo a lo que mi abuelo sí se dedicaba, pero en cuanto cogí el poder, nuestra organización jamás ha traficado con niños, debes creerme, tienes que hacerlo, te lo ruego. No te voy a mentir, no soy un santo. Me dedico a las armas, las drogas, la prostitución, pero jamás les haría daño a niños inocentes. De mis negocios se alimentan muchas familias, es el sustento de quienes no tendrían otra manera de sobrevivir en un mundo como este. No lo hago por ambición personal ni por hambre de poder. Todo lo que he hecho ha sido intentar sostener algo más grande que yo, aunque el precio haya sido destruir lo que más amo. Juro que no quería que esto nos arrastrara al abismo.
Ella niega, las lágrimas cayendo sin que intente detenerlas, la voz herida y firme.
—¡No, Emir! ¡No intentes disfrazarlo! No todo vale, no todo es lícito por el dinero o por mantener lo que dices proteger. ¡No puedes justificar lo injustificable! Y eso es lo que más me duele: que sigas creyendo que puedes hacerlo. —Se queda en silencio, pensando en

la siguiente frase que va a decir, y que estoy seguro de que será mi puta sentencia. Sigue sin confiar en mí. ¿Cómo es posible que crea antes al jefe de una organización criminal que a un inspector de la ley?—. Si de verdad me amas como dices, respeta mi palabra. Estambul. Todo ha acabado, Emir. Todo. Y lo sabes. No me obligues a odiarte.

49

Clara

El aroma del café llena la cocina, pero ya no significa nada. Me llevo la taza a los labios y el sabor es amargo, como cada mañana desde que volví hace dos semanas. Quizá porque soy yo la que está amargada por dentro, quizá porque no dejo de acordarme de su expresión, mezcla de sorpresa e incredulidad cuando le dije lo del cargamento de menores y dudé hasta de mi sombra o porque, sin darme cuenta, he dejado que se enfríe otra vez.

El piso está en silencio, grande y vacío, justo como me siento ahora mismo. El reloj de la pared marca las nueve y cuarto. Debería estar trabajando ya, pero he retrasado todo lo posible el momento de enfrentarme al mundo. Me recojo el pelo en un moño improvisado. Me miro de reojo en el reflejo de la ventana y veo los ojos más tristes que recuerdo haber visto nunca. Y, sin embargo, aquí estoy, sobreviviendo. El móvil vibra sobre la mesa. Lo cojo sin ganas, y cuando lo leo, es de mi madre otra vez.

Hija, no dejes que el turco ese te robe el sueño, que luego vienen las arrugas y no hay crema que lo arregle. Sal, respira y recuerda: al que madruga, Dios lo pone guapo.

Casi me río. ¡Qué sería de mí sin ella! Paso el pulgar por la pantalla, como si así pudiera acariciar sus palabras. Le escribo un mensaje:

Gracias, mamá. Te quiero.

Y, entonces, sí, salgo de casa porque sé que, si me quedo, acabaré deshaciendo el moño, poniéndome el pijama y metiéndome bajo el edredón. El aire de Madrid me golpea en la cara, cargado, pegajoso, típico de este verano que parece no tener fin. Miro alrededor y todo sigue igual. El mundo no se ha caído porque yo lo hiciera por dentro.

Camino despacio hasta la cafetería a la que siempre iba y que ya consideraba mi rincón favorito de Madrid. Nada más cruzar la puerta, la encargada me ve y sonríe, con ese acento castizo que me hace sentir en casa.
—¡Hombre, Clara! Ya pensábamos que te habías fugado al Caribe o algo. ¡Te hemos echado de menos por aquí! ¿Qué tal el viaje?
Fuerzo una sonrisa.
—Bien… Bueno, ya sabes, demasiado calor…
Ella me mira leyendo más allá de las palabras, pero no dice nada. Solo asiente y señala la mesa del fondo, donde están ellos. Jorge es el primero en verme. Está recostado en el respaldo de la silla, con las gafas de sol subidas sobre el pelo y esa sonrisa de medio lado que siempre consigue desarmarme. Alza los brazos de manera exagerada, como si acabara de encontrarse con un fantasma en mitad de la Gran Vía.
—¡Milagro! Estaba a punto de ir a tu casa otra vez por si te habías mimetizado con el sofá. ¡Ya era hora de que salieras a la calle, chica!
Desde que llegamos, han venido a casa todos los días. Le lanzo una mirada que pretende ser de reproche, pero ni eso me sale ya con la energía de antes. Estoy cansada de todo y, a pesar de haberme dedicado a descansar durante estos días, parece que he trabajado horas extras y la fuerza me haya abandonado. Marina le da un codazo en las costillas, lo suficiente para que se queje entre dientes, y se levanta para abrazarme. Su olor me envuelve, mezcla de su perfume fresco y ese toque dulce de la crema que siempre lleva. Me aprieta fuerte, como si quisiera sujetarme para que no me rompa.
—Déjala en paz, anda —le dice a Jorge sin mirarle siquiera—. ¿Cómo estás? —me susurra. El calor me sube al rostro, no por el verano, sino porque no sé ni qué responder.
—Bien —miento, porque es lo único que sé hacer últimamente.
Nos sentamos. La camarera nos deja las bebidas sin preguntar: té para Marina, cortado para Jorge, café solo para mí. Todo igual que antes, menos yo.
Jorge me observa por encima de la taza, con esa mezcla de cariño y descaro que solo él sabe tener.

—Bueno…, hemos decidido que hoy no vas a quedarte en casa encerrada como una monja.
—Jorge…
—Ni Jorge ni nada —interviene Marina, sonriente, pero con ese tono que no admite discusión, el mismo que usaba cuando en la universidad me obligaba a salir, aunque tuviera un examen al día siguiente—. Es viernes, Clara, esta noche salimos los tres.
—No tengo ganas.
—Eso es lo que dices ahora —responde Jorge, dándole un sorbo a su café—. Luego, con un par de copas y un poquito de música, verás que se te pasa. —Se inclina hacia mí, bajando la voz como si fuera a contarme un secreto—. Además, te hemos conseguido una cita.
Le miro, horrorizada, y noto cómo se me hiela el estómago.
—¿Qué?
—Que sí. Un amigo de un amigo, majísimo y enfermero. Alto, guapo y, que sepamos, no dirige ninguna organización criminal. Aunque ahora que lo pienso, quizá deberíamos investigarlo. ¿Qué os parece si montamos una agencia de detectives para investigar a todos nuestros ligues? —bromea.
Marina se ríe de esa forma que siempre consigue romperme el escudo y niega con la cabeza.
—Solo queremos que desconectes un poco. No tienes que casarte con él, ni siquiera pasártelo bien si no quieres. Solo… acompáñanos.
Los miro a los dos. Sus caras y sus ojos llenos de esa complicidad que tantas veces me salvó. Están tan convencidos, tan empeñados en rescatarme de este agujero negro, que me da hasta ternura.
—Estáis locos.
—Un poco —reconoce Jorge, guiñándome un ojo mientras se recuesta en la silla—. Pero nos quieres así.
Y lo peor es que tiene razón. Fuera, el calor sigue apretando, en cambio, por dentro, por un momento, parece que puedo volver a respirar. Asiento, y el brillo en sus ojos me hace pensar que era justo lo que esperaban. Y lo peor es que sé que tienen razón: quedarme encerrada no me ha servido de nada.
Nos quedamos allí un buen rato, quizá una hora o algo más. Reímos, contamos anécdotas absurdas. Jorge imita a uno de sus jefes que,

según él, gesticula como un T-Rex. Marina recuerda una cita desastrosa con un tipo que la llevó a cenar a un *kebab* y se le olvidó la cartera. Y yo… yo me dejo llevar y permito que esas risas, que no me nacen solas, se me contagien un poco. Como si por un rato todo el peso de Estambul, de Emir, de los anillos y los contratos quedara aparcado o fuera de mi vida. Pero al final llega ese momento en el que hay que volver a casa.

Salgo de allí con el aire ardiente de Madrid pegándose a mi piel, camino despacio y, cuando estoy a punto de llegar, el móvil vibra en el bolsillo. Es Ignacio.

—¿Sí? —contesto, sin detener el paso, con el sudor resbalándome por la nuca.

—Te he llamado porque sé que, aunque ahora lo veas todo negro, necesitas salir de esa espiral de autodestrucción en la que te has metido tú solita —dice, y en su voz intuyo ese consejo típico de un padre preocupado que me hace sonreír.

—Qué pesado eres…

—Pesado, pero con razón. Escucha, Clara, vuelve el lunes. No te lo pido como jefe, sino como amigo. Necesitas volver a la rutina. El trabajo es lo único que te va a centrar.

El lunes. Me suena a promesa y a condena a partes iguales.

—Vale. El lunes.

—Así me gusta.

Cuelgo antes de que pueda añadir nada más, antes de que me convenza de algo que ni siquiera hace falta decir.

Llego hasta el portal, subo las escaleras porque el ascensor sigue sin funcionar y, cuando por fin cierro la puerta tras de mí, me dejo caer en el sofá, exhausta.

Pongo una película. *Notting Hill*. Una de esas que sé que debería evitar ahora, pero que me sale poner como el que se arranca una costra. Me digo que es porque quiero algo ligero, algo que me saque de mí misma, sin embargo, sé que me miento, porque necesito llorar para vaciarme del todo. Al principio, me engaño pensando que me distrae. Me río, incluso, cuando Hugh Grant tropieza con el zumo de naranja. Me dejo llevar un poco por la música, por la química que

hay entre ellos, por esa forma que tiene Julia Roberts de mirar como si todo el amor del mundo cupiera en sus ojos.
Y, entonces, llega ese momento en el que ella, rota, le dice aquello de «Solo soy una chica, delante de un chico, pidiéndole que la quiera». Ahí es donde todo se rompe dentro de mí. Lloro sin control, porque no tengo a quién pedírselo, porque todo se ha ido al carajo, porque nada de lo que viví con Emir fue limpio ni fácil ni de película, porque en esa pantalla todo parece posible, y lo mío se asemeja más a un mal guion. Cuando me doy cuenta, tengo la cara empapada, la garganta ardiendo, la camiseta pegada a la piel, el pelo desordenado y el pecho se mueve como si acabara de correr un maratón. Me levanto tambaleándome. Me miro en el espejo del pasillo y lo digo en voz alta, porque necesito escucharlo:
—Basta, Clara.
Abro el armario y me quedo un momento mirando la ropa. Las perchas se balancean, burlándose de mi indecisión.
Al final, mis dedos se detienen en un vestido que casi no he usado. Negro, sencillo, de tirantes finos, que me cae como un guante. Uno de esos que Emir, en uno de sus arrebatos de control, habría descartado con una mueca. «Demasiado vulgar para mi mujer».
Lo saco despacio, como si al hacerlo pudiera borrar de un plumazo aquella frase. Y me lo pongo porque sí, porque ya no soy su mujer, y jamás lo seré. Soy Clara Martín.
Frente al espejo, me maquillo con calma. Un poco de delineador, máscara, un labial rojo que hace tiempo que no me atrevía a llevar, me recojo el pelo en un moño imperfecto y dejo un par de mechones sueltos. Quiero sentirme bien, recordarme que puedo estar bien si lo intento con todas mis fuerzas.
Cojo las llaves del coche. El calor del garaje me golpea en la cara en cuanto abro la puerta. Me monto, arranco y conduzco.
Las calles de Madrid están llenas de gente que empieza la noche. Bajo las ventanillas y dejo que el aire caliente me revuelva el pelo. Y, por un instante, solo uno, me siento libre.
Aparco a un par de manzanas del bar. Las luces, el bullicio, las risas que se mezclan con la música que se escapa de los locales. Todo tan vivo. Y yo, tan rota por dentro. Los veo desde lejos. Jorge, con una

cerveza en la mano, gesticula como un loco mientras Marina se ríe y le quita el cigarro. Cuando me acerco, me reciben con un brindis improvisado.
—¡Ahí está nuestra estrella! —grita Jorge, como si quisiera que lo oyera toda la calle.
Me dejan un hueco en la mesa alta y Marina me pasa una Coca-Cola.
—No pensabas beber, ¿verdad?
—No.
—Así me gusta, podrás contarnos todos los detalles del enfermero sin que se te olviden —bromea Jorge, y Marina le lanza una mirada de advertencia.
Sonrío. O lo intento. Pero me duele, porque me gustaría estar aquí de verdad. Sin este peso en el pecho, sin la imagen de Emir clavada en la cabeza, sin esta culpa que me corroe. Porque por mucho que quiera odiarlo, por mucho que lo intente, no puedo evitar acordarme de todo lo que fue antes del final. Las miradas, las caricias, las promesas…
Y por dentro me repito, como un mantra que no funciona:
«Todo era mentira. Todo era mentira».
Me apoyo en la barra alta, fría bajo mis brazos, y miro a mi alrededor intentando contagiarme del ambiente. Jorge se acerca más, animado ya por un par de cañas.
—¿A que ahora no te arrepientes de haber salido?
Le sonrío un poco.
—Dame cinco minutos, y hablamos.
Marina se ríe mientras le quita el vaso para dar un sorbo.
—Ya está intentando emborracharte para que bailes con él.
—Y lo conseguiré —añade Jorge—. Lo sabes.
Mi amigo se anima, gesticula como siempre, con ese brillo en los ojos que pone cuando se mete en faena, y comienza a hablar sobre cosas de su curro de esa manera tan especial que él tiene que todo lo convierte en una anécdota divertida.
—Y yo aquí, sobreviviendo a clientes que me piden logos imposibles. Esta semana uno quería que el suyo tuviera un león, una corona, un

rayo y una bicicleta. Todo junto. Que se entendiera de un vistazo y quedara «elegante y moderno».
Marina y yo estallamos en carcajadas.
—¿Y cómo se lo has apañado? —pregunto.
—Le he dicho que le cobraba el doble y se lo pensara mejor. —Se encoge de hombros, orgulloso—. A veces, la sinceridad es lo único que me salva. Pero se lo he hecho, un león con una corona montado en una bicicleta, atravesado por un rayo, con un eslogan que dice: Tu seguro que cubre lo imposible.
Las risas me salen más fáciles de lo que pensaba. Casi creo que lo estoy consiguiendo. Casi. Entonces Marina le hace una señal a alguien que acaba de entrar por la puerta: alto, delgado, pelo castaño claro, sonrisa fácil. El tipo de chico que mi madre aprobaría al instante. Ni demasiado guapo ni demasiado feo, normalito, completamente diferente a Emir.
—¡Clara! —anuncia Jorge, de manera teatral, como si presentara a al mismísimo premio Nobel—. Te presento a Nico, salvavidas profesional y no trafica con nada más que con corazones rotos.
Nico se ríe de la broma a pesar de no entenderla y le da un empujón suave en el hombro. Me pregunto desde cuándo se conocen si es compañero de Marina.
—No le hagas caso. Es peor que un chismoso.
—Encantada —digo, y le doy dos besos en las mejillas, intentando que no se note el muro que hay tras mi sonrisa.
—El placer es mío. Y tranquila, Jorge ya me ha advertido de que eres dura de pelar y muy buena bailarina.
Me echo a reír, sorprendida por el comentario. Antes quizá sí era así, ahora en cambio…
—Eso no lo has oído de mí —replica Jorge, alzando las manos—. Es pura leyenda urbana.
Nico se queda junto a nosotros. Es natural, simpático. Habla con Jorge de sus clientes imposibles, bromea con Marina sobre lo difícil que es quitarle un cigarro, se interesa por mi trabajo sin ser invasivo.
—Así que intérprete. Eso suena… interesante. —Sus ojos se clavan un segundo más de lo normal en los míos, cálidos, buscando abrir

alguna rendija por la que colarse.
—A veces lo es. Otras, no tanto.
—Seguro que tienes mil anécdotas. Algún día tendrás que contarme alguna.
—Algún día —respondo, y le sostengo la mirada, porque quiero, porque me obligo.
Le gusta el juego. Lo noto. Me lanza esa media sonrisa de quien sabe que acaba de apuntarse un tanto y cambia de tema antes de que pueda escapar.
—Y, además de salvar vidas, ¿qué más haces? —le pregunto, devolviendo el flirteo, aunque me sienta un poco impostora en mi propia piel.
—Intentar no morirme de calor. Y, de vez en cuando, conocer a chicas misteriosas, salir a tomar una copa con los amigos, ir una tarde al cine o leer un buen libro. Todo muy interesante, ¿verdad?
Me pilla tan de sorpresa que solo puedo sonreír, sincera esta vez. En ese momento, mientras Jorge hace un chiste sobre lo mucho que se me nota que estoy oxidada para estas cosas, me fijo en un detalle al fondo. Un tipo, sentado solo en una mesa baja, junto a la puerta de emergencia. Tiene la camisa blanca remangada, el botón del cuello cerrado pese al calor, sin copa, sin móvil. Mira al frente, pero sin ver, esperando algo o vigilando. No debería fijarme, pero lo hago, no porque llame la atención, sino porque no lo hace, y todo en él parece diseñado para no destacar. Marina se da cuenta de que me he quedado un segundo en silencio y me da un codazo suave.
—¿Todo bien?
Parpadeo y asiento.
—Sí. Sí, todo bien.
Sonrío, porque esta noche, aunque me cueste, aunque me queme por dentro, no voy a dejar que el pasado vuelva a colarse por las rendijas. O eso intento. El local empieza a llenarse aún más. El calor sube, la música se mezcla con las risas, el murmullo de las conversaciones y el tintinear de las copas. Jorge, de pronto, se queda quieto, con esa expresión que le conozco bien.
—Hostia, ¡no puede ser!

Sigue con la mirada a alguien que se acerca. Un chico moreno, con los rizos despeinados y una camiseta negra ajustada que le marca el cuerpo.
—¿Jorge? —saluda, con una sonrisa que brilla más que las luces del bar.
—Miguel. —Jorge le da un abrazo que dura un segundo más de lo necesario, como si hubiera un hilo invisible entre ellos que les costara soltar.
Miguel se queda con nosotros, natural, como si llevara toda la noche ahí. Jorge está distinto, más suelto, más atento. Le habla al oído para que le oiga entre la música y Miguel se ríe, inclinándose un poco, rozándole el brazo, la cadera, lo que haga falta. Yo los miro y, por un momento, me alegro de ver a mi amigo así. Que alguien le haga brillar de ese modo. Miro mi vaso vacío y lo dejo en la barra.
—Me pido un cóctel —anuncio. Marina arquea las cejas.
—¿Y el coche?
—Lo recojo mañana. Taxi, y listo. Esta noche… esta noche me apetece.
La camarera me sirve un mojito cargado. Le doy un trago y el frescor de la hierbabuena y el ron me baja por la garganta como un premio. Nico me mira, divertido.
—Así me gusta, que te sueltes un poco.
La música sube. Un tema de esos que hace vibrar el suelo.
—¿Bailamos? —pregunto, antes de que me dé tiempo a pensarlo demasiado.
—Creía que nunca lo dirías.
Salimos a la pista. La música se me mete en el pecho, me dejo llevar y envolver por el calor, por el ritmo, por la forma en que Nico me sigue, me acompaña, sin invadir y sin presionar.
Marina nos mira desde la barra y levanta el vaso en alto, brindando en la distancia. Jorge y Miguel ya están a lo suyo, demasiado cerca y concentrados el uno en el otro para fijarse en nada más. Por un instante, solo uno, creo que lo estoy logrando. Que la noche es mía.
El calor de la pista es pegajoso. La música lo llena todo. Me dejo arrastrar por el ritmo y por la forma en que Nico baila cerca, atento

a cada movimiento. En un giro, se acerca un poco más y me dice al oído, con esa voz grave que parece un murmullo solo para mí:
—Eres de las que disimulan muy bien, pero los ojos te delatan.
Me pilla tan de sorpresa que no sé qué responder, así que sonrío, porque no tengo otra defensa, y sigo bailando, como si pudiera perderme en el sonido, en la luz, en el alcohol que empieza a calentarme las mejillas. La pista se llena más. Un tipo pasa a mi lado, empujando sin querer, y el roce me sobresalta. Me giro, como quien no quiere la cosa, y mi mirada barre el bar sin querer buscar nada. Y vuelvo a verlo. Allí sigue. El hombre de la camisa blanca junto a la puerta de emergencia con los brazos cruzados, y ahora con una copa intacta sobre la mesa, los ojos vagos, como si no miraran a nadie y, a la vez, a todos. Trago saliva. El sudor me resbala por la nuca y me recuerdo a mí misma que no hay motivo, que no es nada.
—¿Estás bien? —pregunta Nico, inclinándose para que le oiga.
—Sí —respondo, y esta vez sí quiero creérmelo.
Así que cierro los ojos, alzo los brazos y dejo que el bajo de la música me marque el pulso. Esta noche es mía. Aunque solo lo sea un rato. La música sube, o eso me parece. El bajo me sacude por dentro, como un segundo corazón que late desbocado. Y Nico, que al principio mantenía la distancia justa, ahora se acerca un poco más. Lo suficiente para que su brazo roce el mío al girar o para que su respiración me llegue al cuello. No me aparto. No aún. Quizá porque el alcohol empieza a hacer su trabajo, o porque necesito sentir que puedo volver a ser esa que bailaba sin miedo.
La pista es un hervidero de cuerpos que se buscan y se evitan. Nico pone una mano en mi cintura, ligera, como pidiendo permiso. Le dejo. Y bailamos más pegados, y por un momento me pierdo en la música, en el calor, en el roce. Pero el aire se espesa demasiado pronto, el sudor me pica en la frente, y necesito escapar.
—¿Salimos un momento? —le digo al oído, casi gritando sobre el ritmo.
—Claro.
Nos abrimos paso entre la gente, y justo antes de cruzar la puerta, giro la cabeza. Busco al tipo de la camisa blanca, al hombre que no

encajaba, y mi estómago se encoge un segundo. Ha desaparecido. La mesa está vacía, en cambio, la copa sigue allí, sin tocar. Salimos. Me apoyo en la pared, intentando recuperar el aliento.
—¿Tienes un cigarro? —pregunto, y me sorprendo a mí misma al decirlo.
Nico saca el paquete del bolsillo de la chaqueta y me ofrece uno sin preguntas. Me lo enciende, y el mechero ilumina su cara un segundo, ese segundo en el que todo parece más real, más cerca. Doy una calada y el humo me raspa la garganta, pero me da igual. Nico se apoya a mi lado, hombro con hombro, y me mira de soslayo.
—Y, ahora, ¿qué es lo que quieres?
Le miro con el cigarro entre los dedos.
—Nada. O todo. No lo sé.
Él sonríe, una de esas sonrisas que no buscan nada, que simplemente son.
—¿Te puedo decir algo? —Asiento—. No sé quién te ha hecho daño, Clara, pero pareces una tía cojonuda.
La frase me desarma. No porque sea nueva, sino porque, dicha aquí, en la penumbra de la calle, con la música lejana y el humo entre los dos, suena de verdad. Y, entonces, me pasa: quiero llorar, sin embargo, logro aguantarme. Me limito a dar otra calada larga, como si en el humo pudiera esconder todo lo que no digo. Apuro el cigarro hasta la mitad, lo aplasto contra la pared para apagarlo y lo echo en el cenicero de la papelera más cercana.
—¿Entramos? —propone Nico, con esa sonrisa tranquila que parece decir que todo está bien, aunque yo sepa que no lo está.
Asiento de nuevo. Volvemos a cruzar la puerta, y el bar nos engulle: calor, música, voces demasiado altas, el olor a alcohol derramado y a cuerpos que se rozan sin querer. La pista está aún más llena. Avanzamos despacio y alguien, un tipo que pasa a toda prisa con dos copas en las manos, me roza el brazo. Un roce leve, pero suficiente para que me sobresalte. Nico se da cuenta.
—Eh, tranquila, solo ha sido un empujón.
Aunque el corazón me late tan deprisa que parece que me va a romper el pecho. Respiro hondo.
—Lo sé. Es que… estoy un poco tensa.

Marina nos ve llegar y nos hace un gesto desde la barra. Nos acercamos, y Jorge se vuelve justo a tiempo para oír lo que ella suelta sin pensar:
—Estábamos diciendo que a saber si esos hombres siguen vigilándola.
—Marina —protesta Jorge en voz baja, lanzándole una mirada que es un aviso—. No empieces con eso.
Pero ya está dicho, y todo se me remueve dentro. El miedo, el recuerdo y la certeza de que tal vez no estoy tan a salvo como quiero creer. Nico nos observa, intentando entender el cambio de tono.
—¿Todo bien? —No respondo, porque no lo sé o porque no lo está. Él se inclina hacia mí, lo justo para que le oiga entre el ruido—. ¿Quieres que salgamos de aquí? Hay un sitio cerca, más tranquilo. Podemos charlar, o lo que tú quieras.
Me quedo mirándolo, buscando en sus ojos algo que me ancle, que me devuelva un poco de paz.
—Vale —digo. Porque ahora mismo lo que más necesito es salir de aquí.
Nos marchamos y la calle parece más oscura que antes. Nico se adelanta un paso, y yo saco el móvil para pedir el taxi. La pantalla se ilumina y el mensaje aparece. Breve. Limpio.

Quiero que sepas que sigo aquí. Que nada ha cambiado para mí.

El aire me falta. Las luces de los bares, las risas, el bullicio de la noche…, todo se aleja de golpe. Porque sé quién lo manda. Porque lo sé sin necesitar leer el nombre.
Emir.

50

Emir

La ciudad no duerme. Estambul se extiende bajo mis pies como un océano oscuro salpicado de luces que tintinean. El Bósforo es una cicatriz de plata negra que divide y une, como todo en esta ciudad, como todo en mi vida desde que Clara se marchó.

Han pasado dos semanas desde aquella noche. Dos semanas en las que he sido el hombre que debía ser. El jefe, el estratega, el que no deja que la grieta se vea. He atendido reuniones, cerrado negocios que otros habrían postergado por miedo, dado órdenes para limpiar viejas deudas, para cubrir nuestras huellas, para blindar lo que es nuestro. He supervisado operativos, revisado informes, ajustado cuentas con quienes creyeron que podían aprovecharse de un momento de supuesta debilidad que ni siquiera alcanzan a imaginar.

Y, sobre todo, he lanzado una caza implacable para descubrir quién nos traicionó. Cuando Clara se fue, investigué a fondo, y averigüé que alguien dio luz verde a un cargamento de menores en nuestro nombre. Algo imperdonable que haré pagar al traidor con su sangre. Me encargaré personalmente de hacerle sufrir lo mismo. Hemos seguido cada pista, cada nombre, cada propiedad, cada llamada. Hemos removido el fango hasta el fondo, porque nada podía quedar en la sombra. Kaan y Ali han excavado hasta la médula de lo que somos, de lo que creíamos tener atado. Y, poco a poco, el mapa se ha ido dibujando ante nosotros. Dentro de nada, lo descubriremos todo.

Sabemos que fue Halil, mi propio tío, quien vendió a la Interpol la pista de la joya. Lo hizo para intentar demostrar que yo no estaba a la altura del cargo. Para debilitarme y que el consejo, o los que aún creen en ese viejo honor podrido, comenzaran a dudar de mí.

También que el abuelo no murió por los años ni por el peso del poder. Alguien lo envenenó. Porque el viejo se disponía a cambiar el testamento, a ponerlo todo a mi nombre y, por supuesto, alguien temía que lo hiciera: sellar en papel lo que era mío por derecho y no por apellido.

También tenemos la certeza de que hubo una filtración el día que perdí a Clara, cuando supieron dónde estábamos y todo saltó por los aires. Y esa filtración no vino de fuera, sino de alguien que camina entre nosotros, que respira nuestro aire, que finge lealtad y huele a traición.

Y, mientras todo eso se va descubriendo, la pregunta sigue sin respuesta, quemándome por dentro como un hierro al rojo: ¿Quién se beneficia de que yo no esté al mando? ¿Quién tiene tanto que ganar que se atreve a desangrar a mi familia, a ensuciar nuestro nombre con algo tan ruin como un cargamento de menores no autorizado por mí o por alguno de mis hermanos, a romper lo único que me importaba?

Sin embargo, todo eso pesa menos que el móvil que tengo frente a mí.

***Quiero que sepas que sigo aquí. Que nada ha cambiado para mí.

Ese mensaje que no debía escribir y que he escrito. Que no debía enviar y que he enviado. Porque no puedo más. Porque hay un límite para el hombre que finge control cuando todo lo que quiere se le escapa.

El cigarro olvidado en el cenicero se consume despacio, como yo. Las luces de la ciudad parpadean más allá del cristal, y yo las miro como se mira lo que nunca será tuyo.

Recuerdo a Clara, la última noche, el miedo en su voz al pronunciar «Estambul». Esa palabra que me partió el pecho. La forma en que se alejó, en que se negó a volver la vista atrás. La forma en que me dejó sin aire, sin voz, sin alma. Y la forma en la que me pidió que organizara el viaje de vuelta a casa sin complicarle más la vida, con una súplica en sus ojos llorosos que me desarmó por completo.

La puerta se abre despacio, con ese respeto que solo Kaan sabe tener cuando mis nervios están tan tensos que podría estallar al mínimo roce. Su figura se recorta contra el umbral, las manos cruzadas a la espalda y la mirada grave.

—Emir. Necesitamos una decisión urgente sobre el cargamento. Hemos averiguado la ruta que tomarán, pero los hombres no se moverán sin tu orden.

Vuelvo a la mesa. Dejo el móvil como quien deja un arma cargada y me siento, pero el peso en el pecho no se aligera.

—Liberadlo —digo al fin, y mi voz suena como un hierro que se enfría tras el golpe.

Kaan parpadea, sorprendido. Se tensa un instante, como si quisiera asegurarse de haber oído bien.

—¿Estás seguro? Estamos hablando de dos semanas de trabajo para averiguar quién está detrás de todo. Ese cargamento no es un simple negocio, Emir. Es una pieza clave. Si lo soltamos, si lo dejamos ir así, jamás averiguaremos quién nos ha traicionado.
Lo miro, y por un instante todo desaparece. Solo quedamos él y yo. Hermanos. Hombres que se han sostenido el uno al otro desde que la muerte empezó a llevarse lo que amábamos.
—No voy a regalarles la presa, Kaan. Duval y Moreau están demasiado cerca. No voy a ser el idiota que se deje cazar con las manos supuestamente manchadas. —Me enderezo, y bajo la voz porque lo que voy a decir no es para los oídos de cualquiera—. Y escucha bien: no quiero que esos niños desaparezcan como han hecho tantos otros. Organiza lo que haga falta. Que los trasladen a lugares seguros y se les dé lo que necesiten, que nadie pueda decir que salieron de nuestras manos para caer en otras peores. Mientras, sigue investigando quién dio la orden, quién lo organizó todo sin que nosotros supiéramos nada. Si hace falta, interviene los teléfonos, que haya escuchas en todos y cada uno de los que puedan tener algún tipo de relación con esto.
Kaan me mira un segundo, viendo algo que no esperaba y recordando que aún hay un hombre bajo esta piel de piedra.
—Está bien. Lo haré.
—Hazlo. Y asegúrate de que nadie lo use en mi contra.
Kaan se acerca un paso más, se apoya en la mesa e inclina la cabeza.
—Duval y Moreau… llevan aquí tanto tiempo que conocen nuestras calles casi como nosotros. Hablan nuestro idioma como si lo hubieran mamado desde la cuna. Saben dónde mirar, dónde esperar, dónde hurgar. Son como perros de caza. Y tú lo sabes, porque nos los hemos cruzado ya demasiadas veces.
Asiento.
—Y por eso precisamente no les voy a dar la bala que necesitan para derribarnos. Les daremos a los culpables en bandeja de plata. No me voy a cargar un muerto que no es mío.
Kaan se pasa una mano por el pelo, un gesto que solo hace cuando algo le duele más de lo que deja ver.
—Es mucho lo que dejamos ir, Emir. Mucho. No solo dinero. Es la confianza de los nuestros, la señal de que seguimos siendo los que marcamos el paso. Si no encontramos al culpable, sabes que se tomará como que nos hemos debilitado, y eso no podemos consentirlo.
—Prefiero que digan que el león fue prudente a que vean su cabeza clavada en una pica.
Kaan me mira más tiempo del habitual, y en ella está todo lo que no nos decimos.
—No eres el único que pelea por esto, hermano. No estás solo, sabes que tanto Baran como yo hacemos todo lo posible por averiguarlo.
Asiento. Porque no puedo decir nada más, y miro el móvil que arde sobre la mesa, recordándome que, al final, lo único que no puedo salvar es lo que más me

importa. La puerta se abre sin llamar. Baran entra acompañado de uno de los hombres de confianza. El tipo deja un sobre grueso sobre la mesa, baja la cabeza y desaparece sin decir palabra. Baran lo recoge, lo abre y deja el informe y las fotos bien desplegados frente a mí, entre el móvil y el cenicero.
—Han seguido tus órdenes. Nada más que una seguridad discreta. Clara no se ha dado cuenta de nada.
Empiezo a leer mientras las imágenes me devoran.
—No ha salido de su piso en estas dos semanas. Ni una sola vez, tan solo ha recibido la visita de sus amigos: Jorge, ese diseñador que no se separa de ella, Marina y su madre, casi a diario. Le llevaban la comida y bolsas del supermercado. Apenas abría la puerta más de lo necesario.
Baran señala una hoja del informe.
—Estamos en contacto con el chico que le lleva de vez en cuando la comida a domicilio…, el guardaespaldas que le asignamos a ella ha hablado con el repartidor. Fue fácil, una buena suma y habló. Dice que parece bien, aunque con aspecto cansado. Como si durmiera poco y llevara demasiado peso encima.
Paso las páginas y veo las imágenes: Clara cogiendo una bolsa en el umbral, asomada un instante a la ventana, sola en un salón que parece más vacío que nunca.
—Hoy ha salido por primera vez —continúa Baran—. Esta misma tarde fue a tomar café con sus amigos a la misma cafetería donde estuvimos nosotros en aquel viaje cuando la reunión con Valemont.
—Y aún no se ha reincorporado al trabajo. Pero, tal y como pediste, hablamos con Ignacio. Se reincorpora este lunes —añade Kaan. Levanto la vista y mi hermano me clava la mirada—. ¿Por qué haces esto, Emir? ¿Por qué no la dejas en paz?
El despacho parece más frío de golpe.
—Porque quiero estar seguro de que está bien, que no le falta nada y porque, si nuestros enemigos deciden venir a por mí, no quiero que empiecen por ella.
Baran hace un gesto con la mano, como si quisiera apartar lo que no puede.
—Aquí la tienes —dice, y sus dedos golpean las fotos—. Tu mujer. Así la llaman los nuestros. Tu mujer… con otro.
Miro las fotos y la veo. Ese maldito cigarro entre los dedos, el tipo junto a ella, esa maldita cercanía, el modo en que la mira, como si pudiera rozarla y reclamar algo que no le pertenece. Los celos me suben como un veneno. Mis manos se cierran en puños sobre la mesa, tan fuerte que los nudillos se ponen blancos. Apenas oigo lo que dice Baran a continuación.
—¿Y el anillo? —musito, porque mis ojos ya han visto lo que no está.
—No lo lleva —responde Baran, sin un atisbo de burla esta vez, solo crudo, como el golpe que es—. ¿Y si lo ha vendido? —añade, como quien sabe que la herida ya está abierta y solo falta escarbar—. ¿Y si lo ha empeñado? Si es así…, estamos jodidos, Emir.
—Tiene localizador, no debemos preocuparnos por eso —respondo con sequedad, aunque lo que de verdad me interesa es que no lo lleve puesto porque eso

significa que ha pasado página. El simple hecho de pensarlo me provoca un fuerte dolor de estómago y arcadas. Mejor descarto la idea.
Kaan rompe el silencio con lo que ninguno quería decir en voz alta.
—Emir…, el plazo de la boda expira en una semana. Una. ¿Qué vas a hacer? Clara no ha vuelto. Y, por lo que se ve, no está dispuesta a perdonarte.
Respiro hondo. Intento no dejar que el temblor de la rabia me traicione.
—Eso déjamelo a mí. Yo lo arreglaré.
Baran se ríe sin humor, un sonido seco que duele más de lo que admite.
—Eso es lo mismo que dices desde hace días, y no arreglas una mierda.
—¿Qué quieres que haga? ¿Que la arrastre a la fuerza?
—No. Quiero que pienses como el jefe que eres, no como el hombre que se desangra por una mujer.
Cuando habla Kaan, su voz es firme, templada, pero la cruel verdad está ahí.
—Quizá debas plantearte casarte con Yağmur. Ya sabes lo que está en juego, lo que pasaría con Altın Halka, lo que pasaría contigo, con todos nosotros.
Clavo los ojos en él.
—No —respondo con rotundidad, pero, por otro lado, pienso que, aunque quiero a Clara con toda mi alma, tengo que cumplir con mi obligación y responsabilidad, muchas personas dependen de mí. ¿Qué hago? Por mí, renunciaría a todo, sin embargo, pienso en lo otro.
—Entonces, ¿qué? —presiona Baran, y ahora es un rugido bajo, un hermano harto de ver cómo me pierdo—. ¿Esperar a que ese imbécil le encienda más cigarrillos? ¿A que el consejo decida por ti?
—Lo arreglaré. Os juro que lo haré. Hablaré con mamá esta misma noche para que se encargue de los preparativos de la boda. Ella creerá que me casaré con su querida Yağmur, mientras intento solucionar este embrollo.
Pero el tiempo corre. Y lo sabemos. El timbre del teléfono suena, rasgando el aire como una alerta. Baran y Kaan se giran al unísono, atentos, como si algo en el tono presagiara lo que viene. Descuelgo sin apartar la mirada de las fotos.
—*Beyim*…, hay algo más.
—Habla.
—El hombre de la camisa blanca, el que en las fotos se ve junto a la máquina tragaperras, el que miraba hacia donde estaba Clara, no es de los nuestros.
El informe bajo mi mano parece pesar más de golpe.
—¿Estás seguro?
—Sí. Ninguno de los nuestros estaba dentro del local. Teníamos vigilado el exterior, tal como ordenaste. Este hombre… no es nuestro.
Baran se adelanta hasta la mesa, sus ojos oscuros fijos en los míos.
—¿Qué pasa?
Rebusco entre las fotos y, cuando la encuentro, lo señalo.
—Este hombre vigilaba a Clara y no es de los nuestros. Hay alguien más siguiendo sus pasos.
Kaan aprieta los dientes.

—¿Quién coño se atreve?
—Eso es lo que vamos a averiguar. Y hasta que lo sepamos, quiero que la cubramos como si fuera la última joya de Altın Halka. Quiero hombres en su edificio, en su portal, en cada maldita calle por donde pase, que no pueda moverse sin que lo sepamos y que ese cabrón no respire sin que alguien le sople en la nuca.
Me gustaría añadir que también le hicieran lo mismo al capullo que está junto a ella, pero me callo. Baran asiente, ya en movimiento.
—Lo haremos. Y al que se acerque demasiado, no volverá a respirar.
—No es suficiente. Quiero un cerco, pero uno de verdad, que no haya un ángulo sin cubrir, un hueco por donde pueda colarse nadie, que haya ojos sobre ella como nunca. Ah, y un maldito informe de este capullo —digo, señalando al hijo de puta que está en la puerta del local—, debemos asegurarnos de quién es y para quién trabaja.
Kaan me mira, su voz suena como una advertencia.
—Esto es personal, Emir. Lo que estamos haciendo, lo que estás haciendo…
—Es lo que debo. Lo mismo que tú ordenarías si fuera tuya, ¿no es cierto?
Baran ya está de pie, marcando en el móvil mientras camina hacia la puerta.
—Será como pides. Y si alguien busca meterse en el círculo…, no lo contará.
El despacho ya es un cuartel. La guerra está en marcha. El teléfono suena de nuevo y descuelgo. La voz al otro lado es la de mi hombre en la sombra, el que ha pasado dos semanas rastreando lo que nadie quería que se rastreara.
—*Beyim*…, lo tenemos. El porqué. El origen de todo.
—Dímelo.
—Duval tenía un hermano, el pequeño, que se llamaba Jean-Luc Duval. Llegó a Estambul hace cinco años. Trabajaba para una empresa de transporte marítimo francesa que tenía contratos con los puertos turcos. Oficialmente, eso era todo. Un hombre joven, limpio, sin antecedentes. Pero lo que Duval nunca supo es que su hermano metió la cabeza donde no debía.
—¿Dónde? —pregunto con ansiedad.
—En un negocio que no era suyo. Jean-Luc se dejó arrastrar por un turco, un tal Rasim Güney, de los bajos fondos. Querían mover

armas a través de contenedores sellados, usando los papeles de la empresa para cubrir el paso. Debía ser solo la tapadera, pero algo salió mal y la mercancía se perdió, por lo que el dinero desapareció y alguien lo hizo pagar. Lo encontraron muerto, acribillado, en el puerto viejo. Una ejecución limpia.
Mis puños se cierran. El hermano de Duval no era un inocente, sino un hombre que jugó con fuego y se quemó.
—¿Y las pruebas?
—Falsas, *beyim*. Alguien quiso que todo señalara a Altın Halka. Encontraron una pistola tirada cerca del cuerpo con un número de serie vinculado a un alijo que había pasado por manos de la organización meses antes. Un testigo, imagino que comprado, declaró que había visto salir de la zona a un coche que figuraba a nombre de una de nuestras empresas pantalla. Todo encajado. Todo puesto para que el nombre de Altın Halka quedara marcado a fuego en el informe.
Me quedo un segundo sin respirar.
—¿Y quién montó todo eso?
—Es lo que estamos cerrando. Pero sabemos esto: Rasim Güney desapareció dos días después del asesinato. Y, ¿quién lo sacó de Estambul? Halil, tu tío. Fue él quien pagó los papeles falsos y le abrió la puerta.
La rabia sube, espesa, como sangre negra.
—¿Halil?
—Sí. Él o alguien muy cerca de él. Pero todo apunta ahí.
Me vuelvo hacia Kaan y Baran. Mi voz es la de un hombre que ya no va a esperar.
—La noche que todo saltó por los aires, la noche que Clara se fue, yo ya lo sabía. Ya olía que esto era más grande. Por eso ordené que tiraran de este hilo hasta que se descubriera. Y ahora tenemos el principio de la madeja. Halil, Kemal y Jean-Luc. Las piezas están ahí, ahora debemos montar el puzle.
Kaan asiente, los ojos ardiendo.
—Y haremos lo que haga falta para que caigan sobre su propio peso.
Baran golpea la mesa con los nudillos.

—Pero que caigan rápido, porque Duval no va a parar hasta que nos destruya por completo.
Cuando todos se marchan y me quedo solo, miro las fotos sobre la mesa, que parecen que me juzgan. Mis manos, que tengo abiertas sobre la mesa, ya no están hechas para sostener nada, sino para romperlo todo, y se van a manchar de sangre en breve, porque no pienso dejar piedra sobre piedra.
La imagen de Clara y ese imbécil de mirada fácil sigue allí, sobre el cristal. La repaso con los ojos, una y otra vez. Ella con ese cigarro, esa expresión que ya no sé leer, ese espacio entre ellos que parece demasiado pequeño. Y el anillo. El anillo que no está. Ese anillo que juré que sellaría lo que somos y que ahora falta como si lo hubieran arrancado de mi propia carne.
El móvil espera sobre la mesa. El mensaje enviado, la respuesta que no llega y el eco de lo que nunca debí escribir, y que, aun así, late en cada palabra:

Quiero que sepas que sigo aquí. Que nada ha cambiado para mí.

Porque es cierto, porque el fuego sigue ardiendo y porque, por mucho que huya, por mucho que intente borrarme, Clara sigue siendo lo que más duele y lo que más necesito. Podrá odiarme, escaparse o negarme hasta en sus sueños. Pero no dejaré que otro ocupe mi lugar ni que nadie crea que puede acercarse como ese hombre. Y, sobre todo, no permitiré que ningún hijo de puta crea que puede dañarla sin pagar el precio.
Agarro el móvil y marco el número de Baran. Ya no soy un hombre que planea desde la sombra, ahora soy yo quien va a actuar.
—Escúchame bien. Prepara el *jet*, salimos de inmediato. Lo quiero listo en menos de una hora. Y dile al encargado de Madrid —añado, hablando sobre uno de los nuestros— que quiero que cojáis a ese hijo de puta de la camisa blanca y que lo hagáis hablar. Si no habla, que no vuelva a hacerlo nunca.
Respiro. El peso de la decisión no me asusta, sino que, por el contrario, me libera.
—Movilizad lo que haga falta. Esta vez lo dirijo yo en persona.

Cuelgo. El despacho, el mundo, todo se ha reducido a una única certeza.

Es mía. Y nadie, ni ella misma, podrá cambiar eso.



En algún lugar de Estambul

El humo del tabaco cuelga en el aire como un maldito fantasma. Ni las ventanas abiertas al Bósforo consiguen sacar este olor a miedo y *raki* barato. La mesa está cubierta de ceniza, pistolas y miradas que no se atreven a levantar la cabeza. Este lugar huele a pólvora y traición, un aroma que se pega a la piel como la sangre seca. Camino despacio, arrastrando las botas contra el suelo viejo, cada paso un recordatorio de quién manda en esta ciudad. Estambul no se inclina ante nadie…, excepto ante mí.

—Dos semanas —espeto seco, sin alma—. Lleva dos semanas en España…, y todavía no me habéis traído nada útil.

Uno de los más jóvenes tiembla al hablar.

—Jefe…, la seguimos desde el primer día. Siempre tiene a nuestra sombra encima. No da un paso sin que lo sepamos.

Me acerco, apoyo mi pistola en su sien y le susurro al oído con el veneno de una serpiente:

—No sé si eres consciente, pero me importa una mierda, solo me interesa lo que no tenéis. —Le golpeo con la culata en la cabeza. Un sonido seco, hueso contra metal. Un aviso. La próxima, la bala—. El anillo —gruño, paseando la mirada por todos ellos. Nadie respira.

Uno de los veteranos, con voz grave y cansada, responde:

—No lo lleva puesto…, pero lo tiene. Se toca el dedo a veces, como si lo echara de menos. Ese anillo no lo pierde, jefe, apuesto mi vida.

Camino hasta la cabecera de la mesa. Apoyo las manos y repico los nudillos, un tambor lento de guerra.

—¿Qué ha hecho estas dos semanas?

Otro habla, midiendo cada palabra:

—Una noche salió de copas con dos amigos, Jorge y Marina. Un bar de mierda, sin importancia. El resto del tiempo…, pide comida a domicilio, baja al supermercado. Ayer tomó café con ellos en una terraza. Parece que intenta vivir normal…, pero siempre vigilada.

Suelto una carcajada baja, hueca, sin humor.

—Normal… —escupo la palabra como veneno—. Nadie vive normal cuando yo le pongo una sombra encima. Ni respiras ni duermes ni

follas igual. Pero ella sigue jugando a ser libre. Guc Bizim recuperará el poder que le quitó Altin Halka.
Aplasto mi cigarro contra la mesa, dejando una mancha negra, como el destino que le espera.
—La quiero con el anillo en el dedo. Si no coopera…, se lo claváis en la carne. Le cortáis el puto dedo y lo coséis con el anillo dentro. Quiero verla sangrar, quiero que aprenda que lo que es mío no se quita así como así. Llevo años esperando este momento.
Uno se atreve a preguntar, la voz rota:
—¿Y Emir?
Lo agarro del cuello y lo obligo a sostener mi mirada. Mi sonrisa es puro filo.
—Emir se casará con quien yo diga. Y cuando llegue el cargamento de niños que está en camino…, entenderá que en esta ciudad solo respira porque yo lo permito, porque Guc Bizim es el que tiene el verdadero poder. Y si no… —pauso, dejando que mis palabras caigan como plomo—, le enviaré a su puta en bolsas negras, trozo a trozo, hasta que bese la muerte cada noche.
Silencio absoluto. Solo se escucha el reloj viejo en la pared, marcando segundos que pesan como cadenas.
—*Çıkın dışarı* —ordeno. Fuera. Y todos huyen como ratas del incendio.
Cuando el resto sale del despacho, solo quedamos mi lugarteniente y yo. Un perro viejo que conoce demasiado bien el sabor del miedo.
—¿Quiere que la traigamos directo aquí cuando la tengamos? —pregunta en un susurro.
Sirvo *raki* en un vaso sucio y dejo que me queme la garganta. Mi sonrisa no tiene alma.
—No. Antes quiero que pase la prueba.
—¿Qué prueba, jefe?
Mis palabras son cuchillas, cada una hundiéndose más hondo:
—Cuando la traigan…, la encadenáis en esa habitación sin ventanas, en Balat, donde las ratas se comen los restos. Ni luz, ni agua limpia, solo miedo y oscuridad. Que sienta el frío en los huesos, que la desesperación le arañe los pulmones. Luego…, que aprenda lo que

significa pertenecer a alguien como yo. Que, cuando Emir la vea, ya no sea Clara…, sea un trozo de carne con mi sello.
Lo agarro del mentón y clavo mis ojos en los suyos, hasta que sé que no olvidará jamás lo que digo:
—Y si el anillo no aparece…, la prueba será tan dura que ella misma suplicará que se lo claven en la carne, solo para dejar de sentir el dolor.
Lo suelto. Asiente, pálido. Sabe que en mis órdenes no hay margen de error. Aquí los fallos se pagan con sangre.
Me quedo solo en la sala. El humo se disuelve lento, el *raki* arde en mi estómago y Estambul respira conmigo, cómplice de mi oscuridad. Pienso en Emir Demirhan. En el miedo que lo consume cada vez que imagina perder a su reina.
Sonrío despacio, el verdadero poder en mi voz:
«Un rey con miedo a perder su reina… no es un rey, es un cadáver en espera. Y yo seré el que cave su tumba».

51

Clara

La luz que se cuela por las rendijas de la persiana me golpea los párpados y lo único que consigue es recordarme que ya es tarde, que el mundo allá fuera sigue girando mientras yo sigo aquí, tendida en la cama, enredada entre sábanas que deberían ser un refugio, pero no son más que una trinchera.

Respiro hondo. Me incorporo despacio, con ese vértigo tonto que deja una noche de alcohol, con el cuerpo pesado más de la cuenta, el estómago revuelto y la cabeza embotada. Lo que más me pesa es el nombre que llevo dentro, el que intento callar, el que vuelve con cada latido, aunque lo maldiga.

Cierro los ojos, como si con ese simple gesto bastara para echarlo de mi cabeza y arrancarlo de la piel, pero no, porque es entonces, en la oscuridad de mis párpados apretados, cuando llega la imagen que no quiero y no puedo evitar. Su mirada. Esa que me desnudaba más que sus manos. Esa primera vez que me abrazó en Estambul, cuando todo estaba a punto de saltar por los aires, y yo aún no lo sabía. El calor de su cuerpo, el peso de su barbilla sobre mi cabeza, el modo en que sus brazos eran jaula y refugio al mismo tiempo.

La garganta se me cierra. Siento un escalofrío que no tiene que ver con el de la habitación. Y lo odio. Lo odio por seguir tan dentro de mí que sigue ganando la batalla que intento librar contra mí misma.

Me levanto y camino hacia el baño descalza. La imagen del espejo es cruel: devuelve un rostro que no reconozco, unos ojos con profundas sombras. Abro el grifo de la ducha. El agua cae y arrastra el ruido de la noche, pero no lo que debería. Cuando salgo, envuelta en la toalla, el móvil sigue ahí, sobre la mesilla. Lo cojo, lo miro, lo dejo. No hay mensajes ni llamadas, no hay nada. El corazón se me acelera solo con rozarlo, solo con pensar que podría, que quizá, que tal vez,

me mande otro mensaje. Y solo por eso, me enfado conmigo misma, es como la droga que intentas dejar y recaes una y otra vez. Lo dejo de nuevo en el mismo sitio porque sé que el mayor peligro no es que él llame, sino que yo quiera contestar.

Todo en mi vida es monótono y gris desde que regresé. Me visto casi sin ganas, y salgo de mi piso casi del mismo modo. Cada esquina, cada tienda, cada portal es el mismo que antes, pero todo parece distinto. O quizá soy yo la que ha vuelto distinta y ahora lo veo todo de manera diferente.

Entro en el supermercado del barrio, el mismo donde me saludan con esa familiaridad que antes agradecía y que hoy me resulta un peso más. La cajera me sonríe, pero yo apenas respondo. Recorro los pasillos sin pensar, metiendo en el carrito lo de siempre: leche, pan, algo de fruta, lo justo para seguir fingiendo que hay una vida normal que mantener.

Al salir, me cruzo con un hombre que parece esperar a alguien junto a la puerta. Va bien vestido, demasiado para estar plantado ahí a media mañana. Me lanza una mirada que dura un segundo más de lo que debería.

—No es buen día para andar sola —murmura, como si se lo dijera al aire.

Me detengo un instante. Lo miro, pero él ya se ha vuelto hacia el escaparate, fingiendo interés por una exposición de relojes que dudo que le importe lo más mínimo. Sigo caminando, el corazón golpeando contra el pecho sin razón. No estoy demasiado segura.

La calle parece más larga de lo habitual. Miro de reojo los coches aparcados, las ventanas entreabiertas, los balcones donde asoman cortinas que se mueven con un aire que no llega hasta mí. Todo me parece casi irreal.

El móvil vibra en el bolso. Es Marina.

¿Te apetece comer fuera? Jorge y yo hemos pensado que podríamos quedar para animarte un poco.

Respiro hondo. Las ganas de decir que no se me quedan en la garganta, pero no quiero estar sola. No quiero oír el eco de mis propios pensamientos rebotando por las paredes.

Vale. Decidme dónde.

Envío el mensaje y sigo andando, aunque cada paso me pese. Por fin llego a la calle de mi casa, con las bolsas del súper golpeándome el muslo a cada paso, y me detengo frente al portal. Subo las escaleras casi sin pensar y dejo las bolsas en la cocina, sobre la encimera. Me quedo un segundo ahí, las llaves en la mano, mirando el piso vacío.

Cierro la puerta y bajo de nuevo a la calle. Giro a la izquierda, hacia el restaurante. Lo único que quiero es un rato en el que no tenga que pensar.

Cuando entro, el local es uno de esos sitios que antes me parecían acogedores y ahora solo lleno de ruidos. Marina y Jorge me reciben con esa energía que siempre tienen juntos, capaces de levantarme el ánimo solo con mirarme.

—Mírala, si es que está más guapa que nunca. El drama turco le ha sentado bien —suelta Jorge, dándome un beso en la mejilla—. Aunque reconozcamos que tienes las pintas de alguien resacosa.

—Ya empezamos —respondo, aunque me sale una media sonrisa, porque es imposible no sonreír con ellos.

Nos sentamos, y la camarera nos sirve el vino. Jorge se llena la copa, yo solo me echo agua.

—Bueno…, ¿queréis el salseo de anoche, o qué?

—Venga, cuenta ya, no nos dejes así —dice Marina, apoyando los codos en la mesa.

Jorge se echa un poco hacia adelante, con ese brillo de quien disfruta contándolo.

—Pues resulta que el chico con el que me fui… no era ningún desconocido, sino un ex. Uno de esos con los que siempre repites que nunca más y luego pasa lo que pasa.

—¿Un ex? ¿Y no me dijiste nada? —le reprocho en broma.

—Además, uno que no conocemos, ojo al dato, Clarita. ¿Lo tenías escondido, o qué? —le recrimina Marina.

—¿Y qué iba a decirte? ¿Que iba directo al matadero?, ¿o que repetía como las natillas porque está tan bueno como ellas?

—Te falta fuerza de voluntad, Jorge —le espeta mi amiga. Luego se ríe, sacudiendo la cabeza.
—¡Qué se le va a hacer! Esto es como las dietas, que siempre dices que las empiezas el lunes. Además, me sobra nostalgia, eso es lo que pasa —responde él, encogiéndose de hombros—. Y oye, no ha estado mal, para ser una recaída, digo.
El camarero deja los platos en la mesa y, durante unos minutos, nos dejamos llevar por las bromas, los comentarios tontos, los brindis que saben a intento de normalidad. Y, entonces, Jorge nos mira a las dos.
—Y ahora, hablemos en serio. He estado pensando, ¿qué os parece si nos vamos unos días a la playa los tres? Mojitos, arena, mar… Sin líos, sin nombres que nos arrastren. Nos cogemos unas minivacaciones del curro y nos largamos para desconectar de todo.
Marina asiente enseguida, con esa mirada de cómplice que tiene cuando algo le entusiasma.
—Yo ya lo había pensado. Un apartamento, sol, desconexión, justo lo que nos hace falta.
Los miro y, por un segundo, solo un segundo, me dejo tentar.
—No lo sé… He hablado con Ignacio y tengo que incorporarme el lunes a trabajar.
—No hay que saber, solo hacer las maletas y pirarnos —dice Jorge, levantando la copa—. A por la vida, joder.
Y, por un instante, quiero creerle. Quiero creer que la vida es eso: un plan improvisado que lo arregla todo. La conversación sigue después del brindis por el plan de la playa. Marina y Jorge están tan convencidos que casi puedo verlos ya con los pies en la arena.
—Yo ya me imagino con el mojito en la mano y sin teléfono cerca —dice Marina, riendo.
—Y yo con el culo pegado a la tumbona sin remordimientos —añade Jorge, encantado con la idea—. Y disfrutando de unas vistas espectaculares.
Entonces, la puerta del restaurante se abre, que me sobresalta sin saber el motivo, y veo que entra Nico, con esa manera de caminar que parece decir que todo está bien, que todo es fácil. Levanta la mano al vernos, y Jorge no tarda en llamarle:

—¡Hombre! Vente un momento, tío.
Nico se acerca con su sonrisa fácil, como si formara parte del grupo desde siempre.
—No quería interrumpir. Solo venía a tomar una tapa rápida antes de entrar a currar.
—Interrumpir dice —responde Jorge—. Siéntate un rato, anda, que estamos de resaca.
Se sienta a regañadientes, y yo intento no tensarme demasiado, pero noto que mi cuerpo reacciona, que algo dentro de mí se cierra, a pesar de la cercanía que tuvimos anoche, porque no quiero que nadie ocupe un hueco que aún está lleno de fantasmas.
La charla sigue, ligera. Hablan del *pub* de la noche anterior.
—Mira que me lo pasé bien —dice Jorge, dándole un trago al vino—. Aunque creo que la última copa sobraba.
—¿La última? ¿Solo la última? —bromea Marina.
—Oye, oye, que yo aguanto mejor que tú —replica él, picado—. Tú con dos caipiriñas ya estabas declarando amor eterno al camarero.
Marina se echa a reír y me mira.
—¿Me comprendes ahora? Esto es lo que tengo que aguantar.
—Por eso te queremos —dice Jorge, brindando de nuevo.
El chico los observa, se ríe con nosotros, y yo intento dejar que el momento me arrastre.
—¿Y tú, Nico? —pregunta Jorge, genuino—. ¿Qué haces cuando no estás salvando vidas?
—Pues... lo de siempre. Como le dije a Clara anoche, salir a tomar una copa, un poco de deporte, algo de senderismo cuando puedo, cine, una tarde de lectura en el sofá de casa... Nada emocionante, la verdad.
—Eso es porque solo has salido de fiesta con nosotros una vez —dice Jorge, riéndose.
La charla se enreda en anécdotas tontas, en bromas que por un rato consiguen que olvide lo que me pasa por dentro, pero no del todo, porque, aunque todo parece normal, hay un hueco que no se llena.
La comida se alarga más de lo previsto. Entre bromas, recuerdos de otras noches de copas y planes que suenan a verano perfecto, el tiempo se nos escapa sin darnos cuenta. O sin que ellos se den

cuenta. Porque yo, aunque río, brindo y, por momentos, me dejo llevar y tengo la sensación de estar viendo todo desde fuera.
—Venga, te acompañamos hasta casa —me propone Marina, después de despedirnos de Nico, como si fuera lo más natural del mundo, y no admitir una negativa por respuesta fuera una muestra de cariño y no de preocupación.
Jorge asiente, metiendo las manos en los bolsillos y alzando los hombros, sin importarle en absoluto.
—Claro, así de paso alargamos el paseo, que nos viene de maravilla para bajar la comida, que nosotros no somos mucho de gimnasio, Clarita. Y oye, todavía puedo contarte la versión extendida de mi noche con el ex.
Intento sonreír, lo intento de verdad, porque los quiero, porque sé que solo desean ayudar. Los conozco y, si ven una grieta demasiado grande en mí, se preocuparán el doble.
—No hace falta, de verdad. —Y noto cómo la voz se me quiebra apenas, pero consigo que suene firme—. Prefiero caminar sola un rato. Me vendrá bien. Respirar, ¿sabéis? Solo eso.
Marina frunce un poco el ceño, pero no insiste. Baja la mirada al suelo, buscando allí una respuesta que no encuentra.
—Si estás segura...
—Lo estoy. —Y esta vez la mentira pesa tanto que casi me inclino bajo su peso—. Os prometo que me vendrá bien.
Jorge me mira un segundo en silencio, luego asiente y esboza esa media sonrisa suya que siempre me hace sentir que en él tengo a ese amigo dispuesto a lo que sea, incluso si eso significa acompañarme a dar un paseo por Madrid a finales de verano a las cuatro y media de la tarde, con el fresquito que hace.
—Vale. Pero me mandas un mensaje en cuanto cruces el portal. Ni un minuto más. Porque si no, ya me conoces, me planto allí y te monto un numerito en un santiamén.
—Palabrita —le juro al más puro estilo infantil.
Nos reímos los tres, me despido, los veo alejarse, y solo entonces respiro hondo y empiezo a caminar de regreso a casa. El camino es agotador por el calor sofocante y se me hace más largo de lo habitual. Cuando llego al portal, algo me hace frenar. La puerta, la

que siempre se cierra de un portazo al menor descuido, está abierta lo justo para que se adivine la penumbra dentro. Parece que alguien hubiera entrado y no se hubiera molestado en cerrarla del todo, con lo quisquillosos que son los vecinos respecto a ese tema. Miro a un lado, al otro. La calle parece más vacía de lo habitual, que, por otro lado, a esta hora y la olita de calor que tenemos encima, es casi lógico. El eco de mis pasos resuena al cruzar el umbral. Y entonces lo veo.

Emir.

De pie, dentro, apoyado en la pared, como si llevara allí horas, y el tiempo no pasara para él. Su mirada se clava en mí, sin apartarse, sin vacilar. El aire se me queda atascado en la garganta.

—¿Qué haces aquí?

Da un paso hacia mí. Su voz suena rota, tan real que asusta.

—Lo que tenía que hacer. Venir a por ti.

Y todo lo que creía enterrado se me revuelve dentro, como un huracán.

52

Emir

El avión rueda hasta detenerse, y durante un instante, hay un silencio que no significa nada, porque dentro de mí todo sigue rugiendo. El alba asoma apenas en Madrid, ese cielo que en cualquier otra ocasión me habría detenido a mirarlo, habría respirado el aire nuevo de la ciudad, pero hoy lo único que me atraviesa es esta necesidad de llegar, de actuar, de arrancar de raíz todo lo que amenaza con quitarme lo que aún me queda.

Baran se mantiene a mi lado mientras bajamos. No hace falta que me hable, porque su mirada basta para decir lo que ambos sabemos: lo que empieza ahora ya no admite vuelta atrás.

El aire de la pista es caluroso y seco, pese a eso, se me hiela la sangre con la vibración del móvil en mi mano, esa llamada que esperaba y que no deseaba al mismo tiempo. Reconozco el número antes de verlo. Lo cojo, y la voz que responde es de alguien agotado.

—*Beyim* —dice el abogado del abuelo, ese hombre que ha estado presente en cada decisión de la familia desde que tengo memoria—. Le pido disculpas por este momento, pero mi deber es avisarle de que el plazo que su abuelo fijó está a punto de cumplirse. Si no hay matrimonio, el consejo reclamará el control de Altın Halka, y yo debo cumplir lo que él me encomendó.

Sus palabras se clavan como agujas.

—¿Qué es eso que debes cumplir? —pregunto, aunque en el fondo sé la respuesta.

—Su abuelo dejó una memoria y me encomendó que se la entregara si llegaba este momento. Y que le repitiera sus palabras, beyim. Que no olvidara esto: «Lo que dejo escrito no es solo un mandato, es un camino. No lo deseches sin mirar dentro». Son sus palabras textuales.

Ese eco de esa frase que me atraviesa como una herida vieja. Un camino. ¿Qué camino, abuelo? ¿Qué esperas que vea cuando todo lo que dejaste es un laberinto de sangre y deuda?
—Hazla llegar. Ya sabes cómo. Utiliza el mismo sistema que la última vez.
—Así será.
Cuelgo. Baran ni siquiera pregunta, me basta con cómo ajusta la chaqueta y cómo tensa la mandíbula para saber lo que implica esta conversación para mí, para lo que construimos y para lo que juré proteger, aunque me dejara la vida en ello.
El coche nos recoge. Por el camino solo veo los informes que llegan a mi móvil, las fotos, los nombres que se repiten como una maldición. Halil. Otra vez Halil. Lo que debía ser pilar es traición, pero sin una maldita prueba que lo incrimine. No me basta con eso, con lo que me cuentan, quiero pruebas y, una vez que las tenga, que me lo diga a la cara para poder acabar con él con mis propias manos.
Cuando llegamos al lugar donde los nuestros tienen al de la foto retenido, apesta a encierro, a sudor y a metal oxidado. Eso me viene bien, porque lo que traigo dentro huele peor. El hombre de la camisa blanca está ahí, atado a una silla que cruje bajo su peso, el rostro ya marcado por el miedo y la incertidumbre. No sabe si lo que le espera es dolor o muerte. Cierro la puerta tras de mí. No quiero testigos. Esto es mío, es lo único que me queda cuando todo lo demás falla. Me planto frente a él, tan cerca que podría oler su aliento, ese que apesta a tabaco barato y a terror.
—Habla —le digo, y la palabra le cae como un golpe—. ¿Quién te envió? ¿Por qué la vigilabas? —Se hace el duro. El primer golpe no se lo espera. El puñetazo lo pilla girando la cara, y lo lanza contra el respaldo. El segundo es directo al estómago. Que se le corte el aire y que sepa que no estoy aquí para perder tiempo. Lo levanto de la camisa, tiro de él como si no pesara y le clavo la mirada—. Quiero nombres o razones, o te juro que este será el último lugar en el que respires.
Tiembla, llevo demasiado tiempo en esto para oler el miedo desde lejos. La máscara de fortaleza se le resquebraja.
—Fue Halil… Halil me pagó…
—¿Y cómo sé que no lo dices porque quieres salir vivo de aquí? —le escupo la pregunta, la boca tan cerca de la suya que lo obligo a mirarme.
Duda. Mira alrededor, buscando una escapatoria. Por supuesto que no la hay.
—Te-tengo un mensaje. En el móvil. Él me lo escribió. Para el seguimiento. Quería fotos y pruebas de con quién estaba ella.
Le arranco el móvil del bolsillo. Lo desbloqueo a la fuerza, con el dedo ensangrentado que le agarro. Ahí está el mensaje. El remitente. El número que reconozco. Y lo que pone:

Quiero saber cada paso, cada sombra que la roce, cada persona que se le acerque.

—¿Por qué? —le gruño, porque quiero que lo diga, que lo suelte—. ¿Por qué quería eso?
El hombre llora ya. Baja la cabeza, las lágrimas se mezclan con la sangre que le gotea del labio.
—Dijo… dijo que quería protegerte…, proteger a la familia. Que ella era un peligro. Que podía destruir todo… porque los secretos que esconde el anillo que lleva en su dedo puede acabar con toda la organización. Me pidió que la vigilara para quitárselo.
—¿Cómo sabe mi tío esa información? —le pregunto con un nudo en el pecho; si conoce dónde está el chip, el traidor está más cerca de lo que creía en un principio.
—No lo sé, te lo juro —implora entre llantos.
Lo suelto y lo dejo caer como lo que es: un cobarde.
—Te estaré vigilando. Como vuelvas a traicionarnos, estás muerto.
Salgo de allí. Y el nombre de Halil me arde en la garganta como veneno. Tan solo tengo ganas de matarlo con mis propias manos. Nos metemos en el coche, arranca y avanza hacia el centro de Madrid. El tráfico fluye, todo parece normal visto desde fuera. Todo parece mentira.
Baran va a mi lado. Lleva los codos apoyados en los muslos, las manos entrelazadas, la mirada fija en el parabrisas, aunque sé que no está viendo el camino, ve lo mismo que yo: el abismo que se abre bajo nuestros pies.
El móvil reposa en mi mano. La memoria. Las palabras del abogado. Ese eco del abuelo que no deja de retumbarme en la cabeza: «Lo que dejo escrito no es solo un mandato, es un camino. No lo deseches sin mirar dentro».
Trago saliva, pero el nudo sigue ahí, duro, asfixiante.
—¿Por qué tanta urgencia? —pregunta, y sé que no es solo para mí, es para él, para nosotros, para todo lo que nos persigue—. ¿Qué esperaba realmente el abuelo?
Suelto el aire despacio. Miro la pantalla del móvil como si las respuestas pudieran aparecer allí.
—No lo sé, Baran. Y eso es lo que me come por dentro. El viejo nunca dejaba cabos sueltos. Si fijó ese plazo es porque había algo más, algo que no nos dijo, que esperaba que yo supiera leer.

Baran me lanza una mirada rápida, cargada de la misma inquietud que me corroe.
—¿Y la memoria? ¿Cómo demonios piensa el abogado que va a llegarte? Está en Estambul, Emir.
Asiento. Porque ya lo pensé.
—Eso mismo me preguntó él, pero utilizaremos el mismo sistema de otras veces. No lo enviará de manera física, descifrará en contenido y me lo mandará en un archivo encriptado mediante el servidor de Demirhan Jewels, por si alguien lo busca, crea que es información de la empresa. Y, mientras, no pienso quedarme de brazos cruzados a la espera.
Baran asiente, pero en su mandíbula apretada veo lo que no dice: que esto huele a trampa, que esto es una cuenta atrás que no controlamos.
—Que cubran el barrio de Clara, no quiero más sorpresas —ordeno, porque eso sí depende de mí—. Quiero que no haya un metro que no esté bajo nuestro control.
—Ya está hecho —responde Baran.
La mañana se consume en especulaciones y en llamadas a Estambul para poner al día a Kaan y Ali. La tarde nos devora. Y cuando el reloj interno me dice que es ahora o nunca, lo sé.
—Déjame a una calle. Esto lo resuelvo yo.
Baran asiente, porque sabe que no hay otra. El portal es un refugio pequeño que no logra calmar la tormenta que llevo dentro. La penumbra lo cubre todo, me apoyo contra la pared, cierro los párpados un segundo e intento regular la respiración, pero es inútil. El pulso me retumba en las sienes, el pecho me duele como si cada latido fuera un golpe. Y solo hay una razón: ella. Cada sombra que se mueve tras el cristal de la puerta me hace contener el aire y cada paso en la acera es un latido más fuerte, una punzada más honda. Hasta que al fin aparece.
La veo a través del vidrio como si fuera un espejismo. Camina rápido, como si quisiera huir del mundo. Y al llegar, al abrir la puerta y encontrarse conmigo, lo primero que veo en su rostro no es sorpresa, sino una mezcla de dolor y furia.

Se queda quieta un segundo, con la boca entreabierta, y su rostro refleja su enfado.
—¿Qué haces aquí? —me dispara con rabia e incredulidad.
La miro, me la bebo con la mirada y nada de lo que había ensayado sirve ahora.
—Clara…
Ella avanza un paso,
—¿Qué parte no has entendido? ¿Qué parte de déjame tranquila no ha llegado hasta ese cerebro podrido que tienes? ¿Qué parte de desaparece no sabes traducir?
Trago saliva, porque las palabras se me traban, porque lo que quiero es acercarme, tocarla, borrar el vacío que se ha abierto entre nosotros.
—Por favor…, escúchame. Sé que no me crees ahora, pero solo necesito que me escuches, por favor. No he venido a hacerte daño, ni tan siquiera he venido por mí.
Se ríe. Y ese sonido, esa risa rota, es peor que cualquier grito.
—¿No? Entonces, ¿a qué has venido? ¿A destrozar lo poco que me queda de vida? ¿A seguir jugando a ser el que manda, el que decide, el que mueve los hilos?
Intento acercarme un paso. Ella se echa atrás.
—He venido porque estás en peligro, no estás a salvo y no podía quedarme al otro lado del mundo sabiendo que podía pasarte algo.
La mirada se le empaña un segundo, pero enseguida vuelve la amargura.
—El peligro eres tú, Emir. El único peligro real que he tenido nunca en mi vida eres tú.
Justo en este momento, la puerta del ascensor se abre. Un vecino sale con una bolsa de basura, nos mira de reojo, incómodo, curioso. Clara lo ve, y sé lo que va a hacer antes de que lo diga.
—Sube. No quiero escucharte, pero tampoco que esto se convierta en un espectáculo.
Asiento. La sigo y, cada paso que doy tras ella, es un castigo, un recordatorio de todo lo que he perdido y de todo lo que aún puedo perder. Las escaleras se nos hacen eternas, pese a que subimos rápido. El eco de sus pasos delante de mí es un látigo. Y yo detrás,

cargando con el peso de todo lo que no dije a tiempo, de todo lo que no supe cuidar, de todo lo que he destruido sin querer.
El vecino que se cruza con nosotros le arranca una sonrisa forzada, un gesto educado que no tiene nada de verdad. Y a mí, a mí me dedica una mirada que me dice lo que soy en este momento: el intruso, el enemigo. Entramos en su casa. Y es como entrar en un lugar sagrado que ya no me pertenece. Todo huele a ella. Me quedo de pie en el salón mientras ella deja las llaves sobre la mesa, se cruza de brazos y me mira como si quisiera borrarme de un solo parpadeo.
—Habla —espeta. Y lo que más duele no es la palabra, es el modo en que la pronuncia.
Intento acercarme. El cuerpo me lo pide. Las manos me lo suplican, pero ella se aparta.
—Clara…, por favor…
—No. —Y la fuerza con la que lo dice me deja sin aire—. No quiero oír nada. No quiero volver a escuchar tus excusas, tus promesas vacías, tus malditas justificaciones. Vete. Déjame en paz.
—He venido porque corres peligro.
—¡El único peligro que hay aquí eres tú! ¿No lo comprendes? —grita, y ahora sí las lágrimas asoman, y yo me rompo por dentro porque no puedo limpiarlas, porque no puedo abrazarla, porque no tengo derecho—. ¿Qué quieres de mí, Emir? ¿Qué más quieres? ¿No has hecho suficiente?
—Te juro que no vine a quitarte nada, créeme.
Ella se ríe. Una risa rota, amarga, que me atraviesa como una puta bala.
—¿No? ¿Y a qué has venido? ¿A recordarme que nada entre nosotros fue real?
—¡No digas eso! —De repente, me siento más inseguro de lo que lo he estado jamás—. Lo único real que he tenido en toda mi vida ha sido esto. ¡Tú! Y te repetiré las veces que sean necesarias que no tengo nada que ver con el cargamento de niños. Clara, me puedes creer o no, pero te digo la verdad y espero que nuestras investigaciones den pronto los resultados para demostrártelo y, entonces, te puedas perdonar, porque desde que me abrí a ti, no

tengo nada que ocultarte, te conté absolutamente todo a lo que me dedico, y todo lo que soy.
—¡Mientes! —lo dice con un odio que no es para mí, que es para el daño que le hice—. Todo fue una farsa. Cada beso, cada palabra, cada caricia.
—¡Te amo! —sale como un ruego, como una última súplica—. Me di cuenta demasiado tarde, lo sé. Pero es verdad. Lo es.
—¡Cállate! No quiero oírlo. No quiero que lo uses para volver a meterme en esa red. No quiero que lo uses como una cuerda para atarme otra vez.
Las palabras le salen a borbotones, le cuesta sostenerlas y tiene que vaciarse de ellas para no ahogarse. Y mientras las dice, mientras me las clava como agujas, sus manos se mueven incontroladas, las aprieta contra el pecho, intentando contener un dolor con el que no puede más.
Da un paso atrás, choca con la mesa sin darse cuenta, y ese gesto torpe, desesperado, me parte en dos. Su rostro refleja un miedo que no es solo a mí, es a sí misma, a lo que siente, a lo que teme seguir sintiendo. Se lleva una mano al rostro, al pelo, lo aparta de golpe, como si ese simple gesto pudiera ordenarle el mundo cuando todo está roto. Y yo la miro, y me arde el pecho de no poder acercarme, o tocarla, o no poder gritarle que la salvaría del universo entero si ella me dejara.
—Clara… —susurro, porque no me sale más, porque todo lo demás se ha convertido en un nudo en la garganta—. No quiero atarte. Quiero liberarte, que respires sin miedo.
Pero ella sacude la cabeza, parece que mis palabras fueran piedras que la golpean, y quisiera huir de lo que significan. Y yo sigo ahí, de pie, vacío, viéndola romperse, y sintiendo que cada pedazo suyo me atraviesa a mí también. Respiro hondo.
—Déjame, al menos, protegerte.
Saco el móvil y busco la imagen desesperado. A pesar de que me cuesta trabajo, cuando la encuentro, la alzo.
—Este es el verdadero peligro. ¿Ves a este hombre de la camisa blanca? Él te seguía. Él estaba en el bar —explico de manera apresurada antes de que vuelva a cerrarse en sí misma.

Ella lo ve. Y el rostro se le descompone. El miedo se le mete en la piel, en el alma.
—Lo recuerdo. Estaba allí. Miraba todo el tiempo…
—No es mío. No es de los nuestros. Y si estoy aquí es porque no podía quedarme lejos sabiendo que algo podía pasarte. —Ella se lleva una mano al pecho, como si le doliera respirar. Y yo sé que la he perdido. Sé que ni el amor basta ya—. Clara… —susurro, desgarrado por dentro—. Perdóname. Perdóname por haberte arrastrado a todo esto, por haberte puesto en medio de un mundo que nunca debió rozarte. Perdóname por mentirte o contarte mis secretos cuando ya era tarde, pero no supe hacerlo de otra manera.
Ella niega con la cabeza. Da un paso atrás. Se frota las manos entre sí, como con ese simple gesto pudiera borrarme de su piel.
—Basta, Emir, por favor. ¡Basta ya! No quiero saber nada de tu mundo, de tus sombras, tus guerras, tus enemigos…, tus secretos. ¡No quiero vivir con miedo ni mirar por encima del hombro cada vez que salgo a la calle! ¡No quiero ser eso!
Y yo la miro, y el aire me quema en los pulmones. La miro y lo perdería todo, lo daría todo, por poder cruzar ese espacio que nos separa, abrazarla y prometerle un mundo limpio, un mundo posible.
—Lo sé. Lo entiendo. —Y las palabras me saben a ceniza—. Pero escúchame, por favor. Ahora no es cuestión de lo que quieras o no. Ahora es que alguien quiere hacerte daño. Y yo no puedo quedarme quieto sabiendo eso.
Ella se pasa las manos por el rostro, por el pelo, se lo recoge detrás de la oreja con un gesto nervioso y dolido.
—Pero ¡es por tu culpa! —explota, rota y herida—. ¡Es por estar a tu lado! ¡Porque mi único error fue cruzarme contigo, creerte, dejarte entrar en mi vida!
Eso me atraviesa y me parte en dos.
—Tienes razón —afirmo porque no puedo negarlo, porque sería injusto—. Tienes razón. Pero déjame ayudarte y protegerte, aunque me odies y no vuelvas a mirarme nunca más como lo hacías antes.
Ella se abraza a sí misma y los ojos se le llenan de lágrimas que no quiere dejar caer.

—¿Y qué quieres que haga, Emir? ¿Qué quieres que haga? ¿Que vuelva contigo, que me encierre en tus palacios llenos de mierda, que me deje usar otra vez como un peón? ¡¿Que siga viviendo en la puta ignorancia?!
—¡No! —El dolor se me escapa en cada palabra—. No quiero eso. No quiero nada de eso. Solo quiero que sigas viva y que nadie pueda rozarte, que nadie pueda herirte.
—Pues desaparece —sentencia como quien lanza la última piedra—. Porque mientras tú estés cerca, nunca estaré a salvo.
Y yo me quedo quieto, vacío, porque lo que me pide es lo que más me destruye. Porque la amo y daría la vida por ella. Porque no puedo desaparecer si eso significa dejarla sola ante el peligro. Respiro hondo, pero el aire no me sirve.
—No puedo. No puedo dejarte sola. No puedo, Clara. Aunque eso me cueste la vida. —No hay oxígeno que me baste, ni hay palabra que sirva, pese a que lo intento. Porque no sé hacer otra cosa y, aunque la distancia me queme y su odio me atraviese, solo sé avanzar hacia ella—. Clara… —digo, y algo se quiebra en mi interior —. Por favor…
Pero ella me corta con la mirada, con las palabras que lleva demasiado tiempo guardando.
—¡No! ¡No me supliques! ¡No te atrevas a suplicarme ahora, cuando ya no queda nada! —Da un paso hacia mí y es como un golpe. Como una bofetada que merezco—. ¿Sabes lo peor? —pregunta con rabia, con dolor—. Lo peor es que, aunque sabía desde el primer día que todo entre nosotros era un pacto, un maldito acuerdo…, y era consciente de que no era más que una pieza en tu tablero, un peón en tu juego sucio…, aunque lo sabía, ¡quise creer que había algo más! —exclama dolida. Y cada palabra suya es un clavo en el pecho. Cada una de ellas me deja sin aire—. Pero ¡no! ¡Eres un egoísta, Emir! ¡Un maldito egoísta que solo sabe arrastrar a los demás a sus sombras, que solo sabe ocultar, mentir, distraerme con tu maldito sexo para que no pensara y no viera lo que había detrás! Para que no viera que siempre fui eso para ti: ¡alguien que no merece saber la verdad de tu mundo!
Me acerco un paso. Solo un paso.

—No… No fue así…
—¡Fue así! —grita, y ahora sí, las lágrimas le cruzan el rostro, pero ni siquiera se las limpia—. ¡Fue así desde el principio, y lo sabes!
Su grito retumba en las paredes. Retumba en mí. Me traga entero. Y ya no puedo más. Ya no puedo callar lo que me quema por dentro.
—¡No! ¡No, Clara! —vocifero con desesperación—. Lo único que fue verdad desde el principio, aunque yo fuera tan idiota que no lo viera, lo único limpio en todo esto, lo único que no tiene mierda, ni sombras, ni engaños…, ¡eres tú! ¡Tú y lo que me hiciste sentir! Lo que me haces sentir ahora. Lo que no puedo dejar de sentir, aunque me odies. —Las lágrimas me arden, pero no las dejo caer, porque si lo hacen, si rompo del todo, ya no sabré volver a ser yo—. Te amo. Y sé que llego tarde. Y también que no lo merezco. Pero es la verdad. Es la única verdad que tengo. —Ella me mira como si no supiera si odiarme más o creerme, como si la lucha la estuviera matando por dentro—. Estoy dispuesto a hacer lo que haga falta para demostrártelo.
Ella ladea la cabeza y, cuando habla, parece que cada palabra la desangrara.
—Ah, ¿sí? ¿Me vas a dejar que te ate? ¿Que por una vez sea yo la que te domine, la que decida? ¿O eso no entra en tus planes? Eres siempre el que decide, el que tiene la razón, la voz cantante. —No puedo responder. La mirada se me hiela, la garganta se me cierra. Me quedo quieto, parece que el tiempo se detiene, y lo único que puedo hacer es bajar la cabeza. Porque la idea me aterra, porque no es lo mío, porque no sé cómo hacerlo, porque no sé rendirme así—. Lo suponía —susurra, y el desprecio en la forma en lo que lo pronuncia me duele más que el odio—. No me quieres tanto como pregonas.
Y entonces ya no hay orgullo ni miedo que valga, solo una desesperación cruda y desgarradora.
—¡Átame! —grito, y la voz se me quiebra—. ¡Véndame los ojos! ¡Mátame si quieres! Pero ¡quiéreme! ¡No me dejes! Por favor, ¡te lo suplico!
Me arrodillo, porque ya no sé cómo pedirlo y no tengo nada más que darle salvo lo que soy. Clara me mira desde arriba, y lo que se refleja

en su rostro no es de miedo, sino todo lo que se le destruye por dentro mientras lucha por no mirarme con piedad, con el amor que intenta enterrar bajo toneladas de rabia.
—Te odio tanto… —susurra, y sé que esa es la peor mentira de todas —. Y, aun así…, aun así, no sé cómo apagar lo que siento.
Y yo sigo ahí, de rodillas, destrozado por una verdad que no sé cómo hacer para que me crea, porque cada palabra suya es la única luz que me queda. Ella se queda en silencio un segundo, respira hondo, y cuando los abre hay lágrimas que no quiere soltar, y un brillo en la mirada que es dolor, asco y amor. Es todo lo que no debería estar mezclado y lo está.
—Perdóname, por favor…
—¿Quieres redimirte?, ¿que empiece a creerte?, ¿que deje de pensar que todo esto es otro maldito truco tuyo?
—Sí. Sí, Clara. Lo que digas, lo que quieras.
Me observa y pronuncia las siguientes palabras como si fuera una condena a muerte.
—Entonces escucha bien, porque esto no es un capricho. Esto es lo mínimo que podrías hacer si de verdad quieres que alguna vez vuelva a mirarte sin asco. —Trago saliva, pero la escucho. Haré lo que ella quiera y sea necesario—. Dejas el tráfico de menores. Lo acabas. Lo destruyes. Lo borras de tu mundo como si nunca hubiera existido —pronuncia ahora con seguridad—. ¿Sabes lo que es mirar a un niño y pensar que podría acabar en manos de gente como tú? ¿Sabes lo que es eso? ¿Sabes lo que me has hecho sentir sabiendo lo que había detrás de tus negocios, de tus silencios, de tus secretos? —No puedo hablar, solo asentir—. Si tienes tanto maldito dinero, Emir, lo usas para lo que vale, para fundar una organización, una fundación, lo que quieras, que cuide de esos niños, que los proteja de los monstruos. Que limpie, al menos, un poco, la mierda que has ayudado a extender.
—Hecho. Crearé una fundación que atienda a los niños desfavorecidos y víctimas de trata, pero no puedo dejar lo que hago, Clara. Hay demasiado en juego y no se trata solo de poder, sino de nuestras propias vidas, la de mi familia. Y te repito para que te quede claro que, entre nuestros negocios poco lícitos, no se

encuentra el mercadeo con niños. Alguien nos ha tendido una trampa y te juro que estamos trabajando muy duro para saber quién se ha atrevido a traicionarnos de esa manera. —Esta vez lo pronuncio con toda la firmeza que soy capaz, porque en eso no hay ni un segundo de duda—. Lo haré tal y como me pides, lo haremos juntos para demostrarte que no te escondo nada.
Ella me lanza una mirada que todavía revela su desconfianza.
—Y mejoras las condiciones de las prostitutas. Porque eso es lo que sois todos: unos hipócritas que jugáis con vidas y cuerpos como si fueran nada. Les das derechos y poder de decisión, coberturas médicas, bajas por enfermedad. Les das lo que les quitaron. Lo que nunca tuvieron. Porque ellas no tienen que pagar el precio de tu poder. Creo que seguirá siendo un negocio excesivamente lucrativo pese a todo.
El pecho me arde, y lo único que puedo decir, porque lo único que es verdad, es esto:
—Hecho. Como quieras, lo haremos.
Y, por un segundo, solo por un segundo, creo ver en su expresión un resquicio de lo que fuimos. Un atisbo de lo que aún podríamos ser.
Me quedo arrodillado, mirándola, y mientras su eco aún resuena en mis oídos, la verdad me golpea con toda su fuerza. Una cosa es no dedicarte a eso tan despreciable y otra muy diferente luchar contra socios comerciales para intentar frenar esa plaga. Sé que me pondrá a los pies de los caballos y ni tan siquiera quiero imaginar la cara de Baran o Kaan cuando les proponga las nuevas condiciones laborales de las prostitutas... Pero por ella quemaría el mundo si fuera necesario, porque perderla a ella es quedarme sin nada. Sin Clara, ni el poder, ni el oro, ni el respeto valen nada. La miro, y el único deseo que me sostiene es este.
«Déjame tocarte. Déjame demostrarte que aún hay algo en mí que merece la pena», pienso.
Alzo la mano hacia su rostro, como quien se atreve a rozar lo sagrado… Y escucho el ruido. El crujido de un cristal que se hace añicos, que se desploma en un torrente de fragmentos que saltan, que vuelan, que se clavan en el suelo con un tintineo sordo y cruel.

Tardo menos de un segundo en reaccionar, en entender que ese estallido no es solo un cristal roto. Es un disparo. Un maldito disparo que ha atravesado el ventanal, que ha venido a buscarnos, que ha encontrado el lugar exacto.

El aire se llena de polvo, de astillas de vidrio que flotan como cuchillas invisibles.

—¡Al suelo! —grito desesperado por el miedo a perderla y por la certeza de que esto no es un aviso: esto es una sentencia.

La arrastro hacia mí, la cubro con el cuerpo, con los brazos, con todo lo que tengo, formando un escudo contra el mundo, contra el fuego, contra todo el daño que yo mismo he traído hasta aquí.

El corazón me late tan fuerte que me retumba en los oídos. Y sé que este es el principio de algo peor, que ya no hay vuelta atrás.

53

Clara

El mundo sigue sonando a cristales rotos que caen al suelo como una lluvia. Siento el peso de Emir sobre mí, cubriéndome, el calor de su cuerpo pegado al mío, el miedo que aún le atraviesa igual que a mí. Mi corazón late tan fuerte que me retumba en los oídos.

Él aparta el rostro del mío lo suficiente para murmurar algo que no alcanzo a entender del todo, porque el eco del disparo aún me zumba dentro, pero veo su expresión, ese gesto entre el horror y la determinación. Saca el móvil, marca un número, y la voz tensa de Baran sale por el altavoz mientras Emir le responde con un tono que ahora reconozco: el de un hombre que manda y que está dispuesto a matar por proteger lo que ama.

—Quiero refuerzos, ¡ya! Que nadie se acerque al perímetro sin que lo sepamos, rastread los edificios de enfrente y localizad al hijo de puta que ha disparado. Preparad el coche. No tenemos tiempo.

Lo oigo todo como desde lejos, como si no fuera conmigo y pudiera quedarme ahí quieta, y el peligro no pudiera alcanzarme, pero no es así, y lo sé, porque quedarse en este piso es morir.

—¡Emir! —Mi voz me sorprende más firme de lo que esperaba—. No podemos quedarnos aquí, si intentamos salir por la puerta, será una ratonera. Nos esperan ahí.

Me mira y, por un segundo, veo la duda, ese instante mínimo en el que incluso un hombre como él vacila ante lo desconocido.

—Los edificios —digo, y las palabras brotan rápidas, porque el plan se dibuja claro en mi cabeza—. Son antiguos. Las azoteas están casi pegadas. Si cruzamos por ellas, podemos llegar hasta la calle de atrás. Allí hay un portal por el que podemos salir. Si nos esperan, es en la puerta de aquí, no allí.

Él me sigue mirando, y lo que hay en su rostro no es solo sorpresa: es respeto, es la certeza de que tiene delante a una mujer que no se va a dejar salvar sin pelear.
—Baran —dice al móvil, ya sin titubear—. Nos moveremos por las azoteas. Que esperen con el coche en la calle trasera. Que cubran la zona y que nadie se acerque.
Baran responde, y aunque no oigo bien las palabras, el tono basta. En ese momento, todo se pone en marcha. Emir cuelga. Se incorpora y me ofrece la mano. La tomo, y pese a que el temor recorre cada molécula de mi ser, pienso en vivir, en salir de aquí cuanto antes.
Corremos. El sol me ciega un segundo al salir al tejado, pero no me detengo. Señalo con la mano el siguiente edificio, el que está a apenas un salto de distancia.
—Por ahí. Cruzamos ese primero. Luego el que tiene la antena parabólica. ¡Vamos!
El tejado es un mar de obstáculos: cables que cuelgan, antenas oxidadas que amenazan con rasgar la ropa, con cortarnos la piel. Cada muro bajo que separa un edificio de otro se convierte en un desafío.
Salto el primero, con el corazón en la boca, y me raspo las manos al caer del otro lado, y siento cómo Emir lo hace tras de mí, pero con una facilidad pasmosa.
—El siguiente —señalo sin dejarle tiempo a pensarlo—. ¡Ya!
Las tejas crujen bajo nuestros pies. Los ladrillos calientes nos abrasan las palmas cuando tenemos que apoyarnos para trepar. Me duele todo el cuerpo, pero no me detengo.
El viento trae consigo un sonido que me hiela la sangre: el silbido de un disparo que pasa demasiado cerca, que impacta en una antena y la hace saltar en mil pedazos.
—¡Agáchate! —grita Emir, y yo ya lo estoy haciendo, pegada al muro, el pecho pegado al cemento caliente, el corazón tan desbocado que siento que va a salirse de mi pecho.
Respiro hondo, me incorporo, y miro el siguiente muro.
—Uno más. Podemos. El portal está después de ese.

Salto. Y esta vez la rodilla choca con el borde del muro, un golpe seco, punzante, que me arranca un gemido de dolor. Caigo al otro lado, me agarro como puedo, no dejo que me venza el pánico.
—¡Clara! —Emir ya está a mi lado, la mano en mi brazo, en mi cintura, en todos lados.
—Estoy bien —miento, porque no hay otra opción—. Solo un salto más. Y lo logramos.
Él asiente, y echamos a correr de nuevo, porque el miedo no perdona y el peligro nos respira en la nuca. El último muro se levanta frente a nosotros. Lo señalo con un gesto rápido, jadeando, el sudor pegándome el pelo a la frente, los brazos arañados por los cables y las manos por apoyarlas en el cemento con tanta prisa y sin cuidado.
—Ese. Es el último. Luego las escaleras, el portal y el coche.
Mi voz suena ronca pero firme, porque rendirse no es opción y ya estamos cerca. Emir asiente, la mirada fija en el punto que marco, y salta primero esta vez. Sus manos se agarran al borde, sus botas golpean con fuerza al aterrizar, y yo lo sigo, aunque la rodilla me grita, y el cuerpo ya no pueda más.
El impacto me arranca un quejido, pero no me paro. Corremos. Las escaleras del edificio parecen un túnel hacia la salvación. Bajamos los peldaños de dos en dos. La puerta del portal se abre, y el sol de la tarde nos ciega un instante. El coche de Baran está ahí, el motor en marcha, las puertas abiertas, los hombres armados cubriendo el perímetro con extremada atención buscando sombras.
Baran salta del asiento del copiloto y abre más la puerta.
—¡Vamos, joder! ¡Rápido!
Subimos casi de un salto. El conductor pisa el acelerador y dejamos atrás la calle, el barrio de mi vida desaparece a nuestras espaldas. Respiro. O eso intento. El pecho aún se me agita, la sangre me zumba en las sienes y el miedo no se va. Pero estamos vivos. De momento.
El coche avanza, devora el asfalto, y la ciudad se convierte en un borrón tras el cristal. Pero yo no veo la calle, ni los edificios, ni el cielo que empieza a teñirse con los colores de la tarde. Solo lo veo a él. A Emir. El perfil de su rostro duro, tenso, el pecho que sube y

baja como el mío, las manos crispadas todavía por la violencia de la huida, por la certeza de que no hemos acabado, de que esto solo ha sido el principio.
Siento la sangre arderme bajo la piel, la respiración desbocada que no encuentra paz, y la sacudida de los músculos no es solo miedo o adrenalina: es algo más. Es hambre. Es la necesidad de aferrarme a algo que no sea el vacío, el peligro, la muerte que nos ha rozado.
Lo miro. Y lo que veo es el mismo infierno que arde en mí: miedo, amor, rabia, necesidad. Todo mezclado. Todo desbordando.
No pienso. No puedo. Me inclino, y en un segundo ya estoy sobre él, a horcajadas, como si el coche no existiera, y estuviéramos ahí los dos solos y el único refugio posible fuera ese: su cuerpo, sus brazos, su boca.
No lo dudo. Lo beso. Lo beso como si se me fuera la vida en ello y solo eso pudiera hacer que todo lo demás dejara de doler y, en ese instante, no hubiera más verdad que su sabor, su aliento, su calor.
Me devuelve el beso igual, con la misma urgencia, con la misma desesperación, como un hombre que se ahoga y de pronto encuentra el aire. Sus manos me rodean y me aprietan contra él.
El coche sigue su carrera. El peligro sigue allá fuera. Pero aquí, ahora, solo estamos nosotros. Segundos después, me separo porque, por mucho que mi cuerpo aún lo reclame, y que su boca en la mía parezca el único lugar seguro que queda en el mundo, la verdad sigue ahí. La verdad de lo que somos, de lo que hemos sido, de lo que me ha hecho.
Veo esa maldita sonrisa suya que ha derribado más muros que su dinero o sus amenazas, esa misma que ahora me mira como si ya lo hubiera conseguido y pudiera volver a entrar en mí tan fácil como antes.
—Veo que me has perdonado —susurra, y la voz le sale grave, cargada de un calor que me cala hasta los huesos, que me hace daño porque quiero creerla y no puedo.
Lo miro con el corazón encogido, con la rabia bailándome en la lengua, con las ganas de gritarle y de volver a besarlo mezclándose hasta no saber cuál gana.

—El beso no ha estado tan mal —afirmo, e intento sonar lo más natural posible, aunque creo que fracaso estrepitosamente—. Para ser una recaída. Pero no te confundas, la conversación no ha terminado ni de lejos.
Su sonrisa se borra. Lo veo cambiar en un instante, y entiende que no basta con un beso, con una caricia, con un instante robado para reparar lo que está roto. Sus manos aprietan mi cintura, temiendo que pueda desvanecerme y ese contacto fuera lo único que lo mantiene en pie.
Cuando me bajo de su regazo, Emir da indicaciones rápidas. El conductor asiente y toma un desvío. Baran se mantiene en el asiento del copiloto demasiado callado para ser él. No pregunto. Sé que nos lleva a un lugar que tenía preparado, porque un hombre como él siempre tiene un plan B.
Llegamos a un edificio discreto que pasa desapercibido entre tantos otros en un barrio que no conozco. Subimos. El interior huele a cerrado. Me cruzo de brazos nada más cerrar la puerta y lo miro esperando que empiece a desmontar lo que ha construido entre nosotros. Él respira hondo.
—No vine solo porque estuvieras en peligro, Clara, también porque no podía seguir lejos sabiendo lo que ocurre —murmura con una ternura que me duele más de lo que debería—. El plazo se acaba. El consejo está esperando para quitarme todo lo que puedo usar para protegerte. Para protegernos. —Me quedo quieta y lo escucho porque necesito entender—. Mi abuelo lo dejó todo atado. Y si no me caso antes de que acabe el plazo, lo pierdo. La memoria que dejó... todavía no la he abierto, aunque sé que detrás de esto hay algo más, una verdad que no veo.
—Y mientras buscas esa verdad, ¿qué? ¿Esperas que yo me ponga un vestido blanco y te salve de tus fantasmas?
—No. Espero que confíes en mí y que veas lo que intento hacer. —Da un paso hacia mí, después otro, hasta que está tan cerca que podría tocarme, pero no lo hace—. La carga… Los niños… están libres. En cuanto me enteré de lo que sucedía, investigué y averigüé por dónde llegaba el cargamento. Una vez que los localicé, los saqué

de allí y los dejé a salvo donde nadie pueda volver a ponerles una mano encima. Me he jugado todo por eso.
Lo miro y me odio por lo mucho que quiero creerle, sin embargo, lo escucho. Siento que cada palabra es una piedra más en ese muro que se ha levantado entre los dos.
—Cásate con Yağmur —le escupo, y me duele decirlo, pero lo digo—. Ella lo está deseando y encaja en tu mundo. Yo no. No pienso casarme con alguien en quien no confío, que me pone en peligro y con quien me siento indefensa.
Él abre la boca para replicar, pero no le dejo, a pesar de ello, lo hace.
—¡No te das cuenta de que no la quiero a ella! ¡Te quiero a ti, joder! ¿Por qué no confías en mí? ¿Por qué no me crees? Te dije antes que sería capaz de hacer cualquier cosa que me pidieras…
—¿Quieres que crea en ti? Entonces dame algo más que palabras, Emir. Dame pruebas. Porque ya no me basta con lo que digas.
Lo veo tragar saliva y baja la mirada un segundo. Y yo sigo ahí, temiendo por dentro, pero de pie. Porque, aunque le ame, aunque parte de mí solo quiera lanzarme de nuevo a sus brazos, no soy una mujer que se rinde.
Él da un paso. Y luego otro. Hasta que está tan cerca que casi puedo sentir el golpeteo acelerado de su corazón, el calor que emana de su piel, la desesperación que le desborda y que ahora ya no puede esconder.
—Cuando te dije que me ataras…, que me vendaras…, que hicieras lo que quisieras conmigo…, lo decía en serio, Clara. —Apenas puede pronunciar las palabras, tan bajas que parecen un ruego, tan cargadas de verdad que me duele escucharlo—. Haré lo que haga falta para que me perdones. Lo que sea para que vuelvas a confiar en mí. Dímelo. Hazlo. Lo aceptaré. Pero no me dejes así. No me dejes sin ti.
Y lo dice de un modo que me rompe por dentro, porque sé que no es el mafioso, el hombre que mueve hilos en las sombras. Es solo Emir. Solo él. Perdido por algo que por primera vez en su vida no puede controlar.

Lo miro y duele, porque quisiera abrazarlo y, al mismo tiempo, zarandearlo hasta que entendiera y dejara de intentar salvar lo que no puede con promesas vacías o gestos que no bastan.
—Por atarte no voy a confiar más en ti, Emir —afirmo con gravedad y amargura, porque ya no me quedan fuerzas para endulzar nada—. Eso no es una prueba de confianza. Es todo lo contrario. —Veo cómo abre la boca e intenta encontrar una respuesta. Pero no lo dejo, porque esto tengo que decirlo—. Me lo explicaste tú, ¿recuerdas? Que en ese juego el sumiso tenía todo el poder, que el que manda es el que se entrega. —Le desafío con seguridad, aunque por dentro esté destrozada—. Y, ahora, ¿vienes con eso? ¿Ahora quieres que me crea que atándote me das una prueba? Lo único que haces es intentar manipularme. Y eso… eso me duele más que todo lo demás.
Él da un paso, como si le costara moverse, como si cada palabra mía lo golpeara en lo más hondo.
—No es manipularte. Es rendirme. Es que no sé qué más hacer —murmura roto, pero sigue, porque no tiene otra salida—. No quiero el poder ni los juegos, solo que me mires como antes y recuperar lo que he destrozado. Sé que las palabras ya no bastan, lo sé, pero no me queda otra cosa, Clara. —Lo veo alzar las manos, como si quisiera tocarme y no se atreviera—. Tienes razón. El poder es tuyo, en realidad, lo fue siempre, aunque no lo vieras y yo lo negara. Tú eres la única que puede salvarme de lo que soy.
Trago saliva porque es difícil odiarlo cuando habla así, y parte de mí quiere rendirse. Pero no puedo.
—No quiero salvarte, Emir. No es mi trabajo. Yo solo quería que me amaras de verdad. Sin mentiras. Sin sombras. Y no puedo seguir saltando al vacío sin red.
Él asiente despacio. Como si sus palabras no hubieran servido, como si lo supiera desde el principio y aun así necesitara decirlas.
—Entonces déjame construirte una y demostrarte que puedo hacerlo. Dame tiempo para averiguar quién quiere hundirnos para que no te quepa la menor duda de que no tengo nada que ver con esos niños.
Y ahí estamos los dos, al borde de algo que puede salvarnos o rompernos para siempre. Respiro hondo. Lo miro y recuerdo la

expresión de incredulidad y perplejidad en su cara la primera vez que me aseguró que no tenía nada que ver con eso. Sé que no puedo fiarme de él todavía, pero tampoco puedo hacerlo de nadie más. En este momento, el mundo es demasiado grande, oscuro, y yo demasiado pequeña para cruzarlo sola.

—De momento —digo al fin con rotundidad, porque no voy a darle ese gusto ni a él ni al miedo—, me voy a quedar junto a ti. —Su expresión se ilumina un poco, quiere creer que es un paso, una rendición, y yo lo paro antes de que se engañe—. No porque confíe, porque esto se haya acabado, sino por dos razones. —Lo veo tensarse, escuchando cada palabra—. La primera, porque estoy en peligro, lo sé, lo veo en tu mirada y lo he sentido hoy. No he vuelto a coger un arma desde que estuvimos en el campo de tiro de Estambul, no sé manejarla como para defenderme, y ni tan siquiera llevo la que me regalaste encima. Y no voy a sobrevivir si me quedo sola. —Él asiente despacio, y en su expresión me asegura que nunca dejará que eso pase—. Y la segunda —sigo, sin dejarlo hablar aún, porque necesito que esto quede claro—, porque si tan dispuesto estás a hacer lo que yo diga para que te perdone…, entonces tengo que pensarlo bien.

—Vale, si uno de los problemas que tienes es que no sabes coger un arma, seguiremos con las clases hoy mismo.

Y en su rostro hay algo que no había visto antes. No es solo amor, o deseo, o culpa. Hay un verdadero respeto. Y eso, por un segundo, me hace temer más que cualquier bala.

—De acuerdo, empecemos por ahí.

Mientras Emir habla con Baran en un rincón del piso y da órdenes rápidas, yo me quedo sentada en el sofá con el móvil entre las manos. Él busca un campo de tiro, un lugar donde seguir con las clases y convertirme en algo más que la mujer indefensa que he sido hasta ahora. Y yo… yo busco algo más. Algo que equilibre la balanza y que le enseñe que, si quiere mi perdón, si de verdad está dispuesto a todo como dice, tendrá que demostrarlo donde más le cuesta.

Mis dedos vuelan por la pantalla. No quiero cualquier sitio. Quiero uno exclusivo. Un club donde las máscaras caigan y las reglas se

marquen de otro modo, donde yo pueda ser quien mande y él, si tanto lo desea, quien obedezca. Lo encontraré. Y cuando llegue el momento, se lo haré saber.
Y entonces Baran avisa. Emir me hace un gesto breve, cargado de gravedad y promesas no dichas.
—Vamos.
El coche nos espera abajo. La ciudad nos engulle, pero yo ya no la veo. Solo veo el plan. Tanto el mío como el suyo. Después de una media hora, se detiene en un aparcamiento discreto. Baran y el guardaespaldas abren las puertas, recogen el equipo de tiro que Emir ya ha preparado. Sin decir una palabra, todos entienden el pacto que acaba de sellarse. Emir me guía hacia una furgoneta más grande aparcada al fondo. Dentro, dos pistolas limpias y brillantes, recambios y munición en estuches forrados de espuma. Todo ordenado y profesional.
—Este es el campo —me dice en un susurro, sin dejar de mirarme—. Está a las afueras, en Pinto. Lo contraté a nombre de un testaferro. Ético, legal y a solas, lejos de miradas.
La pista se llama Campo de Tiro Madrid, un lugar homologado donde se practica con pistola y rifle, con puestos de hasta 200 metros de distancia. Respiro hondo. El olor a polvo de plomo y a metal se mezcla con el del miedo. Y lo miro.
—¿Por qué hoy? —pregunto, y no quiero que suene cobarde—. ¿Por qué tan rápido?
El me observa con ternura.
—Porque si te enseñan, te haces menos vulnerable. Tú misma me lo dijiste antes, que ni siquiera sabías coger un arma. No quiero que sientas que estás en desventaja frente a nadie. Aquí, conmigo, estás en manos seguras, no en un mundo donde nadie se preocupe por ti y que pueda matarte sin que lo veas venir.
Al principio me cuesta. La pistola me parece fría, extraña. La recargo bajo su vigilancia, firme y segura. Emir me guía: postura, respiración, apunte. Sus manos rozan mis caderas cuando menciona el control que debo mantener.
—Tu puntería debe ser precisa… en cualquier circunstancia. —El roce de su brazo contra el mío me prende desde dentro—. Apunta —me

insta. Mi mano aprieta el arma, los dedos me sudan—. Cuando lo hagas, mira al blanco. Y dispara.
El estruendo me hace saltar el corazón. La bala perfora el metal. Y algo en mí se afirma. Me siento viva, dueña, poderosa.
Mientras repito, siento su cuerpo pegado al mío, la respiración que se acelera al ritmo de la instrucción. Como si el acto de aprender a disparar se convirtiera en algo íntimo: seguridad sigue a roce, pulso acompaña a piel, sonido se convierte en latido.
—Nunca te haré daño —susurra—. Pero hoy… quiero que tú misma sepas que puedes defenderte.
El metal frío de la pistola contrasta con el calor de sus manos, que ya no se conforman con guiar mis dedos o mi pulso. Ahora recorren mi cintura, se deslizan por debajo de la tela, por esa línea de piel que apenas roza la pretina de mi pantalón.
—Apunta —susurra, y la voz me acaricia como lo hacen sus labios al rozar mi cuello.
Un roce que quema, que promete, que amenaza con arrastrarme donde no debería volver. Disparo. El estruendo llena el aire y noto cómo sus dedos se curvan sobre mi cadera, cómo sus dientes rozan mi piel justo en la unión del cuello y el hombro.
—Así… —musita, y el aliento cálido me eriza de arriba abajo—. Cada bala, cada latido, son tuyos.
Vuelvo a disparar. Esta vez fallo el centro. El proyectil se estrella demasiado al borde.
—No pasa nada. —Su mano sube, se abre, se desliza por mi vientre hasta mi pecho. Me aprieta suave, firme, el pulgar roza el pezón por encima de la tela, provocando un gemido que apenas logro tragarme —. Concéntrate. Imagina el blanco. No dejes que el deseo te distraiga del disparo, del objetivo.
Pero él me saca con cada susurro, con cada roce, con cada forma en que se pega a mí, en que me domina sin parecerlo, en que me entrega el poder y al mismo tiempo me lo arrebata. Disparo de nuevo. El impacto es mejor. Cerca del centro.
—Así…, justo así. —Su boca ya no está en mi cuello, sino junto a mi oído, y las palabras se deslizan dentro de mí como una caricia que no termina—. No tienes que temerle al arma, Clara. El arma eres tú.

Dispara una vez más. —Su tono es grave, quebrado, como si contenerse le costara tanto como a mí.
Obedezco. El disparo vibra en mis huesos, me sacude, y el jadeo que se me escapa se mezcla con el suyo.
—Si algún día tienes que disparar… —me dice al oído—, que lo hagas sabiendo que el único enemigo que no tendrás nunca… soy yo.
—¿Puedo hacerte una pregunta, Emir? —Intento aprovechar que está distraído para medir su reacción.
—Por supuesto.
—Pero ¿me dirás la verdad, o tendré que sonsacártela?
—No, Clara, entre nosotros no hay secretos.
—¿Qué hay entre tu madre y Kemal? ¿Tienen negocios juntos o algo así? Es que he visto cosas raras —le pregunto despacio, midiendo su reacción, y justo después, le doy un beso en el cuello y disparo, aunque fallo.
—¿A qué te refieres? —me pregunta con el ceño fruncido, sé que ahora mismo está confundido—. Ellos se conocen desde hace años, es lógico que pienses que hay demasiada confianza entre ellos. Venga, no te distraigas y dispara de nuevo.
—Quizá sea eso, pero vi algo el día de nuestra pedida...
Me pone un dedo sobre la boca para callarme y me besa en la mejilla de tal forma que hace que se me olvide todo. Seguimos disparando un par de veces más. La curiosidad y las ganas de complacerme le pueden, lo veo en la forma en que me mira.
—¿Que viste exactamente?
—Vi a tu madre cuando salía de un despacho en la que estaba Kemal y Azam y, al pasar por delante, los dos estaban con unos mapas y parecía que señalaban unas rutas.
—¿Estás segura?
—Segurísima
Pasamos más de dos horas así, entre disparos, susurros y caricias que me hacen sudar y replantearme todo.
—Suelta el arma —me ordena—. Suéltala y mírame.
Obedezco. La pistola cae al banco de tiro, pero el calor no se apaga. Al contrario. Sus manos, ahora libres, me giran despacio, temiendo

romperme, y me encuentro frente a él, tan cerca que puedo contar los latidos furiosos en su cuello.
—Esto no es lo que necesito de ti…, eres tú —murmura.
Y su boca se apodera de la mía. Hambrienta. Desesperada. Un beso que es más un asalto, una rendición, una promesa y un castigo todo en uno. Sus manos me alzan, me sientan sobre el banco y me abren las piernas con la misma facilidad con la que rompe mi voluntad. Y ahí, entre el olor a pólvora y sudor, entre el estruendo de los disparos que aún resuenan en mis oídos, el deseo estalla sin balas, sin más armas que nosotros mismos. Sus labios bajan por mi cuello, por el escote abierto de la camiseta, mientras su cuerpo se pega al mío y sus dedos se clavan en mi piel con la fuerza exacta de quien sabe que es ahora o nunca.
—Nunca tendrás que temerme —jadea contra mi pecho—. Nunca.
Y el siguiente disparo no es de pólvora. Es de fuego. El que prende cuando dos cuerpos se buscan. El sabor de su boca aún me quema, su aliento aún me roza los labios, y el latido desbocado en mis sienes no es solo del deseo. Es de la locura que supone que esto, que nosotros, siga existiendo.
Pero me separo jadeante y con el pulso desbocado. Sin embargo, una sonrisa ladeada, descarada, me cruza el rostro.
—La segunda recaída es normal con los ex. —me burlo—. Es como las dietas…, siempre acabas cayendo. O como las natillas, que siempre repites y las comes de dos en dos.
Él me mira, con los labios entreabiertos, con esa expresión que mezcla adoración y derrota, y no supiera si reír o caer de rodillas. Alargo la mano, cojo el arma, la misma a la que temía al principio, ahora firme entre mis dedos. La alzo despacio, con el peso bien agarrado, con el poder bien asumido y soplo con calma hacia la boca del cañón —ese lugar por donde la bala ha salido rugiendo tantas veces hace solo un momento—, y el gesto no es solo un juego. Es un mensaje. Es una advertencia. Es un ahora mando yo.
Y Emir lo sabe. Lo ve en mi seguridad. Y yo lo disfruto. Porque, esta vez, el disparo lo he hecho yo. Y ha dado justo en el centro.

54

Emir

Las persianas del piso están bajadas, las ventanas cerradas y el aire acondicionado llena de frescor el piso mientras esperamos que la videollamada se conecte. Baran está sentado en el brazo del sofá, jugando con una navaja entre los dedos, un gesto que siempre hace para calmar la ansiedad. Clara permanece a mi lado, sin rozarme, pero tan presente que siento su energía pegada a mi piel. No ha preguntado nada desde que Kaan confirmó que había conseguido descifrar el contenido del pendrive, y no sé si es por respeto, por miedo o por esa maldita templanza que le brota cuando más me enerva.

En la pantalla, primero aparece Ali, con su habitual sonrisa torcida y la barba de varios días. En segundo plano, nuestra oficina de Estambul: mapas, documentos apilados y la fotografía del abuelo al fondo. Kaan entra un segundo después, su silueta recortada por la penumbra. Siempre parece llegar con una noticia mala en el bolsillo.

—¿Listos? —pregunta Kaan, sin preámbulos, con ese acento más marcado que siempre le sale cuando está tenso.

—Más que listos —respondo. Me inclino hacia delante, entrelazo los dedos y espero.

Kaan lanza una mirada a Ali, quien asiente y comienza a hablar mientras proyecta parte del contenido en la pantalla compartida.

—El pendrive estaba cifrado con el protocolo Halka, con una versión modificada. Solo alguien de sangre podía abrirlo sin que se autodestruyera. Hemos tenido que usar tus claves, Emir —dice Ali, mientras despliega un archivo con el encabezado en letras doradas: Halka'nın Sonu. El fin del Anillo.

—¿Qué coño es esto? —murmura Baran, ahora en pie, acercándose al portátil como si pudiera entenderlo mejor desde más cerca.

—Un testamento encubierto —responde Kaan—. No solo recoge operaciones financieras, rutas de contrabando o listas de testaferros. Esto es un manual para destruir Altın Halka desde dentro planeado por nuestro abuelo, escrito por él de su puño y letra.
Baran suelta una carcajada seca y amarga.
—¿Nuestro abuelo? ¿El mismo que ordenó ejecuciones a sangre fría? ¿El mismo que nos enseñó a desconfiar incluso de nuestra sombra?
—El mismo —respondo casi en un murmullo. Miro a Clara, que no dice nada, pero su ceja se ha alzado con una curiosidad innata. Sabe que este no es su lugar, pero no piensa marcharse. Y yo tampoco dejaría que lo hiciera.
—Hay más —dice Ali, y proyecta una lista interminable de nombres y números de cuenta—. Aquí están todos: proveedores, compradores, políticos, generales, agentes dobles. Incluso el padre de Yağmur. Él aparece vinculado a dos transacciones a paraísos fiscales a través de una sociedad pantalla ubicada en Luxemburgo.
Siento cómo la rabia me sube por el pecho, como una ola sucia de bilis.
—¿Y qué más? —pregunto.
Kaan cierra el archivo y abre otro. Este es más breve, son notas escritas a mano, escaneadas con la letra firme y elegante de mi abuelo.
—Dice que tú, Emir, eras su carta de redención. Que te veía más allá de lo que tú mismo te permitías. Por eso forzó el matrimonio y te dejó el chip, no a nosotros. Creía que solo tú podrías elegir el camino correcto sin contaminaciones. Sin deuda con nadie más que contigo mismo.
—Pues vaya regalito nos ha dejado el cabrón —masculla Baran, y yo lo dejo estar. Porque sé que tiene razón.
—¿Y qué supone esto exactamente? —pregunta Clara con firmeza lo que los demás casi no nos hemos atrevido. Todos giramos hacia ella. Kaan frunce el ceño.
—Pensé que te habías ido a dormir —le dice, con un tono neutro.
—Me quedé, creo que es demasiado importante —responde ella.
—Supongo que ya nada puede hacerse sin tu consentimiento, ¿eh? —añade Kaan, seco, aunque con un punto de ironía.
—No es una cuestión de ego, sino de lealtad —replica Clara, sin bajar la mirada—. Si estoy aquí es porque Emir quiere que esté. Además, alguien tiene que encargarse de vigilaros para que no cometáis ninguna locura.
Kaan la observa unos segundos más, luego asiente.
—Bien. Entonces escucha con atención, porque lo que estamos manejando no es simbólico, es una guerra que puede destruir Altın Halka, sí..., pero también puede volverse contra nosotros. Contra ti incluida. Si estás cerca de Emir, lo estarás también de todos los que van a querer matarlo por lo que planeamos.
Clara lo sostiene con la mirada. Ni parpadea.
—Entonces, procuremos que valga la pena.
Y, joder, cómo me cuesta no besarla en este momento.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunta Ali—. Porque si esto se filtra, hay como mínimo tres organizaciones que nos declararán la guerra sin pestañear, sin contar con los del consejo, que exigirán nuestras cabezas en bandeja de plata.
—Mañana —respondo—. Volvemos a Estambul. Ya no podemos escondernos. Esta vez no jugamos a la defensiva, sino que demoleremos hasta los cimientos.
—Y si nos caemos —añade Baran, levantando la copa de *whisky* que Clara le acaba de servir—, que sea con las manos manchadas de verdad.
Kaan me mira, asiente y, por primera vez en años, entre los tres hermanos Demirhan hay un acuerdo sin amenazas ni condiciones.
—Nos vemos mañana en casa —dice Kaan.
La videollamada termina con un pitido seco. Me quedo con la mirada clavada en el monitor, intentando arañar una explicación distinta a lo que acabamos de descubrir. Mis pensamientos siguen sin parar cuando Clara se levanta. No hace falta que me diga nada. Su forma de caminar decidida, con los labios apretados y la mandíbula marcada, ya me anuncia que no estoy preparado para lo que va a decir. Se detiene frente a mí con una resolución fría.
—Esta noche tengo planes. Ya he organizado la seguridad, así que no te preocupes por eso. Lo tengo todo controlado.
Parpadeo una vez y otra, digiriendo la frase.
—¿A dónde vamos? —pregunto, perplejo.
—Ya lo verás, es una sorpresa, no seas tan impaciente.
Cada palabra es un muro. Clara no está proponiendo, sino dictando. Y yo empiezo a entender que esta partida la está jugando con las cartas marcadas desde antes de entrar a esta habitación.
—¿Y se puede saber qué juego es este?
—Uno nuevo. Uno que, si de verdad quieres redimirte, vas a tener que aceptar.
Me aguanto el impulso de hacer más preguntas. Ella ya se ha girado. No sé qué está planeando, pero voy a descubrirlo le guste o no.
—¿Quieres explicarme a dónde vamos exactamente? —pregunto a Ozan, uno de los de seguridad, lanzándole una mirada dura, que me observa desde la puerta con la calma profesional que lo caracteriza—. Necesito preparar un protocolo de seguridad adecuado.
Mi hombre permanece imperturbable, aunque intuyo que mi tono lo ha puesto en alerta. Carraspea levemente antes de responder, manteniendo el contacto visual con respeto, pero sin ceder un ápice:
—Lo siento, *efendim*, pero esta vez no puedo revelar detalles. Son órdenes directas de la señora Clara.
Mi irritación crece por segundos. No estoy acostumbrado a que me nieguen información, y mucho menos, de uno de mis propios hombres.
—¿Perdona?
Él traga saliva discretamente, manteniendo esa maldita serenidad que, lejos de tranquilizarme, aumenta mi irritación. Respira hondo.

—Sé lo que está pensando, pero puedo asegurarle que la seguridad ha sido revisada a fondo. He verificado personalmente la ruta, el local y hasta la identidad de cada empleado que estará presente esta noche. Puede estar tranquilo, Emir *bey*.
—¿Tranquilo? ¿Crees que estoy en condiciones de aceptar sorpresas? —espeto de manera que suena cortante, cargada de advertencia—. ¿Y desde cuándo trabajas para Clara y no para mí?
Su rostro se mantiene firme, aunque percibo una leve incomodidad en su mirada antes de responder con una calma absoluta.
—Mi lealtad sigue estando únicamente con usted, *efendim*. Y precisamente por eso cumplo sus órdenes: «Protege a Clara como si fuera yo mismo». Esas fueron sus palabras. La señora solicitó específicamente que el destino de esta noche se mantuviera en secreto. Y si me permite decirlo... —hace una pausa, meditando muy bien sus siguientes palabras—: ella parecía muy decidida.
Una punzada de curiosidad se mezcla con la frustración. Inspiro despacio, intentando retomar el control que siento escaparse entre mis dedos.
—¿Ella estaba decidida?
—Mucho, *efendim* —confirma, asintiendo una sola vez—. Incluso dijo que usted intentaría sacarme información y que si cedía…
—¿Qué? ¿Te amenazó?
Por primera vez, Ozan esboza una leve sonrisa casi imperceptible.
—Digamos que me sugirió que, si cedía, me preparara para encontrar un nuevo empleo mañana.
Resoplo entre divertido e indignado y niego con parsimonia con la cabeza. Clara no deja de sorprenderme, y aunque nunca lo admitiré en voz alta, su determinación me excita.
—Así que prefieres temerle a ella antes que a mí.
Él adopta una postura aún más formal, pero un ligero destello travieso atraviesa su rostro.
—Digamos que prefiero conservar mi empleo y mantener contentos a los dos, *efendim*.
Una sonrisa amenazante aflora en mis labios.
—Creo que deberías temerme más a mí, ya sabes cómo terminan los traidores, pero también dependerá de cómo se desarrolle la noche.
Me vuelvo hacia la ventana, ocultando a medias la sonrisa que lucha por asomar por completo. Ozan permanece quieto, respetuoso, hasta que murmuro, concediendo finalmente:
—Está bien. Si Clara quiere sorprenderme, la dejaremos, pero te hago responsable de que todo salga bien.
—Por supuesto, *efendim*. No lo dude ni un solo instante.
Lo escucho salir discretamente, cerrando la puerta tras él mientras me quedo con la sensación incómoda de haber perdido esta pequeña batalla contra Clara. Pero,

esta noche, pienso para mí con un escalofrío anticipatorio, es mi turno de contraatacar.

Me visto tranquilo, escudriñando con atención el *outfit* que Clara ha dejado preparado sobre la cama. Un elegante traje negro de corte impecable, camisa oscura y sin corbata. Sonrío de medio lado al recordar que ella siempre prefiere verme así: formal, pero con un toque de rebeldía que refleja perfectamente mi esencia. Ajusto el reloj en mi muñeca y tomo aire profundamente antes de salir hacia el salón.

Clara no está todavía, así que aprovecho para servirme un *whisky*. Baran, sentado cómodamente en el sofá con las piernas cruzadas sobre la mesa de cristal, levanta una ceja al verme.

—¿Ya sabes a dónde te lleva tu mujer, hermanito? —pregunta, burlón.

Le lanzo una mirada ácida mientras tomo un trago.

—No, pero veo que tú sí.

Él se ríe entre dientes, encogiéndose de hombros.

—Digamos que sé lo suficiente como para desearte suerte esta noche. La vas a necesitar.

—¿Qué se supone que significa eso? —pregunto, frunciendo el ceño.

Pero antes de que pueda responder, escucho los pasos firmes de Clara acercándose desde el pasillo. Giro la cabeza y mi respiración se detiene un instante. Ella entra con una seguridad pasmosa, vestida con un traje de noche rojo oscuro que moldea cada curva de su cuerpo a la perfección. El escote profundo deja entrever la piel aterciopelada que tantas veces he recorrido con mis labios. Su cabello cae en ondas elegantes sobre sus hombros, y está tan hermosa que me cuesta trabajo permanecer impasible.

—¿Listo para jugar, Emir? —pregunta con una sonrisa provocadora.

Termino el *whisky* de un trago, dejando el vaso con fuerza sobre la mesa.

—Siempre estoy listo para ti, Clara.

Ella me sonríe con delicadeza, acercándose para darme un breve, pero intenso, beso en los labios. Baran carraspea, interrumpiendo.

—Si os ponéis así ahora, no llegaréis nunca.

Clara le dedica una sonrisa mordaz.

—Tú dedícate a lo tuyo, Baran. O quizá necesites que Marina te enseñe cómo hacerlo.

Él levanta las manos en señal de rendición, riéndose entre dientes mientras salimos del piso. El trayecto transcurre en silencio. Observo

cada detalle, reviso constantemente las calles, los vehículos que nos escoltan, la profesionalidad de mis hombres, cada uno en su puesto exacto. Pero es la tranquilidad de Clara lo que realmente me sorprende. Esperaba verla nerviosa, inquieta incluso, pero ella está más serena y segura de lo que jamás la he visto.

—¿Te incomoda no tener el control, Emir? —susurra, rompiendo el silencio mientras sus dedos acarician sutilmente el dorso de mi mano.

—Lo que me incomoda —respondo, entrelazando mis dedos con los suyos con firmeza— es que tú pareces disfrutar mucho al arrebatármelo.

Ella sonríe con calma y se acerca lo suficiente como para que su perfume me golpee con fuerza.

—No me gusta arrebatarte el control cuando no debo tenerlo, es más, como prueba de buena voluntad, te voy a dar una pista: no vamos a trabajar, sino a hacer cosas que nos gustan a los dos, pero con una variante.

Mi cuerpo reacciona inmediatamente a sus palabras. Esa tensión eléctrica entre nosotros, ese juego constante de poder, es algo que no puedo resistir.

—¿Variante? No sé si alegrarme o asustarme —admito, aunque ella se limita a encogerse de hombros.

El coche reduce la velocidad, indicando que estamos llegando a nuestro destino. Clara aprieta ligeramente mi mano antes de separarse y retomar su compostura perfecta. Observo su perfil decidido, sabiendo a la perfección que, aunque parezca controlarlo todo, es capaz de sorprenderme y desestabilizarme como nadie más en este mundo.

La puerta del vehículo se abre. Es hora de descubrir hasta dónde pretende llevarme esta noche. El lugar al que entramos desprende exclusividad desde el primer instante. Clara camina delante de mí, sus tacones resuenan con lentitud sobre el suelo. Mi mirada recorre la curva de su espalda desnuda, apreciando la sedosidad de su piel expuesta. Nos reciben con discreta reverencia y nos conducen hacia una zona privada, oculta tras pesadas cortinas de terciopelo oscuro, con un cristal que nos separa de otra sala privada.

—¿Qué es exactamente lo que tienes en mente, Clara? —farfullo con una mezcla de intriga y precaución.
Ella se gira de manera pausada, mirándome directamente. Su sonrisa es peligrosa, cargada de promesas secretas.
—Esta noche descubrirás hasta dónde llega tu confianza en mí. Si de verdad me amas, demostrarás que puedes soportar cualquier juego que yo elija para nosotros —dice despacio, con voz firme y acariciante.
Mi respiración se acelera, percibiendo el desafío implícito en sus palabras. La idea de someterme a sus reglas, de entregarme por completo a su voluntad, me resulta tan inquietante como excitante.
—¿Y si descubres que no puedo soportarlo? —cuestiono, sosteniendo su intensa mirada.
—Entonces descubrirás un límite nuevo, Emir —responde con una mezcla de seriedad y delicadeza al mismo tiempo—. Pero sé que podrás hacerlo porque, en el fondo, esa confianza es exactamente lo que ambos anhelamos.
Un escalofrío recorre mi espalda. y asiento, sabiendo que esta noche no habrá marcha atrás.
—Confío en ti —admito finalmente.
Ella se acerca aún más, sus labios rozan mi oído mientras murmura:
—Lo sé, mi amor. Y precisamente por eso esta noche será inolvidable.
Clara se aparta de mí y entra en la habitación contigua, dejándome solo tras el cristal oscuro. Mi corazón late con fuerza cuando veo que, tras un juego de luces, aparece Clara; lleva una máscara que cubre su cara y es guiada, con su ropa interior, despacio, por otro hombre que domina la situación.
Mi respiración se acelera al ver cómo él la guía hasta el centro de la habitación y comienza un ritual provocador. Ella se mantiene en todo momento de espaldas a mí, impidiendo que pueda verla bien, pero su cabello, su vestido, la curva exacta de su cuerpo..., todo me indica que es ella.
La impotencia se apodera de mí mientras observo cómo el hombre acaricia su espalda desnuda, la inclina lentamente hacia adelante y desliza sus dedos sobre la piel que reconozco perfectamente. La ira y

el deseo se mezclan violentamente en mi pecho, aumentando mi desesperación.
Aprieto los puños, sintiendo una agonía insoportable cuando él comienza a retirar despacio el vestido de sus hombros, dejando expuesto su cuerpo perfecto. Mi mente grita que actúe, que irrumpa y detenga lo que está sucediendo frente a mí, pero en mi interior entiendo que este es el verdadero reto. Resistir hasta el límite, confiar en ella incluso en esta tortura extrema.
La lucha interna me devora mientras veo cómo continúa desarrollándose todo delante de mí.
Me consumo al observar cómo el hombre la inclina un poco hacia adelante, susurrándole algo que no puedo escuchar. Ella obedece, entregándose a cada orden. La fusta golpea ligeramente su piel una y otra vez, dejando leves marcas rosadas que el otro lame con devoción, se lleva un pezón a la boca y lo saborea, y eso enciende un fuego oscuro dentro de mí. Siento que mi corazón podría estallar al tiempo que todo avanza, llevándome al borde del colapso emocional y físico.
Una opresión profunda aprieta mi pecho, la desesperación alcanza su punto más alto y siento lágrimas, por primera vez en mi vida, arder por mis mejillas.
De pronto, una mano cálida y familiar toca mi hombro. Giro bruscamente y allí está Clara, mi Clara, mirándome con una ternura que jamás he visto en ella.
—Muy a mi pesar, no soy capaz de correrme con otro, Emir —susurra—, al menos, de momento, no puedo soportar que alguien que no seas tú me toque.
Alterno mi mirada entre ella y la pareja tras el cristal, confundido.
—Es una doble —explica casi en un susurro—. Hicimos el cambio con el juego de luces.
—De momento y para siempre, Clara, no vas a correrte con otro que no sea yo —respondo, tratando de aparentar seguridad.
—Eso está por ver, Emir —dice con una sonrisa desafiante.
La miro intensamente, con las lágrimas corriendo por mis mejillas.
—Clara, no me pruebes así otra vez, por favor —murmuro con un nudo en la garganta—. Haz conmigo lo que quieras, humíllame si

eso te da poder, pero no me dejes fuera de tu amor. Solo déjame quedarme a tu lado, aunque sea con el corazón en carne viva.
—Era solo una prueba, Emir —explica en voz baja—. No era yo. Necesitaba que entendieras lo que realmente significa confiar en alguien hasta el límite. Y tampoco pretendo humillarte, el amor no va de eso.
Un alivio abrumador me envuelve. Sin palabras, la atraigo contra mí con fuerza, hundiendo mi rostro en su cuello, dejando escapar un suspiro entrecortado.
—Nunca me hagas esto otra vez —le suplico.
Ella acaricia mi cabello.
—Nunca más te haré pasar por esto, pero ahora sabes hasta dónde podemos llegar juntos.
La abrazo con más fuerza aún, sabiendo que esta noche ha reforzado nuestro vínculo como nunca.
—Y entiéndelo de una vez —afirma Clara contra mi cuello—. Tú sigues siendo el dominante. En la cama, siempre lo serás. Pero fuera… fuera somos iguales. Y eso también es amor, Emir. Saber cuándo rendirse y cuándo sostenerse.
—Hoy lo he comprendido, mi Fırtınam —afirmo con rotundidad mientras seguimos abrazados y beso su cabello—. ¿Te apetece que nos quedemos un rato? Necesito demostrarte lo mucho que te amo y alejar lo antes posible esa imagen de mi mente.
—¿Tienes algo preparado?
—Dame el teléfono del encargado, cinco minutos, y te lo mostraré.

55

Clara

El silencio de la sala privada se diferencia del murmullo elegante que flota en el resto del club. Aquí dentro, todo huele a cuero, a deseo latente y a secretos que solo se confiesan entre sombras.

Emir está de pie en mitad de la habitación, sin tocar nada, sin decir nada. A pesar del traje impecable que lleva, parece desnudo ante mí, como si las emociones que ha dejado salir lo hubieran despojado de toda armadura. Yo ya he cruzado esa línea. Esta noche no se trata de juegos de poder, ni siquiera de demostrar quién puede más. Esta noche se trata de verdad.

Camino hacia él despacio, con paso firme. Me he quitado los tacones, y el contacto de mis pies descalzos contra la alfombra es cálido, casi íntimo. La luz tenue proyecta nuestras siluetas en la pared, y por un segundo me observo a mí misma: una mujer fuerte, capaz de provocar que un hombre como Emir Demirhan caiga rendido a mis pies. Pero también una mujer enamorada. Jodidamente enamorada.

—¿Estás bien? —pregunto al llegar a su lado, sin tocarlo todavía.

Él asiente, pero no me mira. Su mirada está clavada en el cristal por donde hace un momento vio a una desconocida ser tocada como si fuese yo. O como si yo ya no le perteneciera.

—Lo estás —confirmo yo misma—. Pero también estás herido. Te he puesto contra las cuerdas.

—No sabía si ibas a volver —murmura él.

—Tú me enseñaste a no rendirme, Emir. A soportar el dolor, la espera, el miedo. ¿De verdad pensaste que iba a dejarte?

Se gira lentamente, y por fin, nuestros rostros se encuentran. En el suyo no hay rabia ni orgullo herido, tan solo vulnerabilidad y un

deseo tan crudo y sincero que me rompe un poco por dentro.
—Lo hice porque necesitaba que entendieras algo que no puedo explicarte con palabras. Quería que lo sintieras en el cuerpo. En la piel. —Me acerco un paso más—. Tú sigues siendo el dominante. En la cama, siempre lo serás. Yo no quiero cambiar eso. Me gusta. Me enloquece. Pero fuera... fuera de esas sábanas, necesito que me veas como tu igual. Como alguien con el mismo derecho a decidir, a hablar, a influir en lo que somos.
Él me observa en silencio, y entonces levanta una mano y acaricia mi mejilla, como si temiera que al hacerlo yo desapareciera. Cierro los párpados un segundo. Me dejo tocar.
—Entonces dime cómo quieres que te tenga —dice, con una voz rasgada por el deseo y la necesidad—. Dímelo, Clara. Y lo haré.
Lo miro con una media sonrisa, con una seguridad que antes no tenía.
—Quiero que me enseñes. Que me domines con amor. Que me pongas a prueba como esta noche, pero no con miedo, sino con confianza. Quiero rendirme porque tú sabes sostenerme cuando lo hago.
Él me mantiene la mirada, y con un gesto lento, acaricia mi barbilla con los dedos, con esa mezcla de ternura y autoridad que solo él domina.
—Antes de continuar —dice con voz grave y firme—, necesito una cosa de ti. Dime cuál es tu nueva palabra de seguridad. No quiero que sea «Estambul». La odio. No representa lo que somos ahora.
—¿Y cuál propones tú?
—Eres tú la que debes escogerla para que jamás se te olvide.
Lo pienso durante unos segundos.
—Una que no me permita olvidar que, aunque me arrodille, soy libre de levantarme. Mi palabra será «Libertad». —Él asiente, y una media sonrisa le cruza el rostro—. Quiero que esta noche sea nuestra hasta que no quede nada más que piel y verdad —añado, con una mirada firme.
Él no responde con palabras. Da un paso, luego otro, hasta que su cuerpo cubre el mío. Sus labios me rozan tan solo un poco como una promesa. Su aliento es cálido, y sus manos se cierran sobre mi

cintura con firmeza, con ese poder que solo él posee, pero esta vez sin arrebatarme nada, sino compartiéndolo todo.
Me rindo. Me entrego. No como una sumisa, como una mujer que elige rendirse porque sabe que el amor también puede ser una forma de poder. Y que, cuando se comparte, es invencible.
Y, entonces, él murmura en mi oído:
—Quiero que cierres los ojos, Clara. A partir de ahora, verás con el cuerpo.
Y sé que la sesión ha comenzado.
Lo escucho alejarse, sus pasos silenciosos se deslizan hacia una cómoda cercana. Oigo el chasquido sutil de un cajón al abrirse, el roce casi imperceptible de tejidos y metales. Sé que Emir escoge cada objeto con el cuidado de un escultor frente a su mármol. La anticipación me araña bajo la piel.
—Voy a privarte de la vista, Clara —anuncia de manera lenta mientras vuelve a mí—. Porque a veces la vista confunde más de lo que aclara. Y esta noche quiero que sientas, no que veas.
Siento sus dedos sobre mi rostro, templados y seguros. Me coloca una venda suave de terciopelo.
—¿Puedes ver algo? —pregunta junto a mi oído.
—Nada —respondo, y noto cómo sonríe.
—Perfecto. Esta noche, lo sentirás todo con la piel. Quiero que escuches, huelas, saborees... y, sobre todo, que me hables. Quiero que describas cada sensación, que no me mientas y que no te guardes nada. Si algo te incomoda, lo dices. Si algo te excita, también. ¿Entendido?
—Sí, Emir.
—Bien. Entonces, dime, Clara..., ¿qué sientes ahora?
El silencio es casi sólido. Oigo su respiración, su cercanía, el leve crujido del cuero cuando se mueve. El olor de la habitación parece más intenso. Y mi corazón, jodidamente acelerado.
—Siento... expectativa. Un nudo en el estómago. El aire está cargado. Casi puedo saborearlo. Y tú estás cerca, demasiado, aunque no me tocas.
Un segundo después, algo suave me roza el hombro. Como una pluma.

—¿Y ahora? —pregunta.
—Es... ligero. Como si el aire me acariciara. Me da escalofríos. Pero no de frío. Parece que mi piel sabe que eres tú.
Lo escucho caminar despacio a mi alrededor. Me roza el brazo, luego la espalda. El contacto es efímero, pero cada vez más cargado. Siento cómo la piel se me eriza. Cada poro parece despertarse.
—Quiero que identifiques todo. Cada textura, cada matiz, no me interesa que aciertes. Me interesa que te conozcas.
—Es... una pluma. ¿O es tu aliento? No lo sé. Pero me enciende. Me hace pensar en todo lo que podrías hacer si decidieras seguir bajando.
No responde. Solo deja que eso descienda lentamente por mi cuello, apenas un contacto, mide cada parte que quiero ofrecerle sin tocarla del todo. Luego sube de nuevo, y cambia de dirección. La siento rozar mi clavícula, luego mi escote, el nacimiento de los pechos. Me recorre un pequeño escalofrío. Él lo nota.
—Ahí —farfulla—. Justo ahí, tu cuerpo ha hablado más que tú.
El filo de la pluma viaja hasta mi cadera. Traza un semicírculo lento. Luego se desliza por detrás de mi rodilla. Me sobresalto.
—No sabía que esa zona era tan sensible —murmuro, sorprendida.
—Tu cuerpo lo sabía, solo necesitaba que se lo recordaran —responde él en un tono bajo como un secreto compartido.
Justo en ese momento, la pluma desaparece. Mi piel la echa de menos al instante y gimo bajito, sin pensarlo. Él lo escucha.
—Eso es lo que quiero, Clara. Que sientas el vacío como un castigo y el contacto como una promesa.
Un instante después, siento algo frío. Un hielo. Se desliza por mi clavícula, baja por el esternón. Gimo, sorprendida.
—Y, ahora..., descríbelo.
—Es hielo. Frío. Cortante. Pero..., cuando lo mueves así, lento... —jadeo—. Se siente como si encendiera fuego por dentro. Porque todo lo demás arde en contraste.
—Buenísima chica —murmura.
El hielo se aleja un instante, lo justo para que mi piel lo añore. Pero no ha desaparecido. Vuelvo a sentirlo, sé que Emir lo ha sostenido todo el tiempo entre los dedos, esperando el momento exacto para

regresarlo al combate. Reaparece, tangible y urgente, deslizándose ahora por mis pechos, rodeando uno con lentitud mientras el contraste entre el frío y el calor de su aliento me arranca un gemido. El cubito resbala hacia el vientre, dibujando un surco húmedo que me hace arquear la espalda.

—Describe —ordena él, pegado a mi oído—. No pienses. Solo siente.

—Es... como una chispa que me recorre desde dentro. Me quema, pero no quiero que pares —respondo entre jadeos.

Él alterna el hielo con el calor de su boca, lamiendo donde antes rozó el cubito. Luego, lo arrastra de nuevo, esta vez bordeando mi ombligo, bajando apenas, solo lo justo para que mi cuerpo empiece a suplicar. Mis caderas se tensan, buscan sin moverse del sitio. Y él lo sabe. Me acaricia con los dedos justo al lado de donde más lo deseo, pero sin tocar. Un castigo delicioso.

—Sigue hablando, Clara. ¿Qué sientes ahora?

—Deseo. Furia. Ansias. Me enciendes desde la garganta hasta el sexo.

—Eso es exactamente lo que quiero. Que te excites.

El siguiente objeto no tarda en llegar. Escucho un leve tintineo, metálico, armonioso. Y luego, una caricia que no es ni pluma, ni hielo. Es cálida, más firme. Se desliza desde mi omóplato hasta la base de la espalda con una cadencia hipnótica. Me arqueo, buscando más.

—¿Y ahora?

—Es... más pesado. Como... como un rastro de seda, pero más grueso. ¿Es cuero? No lo sé. Pero acaricia como si escribieras sobre mí.

—Es un *flogger* de tiras suaves. ¿Te resulta agradable?

—Mucho. Pero necesito más fuerza. Más ritmo. Quiero sentirlo de verdad.

Él suelta una carcajada grave, y el sonido se me cuela entre las costillas.

—Lo tendrás, mi preciosa Fırtınam. Pero antes, quiero que tu cuerpo hable más que tus palabras. Quiero que me muestres cuándo algo te estremece, cuándo algo te vuelve loca.

—Mi cuerpo ya grita, Emir. Solo tienes que escucharlo.

—Y lo estoy haciendo. Cada jadeo, cada respiración, cada espasmo leve en tus muslos. Lo oigo todo, Clara.
Una ráfaga más fuerte del *flogger* golpea mis nalgas, y mi gemido es inmediato, visceral. No es dolor. Es electricidad líquida.
—Así —susurra él—. Así te quiero. Despierta. Atenta. Sumisa sin dejar de ser tú.
Y yo solo puedo asentir, porque sé que no hay marcha atrás. Que esa noche seré moldeada por sus manos, y que cada marca invisible que deje en mi piel será, al mismo tiempo, una promesa y una declaración de amor.
Entonces, me toma por los hombros y me besa en la mejilla, un roce apenas perceptible que me estremece entera. Sus dedos bajan con precisión por mis brazos, hasta llegar a la cremallera del vestido rojo. Lo desabrocha despacio, con una paciencia casi cruel, y siento cómo la tela se desliza desde mis hombros hasta la alfombra, dejándome desnuda salvo por la ropa interior de encaje. Su aliento me roza la espalda mientras murmura:
—Desnúdate por dentro también. Libérate de todo lo que no eres. Esta noche, eres solo tú. Y yo.
Me guía con una mano firme en la base de mi espalda. Camino descalza, vendada, desnuda casi por completo, hacia lo desconocido. El suelo cambia bajo mis pies: ya no es alfombra, es madera pulida. Oigo cadenas leves, el sonido sutil de algo que se balancea. Cuando me detiene, su aliento me acaricia cálido en mi oído:
—Vas a sentirte como nunca. Este columpio fue hecho para ti.
Me ayuda a sentarme, a recostarme. Ajusta mi postura. Me acomoda con una delicadeza casi reverente. Las correas me rodean los muslos, las muñecas, la espalda. Me sostiene entera, parece que floto en el aire, pero con él como ancla. No tengo vértigo, solo una promesa.
—¿Estás cómoda? —pregunta.
—Sí —respondo, y sé que esa palabra no alcanza. No existe vocablo que describa lo que empieza a nacer en mi pecho.
Él se arrodilla frente a mí, y aunque no lo veo, lo siento. Su presencia me envuelve. Y cuando toma uno de mis pies y lo besa

con devoción, comprendo que esta noche voy a ser adorada, domada y liberada, todo al mismo tiempo.
Siento que se aleja un momento. El silencio que deja tras de sí es una caricia vacía, y mi cuerpo se tensa como si cada músculo lo reclamara. El aire cambia, hay un ruido suave de cristal, un descorche sutil. Luego, pasos decididos que regresan.
—Ahora quiero que saborees, Clara. Que aprendas a rendirte con la lengua, no solo con la piel.
Algo frío roza mis labios. Un líquido burbujeante. Champán. Lo reconozco al instante, pero no abro la boca hasta que él lo indica.
—Prueba. Solo un sorbo.
Obedezco. El líquido estalla contra mi lengua, dulce, afrutado, ácido. Una sinfonía efervescente que me despierta sentidos que no sabía dormidos. Gimo, porque no puedo evitarlo.
—¿Y?
—Es... delicioso. Vivo. Mil burbujas me acarician desde dentro.
Él ríe, y el sonido me sacude entera.
—Ahora voy a darme una cata diferente —anuncia.
Siento el chorro fresco del champán caer, sin aviso, sobre mi cuello. Grito, sorprendida, excitada. Baja entre mis pechos, se desliza hacia mi vientre, y en ese mismo instante, su lengua lo sigue. Lo lame. Lo recoge. Lo saborea en mí.
—Joder... —exclamo, arqueándome, intentando escapar y al mismo tiempo ofrecerle más.
Su boca recorre el surco del líquido, lenta, sin prisa. Se detiene a su antojo. Me chupa un pezón que ha quedado perlado por una gota. Se recrea. Me acaricia con la lengua. Luego, me besa con pasión hasta que, cuando se separa, ambos jadeamos.
—¿A qué sabe ahora? —pregunta con voz ronca.
—A mí..., pero también a ti. A nosotros. A deseo líquido. A salvación.
—Perfecta.
Su aliento desciende por mi abdomen, siguiendo el rastro húmedo que él mismo ha creado. Las burbujas han desaparecido, pero su boca continúa lamiendo cada rincón, cada curva, cada pliegue. Cuando llega al borde de mis braguitas, se detiene. El encaje ya está empapado. No sé si por el champán..., o por mí.

—Todavía no —dice, justo cuando creo que las arrancará con los dientes—. Antes quiero que me pidas. Que uses la boca para algo más que gemir. Dime qué quieres, Clara.
—Quiero que me tomes. Que me bebas. Que me hagas tuya como si este fuera nuestro primer pecado. Y también el último.
Él gruñe. Literalmente. Un sonido primitivo, masculino, oscuro. Sus labios rozan el encaje. Inhala. Y murmura contra la tela:
—Entonces prepárate. Porque esta noche... pienso embriagarme de ti.
Y entonces, escucho el sonido del líquido cuando se vierte en la copa.
—No todo está planeado —murmura Emir, divertido—. Pero me gusta improvisar cuando el deseo lo exige.
El burbujeo del champán me llega como un sonido travieso. Un instante después, algo frío y punzante roza mis labios. Es la copa.
—Abre la boca —ordena.
Obedezco. El líquido chispea en mi lengua, efervescente, vibrante, como si cada burbuja estallara directo en mis terminaciones nerviosas.
—¿A qué sabe? —pregunta, rozando con sus dedos mi mandíbula.
—A promesa. A fuego helado —respondo, jadeando.
—Buen intento. Pero ahora quiero que te lo aprendas con el cuerpo.
Vierte un pequeño hilo de champán sobre mi pecho izquierdo. El líquido frío resbala sobre la piel erizada, marcando un sendero brillante hasta la curva de mi costado. La estructura se balancea apenas, un vaivén suave que me aleja un instante de su boca, solo para acercarme de nuevo cuando él lame con lentitud cada gota.
—Ese movimiento… —comento, entre jadeos—. Me hace sentir como si cada caricia llegara tarde. Como si te alejaras justo antes de tocarme, y al volver… me incendiara el doble.
—Eso es lo que quiero —responde mientras derrama más champán, esta vez sobre mi vientre—. Que me desees tanto que duela.
La curva de la estructura me obliga a arquear el cuerpo. Mis caderas se levantan por instinto, y el frío del líquido es inmediatamente sustituido por el calor abrasador de su lengua, que traza círculos lentos, posesivos. Cada vez que la estructura me balancea hacia

atrás, me invade la impaciencia; cada vez que vuelvo hacia él, mi cuerpo clama por más.
—¡Joder! ¡Esto debe ser pecado! —consigo decir—. Y tú... tú pareces decidido a convertirme en tu sacrilegio favorito.
—No. Tú ya lo eres —responde Emir, ronco, y justo entonces baja con la boca abierta hacia el borde de mis braguitas empapadas.
Sus labios se detienen a milímetros de mi sexo. Lo sé porque siento su respiración justo ahí. Pero, enseguida, la estructura me aleja de nuevo, dejándome con un gemido suspendido entre los labios. Cuando regreso, su aliento es lo único que me roza.
—Dímelo, Clara, ¿qué deseas ahora?
—Que bebas de mí. Que no pares hasta que consigas que toque el cielo con tu lengua.
El balanceo se vuelve un aliado cruel. Él lo manipula, me lanza hacia el filo del placer y luego me aleja de nuevo. Cada vez que me acerco, siento el roce de sus labios, de sus dedos, de su lengua bordeando el encaje... sin quitarlo aún.
—Voy a hacer que grites de hambre, de exceso de placer. Y cuando estés al borde, cuando ya no sepas cómo se llama el mundo, entonces... entonces te arrancaré lo que te queda de cordura.
Y sé que lo hará. Porque ya estoy perdida. Porque ya soy suya.
La sensación de flotar me invade, pero es el vaivén de la estructura lo que me desarma. El balanceo es suave, apenas un gesto, pero cada vez que me alejo de su cuerpo, algo en mí se tensa. Y cada vez que me acerco, la anticipación se convierte en electricidad.
—¿Lo sientes? —pregunta, con su voz grave, rozando mi cuello.
—Sí... —afirmo como puedo.
—Cada vaivén es tu cuerpo buscando el mío. Cada impulso, una súplica que no pronuncias en alto. Eso también es confiar.
Y, entonces, lo oigo deslizar algo más. Una hebilla. Un clic. Y, después, sus labios rozan mi oído, mientras su mano acaricia el costado de mi muslo desnudo.
—A partir de ahora, repetirás estas palabras conmigo. Quiero que las memorices. Quiero que vivan dentro de ti.
—¿Qué palabras?
Su voz es firme, sin sombra de duda:

—El poder que comparto contigo es el único que no puede romperse.
La frase se me clava en el pecho como una ofrenda. Y también como una verdad que antes jamás había comprendido del todo.
—Repítelo —ordena, con suavidad, mientras mi cuerpo se balancea, hambriento de su tacto.
—El poder que comparto contigo es el único que no puede romperse —respondo, de manera entrecortada por el deseo.
—Otra vez. Más firme. Que lo crea tu piel.
Lo repito. Y, esta vez, siento que algo se alinea en mí. Como si esas palabras, por fin, me pertenecieran.
Él no dice nada más. Me acaricia entre las piernas con una lentitud calculada, y la estructura responde con un movimiento casi imperceptible que hace que cada roce, cada pulso, cada aliento se vuelva una explosión suspendida.
Cada prenda que cae al suelo suena como un secreto que se suelta. No veo sus gestos, pero los imagino: desnudo no solo de ropa, sino de historia.
Me penetra con una firmeza exquisita, lenta, honda, haciéndome gemir con el alma. Siento cada centímetro llenarme, acariciar cada rincón de placer que mi cuerpo había olvidado. La estructura se mueve, y con él, mi respiración, mi voluntad. Pero justo cuando el placer me arrastra, él se retira, y me quedo vacía. El balanceo me aleja, siento el frío de su ausencia. Casi lloro por tenerlo de nuevo dentro.
—Repítelo —ordena mientras el aire entre nosotros se carga de electricidad.
—El poder... que... comparto... —balbuceo, pero me equivoco. La impaciencia me traiciona.
Una nalgada seca, sonora, caliente, me hace jadear.
Y otra vez. Entra. Lento. Se queda dentro solo unos segundos. Sale. La estructura se balancea. Roza mi clítoris con su dureza al retirarse, y mi espalda se arquea por instinto, buscando más.
—Repítelo.
—El poder que comparto contigo es el único que... que puede romperse...

—No —niega. Otra nalgada. Más calor. Más necesidad.
El ciclo se repite. Una, dos, tres veces. Cada error, una corrección ardiente. Cada intento fallido, un retorcer de mi cuerpo por dentro. Hasta que, al borde de la locura, cuando no sé si voy a explotar consigo decirlo:
—El poder que comparto contigo... es el único... que no puede romperse.
—Ahora sí —susurra, y sus embestidas se tornan frenéticas, desbordadas. Me aferro a la frase como a un mantra, repitiéndola en mi mente con cada choque de su pelvis, con cada gemido, con cada lágrima de placer que resbala por mis mejillas.
Y cuando por fin el clímax nos alcanza, cuando nuestros cuerpos se funden en un estallido sin retorno, Emir grita contra mi cuello:
—Te amo, Clara. Te amo con todo lo que soy. Y contigo... soy libre.
Me suelta con lentitud. Me toma entre sus brazos sin prisas, con esa delicadeza que sólo conocen los hombres que han amado de verdad. Me lleva hasta una cama baja, cubierta por una manta gruesa y oscura y me acomoda sobre ella con sumo cuidado.
—Gracias —farfulla, aún agitado por todo lo que hemos vivido—. Por confiar en mí. Por dejarme entrar tan dentro de ti. No solo en tu cuerpo. En todo lo que eres.
Yo no contesto. No puedo. Me aferro a su espalda con los brazos. Siento el latido de su pecho contra mi mejilla. Su olor, su sudor, su amor. Todo se queda conmigo. Todo me arropa.
—No me sueltes —le pido casi en una súplica.
—Nunca más —responde él, besándome el hombro con una ternura que me llega hasta el alma.
Y allí, entre el silencio y la piel, entre el sudor y las lágrimas, sé que algo en nosotros ha cambiado para siempre. Que esta noche no fue solo sexo. Fue una forma de decir «te pertenezco» sin perderme. Y que, por fin, el amor dejó de ser una amenaza para convertirse en casa.

56

Clara

Me despierta el chirrido de una silla que se arrastra contra el suelo. El corazón me salta en el pecho, un latido brusco que me recuerda todo lo sucedido ayer. Las balas de por la mañana, que silbaban tan cerca que aún siento el viento cortándome la piel, el campo de tiro, nuestra reconciliación por la noche. Me incorporo de golpe, y lo primero que veo es el caos: mis zapatos tirados junto a la puerta, su pistola cargada sobre la mesilla, y nuestra ropa esparcida por toda la habitación.

El apartamento es pequeño, sin vida, con paredes desnudas y un olor a humedad mezclado con café frío. Un lugar para esconderse.

Emir está de pie, junto a la ventana entreabierta, hablando por teléfono. Su tono es un rugido que se clava en mis nervios. Lo veo hacer un gesto brusco con la mano libre, imitando estrangular al del otro lado de la llamada. Camina de un lado a otro, como un lobo enjaulado con hambre de sangre.

Me acerco descalza hasta quedarme cerca, sin atreverme a interrumpirlo. Le escucho mientras acaricio su hombro intentando calmarlo.

—¿Qué han encontrado? —exclama, amenazante. Pausa breve, un murmullo al otro lado—. ¿Vacío? ¿Así de fácil? —camina hasta la ventana y apoya la mano contra el marco con fuerza—. ¡Alguien les dio la ubicación, *lanet olsun*! ¡Maldita sea! —Se pasa la mano por la cara—. Me da igual que esté limpio, quiero a quien lo hizo —dice, bajo, cortante—. Quiero saber quién entró en la casa de Clara y revolvió todo.

Mi pecho se contrae, el frío del suelo me sube hasta la garganta.

—¿Las fotos? —pregunta Emir, con un tono más letal que el acero—. ¿Confirmado que era uno de Güç Bizim? —Asiente una vez, furioso

—. Eso me lo imaginaba. Pero no me vendas humo, Ali…, no tenemos claro quién mueve los hilos. No me importa si está ganando fuerza en los bajos fondos de Estambul, lo voy a arrancar de raíz antes de que crezca.

Su respiración se vuelve más áspera, los nudillos que sostienen el teléfono están blancos de pura rabia. Da dos pasos largos hacia la puerta, luego se detiene en seco y vuelve sobre sí mismo, decidiendo a quién matar primero.

—No quiero más errores, ¿me oyes? —pronuncia tan amenazante que infunde auténtico pavor—. Si vuelven a tocar lo que es mío, esta vez no habrá un callejón lo bastante profundo para esconder sus cadáveres.

Corta la llamada y se queda quieto, los hombros rígidos y la mirada clavada en la calle.

—¿Me lo vas a decir, o piensas seguir hablando en clave mientras deciden cuándo vuelven a intentar matarnos? —escupo las palabras antes de darme cuenta.

Emir se gira despacio, como un animal que huele el desafío. Sus ojos me atraviesan y, por un segundo, creo que voy a salir ardiendo.

—Clara… —farfulla.

—He escuchado todo. —Doy un paso hacia él, sin apartar la mirada, aunque las piernas me flaquean—. Han entrado en mi casa. Han buscado algo. ¿Qué coño quieren? ¿Qué están buscando que valga más que mi vida?

Su mandíbula se marca. Cruza la habitación en tres zancadas y me agarra de los brazos, no con fuerza para hacerme daño, pero sí para que no pueda escapar de la verdad que arde en sus ojos.

—Querían dejarme un mensaje —dice, cada palabra cargada de veneno—. Que supiera que pueden llegar hasta ti, que no hay pared lo bastante gruesa ni cerradura lo bastante fuerte.

—¿Un mensaje? —mi voz se quiebra entre furia y miedo—. ¿Eso era un mensaje? Porque lo único que entendí ayer es que podían volarte la cabeza delante de mí y ni siquiera habría un porqué.

—¡Quieren joderme a través de ti! —explota, y su rugido retumba en las paredes desnudas—. Es Guc Bizim, o alguien peor, alguien que está ganando terreno en las cloacas de Estambul y que quiere que

me arrodille. Y no lo voy a permitir, Clara. Antes les arranco la lengua a todos.
Me aparto un poco, clavándole la mirada.
—Y, mientras tanto, ¿qué? ¿Esperamos a que nos metan una bala en la cabeza para reaccionar?
Él cierra los ojos un segundo, como si contara hasta diez para no destruir el apartamento con las manos. Cuando vuelve a abrirlos, lo que veo me deja helada: pura rabia y miedo.
—No vas a morir, Clara. Nadie se atreverá a tocarte mientras yo respire.
—Pues empieza a hablar claro —le espeto, con el corazón martilleando—, porque si vuelven a por mí y sigo sin entender qué mierda pasa, entonces ya no hay promesa tuya que nos salve.
Nos quedamos frente a frente, respirando el mismo aire cargado de amenaza. Siento que, si alguien entra por esa puerta ahora, Emir lo mata sin preguntar… Y yo no sé si gritaría, me quedaría mirándolo o le ayudaría a terminar, sin fuerzas para hacer nada más.
Emir pasa una mano por su pelo y respira hondo, intentando no destrozar algo a golpes. Yo lo sigo con la mirada, sin dar un paso atrás. Ya no puedo. Después de los disparos, después de sentir la muerte a un centímetro de nosotros, de tener que huir por las azoteas como si fuéramos ladrones, de escondernos en un piso, de que volviera a sentir una pistola entre mis dedos y nuestra reconciliación no hay espacio para medias verdades.
—Clara… —empieza, pero lo corto con un gesto.
—Si piensas volver a mentirme, no abras la boca.
Se queda inmóvil. Y, por primera vez desde que lo conozco, parece que las palabras le pesan. Camina hacia mí, lento, peligroso, hasta que nos separan apenas unos centímetros. Sus manos me rodean la cara, pero no hay ternura esta vez: es pura necesidad, necesita que le crea para no perderse.
—¿Por qué no llevas el anillo? —me pregunta, bajo, ronco, pero con esa furia dormida que amenaza con despertarse en cualquier segundo.
Lo miro a los ojos, levanto la barbilla y meto la mano bajo la camiseta. Saco la cadena de oro que cuelga de mi cuello, fría contra

mi piel. El anillo está ahí, oculto, como un secreto que solo yo conocía. Lo sostengo en mi palma, temblando, y mi voz sale cortante:
—Porque a veces necesito recordar que sigo siendo yo. Pero nunca lo he dejado atrás. Nunca.
—¿Cómo no lo vi anoche?
—Lo metí en mi bolso —replico y me encojo de hombros.
Me lo arrebata con un movimiento rápido, como si temiera que pudiera desaparecer, y lo desliza en mi dedo con un gesto firme, casi brutal.
—No vuelvas a quitártelo —ordena, sus labios rozándome el oído—. Ni una sola vez.
Me obligo a sostener su mirada, aunque el corazón me martillea.
—¿Por qué te importa tanto? —pregunto.
Se queda callado durante unos segundos que parecen eternos.
—Porque ese anillo no es solo un símbolo, Clara. Es… algo más.
—¿Algo más? —pregunto de manera más aguda de lo que pretendía —. Explícate.
Él cierra los ojos un segundo, tragando un veneno que no quiere soltar. Cuando los abre, la confesión se clava en mí.
—Dentro hay un chip que contiene información que puede destruir Altın Halka…, o a mí, si cae en las manos equivocadas.
La sangre me abandona el cuerpo. No sé si gritar o reírme como una loca.
—¿Me estás diciendo que llevo pruebas de tus guerras en el puto dedo? —escupo.
Él no parpadea. Da un paso más, y su sombra me envuelve entera.
—Y un localizador —añade, sin temblar, pero desvía su mirada hacia otro lado—. Porque no pienso volver a perderte. Si vuelves a desaparecer como cuando te cogió Duval, si alguien te toca, me vas a llevar directo hasta ellos. ¿Nunca te preguntaste cómo te encontré tan rápido?
Lo miro con las palabras atrapadas en mi garganta. La cadena aún cuelga de mi cuello, como un recordatorio de que ya no soy libre, de que no puedo correr, aunque quisiera. Mis manos se aprietan a los costados.

—Entonces, este anillo no es un compromiso. Es una cadena.
Él apoya la frente en la mía, nuestras respiraciones entremezclándose y una promesa que flota en el aire.
—No, Clara. Es la única forma de que el mundo no nos separe. Y si alguien intenta arrancártelo…, lo mato antes de que te roce.
Y, aunque todo en mi cabeza grita que debería odiarlo por esto, mi cuerpo solo sabe una cosa: que, fuera de sus brazos, el peligro huele aún más a muerte. Justo entonces, suena de nuevo su móvil, lo descuelga y me hace un gesto con el dedo para que lo espere.
Me alejo un poco, buscando el rincón más apartado del piso seguro. Quiero un minuto lejos de la energía de Emir, de sus órdenes y la rabia que llena cada palabra que suelta por el teléfono. Necesito escuchar otra voz que no esté hecha de pólvora y promesas de muerte. Necesito recordar que mi vida no siempre fue esto.
Saco mi móvil y lo aprieto entre las manos. Por un segundo, dudo si encenderlo. Si alguien rastrea la llamada, si con un solo toque traigo el infierno hasta aquí… Pero el no saber de ellos me pesa más que el miedo. Lo enciendo y marco el primer número.
—Clara… —su voz está medio dormida, pero la preocupación la despierta en un segundo—. ¿Qué pasa, cariño?
—Estoy bien, mamá —digo rápido, intentando sonar más tranquila de lo que me siento—. Solo quería avisarte de que voy a viajar a Estambul con Emir.
Se hace un silencio, puedo imaginarla sentada en la cama, con la mano en el corazón, intentando procesar mis palabras.
—¿A Estambul? ¿Con Emir? ¿Os habéis…?
—Sí —respiro hondo—, y por la boda. En un par de días quiero que vengas con Jorge y Marina. No voy a hacerlo sin vosotros allí.
Su risa nerviosa intenta disimular las lágrimas.
—Por supuesto que iremos, hija. ¿Qué clase de madre sería si te dejara sola en algo así? Pero escucha… —baja la voz, cargada de ese cariño que me aprieta el alma—, cuídate mucho, ¿me oyes? Que el amor sin vida no sirve ni para canción de radio.
Cierro los ojos, dejando que ese refrán inventado me atraviese el pecho. Siempre ha tenido esa maldita habilidad para convertir el miedo en palabras que parecen un hechizo protector.

—Te lo prometo —susurro, sabiendo que es una promesa tan frágil como el cristal.
Cuando cuelgo, me apoyo un segundo contra la pared para poder respirar antes de llamar a Jorge y después a Marina…, y cada llamada se siente como un hilo que me ata a mi otra vida, la que se está deshilachando mientras corro hacia un destino del que ya no hay vuelta atrás.
Marco el número de Jorge y él descuelga casi al instante, como si hubiera tenido el teléfono en la mano todo el tiempo.
—¡Al fin te dignas a llamar! —su voz suena aliviada y con ese humor suyo que siempre intenta arrancarme una sonrisa—. Pensaba que te había tragado la tierra.
—Casi… —respondo con un hilo de risa cansada—. Pero sigo viva, que ya es mucho decir.
—¿Dónde demonios estás, loca? Llevo dos días imaginando rescates imposibles. Ayer me acerqué por tu piso, entré con mis llaves porque no contestabas, y vi cristales rotos y todo tirado por el suelo. Te llamé muchas veces y, como no contestabas, intenté localizar a Emir sin éxito, hasta que al final me armé de valor y llamé a su hermano mayor, que me explicó más bien poco, solo que estabas bien, que no había pasado nada y que Emir te protegía, como si eso fuera lo único importante.
—Ahora no puedo contarte mucho, Jorge. Solo… —respiro hondo, tragándome el nudo que me aprieta la garganta—. Voy a viajar a Estambul con Emir. Necesito verte allí en unos días. A ti y a Marina.
La línea se queda un segundo en silencio, luego escucho cómo se mueve al otro lado.
—Vale… Si me lo pides así, allí estaremos. Aunque tenga que robar un avión.
—Gracias. —Me froto la cara, agotada—. Te lo explicaré todo cuando estemos juntos, lo prometo.
—Sabes que no hace falta prometerme nada. Solo vuelve entera, ¿vale? —su voz baja un poco, más seria—. Sin sustos esta vez.
—Lo intentaré —digo, y siento la punzada amarga de saber que no puedo darle garantías.

Marco el número de Marina y apoyo la frente en mi rodilla mientras espero que descuelgue. La llamada suena más de lo que debería y, cuando al fin contesta, no escucho palabras. Solo un sollozo ahogado, una respiración que se rompe.

—Marina…, soy yo —susurro, apretando el móvil con fuerza, como si así pudiera abrazarla a través de la distancia—. ¿Qué pasa, qué ha pasado?

Su respuesta llega entrecortada, como si hablara con la cara hundida en una almohada empapada.

—No me han renovado el contrato, Clara… —traga saliva, pero la voz se le quiebra—. Me van a echar del piso. No sé qué voy a hacer, no me llega para el alquiler y… —otro sollozo la corta—. Todo se me viene encima de golpe.

Cierro los ojos y me muerdo el labio para no derrumbarme. Giro la cabeza buscando a Emir, porque, aunque sé que no puede ayudar en esto ahora mismo, mi cuerpo lo busca como si necesitara un ancla. Está frente a la puerta del piso seguro, revisando su pistola. Con movimientos rápidos, la desmonta y la vuelve a montar sin apartar la vista de la ventana. Sus hombros son una muralla, cada músculo marcado por la rabia que todavía no ha soltado. Siento que, aunque el mundo arda, él se mantendrá de pie para protegernos.

—Eh… Escucha mi voz, Marina —le digo despacio, obligándome a sonar firme, aunque fracaso—. No vas a quedarte sola, ¿me oyes? En un par de días, vendrás a Estambul con Jorge. Allí pensaremos qué hacer. Cuando vuelva, lo arreglamos. Si hace falta, te quedas conmigo o con mi madre. Pero no vas a quedarte en la calle, eso te lo juro.

La escucho respirar más fuerte, como si se aferrara a cada palabra para no desmoronarse del todo.

—Es que… —su voz tiembla otra vez— estoy harta de luchar y sentir que nunca llego a nada.

—Entonces lucha conmigo —le respondo, y mis ojos se clavan en Emir, que ahora carga un segundo cargador y lo deja alineado con precisión milimétrica sobre la mesa—. Te prometo que no voy a dejar que nada te hunda, ¿me oyes?

—¿Cómo estás? ¿Qué ha pasado? Siento que ahora no soy la mejor amiga.
—No te preocupes por eso ahora. Me voy a Estambul con Emir y en un par de días irás allí con Jorge, tómatelo como unas vacaciones, ya pensaremos qué hacer, ¿de acuerdo?
Un silencio se estira al otro lado antes de escuchar su «gracias» débil, como si hablara desde el fondo de un pozo. Colgamos, y me quedo un instante con el teléfono en la mano, observando cómo Emir coloca las armas, revisa una mochila y prepara la salida como un soldado en guerra. Y, de repente, lo veo todo claro: mi amiga está perdiendo su vida en pequeños golpes invisibles, y yo estoy perdiendo la mía en una guerra abierta que no pedí.
Me duele no poder salvarla ahora mismo, y me duele aún más saber que lo único que me mantiene en pie es ese hombre armado a tres pasos de mí, planificando cómo sobrevivir al siguiente ataque.
Me quedo un instante así, borrando la impotencia que me retuerce por dentro. Las voces de mi madre, de Jorge, los sollozos de Marina… Siento que acabo de dejar trozos de mí repartidos al otro lado de esas llamadas. La distancia se me clava como un cuchillo, una herida abierta que sangra más con cada palabra que no puedo decirles.
De pronto, noto una sombra frente a mí y levanto la mirada. Emir está ahí, inclinado un poco para verme, su mano grande extendida para pedirme el móvil. No hay dureza en su gesto, solo paciencia y un destello de comprensión que pocas veces deja ver. Se lo paso sin decir nada y él lo apaga despacio, lo deja en la mesa y vuelve a mí.
—Lo entiendo, Clara —su voz es baja, áspera, pero esta vez sin la violencia de antes—. Entiendo lo que significa sentir que dejas a los tuyos atrás…, aunque solo sea por unos días.
Me froto los ojos, agotada, y asiento.
—Es que… —mi voz se rompe un poco— no puedo evitar sentir que los estoy abandonando cuando más me necesitan.
Emir se agacha frente a mí y me toma la cara entre sus manos. Sus pulgares me acarician las mejillas con una delicadeza que contrasta con el guerrero que carga armas a tres metros de distancia.

—No los estás dejando, *aşkım* —susurra—. Eliges vivir para poder volver con ellos. Aquí fuera nos están cazando, y si no salimos ya, puede que no tengamos otro amanecer para llamarlos de nuevo.
Las lágrimas que había intentado contener se me escapan, una, luego otra. Emir las atrapa con los labios, un roce breve, queriendo tragarse mi dolor y hacerlo desaparecer.
—Me duele que tengas razón —susurro.
—Prefiero que me odies por arrancarte de aquí… a que me ames y no tenga cómo salvarte mañana —responde, con esa honestidad brutal que duele y calma al mismo tiempo.
Su frente se apoya en la mía y, por un instante, todo lo demás desaparece: las balas, el miedo, las despedidas. Solo existe el calor de sus manos sosteniéndome y la certeza de que, aunque el mundo se derrumbe a nuestro alrededor, él va a llevarme en volandas a través del fuego si hace falta.
—Vamos a irnos —dice por fin, un murmullo cargado de promesa—. Y te juro que, cuando todo esto acabe, podrás llamarlos sin miedo y decirles que ya no hay nadie esperando para disparar.
Asiento contra su pecho y dejo que su abrazo me cierre el mundo, aunque sea solo por un minuto. Porque sé que, en cuanto esa puerta se abra, la guerra vuelve a empezar.
Nos quedamos un rato así, pegados, sin hablar, como si el mundo se hubiera detenido solo para darnos unos segundos de tregua. Podría quedarme aquí para siempre, escondida en su pecho, sintiendo que, mientras me rodea con sus brazos, nada puede alcanzarnos. Pero los relojes no se paran, y la guerra que nos persigue tampoco.
Emir se separa despacio, apenas lo justo para mirarme a los ojos. La fuerza en su mirada es distinta ahora, no es ira, no es furia…, es una determinación feroz, esa que te hace creer que podría arrasar un continente si se lo propusiera.
—Nos vamos en diez minutos —dice, su voz baja, firme, una orden y un refugio al mismo tiempo.
—¿Tan pronto? —Mi garganta se aprieta, y me cuesta trabajo respirar bien.
—Si esperamos más, no llegamos a ver el amanecer —responde sin apartar sus ojos de los míos—. Me prometiste que confiarías en mí.

Déjame llevarte donde puedo protegerte.
Se gira hacia la mesa, donde ha dejado su arsenal improvisado, y coge la pistola pequeña que me dio anoche. La revisa con manos rápidas y expertas, comprueba el cargador y me la tiende por el mango, su mirada clavada en la mía, seria, sin un atisbo de duda.
—Tu arma, Clara. Ya sabes qué tienes que hacer si llega el momento.
Trago saliva, recordando la sensación del metal frío entre mis dedos la primera vez que él me enseñó a disparar, sus manos cubriendo las mías, su voz diciéndome que no tiemble, que apunte al corazón y no dude. La tomo con cuidado, pero firme, y asiento.
—Sí…, lo sé.
Su mano cubre la mía un instante más, apretándola, sellando la promesa.
—No habrá segunda oportunidad si alguien intenta tocarte, ¿entendido?
—Entendido —respondo, y no hay espacio para titubeos.
Emir me mira un instante más, y entonces sus ojos se suavizan lo justo para que sienta que, debajo de todo, sigue siendo el hombre que anoche me abrazó y me adoró como si el mundo se acabara.
Su mandíbula se tensa, y en sus ojos se enciende algo peligroso, una llama que no es para mí.
—Esto no va a salir mal, Clara, porque el mundo tendría que matarme primero para quitarte de mi lado, y créeme… —se inclina hasta rozar sus labios con los míos, un beso breve, cargado de promesas—, nadie está preparado para intentarlo.
Siento un nudo en el pecho cuando la puerta se abre y el aire de la calle nos golpea. Todo parece demasiado quieto, demasiado dispuesto a romperse. Emir me rodea los hombros con un brazo, me pega a su costado y me conduce hacia el coche aparcado a pocos metros. Cada paso es una cuenta atrás.
Cuando subimos, él no arranca de inmediato. Se queda un momento con las manos en el volante, la mirada fija en el camino frente a nosotros.
—En Estambul las cosas no serán más fáciles —dice, sin mirarme—. Pero allí tengo poder. Aquí solo somos presas.

Le tomo la mano sin pensarlo, la aprieto y sus ojos finalmente se giran hacia mí. Hay una promesa en ellos, salvaje y peligrosa: nada ni nadie volverá a tocarnos.
El motor ruge, y mientras el coche se aleja, miro por la ventanilla la ciudad que dejo atrás. Sé que todo lo que me ata a España sigue ahí, esperándome…, pero algo me dice que, cuando regrese, ya no seré la misma. Estambul no me va a dejar intacta. Y Emir tampoco.

57

Emir

El jet aterriza en la pista privada del aeropuerto Sabiha Gökçen con un leve chirrido de neumáticos contra el asfalto. Clara duerme apoyada en mi hombro; su respiración es pausada, inocente, ajena al infierno que nos espera ahí fuera. La observo un segundo más, grabando en mi memoria la paz de su rostro. Sé que, en cuanto pise esta tierra, el peso de Estambul caerá sobre nosotros como una maldición. Le acaricio la mejilla en un acto casi inconsciente, pero con la necesidad de rozarla para saber que realmente está aquí, conmigo, a mi lado.

—Clara, Fırtınam, mi tormento, hemos llegado —le informo de manera suave para despertarla.

Abre los ojos lentamente, la confusión se convierte en certeza y un ligero movimiento recorre su mano cuando la entrelaza con la mía.

—¿Ya hemos llegado a Estambul? —pregunta, con la voz ronca, cargada de emociones mezcladas.

—Mi ciudad, nuestro refugio… y nuestra guerra —respondo de forma tan franca que ni siquiera intento suavizar.

Cuando bajamos las escalerillas, el aire nocturno nos golpea: humedad del Bósforo, el calor mezclado con ese tufo a combustible de avión que anuncia que estamos en nuestro territorio, pero que no es seguro. Una caravana de coches blindados nos espera, hombres armados y atentos, miradas de cazadores midiendo cada sombra.

Mi teléfono vibra antes de que crucemos la pista. Atiendo de inmediato.

—Informes de la ruta —ordeno, seco.

La voz de Ali suena con nerviosismo al otro lado.

—Cambio de planes, jefe. Tenemos actividad sospechosa en el tramo habitual hacia la mansión. Dos vehículos no identificados han estado

siguiendo la caravana de apoyo desde hace diez minutos. Recomiendo ruta alternativa por Kadıköy.
Miro a uno de mis hombres y hago una señal con la cabeza. Ya están reconfigurando la formación. Cuelgo y me inclino hacia Clara.
—Vamos a cambiar de ruta. No te asustes si ves más coches de lo normal. —Le acaricio la mano, intentando que entienda lo serio que es esto—. Aquí cada sombra puede esconder una bala.
Subimos al coche principal. Apenas cerramos las puertas cuando el conductor me habla por el auricular que me acabo de poner al entrar.
—Señor, dos calles cerradas por obras. Puede que sea casualidad o puede que no.
—No existe la casualidad —respondo, la voz baja y letal—. Ni un puto coche parado más de medio minuto, ¿me oyes? —Clara me mira, ojos muy abiertos.
—¿Así va a ser siempre?
—Hasta que eliminemos a los que nos quieren muertos, sí. —Me acerco y bajo la voz para que solo ella me oiga—. Vivirás conmigo en la mansión. Allí la seguridad es máxima. Y cada vez que salgas, llevarás tu pistola encima. No quiero encerrarte, pero no volveré a perderte.
Ella aprieta los labios, mezcla de miedo y desafío.
—No me gusta vivir así.
—A mí tampoco —respondo, apretando su mano—. Pero prefiero esta vida vigilada a que nos disparen por la espalda.
Vuelvo a marcar un número. Baran contesta al segundo timbre.
—Quiero el perímetro de la mansión limpio antes de llegar. Drones en el aire y francotiradores listos. Si hay una rata esperando, la quiero muerta antes de que asome el hocico.
Cuelgo y vuelvo la vista hacia Clara, que me observa en silencio, tragándose preguntas que sé que le queman. El conductor interrumpe la tensión.
—Señor, estimamos llegada en treinta minutos por la nueva ruta. ¿Desea que avisen a cocina?
Miro a Clara, buscando un atisbo de normalidad en medio del caos.

—¿Tienes hambre, Fırtınam? ¿Quieres que te preparen algo especial para cenar cuando lleguemos?
Ella parpadea, sorprendida por la pregunta, y esboza una pequeña sonrisa cansada.
—No sé…, tal vez algo ligero. No creo que mi estómago aguante más tensión esta noche.
Asiento y le acaricio el dorso de la mano.
—Ali —digo al teléfono—, dile a Selin que pida en cocina que preparen una cena ligera para Clara. Algo caliente, sin especias fuertes. Quiero que todo esté listo cuando lleguemos.
Clara apoya la cabeza en mi hombro, exhalando un suspiro cargado de agotamiento y miedo contenido.
—Solo quiero llegar y sentir que no tenemos a medio mundo detrás —susurra.
La abrazo contra mí y se lo prometo, aunque sepa que mañana la guerra continuará:
—Esta noche, aunque sea unas horas, nadie te tocará, Clara. Te lo juro por mi sangre. Y, después de cenar..., podríamos ver una película o una serie, algo que nos haga olvidar por un rato la guerra ahí fuera. ¿Qué te apetece ver, Fırtınam? —pregunto, intentando regalarle un trozo de normalidad.
Clara levanta la mirada, esboza una sonrisa leve y susurra:
—Cualquier cosa que no tenga disparos ni persecuciones..., algo que nos recuerde que todavía existe un mundo tranquilo ahí fuera.
—Entonces mejor dejamos *El Padrino* para otra noche —respondo con una media sonrisa, robándole un instante de risa antes de que la tensión vuelva a colarse entre nosotros.
El resto del trayecto transcurre entre mis órdenes a los hombres y los informes de seguridad que llegan por el auricular, manteniendo la tensión hasta que los altos muros de la mansión aparecen a lo lejos, iluminados como una fortaleza. Siento que, al menos por ahora, he traído a mi mujer a un lugar donde puedo protegerla.
La caravana entra por la puerta principal y la verja se cierra tras nosotros con un golpe metálico que me tranquiliza por primera vez en horas. Salimos del coche y la brisa cálida de Estambul nos

envuelve. Selin se acerca y abraza a Clara con un gesto de alivio sincero.
—Ve con mi hermana, Fırtınam —le digo a Clara, acariciándole la mejilla—. Cena tranquila, descansa un poco. Yo tengo una reunión importante con mis hermanos y Ali. Prometo no tardar demasiado.
Clara asiente agotada y camina junto a Selin hacia el comedor donde ya los esperan con la cena preparada. La sigo con la mirada unos segundos, asegurándome de que dos escoltas la acompañen.
Me giro hacia Kaan y Baran, que me esperan en la entrada del despacho del abuelo. Ali ya está dentro. La puerta se cierra tras nosotros, y el aire huele a humo de cigarro y al *whisky* que mi hermano Kaan lleva un rato tomando, una mezcla que anuncia que las noticias no serán buenas.
Ali despliega un sobre grueso y arroja fotos y documentos sobre la mesa. Rostros borrosos en blanco y negro, nombres escritos a mano, contratos marcados con cifras que apestan a sangre.
—Kemal Arsoy —dice Ali con voz grave—. Se reunió en secreto con un viejo contrabandista. Usaron contratos de suministro hospitalario para mover armas de alto calibre. Todo esto se pagó con fondos públicos desviados desde el ministerio. Dinero del pueblo usado para llenar las calles de rifles y munición.
Baran suelta una carcajada sin humor.
—Nos vende el cuento de político honrado mientras reparte las arcas del Estado a sus socios mafiosos. ¡Puto hipócrita!
Kaan se inclina hacia la mesa, la mirada fría como el hielo.
—¿Esto explicaría los últimos movimientos de Guc Bizim? Puede que haya alguna relación entre esa organización y Kemal, así se reforzarían en los bajos fondos, comprando lealtades y territorio con ese dinero. No solo quieren disputar nuestras calles, quieren hacerlo con el sello de la política en la frente.
Yo aprieto los dientes hasta que me duelen. Miro a mis hermanos y no necesito decir mucho más.
—Basta de palabras. Mañana daremos el primer golpe —gruño.
Baran sonríe con la furia de un animal al que acaban de soltar la cadena.
—Dime dónde y cuándo.

Ali señala una foto, un almacén en el puerto de Haydarpaşa.
—Mañana al amanecer hay movimiento allí. Armas recién descargadas, intermediario presente y dinero en mano. Podemos atraparlos en plena transacción.
—Perfecto —respondo—. Baran, te lo llevas vivo hasta que cante. Si no suelta todo lo que sabe, lo hacemos desaparecer. Kaan, prepara a nuestros hombres, quiero un mensaje claro: quien intente jodernos, acaba en una bolsa de plástico.
Mis hermanos asienten. No hay más discusión, no hay piedad.
Ali cierra la carpeta y me mira.
—¿Y Kemal?
—Ese va a ver su mundo arder —respondo con frialdad—. Primero le quitamos las armas, luego los aliados, y cuando no tenga dónde esconderse, se las verá conmigo. Que sepa que la caza ha comenzado.
El despacho queda en silencio unos segundos, pero es un silencio distinto, cargado de violencia contenida y decisión. Los Demirhan no ladramos. Mordemos. Y esta noche hemos elegido a nuestra presa.
Kaan se inclina hacia delante, voz baja pero firme:
—Y, después de esa operación, enviamos un aviso a todos los contactos de Kemal. Que sepan que quien se acerque a él quedará marcado. Quiero que empiecen a dudar de si les compensa seguir a su lado.
Asiento y miro a Ali.
—Quiero pruebas de cada contrato falso, cada transferencia, cada socio. Vamos a filtrarlo en los sitios adecuados: prensa, redes, oídos de sus rivales políticos. Quiero verlo desangrarse en público mientras le quitamos todo en privado.
Baran golpea la mesa con el puño, ansioso.
—Y cuando quede solo…, lo rematamos nosotros.
—Exacto —respondo—. Primero le rompemos las piernas a su negocio, luego le arrancamos la lengua a sus aliados y al final lo enterramos bajo su propio puto dinero sucio.
—Otra cosa, Ali. Mañana Clara tiene que salir a comprar el vestido. Quiero que la seguridad esté lista y coordinada para primera hora. Ni un solo fallo —ordeno antes de que alguien hable.

Kaan rompe el silencio, serio, analítico:
—¿De verdad crees seguro organizar la boda mientras Guc Bizim nos pisa los talones, Emir? Los vamos a tocar demasiado, no van a quedarse quietos.
—No hay boda sin guerra —respondo, la voz firme como un disparo —. Si esperan que me arrodille, van a tragarse sus propias balas primero. La boda es una declaración, no una distracción. Y quiero que el mundo lo entienda. —Me giro hacia Ali—. Organiza la seguridad de Clara desde ya. Vehículos blindados, rutas cambiadas, francotiradores, bloqueadores de señal. Quiero una muralla entre ella y cualquier hijo de puta que intente acercarse. Y que todo el personal de la *boutique* esté revisado hasta la médula.
Baran sonríe de lado de esa forma que siempre hace y que se le pone cara de psicópata.
—Si alguien intenta pasarse de listo, no necesitarás abogado para explicar lo que le pase.
—Hazlo rápido y sin ruido —añado—. Clara no vuelve a estar en el punto de mira ni por un segundo.
Ali asiente y toma nota de cada palabra. Kaan me observa en silencio, luego dice:
—Entonces jugamos doble. Aplastamos a Guc Bizim mañana y además demostramos que ni el infierno puede impedir que te cases.
—Exactamente —gruño—. Y si alguno se atreve a probar suerte, me encargaré de que su nombre desaparezca de la ciudad para siempre.
Subo a la *suite* y encuentro a Clara sentada en la cama, descalza, con el pelo aún desordenado del viaje. Sus ojos me buscan y veo en ellos un cansancio tan profundo que parece pegarse a su piel, arrastrándola hacia el colchón. Una sombra de miedo se esconde en su mirada, y me atraviesa el pecho como una bala.
—¿Crees que esta boda frenará a tus enemigos? —pregunta en voz baja, con un hilo de esperanza que parece romperse al salir.
Camino hasta ella y me agacho frente a la cama, tomando sus manos entre las mías.
—No, Fırtınam —respondo con calma peligrosa—. No es un escudo. Es un grito de guerra. Quiero que sepan que no hay cárcel, tumba ni ley capaz de separarte de mí.

Ella traga saliva, sus dedos se aferran a los míos. Me inclino y la acaricio con un toque más posesivo que tierno, marcando mi promesa en su piel.
—Mañana no habrá un solo segundo en el que no tenga mis ojos puestos en ti —susurro contra su frente. Pero mi mente se va a otra parte casi sin querer y recuerdo lo que ella me dijo sobre el día de nuestro compromiso—. Por cierto, cuando estábamos en el campo de tiro de Madrid, me comentaste que viste a Kemal con Azad durante nuestra fiesta en un despacho con mapas, ¿no? —asiente, y prosigo, necesito preguntárselo—. Y que mi madre también salía de ese despacho. ¿Crees que ella… sabía algo de esos mapas?
La ansiedad me recorre por todo el cuerpo, porque espero que no sea la que nos traicione. Pero ahora que sé lo de Azad con Kemal, ese traidor va a arder en el infierno.
—Bueno, cuando pasé por la puerta, tu madre había salido… No sé, Emir. Lo mismo fue casualidad… —responde dubitativa.
No sé si eso me deja más tranquilo, pero le tengo que dar un voto de confianza. ¡Es mi madre, joder! No creo que nos traicione de esa forma, además de que es una ingenua de manual. Intentando romper la tensión, me siento a su lado y cojo el mando del televisor.
—De camino a la mansión te prometí una película. Tengo que cumplir mi promesa. ¿Qué quieres ver? —cambio de tema por otro que nos haga olvidar todo esto, y me dedica una sonrisa tierna.
—Algo tonto…, nada de disparos, por favor.
—Vale —respondo con un gesto divertido—. ¿Qué tal *Dos tontos muy tontos*? O *La máscara*. Incluso *Liar Liar*. Nada de tiros, solo algo que nos haga reír un rato —propongo, levantando una ceja para provocar su reacción.
Clara deja escapar una pequeña carcajada y se acomoda mejor contra el cabecero.
—Cualquiera menos *Dos tontos muy tontos*. No quiero que te pongas a imitarles. ¿Y si vemos *A todos los chicos de los que me enamoré*? —propone Clara con una sonrisa traviesa.
—Ni de coña pienso ver eso —gruño, fingiendo horror.
—Vamos, Emir…, solo por esta vez —insiste, ladeando la cabeza y sonriendo como si supiera que no puedo resistirme.

—Ni en sueños —replico, pero mi gesto se ablanda cuando la veo sonreír aún más—. Vale, solo porque me gusta verte feliz —concedo, rodeándola con un brazo.
Pasamos varios minutos discutiendo títulos entre bromas, hasta que ella insiste en una comedia romántica absurda donde el protagonista es un actor famoso al que, por pura provocación, empieza a decir que le cae mejor que yo.
—¿Ese tío? —finjo indignación—. No tiene nada que hacer contra mí.
—Mmm… No sé, se ve muy simpático —responde, con un brillo travieso en los ojos.
—La simpatía no da orgasmos, Fırtınam —le gruño al oído, haciéndola reír a carcajadas—. Sigue provocándome con ese actor, y te enseño quién es el único hombre capaz de hacerte vibrar de verdad.
Durante un rato, nos dejamos llevar por esa normalidad robada, ajena a la guerra que nos rodea. La tensión se diluye entre carcajadas y comentarios absurdos sobre la película, hasta que sus párpados empiezan a pesar y se recuesta contra mi pecho.
La beso en la frente, la tomo en brazos y la llevo con cuidado hasta la cama. Le quito los zapatos y la cubro con una sábana después de dejarle un beso de buenas noches en los labios para asegurarme de que está cómoda y tranquila.
—*Seti çekin. Yarın, cehennemi Estambul'a indiriyoruz*. Apretad el cerco. Mañana traemos el infierno a Estambul. Y buscadme a Azad, ¡ya!

58

Clara

Me despierto con la sensación de que falta algo. El calor que me rodeaba anoche ya no está, como si la cama hubiera expulsado a la única presencia que me mantenía anclada. La sábana conserva el aroma de Emir, ese perfume caro mezclado con algo más oscuro que siempre me recuerda que este hombre es mi refugio y mi peligro al mismo tiempo.

Parpadeo varias veces para aclararme. La televisión sigue encendida, en silencio, congelada en una escena de la película que empezamos juntos. Me quedé dormida a mitad, apoyada contra él, y ahora… no está.

Me incorporo despacio. La habitación está ordenada, demasiado para la hora que es. Sobre la mesilla hay un vaso de agua a medio beber, su reloj, y mi móvil, el mismo que me quitó en Madrid. No hay ninguna nota, ni tan siquiera un mensaje.

Me levanto, cruzo la habitación descalza y abro la cortina. Afuera, el cielo de Estambul está despejado, pero no es un día normal. Esta ciudad es un tablero, y yo soy una pieza que alguien mueve con dedos invisibles.

Respiro hondo, intentando convencerme de que lo de anoche —esa pequeña burbuja de normalidad— no fue un espejismo.

Me doy una ducha rápida, dejo que el agua fría espabile mi cuerpo, y me visto con unos vaqueros claros y una blusa holgada para poder esconder el arma que Emir me regaló. Elijo el pelo suelto, por puro instinto de rebeldía. Si van a vigilarme, que lo hagan viéndome tal y como soy.

Cuando bajo a desayunar, la mansión está en silencio. Saludo a Selin con una sonrisa y le doy los buenos días antes de sentarme a su lado en la mesa. Me sirve un poco de fruta en un plato de porcelana

tan delicado que parece que un simple parpadeo brusco podría astillarlo. Todo en esta mesa está calculado: los cubiertos, el café recién molido, incluso la mantequilla o la bandeja de pastas parecen una pequeña obra de arte.

—Emir me ha dicho que hoy es un día importante —comenta, acercando también un cuenco de mermelada de frutos rojos a mi lado—. Quiere que tengas el vestido perfecto.

Levanto la vista hacia ella y sonrío con un gesto breve, aunque por dentro siento que la frase no es un halago, sino una orden envuelta en terciopelo.

—Siempre es así de… específico con lo que quiere —afirmo, dejando que el dulzor del melón me distraiga mientras la observo por encima del borde de la taza.

Selin se encoge de hombros con elegancia.

—Siempre. Y si no lo consigue, se asegura de que nadie más lo tenga. —Su sonrisa lleva algo de complicidad, como si hubiera aprendido a convivir con ese rasgo toda su vida.

Tomo la taza de café y el calor me reconforta las manos.

—Precisamente eso es lo que lo hace… eficiente —digo, sin saber si es un cumplido o un reproche.

—Lo hace invencible —corrige Selin, y hay un matiz de orgullo en su voz.

Me quedo mirando el café, pensando que invencible es una palabra peligrosa.

—¿Y él no viene con nosotras?

—No. Tiene… reuniones. Asuntos que no son para la mesa del desayuno. —Selin bebe un sorbo y me observa por encima de la taza —. Pero tendrás más seguridad de la que imaginas.

La puerta del comedor privado se abre un instante, y la figura de una mujer alta de complexión atlética y chaqueta de cuero negro se asoma sin interrumpir. Reconozco a la chica: la vi ayer en el pasillo cuando Emir me dejó en la *suite*. Su mirada es tan fija que me recuerda a un francotirador evaluando su blanco.

—Ella es Leyla —dice Selin, siguiendo mi línea de visión—. Estará contigo todo el tiempo. No solo es buena, es letal cuando hace falta.

Sonrío por educación, aunque por dentro la palabra letal me deja un sabor amargo en la boca.
—Eso suena tranquilizador…
Selin deja la taza sobre el platillo con precisión y toma un *croissant*, partiéndolo en dos.
—Sé que este mundo puede asustar al principio, Clara. Pero te prometo que, si aprendes a moverte en él, también puede protegerte.
—¿Y tú aprendiste? —pregunto, más por curiosidad que por cortesía.
—No tuve opción. —Su respuesta es tan directa que me obliga a mirarla a los ojos. Hay una historia detrás, pero no insiste en contarla, y yo no me atrevo a pedirla.
Corta un trozo de *croissant*, lo unta con mermelada y lo deja en mi plato como si estuviéramos compartiendo algo más que comida.
—La *boutique* está a veinte minutos de aquí, pero haremos una parada antes.
—¿Qué tipo de parada? —pregunto, bebiendo un sorbo largo de café.
—Un sitio donde quiero que veas algo que puede inspirarte.
Me limpio los labios con la servilleta, despacio. Selin es un acertijo que no sé si quiero resolver.
—Pues… vamos allá.
Su sonrisa se ensancha, casi satisfecha.
—Así me gusta. Vamos a por ese vestido.
Selin se levanta con la misma elegancia que ha tenido durante todo el desayuno y me invita a seguirla. En el umbral, Leyla ya nos está esperando. En el exterior, el calor de Estambul nos envuelve nada más salir. Dos coches negros aguardan frente a la puerta principal de la mansión: uno para nosotras, otro con más miembros de seguridad que se colocan estratégicamente en la calle.
Selin me abre la puerta del vehículo. Me acomodo en el asiento trasero mientras Leyla toma el lado opuesto y otro guardaespaldas, de complexión robusta, ocupa el asiento del copiloto.
—Primero haremos una pequeña parada —me recuerda Selin, mientras cruza una pierna sobre la otra con absoluta naturalidad.

—¿Puedo saber dónde? —pregunto, intentando que mi tono suene más curioso que receloso.
—Un sitio que creo que te gustará. No quiero estropear la sorpresa —responde, y se limita a observar por la ventanilla.
El coche se pone en marcha y, durante los primeros minutos, nos movemos por calles amplias, flanqueadas por edificios modernos que contrastan con el perfil lejano de las mezquitas y sus minaretes. Los vendedores ambulantes aún montan sus puestos; las cafeterías desprenden el aroma dulce del té negro y del *simit* recién horneado.
A mitad de trayecto, el conductor recibe una comunicación por radio. Su ceño se frunce, cambia una mirada rápida con Leyla y luego informa:
—Cambio de ruta, señora. Demasiado tráfico en la avenida principal. Tomaremos una vía más segura.
Selin asiente, sin rastro de inquietud.
—Perfecto.
No sé si «segura» significa libre de coches o libre de otra cosa, pero decido no preguntar.
El coche no toma el desvío hacia el barrio comercial más exclusivo, sino que sigue paralelo a la costa. El mar, a la izquierda, reluce con destellos plateados bajo el sol de la mañana. Me pregunto si vamos a algún puerto, pero el vehículo se detiene frente a un edificio bajo y discreto, con ventanales tintados y una placa de bronce donde solo se lee, «Atölye», taller.
Selin me invita a bajar.
—Quiero enseñarte algo antes de que elijas tu vestido —dice, y su tono no admite discusión.
Dentro, en mesas largas, los artesanos trabajan en silencio: unos cosen cuentas diminutas sobre retales de tul, otros manipulan estructuras metálicas cubiertas de seda y marfil. Son maniquíes, corpiños, bordados…, piezas de vestidos que parecen nacer aquí como esculturas vivas.
—Aquí han hecho varios de los vestidos más importantes de Estambul —me explica Selin, paseando entre las mesas como si fuera la dueña—. Quiero que veas cómo se construye algo único desde cero. —Uno de los artesanos nos muestra un velo bordado a

mano con filigranas doradas. El trabajo es tan delicado que parece tejido con hilos de luz. Selin lo toma con cuidado y lo sostiene frente a mí—. La gente cree que las cosas valiosas aparecen de la nada, pero no… —me mira directamente—. Todo lleva tiempo, paciencia y… protección.

No sé si habla del velo o de otra cosa, pero asiento.

—Es precioso.

—Lo es, pero lo que de verdad quería enseñarte es esto. Mira.

Destapa con cuidado una funda sobre un maniquí, y ante mis ojos aparece un vestido maravilloso, por completo de pedrería, ajustado, con un escote en forma de corazón y con bordados a mano. De los lados, sale una preciosa capa de encaje.

—¿Está bordada a mano? —Ella asiente despacio.

—Este vestido está hecho por completo a mano, es un diseño mío, y la primera vez que te vi, pensé en él. No tienes por qué llevarlo sino te gusta.

—Me encantaría.

Selin sonríe, satisfecha.

—Bien. Ahora sí, vamos a la *boutique*. Aunque este te guste, no debes quedarte con la primera opción. Además, quiero que, cuando veas un vestido, recuerdes que alguien ha puesto su vida en cada puntada.

Regresamos al coche, y esta vez tomamos el camino hacia el distrito de Nişantaşı, donde las fachadas lucen escaparates que parecen museos de moda. A medida que nos acercamos, veo cómo un par de hombres, con pinganillos apenas visibles, se adelantan para abrirnos paso.

Tras unos veinte minutos, nos detenemos ante un edificio de fachada histórica con ventanas enmarcadas en hierro forjado. No hay rótulos visibles. El portón se abre de inmediato, y un hombre trajeado nos recibe con una inclinación de cabeza antes de guiarnos al interior.

El contraste es inmediato: dentro, la luz es cálida y los suelos de madera pulida con lujosas alfombras amortiguan cada paso. Me doy cuenta de que no es un lugar abierto al público. El espacio es amplio, pero está vacío salvo por tres personas: dos mujeres jóvenes

con tabletas en las manos y un hombre maduro, probablemente el encargado, que se acerca para saludarnos.
—Señorita Clara, bienvenida. Todo el personal ha sido revisado y la *boutique* está cerrada para ustedes —dice con un turco pausado.
Nos invitan a sentarnos en un sofá tapizado en terciopelo color marfil. Una de las asistentes nos ofrece un café turco, mientras la otra se inclina ligeramente hacia mí.
—También podemos servir champán, si lo prefiere —me explica.
—Café, por favor —respondo, aceptando la taza caliente que me tienden.
Selin, en cambio, opta por una copa de champán que burbujea con elegancia en su mano.
—Brindemos por el vestido perfecto —comenta, chocando su copa contra mi taza antes de dar un sorbo.
Las *tablets* empiezan a mostrar vestidos, encajes, sedas que parecen moverse solas. Una de las mujeres me acerca un catálogo digital con una selección inicial «inspirada en mi estilo» —o lo que ellas creen que lo es—. Paso las imágenes con el dedo, deteniéndome en algunos cortes que me llaman la atención y descartando otros que me parecen excesivos.
Estoy en la página doce cuando mi móvil, colocado boca abajo sobre la mesa auxiliar, vibra. No espero ningún mensaje. Lo tomo con disimulo, apenas inclinándolo hacia mí para que la pantalla no sea visible para Selin.
Número desconocido.
El texto es breve, directo:

¿Quieres saber con quién se acuesta la madre de tu futuro marido?

Mi estómago se contrae. Siento la presión del café caliente todavía en la mano, pero de repente me sabe amargo. Antes de que pueda reaccionar, llega una segunda notificación.
Es una foto.
Pulso con el pulgar y la imagen se abre: un recorte que parece sacado de un reportaje de alguna revista de sociedad. No hay pie de foto, pero no hace falta. Veo claramente a Kemal —traje impecable,

y esa sonrisa falsa— y a la madre de Emir, vestida con un conjunto elegante, las manos entrelazadas sobre la mesa de un restaurante. La captura detiene justo el momento en que él se inclina para besarla en los labios.

Un nudo me sube por la garganta. Miro de reojo a Selin, que en ese momento está señalando un vestido de corte sirena a la vendedora, ajena a mi mundo, que se acaba de tambalear.

Bloqueo la pantalla y dejo el teléfono sobre mi regazo, intentando que mis dedos no tiemblen. Sigo pasando las imágenes del catálogo, aunque ya no veo encajes ni sedas: solo la foto en mi mente, la pregunta del mensaje y la certeza de que aquí hay más hilos cruzados de los que imaginaba.

—¿Qué opinas de este? —pregunta Selin, inclinándose hacia mí para mostrarme un vestido con espalda descubierta y pedrería en los hombros.

—Es… bonito —respondo, sonriendo como si nada, aunque por dentro ya estoy haciendo cuentas mentales. Quién envió el mensaje. Por qué ahora. Y, sobre todo, qué pretende conseguir con esa información.

Bloqueo la pantalla, dejo el móvil boca abajo sobre el sofá. Paso la *tablet*, vuelvo atrás y presto atención con el cuerpo, no con la cabeza. La chica que nos atiende habla de una falda que se desmonta, de una capa que cae por los brazos. Selin menciona un ajuste en la cintura.

—¿Puedo ver algo más sencillo? —pregunto, e intento que mi tono suene normal.

—Claro, tenemos algunos modelos aquí que estoy segura de que le encantarán.

La chica hace un gesto y una de las asistentes aparece con una hilera de fundas. Abre la primera: seda mate, línea A, tirantes finos. Pienso que me podría casar vestida de algodón sin adornos y que, aun así, sería como entrar a una iglesia con un cartel luminoso en la frente: soy de Emir.

El teléfono vuelve a vibrar. Otra foto. La misma pareja, esta vez caminando por un jardín. Su mano en la espalda de ella, su gesto de

posesividad. No es un robado con *zoom* borroso. Es una producción cuidada.
—Clara. —Selin me observa por fin—. ¿Estás bien?
—Sí. —Sonrío—. Demasiada cafeína, quizá.
Me tiende su copa.
—Entonces prueba el champán. A veces ayuda.
—Paso. —Dejo la taza de café en la mesa—. Prefiero tener la cabeza despejada.
—Buena idea —dice, con un brillo divertido en los ojos.
La chica me hace una pregunta sobre los velos. Asiento. Vuelve a hablar de encajes. Yo pienso en otra clase de encajes: los que amarran nombres, cargos, cuentas, amantes. Miro a Leyla, que sigue sin pestañear. No sé si ha visto algo, si ha escuchado el zumbido de mis dudas, si ha notado que, debajo del vestido, ya llevo una armadura hecha de preguntas.
Aprieto el móvil en la palma. Lo desbloqueo bajo la mesa y, sin abrir el chat, saco una captura de pantalla del número. Lo guardo con un nombre falso. Vuelvo a bloquear. Me obligo a existir en esta habitación.
—Ese —señalo un vestido, casi al azar—. Quiero probármelo.
Nos llevan a un probador amplio con un espejo que refleja mi imagen completa. La asistente tira de la cremallera con cuidado, la tela me abraza el torso con una precisión que asusta. Selin se queda a cierta distancia, respetando un territorio íntimo y agradezco el gesto, porque siempre pensé que, en esta situación, estaría mi madre a mi lado.
—Te queda bien —dice, y suena sincera—. Pero no sabrás si es el tuyo hasta que te mires y no puedas imaginarte con otro.
Me miro. La mujer del espejo se parece a mí y, al mismo tiempo, a alguien ajeno. Doy una vuelta suave. El vestido cae bien. No es el vestido: es el contexto.
—Quiero ver otro —pido.
Cambian fundas, texturas, cierres. El móvil vibra una tercera vez. No lo cojo. Me lo sé de memoria: jardín, mesa, beso. El relato completo cabe en tres fotos. Lo único que falta es el texto que nadie se atreve a escribir: La madre de Emir con Kemal. No sé si quien me lo ha

enviado quiere ayudarme o dinamitarme. Aquí el por qué vale más que el qué.
—¿Se encuentra mal, Clara? —pregunta la chica, con esa cortesía que cubre cualquier desajuste.
—Estoy bien. —Me giro hacia Selin—. ¿Cuánto durará esto?
—Lo que tú necesites —responde, y por primera vez su voz suena amable de verdad—. No hay prisa. —Hace una pausa—. Si quieres, paramos y seguimos mañana.
—No. —Me oigo firme—. Prefiero acabar hoy.
—Como quieras.
Cuando vuelvo a vestirme con mi ropa, ya he decidido dos cosas: que no voy a enseñar ese mensaje todavía, y que voy a guardar cada detalle de esta mañana para revisarlo después como quien repasa una cámara de seguridad. Salimos del probador. La chica propone un último vestido «por si acaso». Selin levanta la mano.
—Basta por hoy. —Me mira—. ¿Lista?
—Sí —afirmo, aunque miento con tanta serenidad que casi me convenzo.
En el salón privado, la chica ofrece otro café. Niego con la cabeza. Abro WhatsApp, pero no escribo nada. Solo dejo el chat abierto un segundo más, fijo la vista en el número desconocido y luego cierro el móvil como quien lo hace con una caja con una bomba dentro.
Selin sigue hablando con la de la *boutique* sobre plazos, arreglos y no sé cuántas pruebas más. Yo, mientras, me dejo caer en uno de los sillones tapizados de terciopelo. Todavía tengo el móvil en la mano, y cuando la pantalla se enciende, el nombre de Emir ocupa todo el espacio.
—Fırtınam —su voz es grave, como siempre, pero esta vez hay un matiz que no termino de identificar—. Quería avisarte de algo antes de que te lo diga otra persona.
—Imagino que tiene que ver con que mi familia ya va de camino… —respondo, porque no me hace falta adivinar mucho.
—Exacto. Salieron hace una hora. Los traeré directamente a la mansión. Quiero que estén aquí para la boda, y que lleguen seguros.
—Ya les dije que era mejor que vinieran, pero no pensé que fueras a moverlo tan rápido.

—No me gusta dejar cosas a medias. Además, prefiero que estén bajo mi techo y no desperdigados por Estambul.
—Espero que eso incluya a Jorge y Marina, porque si no, van a matarte cuando lleguen.
Oigo una breve risa al otro lado, baja y sincera.
—Todos. Y cuando lleguen, tú serás quien me proteja de ellos.
—Eso no estaba en el contrato —bromeo, arqueando una ceja, aunque él no pueda verme.
—Tendrás que improvisar —contesta, y puedo imaginar perfectamente la curva arrogante de su sonrisa.
Colgamos. Me quedo unos segundos con el teléfono apoyado en la pierna, sintiendo cómo se mezclan el alivio por saber que mi gente ya está en camino y el peso incómodo de lo que he visto en ese maldito mensaje anónimo hace apenas unos minutos.
Me incorporo y camino hacia Selin, que está revisando una carpeta de papeles.
—Voy un momento al baño —le informo, intentando que mi voz suene ligera.
—Claro, es por ese pasillo, a la derecha —me indica.
Asiento y me dirijo hacia allí, el móvil todavía en la mano. El pulso me late en las muñecas. Entre la boda, la llegada de mi familia y esas fotos…, sé que algo está sucediendo, y no precisamente a mi favor.
El baño parece sacado de una revista de decoración. Cierro la puerta con el pestillo, pero no para hacer pis.
Apoyo las manos en el lavabo y, lentamente, llevo una hacia la parte baja de la espalda. Mis dedos encuentran el frío familiar del metal. La pistola sigue ahí, ajustada en la funda oculta. No puedo evitar pensar en lo absurdo de la escena: probándome vestidos de novia mientras llevo un arma encima, como si fueran accesorios compatibles. Un recordatorio constante de que, por mucho encaje o seda que me envuelvan, sigo en el mismo tablero peligroso de siempre.
Suspiro y me miro en el espejo. El cabello cae sobre mis hombros, el maquillaje impecable, y bajo todo eso, una mujer que sabe que no está aquí para jugar a princesas.

Decido quitarme el anillo de compromiso. Lo miro un segundo, su peso frío sobre mi palma, hago una pequeña raja en mi sujetador con unas tijeras que he cogido sin que me vieran del mostrador y luego lo deslizo dentro del forro del sujetador, bien escondido. Si pasa algo, prefiero que esté conmigo a buen recaudo, no rodando por el suelo, y así Emir pueda localizarme. Cuando me lo dijo, me sorprendí y me cabreé, ahora comprendo que fue lo mejor.
Respiro hondo, me recompongo y salgo del baño.
El pasillo está vacío. Selin no está. Ni siquiera la recepcionista que nos recibió con tanto protocolo. El silencio es tan repentino que hace que el zumbido de la luz fluorescente me parezca ensordecedor.
—¿Selin? —llamo, avanzando despacio.
Entonces, la mano. Un tirón brusco desde un lateral, un brazo fuerte rodeándome la cintura y cubriéndome la boca. Lucho por respirar. Mi mano vuela hacia la pistola, pero otra me sujeta la muñeca con una fuerza brutal. Intento girar el cuerpo para encajar un codazo, pero alguien más se interpone, bloqueándome.
Consigo sacar el arma de la funda a medias, el cañón asomando, pero me la arrebatan con un golpe seco en la muñeca. El dolor me recorre el brazo. Gruño, pataleo, araño. Nada sirve. Me levantan del suelo como si pesara la mitad y me arrastran hacia la salida lateral.
—¡Suéltame! —logro gritar, pero una tela áspera cubre mi cara, apagando la voz y robándome el aire.
El olor a cuero y sudor me envuelve mientras me empujan dentro de algo estrecho. El portazo metálico y el rugido de un motor me dicen que ya estoy dentro de un vehículo en marcha.
En la oscuridad, con las muñecas ardiendo por la presión de las manos que me sujetan, solo pienso en una cosa: Emir.

59

Emir

El teléfono vibra sobre la mesa del despacho, interrumpiendo la conversación que tengo con Kaan sobre las últimas rutas de transporte. No es una llamada habitual: el nombre de Leyla aparece en pantalla, y algo en mi instinto me dice que conteste antes de que termine el primer tono.

—Leyla —respondo, sin ocultar la impaciencia.

—Emir… —su voz suena rota, alterada, con un temblor que no le he escuchado nunca—. Han… han atacado la *boutique*.

Me pongo de pie de golpe, la silla rechina contra el suelo.

—¿Dónde está Clara?

Silencio, un par de segundos que me arrancan una descarga de rabia.

—No…, no lo sé. Nos han pillado por detrás. Yo estaba junto a Selin, revisando unos bocetos. Olí algo raro, como a químico, y antes de darme cuenta…, sentí un golpe seco.

Kaan se levanta también, rodeando la mesa.

—¿Estás herida? —pregunto, caminando ya hacia la puerta.

—Un corte pequeño en la cabeza, nada grave. Selin igual…, pero, Emir, los guardaespaldas… —Su respiración se entrecorta—. Los encontraron inconscientes en el pasillo lateral, tirados como muñecos.

—¿Qué coño pasó? —gruño, bajando las escaleras del ala norte con Kaan pisándome los talones.

—Creo que usaron gas lacrimógeno concentrado en un frasco… —traga saliva—. Lo rompieron a nuestra espalda. Cuando desperté, Clara ya no estaba.

Doblo la esquina del pasillo, donde Baran habla con dos hombres armados.

—¿Viste algo? ¿Algún vehículo?
—Solo… una sombra arrastrándola hacia la puerta lateral. Era rápida…, demasiado.
Kaan me pasa su *tablet* con la pantalla encendida. El punto verde del localizador del anillo parpadea en un mapa de Estambul, moviéndose hacia las afueras.
—La señal sigue activa. Va hacia la zona industrial del este —informa, caminando junto a mí.
Marco a Baran mientras cruzamos el patio.
—Ciérrame todas las salidas de la ciudad. Carreteras, puertos, cualquier puta puerta por donde puedan escapar. Mueve a nuestros hombres en la policía y en la aduana. Nadie entra ni sale sin que yo lo sepa.
Cuelgo y vuelvo con Leyla.
—Quiero en la mansión a alguien ya. Llévate a Selin al médico y quédate con ella. No os mováis hasta que yo lo diga.
—Emir… —su voz es un susurro—. Creo que fue Azad.
Me detengo un segundo.
—¿Estás segura?
—Lo vi…, o creo que lo vi. Antes de perder el sentido, estaba hablando con uno de los hombres que la arrastraban.
Miro a Kaan.
—¿Quién dio la orden? —pregunto, aunque ya lo sé.
—Me pareció oír… Halil.
La confirmación me arde en el estómago. Halil. El mismo que brindaba en la mesa del abuelo mientras afilaba cuchillos contra su propia sangre. Siempre el mismo nombre una y otra vez. Pero ahora no voy a esperar a las pruebas, me encargaré de cargármelo con mis propias manos, pese a que sea de la familia.
Corto la llamada, pero no me detengo. Camino hacia el garaje subterráneo, abro de un golpe la puerta de un coche y le digo al conductor que lo arranque. Kaan se mete en el asiento trasero conmigo, ya marcando números en su teléfono.
—Quiero a veinte hombres en la zona industrial en diez minutos —ordena él a uno de los *sağ kollar*, uno de esos hombres que se encargan de las ejecuciones.

Baran aparece corriendo por la rampa con un cinturón con cargadores en la mano.
—Me uno a la caza —dice, tirándomelo al asiento, y se marcha hacia otro de los vehículos.
El punto verde sigue moviéndose, y cada metro que avanza me quema la piel. No es solo un secuestro: es una declaración de guerra firmada y sellada.
—Vamos a por ella —digo, y mi voz suena como un disparo en una habitación cerrada.
El coche derrapa ligeramente al salir de la rampa del garaje. Kaan va sentado a mi derecha, con la *tablet* apoyada en las piernas y el mapa ampliado a tamaño máximo. Un punto verde parpadea sobre las calles de Estambul, alejándose de nosotros con una velocidad que solo puede significar una cosa: vehículo en movimiento.
—Va dirección este, zona industrial —dice Kaan sin levantar la vista. Sus dedos vuelan sobre la pantalla para trazar rutas.
—Baran, ¿me oyes? —activo el manos libre.
—Te oigo —responde la voz ronca de mi hermano menor.
—Quiero que cierres las salidas por D-100 y TEM. Bloquea con los nuestros y pon dos coches falsos de policía en los accesos.
—Hecho. Muevo a tres de los nuestros a las carreteras secundarias por si intentan atajar —añade, y puedo escuchar de fondo el ruido de motores arrancando.
Marco otro número.
—Ali, manda a los hombres de la zona portuaria. Si se acercan a los muelles, ciérrales el paso. Y revisa el maldito tráfico de cámaras privadas en un radio de cinco kilómetros.
Kaan me pasa la tableta para que vea el recorrido. El punto no ha disminuido la velocidad.
—Van a toda prisa —comenta, ajustando el zoom—. No están perdiendo tiempo en maniobras.
—Porque creen que no podemos seguirles —mascullo.
Cuelgo y marco a otro contacto, uno de mis *köstebek* en la policía, un topo que utilizo cuando me conviene.
—Pásame cualquier informe de un vehículo sospechoso en esa dirección —le ordeno—. No me importa si tienes que inventarte un

control de drogas o de matrículas robadas.
Los segundos parecen minutos mientras el coche se mezcla con el tráfico. Por la ventanilla, las calles de mi ciudad pasan como *flashes*: puestos callejeros, taxis amarillos, niños que juegan ajenos a la guerra que se mueve bajo sus pies. Y, en medio de todo, Clara, lejos de mí.
—Está girando —avisa Kaan—. Toma la avenida principal que lleva a Karaköy, pero si sigue por ahí, va directo a la autopista.
El conductor pisa el acelerador y esquiva un camión que invade nuestro carril. Yo sigo mirando el punto verde, como si con la fuerza de mi mirada pudiera sujetarlo en un lugar.
Baran entra en la llamada:
—Tenemos un ojo sobre ellos. Coche negro, cristales tintados, sin placas visibles. Están a tres minutos de la salida hacia el polígono.
—No los pierdas —ordeno.
Por un momento, el mapa muestra que el punto aminora la marcha.
—Han reducido velocidad —comenta Kaan—. Puede que estén cambiando de vehículo o que…
De repente, el punto se detiene. Ni un metro más.
—Se han parado —digo, inclinándome hacia la pantalla.
Menos de cinco segundos después, el punto desaparece. Así, sin previo aviso. La pantalla queda limpia, como si nunca hubiera existido.
—No… —Kaan teclea rápido, refresca, cambia el *zoom*, pero no hay nada—. Perdimos la señal.
—¿Qué coño ha pasado? —Baran suena igual de incrédulo que yo.
—O destruyeron el anillo, o le arrancaron el dedo por tal de quitárselo —respondo, mordiéndome la lengua para no gritar.
La impotencia me desgarra por dentro. Esa era nuestra única pista fiable.
—¿Cómo cojones saben que el chip estaba en el anillo? ¿Y si lo han tirado? —pregunta Baran.
—Entonces la están moviendo sin que sepamos hacia dónde —respondo, y siento cómo mi paciencia se desangra—. Sea como sea, no pienso quedarme quieto.
Miro a Kaan.

—Rodea toda la maldita zona industrial. Cada calle, cada almacén, cada cochera abandonada.
Kaan asiente y empieza a dar órdenes.
—Meted a Murat y a los suyos por el norte. Que revisen cada puto almacén, aunque huela a ratas muertas —ordeno—. Y dile a Cem que cierre las calles del sur. Si ve un coche con los cristales tintados, que lo reviente antes de preguntar. Quiero a Hasan y Erdem en las azoteas, mirando quién entra y quién sale. Que no se me escape ni un fantasma.
—Enviaré a los nuestros a pie por los callejones. Si han cambiado de coche, puede que aún estén cerca —añade Baran
Yo vuelvo a marcar a Ali.
—Necesito nombres. Cámaras, testigos, cualquier mierda que me lleve a Azad y Halil.
—Voy a cribar las matrículas que entraron en esa zona en los últimos quince minutos —responde Ali—. Y revisaré el tráfico de móviles, por si alguno de los suyos ha encendido un teléfono.
La rabia me arde en la garganta. Aprieto los puños.
—Cuando los encuentre, no habrá trato, no habrá advertencias. Quiero que lo sepan antes de morir: que tocaron lo que más me importa, y que por eso voy a borrar su nombre de la tierra.
El coche frena de golpe. Baran acaba de cortar la calle por la que íbamos a entrar con dos todoterrenos.
—Zona limpia… por ahora —dice, mirando alrededor.
Kaan me pasa otra *tablet*, donde hay un mapa satelital de la zona industrial.
—Podrían estar en cualquiera de estos cinco almacenes. Tres siguen en uso y dos están abandonados.
—Repartíos —ordeno—. Pero no os acerquéis solos. Quiero que entren en pareja y con cobertura.
Salimos de la zona industrial como una manada herida. No hay tiempo para lamentos. La señal del anillo puede haber muerto, pero mientras yo respire, Clara sigue en la ciudad.
—Murat y los suyos, al barrio del puerto. Quiero que lo reviséis todo —ordeno desde el coche, con el móvil pegado al oído—. Si alguien pregunta, decid que es asunto mío.

Cuelgo y marco a Cem.
—Tú te encargas de cerrar las salidas hacia el puente de Gálata. Si ves un coche negro con los cristales tintados, lo paras como sea.
Kaan revisa un mapa extendido sobre sus rodillas.
—Si fueran listos, evitarían las zonas calientes, pero Azad no es de los que piensan demasiado. Va a buscar un escondite rápido, y eso significa dos cosas: o Halil o alguien de su gente lo espera.
—Pues que nadie duerma esta noche —respondo—. Llámalo como quieras, Kaan, pero vamos a dar un paseo por cada madriguera que nos haya jodido antes.
Baran entra en la llamada.
—Tengo a Hasan y Erdem en las azoteas de Karaköy. Dicen que han visto movimiento extraño en un taller viejo, de esos que llevan cerrados meses.
—Mándalos a mirar, pero que no entren —gruño—. Quiero ser yo el que abra la puerta, por si hay alguien que necesite que le rompa la cara antes de hablar.
La ciudad pasa a nuestro alrededor con ese olor mezcla de mar, humo y asfalto caliente. Algunas tiendas cierran antes de tiempo. Los dueños bajan las persianas al ver pasar nuestra caravana. No es miedo…, es instinto de supervivencia.
A media calle, vemos a un grupo de hombres charlando en la acera. Reconozco a uno: un soplón que trabaja para mí a cambio de no terminar en el fondo del Bósforo. Bajo la ventanilla.
—Ey, Necati —llamo, y el tipo se tensa como si le hubieran puesto un cuchillo en el riñón—. Ven aquí.
Se acerca con una sonrisa falsa.
—Señor Demirhan…
—No pierdas el tiempo con formalidades. ¿Has visto un coche negro, sin placas, cristales tintados?
Titubea.
—Puede…, tal vez…
Abro la puerta y bajo del coche. Estoy a un palmo de su cara.
—No me hagas repetir la pregunta.
—Sí, sí…, lo vi, hace menos de media hora. Subieron a una mujer, parecía…

Lo agarro del cuello de la camisa.
—¿Parecía qué?
—Extranjera. Tenía el pelo oscuro, pero no era turca…, se notaba en su acento. Estaba nerviosa y mezclaba idiomas.
Lo suelto de golpe.
—Sigue hablando.
—Fueron hacia Balat. Unos tíos que conozco de vista los acompañaban…, y esos trabajan para Halil.
Miro a Kaan.
—Ya tenemos dirección.
Nos movemos en bloque. Tres coches delante, tres detrás, y en medio el mío. El rugido de los motores ahoga cualquier otro sonido. Balat es un barrio viejo, con calles estrechas y casas que parecen sujetarse unas a otras para no caerse. Perfecto para esconder algo…, o a alguien.
En el camino, Baran nos adelanta. Lleva la ventanilla bajada y grita:
—Si Halil cree que va a dormir tranquilo esta noche, se equivoca.
Al llegar a la entrada del barrio, el aire cambia. La gente en la calle nos mira de reojo y desaparece en portales. Un par de chavales dejan de jugar a las cartas y huyen sin mirar atrás. El miedo tiene un olor que conozco bien, y aquí huele fuerte.
—Manteneos en los coches hasta que yo diga —ordeno. No es el momento de entrar como salvajes sin saber dónde estamos pisando.
Aparcamos en una esquina, y Hasan se nos acerca a pie.
—El coche negro está en un callejón, detrás de un taller de mecánica. Tres hombres dentro, y juraría que escuché un golpe, como si movieran algo pesado.
—¿Armas? —pregunto.
—No lo vi, pero con esos siempre hay.
Miro a Kaan y Baran.
—Rodead la manzana. No quiero huecos por donde se me escapen.
Mientras ellos se alejan, saco el teléfono y marco a Ali.
—Confírmame si ese taller tiene dueño o está vacío.
Tarda unos segundos en responder.
—Está a nombre de un primo segundo de Halil. Oficialmente cerrado desde hace ocho meses.

Sonrío sin ganas.
—Entonces vamos bien. Si es un primo segundo de nuestro tío, también es familia. La sangre siempre pesa, pero cuando se pudre, huele peor que cualquier cadáver.
Me ajusto la chaqueta y empiezo a caminar hacia el callejón. Cada paso es más lento que el anterior, por la necesidad de encontrarla y arrancársela de las manos a quien sea que la tenga.
En la esquina, un par de tipos me ven y bajan la mirada. No digo nada. No necesito hacerlo, porque saben quién soy y lo que significa verme aquí.
Cuando doblo el último recodo, el coche negro está justo donde me dijeron. Cristales tintados, sin placas. Me acerco lo suficiente para apoyar la mano en el capó: el motor aún está caliente.
—Está cerca —murmuro.
Kaan y Baran aparecen por los extremos, cerrando el paso. Murat y Cem se colocan en las salidas laterales. No hay protocolos, solo la ciudad conteniendo el aliento.
—Listos —dice Baran.
—Entramos —respondo, y la voz me sale como un cuchillo.
Porque en algún lugar de este maldito barrio, Clara está esperando que la encuentre. Y yo no pienso fallarle.
Baran me mira.
—¿Y tú?
—Yo voy al centro. Si Halil cree que puede esconderse en su madriguera, voy a sacarlo de allí con las manos manchadas de su propia sangre.
Baran asiente, y por un momento, no somos hermanos discutiendo, sino lobos hambrientos.
Mientras nos reagrupamos, Kaan recibe una llamada. Escucho solo su lado de la conversación:
—¿Seguro? ¿Con placas falsas?… Vale, mándame la ubicación exacta. —Cuando cuelga, su expresión ha cambiado a otra mucho más cabreada—. Uno de nuestros informadores en un taller de chapa vio entrar un coche negro hace diez minutos. Bajaron dos tipos, uno con una chaqueta marrón que coincide con la descripción de Azad.

—Vamos —digo, montándonos en el coche, que arranca a toda pastilla. No tardamos ni cinco minutos en llegar al lugar que nos han indicado.
En el fondo sé que, si la señal ha muerto, el reloj corre en contra. Y yo no pienso perderla. No espero a nadie.
—Cem, palanca. —Me la pone en la mano sin hablar.
La meto bajo la persiana del taller y tiro. El metal se queja y sube lo justo para que Baran se meta agachado y quite el cerrojo interior a patadas. La persiana termina de alzarse y entramos como depredadores hambrientos: yo primero, Kaan a mi espalda, Murat a la izquierda. Dentro, luz amarilla, bancos de trabajo, herramientas y dos tipos que no han decidido todavía si correr o disparar.
El más cercano levanta una llave inglesa. Le cruzo la cara con el canto de la palanca y cae contra un carro de ruedas. El segundo mete mano al bolsillo; Baran le planta el hombro en el pecho y lo estampa contra la pared. Se oye el golpe hueco de un arma cayendo al suelo.
—Manos arriba —ordeno, aunque ninguno parece en condiciones de levantar nada.
Miro alrededor. En el suelo, cinta americana, bridas cortadas, una manta con huellas de suela. Sobre una mesa, el móvil del listillo al que acabo de partirle la cara. En una silla, un trozo de tela blanca enganchado: satén fino. No necesito más para saber que Clara estuvo aquí hace minutos.
—¿Dónde está? —pregunto sin alzar la voz.
El de la cara rota me escupe sangre al suelo, chulesco por reflejo. Kaan le pisa la mano, despacio, hasta que cruje. El tipo grita, claro, como todos cuando se acuerdan de que sienten dolor.
—No me hagas repetirlo —añado, mirando al segundo.
—No… No sé, jefe… —balbucea—. Solo nos dijeron que guardáramos el coche y esperáramos.
Baran le registra los bolsillos, saca un llavero y un papel doblado. Lo abre. Una dirección en garabatos:
Hurdalık – Yedikule. Viejos depósitos junto a la muralla.
—¿Quién os lo dijo? —Kaan.

El de la mano pisada intenta ser valiente. Le falta media frase cuando le agarro de la nuca y le estrello la cara contra el banco y deja un rastro rojo.
—Habla.
—Azad… —suelta con rapidez—. Fue Azad. Él mandó cerrar el coche y llevar lo… lo que traían a Yedikule. Ya se la llevaron. Hace nada.
—¿La viste? —le pregunto al segundo, que tiembla.
—La traían tapada…, pero sí. La chica morena. Iba viva.
Mi mandíbula se aprieta hasta doler. Señalo a Murat.
—Cinta.
Les atan las muñecas a los dos con sus propias bridas. Me acerco al trozo de tela blanca y lo huelo. Es su perfume. Entre los trastos hay un cabello largo, oscuro, pegado al borde de un guante de mecánico. Lo guardo en mi bolsillo sin pensarlo. No es prueba para un juez. Es gasolina para mí.
—¿Por qué Yedikule? —Kaan, práctico como siempre.
—Cambio de coche —musita el de la cara rota—. Y… y alguien importante quería verla antes de sacarla de la ciudad.
—¿Quién? —pregunta Baran.
Se miran, y yo ya sé el nombre antes de que salga.
—Halil.
El silencio que sigue no es de duda, es de decisión. Mi teléfono vibra; Ali.
—Dime.
—He cruzado cámaras. Dos furgonetas negras entraron en Yedikule por la zona del desguace. Una salió a los diez minutos con otras placas. No veo a la primera salir.
—Porque sigue dentro —respondo—. Envíame todas las entradas y salidas de ese laberinto en los últimos veinte minutos.
Cuelgo. Kaan hace una foto rápida a la dirección garabateada y la manda a nuestros coches.
—Vamos —dice.
—Un segundo. —Me agacho frente al de la cara rota. Le levanto el rostro con la mano—. ¿Cuántos van dentro?
—Cinco…, seis…, no lo sé. Azad no se quedó. Solo vino a dar las órdenes.

—¿Armas largas?
—Sí… Dos, quizá tres.
Le suelto y me limpio la mano en su camiseta. Al segundo le doy un toque en el pecho con los nudillos.
—Si mientes, vuelvo. Y te arranco los dientes de uno en uno.
—No miento, señor Demirhan. Lo juro.
Baran ya va camino de la puerta. Antes de salir, echo otro vistazo al taller. En un cubo de obra hay restos de cinta y un paño manchado. En el suelo, marcas frescas de arrastre hacia la puerta trasera. Lo sigo tres pasos: patio pequeño, reja al callejón, tierra removida. Un trozo de plástico transparente con una hebra de encaje. La misma tela que he visto colgar del respaldo.
—Pasaron por aquí —digo, y Murat asiente como si acabara de ver lo mismo con ojos de perro de caza—. Que los dejen vivos hasta que encontremos a Clara, por si necesitamos algo más. Cuando ella esté segura a mi lado, que les metan una bala entre ceja y ceja.
Volvemos a los coches. Alguien observa desde ventanas entreabiertas. Una mujer cruza rápido con una bolsa de pan; un hombre se santigua a escondidas. No me importa su teatro. Subo, cierro la puerta, marco a Ali otra vez.
—Quiero un ojo en la muralla. Drones, si hace falta.
No espero su «ya voy»; cuelgo. Baran entra en llamada:
—Tengo a Hasan y Erdem a dos calles de Yedikule. Ven movimiento. Un camión viejo tapando medio acceso y dos tipos fumando sin disimulo alguno.
—Perfecto —respondo—. Que fumen. Llegamos.
Kaan me mira de reojo.
—Si está Halil, no irá con cuatro gatos.
—Mejor —digo—. Así ahorro viajes.
La caravana ruge por la avenida, y durante unos segundos, solo escucho el motor. Repaso mentalmente cada cosa que he vivido hoy: el ataque a Selin y Leyla, el soplón, los dos idiotas del taller… y Clara. La imagino respirando. Me agarro a esa idea como a un anzuelo.
Al pasar por un semáforo, un chaval nos enseña el dedo desde una moto y luego reconoce el coche, baja la mirada y se pierde. Es

Estambul con sus reglas: o miras a otro lado, o te conviertes en noticia.
—Recuerda —dice Kaan—: sin entrar a lo loco. Pueden estar esperándonos con la puerta abierta para que caigamos en la trampa.
—Yo no caigo, la pongo —contesto, y Baran suelta una carcajada seca por el manos libre.
Dobla el último coche de la fila y tomamos la calle que muerde la base de la muralla. A la izquierda, el desguace: metal apilado, coches sin alma, perros que ladran y se callan cuando nos ven. A la derecha, naves con puertas oxidadas. En el centro del acceso, el camión viejo que nos ha cantado Hasan. Delante, los dos tipos fumando. Nos ven venir y dejan de fingir que no existimos.
Bajo del coche. Ellos echan mano a la cintura. Levanto una mano en el aire, abierta.
—Ni lo intentéis.
Dudan un segundo y Con eso me basta. Baran ya está pegado al del gorro; le retuerce la muñeca y el arma cae. Yo camino hacia el otro, que intenta retroceder sin dejar de mirarme. Doy un paso largo, le agarro de la solapa y lo empujo contra el chasis del camión.
—Tranquilo, *Reis*… Nosotros solo controlamos la entrada, no sabemos nada más…
—¿Para quién? —pregunto sin aliento—. Di un nombre.
—No sé… Nos pagan por quedarnos aquí…
Le golpeo con la frente. Se queda sin aire.
—Nombre.
—Azad… ¡Azad! —suena como una plegaria.
—¿Y Halil?
Se muerde el labio. Le falta valor. El de Baran ya está en el suelo pidiendo perdón a su madre y a todos los santos del calendario.
—Dentro —dice al fin—. Pero no sé si aún…
—Me basta.
Se los llevan a un lado, de rodillas, manos a la nuca. Kaan asoma por el flanco del camión y me hace una seña: hueco libre para pasar con los coches, pero estrecho. No me importa.
—Entramos en dos —marco con los dedos—. Murat, por el lateral del desguace. Cem, al hueco del muro. Que nadie dispare primero. Los

que estén dentro van a hablar antes de dejar de respirar.
Baran me mira y no dice nada. No hace falta. Nos conocemos demasiado bien. Apoyo la mano en la chapa fría del camión y me acerco a la abertura. Al fondo, más metal, una nave con la puerta a medio subir, una bombilla colgando que parpadea.
—Clara —susurro para mí—. Aguanta.
Y doy el primer paso hacia la garganta de Yedikule.

60

Clara

El frío del suelo se filtra a través de mi ropa cuando recobro la conciencia. No hay ventanas, solo paredes oscuras y el olor denso de humedad mezclado con gasolina. Cada vez que respiro, siento el aire sucio raspándome la garganta.

No sé cuánto tiempo llevo así. Solo sé que la última vez que vi a Selin fue dentro de la *boutique*, antes de ir al baño. No llegué a hacer pis: comprobé que la pistola seguía oculta en la parte baja de mi espalda y pensé en lo irónico que era probarme vestidos de novia armada. Luego escondí el anillo dentro del doble forro del sujetador. Ese anillo que no es solo un símbolo de compromiso, sino la llave de todos los secretos de Altın Halka.

El recuerdo me atraviesa como un latigazo. En algún momento, durante el forcejeo, una mano brusca me empujó contra la pared. Sentí cómo me arrancaban la pistola antes de que pudiera usarla… y cómo mi única salida desaparecía con ese gesto.

Pienso en Emir, en su forma de entrar en un lugar cuando decide reclamar lo que es suyo. «Va a venir por mí —me repito, como un ancla—. Pero no puedo quedarme quieta esperando».

La cerradura chirría, y la puerta se abre con un golpe seco. Azad entra, y tras él un hombre enorme, ancho de hombros, con las manos como palas y un par de cicatrices cruzándole los nudillos. Se queda bloqueando la salida, un muro de carne que no necesito poner a prueba para saber que no pasaría por él.

Azad no me mira directamente; se pasea despacio por la habitación como si estuviera inspeccionando una propiedad que ya le pertenece.

—Regístrala —ordena sin girarse.

El grandullón se adelanta. Sus manos son rápidas, eficientes, y huelen a sudor. Me revisa los bolsillos delanteros y traseros del pantalón, mete los dedos hasta el fondo. También registra mi bolso y saca todo lo que encuentra: el tintineo de unas monedas, el roce áspero de un pañuelo arrugado, el golpe seco de un pintalabios contra la mesa metálica. Vuelca también un bolígrafo, viejo y mordido en el capuchón. No hay nada más.

Yo permanezco quieta, las muñecas atadas tras la espalda, el anillo frío presionando contra mi piel bajo el forro del sujetador. Cada vez que las manos de ese hombre se acercan al pecho, me obligo a respirar con calma para que no note el bulto oculto.

Azad se acerca por fin, con esa media sonrisa que no llega a los ojos.

—Sé que Emir te regaló un anillo —dice como quien anuncia un hecho probado—. Y sé lo que lleva dentro.

Mi voz suena segura, aunque la mentira me arde en la lengua.

—No lo tengo. Me lo quitó hace semanas.

Él se ríe, una carcajada breve y seca.

—¿Crees que no lo sabría? Puse micrófonos en el despacho de Emir. No solo he oído lo que hablaban…, también lo que callaban. Y ese chip que llevas vale más que tu vida. —Da un paso más y me rodea, como un lobo que se toma su tiempo—. Durante años ayudé a su abuelo. Estuve a su lado cuando otros ni siquiera podían entrar en la misma sala. Él sabía cómo mover este negocio, cómo mantener el flujo y contentar a los que pagaban más. Yo era su mano derecha. —Se detiene frente a mí y se inclina lo justo para que pueda oler el humo fuerte en su aliento—. Pero Emir… —su voz se vuelve desagradable—. Emir decidió que no me necesitaba. Le dio más poder a Ali que a mí. A mí, después de todo lo que hice por esa familia. —Clavo la vista en él, sin parpadear—. Y lo peor —continúa —, dejó de traficar con niños nada más asumir el poder. Eliminó la parte del negocio que más beneficios dejaba, solo para ponerse una medalla moral que a nadie le importa en este mundo. —Sus palabras me golpean, pero no dejo que se note—. Y como si eso fuera poco —su tono se vuelve más ácido—, se metió con una carga del Sultán… y la liberó.

—¿Liberó? —pregunto, aunque sé que la respuesta no me va a gustar.
—Sí. Era mercancía que yo había organizado con los viejos contactos de su abuelo, gente que sabe cómo pasar cosas sin que nadie lo vea. Y él lo arruinó todo. Me dejó expuesto ante el Sultán, que no perdona que le hagan perder dinero. —Da un paso atrás, como si quisiera que la distancia hiciera más peligrosas sus palabras—. ¿Sabes lo que es vivir con una deuda de ese calibre? Cada día esperando que alguien aparezca para saldarla… con tu vida.
No contesto. Durante un rato, se mantiene callado, sopesando las siguientes palabras que va a decir.
—Cuando me enteré de lo que llevaba ese anillo, lo vi claro. —Señala mi pecho, como si pudiera ver a través de la tela—. Hablé con Kemal, y llegamos a un acuerdo: yo entregaba el anillo, y el Sultán me dejaba respirar. —El grandullón junto a la puerta sigue inmóvil, pero no le pierde ojo a la conversación. Azad, en cambio, parece saborear cada palabra—. Halil también lo sabe. Está del lado del Sultán, porque ahora él tiene más poder que Emir. La balanza ya no se inclina hacia tu querido jefe.
Me atrevo a decirlo, aunque sé que puede encenderlo más.
—Por eso me tienes aquí.
—Exacto. Contigo y el anillo, cierro mi trato. Salgo de la mira del Sultán y de la guerra que se viene.
Se endereza, recuperando su calma controlada. Mira a su hombre.
—Registra el bolso otra vez. No quiero que se nos escape nada.
El grandullón obedece, vacía lo poco que quedaba y lo revisa con dedos gruesos. Azad lo observa de reojo y luego vuelve a mirarme.
—En pocas horas nos vamos. El Sultán no espera. Y Halil… —sonríe, pero no hay humor—, Halil se impacienta cuando no recibe lo que quiere.
La puerta se abre y se cierra tras ellos, dejándome sola con el eco de sus palabras.
Me quedo escuchando el silencio, tratando de poner en fila cada palabra de Azad. Halil. El Sultán. Kemal como puente. La vieja red del abuelo usada para un negocio que Emir desmanteló. La precisión con la que ha descrito el chip no viene de rumores de pasillo; no es

«se dice». Es el tipo de detalle que solo se conoce si lo has oído donde no debías. Ha dicho que puso micrófonos en el despacho de Emir. Si salgo de aquí, lo primero que haré será obligarles a barrer la casa entera con detectores, por si hay alguno más.

El cuarto huele a humedad y a metal oxidado. Trato de mover la silla sin hacer ruido, solo lo justo para acercar el tacón al suelo de cemento. No puedo usar las manos, pero sí los pies. Con la punta del tacón, presiono y arrastro. El cemento cede, áspero, dejando una C imperfecta, discreta, junto a una pata de la mesa. No es casual, si alguno de los suyos entra, sabrá que estuve aquí.

Respiro hondo. El aro del sujetador me muerde la piel. El anillo, frío, es un latido de metal. «No lo pierdas. No lo pierdas». Me repito las piezas como una letanía: Halil se ha inclinado hacia el Sultán porque ahora tiene más poder que Emir; Azad se sintió desplazado cuando Ali ganó poder; Emir cortó la parte más sucia del negocio y, para colmo, se atrevió a liberar una carga del Sultán. Azad quedó marcado y, cuando supo lo del chip, eligió salvar su vida vendiéndonos a todos.

El pasillo devuelve un murmullo lejano. Pasos. Voces amortiguadas. Una llave choca con otra. Me enderezo. El hombre corpulento vuelve primero, asoma medio cuerpo, no entra. Tras él, Azad, con la misma calma de quien dicta horarios a la muerte.

—En pie —dice el grandullón, y me ayuda a levantar sin mucha suavidad.

Azad no pierde el tiempo con teatralidades. Saca el móvil, marca y, esta vez, sí activa el altavoz. Su tono cambia, una mezcla rara de respeto y ambición.

—Sultán.

La voz que contesta es grave, cavernosa, como si viniera de una sala grande y vacía.

—¿Listo?

—Listo. —Azad me mira, midiendo mi respiración—. La mercancía está limpia y entera. Halil ha hecho una oferta. —Azad sonríe, pero sus ojos siguen fríos—. Si él sube, tú también puedes. No pienso regalar nada.

Una breve pausa al otro lado. Imagino unos dedos golpeando madera, el roce de un anillo caro, la paciencia de alguien acostumbrado a decidir sobre la vida de otros con una ceja alzada.
—Acelera. —La orden cae como una losa—. Antes de que otros lleguen.
Ese *otros* tiene la forma de Emir en mi cabeza. Azad cuelga. El clic resuena como una sentencia.
—Nos vamos —dice, guardando el teléfono—. Y Clara… —se acerca hasta que su sombra me cubre—, coopera, y quizá llegues entera a tu destino. Al Sultán no le gusta aburrirse.
Le sostengo la mirada.
—A mí tampoco —respondo, y el grandullón me empuja hacia la puerta como si mi voz le hubiera picado.
Al cruzar el umbral, giro la cabeza lo justo para grabar el cuarto una vez más: la mesa, la C diminuta junto a la pata, la línea hacia la salida. El eco de mis pasos acompaña el golpeteo del corazón contra el aro del sujetador. Cada metro es un recuento: micrófonos en su despacho; Halil con el Sultán; Kemal de intermediario; el intercambio hoy.
El pasillo huele a cloro y a tabaco viejo. Mis muñecas arden bajo la cinta. Al fondo, una puerta metálica y, más allá, aire frío. Noche. El grandullón me guía con una mano en el brazo. Azad detrás, teléfono en la mano, dueño de un plan que cree perfecto.
Y, aun así, bajo la piel, vibra algo distinto. No es esperanza, es obstinación:
«Mientras lo tenga, podrá encontrarme».
Si Emir sigue vivo, si ha barrido ya su despacho y alguien ha visto moverse un punto rojo en una pantalla, quizá esté ahora mismo pisándonos los talones.
La puerta exterior se abre. Me golpea un soplo de aire con olor a gasoil y salitre. Más voces. Motor al ralentí. El grandullón me hace bajar un escalón alto; casi tropiezo, pero me enderezo antes de que me empuje.
—Despacio —dice Azad, como si me cuidara por cortesía—. Vales más entera.

Me colocan junto a una furgoneta oscura. La chapa refleja un rectángulo de luz amarilla. Podría ser cualquier muelle de la ciudad. O de otra. Me aferro a lo que oigo: cadenas, una boya golpeando, un silbido fino del viento que trae sal.

Azad vuelve a hablar por teléfono, esta vez en voz baja, sin altavoz.

—En una hora. Sí. Punto dos. —Pausa—. No, no habrá problema.

Me suben al vehículo. Me sientan en una bancada, y el grandullón se sienta enfrente, mirándome como a una caja fuerte: sin parpadear. Azad no entra aún; se queda fuera, dando la última orden antes de cerrar la puerta.

—Si se mueve, golpea. Si grita, amordaza. Si intenta huir… —Su sonrisa ni siquiera finge amabilidad—, me llamas. Quiero divertirme yo.

La hoja corredera se cierra con un estruendo. La oscuridad nos envuelve. Mi respiración vuelve a ser el único ruido constante… hasta que el motor despierta y todo, por un segundo, vibra.

Aprieto los dientes. El anillo presiona contra mi piel, frío como un juramento.

«Aguanta. Deja migas. Escucha. Repite los nombres».

Halil. Sultán. Kemal. Punto dos. Una hora.

La furgoneta se pone en marcha. El traqueteo de las juntas metálicas marca el pulso del trayecto. Cierro los ojos solo para ver mejor por dentro el mapa: la C en el suelo, la línea hacia la puerta, el olor a salitre, la vibración del motor que sube cuando tomamos una rampa, la curva que nos lanza a la derecha. Si salgo de esta, no será por suerte: será porque lo dejé todo sembrado para que me encontraran.

La cinta muerde, y el grandullón sigue mirándome. Yo inclino la cabeza, como si me acomodara, y dejo que el aro me apriete un poco más. El dolor me ancla. El frío del anillo también.

«Que me encuentre. Antes de que llegue ese hombre».

Y, entonces, como un latigazo, el vehículo frena. Afuera, una voz da dos golpes al costado. Otra llave. Otro mundo. Y la sombra de Azad, cuando la puerta se abre, vuelve a llenar la noche.

Me cambian de lugar. El aire es distinto, más seco, con un olor tenue a pintura vieja y óxido. Antes de que pueda orientarme, me ajustan

una venda sobre los ojos. La oscuridad se vuelve absoluta, pero no me sorprende. Ya he jugado a esto.
Recuerdo la voz grave de Emir, aquella noche en la que me pidió que adivinara sensaciones y olores con los ojos cerrados. El roce de su piel contra la mía, la calidez de su aliento, el perfume caro que se mezclaba con su olor natural. «Confía en lo que no ves», me susurró entonces. Ahora me aferro a eso.
Inclino la cabeza y escucho. Un chirrido metálico, pasos sobre el suelo de madera o tarima gastada. Alguien abre una puerta y el golpe del aire que entra trae un olor salino, húmedo, mezclado con gasoil y lejía. No estamos lejos del mar… y tampoco de un lugar donde limpian con productos fuertes para disimular otros olores.
Azad rompe mi concentración.
—Vamos a intentarlo otra vez, muñeca. ¿Dónde está el anillo?
—No lo tengo. —Mi voz sale firme, aunque por dentro me recorre un nudo de tensión.
Él suspira, un sonido cargado de amenaza.
—Tienes agallas…, o eres muy estúpida.
El golpe llega sin aviso: un guantazo que me lanza la cabeza hacia un lado. La mejilla me arde y noto el sabor metálico de la sangre en la boca.
—¡Mírame! —escupe.
Un tirón violento del pelo me obliga a alzar la cabeza hacia donde imagino que están sus ojos. La venda no me deja ver nada, pero puedo sentir su aliento caliente, cargado de tabaco.
—No voy a pedirlo más. Dime dónde está el anillo.
—No lo tengo. —La repetición es un desafío que no puedo tragarme.
Su respiración se acelera.
—Entonces me divertiré contigo antes de darte al Sultán.
Me suelta el pelo y me empuja al suelo. El impacto me saca el aire de los pulmones. Las muñecas atadas me impiden amortiguar la caída. El polvo y el olor rancio de la madera vieja se me meten en la nariz.
Siento su peso encima, sus manos hurgando con brutalidad, intentando abrirse paso. Me muevo, me retuerzo, lanzo patadas, uso los codos como puedo. No me lo va a poner fácil.

—Quietecita… —gruñe, tratando de inmovilizarme.
Su mano engancha la tira del sujetador y jala con fuerza. El tejido cede y se descose justo por donde yo había abierto antes para esconder el anillo. El pequeño aro de metal se desliza fuera y, en un segundo, rueda sobre mi piel y cae al suelo con un sonido seco.
—¡No! —Intento lanzarme hacia el ruido, tanteando a ciegas.
Pero Azad es más rápido. Lo escucho agacharse, su mano chocando con el suelo antes de que mis dedos siquiera lo rocen.
—Qué tenemos aquí… —murmura, y puedo oír la sonrisa en su voz.
El clic metálico me hiela la sangre. Creo que abre una caja pequeña —la misma que vi antes en sus manos— y me parece que encierra el anillo dentro.
—Ahora sí que eres mía.
El cierre encaja con un chasquido final. Y la oscuridad detrás de la venda me parece más densa, más asfixiante que nunca. El anillo, encerrado en esa caja, ya no emite nada. Lo sé yo, y lo sabe él.
—¿Sabes qué significa esto, muñeca? —pregunta Azad, agachándose lo justo para que su aliento a tabaco me golpee la cara—. Que tu novio ya no puede seguirte. Sin esa señal, podrías desaparecer de la faz de la Tierra, y él nunca sabría dónde buscar.
Aprieto la mandíbula, negándome a darle el placer de una respuesta.
—Nos vamos —ordena a su hombre.
Me levantan a empujones y me arrastran fuera. El aire de la noche me da de lleno en la cara, frío y cargado de salitre. La venda me ciega, pero cada paso sobre la grava cruje distinto bajo mis botas. Me empujan hacia un vehículo y me tiran dentro como si fuera un saco.
El motor arranca con un rugido grave. El traqueteo empieza casi de inmediato: baches profundos, giros bruscos que me lanzan contra las paredes metálicas, un vaivén irregular que me recuerda a caminos de tierra sin asfaltar. Cada golpe me arranca una pequeña mueca, pero me concentro en memorizar el patrón: tres baches seguidos, curva cerrada, un tramo más liso… Luego, otra sacudida que me hace chocar la cabeza contra la chapa.
No sé cuánto tiempo pasa. Mis manos atadas detrás de la espalda empiezan a dormirse. El olor cambia: tierra húmeda, madera vieja,

gasolina.
El vehículo se detiene. Escucho una puerta abrirse y luego manos que me agarran de nuevo para sacarme. El aire aquí es más denso, viciado, como si no circulara bien.
Camino a trompicones, guiada por el agarre firme del grandullón. El eco de los pasos me dice que hemos entrado en un espacio grande y vacío.
—Quítasela —dice Azad.
La venda se afloja y la luz me golpea los ojos. Parpadeo hasta que distingo lo que tengo delante: paredes desnudas, suelo de hormigón, y, en un rincón, una mesa metálica. Sobre ella, un surtido de objetos que no dejan lugar a dudas: una pinza de presión oxidada, un soplete pequeño, un rollo de cinta americana, guantes de cuero… y una navaja plegable, pequeña, con el filo ligeramente abierto. Mi mirada se queda clavada ahí. No me atrevo a moverme ni a delatar mi interés, pero la grabo en mi mente.
Azad habla al teléfono de espaldas. La voz que se filtra es grave, y mi instinto me grita un nombre: Kemal. No entiendo todo lo que dicen, pero escucho «esta noche» y «listo para el intercambio».
Cuando se aleja, me dejan sentada en el suelo, la espalda contra la pared. No están lejos, pero sus voces se mezclan con el eco de la nave. Controlo mi respiración. Espero.
El grandullón sale un momento, quizá a por algo. Azad está distraído, dándome la espalda. Deslizo el cuerpo hacia la mesa, moviéndome en silencio. Con las muñecas atadas, estiro las manos hacia el borde. El frío del metal me guía hasta que mis dedos rozan el mango de la navaja. La atrapo como puedo, presionándola contra la palma.
Me doy la vuelta de espaldas a la pared, coloco el filo contra las bridas y empiezo a serrar. El plástico se resiste, pero cede poco a poco.
En mi cabeza resuena su voz, la de Emir, profunda y segura: «El poder que comparto contigo es el único que no puede romperse».
La última hebra de la brida se rompe. Recupero la sensibilidad en las manos a base de un hormigueo punzante. Me agacho detrás de una

columna de metal, esperando. El eco de pasos me avisa antes de verlo. Azad. Solo.
Salgo de mi escondite en el momento en que pasa junto a mí. Levanto la navaja, pero no la uso: opto por el peso de un tubo metálico que encuentro apoyado en la pared. El golpe seco en la parte lateral de su cabeza lo deja tambaleando; un segundo golpe lo derrumba.
Me agacho, le quito la pistola de la cartuchera y la sujeto con las dos manos. El frío del arma me recorre los dedos como una corriente.
No pienso. Corro. Empujo la puerta lateral de la nave y salgo a la noche. Dos siluetas se interponen: el grandullón y otro hombre que no había visto hasta ahora. Levanto el arma y fijo la mirada donde Emir siempre me dijo que un disparo no deja segundas oportunidades: entre ceja y ceja.
No tengo buena puntería. Mi respiración es un latido en los oídos, las manos me tiemblan. Pero aprieto el gatillo una vez, luego otra. El estruendo me sacude los brazos.
Ambos caen al suelo casi al mismo tiempo. No sé si están muertos o inconscientes, pero sus cuerpos no se mueven. No espero a comprobarlo.
Agarro la pistola con fuerza y echo a correr. El aire frío me corta la cara, y por primera vez en horas, el miedo se mezcla con otra cosa: una corriente salvaje, eléctrica, que me dice que sigo viva.

61

Emir

No tengo tiempo ni margen. Cada segundo que pasa es una puerta que se cierra, y yo estoy al otro lado sin saber si Clara sigue respirando. Me repito que sí, que tiene que estar viva, pero mi cabeza no para de dar vueltas a las diferentes posibilidades de lo que pueda sucederle.

El olor a salitre y gasoil se mezcla con el de las gomas quemadas mientras bajamos del coche. Mis botas pisan un charco negro que no sé si es aceite o sangre. Barro la zona con los ojos, buscando algo que me diga que ella ha estado aquí.

El puerto respira como una bestia vieja: cadenas que chirrían, cabos tensos que gimen contra las amarras, una sirena lejana que corta el aire y se apaga enseguida. A cada paso, mi cabeza calcula ángulos, cubiertas, sombras. Si yo fuera Azad, ¿por dónde saldría? Si yo fuera Clara, ¿cómo dejaría una señal que solo yo entendiera?

Kaan avanza por el pasillo estrecho entre las naves del puerto, su arma en alto. Baran se queda cubriendo la retaguardia. Yo me cuelo por una puerta lateral que apenas se sostiene en las bisagras. El interior huele a humedad vieja, a metal oxidado. Es un espacio vacío salvo por una mesa metálica volcada y un par de sillas cojas.

Me acerco despacio, agachándome, y ahí está. Una marca. Una C torcida, hecha a trazos rápidos en el polvo del suelo, justo junto a la pata de la mesa. Paso el dedo por encima y me tiembla la mano.

—La ha hecho ella —susurro, más para mí que para los demás.

La veo mentalmente agachada, buscando con la mirada algo que le sirva, rascando el polvo con lo que haya tenido a mano, dejándome una señal. Una señal para mí.

—Está fresca —dice Kaan, mirándome de reojo—. No lleva aquí más de media hora.

Media hora. Me muerdo la lengua para no gritar. Cada minuto es un mundo con ella en peligro.
—Movemos el culo ya —ordeno.
Salimos y el aire del puerto me golpea como un puñetazo helado. A lo lejos, los cargueros se balancean en el muelle, luces parpadeando como si nada importara. Pero aquí, entre las sombras, se está librando mi guerra.
Mi teléfono vibra. Es el sargento que me debe más de una vida.
—Tienes un problema —dice sin preámbulos—. Ha habido un tiroteo raro en uno de los almacenes del sector tres. No es un ajuste normal…
—Dime la dirección exacta —exijo, y ya estoy haciendo señas a Kaan para que coja el coche.
No cuelgo hasta tenerla grabada en la cabeza. El rugido del motor se mezcla con el de mi sangre en los oídos. No puedo dejar de pensar en esa C, en lo que significa.
Acelero entre los contenedores apilados como tumbas de acero, luces amarillas y rojas que se reflejan en los charcos y las bocinas lejanas. El coche derrapa al girar y siento que el asiento se me clava en la espalda. No hablamos. Ninguno de los tres dice nada porque no hay nada que decir; si no llegamos a tiempo, todo esto se habrá acabado.
Aprieto los dientes. No voy a perderla a ella.
Cuando el almacén aparece frente a nosotros, con una de sus puertas semiabiertas y sombras moviéndose dentro, lo único que puedo pensar es que voy a entrar… y que no pienso salir sin Clara.
Cada paso que doy hace crujir el suelo, y el sonido rebota entre las paredes desnudas, como si alguien respirara a mi lado. Kaan me cubre por la derecha, Baran por la izquierda, los tres con las armas listas. El olor es espeso, una mezcla de pólvora reciente y metal oxidado.
Me pego a una columna de hormigón desconchado. Dos lámparas industriales parpadean arriba, dibujando sombras que se mueven solas. A mi izquierda, un pasillo de palés medio podridos; a la derecha, una zona de carga con huellas de neumático recientes mordiendo el polvo.

A veinte pasos, distingo un cuerpo tirado boca abajo. Reconozco la chaqueta antes de girarlo: Azad. El hijo de puta sigue vivo.
—Traedme un cubo —ordeno.
Baran no pregunta; desaparece un segundo y vuelve con un recipiente de agua que lanza sin compasión sobre la cara del bastardo. Azad se agita, escupe y parpadea aturdido. Me agacho, lo agarro del pelo y le obligo a mirarme.
—¿Dónde está Clara? —mi voz sale grave, sin espacio para dudas.
—No… sé… —balbucea.
Le estampo la cabeza contra el suelo, no lo suficiente para dejarlo inconsciente, pero sí para que entienda que no estoy jugando.
—Te voy a dar una oportunidad, Azad. Solo una.
Acerco la boca a su oído para que solo él escuche la amenaza:
—Si mientes, te dejo con los dientes en la mano.
Él saca una sonrisa falsa, de autoprotección, pero no le da tiempo: con la rodilla le golpeo el diafragma; con la mano libre le retuerzo el brazo hasta que el hombro amenaza con salir del sitio. El chillido que suelta se me mete en los oídos.
—¿Dónde? —repito.
Deslizo el cuchillo desde la funda de la bota. No lo ve venir. Se lo hundo dos centímetros en la parte alta del muslo con un gesto limpio; la carne cede, la sangre brota caliente. Controlo la herida: ni arteria ni músculo crítico, solo el dolor que piensa por él. Le tapo la boca con la palma para que el grito no levante sospechas si hay más gente alrededor. Siento su aliento contra mi piel, su terror golpeando como un pez en la red.
—¿Dónde?
Está a punto de soltar algo cuando un crujido seco retumba detrás. Giro la cabeza. Los dos cuerpos que yacían a pocos metros —los mismos que alguien debió disparar— se están incorporando tras escuchar ruido.
—¡Cubrid! —grito.
Todo explota en segundos. El primero levanta un arma y descarga tres tiros que pasan a pocos centímetros. Kaan responde con una ráfaga que lo hace retroceder, pero no cae. Del fondo del almacén,

aparecen otros tres, todos armados. El ruido es ensordecedor: metal, gritos, proyectiles rompiendo madera y cristal.
Me pego a la columna; una bala arranca un trozo de hormigón a un palmo de mi cara y me salpica polvo a la lengua. Kaan rueda detrás de un palé, cambia el cargador con una rapidez de movimiento que me hace quererlo más. Baran cruza a la izquierda a la carrera, se tira detrás de un compresor oxidado y asoma solo el cañón.
—Dos por el altillo izquierdo —avisa Kaan, y al levantar la vista, veo una pasarela a media altura con sombras que se mueven en silencio. Malditos roedores.
Baran avanza, disparando con una precisión letal, hasta que un fogonazo lo frena en seco. Un impacto en el costado lo dobla, y veo cómo la sangre empapa su chaqueta.
—¡Baran! —grita Kaan y se lanza hacia él para cubrirlo.
Yo no pienso. Lanzo dos tiros a la pasarela para obligarles a esconderse y romper su ángulo. Descargo fuego a ciegas para ganar unos segundos, me abalanzo sobre Azad, lo arrastro contra una pared y le presiono el cañón en la mandíbula. Él patalea, deja un reguero de sangre que marca el suelo como una ruta de caza.
—Dímelo, o te arranco la lengua.
—Se… escapó… —escupe, y noto que no miente. Su mirada es de puro odio, pero también frustración. Clara lo dejó atrás.
—¿Por dónde? —gruño.
Él señala con la barbilla, jadeando, hacia una puerta de chapa a media altura. Detrás, una salida lateral que no habíamos visto. Buen intento, rata.
El altillo vuelve a vomitar plomo. Rebotes que cantan en el suelo, chispas que prenden virutas. Deslizo a Azad bajo una mesa de carga para que no me lo agujereen —aún lo necesito vivo— y me muevo de columna en columna, con la respiración alterada, y mi dedo entra y sale del gatillo por inercia.
Los disparos continúan, las balas impactan contra los contenedores y las chispas iluminan las sombras. Me muevo entre ellas como un animal, descargando todo lo que tengo hasta que el último cae. El silencio, cuando llega, no es tranquilizador.

Escucho un quejido: Baran está pálido, pero consciente. Kaan le presiona la herida. Yo suelto a Azad, dejándolo contra la pared.
Me agacho junto a uno de los míos.
—Sácale todo. Quién lo ordenó, por qué y cada nombre que sepa. Luego… —miro a Azad—, te aseguras de que no muera hasta que yo llegue.
—Sí, jefe —responde el hombre, y ya está sacando bridas, cinta, una manta para arrastrarlo sin dejar rastro de sangre en la salida. Azad intenta mantenerme la mirada, pero sé que ahora sí comprende hasta qué punto está en peligro. Me inclino, casi rozándole el oído.
—Cuando encuentre a Clara, te mataré yo mismo por tocar lo que es mío.
Lo dejo en manos de mis hombres y me alejo. Mi única certeza es que voy a encontrarla, cueste lo que cueste.
En la puerta, me giro una vez más. Reviso el cargador por instinto; metal, peso, precisión. En mi cabeza, la C de Clara late como un faro: no me está pidiendo que la salve; me está diciendo que corra.
—Kaan —mi voz corta el silencio—, evacúa a Baran ya. Llévalo a la mansión. Que esté nuestro médico esperando antes de que llegues.
—No pienso dejarte aquí solo —responde, el ceño como piedra.
—No es una jodida opción —replico—. Si se desangra, no me lo voy a perdonar. Sácalo de aquí, cúbrele la herida en el coche y no pares hasta que esté en manos del doctor.
Nos sostenemos la mirada un segundo más, lo suficiente para que entienda que no hay margen para discutir. Kaan asiente, y junto con dos de los nuestros, arrastra a Baran hacia la salida lateral. El sonido de sus botas se pierde rápido, tragado por el eco del almacén.
Yo me quedo con dos hombres: Ali y Murat. Tipos duros y eficaces.
—Nos movemos —les indico, señalando la puerta que Azad me señaló antes—. Ella salió por ahí.
Todavía huelo a pólvora y sangre en mis manos. El aire es tan denso que parece que tengo que abrirme paso a golpes para respirar.
A dos calles del almacén, encuentro lo que necesito: una gasolinera, de esas que parecen olvidadas por el tiempo. Dos surtidores viejos, una máquina expendedora que parpadea y un dependiente medio

dormido detrás del cristal blindado. Aparcamos a un lado, y entro sin perder tiempo.
—Necesito las grabaciones de las últimas dos horas —le digo. No es una petición, es una orden.
El hombre, canoso y con un cigarro apagado entre los labios, me mira sin entenderme. Ali se adelanta, coloca un billete doblado sobre el mostrador y un destello de metal justo después. El dependiente traga saliva, desaparece por una puerta lateral y vuelve con un disco duro pequeño.
En la pantalla de seguridad, la imagen es granulada, pero ahí está. Clara. Cabello suelto, mirada al frente, una pistola en la mano derecha y una cojera evidente en la pierna izquierda. Cruza el encuadre a toda velocidad, desapareciendo por el margen derecho.
—¿Eso cuándo fue? —pregunto.
—Diez minutos —responde el dependiente con rapidez.
Diez minutos. Si no se ha detenido, está cerca.
—¿Reconoces hacia dónde iba? —insisto.
—Sí…, hacia la zona vieja de contenedores. Los oxidados, los que están apilados junto al rompeolas.
Salimos sin perder un segundo. El puerto, a esta hora, es un laberinto de sombras y ruidos metálicos: cadenas que golpean mástiles, chapas que vibran con el viento. El olor a sal se mezcla con el de combustible derramado.
A mitad de camino, un hombre nos hace señas desde una carretilla elevadora. Un estibador, con el rostro curtido por el sol y la sal.
—¿Buscáis a una mujer, *reis*? —pregunta al reconocerme.
—Es uno de los que están en nómina —me aclara Ali entre susurros.
Me acerco a dos metros, con la mano apoyada en el arma, a pesar de todo, no me fío.
—Descríbela.
—Cabello oscuro, llevaba una pistola y cojeaba. La vi meterse entre los contenedores oxidados. Se movía rápido, pero… parecía cansada.
Ali le coloca un billete doblado en el bolsillo del mono.
—Olvida que nos viste.
Asiento y, en ese instante, mi cabeza ya dibuja el mapa: los contenedores viejos forman un laberinto estrecho, con pasillos que

mueren en paredes de acero y otros que desembocan directamente al mar. Perfecto para esconderse…, o para acorralar a alguien.
—Murat, rodea por el norte. Ali, por el sur. No quiero puntos ciegos. Yo entro por el centro —ordeno mientras cargo el arma y ajusto el seguro—. No disparéis si no tenéis ángulo claro.
Nos separamos, moviéndonos como sombras entre las grúas inactivas. Mis botas pisan grava y trozos de madera podrida. El viento trae el crujir de una cadena suelta y, de fondo, el golpe rítmico de las olas.
Entro en el pasillo principal del laberinto de contenedores. Las paredes oxidadas se alzan a ambos lados, con pintura descascarillada y manchas de salitre. Mis ojos recorren cada sombra, cada hueco entre las chapas.
Un golpe seco resuena a unos metros, como si algo metálico hubiera caído. Giro en esa dirección, el arma por delante, respirando despacio para escuchar mejor. Puedo oír mi propio pulso en los oídos, acelerado, insistente.
A mi izquierda, una puerta de contenedor entreabierta. Dentro, oscuridad. Me pego a la pared, avanzo de lado y asomo solo lo justo: cajas viejas, un olor rancio a pescado y humedad. Nada más.
—Ali, ¿tienes algo? —susurro por el comunicador.
—Negativo. El sur está despejado.
—Murat, ¿y tú?
—Tampoco. Pero he encontrado huellas recientes en la grava. Van hacia tu posición.
Sigo adelante, más rápido. Cada cruce es una decisión: izquierda o derecha, y siempre con la sensación de que me acerco…, y que no soy el único que lo hace.
Un movimiento leve en la penumbra me congela el paso. No es Clara. Demasiado alto, demasiado ancho. Un hombre, pistola en mano, que avanza agachado. No me ha visto aún. Me pego al contenedor y, cuando pasa, lo agarro por el cuello y lo estrello contra la pared metálica. El impacto suena como el sonido de una campana. Se desploma antes de que pueda gritar.
—Uno menos —murmuro, y sigo.

El viento cambia y trae un eco… Pasos rápidos, cortos, irregulares. Cojera. El corazón me golpea en el pecho. Giro la esquina y, por un instante, la veo: Clara, a unos cincuenta metros, atravesando un pasillo de contenedores. El cabello le cubre la cara, pero la forma de moverse es inconfundible.

—¡Clara! —grito.

Se detiene, gira la cabeza. Incluso a esa distancia, puedo ver el instante en que sus ojos me reconocen. Pero no corre hacia mí: señala con la pistola hacia su espalda y vuelve a moverse. No está sola.

Un grupo de tres hombres aparece al fondo, saliendo de otra fila de contenedores, y todo se rompe en un instante. Disparos. El sonido es seco, hueco, multiplicado por las paredes de acero. El eco hace imposible saber de dónde viene el siguiente.

Me cubro tras un contenedor, disparo dos veces, avanzo al siguiente. El metal vibra con cada impacto enemigo. Veo a Ali por mi flanco derecho, intercambiando fuego. Murat aparece detrás de los atacantes y elimina a uno con un disparo limpio al pecho.

Clara se agacha detrás de un bloque de palés viejos. Dispara una vez, otra, y el retroceso casi la tumba, pero se mantiene firme. La cojera es más marcada ahora; sé que le duele.

Me abro paso a tiros, cada avance está estudiado; cada segundo, un pulso más fuerte en las sienes. Cuando el último cae, corro hacia ella. No me importa nada, solo verla viva.

—Te tengo —murmuro cuando llego, y sus dedos se aferran a mi antebrazo como si fueran a romperse.

El perfil le tiembla bajo la luz tenue de una farola y la respiración es entrecortada. Tiene la piel salpicada de polvo y un hilo de sangre seco en la sien. Yo le aparto el cabello de la cara con el dorso de la mano, rápido, comprobando que los ojos le enfocan, que está aquí.

—¿Puedes andar? —pregunto sin soltar el arma.

Asiente, aunque sé que miente; la cojera en la pierna izquierda le roba firmeza al gesto. Doy un paso, la cubro con mi cuerpo mientras Ali y Murat aseguran los flancos.

—El anillo… —logra decir, todavía sin aliento—. Azad lo metió en una caja metálica que llevaba encima.

Cierro los ojos un segundo, solo para apagar la rabia. Cuando los abro, la decisión ya me ha quitado frío de las manos.
—Kartal —susurro a mi hombre por su apodo. Le llamamos águila por su vista, su fuerza y la manera de atacar—, registrad a Azad hasta dejarlo en calzoncillos. Si encontráis una caja metálica pequeña, la quiero en mi mano antes de que respire dos veces. Y si abre la boca para quejarse…, cerrádsela a hostias.
—Recibido —responde una voz en mis auriculares, tan neutra como la muerte.
—Ali —indico—, marca salida por el oeste. Murat, cierra por detrás y corta cualquier rastro.
—Sí, *reis*.
Aparto a Clara del pasillo principal y la llevo hasta la sombra resguardada entre dos contenedores apilados. Me encaro a la esquina, arma por delante. Ella apoya la espalda en la chapa, hunde la cabeza y suelta el aire.
—Mírame —le pido.
Levanta la vista. Hay algo en sus ojos que no es miedo; es la misma luz que vi cuando rompió a reír después de hacerse la foto con Thor en el museo, la que vi cuando se plantó delante de mí sin agachar la cabeza la primera vez. Una luz que no se negocia.
—Estoy aquí —añado, por si el ruido, la sangre y todo lo sucedido le han intentado convencer de lo contrario.
—Lo sé —responde, y esa certeza me atraviesa como una bala inversa: no me hiere, me cierra la herida.
Compruebo su pierna. No hay impacto, solo un golpe duro. Arranco un trozo de mi propia camiseta bajo la camisa, ajusto un vendaje por debajo de la rodilla para darle sujeción. Ella se muerde el labio y aguanta sin un quejido, y su calor vuelve a mi piel como una corriente. La radio chisporrotea.
—*Reis*.
—Adelante.
—Caja localizada en la chaqueta de Azad. Metal. Azul mate. Cerradura a presión. En ruta hacia ustedes. Tres minutos.
—Ni uno más —respondo.

Cierro comunicación y me permito un segundo para mirarla como un hombre, no como un jefe. Los hombros me pesan con todo lo que no le he dicho y con lo que nunca le volverán a hacer.
—Has hecho exactamente lo que tenías que hacer —le digo, bajando la voz hasta ese tono que solo le pertenece a ella—. Sobrevivir. Resistir. Dejarme señales. Mantenerte en pie. Estoy jodidamente orgulloso de ti.
Sus ojos brillan, pero no es de llanto; es otra cosa, una marea que sube y baja con el pulso.
—En todo momento… —se toca el pecho con dos dedos sucios— eras tú el que me daba la fuerza. Oía tu voz diciéndome que no me escondiera. Que usara el poder que compartes conmigo. Y lo usé.
Me muerdo por dentro para no venirme abajo. Asiento una vez y vuelvo a cubrir el ángulo. Detrás de nosotros, un golpe de chapa; Ali levanta la mano: todo limpio. El coche negro llega sin faros. Se detiene con un ronquido de motor. Mi hombre baja de un salto, cruza el pasillo en dos zancadas y me entrega la caja. Es pequeña, del tamaño de mi palma, con las esquinas abolladas y una línea de aceite viejo marcando el borde de la tapa. La noto fría, pesada para lo que es. La volteo una vez, busco el cierre. Respiro.
—Cúbreme —le digo a Ali.
Con el pulgar presiono el pestillo. Cede con un clic rígido y levanto la tapa.
El anillo brilla en el interior, oro pálido, sobrio, con esa línea casi invisible donde late el chip. El metal me devuelve una luz que, sin embargo, me parece la cosa más limpia de hoy. Lo cojo. Cierro la caja con la mano izquierda y guardo el anillo en el bolsillo interior de la chaqueta, sobre el corazón, donde guardo los objetos que no se pierden dos veces.
—Va a volver a tu dedo cuando estemos a salvo —le digo, mirando solo a Clara—. Te lo voy a poner yo.
El «sí» que me suelta es más respiración que palabra. Y, entonces, por fin, la acerco. La abrazo con todo el cuerpo, no con las manos. Siento la tensión salirle por la espalda, el temblor pequeño que se apaga contra mi pecho. Le beso el cabello, lento, como si el tiempo

fuera otra cosa. Me digo que la suelto en cinco segundos… y pasan diez.
—Tenemos que movernos —recuerdo, y me separo lo justo para verla—. Kaan está llevando a Baran a la mansión. El médico los espera. Nosotros salimos por el oeste y nos vamos. No quiero luces ni ruido. Si alguien aparece, lo matamos, ¿de acuerdo?
—Estoy lista —responde.
Murat regresa con un gesto. Dos sombras desaparecen al fondo del laberinto; los rezagados de Azad, quizá, o simples ratas buscando carroña. No nos importan si no se deciden a cruzar la línea.
—Ali, tú delante; Murat, cierras. Yo con ella —ordeno.
Avanzamos pegados a los contenedores, saltando charcos de agua vieja y aceite. Cada veinte metros, paramos, respiramos, escuchamos. El puerto tiene mil lenguas: golpes sordos, una cadena que se queja, la tela de una lona que flamea, el rumor de los generadores de los cargueros, un perro que ladra y calla…
Clara apoya la mano en mi antebrazo cada vez que la pierna protesta. Le fijo el ritmo: tres pasos, pausa breve; tres pasos, otra pausa. Mis dedos buscan, inconscientes, el borde del bolsillo interior, donde el anillo descansa. Estoy tocando el futuro a través de la tela.
—Cuando estaba ahí dentro… —dice de pronto, como si necesitara que yo también lo oyera—, me obligué a oler, a escuchar, a pensar como tú. No podía ver, pero noté la lejía, el gasoil, el metal. Y recordé el juego. «Confía en lo que no ves», me decías. Lo escuché como si estuvieras susurrándomelo.
No respondo. Si digo algo, me vengo abajo. Aprieto más fuerte su mano y sigo.
En la desembocadura del laberinto, Ali levanta el puño: alto. Nos pegamos a la pared de chapa. Un coche lento pasa al otro lado de la valla, luces bajas, música estridente. No es para nosotros. Aun así, me quedo contando hasta siete. A partir de ocho, la impaciencia mata.
—Ahora —susurro.
Cruzamos. El coche negro nos espera con las puertas de atrás abiertas. Ayudo a Clara a subir y me siento a su lado. Ali se coloca en el asiento del copiloto; Murat al volante. El motor arranca con un

ronroneo grave y nos alejamos del puerto rápidamente. Abro el comunicador.
—Kaan.
—Aquí.
—Informe.
—Baran estable. El médico está con él. Dos puntos de entrada, una salida limpia. Aguantará —dice, y me saco una espina del alma.
—Bien. Vamos rumbo a la casa. Llamad a limpieza para el sector de contenedores y cerrad los agujeros. Nadie habla de esta noche.
—Entendido.
Cierro y miro a Clara. En el cristal, las luces de la ciudad se alargan en líneas que parecen promesas o amenazas según las mires. Para mí, ahora mismo, son promesas.
Saco el anillo del bolsillo, se lo enseño en la palma. El coche vibra, la luz del cuadro hace un halo pálido alrededor del oro.
—Esto vuelve contigo —le digo—. Pero a mi manera.
Ella sonríe, cansada y feroz.
—A tu manera —repite.
Le acerco la mano y ella la cubre con la suya, pequeña, fría. La calienta con la piel y la guarda un segundo, como si entre los dos pudiéramos soldarle un blindaje nuevo al metal.
Apoyo la nuca en el reposacabezas, cierro los ojos un instante y no me duermo; me permito respirar. Acaricio con el pulgar el borde del anillo y hago un juramento que no necesita palabras: quien se acerque muere. Quien la nombre con la boca sucia muere. Quien vuelva a tocarla no vuelve a tocar nada.
—Ya no te dejaré sola —digo al fin, bajito.
—Nunca lo hiciste —responde.
Y, por primera vez en demasiadas horas, el mundo deja de ser un lugar podrido para quedarse en un silencio donde solo se escuchan los latidos de nuestros corazones.

62

Clara

Han pasado dos días desde que Emir me encontró, dos días que parecen un mes entero. Todo lo que ocurrió en el puerto; los disparos, la carrera a ciegas entre contenedores, el frío de la noche pegándose a mis huesos…, ahora parece un recuerdo distorsionado y no lo hubiera vivido yo. Pero cada vez que apoyo el pie izquierdo y la pierna protesta, me recuerda que estuve muy cerca de no estar aquí para contarlo.

El moratón que me dejó la caída tiene un color extraño y una forma parecida a un mapa. Uno de todo lo que ha pasado y lo que nos queda por delante. La hinchazón ha bajado, ya no necesito hielo, pero Emir insiste en que camine despacio, que no fuerce. No lo dice en voz alta, pero sé que le aterra verme débil, aunque intente disimularlo.

Ayer llegaron mamá, Jorge, Marina y mi jefe. Vinieron juntos en un coche que parecía sacado de una película de espías, escoltados todo el trayecto desde el aeropuerto. Cuando los vi bajar, una parte de mí se desmoronó por dentro. No fue tristeza ni alivio…, era la sensación de que, por fin, había algo que no podían arrebatarme. Mamá me abrazó con tanta fuerza que me dolió la espalda. Jorge, con esa sonrisa de siempre, me susurró algo que me hizo reír, recordándome que sigo siendo yo, que sigo siendo la misma Clara que un día se tomó un café con él en la cafetería de siempre.

Marina venía radiante, hasta que me volvió a contar que no le habían renovado el contrato del hospital. No le dio tiempo a lamentarse demasiado. Emir, cuando le traduje lo que me contaba mi amiga, se acercó y, con ese tono que usa cuando ya ha tomado una decisión, le dijo que tenía un puesto para ella. A partir de ahí, comenzaron todos a hablar en inglés para no tener que perder el

tiempo con traducciones, por muy divertida que fuera la idea a veces.
—Necesito una enfermera de confianza. Tendrás trabajo extra cosiendo a mis hombres cuando se crean invencibles —soltó sin más.
Marina parpadeó, sonrió y aceptó. Desde entonces, se ha instalado en la habitación de al lado de Baran, controlando su temperatura, revisando sus puntos y, según ella misma dice, soportando su mal humor «porque el paciente cree que la herida le da derecho a quejarse cada diez minutos».
Baran no podrá asistir a la boda. La herida, aunque controlada, se ha infectado y necesita reposo, por lo que Emir no quiere arriesgarse. A cambio, ha hecho instalar un sistema de cámaras que cubrirá cada ángulo de la ceremonia. Baran podrá verlo todo en directo, igual que si estuviera allí, con un mando a distancia para cambiar de cámara cuando quiera.
—Así no me perderé ningún momento en el que mi hermano haga el ridículo —dijo cuando se lo contaron, y aunque todos reímos, sé que le duele no estar presente.
Pero lo más intenso sucedió ayer por la tarde. Yo misma le dije a Emir lo que había descubierto: que su madre y Kemal tenían una relación. No sé qué esperaba que hiciera con esa información, pero lo que vi después fue como ver prenderse un incendio sin posibilidad de apagarlo. Emir fue directo a buscarla. No vi lo que pasó dentro, pero los gritos resonaron por toda la casa. Cuando volvió, no me dijo ni una palabra sobre lo ocurrido, pero su mirada lo decía todo: algo se había roto para siempre.
De Kemal y Azad no hemos vuelto a saber nada, al menos, no oficialmente. Emir y sus hermanos los tienen escondidos en algún lugar de Estambul. Ni siquiera me han dicho dónde, y lo agradezco: es un peso menos que cargar. Pero sé que no es por compasión. Ahora no es el momento de ejecutar sentencias porque la boda es una prioridad absoluta. Después, vendrá el ajuste de cuentas. Y, aunque Emir no lo diga, su empeño en mantenerlos vivos un par de días más tiene un único objetivo: averiguar quién es el Sultán. Ese

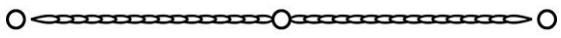
nombre que aparece y desaparece como un fantasma en todas nuestras conversaciones.
Yo, por mi parte, he intentado concentrarme en lo que viene. En el vestido que Selin me enseñó en su *atelier*, en los pequeños detalles que hemos ido eligiendo. Pero a ratos me sorprendo escuchando pasos por el pasillo, analizando voces y gestos, me da la impresión de que todavía pudiera aparecer un enemigo detrás de cada esquina. No es miedo. Es algo distinto: una alerta constante.
Esta mañana, al mirarme al espejo, he sentido algo raro. No es nerviosismo por la boda ni inseguridad por todo lo que implica casarse con un hombre como Emir Demirhan. Es más bien la certeza de que hoy, pase lo que pase, no me estoy casando solo con él, sino también me ato a todo su mundo. A sus aliados y a sus enemigos. A sus luces y a sus sombras.
Y, en el fondo, creo que ya lo acepté hace tiempo.
El día antes de la boda amaneció con un sol que parecía empeñado en colarse por cada rendija de la mansión. No era un calor agobiante, pero sí de esos que te recuerdan que todo está a punto de estallar…, o de empezar.
Bajé a desayunar con la intención de robarme diez minutos de tranquilidad antes de que la marea humana que se había instalado en casa empezara a moverse. Error. En cuanto puse un pie en el salón, allí estaban: mamá, Jorge y Marina, esperando a que yo apareciera.

—Mira que te lo dije, Clara —empieza mamá, mientras unta mantequilla en una tostada con la concentración de un cirujano—. Mujer prevenida vale por dos. Pero tú… ni por una.
—Buenos días a ti también, mamá —resoplo, sirviéndome café.
—¿Y tú qué haces casándote con un mafioso turco? —añade Jorge desde la esquina, con una sonrisa traviesa y la taza en la mano—. No digo que no sea atractivo, pero ¿no había un panadero disponible?
Le lanzo una mirada que pretende ser fulminante, pero él ya está riéndose solo.

—Jorge… —digo, arrastrando las palabras—. Te recuerdo que eres testigo de la boda. Y que el discurso aún no lo hemos ensayado.
—¿Discurso? —hace un gesto exagerado—. Pensaba improvisar. Ya sabes…, para que salga más natural.
Marina, que está junto a la ventana con el móvil en la mano, levanta la vista.
—Si improvisas como la última vez en Nochevieja, nos quedamos sin tarta de bodas.
Jorge pone cara de ofendido, pero no dice nada más.
Me siento a la mesa intentando ignorar el cosquilleo en el estómago. Mamá me observa intentando memorizar cada rasgo de mi cara. Después de un sorbo de café, lanza uno de sus refranes tuneados:
—Hija, el que se acuesta con lobos no se levanta con ovejas.
—No son lobos, mamá —contesto, aunque no estoy segura de convencerme ni a mí misma.
—Claro, son águilas…, pero de las que arrancan ojos —remata.
Respiro hondo para no reírme. Esa es mamá: capaz de soltar una verdad incómoda disfrazada de chiste, y dejarte pensando toda la mañana.
—Por lo menos —añade—, este sí te mira como si fueras un tesoro. Y no como tu ex, que te miraba como si fueras el postre…, y ya sabes que el postre se acaba.
Me muerdo la lengua para no entrar en ese terreno. En cambio, me levanto y me acerco a la ventana. Afuera, varios de los hombres de Emir mueven cajas y revisan equipos de sonido. Todo está tan controlado que incluso el vuelo de una mosca parece ensayado.
Marina me sigue con la mirada.
—¿Segura de que quieres toda esta prensa?
—No es que la quiera. Es que es parte del juego. Mostrar normalidad, como si todo estuviera bajo control —le respondo, aunque ambas sabemos que lo de bajo control es relativo.
Jorge suelta una carcajada.
—Claro, normalidad total: pistolas bajo el chaqué, francotiradores en los tejados y una novia preciosa intentando que no se le enganche el vestido en la funda de un rifle.
Mamá lo mira de reojo.

—Donde hay confianza, da asco…, y tú te estás pasando de gracioso.
Me giro hacia ellos con una sonrisa que no puedo contener. Es imposible no sentirme más ligera con estas conversaciones. Es como si, por un momento, todo lo que está en juego se difuminara.
La sensación dura poco. A media mañana, Emir aparece en el salón. No lleva traje, pero su sola presencia llena el espacio. Saluda a todos con cortesía, aunque su mirada se detiene en mí más tiempo del necesario.
—Necesito hablar contigo —dice.
Lo sigo hasta el despacho, consciente de las miradas curiosas a nuestras espaldas. Cierro la puerta con un clic que suena demasiado definitivo.
—¿Has dormido? —me pregunta, sin rodeos.
—Algo. ¿Tú?
—No importa. —Se apoya en la mesa, cruzando los brazos—. Solo quería que supieras que, después de hoy, nada ni nadie podrá tocarte.
—¿Eso incluye a tu madre? —pregunto, probando terreno.
Una sombra le cruza el rostro.
—Incluye a todos.
Cuando regreso al salón, mamá está enseñándole a Marina un collar que ha traído por si el vestido queda soso. Jorge se ha adueñado de la cafetera y prepara su segundo expreso.
—Clara, ven —me llama mamá—. Mira esto. Es de tu abuela. Y recuerda: quien guarda retiene…, aunque no sepa dónde lo metió.
No puedo evitar reír.
—Está bien, mamá. Lo llevaré mañana.
Marina sonríe, pero no dice nada. Creo que entiende, mejor que nadie, lo que significa cargar con esas pequeñas herencias que no son materiales, sino las que se te quedan grabadas a fuego en la memoria.
La tarde pasa entre pruebas de sonido, decoraciones y revisiones del vestido. Selin me envía un mensaje para confirmar que todo está listo en el atelier *y que el vestido está tal y como lo probé. Ese vestido… Todavía me cuesta creer que sea mío.*

Cuando por fin cae la noche, me quedo sola en mi habitación, mirando por la ventana. Afuera, la mansión sigue viva: luces encendidas, sombras moviéndose, voces bajas. Pero aquí, dentro, solo queda silencio. Y una certeza que me ancla: mañana, cuando camine hacia Emir, no estaré dando un paso hacia una vida tranquila. Estaré caminando hacia el ojo de la tormenta…, pero lo haré con la cabeza alta.



Me despierta la luz del Bósforo antes que el despertador. Entra en mi habitación como una respiración lenta, azul y dorada y, por un instante, no recuerdo nada salvo el rumor del agua y el peso ligero del velo colgado en la percha. Luego me golpea la idea exacta: hoy me caso.

Me incorporo despacio. La pierna ya no protesta: apenas un recuerdo, una punzada que aparece si giro mal. Camino descalza hasta el ventanal; abajo, la mansión se mueve en silencio. Hombres con pinganillos cruzan el jardín, sigilosos; dos francotiradores se recortan diminutos en la azotea del pabellón; una furgoneta descarga cajas de flores. No veo a Emir, pero lo siento en la precisión de cada gesto.

—¿Has dormido? —pregunta Marina, entrando sin llamar, ya con bata blanca y coleta alta. Lleva un estuche de enfermería colgado como un bolso caro.

—Más de lo que creía —respondo—. ¿Baran?

—Protestando, así que mejora —dice con seriedad divertida—. Le he puesto antibiótico, analgésicos, y lleva media hora dirigiendo a los técnicos como si el *streaming* dependiera de su rango. Tiene tres cámaras solo para su cara.

—Era eso o se presentaba aquí en pijama —digo, y la veo sonreír de perfil, mínima, como siempre.

Jorge asoma la cabeza por detrás de ella, arreglándose el nudo de la corbata azul.

—He venido a comprobar que la novia respira —anuncia—. Resumen: guapísima, ligeramente pálida, cero dudas aparentes. ¿Café?

—Sí —respondo, y él levanta un dedo como un maestro de sala.
—Un *expreso* para mi señora de Estambul —exclama—. Y si me tiembla el pulso, es de emoción, no de miedo.
Me deja una taza en la mano y me besa la frente. Marina revisa mi pierna con dedos, presiona y evalúa.
—Camina recto, sin forzar—ordena—. Si notas tirón, paras. Hoy no eres Wonder Woman, ¿vale?
—No, es peor —le digo—. Hoy soy la novia.
Se oye un golpecito y entra Selin con su reino en brazos: el vestido. Dos asistentes detrás traen los accesorios y las flores del cabello. Me sonríe con el orgullo de hermana mayor y diseñadora: ese brillo que mezcla amor y vanidad.
—No te muevas —dice, y de pronto la habitación es un *atelier*. El vestido, marfil con trabajo de hilo dorado muy fino, cae perfecto. La seda turca tiene un cuerpo antiguo; el encaje español atrae la luz.
—Respira —susurra Selin, cerrando los pequeños botones de la espalda—. Hasta la mitad. Ahora, no respires. Perfecto.
Mamá entra en ese momento con una caja de terciopelo azul oscuro.
—No vengo a dar discursos —me advierte, bajito—. Hoy solo quiero ayudarte a estar preciosa.
Abre la caja: una pulsera de oro de mi abuela, delicada, casi un hilo. Me la coloca con dedos que tiemblan menos de lo que imaginaba. No suelta ningún refrán, y la contención me desarma más que sus sermones.
—Gracias, mamá —le digo, y se nos humedecen los ojos al mismo tiempo.
Los técnicos entran y salen midiendo luz, alguien prueba un arco de violines y un quejido de guitarra española envuelve la habitación. El florista trae azahar y tulipanes blancos; Selin decide que el azahar irá atrás, bajo la peineta baja, y yo solo asiento, dócil, por primera vez en semanas. Estoy cansada. Hoy quiero dejarme hacer.
Marina me pone un parche de rescate en la piel para la tensión, por si acaso. Jorge corre las cortinas, se convierte en guardián del santuario y solo permite el paso a quien lleve un peine, una flor o un café. Mi móvil vibra: un mensaje de Emir.

Estoy abajo. No mires aún. Te quiero ver primero yo.

Cierro los ojos un segundo y aprieto el teléfono en la palma. El miedo se aleja de repente, dejando solo lugar a la certeza.

—Últimos ajustes —canta Selin—. *Voilá*.

Me giran hacia el espejo. La mujer del reflejo lleva mi cara, pero otra postura: la barbilla un poco más alta, los ojos con un brillo especial que no es por el maquillaje. El velo cae como niebla quieta, la cola dibuja una coma perfecta sobre la alfombra. No digo nada. No puedo.

—A ver, opinión experta —se cuela Jorge, teatral—: eres el tráiler y la película completa.

—Fuera —dice Selin, dándole un empujón cariñoso—. A tu sitio, padrino.

Se organiza la salida como un *pas de deux* militar. Ali aparece un instante en el umbral, traje azul noche, pinganillo en el oído. Inclina la cabeza a Selin, me mira un segundo con respeto, y habla al aire:

—Kartal, posiciones cerradas. La novia en ruta en tres. Repito: en tres.

La palabra Kartal me hace pensar en el águila que lo ve todo; me consuela saber que Emir ha llenado este día de ojos para nosotros. No me asusta. Me ampara.

Bajamos. El pasillo parece más largo que nunca; al fondo, el jardín se abre frente a mí. Huele a hierba recién cortada, a flores blancas y a mar salada. En la escalera principal, dos niños me sostienen la cola con solemnidad; Marina corrige un pliegue; Selin da el último toque al velo. Mamá aprieta mi mano, una vez. Jorge me ofrece su brazo.

—¿Lista? —dice, y por primera vez no bromea.

—Lista —respondo, y siento cómo la palabra me sujeta por dentro.

A través de la vidriera distingo *flashes*, un murmullo compacto de prensa, coches negros, invitados que parecen joyeros móviles. Entre el follaje, discretos, los hombres de Emir: americana abierta, mano cerca de la cadera, mirada de barrido continuo. No me piden que no mire; me han enseñado a ver sin delatar que lo hago.

Baran conectado. Dice que no llorará. Miente.

Avisa Marina por WhatsApp en el grupo «Familia de locos».

Sonrío sin querer. Me colocan en la línea de salida. Un violinista afina, una guitarra prueba dos compases de bulerías que se deshacen en el aire. La alfombra blanca nace a mis pies como un río manso que sabe exactamente a dónde va.

—Clara —susurra Selin desde atrás—. Cuando salgas, solo piensa en una cosa: es tu casa.

Respiro. Al otro lado hay un hombre con traje negro y ojos con promesas no dichas. Hay una mesa con dos anillos, una familia nueva que me mira y otra que traje conmigo desde lejos.

—Vamos —digo, y doy el primer paso. Y, por primera vez desde que todo empezó, siento que el peligro y la belleza pueden caminar a mi lado sin empujarme al vacío. Hoy, al menos, marchan escoltándome hacia él.

El aire del jardín huele a una mezcla de azahar, tulipanes blancos y sal marina que viaja desde el Bósforo colándose en la ceremonia. El murmullo de los invitados se transforma.

Avanzo despacio, con Jorge marcando el paso a mi lado. Siento su brazo firme, el mismo que tantas veces me rodeó en noches de risas, ahora convertido en escolta y testigo. No mira a los lados; me lleva hacia adelante como si no existiera nada más que la línea que une la puerta de la mansión con el altar.

A la derecha, reconozco caras que solo había visto en las fotos de las revistas: ministros, empresarios, algún actor turco famoso cuya sonrisa brilla más que su reloj. A la izquierda, un bloque compacto de invitados españoles: mi madre con ese brillo en los ojos de no querer llorar, Marina con un vestido azul oscuro con recogido bajo, Ignacio serio, como cuando está en una junta de accionistas. Entre ellos, varios hombres de Emir, con esa mirada que analiza cada centímetro, cada gesto, cada posible amenaza.

La prensa ocupa un lateral. No son muchos —Emir lo controló todo —, pero suficientes para que las lentes largas parezcan lanzas apuntando hacia mí. Los *flashes* me hacen parpadear; Jorge me aprieta suavemente el brazo.

—Tú sigue, que esto lo tenemos controlado —susurra, como si estuviera guiando a una estrella por la alfombra roja. Y yo me limito a mirar a Emir, que está tan guapo que me corta la respiración.

El altar no es uno en el sentido estricto: es una estructura de madera oscura, tallada con motivos otomanos, cubierta de encaje blanco y adornada con flores que mezclan azahar y buganvillas, Estambul y España en un solo golpe de vista. Detrás, el mar brilla con insolencia, reflejando el sol de mediodía en destellos.
Y ahí está él. Emir. Traje negro perfecto, camisa blanca, el alfiler de corbata de oro trabajado con la filigrana de Demirhan Jewels. Los ojos clavados en mí. El resto del mundo podría caerse al agua ahora mismo y no movería un músculo.
Siento el impulso de sonreír, pero lo reprimo; no quiero que me lea tan fácilmente. Él, en cambio, deja que la comisura izquierda se curve apenas un milímetro. Suficiente para que sepa que está disfrutando de esto.
Cuando llegamos, Jorge le tiende mi mano con un gesto exageradamente ceremonioso. Emir la toma, la aprieta apenas lo justo, y susurra:
—Pensé que no podrías superarte con el vestido rojo. Me equivocaba.
Su voz es grave, íntima, como si habláramos en una habitación cerrada y no frente a cien personas.
Nos colocamos frente al oficiante, un anciano de barba blanca y porte solemne que parece haber salido de un retrato otomano. A su lado, un sacerdote español, joven, con sonrisa nerviosa: un símbolo más de esta mezcla improbable que somos.
La ceremonia avanza entre dos idiomas que se entrelazan como las manos que mantenemos unidas. El anciano pronuncia bendiciones en turco, el sacerdote las traduce al castellano, y yo noto cómo el calor de la mano de Emir me recorre el brazo.
Entre frases, se cuelan detalles que no son para cualquiera: el guiño de Ali desde la segunda fila, un leve gesto de Selin para que me enderece el velo, el brillo del móvil de Baran en la pantalla lateral que retransmite todo a su habitación. Está sonriendo como si fuera un hermano mayor orgulloso.
Cuando llega el momento de los anillos, Selin se adelanta con la caja de terciopelo. El mío es el mismo que me entregó aquella noche cargada de secretos, con el chip que encierra verdades capaces de

derrumbar imperios. El suyo, el de jefe, trabajado en oro con una piedra oscura que parece beber la luz. Jorge, con una teatralidad que provoca una carcajada general, sostiene el de Emir como una reliquia robada del Vaticano.

—Prometo no empeñarlo —dice en voz baja, pero suficiente para que lo escuchen los invitados españoles de la primera fila.

Emir me lo coloca con una calma que es puro poder. Yo le coloco el suyo, notando el peso en mis dedos y, en ese segundo exacto, sé que no hay marcha atrás y no quiero que la haya.

La bendición final es un murmullo. El anciano nos cubre con un paño bordado, símbolo turco de unión; el sacerdote nos da la mano. Y, entonces, el beso. No es largo ni descarado, pero tampoco un gesto casto. Es el tipo de beso que dice «esto es mío» y «esto soy yo» al mismo tiempo.

Los aplausos rompen el instante. La música arranca con una mezcla extraña y perfecta: cuerdas turcas y palmas flamencas. Caminamos juntos por la alfombra blanca mientras pétalos de rosa y hojas de olivo caen sobre nosotros. Emir no suelta mi mano, y aunque sonríe para las cámaras, la presión de sus dedos me dice que está contando cada segundo que pasa sin un incidente.

En los bordes del jardín, los hombres de seguridad se mueven casi imperceptibles. Veo a Ali intercambiar una mirada con otro de los nuestros; un asentimiento mínimo. Todo está bajo control… por ahora.

Llegamos a la mesa principal del banquete, una estructura semicircular cubierta de flores y velas, con vistas directas al mar. Los camareros desfilan con bandejas que mezclan *meze* turcos y jamón ibérico, copas de *raki* y botellas de vino tinto. La fusión es tan absurda como nosotros…, y tan perfecta.

Miro a mi madre, que ya se está preparando para abrir la boca. Sé que, en cuanto terminen los brindis, va a empezar su particular guerra de refranes con Emir, y me muero por verlo.

Pero eso vendrá después. Ahora, solo hay un murmullo de voces, un horizonte limpio, y la certeza de que acabamos de sellar algo que no se rompe ni con pólvora.

Las copas tintinean y el murmullo de conversaciones se mezcla con la música suave que llega desde una tarima cercana, donde un grupo toca algo que empieza como una balada turca y termina, de pronto, en una canción española lenta. Es el tipo de fusión que solo se le ocurriría a Emir: delicada, calculada y con un golpe final que nadie ve venir.

Me acomodo en mi silla junto a él. Todavía tengo la sensación de que todo esto es un sueño caro del que podría despertarme en cualquier momento. Pero, entonces, siento su mano rozando la mía por debajo de la mesa, un roce mínimo, apenas un recordatorio: estás aquí y eres mía.

—Bueno —mi madre se inclina hacia nosotros con la copa de vino en la mano y la mirada chispeante—, como decía mi abuela: Mujer casada, casa estrenada —bromea en inglés.

—Y marido domado —añade Jorge en el mismo idioma, alzando la suya con una sonrisa maliciosa.

Emir no pierde el pulso.

—En mi tierra diríamos que la casa es tan fuerte como el jefe que la guarda.

—En la mía —replica mi madre sin pestañear—, diríamos que el jefe no es nada sin una jefa que le deje entrar por la puerta.

Las carcajadas estallan en la mesa. Marina sonríe, aunque intenta mantener su compostura.

—Yo, por si acaso, me apunto a la nómina de la jefa —dice, dándome un leve codazo.

—Tú ya estás fichada, pero no aquí. Tranquila, te buscaremos un buen trabajo lejos de toda esta locura —respondo, y miro a Emir—. Ella se encargará de Baran por ahora. Y, de paso, de que no se aburra. Pero luego, le buscaremos algo menos peligroso.

Emir arquea una ceja.

—Espero que no le entretenga demasiado —replica, y obvia mi comentario.

—Le estoy cosiendo, no seduciendo —salta Marina, con un tono tan serio que provoca otra ronda de risas.

Mi madre aprovecha para rematar.

—Pues mira, como dice el refrán: Donde hay hilo, hay remedio. Y aquí —me señala a mí—, tú has cosido bien el corazón de este hombre.
—O lo ha amarrado —susurra Jorge—. Como un barco en puerto seguro… hasta que venga tormenta.
Emir lo mira con esa calma que pone a todo el mundo nervioso y que a mí me hace sonreír.
—En mi puerto no hay tormentas, Jorge. Solo barcos que saben dónde atracar.
La mesa se sacude con risas y brindis. Entre plato y plato, los camareros van y vienen con bandejas que parecen desfiles en miniatura: *dolmas* rellenos, gambas al ajillo, *börek* crujiente y jamón cortado al momento. Veo que mi madre inspecciona cada plato como si estuviera juzgando un concurso gastronómico.
—Esto está muy bien, hija —me dice al probar un *meze*—, pero a tu marido hay que enseñarle a hacer una buena tortilla de patatas con cebolla.
—Ya cocino lo que necesito —responde Emir con voz grave, pero el brillo en sus ojos dice que está disfrutando del reto.
—Pues en España, quien no sabe hacer tortillas no sabe de amores —sentencia ella.
Jorge ya no aguanta más y se inclina hacia Emir.
—Te aviso, en esta mesa no se gana contra ella. Mejor ríndete.
—Nunca me rindo —contesta Emir, y lo hace mirándome a mí, no a él.
En ese instante, mientras todos se ríen y el sol se filtra por las copas de cristal y el mar sigue ahí, intacto, me doy cuenta de que no es solo una comida. Es un campo de batalla amable, un primer territorio compartido donde los míos y los suyos se están midiendo… y, contra todo pronóstico, se están gustando.
Mi madre alza su copa una vez más.
—Por la familia. Y porque las tormentas, si vienen, nos pillen a todos juntos.
Los brindis se mezclan con el sonido de las olas y con esa sensación rara de que, incluso rodeada de mafiosos armados, estoy exactamente donde quiero estar.

Las luces del jardín se atenúan hasta quedar en una penumbra dorada. Emir me ofrece la mano, y aunque hemos caminado juntos por pasillos de lujo, calles vigiladas y momentos que casi nos arrancan la vida, hoy su gesto es distinto: hay una solemnidad tranquila, pero también un brillo que me deja sin aire.

Me pongo en pie, sintiendo el peso ligero del vestido moverse con cada paso. Las miradas se clavan en nosotros. Un violín comienza a trazar una melodía turca antigua, lenta, profunda, y poco a poco se mezcla con la guitarra española, un diálogo de cuerdas que parece hablarnos solo a nosotros.

—¿Listo para bailar, *bey*? —le susurro, recordando que así lo llaman sus hombres.

—Listo para todo contigo —responde, sin apartar los ojos de los míos.

Nos colocamos en el centro, y siento el calor de su mano en mi cintura. Su otra mano sostiene la mía con firmeza, guiándome en un compás que no conozco, pero al que mi cuerpo se adapta como si llevara toda la vida esperándolo. Hay un leve murmullo entre los invitados, *flashes* de cámaras, y a lo lejos veo a Baran en la pantalla gigante, sonriendo desde su habitación.

Cada paso es un cruce de mundos: él me conduce con movimientos de *zeybek*, amplios, seguros, y yo le devuelvo giros y braceos que traen un aire de flamenco suave, sin romper la cadencia. Cuando nuestras miradas se enganchan, no hay música, ni gente, ni peligro. Solo estamos nosotros.

De reojo, distingo a Kaan en la periferia, atento, como un muro humano. Los hombres de Emir se mueven entre las sombras, discretos, pero con la mirada fija en cada entrada y salida. Sé que no han bajado la guardia ni un segundo, que hasta este momento perfecto es también un perímetro que proteger.

El violín se eleva, la guitarra lo sigue, y Emir me inclina hacia atrás con una suavidad inesperada. Un coro breve, como un suspiro colectivo, se escapa de los invitados. Al incorporarme, me roza la mejilla con los labios, apenas un roce, pero suficiente para que me arda la piel.

—Te ves como nunca —me murmura—. Como si hubieras nacido para esto.
—¿Para ser tu esposa?
—Para ser mi todo.
—¿Puedo pedirte un regalo de boda?
—Puedes pedir lo que desees.
Me acerco a su oído y le susurro:
—Quiero chuparte la polla y que te corras en mi boca. Deseo ver tu cara mientras me trago tu esencia.
—Deseo concedido —murmura él a la vez que noto que su erección crece con cada palabra.
La última nota muere en el aire y nos detenemos, pecho contra pecho, respirando como si hubiéramos corrido kilómetros. Los aplausos llenan el salón, y por un instante, juro que el mundo está exactamente en equilibrio.
Pero, en el fondo, sé que, incluso en los bailes más hermosos, las guerras no esperan. Y que aquí, entre brindis y música, hay ojos vigilando y manos listas para empuñar un arma si hace falta.

Emir

Clara está frente a mí, todavía con las mejillas encendidas por el baile, y me pregunto cómo es posible que una mujer pueda ser tantas cosas a la vez. Elegante, peligrosa, mía. La luz de las lámparas se enreda en su cabello y el vestido blanco —ese que Selin escogió— la envuelve como una declaración al universo: esta es la reina que camina a mi lado.

En mi mundo, pocos entienden el verdadero significado de tener a alguien así. No es solo belleza. Es lealtad, inteligencia y el coraje de enfrentarse a mí cuando cree que debe hacerlo. Es la mujer que ha sobrevivido a mis enemigos, que ha caminado entre mis sombras sin perder su luz.

Hoy mi madre no está aquí. No ocupa la primera fila como dicta la tradición. Se marchó ayer, tras una pelea que hizo temblar las paredes de la casa. No soportó escuchar lo que yo ya sabía a través de Clara: su relación con Kemal. No intentó negarlo, ni siquiera se disculpó. Se fue a una de sus propiedades, con esa frialdad que siempre ha usado como escudo.

No me importa. Esta boda es nuestra, no suya. Y no necesito su bendición para saber que he tomado la mejor decisión de mi vida.

A mi alrededor, las mesas son un mapa político. En una esquina, Jorge y Marina hablan con Selin; sus risas son genuinas, ajenas a los códigos no escritos que rigen este tipo de reuniones. En otra, los hombres de negocios de Estambul —algunos aliados, otros meros observadores— brindan con *whisky* caro mientras estudian cada gesto. Hay embajadores, representantes de empresas y algún que otro rostro que, en otros contextos, estaría negociando cargamentos ilegales en lugar de brindar por mi matrimonio.

Veo que Kaan se acerca a un empresario de Dubái, el mismo que nos ayudó a cerrar rutas seguras el año pasado. Baran no ha podido resistirse y, a pesar de todas las cámaras, ha bajado un rato para brindar con nosotros y mofarse de mí alegando que ya estoy cogido por los huevos. Sonríe, pero sé que analiza cada rostro, buscando cualquier signo de amenaza.

Entre los invitados hay nombres que no deberían mezclarse. Lo sé. Pero esta boda no es solo una celebración; es un escenario, una demostración de poder. Y mientras Clara me mira, sin apartar los ojos de los míos, sé que todos ellos están entendiendo el mensaje: no hay trono sin reina, y yo ya tengo a la mía.

Me inclino hacia ella, rozándole el oído con mis labios.

—Estás perfecta. Y no solo porque seas mía…, sino porque juntos decidimos escribir nuestras propias reglas. Y, a partir de ahora, en este reino, el trono pertenece a nosotros dos.

Ella sonríe, con esa chispa que siempre me desafía, y sé que esa mirada suya vale más que todos los brindis que escuche esta noche.

Entre alianzas renovadas y amenazas disfrazadas de halagos, la boda llega a su final. Las luces del salón bajan, los músicos guardan sus instrumentos y la gente empieza a dispersarse. Marina se despide, llevándose a Baran con ella para seguir cuidándolo. Él no se queja, pero en sus ojos leo el fastidio de perderse el cierre de la noche.

Me quedo solo con Clara, observando cómo su vestido se mueve mientras caminamos hacia la salida. Es mía, en todos los sentidos que importan, y esta noche pienso recordárselo.

La *suite* nos espera en la planta más alta del hotel. Abrir la puerta es como entrar en otro mundo: luz tenue bañando la estancia en tonos cálidos, velas encendidas proyectando sombras sensuales en las paredes, un aroma suave a sándalo flotando en el aire. Sobre la cama, el terciopelo rojo contrasta con el blanco puro de las sábanas.

Y en el centro, el verdadero mensaje: una pluma descansa sobre la almohada, una venda de seda negra cuidadosamente doblada y una hilera de velas que marca el camino hasta allí. No es solo un escenario; es una declaración.

Cierro la puerta detrás de nosotros, atrapando el mundo fuera. Clara me mira, y no necesita preguntar qué es lo que viene. Lo sabe. Lo siente.

—Feliz noche de bodas, mi reina —susurro mientras avanzo hacia ella.

La vela más cercana parpadea, y la habitación se llena del silencio expectante que precede a todo lo que va a pasar.
Ella sonríe, un gesto pequeño, pero suficiente para que la temperatura suba.
—¿Y qué tiene pensado mi rey? —responde, con esa forma suya de retarme sin romper la suavidad de la frase.
Avanzo despacio, hasta que su espalda roza la pared. Mi mano sube por su brazo, acariciando la piel desnuda de su hombro, y me inclino para murmurar junto a su oído:
—Lo mismo que llevo dos días planeando…, o desde que supe que ibas a ser mía para siempre.
Ella traga saliva, y el sonido es como un detonante. Mi pulgar recorre la línea de su mandíbula mientras mis ojos no se apartan de los suyos. Aquí, en este instante, no hay Sultán, ni guerras, ni sangre. Solo ella. Solo nosotros.
La suelto para caminar hacia la cama, y oigo sus pasos detrás de mí. Al llegar, tomo la pluma y las abrazaderas para los pezones y las levanto, dejando que las pequeñas bolitas tintineen en el aire.
—Quiero que recuerdes esta noche cada vez que lleves mi nombre en los labios.
Su respiración se acelera, y sus pupilas se dilatan. Sé que lo siente: la tensión, la entrega, la certeza de que no hay lugar más seguro ni más peligroso que aquí, conmigo.
Coloco las abrazaderas sobre la almohada y recojo la pluma. La sostengo un segundo, dejándola ver el contraste del negro profundo contra el blanco de las sábanas de seda.
—Esta noche —susurro—, quiero que el mundo desaparezca para ti.
Cuando doy el primer paso hacia ella con la pluma, nuestro día se cierra con el latido acelerado que compartimos y con la promesa de que lo que viene no se olvida jamás.

Extra

Baran

La pantalla frente a mí es ridículamente grande, cortesía de Emir. «Para que no te pierdas detalle», dijo, como si no supiera que lo que me jode no es perderme la ceremonia, sino estar aquí, clavado en la cama como un inútil. Y yo casi me alegro de no estar presente en ese momento. No quiero que Emir vuelva a sufrir como en el pasado. No es que Clara me caiga mal, es más, me parece una tía cojonuda, pero Emir se merece ser feliz después de toda la mierda que ha tragado durante toda su vida.

Hay una mezcla de turcos, españoles, *flashes*, sonrisas falsas… y ahí, en el centro, Clara, con un vestido marfil y mirada firme. A su lado, mi hermano, que parece más un sultán que un novio. Sé que está feliz, pero también que está pensando en cien cosas más: alianzas, amenazas, quién es el Sultán.

Yo, en cambio, pienso en el dolor de mi costado. Y en lo mucho que me gustaría estar ahí para meterme con Jorge o robarle a Kaan la copa de vino. Y al final lo hago, aunque no tardo en regresar. Marina, la amiga de Clara, me trae de vuelta alegando que es la hora de la medicación.

El sonido de la puerta me arranca del hilo de pensamientos. No necesito girarme para saber quién es: el perfume me llega antes que su voz.

—Hora de la medicación, paciente —anuncia Marina en un perfecto inglés, cerrando detrás de ella.

Lleva un vestido azul que le abraza el cuerpo. Lo he visto hace apenas unos minutos, moviéndose entre la gente con una elegancia innata. El recogido sigue casi intacto, aunque un par de mechones rebeldes han escapado, dándole un aire menos formal.

—Pensé que estarías en la pista de baile y tardarías en venir después de traerme a rastras —comento, fingiendo indiferencia.
—No bailo mucho —responde, dejando una bandeja en la mesilla—. Y alguien tiene que asegurarse de que no decidas hacerte el héroe desde la cama.
—Tampoco sería la primera vez que impresiono a una mujer sin moverme de sitio.
Ella arquea una ceja.
—¿Y se supone que debo sentirme impresionada?
—Eso dependerá de cuántos minutos más quieras quedarte aquí —digo, ladeando la cabeza. Comienza a destapar la herida, a mirarla con interés—. Parece que quieres verme todo el tiempo desnudo de cintura para abajo. Si lo sé, les digo a esos cabrones que me disparasen un poco…
—No me interesa tu polla —suelta de repente. Tengo que morderme el carrillo para no soltar una carcajada.
—Pues muchas no opinarían lo mismo —bromeo, más para distraerme que para otra cosa.
—Prefiero una polla de goma a la tuya —replica. No contesto. Saca una pastilla de una cajita plateada y me la tiende con un gesto profesional, aunque sus labios se curvan lo justo para que yo lo note —. Déjame que te mire la herida, no tiene muy buena pinta, ¿qué has hecho para que se infecte así?
—Probar nuevos métodos de curación, me hice una paja y restregué la corrida por la herida —suelto la primera burrada que se me cruza por la cabeza tan solo por escuchar qué me dirá.
—Siento decirte que tus métodos no han funcionado, y que voy a tener que inyectarte la medicación —replica, pasando de mi comentario.
—¡Uf! Eso suena doloroso.
—No seas quejica, descúbrete el muslo.
—¿Siempre tan autoritaria? —pregunto, pero obedezco.
Me pincha la medicación con profesionalidad, pero sus dedos rozan los míos al darme el vaso de agua. El perfume a flores y champán se intensifica cuando se inclina un poco más, comprobando que me la trago.

—¿Y Clara? —pregunto tras un sorbo, manteniendo la mirada en ella.
—Guapísima. Y feliz. —Sonríe apenas—. Aunque creo que ahora mismo tiene otros planes… privados.
Una carcajada me sale sola, y el tirón en el costado me hace soltar un quejido. Ella niega con la cabeza, aunque juraría que sus labios se curvan un poco más.
—Descansa, Baran. Mañana seguirás dando guerra.
—Podría dar guerra ahora mismo, si no fuera porque me tienen atado a esta cama con puntos —respondo, dejando que el doble sentido se quede flotando.
Marina me lanza una mirada fugaz, rápida, pero lo bastante intensa para que yo sepa que la ha pillado. Camina hacia la puerta, y sus tacones repiquetean sobre el suelo con un ritmo que me dan ganas de seguir. Justo antes de salir, se gira.
—Ah, y la próxima vez que intentes impresionar sin moverte…, que sea sin ponerme un bisturí en las manos.
La puerta se cierra. Me quedo mirando la pantalla, pero ya no estoy prestando atención a la boda. Lo único que me viene a la cabeza es el vestido azul, la curva de sus labios, y esa mirada que no es tan inocente como ella cree.

En algún lugar de Turquía…

Después de lo sucedido en los últimos días, uno de los míos ha hackeado la señal de vídeo de la boda. Me hubiera encantado estar allí, pero los acontecimientos dieron un giro inesperado, impidiendo mi presencia para acompañarlos en este momento tan especial.

Emir está muy elegante, y ella muy guapa, pero no deja de ser una intrusa en una familia tan tradicional. Espero que algún día Emir se dé cuenta de su error. Si no lo hace por sí mismo, le enviaré señales para que vea el error que ha cometido casándose con esa traductora.

Llegan nuevos tiempos, las cloacas y ratoneras de Estambul se preparan para librar una guerra de la que nadie saldrá indemne. Ni los ganadores serán héroes invencibles ni los perdedores victimas débiles.

Algún día…

Agradecimientos

Como cada vez que termino una nueva historia, tengo una mezcla de sentimientos agridulces. Por un lado, la alegría de terminarla; por otro, esa sensación de vacío que siempre me embarga cuando tengo que separarme de unos personajes con los que he lidiado durante meses en mi propia cabeza, que los he visto crecer, sufrir y…, bueno, darse alguna que otra alegría al cuerpo.

Esta no es diferente, pero sí especial. Reconozco que me ha costado demasiado trabajo pasarme al lado oscuro sin caer en clichés demasiado manidos. Mis lectoras sabrán que mis personajes suelen ser ositos de peluches con sus chicas. Emir Demirhan no es así, como ya habréis podido comprobar.

A todo eso le sumamos que es la primera serie que escribo donde hay una única trama mafiosa, de suspense y acción que se desarrollará a lo largo de cuatro libros, mi presión por ofrecer historias diferentes y adictivas aumenta, al igual que mis nervios por saber si gustará.

No sé si os habrá encantado o no, si la habréis amado u odiado, lo único que pretendo es que, cuando leáis cualquiera de mis historias, desconectéis de la propia vuestra, aunque solo sea por unas horas, de la vida real, que améis, lloréis y os riais un poquito. Si lo he conseguido, con eso me doy por satisfecha.

Como siempre digo, detrás de una escritora, siempre hay un equipo que la respalda, la anima e incluso la critica con el objetivo de sacar de ella lo mejor. En este caso, han sido tres lectoras cero que se han pasado un verano a mi lado sudando la gota gorda para que Emir esté hoy en vuestras manos.

Gracias a Radio Patio, Antonia y Sandra, que lo han dado todo para leer una historia que no tiene nada que ver con lo que había en un principio. Con esos ojos críticos, donde le sacaban punta, y muchas carcajadas a mí, a cualquier frase o repetición. ¡Lo que nos hemos reído con los «contenidos» y los «tensos»! Sois fantásticas, de verdad, y ha sido un placer pasar de leer vuestras reseñas de mis historias o las contestaciones en redes a conoceros más personalmente y reírme con vosotras. No tengo palabas para

agradeceros vuestro esfuerzo y dedicación, vuestra implicación con la familia Demirhan, y ese apodo de Maléfica.
A mi Anna, que me ha ayudado con ciertas escenas sin caer en clichés, a entender una manera de vivir, y que ha estado a mi lado siempre. Por ser una especie de ángel de la guarda en los momentos más oportunos. Y por tantas cosas que solo se quedan para nosotras dos, por comprenderme sin juzgarme. Te quiero un montón.
A Irene Ruíz, por esas ilustraciones fantásticas, que captó lo que quería casi a la primera, por aguantarme esos audios donde le decía que la cara de placer de Emir no la veía, en un ascensor de hospital, explicándoselo casi en código criptado para que las personas de mi alrededor no me pusieran cara rara. Por ser una profesional como la copa de un pino.
A Noni por la corrección, por sacarle brillo como siempre, por estar ahí en los buenos y malos momentos, por ser una amiga de verdad, de las que no se olvidan jamás.
A Fabián, por la portada, por esta maquetación maravillosa, por aguantarme por ser tan tiquismiquis, darle la brasa durante meses para cambiarle todo a última hora y pedirle que me haga maquetaciones con el tiempo respirándonos en la nuca. Mil gracias por el esfuerzo.
A vosotras, las lectoras, por vuestra paciencia infinita. Sin vosotras, nada de esto tiene sentido. Por vuestros mensajes por privado para darme la enhorabuena por la historia, por comentarme vuestras impresiones, hacéis que este trabajo valga la pena. Con cada reseña, cada mensaje, cada *like* en redes, me sacáis una sonrisa. Con eso me quedo, porque es lo mejor que me podéis regalar. Y os aseguro que, para mí, es el mejor regalo de todos.
Pero esta historia no termina. Los hermanos Demirhan todavía deben dar mucha guerra y, como os imagináis, la siguiente es la de Baran.
Nos leemos.

Dani Vera.
Agosto de 2025.

Otras novelas
de Dani Vera

Escanea el QR y podrás descargarte mis otras historias. ¡Espero que las disfrutes!

La verdad tras su sonrisa
https://www.amazon.es/dp/B0BJ79NMM9/
Entre las máscaras del búho
https://www.amazon.es/dp/B0BPYFKD27
El ingrediente secreto
https://www.amazon.es/dp/B0B1DFNVQY
Expedientes cruzados
https://www.amazon.es/dp/B093ZV3XMK
Hasta que las estrellas caigan
https://www.amazon.es/dp/B09N74DVC5
Reb
https://www.amazon.es/dp/B07NSBQRD8
Próximo destino: Las Vegas
https://www.amazon.es/dp/B07XPC75QB
La promesa de Eme
https://www.amazon.es/dp/B0856YYDYQ
Y que le guste el café
https://www.amazon.es/dp/B08FCPPFYM

Índice de contenido

1. 1
2. 2
3. 3
4. 4
5. 5
6. 6
7. 7
8. 8
9. 9
10. 10
11. 11
12. 12
13. 13
14. 14
15. 15
16. 16
17. 17
18. 18
19. 19
20. 20
21. 21
22. 22
23. 23
24. 24
25. 25
26. 26
27. 27
28. 28
29. 29
30. 30
31. 31
32. 32

33. 33
34. 34
35. 35
36. 36
37. 37
38. 38
39. 39
40. 40
41. 41
42. 42
43. 43
44. 44
45. 45
46. 46
47. 47
48. 48
49. 49
50. 50
51. 51
52. 52
53. 53
54. 54
55. 55
56. 56
57. 57
58. 58
59. 59
60. 60
61. 61
62. 62
63. Extra